
Intenciones ocultas
VIOLETA BOYD
(VHALDAI)
CROSS BOOKS

Intenciones ocultas

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© 2023, Violeta Boyd
Derechos exclusivos de edición
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Valentina García

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: julio de 2023

Inscripción Nº: 2023-A-2736
ISBN: 978-956-6145-46-2
ISBN digital: 978-956-6145-50-9

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

VIOLETA BOYD
(VHALDAI)

Intenciones ocultas

CROSS BOOKS

Capítulo 1
¿Cuál es el plan?

RAZIEL

«Agnes».

Pensaba en ella todos los días. Su rostro aparecía en mis sueños. Sus palabras rondaban mis pensamientos. Si tan solo hubiera podido hacer algo más y prever lo que pasaría, la situación habría sido muy diferente. La rabia y los deseos de venganza no me consumirían, tampoco habría tenido que tomar tantas decisiones extremas ni haberme jugado el pellejo.

Cada vez que la alarma de mi celular sonaba por la mañana, mi motivación era Agnes. «Encontrarla», no importaba nada más. Sin embargo, después de recibir aquella llamada, mi mente ya no pensaba en encontrar a Agnes, pensaba en Audrey.

El odio contenido con el que me habló me recordó a mí mismo. Supe que ambos podíamos seguir el mismo camino. Ella ya tenía una motivación poderosa por la que estar de mi lado y haría todo lo posible para que así fuera hasta que esos bastardos me devolvieran a Agnes.

Pero había olvidado un detalle.

Audrey no sabía de mí y yo no sabía de ella.

Esa mañana, desperté antes de que sonara la alarma y fui a lo de Lester.

Lester era un triste hombrecillo de aspecto huraño adicto a los videojuegos y a la programación. Jamás lo vi en otro lado, supongo que le iba mejor en casa tras un accidente que lo dejó en silla de ruedas. Por eso y por su mal aspecto. A la edad de veintidós años lucía como un hombre de cuarenta y pico; mal aseado, con barba de días y una calvicie inminente. Pero dejando de lado su apariencia, el sujeto trabajaba bien. Lo conocí por una recomendación y resultó ser alguien confiable.

–¡Ey, Raz, amigo! –exclamó al verme. Era evidente que él no estaba contento de recibirme tan temprano por la mañana, mucho menos sin avisar.

Entré a su casa sin que me invitara a pasar. Con Lester no me apetecían las formalidades, mucho menos cuando su casa era un basurero. La sala estaba llena de cables y latas de cerveza esparcidas por donde mirara. Las ventanas estaban tapiadas con madera mal colocada para que no dejara en evidencia las ilegalidades que cometía dentro del cuartucho.

–¿Vienes por lo de las identificaciones? –preguntó, nervioso–. Es que todavía no consigo bien los datos y...

–Vengo por otro favor –lo detuve.

Se acomodó los lentes con su dedo regordete, como si no esperara aquella respuesta.

–¿Y qué sería?

–Necesito que investigues a alguien. Una chica.

–Ya veo...

Se dirigió hacia el cuarto donde guardaba sus computadores. Otro cuartucho lleno de cables eléctricos y máquinas de impresión. El lugar donde ocurría la magia. La última vez que había

estado en ese lugar fue para pedirle que descubriera quién estaba detrás de Happy Little Tea.

–¿Cuál es su nombre? –preguntó Lester, con su típica hoja de información lista para ser rellenada. No era la primera vez que alguien le pedía investigar a una persona.

–Se llama Audrey Johnson. Tiene diecinueve años. Va a la Academia LeGroix –informé en lo que Lester rellenaba los datos–. Antes estuvo en un internado... no recuerdo su nombre.

–Veo que ya buscaste sobre ella.

–Solo te digo lo que vi en sus redes sociales –me defiendo–. Aun así, hay poca información sobre ella.

–Entiendo... ¿Algún otro nombre? Padre, madre...

–Su madre se llama Silvia Johnson. ¿Tienes algún diario? La mujer salió hace dos semanas junto con los Crusoe.

Eso llamó la atención de Lester y soltó una risa gangosa.

–Oh, lo del compromiso... Ahora entiendo por qué quieres investigar a la chica.

No dije nada.

–¿Crees que con eso basta? –fui al grano.

Lester se echó hacia atrás y tronó sus dedos.

–Te pediría más información, pero con eso de que se maneja en redes sociales ya tengo suficiente –actuó arrogante.

–Bien. ¿Cuánto saldrá?

–Lo de siempre. Tú pon el dinero por ahí –se volvió hacia la pantalla de la computadora mientras yo sacaba los billetes–. Y sobre las identificaciones, me estoy ocupando de eso. No te preocupes.

Di un par de pasos, intimidante, y él demostró su inquietud mirando hacia todos lados.

–Más te vale –murmuré y aplasté mi cigarrillo en la mesa que tenía detrás.

No me gustaba tener que actuar así con Lester, mucho menos amenazarlo con la ventaja que teníamos físicamente, pero siempre era bueno recordarle cuál era su posición.

Sin nada más que hacer allí, salí de la casa por fin respirando algo de aire limpio.

AUDREY

–Oye, tú.

Levanté la mirada de mi plato hacia la figura alta de Vivian. Como todos los otros días, vestía un negro que le sentaba genial y el delineado resaltaba entre su ceño fruncido. No era una novedad que estuviera molesta conmigo, pero aquel día no tenía ganas de aguantar sus expresiones de «amor».

–No estoy de humor...

–Hoy fui a la sala a hacer lo de siempre, pero resulta que me lo han prohibido –continuó ignorando por completo mi declaración–. Nada de encerrarse en las salas a menos que sea para un trabajo. ¿Qué hiciste para hacerla enojar?

En vista de que no tenía ánimos de escucharme, tiré los cubiertos sobre la mesa y me apoyé en el respaldo de la silla del comedor, donde estaba sola, por supuesto, y ahogando mi pesar.

–Hablar con Solange –respondí cruzada de brazos.

Vivian arqueó una ceja.

–¿Solange? –Se lo pensó.

La había llamado Solange, no «Sol», como solía hacerlo. Nuestra relación había acabado, no veía motivos para llamarla de manera cariñosa. Y Vivian, que no era tonta, lo notó.

–Parece que ha sido una discusión grande.

–Lo suficiente para no querer hablarle más.

–¿Te digo algo? –Se sentó frente a mí, invadida por un repentino interés–. En el fondo nunca me cayó bien. Algo raro tiene esa chica. Siempre se esfuerza demasiado en ser una masita de pan bonachona. No es una chica real.

«Vaya, gracias por decírmelo a estas alturas», ironicé para mis adentros.

–Pero bien que la dejaste estar en tu cuarto, bebiste con ella y todo el tiempo le sonreíste –le saqué en cara.

–Precisamente por eso te lo digo. –Se encogió de hombros y miró mi comida, no sé si buscaba esquivar mis ojos, cambiar de tema o por el mero hecho de que estaba hambrienta. Yo desde la cena de compromiso había perdido el apetito; ni siquiera bajé a desayunar esas dos semanas que pasaron–. ¿Quieres hablar sobre eso?

Una risa seca, corta y llena de ironía se me escapó.

–Paso. No confío en ti, no confío en que quieras tratarme bien, así, de la nada, y no me apetece.

Esta vez fui yo la que desvió la mirada. Apoyé mis brazos sobre la mesa y me recosté encima, cansada de todo el mundo.

–Pues haces bien –me dio la razón–. No hay que dar todo a causa de alguien, por eso yo escojo minuciosamente mis amistades. Tampoco es que las vaya a investigar o poner ojo en todas sus acciones, pero me gusta tenerlas entre ceja y ceja.

Sí, sí, muy bonito, Vivian, pero seguía sin confiar.

Si algo rescaté de sus palabras, fue la idea de investigar, por eso apenas salí de clases fui a la biblioteca municipal de la ciudad.

A diferencia de como la suelen pintar en las películas o series, la biblioteca no lucía como una mazmorra vieja y empolvada, sino más bien como un cubo de metal con muchas ventanas. Pocas veces antes me sumergí en la peculiar fragancia de los libros y en el ambiente de estudio que transmitía, la mayoría fue para buscar algún libro de arte o ser parte de algún concurso. Mis nuevos motivos diferían mucho de los antiguos.

Cogí mi libreta y la abrí.

¿Con qué nombre de mi lista debería iniciar? Jamás había investigado a una persona; siempre me limité a buscar a las personas en Facebook y, al hacerlo, me sentía como una acosadora.

Abrí el navegador y escribí «Dhaxton Crusoe». En seguida, una serie de resultados inundó la pantalla sobre algunas de sus obras, de sus trabajos y premios ganados. Al entrar en una página aleatoria, me encontré con un peculiar titular: «Dhaxton Crusoe: El hijo prodigio del arte». Más abajo había una fotografía de Dhaxton tomada desde una perspectiva en la que su cicatriz no era visible; detrás, un paisaje hermoso. El artículo ponía en contexto a los lectores sobre quién era Dhaxton Crusoe y por qué, probablemente, les sonaba su apellido. En resumen: una lamida de botas.

Retrocedí y busqué otra página. Esta también contenía un artículo sobre lo fabuloso que era Dhaxton en el arte y los concursos que había ganado.

¿Es que no había nada en su contra?

El chico ni siquiera tenía alguna red social donde espiar sus fotos.

No había nada.

Dhaxton solo era el talentoso hijo del empresario Crusoe, una persona que decidió seguir el camino del arte, vender sus hermosas obras a terceros y ganar multitud de concursos.

Busqué en imágenes otro tipo de información, quizás una foto en la que fue etiquetado o que subieron sin su consentimiento. Sin embargo, solo vi registros de noticias, sus alucinantes obras y fotos tomadas mientras él no se daba cuenta. Había una que llamó mi atención; eran tres chicas sonriendo a la cámara con Dhaxton pasando detrás. Le pertenecía a la cuenta de alguien normal. En los comentarios intercambiaban sus impresiones sobre la foto, nada especial, de no ser porque uno de los comentarios con más respuestas lo mencionaba a él. Querían saber quién era el chico guapo que se coló en la toma y todas formaron una larga cadena hasta que una chica respondió su nombre, pero que no alucinaran demasiado con él porque era un idiota.

Lo que me llamó la atención fue que la persona que hizo tales comentarios era Emma Williams.

Otra supuesta víctima.

Otra chica desaparecida.

Ingresé a su perfil, que por suerte era público. Con la foto ampliada logré comprobar que el otro boceto que encontré en el cajón de Dhaxton era ella. Así que ya no era una *supuesta* víctima, lo era. Bajé a leer más información de ella y encontré que estuvo en una escuela católica y que luego entró a la academia LeGroix. Sin embargo, no había más de ella, su última publicación databa de hace un año, fecha que coincidía con su desaparición.

Era una cuenta muerta, aunque pude sacar algo de información de ella. En la mayoría de las publicaciones aparecía un tal Harold Neill y una chica llamada Bella Hr. que le comentaban. Los dos tenían sus cuentas en privado, pero de todas formas anoté sus nombres en mi libreta y les mandé una solicitud de mensaje. Tenía que ponerme en contacto con ellos para obtener información.

Información.

La laptop de Dhaxton tenía una carpeta sobre Agnes. ¿Sería posible que también tuviera una sobre Emma, Sol y yo?

Necesitaba conseguir esa laptop. Pero ¿cómo...?

Seth. El siguiente en mi lista.

Quizás podía convencerlo, ponerlo de mi lado o engañarlo, aunque la última vez eso de socavar información no había salido tan bien.

Taché a Dhaxton de mi lista y procedí a buscar información sobre Seth.

Al contrario de su mejor amigo, Seth publicaba la mitad de su vida en redes sociales y me fue fácil encontrar fotos vergonzosas o de algunas fiestas, pese a que él mismo dijo que nada de lo que sucedía en Euphoria podía salir de allí. No había información relevante o que delatara lo que había detrás de sus engaños. Pero hubo una fotografía de él que me llamó la atención. Se la habían tomado cuando era pequeño y estaba junto a un perro casi de su tamaño. Además de esa foto, tenía una foto con su amiga Agnes. Pensar en nuestro parecido me dio escalofríos.

Busqué alguna etiqueta que me llevara hacia alguna red social de Agnes, pero no encontré ninguna.

El apellido Bellish, sin embargo, trajo mucha información sobre la familia y Agatha. Inversiones, fallecimientos, el accidente de los padres de Seth.

Cliqueé en aquella noticia y comencé a leer. En resumen, el accidente de los padres de Seth fue una desgracia que marcó a la ciudad... y aparentemente había sido eso: solo un accidente.

Volví a las fotos de Seth y encontré una donde aparecía en Euphoria, con Vivian y, para mi

sorpresa, Agnes.

La Agnes de Raziel.

Su Agnes.

No estaba etiquetada, de hecho, ella aparecía en el fondo, lejana, como si supiera que no pertenecía a ese grupo. Sentí algo de lástima al verla allí, deseé tener la habilidad de meterme en la fotografía y decirle que se alejara de ese grupo lo antes posible y contarle lo que le sucedería.

Me sentí tan impotente porque, por mucho que deseara traerla de vuelta, no podía hacer nada.

Al menos, no todavía.

Seguí buscando información. Esta vez, sobre Raziel Elm.

Si de Agnes no encontré información, de Raziel mucho menos.

La página en blanco demostraba que no tenía pasado, tampoco presente. No había redes sociales, no había familia, no había fotografías, ni siquiera alguna foto de él con Agnes. No había nada. Si internet es una cloaca donde todo queda guardado, Raziel Elm no existía.

Pero eso era imposible, tenía que haber algo por ahí, ¿verdad?

Pensé en dos posibles formas de averiguarlo: preguntarle, sabiendo que no respondería, y pedirle a alguien más que lo averiguara. Tenía a la persona indicada para ello.

Logan frunció el ceño cuando me vio de pie frente a la entrada de los dormitorios de chicos. Tenía la suerte de que él también se alojara en la academia, así podía hablarle en privado sin que los demás sospecharan. Aunque estaba atenta, sabía que Dhaxton y Seth tenían ojos en todas partes. Cogí el brazo de Logan y lo arrastré hacia una banca solitaria para explicarle para qué lo buscaba.

–¿Un favor? –preguntó, arrugándose todavía más.

–Así es.

–Si quieres que interceda entre tú y Sol, olvídalo –hizo el amago de levantarse, pero lo detuve.

–No, Logan, no quiero eso –resoplé–. ¿Tan obvio es que nos hemos enojado?

–Bastante, tú nunca habías comido sola hasta ahora.

–Qué triste... –los tormentosos pensamientos sobre el boceto y nuestra discusión comenzaron a invadirme. Me di un golpe mental–. Pero, al caso, este favor no tiene nada que ver con ella.

–¿Quieres cambiar los resultados del concurso?

Eso me sacó una risita.

–Faltan cinco días para que se anuncie oficialmente que soy la ganadora –presumí. Logan resopló como diciendo «¿qué se cree esta chica?».

–¿Tan segura estás de que ganarás?

–Si lo pienso, pasará. Y, no, es sobre otra cosa –jugueteé con mis dedos, repentinamente ansiosa.

–Bien, te escucho.

–Necesito que investigues a alguien. –Logan alzó las cejas en sorpresa cuando me escuchó. Ante ese visto bueno, continué hablando–: Te gusta programar, la informática y todo eso, ¿no?

–Sí, pero... ¿Investigar a alguien? No quiero cometer ninguna ilegalidad, Drey.

–No es una ilegalidad. Es que... –me mordí el labio inferior para no soltar mi nuevo propósito. Tenía que convencer a Logan–. No puedo dar mayores detalles, pero es algo que necesito hacer. Por mi pellejo.

–¿Estás en peligro?

–Es lo que quiero saber.

Logan lo pensó un momento, eso quería decir que estaba a nada de acceder.

–No sé, Drey... Me pone un poco nervioso. Y no es como si fuera Mr. Robot, ¿sabes? Esto lo hago como un pasatiempo.

–Pero tienes amigos que sí. Por favor, Logan, hazme este favor.

Hundió las cejas y frunció el ceño. Me dio algo de lástima saber que mi petición lo había complicado tanto, pero no sabía a quién más recurrir.

–Bien... –De la impresión lo abracé–. Pero debes darme a cambio algunas respuestas del próximo examen.

Eso iba en contra de mis valores. Jamás estuve de acuerdo con hacer trampa, pero estaba contra la espada y la pared, necesitaba respuestas y averiguar quién era Raziel Elm.

–Hecho.



Hablando del diablo... Precisamente el mismo día en que me propuse investigar a Raziel, una nota fue dejada en mi casillero. En ella decía que me vería en el *diner* para conversar sobre nuestra situación. Llevaba casi dos semanas sin tener noticias de él, nada más topándomelo en el trabajo. Dos semanas que él mismo dijo tener de «descanso».

Al llegar al *diner* no lo encontré en la barra, estaba sentado en una de las mesas del rincón, vistiendo una gorra nada discreta, de espaldas a la entrada y hacia la ventana. Un escalofrío inexplicable me recorrió el cuerpo y avancé. No me miró sino hasta que me acomodé en el asiento.

–¿Qué pasó con la discreción? –pregunté al ver que de nuestro lado de la ventana las personas podían reconocerlo con facilidad.

–Estoy siendo discreto –se defendió, señalando su gorra–. Pero no quiero serlo demasiado.

Una mesera llegó a nuestra mesa a recoger mi pedido. Cuando quedamos solos, Raziel ladeó su cuerpo de tal forma que quedó de espaldas a la ventana. Con una mano se quitó el gorro y sacudió su cabello azabache.

–¿Cómo lo llevas? –preguntó en modo casual.

–¿Por casi arruinar el matrimonio de mi madre? Súper.

Mi sarcasmo le sacó una risa nasal y bebió de su café.

–Los diarios de la ciudad dicen que la boda sigue adelante.

–Eso no quita que en la primera plana dijera «chica borracha arruinó el compromiso de Crusoe» –recalqué.

Pensar en el rostro de decepción de mamá me sentó fatal, pero lo peor fueron los periódicos amarillistas. Estaba orgullosa de haber encarado a Denniro, aunque no quería enfrentar las consecuencias si estas me alejaban todavía más de mamá.

–Ve el lado positivo, casi te libras de esos malditos –animó Raziel.

–Y de mamá –dije sintiendo la puñalada en mi corazón–. Ni siquiera me ha hablado.

–Ya se le pasará. Tu madre te quiere, tú la quieres, es un amor que va más allá de los romances que vayan a tener. Es cuestión de conexiones.

–Hablas como si supieras mucho sobre relaciones interpersonales.

Más bien, como un sabelotodo.

–¿No le he acertado? –hizo a un lado la taza y se apoyó en la mesa como muestra de interés. Sus ojos azules se oscurecieron y, por un instante, me vi envuelta en su misticismo.

–Nop. Mamá y yo nunca hemos tenido esa clase de relación unida que ni el viento ni la marea podrían separar –toqué mi pecho–. Mi relación estrecha era con...

–Tu abuela, la que te dio el collar.

–No solo me dio el collar, también me enseñó muchas cosas importantes.

No dijo nada y yo me pregunté qué pasaba por su mente. Raziel estaba bastante preguntón, eso no era usual en él. Su interés se debía a algo y, antes de averiguarlo, quise aferrarme a la oportunidad que esta charla me estaba dando.

–Tú debes saber de qué hablo. Agnes debió ser una persona muy importante para ti como para que la busques así.

Raziel achicó los ojos detectando mis intenciones con facilidad.

–No se te da bien ser demasiado curiosa –dijo.

–Supongo que no, por eso prefiero que me respondas de una buena vez. «Ser parte de su familia» suena muy disperso, podrías ser más específico.

En ese momento llegó la mesera con lo que pedí, por lo que Raziel se tuvo que callar. Pasaron unos minutos hasta que alcé las cejas para que hablara.

–¿Y bien?

Raziel suspiró.

–Ahora que estamos del mismo lado supongo que está bien conocernos un poco más –dijo, aunque más para sí mismo.

–Tienes todo mi apoyo, pero te recuerdo que el reservado aquí siempre has sido tú.

–Me gusta saber más de una persona de lo que ella puede saber de mí.

Apreté los dientes frente a su arrogancia, pues eso era justo lo que pasaba entre ambos.

–Agnes es mi hermana –respondió al fin–. Hermana adoptiva.

«Adoptiva» resonó en mi cabeza. Eso quería decir que...

–¿Fue adoptada o tú lo fuiste?

–Yo lo fui –habló–. La familia de Agnes, mis padres, me acogieron cuando lo perdí todo. Agnes y yo nos criamos como hermanos, codo a codo. Ella fue mi apoyo y me ayudó a adaptarme a la nueva vida. No fue una tarea simple, digamos que yo no era alguien de muchas palabras y la mayor parte del tiempo actuaba receloso.

–Ah, con que eres así desde pequeño.

–Adolescente –corrigió–. Pero sí, hablar de mí es un pasatiempo que no me gusta demasiado.

–Ya me di cuenta de eso. –Formó una sonrisa minúscula–. Supongo que hablar de pasados es una cuestión difícil. No debiste pasarlo bien.

–En eso te equivocas. Si no hablo del pasado es porque es eso: algo que ya pasó. Lo complicado es hablar de Agnes, saber que ella ya no está, y que es mi culpa.

Su declaración me hizo fruncir el ceño.

–¿Qué quieres decir con que es tu culpa?

–Si ella entró a LeGroix, fue por mí –aplanó los labios en una línea recta–. Yo le di esa oportunidad, yo la motivé y luego la dejé estar. Si no hubiera entrado a esa jodida academia jamás hubiera conocido a quien tú sabes.

El remordimiento se reflejó en su semblante.

–Sabes que no es tu culpa, ¿verdad? –atajé su mano, que estaba apretada sobre la mesa–. La culpa es de ellos.

–Lo sé, Angelito –quitó su mano y yo recordé que aquella interacción podía ser demasiado confianzuda de mi parte siendo que él tenía novia–. Pero no puedo evitar pensar en los «qué hubiera pasado si».

–Yo también pienso en eso, pero si lo hago, entonces la culpa estaría recayendo en mí, cuando la culpa es de ellos. No hay más. Ellos son los mentirosos, los que engañaron, los que manipularon. Y ellos son los que deben pagar por lo que han hecho.

Cuando levanté la cabeza para mirar a Raziel, lo encontré mirándome con una sonrisa.

–¿Qué?

–Pensaba en que sigues pareciéndome una mocosa adorable, sobre todo ahora que me llenas de orgullo.

–Calla.

Gruñí y escondí mi repentino rubor tras la taza de *latte* que me sirvieron, aunque todavía tenía la mirada de Raziel encima. Tuve deseos de decirle que se metiera en sus asuntos, que era extraño que me observara así cuando nuestra relación era netamente por conveniencia. «Y él tiene novia», me recordó mi vocecita interna como una aclaración, pero supuse que le estaba dando demasiado peso, así que actué de la misma forma que él. Tenía que seguirle el juego, ¿no?

Me fue inevitable pensar en la fiesta de Halloween, en él y yo bailando entre las sombras del auditorio, en sus manos recorriendo mi cintura, en su cercanía, en la sensación vibrante que me produjo tenerlo apegado a mi cuerpo. ¿Podría haber sentido lo mismo que yo? Pensé en Camille, en lo feliz que se veía al salir del cine para celebrar su aniversario, en lo bien que me había tratado y en lo triste que sería defraudarla.

Volví a esconderme tras mi café.

–Entonces... –dije tras beber y dejar mi taza sobre la mesa–. ¿Cuál es el plan?

–El plan sigue igual, no hay cambios. Vamos a seguir fingiendo hasta que alguno de los dos chicos reaccione.

–Hasta ahora el único que hizo notorio lo de mi collar es Seth –recordé lo de la cena–, pero insiste en que eres mi novio falso. Está muy convencido de ello.

–Tiene que estarlo, de alguna forma buscará sacarte la verdad. Tienes que ser discreta.

–Eso intento, pero no sé cuál es el límite entre lo nuestro, en lo que puedo darle a entender.

–No hay límites entre tú y yo. Si vamos a jugar su juego, no los habrá.

Sus palabras me dejaron impactada.

–¿Qué hay de Camille?

–A ella déjala apartada de esto –frunció el ceño.

–¿Es que no le molesta?

–¿El qué?

–Que tú y yo finjamos ser pareja, que salgamos a una fiesta a codearnos con personas que no tienen idea de cómo eres, que nos tomemos fotos como la pareja perfecta... Ella es tu novia real –afirmé.

–Novia real –repitió con diversión–. El noviazgo es una formalidad –explicó con tranquilidad–. Lo que Camille y yo tenemos va más allá de una relación de noviazgo. Esto –nos señaló– es un simple trámite.

Por algún motivo, que lo planteara así me dolió un poco. Pero tenía razón, nosotros éramos meros socios con un solo objetivo y nos habíamos dado la mano para ayudarnos a conseguirlo. Nada más.

–¿Ella sabe sobre Agnes? –dije con cierta entonación hacia la duda.

–Se lo conté todo en su momento.

–Bien –dije, aunque no sonaba muy convencida.

–Volviendo a lo de Seth. Es obvio que él será el primero en caer; si consigues sacarle algo, entonces podemos usarlo a nuestro favor.

–Entiendo, pero ¿qué puedo sacarle?

–Gánate su confianza. Te será fácil considerando cómo te mira. Cuando eso pase, pueden ocurrir dos cosas: o te suelta todo, o Dhaxton reaccionará y ambos pelearán. Ahora, creo que es buena idea continuar con el plan –se acomodó en su asiento y apoyó ambos brazos sobre la mesa–. Toma tu mejor foto.

No estuve segura de lo que pedía, pero saqué mi celular y lo puse en alto.

–Que no se me vea el rostro –advirtió–. Siempre tienes que dejar algo de misterio.

–¿Esa es una más de tus enseñanzas o es lo que tú haces conmigo? –acusé tomando la foto.

Él se echó a reír sin recato alguno.

–Un poco de ambas, Angelito –admitió tras su carcajada–. Pero apostaría que tú haces lo mismo conmigo –se inclinó sobre la mesa acortando nuestra distancia–. ¿O me equivoco?

Me mordisqueé los labios sin saber qué decir.

Capítulo 2
Algo tenía que salir mal

AUDREY

Había llegado la semana decisiva: en cualquier momento un concursante de *El jardín de los sueños* iba a ser anunciado como el ganador en la página web oficial. Era posible que esa persona perteneciera a la prestigiosa academia LeGroix, como varias veces había pasado. Tanto los estudiantes como los profesores se mantenían atentos a la página oficial y a las redes sociales, también a sus correos electrónicos. Era sabido que antes de anunciar al ganador o la ganadora, primero recibían un mail con el aviso. Todos los estudiantes de Arte estaban pendientes de la noticia, yo incluida.

Había tenido días demasiado raros como para prestarle suficiente atención al concurso. Desde que envié mi obra me había desligado del arte por completo para sumergirme en problemas y sus consecuencias. Sin embargo, la semana del anuncio estaba mordiéndome las uñas esperando recibir un correo que dijera en grande «FELICITACIONES».

De verdad, lo esperaba con ansias.

De camino al comedor me encontré con Solange.

–Oye, Drey...

Pensé pasar por su lado y pretender que no la había visto, pero dado que ella tomó la iniciativa, y por el cariño a los momentos buenos que pasamos, decidí responderle.

–Hola –saludé en un tono más alto que el de ella.

–Supe que esta semana anuncian quién ganó el concurso de... –guardó silencio en busca de una palabra en concreto. Pude ver cómo sus mejillas se hinchaban y enrojecían– pues pintura.

–Ah, sí.

Eso fue muy incómodo.

Sonrió, expulsando el aire de sus pulmones de golpe, como si llevara demasiado tiempo aguantando la respiración.

–Yo... solo quería desearte suerte.

–Gracias.

–Y, ganes o pierdas, eres una artista genial.

Quise sonreírle de vuelta y agradecerle, pero estaba demasiado dolida, así que solo asentí y continué mi camino dejando que el agujero en mi pecho se agrandara más y más, sobre todo cuando la vi ir con Grey a hablar como si nada hubiera pasado mientras yo estaba sola.

–¿Por qué esa cara tan larga?

Bueno, tan sola no estaba, tenía a Vivian.

–Me encontré con... –suspiré–. Da igual.

Me cogió del brazo y me arrastró a la cafetería.

–Lo que necesitas es un gran vaso de café.

–Prefiero tomar un *latte*.

–Café, *latte*, no importa. Bebe algo, necesitas relajarte mientras esperas los resultados del concurso. –Me obligó a comprar con el pase de la academia el café *latte* más grande que daban y luego me arrastró hasta la mesa más cercana–. Cuando seas una artista famosa, no vayas a olvidarte de este momento. Tienes que nombrarme en los agradecimientos o me molestaré mucho.

Me eché a reír.

–Cuando gane un Premio Nobel te mencionaré en mi discurso –bromeé.

Vivian me miró satisfecha y bebió su café. En el momento en que iba a darle el primer sorbo al mío, mi celular vibró.

Me había llegado un nuevo correo.

–Oh, Dios... –comencé a temblar–. Es un mensaje que proviene del concurso.

Vivian casi echó abajo la mesa.

–¿Qué dice? Léelo, ¡vamos!

Con mis dedos temblorosos, lo abrí.

–«Señorita Audrey Johnson, es un placer comunicarle de parte del Departamento de Arte, que es uno de los ganadores del concurso...».

Me quedé en blanco.

–¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Dejé el celular sobre la mesa. Creí que iba a desmayarme.

Había ganado. Yo había ganado el concurso.

–¡Audrey! ¡Felicidades! –chilló Vivian mientras se ponía de pie dispuesta a abrazarme.

Nos fundimos en un abrazo y Vivian tuvo la brillante idea de comenzar a saltar haciendo sonidos de júbilo. Eso atrajo la atención de las personas que estaban alrededor, pero poco me importó.

–Tengo que ir a hablar con el profesor Stan –le informé a Vivian.

Tomé mi celular y me marché corriendo por el pasillo hasta su sala. Él solía quedarse dentro para resolver las dudas de sus estudiantes o aconsejar a otros, así que no dudé en que lo encontraría allí. Necesitaba que el profesor Stan me confirmara que era cierto. Necesitaba leer mi nombre en la página.

–¡Profesor! –exclamé al abrir la puerta.

Sus ojos azules se posaron sobre mí. Pero no fueron los únicos, también unos grises que reconocí con facilidad.

Dhaxton.

–¿Ocurre algo? –preguntó Stan con seriedad.

–He ganado el concurso... –pronuncié con dificultad, acercándome a ambos.

–Ya veo... –lo meditó Stan–, con que tú eres la otra ganadora.

¿Otra?

Solo entonces noté que Dhaxton tenía su celular entre las manos con un mail abierto.

–Este año han escogido a dos ganadores –afirmó el profesor–. Ambos de esta academia. Tú y Crusoe.

La sonrisa se me esfumó.

–¿Es eso posible? –pregunté.

–Dhaxton me preguntaba lo mismo –señaló a mi compañero de Boceto y Dibujo–. Tal parece que han hecho esta excepción. Felicidades a ambos. Pronto arreglaremos todo para que viajen a la exposición.

Miré a Dhaxton. ¿Iba a tener que viajar con él después de lo que había pasado? Ni siquiera nos dirigíamos la palabra, pasábamos de la existencia del otro desde la cena. Pero no iba a perder la oportunidad de destacar en lo que más me gustaba, iba a hacer todo lo posible para ser la mejor.

La noticia de los dos ganadores se difundió con una rapidez impresionante. Recibí muchas felicitaciones, incluso comentarios de algunos profesores. Logan, desde su asiento, me observó en todo momento con una sonrisa, como si no pudiera creer que mi confianza hubiera dado resultados. Pero no a todo el mundo le gustó la idea de que dos personas de la misma academia ganaran, mucho menos cuando uno de los estudiantes más influyentes estaba involucrado.

Grey no se quedó callada. Después de clases, cuando vio una ventaja en mi soledad de camino a los dormitorios, me detuvo del brazo y me miró de pies a cabeza.

–¿Qué quieres? –inquirí y la aparté.

–¿Qué se siente haber ganado un concurso arreglado? –se burló.

–Genial –repliqué con una sonrisa.

Grey sacó su peor cara y se carcajeó, histérica. Me dio escalofríos verla actuar tan diferente a como se mostraba con los demás.

–Quedar seleccionada con Dhaxton es como estar a su nivel, y todo el mundo sabe que tú no tienes ni su experiencia ni su profesionalidad.

–Lo que tengo es pasión por lo que hago. Y me esfuerzo en expresarlo.

–¿Esforzarte? –volvió a reír–. Si estás seleccionada es porque el concurso fue arreglado. Eso es seguro.

Di un paso atrás. Sentí rabia, pero luego me puse a reflexionar y mi ira se convirtió en lástima. Sentí pena, pena auténtica por una persona que debía atacarme a escondidas y estaba atrapada.

–Es tan triste que tengas que pensar así para sentirte mejor contigo. Entiendo que te molestaras porque participé, quizás también porque Dhaxton tiene un interés en mí, aunque esto no sea por buenas razones, pero no me culpes a mí por tu falta de confianza. He luchado bastante para estar en esta academia y para atreverme a participar.

La bofetada que me propinó me dio vuelta la cara. Fue tan doloroso que mis ojos se humedecieron y el calor en la zona se propagó por toda mi cara. Lo peor es que Grey no estuvo conforme con su acto, me agarró de la muñeca y apretó con fuerza.

–Escúchame bien, tonta, hay algo que necesitas tener muy claro en esta vida: tú eres el juguete nuevo, nada más.

–¡Suéltame! –forcejeé sin resultados.

–Te van a usar, se cansarán de ti y, eventualmente, te van a tirar a la basura. Eres reemplazable, de un solo uso. No eres nadie y nunca lo serás. Si ganaste es porque te van a usar igual como lo hizo Solange. O como lo hizo tu madre, que en la primera oportunidad que tuvo, te dejó en un internado. Todos al final se deshacen de ti, Audrey, así que no te hagas la interesante porque, hasta ahora, lo magnífico en tu vida ha sido una mentira.

–¡Dije que me sueltes!

La empujé, pero ella apretó con mucha más fuerza. Grey estaba desatada, fuera de sí, o tal vez, mostrando su verdadera cara. El miedo me debilitó, se mezcló con los recuerdos que creí sepultados, esos momentos en que mi padre llegaba borracho y golpeaba a mamá. Pero, de nuevo, no estaba sola. No esta vez.

–¿Qué sucede aquí?

Raziel, en su uniforme de auxiliar, se había plantado a nuestro lado. No traía buena cara, su

semblante era desafiante e intimidante. Grey me soltó al instante y procedió a mirarlo con desdén; luego regresó conmigo.

–Desechable, Audrey –repitió y dio media vuelta.

A solas con Raziel, todo lo que quise fue echarme a llorar a gritos.

–No permitas que te trate así –dijo–. ¿Es que no sabes defenderte?

–No es como si no quisiera, ¿sabes?

Mi comentario le hizo formar una mueca.

–Déjame ver tu rostro –me ordenó y tomó la mano que cubría mi mejilla roja.

–¿Qué haces? –retrocedí–. Van a descubrirte.

–Que se vayan al carajo. –Su mano, que estaba fría, fue un alivio para mi mejilla. Tomó mi cara con ambas manos y secó mis lágrimas–. La próxima vez que esa tipeja quiera hacerte algo, vamos a sacar su pequeño secretito a la luz.

Esas palabras me hicieron saborear lo que sería la venganza, pero todavía no estaba lista para hacerlo, por eso, lo que hice en ese momento fue llorar más. Raziel acalló mis sollozos con un abrazo. Quise permanecer así durante mucho más tiempo; sentía cierto recelo hacia él, pero al mismo tiempo me hacía sentir protegida.

Esa tarde fui a mi dormitorio con la esperanza de fundirme en las sábanas de mi cama y olvidar el mal rato pintando. Se suponía que debía ser el mejor día de mi vida. ¡Había ganado un concurso importantísimo! Pero las palabras de Grey rondaban por mi cabeza...

Un solo uso.

Desechable.

Reemplazable.

Arreglado.

Por suerte, una llamada me sacó del tormento.

–Drey, soy yo, Camille.

–Ah, hola...

Que me llamara Camille me puso algo nerviosa porque no sabía si era para algo del trabajo o por Raziel.

–¿Mañana estás libre? –preguntó.

–Eh... Sí, creo que sí. ¿Me necesitan para algo importante?

–Será la *Avant Premiere* de *Más allá de la Tierra*. Pensamos que estaríamos bien, pero creo que necesitamos toda la ayuda posible. ¿Estarás disponible? Por supuesto que te van a pagar el día.

Nunca había asistido a una *Avant Premiere*, mucho menos había ayudado a organizarla, por eso no pude negarme.



Apenas llegué a la calle del cine al día siguiente, me percaté de que el exterior era un caos. Había una multitud de personas arrimadas a una rejilla, reporteros, guardias, una cantidad alarmante de autos cubriendo la zona. Las pancartas de *Más allá de la Tierra* decoraban los postes de luz y la cabecera del cine tenía un afiche bestial de los protagonistas.

Necesitaba apresurarme.

Salí del tumulto para ir a la parte trasera del edificio, donde solo el personal autorizado podía entrar. En el interior todo era un desastre, mis compañeros de trabajo iban de un lado a otro disfrazados como los seres alienígenas de la película, hablaban entre ellos en siglas y salían corriendo. Asumí que nuestra estricta jefa quería que todo quedara perfecto, pues era la primera vez que ocurría un evento de tal magnitud en el cine.

–No puedes obligarme a vestir algo tan ridículo.

Esa era la voz de Raziel, que provenía de la sala del personal.

–Puedo, soy tu jefa. Ahora, póntelo.

Vaya, parecía que la situación era más agitada de lo que esperaba.

–¿Y si me niego?

Hubo un extraño silencio en el ambiente que se pronunció incluso con los demás entrando y saliendo. Entre ellos vi a Camille, quien estaba de brazos cruzados mirando hacia el interior de la sala.

–No actúes como un mocoso –le escuché decir a la jefa. Se oía realmente molesta.

–Eres tú la que se mete conmigo –recriminó Raziel–. Mi contrato no dice que debo hacer esta clase de cosas.

Al llegar junto a Camille necesité saciar mi curiosidad.

–¿Qué ocurre?

–Raziel no se quiere disfrazar como los eiz, lo que es una lástima porque llamaría muchísimo la atención vestido así. «Atención» es igual a un montón de palomitas de maíz, que es lo que más genera dinero.

Asomé mi nariz hacia el interior de la sala, el rostro malhumorado de la jefa se enfocó en mí.

–Me debes este favor por contratarla a ella.

Su dedo acusador me señaló. Esto atrajo la mirada de Raziel, que, a diferencia de la jefa, ponía un semblante confianzudo y algo altanero.

¡Era su excusa perfecta!

Raziel blanqueó los ojos, gesto que nunca esperé ver de él, y le arrebató las prendas. La jefa lo tomó como una flamante victoria, aunque fuera por mi causa.

–Perfecto, ve a maquillarte –le señaló un par de mesas donde había un montón de pintura para la piel. Luego, ese dedo tan detestable volvió conmigo–. Tú, ve con los del maquillaje, aprovechemos tus habilidades artísticas.

No pude evitar sentirme como la estudiante regañada que recibe un crudo castigo. Ni siquiera en el internado me sentí así. ¿Por qué actuaba como si me odiara?

Fui con Raziel.

«¿Otra vez con esto, uh?», me pregunté.

–¡Y rápido! –añadió la jefa antes de salir de la sala.

Volteé hacia Raziel para decirle lo obvio:

–Me odia.

–Odia a todos –contradijo él.

–Sí, pero a mí más –insistí–. Si no fuera por ti no me hubiera contratado.

Formé un puchero dejando que mis emociones afloraran. No obstante, fue la mano de Raziel la que me detuvo.

–Entonces demuéstrale que hizo bien en contratarte.

Al escuchar esa sugerencia desafiante formé una sonrisa. Era extraño que, aunque sabía tan poco de Raziel, pudiera lograr reconfortarme. Iba en serio cuando dijo que estaría de mi parte y

me apoyaría, pero no lograba discernir si lo había dicho porque estaba enfocado en cumplir la venganza o porque era un sentimiento de preocupación real.

¿Era demasiado tonta si preguntaba ese tipo de cosas?

Tal vez le estaba dando más importancia de la que merecían. O, quizás, le daba esa importancia a él...

–Aparta ese pensamiento de tu cabeza.

Su voz demandante provocó que el corazón me diera un vuelco en el pecho. Pestañeé, desorientada, encontrando a Raziel serio, como de costumbre. Tragué saliva para aclararme la garganta y no mostrarme vulnerable.

–¿Qué pensamiento?

–El que provocó que te sonrojes –respondió al instante en un tono de obviedad.

Mis manos frías por la temperatura del exterior encontraron un calor exquisito al tocar la piel de mis mejillas. Y esa temperatura abrasadora me empezó a consumir poco a poco al deducir que él llevaba razón.

–No estaba pensando en n...

–Solo bromeo –interrumpió antes de que se me trabara la lengua.

Evité mirarlo a los ojos porque se haría demasiado obvio que me había puesto nerviosa... Dios, yo era como un libro. Necesitaba aprender algo de cinismo de los que me rodeaban.

Preferí concentrarme en el trabajo; la jefa había vuelto a la sala.

–¿Ya te sientes mejor? –preguntó Raziel tras unos segundos de silencio. Supuse que ya se sentía harto de escuchar a la jefa regañar a sus empleados.

–Sí, gracias por preguntar. Aunque creo que no debiste hacerlo, Seth y Dhaxton tienen ojos en todos lados.

–¿Y dejarte sola mientras te trataba mal? –cuestionó.

Un recuerdo furtivo de su abrazo y lo bien que me sentó vino a mí.

–D-dejemos esos falsos lazos afectivos para la mentira de mi novio –solté, aunque más para mí–. Tú has sido muy precavido como para descuidarte así...

De pronto, su mano me sujetó por la muñeca para que dejara de maquillarlo. Abrió los ojos y estos me observaron con franqueza.

–Primer punto: esos lazos afectivos fueron reales –argumentó con voz firme y sin importarle que el resto lo escuchara–. Segundo punto: si te sientes mal no voy a dejarlo pasar. Nunca. ¿Estoy siendo claro?

Sabía que la respuesta automática era «sí» para que la conversación acabara, pero esa era una mentira.

–No... No lo estás siendo. –Me zafé–. ¿Por qué, si todo este tiempo fuiste tan cuidadoso con que no te descubrieran, me hiciste escoger un disfraz con el que no te reconocieran, escondes tu rostro en las fotos, ahora no te preocupas por eso?

–Porque tú estás por encima de todo eso. ¿Queda claro ahora o es que esto no logra entrar en tu cabeza? –llevó dos dedos a mi frente.

La toqué también, siendo abrasada de nuevo por el calor.

–¿Qué ha...

La jefa vino a nuestro lado aplaudiendo.

–Más movimiento, más movimiento –apremió con palabras rápidas, casi al borde de la histeria–. No los veo trabajando.

Así pasó media hora. Los gritos de las personas en el exterior eran como una banda sonora de

horror y todo porque actores famosos habían hecho su aparición en la alfombra roja. Algunos compañeros dijeron que ante cualquier oportunidad iban a pedirles un autógrafo o foto; otros, más entregados al profesionalismo, decían que no era correcto.

Cuando las estrellas y personas famosas de nombres raros entraron a la parte más exclusiva del cine, fueron atendidos por todos nosotros para que se sintieran cómodos. Había periodistas por donde mirara, personas bellísimas... luego estaban los chicos disfrazados como los extraterrestres de *Más allá de la Tierra*. Entre todos ellos logré divisar a Camille acercándose a mí. Se veía agitada

–Drey, te necesitamos afuera.

Con «afuera» se refería a la zona del público.

Seguí a Camille hacia el hall, donde me encontré con otro infierno. Debí suponer que tan famosa saga de libros tendría a un público desesperado por ver su primera película. Había un montón de gente disfrazada, nerviosa, desesperada.

–Tú ve a ayudar con las palomitas de maíz, yo iré a ocuparme de los baños –indicó Camille–, no quiero ni imaginar el desastre que debe estar ocurriendo ahí dentro.

Ella y yo fuimos de las pocas chicas que decidimos no maquillarnos, por lo que su rostro desnudo pudo reflejar lo mal que le sentaba la situación. Estaba pálida, con los ojos cansados y el cabello despeinado probablemente por todas las veces que se había llevado las manos a la cabeza. Para no darle más problemas, no puse reparos e hice lo que me indicó.

Al llegar tras la barra de atención, me encontré con un peculiar escenario al que fingí no prestar atención: Raziel atendía a un grupo de chicas disfrazadas. Mientras me acomodaba en la caja libre no pude evitar sacar mi lado chismoso.

–Oye, eres demasiado guapo... –comentó una de las chicas–, incluso vestido como un eiz.

Sus amigas rieron. Raziel les sonrió siendo todo un profesional, pero supuse que por dentro debía estar lamentándose por el disfraz.

–¿Tienes novia? –preguntó otra chica.

Más risas. Raziel respondió:

–Te lo diré si compras el combo 10.

–¿¡Quéééé!? –chilló con indignación la chica–. Pero ese es el más caro.

–Exacto –le dio la razón él, volviendo a sonreír.

Camille tenía razón, Raziel vestido así llamaba demasiado la atención.

–¿Disculpa?

Volteé al frente. Un chico más bajo que yo vestido como un sabio eiz esperaba que lo atendiera.

–Lo siento –me disculpé al instante–. ¿Qué se te ofrece?

El chico me pidió una de las promociones más simples, así que me ocupé de ello rápido. Mientras llenaba la bebida, Raziel me habló.

–Concéntrate.

Segundo regaño del día.

Entregué el pedido y llamé a los siguientes clientes.

–Buenas...

Mi voz se perdió al ver de quiénes se trataba. Él, un chico alto y musculoso; ella, una chica rubia y de expresión forzada. A ninguno se nos hizo difícil asociar de dónde nos conocíamos. Eran Shawn, el grandulón amigo de Dhaxton, y Seth, al que le manché la ropa por error una vez, y Amphora, su novia.

–¿Eres la mojigata de la academia? –se burló Shawn en un tono lo bastante alto como para que lo oyeran a diez metros a la redonda.

Amphora lo tomó del brazo para retener cualquier movimiento.

–Shawn...

–Sí, sí, es la nueva Agnes –soltó Shawn, como si no cayera en cuenta de que su novia no deseaba armar un escándalo. Con la emoción reflejada en su rostro, se dirigió a mí cargándose en la barra–. No creas que he olvidado lo que me hiciste.

Inspiré hondo en busca de la calma.

–Disculpa, no tengo idea de lo que estás hablando.

La risa de Shawn se proyectó como la de un villano de película, ronca y con malas intenciones.

–Ya lo sabrás –advirtió.

Bien, eso sonó a que tendría que cuidarme a la salida. Y sentí miedo. Aun así, conservé la calma y sonreí como a todos los clientes:

–¿Qué van a pedir?

–Quiero 1...

–El combo 3 –interrumpió Shawn a su novia, a quien no le pareció bien. Poco a poco se desligó de su brazo y dio un paso al costado.

–El combo 3 sería: tres bebidas y dos barriles de cabritas –indiqué haciendo un esfuerzo por ignorar a Shawn–. ¿Algo más?

La miré a ella para darle la palabra, pero, de nuevo, Shawn se adelantó:

–Solo eso.

Una sonrisa terrorífica, que ocultaba sus intenciones, se asomó en su rostro.

Me volví para hacer el pedido y les entregué lo que pidieron, pero cuando él recibió su bebida, la aventó sobre mi pecho.

–Lo siento taaaaanto, se me ha resbalado la mano –se excusó.

Era tan obvio que mentía que tuve unas ganas inmensas de aventarle la otra bebida en la cara. Sin embargo, a quien no le tembló la mano fue a Raziel, quien no dudó ni por un segundo en lanzarle otra bebida encima a Shawn. El silencio se pronunció tras unos gritos de asombro. Lo siguiente fueron quejas y murmuraciones.

–Ve a cambiarte –me indicó Raziel–. Yo me encargo de esto.

Shawn estalló de rabia y estuvo a punto de saltar la barra para irse contra Raziel, pero dos personas lo retuvieron desde la espalda: Dalia y Seth. Fue Bellish el que me susurró algo cuando nuestras miradas se conectaron. No logré escucharlo bien, pero sí pude detallar el movimiento de sus labios al pronunciar: *Te he atrapado.*

Y miró a Raziel.

Me quedé de piedra.

En lo que Shawn reprimía toda su rabia, otros clientes comenzaron a quejarse del escándalo. Raziel, por otro lado, con una calma envidiable, cogió papel con el que secarme. Sentí la necesidad de decirle que todo se había ido cuesta abajo, que Seth lo había descubierto, pero no era el momento.

–Ve a cambiarte y vuelve –insistió–. Yo me quedaré aquí...

Pero Shawn volvió a explotar.

–¡Esto no se quedará así! –le gritó–. ¡Van a despedirte, imbécil!

Al menos ya no la traía contra mí.

Me marché del lugar antes de que siguiera mojando el piso. Parecía que me había tirado a una fuente de agua. Fui directo a los vestuarios con la cabeza hecha un lío. ¿De verdad se refería a que descubrió a Raziel? No quise imaginar lo que ocasionaría su nueva y jugosa información.

–¿Qué sucedió?

Camille se asomó por la puerta de vestuario.

–Un problema con un cliente.

Le enseñé el desastre que era y me di cuenta de que la camiseta traslucía todo. Ahora entendía la insistencia de Raziel.

–¿Por qué ese cliente hizo algo así? –indagó Camille dirigiéndose a su casillero. De reojo la vi sacar un pintalabios; no me extrañaría que estuviera allí porque la jefa se quejó de su aspecto o algo por el estilo.

–Se molestó por el sabor de unas bebidas –mentí, y para no darle la importancia que yo le estaba dando, añadí–: Nada relevante.

Revisé en mi casillero si tenía más camisetas, pero dentro nada más estaba mi ropa de calle y un pantalón de repuesto. Un resoplido largo y profundo se me escapó.

–Aquí –Camille sacó de su casillero una camisa reluciente y sin ninguna arruga–, puedes usar la mía.

La recibí poniéndome más tímida que de costumbre.

–Gracias. Y lo siento...

–No te preocupes, yo casi no la uso. –Terminó de retocar sus labios y cerró el casillero en tanto me quitaba mi camiseta–. Odio a los clientes prepotentes –soltó de pronto, como si lo que me sucedió le afectara–. ¿Le dijiste algo?

–No –respondí al instante; seco y corto.

«Pero tu novio le tiró una bebida encima», pensé.

–¿Sigue aquí? ¿Quieres que vaya a hablarlo con él?

Camille sacaba a la luz su lado jurídico. Era una estudiante de Derecho; después de todo, supuse que la defensa era algo que le apasionaba.

–Está todo resuelto ya –esquivé antes de que hiciera más preguntas.

Sin esperarlo, se acercó y tomó mi mano.

–Voy a estar con el público dentro de la sala, pero si llega a pasarte de nuevo, dímelo.

Su interés me pareció sospechoso, pero accedí a su petición.

Al volver a la zona de comercio noté que el piso relucía y en el ambiente ya no existía la densidad que la aparición de Shawn provocó. Era solo un tumulto de fanáticos queriendo entrar a ver la película.

Raziel actuó como si nada hubiera pasado, atendiendo a las personas con una sonrisa cordial. A mí me costó seguir el ritmo, pues Seth y su grupo seguían por los alrededores y, al no verlo, desviaba la mirada hacia Raziel con la necesidad de decirle lo de Seth.

Después de unos extensos minutos, la función comenzó y en el hall solo se escuchaba una melodía de ascensor. De pura curiosidad fui a la sala donde transmitían la primera función; había dos compañeros de pie, con la espalda recta y sus disfraces de eiz procurando que nadie entrara. Tuve el impulso de abrir la puerta y asomarme, pero uno de los chicos me hizo un gesto de silencio, así que solo coloqué mi oreja contra la puerta para escuchar. Al parecer, el director de la cinta hablaba sobre la película aún.

Decidí ir a la sala del personal, pero de camino vi a la jefa regañando a Raziel otra vez. Fui a uno de los baños para usar el secador de manos en la camisa, la cual volvía a mojarse por la

humedad en mi sostén, y de paso arranqué unas cuantas toallas de papel para colocarlas enrolladas en mi ropa interior. No pude hacer mucho con la mancha de agua en mi pecho, pero al menos ya no me sentía tan incómoda. Al salir me topé con una melena castaña alborotada, unos ojos marrones y una sonrisa rebosante de confianza. Seth salía del baño de hombres.

Con una seña con la cabeza indicó que lo siguiera. No me negué, existían un montón de razones para ir con él. Cruzamos una puerta para el personal autorizado y nos encontramos con un pasillo solitario y frío donde el color azul del cine desaparecía. Nadie andaba por ahí. Seth apoyó su espalda en la pared.

–Te he atrapado –soltó como si fuese una verdad que estaba atorada en su garganta y necesitaba sacarla para respirar.

Seth lucía como un chico superficial, pero había demostrado ser más inteligente de lo que aparentaba. Tenía que ir con cuidado, porque si él...

–Ya sé qué marca de sostén usas –agregó ensanchando su sonrisa.

–¿Qué? –formulé.

¿Había escuchado bien?

–Que te he atrapado, pequeña traviesa –explicó arrastrando las palabras con una mueca de fastidio.

No entendí nada. ¿Acaso con el «te he atrapado» se refería a mi sostén? Mi ropa se traslucía, pero eso era tan... absurdo. ¿Debía descartar la idea de que descubrió a Raziel entonces?

–Es una ropa interior muy sexy para alguien como tú –se lo pensó llevando una mano a su barbilla a modo de reflexión.

No. Seguro era una trampa.

–¿Qué quieres, Seth?

–Vengo a hablar contigo, claro –respondió con una inocencia que le sentí bien, pero que tanto él como yo sabíamos que era pura fachada.

–¿Sobre mi ropa interior?

–Ajá –respondió encogido de hombros.

–Pues sí, me has atrapado, me encanta usar lencería sexy. ¿Tú mandaste a Shawn a tirarme la bebida?

–Él actuó así porque es un idiota impulsivo y vengativo, a mí no me cueles en sus ideas del culo.

Al menos sonaba auténtico.

–La verdad es que no –dijo de la nada. Sus palabras resonaron como un eco del más allá, tal vez por el cambio de tono en su voz o porque una parte de mí sabía que lo de unos segundos atrás había sido una actuación.

Lo miré por encima del hombro.

–No ¿qué?

–No vengo a hablar contigo sobre tu ropa interior. Siento curiosidad, claro, pero no es un tema –confesó regocijándose en su posición–. Vengo a hablar contigo sobre tu noviecito. ¿De verdad creíste que no me daría cuenta? Tu supuesto novio es el tipo que te defendió.

No quise ponerme a la defensiva, por lo que intenté no tensar los hombros y la mandíbula. No obstante, la sonrisa rígida que formé fue deprimente.

–Lamento tener que informarte que estás equivocado –contradije–. Ese chico tiene novia, y no soy yo.

–Claaaaro que no eres tú, por eso es tu novio falso –replicó con obviedad.

–No tengo novio falso, así que creo que no hay nada que hablar...

–¿Quieres saber cómo me di cuenta?

Oh, Dios... Sí que quería. Estaba atrapada, sí, es cierto, aunque también tenía interés.

–Por la forma en que él te miraba –continuó–. Y la forma en la que te defendió. Si hubiera sido otro, se habría indignado, habría preguntado qué sucedía, pero él desde el principio sabía qué sucedía, estaba al tanto de la situación desde antes y, no conforme con eso, le lanzó la bebida a Shawn. Vaya...

«Raziel, esto es tu culpa», gruñí.

No, era culpa de Shawn, de nadie más.

–¿No dirás nada? –se burló Seth ante mi silencio.

Dejé de lado mis intentos por conservar la calma.

–¿Y si fuera así? ¿Qué vas a hacer?

–Nada. –Se encogió de hombros y avanzó hacia mí para tocar una punta de mi cabello–. Quiero saber qué traman y qué tan lejos quieren llegar.

–No dudo que correrás a decírselo a Dhaxton. –Sus ojos se conectaron con los míos y yo traté de buscar en ellos la verdad.

–Nah... –volteó hacia la puerta de regreso a la sala–. Este será nuestro secretito.

–Creí que ustedes eran la clase de amigos que no se ocultan nada –le cuestioné mientras abría.

–Entre amigos siempre hay secretos, aunque prefieran aparentar que no –dijo sin siquiera voltear.

Lo seguí hasta comprobar que había vuelto a la sala de cine y, una vez que entró, fui en busca de Raziel.

Necesitaba encontrarlo para poder pensar en algo que hiciera desviar el interés de Seth hacia Raziel o inventar alguna buena excusa que justificara su defensa, porque si Dhaxton llegaba a enterarse, si entre esos dos perturbados llegaban a tramar algo, nuestras intenciones de hacerles pagar lo que nos hicieron estarían perdidas y todo habría sido en vano.

Busqué a Raziel en la sala del personal, lo llamé desde los vestuarios de chicos, lo busqué en el hall, en el estacionamiento de los trabajadores, en los baños, en el pasillo de la puerta del aseo... No estaba en ningún sitio. Opté por preguntarle a uno de nuestros compañeros y me respondió que como castigo la jefa lo había mandado a contar mercadería en la bodega, el único lugar donde no se me había ocurrido buscar.

Me dirigí hacia allá algo nerviosa, con las manos sudadas y el corazón golpeando en mi pecho. Abrí la puerta y me asomé hacia el interior oscuro. Lo lúgubre allí era terrorífico y no conseguí ver bien ni siquiera con la humilde luz que colgaba en el techo.

–¿Raziel? ¿Estás aquí? –pregunté con rapidez, temerosa de hallarme con algo indebido.

Segundos después, la figura alta de Raziel se asomó entre los estantes.

–¿Por ti? –preguntó–. Sí.

Hablaba del castigo.

Entré a la bodega y cerré la puerta.

–¿Cómo que por mí? Yo no te pedí ayuda.

Raziel siguió avanzando.

–Prometí que te protegería.

–Pues vaya forma estúpida de hacerlo –repliqué con sarcasmo, lo que le sacó una mueca. Ya no tenía maquillaje, se lo había quitado, pero logré divisar algunos rastros de azul en sus mejillas y barbilla.

–Si estás aquí para fastidiar puedes volver con los demás –indicó con su barbilla.

–No me voy a ninguna parte.

–De verdad, Angelito, no estoy de humor –insistió cargando la voz sin siquiera mover la mandíbula, lo que fue un indicativo de que sí estaba molesto.

–Seth te ha descubierto –solté sin más.

–¿Qué dices?

–Al final todo lo que hicimos para que no te descubriera y todos tus intentos de pasar desapercibido han sido en vano. Él se ha enterado de que eres mi novio falso porque me has defendido. Y todo por tu culpa.

Caminó hacia mí. Sin darme cuenta, mi trasero chocó contra la puerta y mi espalda permaneció recta. ¿Qué rayos? Yo era la que estaba molesta.

–¿Tenías que lanzarle la bebida a Shawn? ¿Tenías que actuar así? Podríamos seguir con esta mentira un poco más... Y ahora, lo más seguro es que le esté contando quién eres a Dhaxton. Todo lo que pensábamos hacer se puede ir por el retrete. Se enterarán de tu relación con Agnes y que en realidad jamás dejé mi anillo...

En un movimiento rápido, sus ojos bajaron hacia mis labios y se inclinó hacia mí. Su boca quedó a nada de colisionar con la mía, lo que interrumpió mi reclamo.

–Cállate –pronunció.

Iba a besarme. Intentó hacerlo. Estaba segura de que esas habían sido sus intenciones. Pero, al mismo tiempo, lo dudé, me quedé con la mente en blanco.

–¿Qué haces...? –Las preguntas se atropellaban en mi cabeza y todas querían salir a la vez. Entonces, di con la única pregunta razonable en mi atolondrada cabeza–: ¿Hay alguien aquí?

Intenté mirar entre las cosas de los estantes.

–No.

Al dar nuevamente con la mirada de Raziel, verlo tan imperturbable y cercano, un manojo de nervios recorrió mi cuerpo.

–¿Entonces? –pregunté todavía desconcertada.

–¿Dices que Bellish no cree lo nuestro? Tal vez porque no estamos haciendo las cosas bien, así que quería saber cuál sería tu reacción si llego a besarte en público, frente a él... Pero actuaste demasiado sorprendida. No has pasado la prueba.

¿Una prueba? ¿Qué decía?

Eso fue peor a que Shawn me echara bebida encima.

–Ya puedes irte –dijo.

Dio media vuelta dispuesto a perderse entre los estantes y a seguir con su trabajo. Por un momento pensé en hacer lo que me había ordenado, largarme lo más lejos de la bodega y eliminar el hecho de que iba a besarme, incluso tomé la manilla de la puerta; sin embargo, antes de abrirla, un calor vengativo me abrazó.

Si quería ver cómo reaccionaba, yo también podía probarlo a él, ¿verdad?

Agilicé mi paso y me interpuse en su camino. Su expresión se contrajo sin mediar comprensión al principio, pero luego formó su mueca de desagrado.

–Aparta...

Sin previo aviso lo agarré de la camisa y tiré de él. Perfil con perfil, boca contra boca. Tan repentino como su actuar. Lo probé como si plasmara mi enojo en un lienzo ya usado donde marqué las curvas de sus labios, dejando de lado la inseguridad, y profundicé en la necesidad de saborear en él la venganza. Una deliciosa y oscura venganza que dejó en lo más alto mi orgullo.

Quería decirle que yo también sabía jugar en su terreno. Pero él no quiso quedarse atrás, por supuesto que mi acto traería una consecuencia, buena o mala, las dos estaban en un término intermedio, porque lo que estaba sucediendo en esa oscura bodega no debía ocurrir. Y, por un momento, tuve la impresión de que sus labios seguirían mi ritmo, pero él me llevó al suyo. Sus manos recorrieron mis muslos, lento, despacio. No había prisa. Yo creí que se arrimaría a mí, y viajé a la fiesta de Halloween, su cuerpo guiándome y demandando más de mí. Sin embargo, cuando el ardor de sus manos llegó a mi cintura, me aparté para contemplar su expresión.

–Tú tampoco has pasado la prueba –le dije al ver su expresión perpleja y no reprimí la sonrisa con la que degusté la victoria.

–No juegues con fuego, Angelito –desafió, llevando una mano tras mi espalda para presionarme contra su cuerpo. Mi pecho se fundió en el suyo y su respiración acelerada se sincronizó con la mía. Si intentaba ponerme nerviosa, estaba lejos de conseguirlo porque, de los dos, él era el único que podía salir perdiendo.

–Yo no puedo quemarme, tú sí.

–Calla –ordenó–. No hables.

–Tal vez estoy dando una excusa para que me pruebes...

Esta vez sí me besó, pero fue diferente al mío. Su beso fue suave, buscaba sentir, incursionar. Pero yo quería que lo hiciera con más profundidad, que me tocara, que juntos nos consumiéramos en el loco deseo de tenernos. Me aferré a su camisa y apreté con fuerza pidiendo más en silencio, y como si el rol entre ambos cambiara y él fuera el que acatara órdenes, colocó sus manos en mi cintura y me unió a su cuerpo sin sutilezas.

Cuando me sentí demasiado acalorada me alejé y aproveché de mirarlo con el fuego todavía recorriendo mi sangre. Observé sus labios hinchados, sus mejillas acaloradas y su mirada ardiendo dentro de un abismo oscuro. Solo en ese espacio diminuto que nos separaba caí en cuenta de la realidad.

–¿Qué estamos haciendo?

–Te estoy probando –respondió.

El bosquejo de una sonrisa se hizo visible en su expresión. Una sonrisa que me metía en el deseo de querer experimentar todo lo que él tenía para mostrarme. Poco a poco se fue inclinando para concluir el beso en el cuello que quedó pendiente de Halloween. Era la atmósfera perfecta, la que precipita ese momento de intimidad entre dos personas. Mis labios palpitando, mi pecho contraído, su respiración en mi piel...

Golpes en la puerta.

De manera automática nos apartamos, nos arreglamos la ropa y nos pasamos las manos por la cara, como si con eso bastara para borrar cualquier rastro de lo que acabábamos de hacer. Raziel se metió entre los estantes y yo fui a abrir. El rostro de Camille apareció cual fantasma en película de terror. Mi cabeza estalló en alarmas y todas ellas gritaban «acabo de besarme con su novio».

–Hey... –me saludó–. ¿Raziel está aquí?

–Estoy aquí.

Raziel se asomó entre los estantes en su faceta de «aquí no ha pasado nada, solo estoy fastidiado por el trabajo».

–¿Qué hacen aquí encerrados? –preguntó Camille con voz algo temerosa, alternando su mirada entre Raziel y yo.

–Le decía que Seth se enteró que finge ser mi novio –respondí con rapidez.

Las cejas de Camille se arquearon, pero no de sorpresa.

–¿Qué lo delató? –interrogó.

–La defendí –se apresuró en responder su novio.

De manera súbita, su mirada se desplazó hacia mí y yo la esquivé. ¿Cómo podía darle cara a Camille con tanta seguridad?

–Mientras no sepa más, no importa –aclaró Raziel–. Me vio con pintura, le será difícil descubrirme en la academia.

Camille no lucía muy convencida.

–Por cierto, ayer fui a la biblioteca a buscar información sobre Agnes y Emma Williams –escupí a causa de los nervios. Raziel me miró con seriedad, no sé si porque no le había contado o porque estaba metiendo la pata. Aun así, seguí–: Tengo dos nombres que pueden darme más información sobre su paradero. Me pondré en contacto con ellos tan pronto como pueda para saber al menos qué sucedió con ella...

Más silencio. Sentí la mirada de ambos clavada en mí y mi conciencia pidiendo que hablara con la verdad, que cuente lo que sucedió. Si seguía encerrada con ellos dos iba a explotar.

–Bueno, me voy antes de que la jefa se moleste...

–¡Espera!

Camille me detuvo justo antes de que pudiera poner un pie fuera de la bodega. Al voltear hacia ella su índice tocó mi mejilla y lo deslizó sobre mi piel.

–Qué raro... –dijo con voz apagada mirando su dedo manchado con pintura azul, la misma que ensuciaba la cara de Raziel–. Esta mancha no la tenías antes.

–Debí mancharme por ahí –me excusé, pasando por mi mejilla la manga de la camisa que ella me prestó–. Hablamos luego.

Salí de la bodega y me marché por el pasillo casi corriendo.

Afuera supe que no huía de un enfrentamiento, sino que temía enfrentar la verdad: besar a Raziel me había gustado.

Capítulo 3
Dhaxton enfermo, oportunidad a la vista

AUDREY

A tan solo unos días para nuestro viaje a New York, fuimos citados después de clases por las autoridades de la academia y el profesor Stan para darnos indicaciones. Nos dijeron que todo sería costeado por los organizadores del concurso y lo que no fuera respaldado por ellos, sería costeado por LeGroix. Nos pidieron algunos datos de interés, como nuestros nombres, número de identidad, información de contacto y el de algún familiar al que pudieran contactar. Yo respondí sin problemas; pero Dhaxton, siempre tan pulcro y recto, no. Aquella tarde se le veía cabizbajo y desorientado, su movilidad era lenta junto con su reacción, pese a esforzarse en demostrar lo contrario. Pedía que le repitieran la información, no pudo mantenerse en pie por sí solo, sino que necesitó apoyarse en la pared y en un momento se tambaleó tanto que se vio obligado a buscar mi hombro para no caer.

Ante las últimas indicaciones todo mi interés lo arrebató él. El sudor en su frente, la mirada perdida, los suspiros disimulados y la curvatura en su espalda. El Dhaxton Crusoe de siempre se había marchado. En cuanto salimos de la oficina, él caminó tambaleándose.

–¿Dhaxton?

Mi paso fue cauteloso al acercarme.

–¿Dhaxton, ocurre algo?

Busqué su rostro. Su cara era simétrica, blanca como la porcelana y sin ninguna peca. Era como una escultura. Su cabello siempre peinado hacia atrás estaba hecho un desastre. Algunos mechones estaban pegados a su frente por el sudor. Su mirada era cansada y perdida.

–¿Te sientes bien?

Negó con la cabeza.

–Debes haber pillado algo –lo frené–. Vamos a la enfermería.

Pasé su brazo por mis hombros, pero no pude con su peso. Dhaxton se desplomó en el suelo.

Me quedé fuera de la enfermería esperando a que alguien saliera a decirme que Dhaxton se encontraba bien. A pesar de que estaba enojada con él y que nuestra extraña relación se había ensombrecido, a una parte de mí todavía le importaba y no quería que algo malo le pasara.

Fue un enfermero quien me avisó que Dhaxton había despertado y me llamaba.

–Mi padre viene en camino –murmuró con voz ronca una vez que me vio a su lado–. No me dejes solo –rogó y me tomó del brazo.

Con el historial de Dhaxton y el enfrentamiento que tuve con su padre, lo mejor habría sido negarme y volver a los dormitorios para ocuparme de mis asuntos, pero se me había dado una oportunidad única que no podía dejar pasar. Dhaxton estaba enfermo, lo que significaba que podía sacar ventaja y revisar su laptop.

Por supuesto que no debía mostrarme ansiosa, así que decidí poner en práctica algunos trucos que aprendí de él.

–¿Ya se te olvidó lo que pasó la última vez que tu padre y yo nos vimos? ¿De verdad crees que me querrá ver contigo?

Al parecer, mi cuestionamiento despertó cierta inseguridad que desconocía de Dhaxton, pues apretó con más fuerza mi brazo. Frente a esa situación en la que se encontraba débil, fue alarmante darme cuenta de que se aferró con tanta desesperación.

Dhaxton odiaba a su padre, pero también le temía. ¿Qué había tenido que hacerle esa horrible persona para que alguien como Dhaxton, que infundía tanto respeto y miedo en los pasillos de la academia, pudiera ser una masa de nervios?

–Por favor, quédate conmigo.

Creo que esa fue la primera vez que escuché la palabra «por favor» salir de su boca. Siempre fue educado... Cruel, pero con la cortesía que lo dejaba por encima del villano convencional que es grosero y sin escrúpulos. Podría ser muchas cosas, pero jamás se hubiera rebajado a un ruego. Fue como si me pidiera clemencia.

–¿Cuánto falta para que llegue?

Respondió encogiendo los hombros.

–No lo sé –dijo–, fueron los enfermeros quienes hicieron el llamado. Fue la única persona que respondió.

–¿Y Seth?

–Ocupado.

–Seguro que con Dalia –solté.

Últimamente los había visto juntos todo el tiempo. Era extraño. Sabía que el interés de Seth hacia ella no iba más allá de una relación por conveniencia, pero ella aparentaba que tenían alguna especie de relación seria. Todo era actuado, como lo de Raziel y yo, y verlos paseándose por ahí me hacía sentir como una estúpida que sobrepensaba todo, porque seguro que yo era la única que pensaba en lo que pasó en la bodega.

La bodega.

Casi pasaba por alto lo que ocurrió y que Seth lo había descubierto.

Debía averiguar si le había dicho a Dhaxton algo sobre Raziel.

–¿Ocupado? –repetí y me agaché a su lado, eso bastó para que me soltara–. ¿Qué es más importante que un amigo? Parece que su amistad no es tan fuerte como todos creen... –Dhaxton abrió los ojos. Su gris se vio oscuro y malicioso–. No me mires así, es lo que muchos rumorean en los pasillos.

Su mirada se ensombreció más.

–Si te ha molestado quizá tengan algo de razón.

No deseé meter el dedo en la llaga, solo quería provocar una herida. Y estaba funcionando.

–Espero que el motivo de su distanciamiento no sea yo o la persona que llevé a la fiesta de Halloween.

Sus cejas se arrugaron al punto de casi unirse en su entrecejo. No sé si de verdad su cabeza no daba para responderme o es que incluso en un estado tan deplorable era lo suficientemente listo como para mantenerse callado.

Abrió los ojos sin apartar la mueca de molestia que había dejado mi sutil invitación.

–Luces idéntica a ella –murmuró tan bajo que por un momento creí que había sido una alucinación de mi despiadada imaginación, pero entonces añadió–: Luces igual que Agnes.

Extendió una mano y la colocó a lo largo de mi mejilla. Sus dedos largos y fríos se deslizaron con sutileza por mi cabello y luego los arrastró a mi pómulo como si estuviera esculpiendo mi

rostro. Recorrió mi mejilla y finalmente bajó a mi barbilla, rozando mi comisura.

–Como si ella hubiera vuelto... –continuó examinándome. A este punto asumí que para él yo era un delirio o parte de su imaginación y no me estaba viendo a mí realmente–. Pero ella ya no está.

Dejó caer su mano ya sin fuerzas.

«¿No pudiste decir un poquito más para sacarme ya de la duda?», quise preguntarle.

Busqué si había alguna manta para abrigarlo, pero el mismo enfermero que me había permitido pasar fue con nosotros a decirnos que el padre de Dhaxton había llegado. El enfermero subió a mi compañero de Boceto a una silla de ruedas y juntos salimos al solitario pasillo donde creí que el señor Crusoe lo estaría esperando, pero el sujeto ni siquiera estaba allí. Había mandado a su chofer a buscarlo, quien aguardaba por Dhaxton en el estacionamiento.

Al vernos avanzar despacio, se apresuró en sostener a Dhaxton.

–Permítame ayudarlo.

El enfermero se despidió y el chofer lo sostuvo. En cuanto Dhaxton llegó a la puerta trasera del auto, el chofer la abrió enseñando que Denniro Crusoe esperaba en el interior.

–¿Qué hace ella aquí? –preguntó nada más verme.

«Ser el apoyo emocional de su hijo, al parecer».

No podía decirlo, por mucho que quisiera. Si mi meta era conseguir la laptop de Dhaxton, tenía que dejar de lado mi orgullo y complacer a su padre.

Tragué saliva preparándome para la mentira:

–Señor Crusoe, quiero que sepa que estoy muy arrepentida y avergonzada de mis palabras en la cena. Entiendo que, por la reputación de su familia, han tenido que lidiar con muchas personas interesadas, es normal que haya considerado a mi madre como una. –Llevé una mano a mi pecho, como si tocara mi corazón–. No quiero excusarme con el alcohol que tomé en ese momento, aunque me dio las agallas de soltar eso en público. Sin embargo, quiero decirle que realmente lo lamento. Fui impertinente, grosera y me avergüenzo de solo pensarlo. Estoy muy arrepentida por eso.

Una disculpa de la boca hacia afuera, porque lo cierto es que no me arrepentía de plantarle cara. Al menos, no a él.

–Padre, déjala subir... –le rogó Dhaxton–. Ella me hará compañía.

Denniro no lució muy tocado por mi disculpa. Ni siquiera estaba conmovido por la súplica de su hijo. Su rostro era tenso, su cuerpo rígido y tenía la mandíbula marcada. Mostraba ese aire de superioridad que alguna vez vi en Dhaxton. Él sabía que el poder estaba en sus manos, que era dueño de la última decisión.

–¿Señor? –El chofer, quien seguía siendo un pilar para Dhaxton, sacó a Denniro de su nube de arrogancia y soberbia.

–Déjala subir también.

Con su decisión final, Dhaxton subió al auto. Yo le seguí, pero Denniro puso su mano frente a mí, impidiendo que me sentara.

–Tú ve delante –ordenó.

En el auto el silencio era incómodo. Un presentimiento de los malos me decía que yo no debería estar ahí de camino a la casa de los Crusoe. A mitad del viaje el chofer le preguntó a Denniro si pasaba por una farmacia.

–Haz lo que creas conveniente –le respondió con desinterés, como si pensara en todo menos en el bienestar de su hijo.

Después de pasar por la farmacia no tardamos en llegar a su enorme casa. Arriba, en un lugar estratégico, logré ver la cámara que me delató cuando lancé la primera piedra en venganza.

Cruzamos el portón hacia el interior. Como era de esperarse, el terreno era amplio y bien cuidado. Había un camino pavimentado que daba hacia el garaje, una fuente y la enorme mansión. Dos hombres, que al parecer eran guardias del lugar, ayudaron a Dhaxton a bajar, mientras por la otra puerta su padre bajó rápido para adentrarse en su hogar por una puerta doble que ni siquiera tuvo que abrir. Dos empleadas domésticas sostuvieron la puerta para que Dhaxton lograra entrar. La sala era todavía más alucinante, pero debía ocuparme de mi compañero. Las escaleras fueron un tramo largo en el que me deleité con la decoración del interior. Todo era blanco, gris, dorado, lleno de detalles floreados. Pude comprender por qué a Dhaxton le gustaba tanto el estilo Art Nouveau.

Denniro se perdió en un pasillo. Ni siquiera miró atrás para comprobar cómo se encontraba su hijo. A Dhaxton lo ayudaron a llegar a su cuarto, una habitación amplia, blanca, con una cama doble donde lo recostaron. Yo me quedé de pie junto a la puerta, observando todo; desde el lugar donde estaba la cama, los veladores, su escritorio y una puerta doble que llamó mi atención.

–Pronto le traerán la medicación –me informó uno de los hombres, distrayéndome de mis objetivos.

–Gracias.

–Un placer –dijo el otro antes de salir.

El delirante Dhaxton y yo quedamos solos en su habitación. Rodeé su cama para comprobar cómo se sentía. Lo habían dejado bajo el edredón, tapado hasta la nuca.

–Ya estás en casa –le susurré.

–Esta ya no es mi casa. No la siento así.

–¿Y el departamento de Devon?

–Lo dejé hace un tiempo. Mi padre me ordenó venir.

–¿Entonces quién cuida de Francis ahora?

Formó una sonrisa minúscula.

–Mi hermano y tu madre le dan suficiente amor. Lo tratan como si fuera su hijito. Qué envidia.

–¿Por qué hablas como si jamás hubieras recibido cariño de alguien? Me haces sentir lástima por ti.

Alguien llamó a la puerta.

–Traigo la medicina del joven Crusoe –anunció una voz aguda desde el otro lado.

–Dile que pase –indicó Dhaxton con su voz rasposa.

–¡Pase! –grité con inseguridad, pues no me sentía a gusto dándoles órdenes a los demás.

Una empleada entró con una bandeja de plata que traía encima un vaso de agua y un plato blanco con tres pastillas; solo reconocí la que el chofer compró en la farmacia, las demás eran desconocidas. Pero había una que destacó por su forma de cápsula y su color rojo con blanco. Me recordó a esas pastillas que son con receta médica. ¿Acaso Dhaxton estaba siendo medicado?

Cuando la mujer se marchó y Dhaxton terminó de beberse el agua del vaso, volvió a recostarse bajo lo que parecía su nuevo refugio, dejando visible su cara pálida y sus labios casi violeta. De pronto la necesidad de querer plasmarlo en un lienzo me invadió, quise hacerlo trazos y practicar la combinación de sus colores pálidos.

–Pareces una oruga –le comenté al recorrerlo y notar que era un ovillo. Me agaché junto a él–. Un gusanito que se está preparando para ser una crisálida.

Al escucharme, Dhaxton se rio.

Me había acostumbrado a verlo serio y formando muecas, que jamás esperé que se riera con algo tan absurdo. Su risa era profunda y seca. Sus labios formaban una «D» caída que enseñó una dentadura blanca y recta, con colmillos gruesos. Era una sonrisa bonita y muy inesperada.

–¿Qué es lo gracioso? –fingí estar ofendida.

–Eso es lo que decía mi madre.

Era sorprendente que la mencionara, por lo que hacía con las chicas pareciera que jamás hubiera tenido una.

–¿Que eras una oruga lista para convertirte en mariposa?

–Ella tenía una rara forma de ver la vida... Me dijo que veía en una gama infinita de grises que se coloreaban cuando sentía aprecio por ese objeto, animal o persona. Pero que esos colores no duraban demasiado, se apagaban cuando ese «algo especial» no le provocaba lo mismo que antes. Entonces volvían a la gama de grises. –Se estremeció y tuvo que tomar un respiro mientras controlaba los temblores en su cuerpo–. Pero si ese objeto, animal o persona le hacía daño, se convertían en figuras negras.

–Es una forma muy artística de ver el mundo.

–Su pasatiempo era pintar –una sonrisa nostálgica se asomó en sus labios. Me dio la impresión de que sus ojos grises reflejaban a su madre, su figura, y veía pasar frente a él todos los recuerdos que su madre le dejó. Hubo un segundo de paz que no tardó en ensombrecer–. Luego perdió la cabeza y todo lo que hacía eran rayones negros.

–¿Por qué?

–No lo sé, yo era un niño.

–¿Y qué le sucedió a ella?

–La mataron.

La frialdad con la que respondió me dejó pasmada.

–¿Quién?

Dhaxton gruñó y, de pronto, se destapó. Estaba empapado; la camisa pegada a su torso y su cuello brillando por el sudor. Quedó tendido, con los brazos abiertos y su pecho subiendo y bajando en busca de un equilibrio. Si no fuera por eso, hubiera jurado que se había desmayado. O peor, que había muerto.

–Voy a buscar a alguien...

–No vayas... –dijo intentando sentarse en la cama–. Ayúdame a levantarme.

Sus brazos pidieron auxilio, los estiró hacia mí para lograr apoyarse. Lo sostuve por debajo y tiré de él hasta conseguir que se sentara con los pies fuera de la cama. Abajo estaban sus pantuflas. En cuanto lo solté, dejó caer las manos a los costados. Estaba tan débil que me resultó deprimente.

Con sus hombros caídos y la espalda encorvada, llevó la mano temblorosa a su cabeza y se cubrió. No podía estar mucho tiempo sostenido por sí mismo, pues buscó reposo en lo que tenía más cercano: yo. En cuanto su cabeza golpeó mi pecho, el corazón me latió con fuerza, pero al notar que, poco a poco, comenzaba a irse por el costado, pasé mis manos por detrás de su cuello. Su calor corporal no tardó en abrasarme. Por suerte Dhaxton volvió a recobrar la conciencia y pasó sus brazos por mi cintura hasta aferrarse a mi espalda. Pude sentir su perfil enterrarse en la hendidura entre mis pechos. Puso su mayor esfuerzo en ponerse de pie y colocó sus manos en mis hombros.

–¿Qué vas a hacer? –interrogué.

–Voy a cambiarme.

Se tambaleó hasta llegar al *walk in* clóset. Me quedé embobada con todo lo que vi dentro, que era su ropa, pero en una habitación enorme. Ni siquiera cerró las puertas cuando empezó a desabrocharse la camisa, pero se detuvo a mirar por encima del hombro. Su mirada perdida no tardó en dar conmigo. Enseguida volteé hacia otro lado. No obstante, la curiosidad me ganó y caí rendida a la tentación de ver su espalda desnuda. Él apenas terminó de desabotonar el último botón cuando tambaleó.

–¿Quieres que te ayude?

Creí que me diría «para eso estás aquí, para ayudarme», pero, en su lugar, negó con la cabeza. Eso lo tomé como un nuevo rechazo.

Ya iban dos.

Me encogí de hombros y fingí hacer lo mío, pero de nuevo mis ojos curiosos tuvieron la necesidad de contemplar su figura. Con disimulo lo observé quitarse la camisa, exponiendo su piel. Lo que vi no fue sexy, músculos o una espalda bien formada, sino un montón de cicatrices de todos los tamaños y direcciones, alargadas y circulares. Al instante me giré para no mirar aquella escena grotesca. En los hogares comunitarios a los que ayudé, vi multitud de personas que habían sido marcadas, ya sea por accidentes, mordeduras de animales o asaltos, por lo que estaba familiarizada con las marcas de maltrato, pero lo de Dhaxton era diferente. Era cruel y triste.

Tragué saliva. La garganta se me había cerrado, mis ojos picaban y mi pecho se comprimía con dolor. Cerré los ojos recordando los gritos de papá y luego lo que dijo Seth sobre la infancia de Dhaxton. Volví a la vez en que se había escondido en mi habitación, en lo fuerte que me agarró en la enfermería pidiendo que me quedara.

–¿Ya te vestiste? –pregunté, rehusándome a ver tan horribles cicatrices.

Dhaxton se arrastró por la cama y se tapó, de nuevo temblando por el frío.

–Nunca dije que no pudieras mirar –pronunció castañeteando. Me observó un momento, pero yo solo vi reflejado a un Dhaxton niño siendo golpeado–. Fueron hechas hace mucho –les restó importancia.

–¿Por tu padre?

Supuse que su silencio me daba la razón.

Sus ojos se fueron cerrando con lentitud mientras caía inevitablemente en el mundo de los sueños.

Observé su cicatriz y la toqué con cautela.

–¿Él también te hizo esta? –pregunté bajito, pero no respondió.

Parecía que al fin Dhaxton había caído en un sueño profundo, y no podía verse más hermoso. Recorrí la cicatriz desde su inicio a su fin y después cubrí el otro lado de su rostro con mi mano para contemplarlo. Y luego despejé su frente.

Al contemplarlo así, tan indefenso y bello, fui cayendo en una verdad irrevocable:

–Si tan solo me hubieras mostrado esta cara, serías el chico por el que hubiera caído rendida de amor –le confesé.

No reaccionó. Asumí que ya se había dormido y yo no tenía nada más que hacer allí... Excepto dar con la razón por la que fui a ese encuentro con los lobos.

Me aparté de la cama para hacer un recorrido silencioso por la habitación. A diferencia de Seth, Dhaxton era mucho más ordenado, sin ningún aparato tecnológico que rompiera con el

diseño de la mansión. Hasta el más pequeño rincón gozaba de alguna decoración floreada y de aspecto lujoso.

Me moví hacia el escritorio, donde imaginé que estaba su laptop, pero no había nada más que un libro sobre arte, papeles en blanco y la fotografía de una mujer sonriendo que sostenía a un niño con la cara rayada de negro.

Era su madre. Pero la fotografía, lejos de mostrar un recuerdo lindo, me dio mal rollo. Según lo que Dhaxton había contado sobre su madre, existía la posibilidad de que el rayón lo hubiera hecho ella, pero... ¿por qué? ¿Qué había hecho Dhaxton para que ella lo viera negro y tachara su rostro así? ¿Y por qué Dhaxton conservaba esa foto?

Seguí con la puerta doble. Estaba convencida de que adentro había algo mucho más interesante que en su cuarto. Me dirigí a la puerta, toqué las manijas y...

–Te dije que no puedo dormir más de tres horas –la voz áspera de Dhaxton provocó que saltara del susto.

Al voltear me encontré a Dhaxton justo detrás de mí y podría jurar que, si hubiera tenido la fuerza suficiente, me habría acorralado contra la puerta para no dejarme ir.

–Debes guardar reposo –le regañé sin que nada en mi defensa pudiera excusarme de lo evidente.

La mirada de Dhaxton pesó sobre mí.

–¿Acaso buscabas esto? –me enseñó un papel doblado que tenía su nombre.

La carta de Agnes.

–No, en realidad –confesé–. Solo curioseaba.

Guardó silencio mientras analizaba mi respuesta y todos los rasgos físicos que podrían haberme delatado. Ni siquiera pestañeé, quería que viera mi sinceridad.

–¿Quieres leerla? –miró la carta y regresó conmigo.

Asentí.

Con una sonrisa me dio la aprobación y yo le quité la carta en un movimiento rápido. Con torpeza, intenté abrirla en lo que Dhaxton volvía a la cama. Cuando la hoja estaba abierta, comencé a leer.

Dhaxton,

TE ODIO.

Quiero que lo sepas desde ya. Odio la forma especial en la que me haces sentir, en lo diminuta que soy a tu lado. Odio tu sonrisa, tu voz, tus pinturas... Odio haber sido la primera. Pero, sobre todo, odio que no podré olvidarte.

No puedo escribir una carta amorosa como la de Seth. Tú tienes mi odio sin más, porque, entre los dos, serás la primera persona que me llevaré en este viaje y la última que recordaré cuando mis días se agoten.
TE ODIO. TE

ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO. TE ODIO.

Odio haberte elegido.

Odio esto.

Ya no puedo más.

No me busques.

Agnes

–No entiendo... –murmuré tras leer–. ¿Ella antes de irse te dejó esta carta?

–Me dejó muchas más, y todas empiezan igual: odiándome.

«No es la única», pensé.

Antes de regresarle la carta, aproveché que Dhaxton estaba distraído para sacarle una foto con mi celular.

–Pues estoy decepcionada –confesé, doblando la carta–. Esperaba algo mejor... Me pregunto si ella se arrepiente de haberte escrito algo así como despedida.

Dejé la carta encima del escritorio.

–Quizá no fue una despedida –murmuró Dhaxton, observándome–. Tal vez fue un «nos veremos luego».

–¿Por qué lo dices?

–Porque tú estás aquí.

Luego de emitir tal comentario se quedó como un cachorro mojado bajo el edredón, con los ojos cerrados y suspirando de vez en cuando. Aunque la fiebre bajó, seguía luciendo débil. No me quedé demasiado a su lado, quería reflexionar sobre la carta, buscar alguna pista entrelíneas, por eso decidí marcharme cuando por fin el sueño lo venció.

Capítulo 4
Emma Williams

AUDREY

Las palabras de Dhaxton me dejaron pensando el resto de la tarde hasta que mi auto llegó. Y, una vez que llegué a la academia, seguí pensativa. ¿A qué se refería exactamente con «estar ahí»? Supuse que lo dijo por mi parecido a Agnes, pero presentía que también lo había dicho como si algo más hubiera pasado entre ambos.

Quizás estaba siendo paranoica o le daba mayor importancia de la que merecía; después de todo, Dhaxton no estaba dentro de sus cinco sentidos.

Ya en la academia, con mi cabeza enredada en preguntas y deducciones que no llegaron a conclusión alguna, decidí comparar la carta de despedida de Seth y la de Dhaxton. No tenía la experiencia de una grafóloga, pero conocía las diferencias entre trazos, líneas y puntos. Definitivamente, la letra era la misma, de eso no me quedaron dudas. Lo que las diferenciaba –además del sentimiento con el que Agnes la escribió– era que la de Seth se sentía más fluida y amigable, se notaba que había sido escrita con tiempo, respetando las líneas y espacio. La de Dhaxton parecía una nota de aviso que se deja al salir deprisa, como si el tiempo se le estuviera agotando o no deseara escribirla.

La imaginé escribiendo la carta rápido, con su mano temblorosa presionando las hojas, en una mesa inestable y el piso regado de papeles arrugados que se quedaron en los intentos de una despedida.

Al día siguiente, una vez finalizó la clase, fui la primera en tomar mis cosas y salir de la sala. Afuera el pasillo comenzaba a llenarse y la música se perdía por las voces y los cuchicheos sobre la lluvia que estaba pronosticada para los siguientes días. Entre los estudiantes divisé a Solange. Ella también se percató de mi presencia; pausó el paso un momento y sus labios se abrieron en un intento triste de saludo, pero volteé en otra dirección antes de escucharla. Tenía que mantenerme firme con lo que le había dicho, así, tarde o temprano, el dolor de su traición ya no me afectaría.

Pasé hacia uno de los pasillos para asomarme por la puerta. La lluvia comenzó a caer con furia. El cielo era oscuro, las nubes se veían espesas y el frío que anunciaba el cruel invierno abrazó mi cuerpo, por lo que tuve la brillante idea de ir a pasar el rato en la sala común de Arte.

Allí dentro me coloqué los audífonos para poner algo de música y deslicé la barra de notificaciones. Una notificación importante venía de Facebook.

–No puede ser...

Harold Neill, el amigo de Emma Williams, había aceptado mi solicitud de mensaje. ¡Y yo que casi perdía la esperanza!

Antes de abrir la mensajería me aseguré de buscar un lugar seguro donde nadie echara un vistazo a la pantalla. Me situé en un lugar donde la vista era panorámica y nadie pudiera colocarse detrás de mí. El sitio perfecto. Una vez acomodada, abrí el mensaje.

Yo:
Hola, Harold. Lamento molestarte así, de la nada, siendo que no tenemos a nadie en común. Soy Audrey, de la academia LeGroix. Quiero preguntarte por Emma Williams. ¿Sabes algo de ella? ¿Cómo está? ¿Qué hace? Creo que ciertos chicos le hicieron algo.

Harold:
Buenas, Audrey...
No sé a qué chicos te refieres
Emma está bien

Se leía como el mensaje de alguien que no quería meterse en problemas.

Yo:
Entiendo que no quieras hablar sobre Emma. Debe ser un tema difícil teniendo en cuenta lo que pasó. Por eso te pido que respondas con sinceridad, por favor. Algo raro está pasando en esta academia. Esos dos chicos están jugando conmigo y tengo miedo de que algo malo me ocurra.

El mensaje fue visto al segundo de que lo envié.

Harold:
Bien, te diré lo que sé.
Te veo aquí el miércoles a las 22:00

¿Había sido tan fácil convencerlo? Al parecer, sí. Mandó la dirección de un bar del cual jamás oí hablar. Entré a Google para buscar imágenes del lugar, pero apenas encontré información. Pensé que podría ser un bar con una reputación por el suelo, un sitio escondido para que nadie nos viera hablar. Ingenioso, público –aunque no demasiado– y oscuro.

Lamentablemente, no era una buena opción para mí ir sola a un bar, mucho menos a tales horas.

No me quedaba de otra que pedirle a Raziel que me acompañara.

No veía a Raziel desde el incidente en la bodega. Y lo llamé «incidente» porque fue algo que jamás debió pasar.

Intenté no pensar en eso y tomármelo como una clase de reto por parte de Raziel para no darle otros significados, pero era difícil tener que enfrentarme a la trágica realidad cuando en mis momentos de profunda tranquilidad, en ese punto intermedio entre lo real y el sueño, sentía su cercanía, sus manos sobre mí, su calor abrasador, su boca guiando la mía y demandando más... Y luego pensaba en que ese momento pudo haber sido perfecto si no fuéramos un par de infieles.

Cerré la puerta de mi casillero, salí de los vestidores y me asomé a la sala del personal. Como era de esperar, Raziel estaba tomando un momento de descanso en uno de los sofás. Estaba sentado con el cuerpo curvado hacia delante, los codos sobre las rodillas y los dedos en su sien. Mantuvo los ojos cerrados cuando entré, pero los abrió al escuchar que me situaba frente a él. Guardé la distancia para no ser presa de los arrebatadores recuerdos sensoriales que a mi cuerpo tan inexperto le gustaba sentir.

Me aclaré la garganta preparándome para hablar con total formalidad, como si me plantara frente a un profesor.

–Tengo que pedirte un favor.

–Habla.

Su voz cargada no me permitió discernir si me lo pedía o me lo ordenaba. Lo que sí deduje fue que había vuelto a su faceta de ser un amargado de la vida que me detestaba... O que fingía odiarme.

–Necesito que me acompañes a hablar con un chico.

Me hizo sentir tan estúpida pedirlo así.

Raziel levantó la mirada. Sus cejas eran rectas, sus párpados caídos y la línea de sus labios plana.

–¿Con quién?

Se acomodó en el sofá colocando su espalda en el respaldo. Estaba lejos, pero al mirarlo a los ojos tuve la sensación de que entre nosotros no había espacio alguno.

–Es el amigo de Emma Williams, la chica que desapareció.

–Sé quién es la chica. Y sé quiénes eran sus amistades. Dudo que ese sujeto tenga alguna información relevante que decirnos.

No me esperaba su desaprobación.

–Si me citó en un lugar tan apartado...

–Puede que haya sido porque tiene otras intenciones –alzó las cejas tras su sugerencia.

–Por eso te estoy pidiendo que me acompañes –atajé con obviedad–. No lo haría si tuviera a alguien más. Está Vivian, pero ella no sabe que estoy investigando lo que pasó con Emma. Y dudo que reparta buenos puñetazos si nos llega a pasar algo.

–Entonces me quieres ahí como tu esbirro.

«Esbirro no te queda. Más bien serás como Kevin Costner en *El guardaespaldas*», pensé.

–Tienes vía libre para denominarte como se te antoje –me encogí de hombros–, solo quiero que cumplas lo que me dijiste. Además, esto también te favorece a ti.

Se acarició la barbilla, gesto que solía hacer cuando algo llamaba su atención.

–¿Dónde queda?

Saqué mi celular y le enseñé la dirección.

–Me queda cerca –dijo tras un momento–. ¿Cuándo es?

–Hoy en la noche.

Trajo de regreso su mala cara.

–Bien, no me acompañes entonces –solté fastidiada.

Me metí el celular al bolsillo para que la jefa no lo viera y me preparé para comenzar a trabajar. Pero Raziel me detuvo del brazo.

–Bellish está aquí.

–¿De nuevo?

–No me expresé bien –se corrigió–. Bellish es nuestro nuevo compañero de trabajo.

Me eché a reír, pero mis carcajadas se fueron desvaneciendo poco a poco al ver que lo decía en serio.

–Debe ser una broma...

–No estoy para bromas. Seth está allí afuera aprendiendo cómo lavar un baño.

Aunque era una escena que me gustaría ver, no tenía ganas de encontrarme a Seth después de negar rotundamente que Raziel fuera mi novio falso.

–Pero ¿por qué? ¿Cómo fue que la jefa lo permitió?

–Le aconsejé que no lo hiciera, pero está resentida. –Una sonrisa cínica se le asomó.

–¿Resentida por qué? –pregunté con temor a oír su respuesta.

Su mirada se cargó sobre mí para decirme «¿en serio preguntas los motivos?». Entonces comprendí que se había enterado de lo que pasó en la bodega.

–Estamos perdidos. ¿Qué haremos ahora? Se va a enterar de que tú y yo...

–Vamos a tener que fingir. Fingir de verdad. Vamos a decirle que somos novios, deja que él sepa dónde encontrarnos. Vamos a demostrarle que no mentimos.

«Tal vez no tengamos que fingir», me dijo la conciencia, trayendo de regreso el momento exacto en que nos besamos. No por fingir, no porque queríamos *probarnos*, no porque era un desafío; lo hicimos porque quisimos.

–Haré lo que pueda –le puse fin a la conversación.

Fui lo más rápido posible hacia la zona de los alimentos, el mismo lugar donde ocurrió el encuentro con Shawn. Recordarlo me puso de malas y me hirvió la sangre, pero lo que provocó que por poco sacara humo de los oídos fue ver a Seth detrás de la barra, en el puesto de Raziel, atendiendo como si fuera un experto.

–Buenas noches, compañera –saludó muy sonriente. Pese a ser extraño verlo sin sus camisas, vestía el uniforme como si este hubiera sido creado para él. Y llevaba su tierna coleta, que le daba un aspecto más prolijo, pero también natural.

–¿Qué haces aquí?

–Trabajar, está claro –mintió con descaro y facilidad.

–Lo que está claro es que no viniste a trabajar.

Él carcajeó, terminó de atender a un cliente y volvió a reírse al percatarse de que yo no había dejado de mirarlo.

–He puesto todo mi esfuerzo en conseguir este lindo trabajo, no hagas que me despidan.

«Todo mi esfuerzo» se traducía en «he sobornado a tu jefa para que me dé un puesto aquí». No me quedaron dudas.

–¿Cuándo empezaste a trabajar? –quise ser discreta al preguntar. Me ocupé de llenar los vasos y las cabritas de maíz.

–Ayer en la tarde –dijo a secas.

Si había empezado el día anterior, eso significaba que mientras Dhaxton estaba delirando, Seth esperaba a que lo contrataran.

–Eres un pésimo amigo –acusé entregando un pedido.

Él me miró todo ofendido, con la boca muy abierta y las cejas arqueadas. Su cara era como la de una caricatura.

–Pusiste estar aquí por encima de tu amistad con Dhaxton. ¿Tan importante es fastidiarnos?

–No podía salir arrancando en mi día de práctica.

Ese fue un disparo al corazón. Había salido corriendo en mi día de práctica la vez que Agatha enfermó porque temía que algo le ocurriera y él se quedara solo en el hospital. De haber sabido que esa señora me mintió todo el tiempo, yo... ¿Me habría quedado o habría repetido lo que hice? Era consciente de que lo que hizo estaba mal, que jugó con mis sentimientos; sin embargo, incluso sabiendo que todo ese cariño era fingido, yo habría corrido en busca de Seth para ir al hospital.

Recordé lo que Logan me dijo una vez, que no podemos ir contra nuestra naturaleza.

Seth chasqueó los dedos frente a mi nariz.

–Sé que mi presencia aquí te hace imaginar un montón de encuentros románticos, pero ponte a trabajar –dijo.

Di un paso atrás para evitarlo.

–¿Por qué no vas a la boletería? Te gusta el cine, tu abuela era actriz. Anda, ve a atender a las personas ahí –le señalé. Estaba casi vacío porque era un día lluvioso, de esos que congelan los huesos, y a nadie en la ciudad le gustaba salir con un clima tan desgarrador.

–¿Ir allá, lejos de ti? –cuestionó–. Nah.

–Entonces iré yo...

Raziel caminó hacia nosotros y yo me quedé de piedra. Seth, al ver que no había movido un pelo, volteó encontrándose con la cara larga de mi novio falso.

–Muévete –le ordenó a Seth.

Nuestro nuevo compañero de trabajo enseñó una sonrisa torcida y se movió hacia mí, casi acorralándome contra la máquina de bebida.

–¿Así te parece bien? –desafió.

Raziel colocó su mano entre ambos.

–No se trata de lo que a mí me parezca, sino de lo que ella prefiera –habló bajo, refiriéndose a mí–. Y lo que ella prefiere es que te vayas.

La tensión era palpable.

–Es una pena que ella ya haya decidido cambiar de lugares –le respondió Seth en un falso tono inocente–. Seré tu nuevo compañero de caja. Felicidades.

Lo más lógico, si Raziel y yo estábamos fingiendo, era quedarme a su lado, pero la aparición de Camille me frenó.

–Solo por hoy –le advertí a Seth y me fui hacia la boletería.

Como era de esperar, pasar el rato fue una de las cosas más aburridas después del apogeo que tuvo la *premiere* de *Más allá de la Tierra*. Estuve aburrida hasta que finalicé la jornada de trabajo. Enseguida los nervios me invadieron al recordar que me reuniría con el amigo de Emma Williams.

Afuera Raziel me estaba esperando.

–¿Nos vamos? –preguntó en un tono amable que no le pegaba mucho.

Casi eran las 22:15 horas. Harold me debía estar esperando en el bar.

Asentí en respuesta y Raziel me cogió de la mano. No comprendí su gesto al principio hasta que recordé quién era nuestro nuevo compañero, y con eso no necesité ninguna explicación para tomarla y ser guiada por él.

Corrimos la suerte de que la lluvia dejara de caer de camino al bar. Era una noche más oscura que las anteriores, lo que me despertó cierto nerviosismo que acompañó un presentimiento negativo. Esperé que no fuera nada que arruinara mi nombre, porque lo único que esperaba era conseguir información, por muy pequeña o insignificante que fuera.

Las afueras de El Refugio hicieron honor a su nombre. La entrada del bar estaba escondida en un callejón de mal aspecto; latas de cerveza, botes de basura, olores nauseabundos... Era como si todo lo fétido de la ciudad se hubiera juntado en un solo pasillo. Un letrero rectangular, de color amarillo y letras verdes, indicaba el nombre del lugar. Me llamó la atención que no estuviera hecho pedazos por la lluvia y que fuera la única cosa llamativa del callejón. Las puertas del bar eran oscuras, con dos ventanillas de cristal verdoso enrejadas que no permitían ver nada del interior, lo que me causó más intriga.

Raziel, sin embargo, no parecía querer respetar mi análisis del sitio, sino que quiso entrar de una buena vez.

–Aguarda un momento. –Lo detuve. Se volteó algo incrédulo y miró mi mano en su chaqueta,

aprisionando su brazo–. Deja que entre yo primero, no quiero asustarlo –expliqué tras unos segundos sin soltarlo–. Tú cuenta hasta... veinte. Una vez adentro, toma un sitio apartado, pero donde puedas verme.

–Lo que ordenes, Angelito.

Se libró de mí. A continuación, sacó la cajetilla de cigarrillos que ocultaba en el bolsillo interno de su abrigo.

–Entraré en lo que acabe esto. –Me enseñó su cigarro y luego se lo colocó entre los labios–. Suerte.

Vaya guardaespaldas que me cargaba...

Con el valor necesario, empujé la puerta. Una música sombría y el olor a alcohol atacaron mi nariz apenas tuve una vista más amplia del interior. Había un par de mesas, hombres de aspecto cansado, bebiendo, ahogando sus penas en un frío trago de vino o cerveza. Sus miradas se posaron sobre mí cuando di el primer paso. Hubo algunos comentarios y miradas que no logré discernir. Era la única chica en ese lugar. Miré todos los rostros buscando a Harold, pero ninguno se me hizo familiar. Lo peor del momento fue que uno de los hombres no dejaba de mirarme. Tragué saliva, recordando que Raziel estaba fuera, que ante cualquier amenaza podía gritarle, y avancé. El barman, que limpiaba una copa con un paño que parecía no haber sido lavado en años, enarcó una ceja al verme acercarme a la barra.

–¿Qué se te ofrece?

Quise responderle que buscaba a alguien, pero de las cinco personas que estaban sentadas en la barra conseguí reconocer a Harold.

–Nada, gracias –negué y caminé hacia el amigo de Emma.

–¿Audrey? –preguntó acomodándose las gafas.

–La misma –respondí al instante.

Mi seguridad –o la que intenté demostrar– lo dejaron atónito un momento, con la boca abierta. No sé si quería decirme algo o simplemente estaba demasiado sorprendido de haber aceptado la invitación.

–S-siéntate, por favor –señaló la butaca junto a él.

Miré hacia la puerta. Raziel todavía no entraba.

Volví con Harold.

–Está bien. –El asiento era frío e incómodo. Forcé una sonrisa para simpatizar con Harold y traté de acomodarme lo mejor posible–. Gracias por acceder a hablar conmigo. A decir verdad, no esperaba recibir tu respuesta.

–Ni yo esperaba responderte. Lo que estoy haciendo está...

–¿Mal?

–Prohibido –me corrigió en voz baja.

Si no le estaba permitido hablar, supuse que le pasó lo mismo que a Vivian cuando ocurrió lo del club nocturno.

–¿Ellos te hicieron firmar un acuerdo también?

Sus ojos detrás de las enormes gafas que llevaba puestas desprendieron un terror desconocido. Asumí que era un «sí» y él confirmó mi conclusión asintiendo.

–¿Por qué? –interrogué con suavidad, no quería sonar demandante–. ¿Qué ocurrió?

–Emma desapareció –pronunció con seguridad–. Eso pasó.

Su mirada recorrió el bar, procurando que nadie estuviera lo suficientemente cerca como para escucharlo. Yo lo imité. Nadie tenía aspecto de interesarse en lo que hablábamos, a excepción

del hombre de la mesa, que no había dejado de mirarme desde que llegué.

–¿Puedes contarme más sobre eso?

La puerta sonó instantes antes de que Harold hablara. Raziel entró con el cabello algo húmedo. Había comenzado a llover otra vez. Se colocó en la barra y pidió una cerveza al barman. Ni siquiera me miró, actuó como si no nos conociéramos, aunque para eso no tenía que esforzarse demasiado.

Esa distracción dejó a Harold dubitativo. Se acarició la nuca y negó con la cabeza.

–No lo sé... Tal vez no debí venir...

–Ya estás aquí, me citaste en este lugar para hablar, echarse para atrás es absurdo. Por favor –agarré su mano–, necesito saber qué está pasando. Si es malo, si es bueno... Necesito respuestas, no por curiosidad, sino por mi propio bien.

Harold bajó la cabeza, miró nuestras manos enlazadas y retrajo la suya.

–Está bien –murmuró–. Te contaré lo que sé.

Hizo una pausa larga en la que decidió beber de su vaso.

–Fui amigo de Emma desde el colegio. Yo era constantemente acosado por mis compañeros hasta que ella y sus amigos me defendieron. Pero ella tuvo la idea y lo hizo de una manera increíble... –Sus ojos se humedecieron; brillaban con añoranza–. Odiaba a los fanfarrones, detestaba a los que se creen mejores que otros solo por su posición social. Emma prefería tratar con personas más... normales, por así decirlo. Le gustaba la vida relajada, compartir con sus amigos, tener algún novio, salir de fiestas. Cuando fue seleccionada para entrar a la academia LeGroix, prometimos seguir siendo amigos. Así fue durante un tiempo. Luego se distanció de nosotros e hizo otros amigos.

–¿Esos amigos trataron de cambiarla? –pregunté en tono confidencial.

–No trataron, lo consiguieron. Y Emma, que jamás hubiera salido con un par de matones, se convirtió en la novia de Dhaxton Crusoe, el hijo de Denniro Crusoe. ¿Lo conoces?

Yo solo me limité a asentir.

Dhaxton de nuevo... Primero la Agnes de las cartas y luego Emma. Ambas chicas lo eligieron a él, y ambas habían desaparecido.

–Claro que esto solo eran rumores –aclaró, pero no lucía demasiado convencido de que eran especulaciones del resto, y yo tampoco lo supuse así–. Por eso, cuando desapareció, todos los que fuimos sus amigos los señalamos a él y a Bellish. Intentamos apuntarlos como posibles responsables de su desaparición, hicimos ruido, protestas, colocamos carteles... Quisimos darle visibilidad para que las autoridades dejaran de creer que Emma había escapado. Pero consiguieron hacernos callar.

–¿Cómo?

–Amenazaron con denunciar a cada uno de los que estuvimos levantando supuestas calumnias contra ellos. Nos hablaron de sus poderosas familias, del pastizal que gastaríamos en defensa, de los pagos que tendríamos que hacer. Al principio nos opusimos, nos hacíamos llamar La voz de Emma, no podíamos dejarla ir por amenazas. Pero cuando las denuncias comenzaron a llegar, nos dimos cuenta de que no éramos tan unidos y poderosos. Así que todos tuvimos que pedir una segunda conciliación y llegamos a un acuerdo con los abogados: nos retractamos de nuestras acusaciones y firmamos un contrato de confidencialidad.

Dejó escapar una risita nerviosa.

–El cual estoy rompiendo contigo –bajó la cabeza, avergonzado.

–¿Ella sigue desaparecida? –Me acerqué más, procurando que nadie alrededor lograra

escucharme, mucho menos el hombre de la mesa, que observaba todos mis movimientos desde su lugar–. ¿Nunca la volviste a ver?

–Nos juntamos a hablar luego de su desaparición. Fue una vez nada más.

Su respuesta me relajó.

–¿Y cómo fue ese encuentro?

–Se veía mal, diferente, más oscura... Sin vida. Respondía de manera automática, como un robot. Insistió en que se encontraba bien. Mentiras..., nada en ella se veía bien –sus puños se cerraron conteniendo ira–. Pero ¿qué podía hacer? –alzó la voz, llamando la atención. Intenté callarlo sin conseguirlo–. ¿Qué podía decirle más que insistirle que me contara qué estaba pasando?

–Harold, tranquilo –le dije, tratando de que no dijera algo estúpido.

Él inspiró hondo en busca de calma.

–Volvió a desaparecer luego de ese día. En resumen: estoy igual que tú –sus ojos me enfrentaron–. Solo que con miedo e intentando no meterme en sus caminos.

Su desesperanza me asustó un poco.

–¿Sabes dónde puedo encontrar a Emma? Alguna pista, indicio... ¿Algo?

Negó con la cabeza.

–Ojalá lo supiera.

Era tan deprimente... Mientras más sabía de Dhaxton, Seth y las chicas, más sentía que nadaba en un pozo profundo y sucio en el que me hundía sin esperanza de conseguir respuestas claras. Lo único claro era que ellos habían destrozado de alguna u otra forma a las chicas y que todas habían desaparecido. Al menos lo de Emma me reconfortó un poco, pues cabía la posibilidad de que no hubiera muerto.

Muerte.

Era una palabra demasiado extrema para ser usada, pero no la descarté.

–Agradezco la información que me has dado, Harold –dije para ponerle punto final a nuestro encuentro. Me has hecho un favor enorme hoy.

–Si consigues alguna información de su paradero, ya sabes dónde encontrarme.

–Y tú a mí.

Le sonreí para reconfortarlo. Debía ser duro hablar de Emma después de lo que pasó.

Me levanté de la butaca y avancé entre las mesas. El hombre de la mesa se levantó cuando pasé por su lado, lo que me motivó a querer salir lo más rápido posible del lugar.

–Audrey –le escuché decir mi nombre.

Volteé, confundida. El hombre estaba de pie, a unos pasos de mí. Su rostro, que pude ver con detalle gracias a una luz que colgaba sobre nosotros, estaba rojo por el alcohol; su mirada, cansada y abatida. No necesité preguntar de dónde sabía mi nombre, pues reconocí de quién se trataba.

–Audrey, soy yo... –avanzó.

Mis piernas temblaron, mi pecho se aceleró. Las imágenes violentas llegaron a mí como recordatorios nauseabundos de por qué lo di por muerto. Los gritos de mamá... Sus insultos... El sonido de los golpes...

–Soy papá –se colocó una mano en el pecho.

Otro paso.

Estiró la mano buscando sostener la mía.

Me aparté.

–Drey, por favor... –caminó hacia mí.

Raziel se le adelantó y lo empujó. No dijo nada, su sola presencia le advertía que no avanzara más o habría consecuencias. A continuación, se dirigió a mí, me acomodó el abrigo y pasó un brazo por mi espalda para llevarme a la salida.

La lluvia nos detuvo. No podíamos avanzar más.

–¡Audrey! –chilló papá desde el interior del bar–. Necesito hablar contigo...

–No me quiero quedar aquí –le supliqué a Raziel.

–Corramos.

Sujetó mi mano para correr por la calle y avanzamos refugiándonos en algunos techos hasta llegar a un paradero.

–La persona de antes...

–Es mi padre, sí –me apresuré en decir–. No quiero hablar de él. Mejor voy a pedir un auto.

Saqué mi celular. Pero mis dedos mojados y el cabello escurriendo agua no fueron de ayuda.

–Pide el auto en mi departamento.

Miré la pantalla de mi celular. Las gotas esparcidas distorsionaban la imagen y, por más que tratara de limpiarla, solo lo empeoré más. No me quedó de otra que aceptar.

Cogidos de la mano, corrimos a través de la lluvia hasta llegar al enorme edificio. Entramos ensuciando la entrada y subimos las escaleras llenándolas de lodo. Dentro del edificio había un olor a humedad que inundó mis fosas nasales. En el departamento ese olor no cambió demasiado, pero logré acostumbrarme.

–¿Quieres algo de beber? –me ofreció Raziel observándome de pies a cabeza.

Tenía el abrigo y el cabello mojado, mis botas sucias y todo mi cuerpo temblaba por el frío.

–Un té no me vendría mal –respondí tratando de que la voz no se me quebrara.

Raziel entró a la cocina y regresó a la sala con un canasto de plástico para meter ropa.

–Pon aquí tu abrigo –dejó el canasto frente a mí para dirigirse hacia una estufa eléctrica–. Te traeré una toalla.

Me quité el abrigo en cuanto se metió al baño.

–Aquí tienes –me entregó una toalla de mano. Raziel, que llevaba una sobre la cabeza, procedió a secarse también.

–Gracias.

Y en ese «gracias» quedamos.

El silencio se profundizó, entró a mi psiquis y me invitó a querer hablar para no martirizarme con los recuerdos que seguramente ambos habíamos tenido.

–Voy a pedir el auto –avisé.

El problema vino cuando me di cuenta de que no andaban demasiados autos por la zona y mi auto tardaría más de lo esperado dado a las lluvias.

¿Y si le pedía a Raziel quedarme?

Lo observé indagando en esa posibilidad. Él estaba de espaldas, ocupado con su cabello oscuro. Entonces, me percaté de que se había quitado su abrigo y solo llevaba una playera negra metida dentro de sus pantalones del mismo color. Marcaba sus músculos, la luz lo acompañaba bien y yo lo estaba mirando demasiado para mi propio bien.

Cuando se giró, fingí no haberle prestado atención.

–Listo, el auto viene en camino –comenté siendo una maraña de nervios.

–Puedes esperar el auto mientras tomas tu té –me dijo, señalando con su cabeza la cocina.

Su cocina era un poco más pequeña que la sala; blanca, con azulejos verdosos. Tenía una

pequeña mesa cuadrada junto a una ventana mediana que daba hacia el oscuro exterior y dos sillas se enfrentaban a cada lado de la mesa. Viéndolo desde una perspectiva artística, hubiera sido un cuadro perfecto... aunque le faltaban algunos detalles como para resaltar.

Me senté en una de las sillas y contemplé las gotas de lluvia chocar contra la ventana hasta que Raziel dejó mi té sobre la mesa.

–¿Qué conseguiste del chico? –preguntó sentándose en la otra silla.

–No mucho. –Me tomé un tiempo para endulzar el té y darle el primer sorbo para que lo dulce me quitara la amargura del encuentro con mi padre–. Dijo que Emma era una buena chica hasta que se relacionó con Dhaxton y Seth, que cambió, como ocurrió con tu hermana.

–¿Y qué más?

–Que un día desapareció y él con sus amigos trataron de buscarla...

–Eso todos lo saben –interrumpió algo cabreado.

–Pero que luego amenazaron con demandarlos y los hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad...

Un momento. Aquí había algo extraño en lo que no había caído antes.

Fruncí el ceño y entorné los ojos hacia Raziel.

–¿Qué ocurre?

–Todas las personas cercanas a sus víctimas han firmado un contrato de confidencialidad para no hablar de Dhaxton y Seth. Pasó con Harold, pasó con Vivian después del suceso en el club... y supongo que pasó con la familia de Agnes... *Tu* Agnes –aclaré.

Su mirada se ensombreció.

–¿Qué insinúas?

–Me parece curioso que no lo hayan hecho contigo –no le quité los ojos de encima–. Al igual que tú, Dhaxton y Seth tienen ojos en toda la academia, y fuera de esta supongo que también. Esto es algo que tú y yo hemos confirmado. ¿Cómo es que no te han pillado? ¿Cómo es posible que jamás hayan descubierto quién eres o te hayan relacionado con Agnes?

–Lo hicieron. De nombre.

–¿Cómo que «de nombre»?

Inspiró hondo y bajó la cabeza; su perfil casi metido en el café.

–No me llamo Raziel Elm –confesó–. Mi verdadero nombre es Viktor Holland.

Me eché hacia atrás para alejarme de él. Esa revelación la sentí como una especie de traición, parte de un engaño que no esperé pasar.

–Voy a contarte todo –tomó mi mano antes de que tuviera la idea de alejarme más–. Pero necesito que prometas que guardarás silencio. Jamás pronuncies mi verdadero nombre.

Su mirada franca y su voz buscaron una conciliación.

–Muy bien –volví a acomodarme–. Te escucharé.

–Después de lo que ocurrió con Agnes en el club, mis padres fueron visitados por cuatro hombres; dos imbéciles de aspecto intimidante y dos abogados de etiqueta. Buscaban silenciarlos. Mis padres firmaron, pero como yo ya me había apartado de ellos, no lograron encontrarme. Para ese momento sabía perfectamente qué le habían hecho a Agnes y sobre la humillación que pasó, así que me propuse buscar respuestas. Todo lo que hacía era bajo mi nombre real, pero estos imbéciles olieron que algo tramaba y empezaron a sospechar. Como no podía poner en riesgo a mis padres, decidí cambiar mi nombre, mi aspecto... empezar una vida como Raziel Elm y dejar de lado el nombre de Viktor.

–¿Lo hiciste de manera legal?

Se rio.

–Por supuesto que no. Por eso ahora debo un montón de dinero. ¿Por qué crees que tengo dos trabajos?

–Dudo que estés juntando para unas vacaciones soñadas –solté con sarcasmo.

–No junto dinero, lo pago.

–Pero... ¿cómo es que seguiste trabajando en la academia si te cambiaste el nombre? Es decir, no pudiste llegar diciendo «Hey, me cambié el nombre» de un día a otro.

–Mi nuevo aspecto ayudó con ello. Antes era rubio, no estaba tatuado y estaba menos trabajado.

Si todavía no podía digerir que Raziel en realidad se llama Viktor, jamás podría superar que tuviera el cabello rubio.

–¿Me estás tomando el pelo?

–No estoy para juegos.

Al parecer no.

No, claro que no. ¿Por qué mentiría?

–Esto es tan extraño... Lo que hiciste y lo que dejaste de hacer, todo eso y más, lo estás haciendo por venganza. ¿Qué tan lejos piensas llegar?

–Agnes lo vale –afirmó elevando levemente el mentón, con orgullo, con seguridad. Raziel aparentaba ser tan firme sobre lo que quería conseguir que era casi inspirador–. Voy a conseguir desenmascarar a cada uno de esos malditos.

–Es una lástima que Seth te haya descubierto.

–Estoy bien con eso mientras crea que vamos en serio –le dio un largo sorbo a su café.

Yo lo imité sin despegar mis ojos de él mientras trataba de imaginarlo rubio. Bueno, eso y que en realidad su identidad era una completa farsa. Eso le quitaba varios puntos de confianza, pero, viéndolo desde un lado positivo, había optado por decírmelo y eso le sumaba muchos puntos como mérito. Por otro lado, ya tenía más información para investigarlo.

–Hagamos algo antes de que llegue tu auto –dijo.

Alejé la taza, se levantó de la silla y acomodó su silla de manera tal que el respaldo chocó con el marco de la ventana.

–Démosles algo de qué hablar. Ponte de pie.

Se sentó, echó su cuerpo hacia atrás y con una mano le dio dos palmadas a su muslo.

–Siéntate.

Sus piernas se veían firmes y su pantalón negro no dejaba demasiado para la imaginación. La hebilla de su cinturón desprendía un modesto destello con la luz de la habitación. Fijarme en eso fue un peligro para mi estabilidad, porque más abajo...

No, no, no.

No tenía que pensar demasiado.

Era hacernos una foto y ya, igual a la de la azotea.

Caminé hasta quedar frente a él. Sus ojos azules habían cambiado de color; ahora eran oscuros, lobunos y maliciosos. Estaba serio, paciente, luciendo como si tuviera todo bajo control.

¿Acaso era la única a la que el corazón le latía a mil por segundo?

Estaba tan ansiosa que me sorprendí acariciándome el cabello con mis manos sudadas por los nervios. Lo acomodé hacia un lado, dejando mi cuello expuesto.

Puse las piernas al costado de la silla, me acerqué sin tocar sus piernas y me senté con delicadeza, procurando no ejercer mucho peso. Fue fácil la primera vez en la azotea, pero

muchas cosas habían cambiado desde ese momento. Era mucho más peligroso e incorrecto. Lo peor era que entendía perfectamente por qué me sentía así de insegura. Habíamos roto una barrera que nos dejaba expuestos.

Dejé una mano en su hombro para afirmarme y él reposó sus manos en mi cintura mientras acomodaba las piernas bajo mi trasero. La nueva posición de sus piernas dejó expuesto algo duro bajo mi pierna derecha.

–Permíteme.

Metió la mano en su bolsillo y sacó su celular.

Con que eso era...

–Abrázame –me indicó, enderezando la espalda.

Obedecí. Mi respiración confrontó la suya. Mi mentón guardó reposo en su hombro, que era ancho. Su playera negra era suave y olía bien.

Raziel se acomodó en el lado visible de mi cuello. Su aliento caliente era lo que necesitaba sobre mi piel, que ya comenzaba a enfriarse. Levantó el brazo y tomó la fotografía.

–Nada mal –dijo al verla.

La fotografía era como la de una pareja real, con su boca a escasos centímetros de tocar la piel de mi cuello, por eso sentía cosquillas. La curva del cuello era uno de los lugares de mi cuerpo más sensibles, la parte débil que me hacía estremecer con lo mínimo.

–Ahora es tu turno –dejó su celular sobre la mesa.

Nos acercamos de nuevo. Apoyé la barbilla en su hombro, incliné la cabeza hacia la suya y sonreí. La *selfie* quedó algo corrida, por lo que me tomé el tiempo de sacar varias más.

–Ya está –se las enseñé.

–Ponla como fondo de pantalla, en caso de que Seth quiera entrometerse en tu celular. Yo haré lo mismo con la que saqué.

Formé un puchero.

–Voy a tener que quitar la foto de Francis.

–¿Francis? –enarcó una ceja.

–Mi gato. –Regresé a la página de inicio y se lo enseñé.

Al verlo, Raziel dejó escapar una escuálida carcajada que quedó en nada cuando cruzamos miradas. La carga en el ambiente regresó, el deseo de querer decir algo, pero no conseguirlo, se volvió un martirio. Esa cercanía, ese trecho que iba desapareciendo, ese singular silencio entre nosotros... toda la situación ya la conocía. Y apostaría que no fui la única en pensarlo, pues él rompió la conexión al bajar la mirada hacia mis labios.

–¿Este es un ambiente? –pronuncié.

–¿Qué dices...?

–Te pregunto... –nos acercamos– si este es el ambiente correcto... –más y más cerca– para seducir a alguien, Viktor...

Mis ojos se cerraron y mis labios rozaron los suyos. Fue él quien completó la acción.

Una probadita que se fue transformando en una explosión de sabores.

Pero la imagen de Camille me regresó a la realidad.

–Espera.

Lo empujé tan fuerte que su espalda golpeó el respaldo de la silla. Frunció el ceño tanto que tuve la impresión de que acababa de arruinar esa y todas sus noches.

–Camille... –pronuncié con cierta vergüenza y lástima–. ¿Qué pasará con ella? Lo que hicimos y lo que acabamos de hacer...

–Hemos terminado.

Esa frialdad me desconcertó.

–¿Cuándo?

–Después de lo que pasó en la bodega.

–¿Por qué?

Aplanó los labios, fastidiado.

–Haces muchas preguntas.

Impidió que hablara con otro beso.

Lo empujé otra vez.

–No intentes esquivarlas con un beso –lo regañé, agitada.

–No lo hago, solo quiero besarte –su mirada encontró un nuevo objetivo–. Soy libre para hacerlo –pronunció contra mi cuello. Besó mi piel con cuidado, como si oliera el delicioso aroma de una rosa–, y sin una pizca de remordimiento.

Cerré los ojos como reacción a otro beso, uno que succionó mi piel con suavidad.

Sus besos en mi cuello se sintieron deliciosos.

Me estremecían.

Me provocaban un escalofrío delicioso.

Me provocaban el deseo de experimentar todo lo que tenía por enseñarme.

Sentí la necesidad de tocarlo. Quería saber cómo se sentía tocar su piel.

Lo rodeé y le saqué la camiseta del interior de los pantalones para acariciar su espalda, que era suave, lisa y caliente. Se estremeció al sentir mi roce en la hendidura que marcaba su columna. Que se removiera por mi tacto me causó un poderío que me incitó a desafiar los límites de lo permitido.

Mi celular vibró avisando de un mensaje. El auto estaba fuera.

Capítulo 5
Un descubrimiento interesante

AUDREY

–¿Qué me dices de esta?

Vivian me enseñó una lonchera negra con estampado de gato. Era la quinta lonchera que me mostraba en tan solo cinco minutos desde que habíamos llegado a la tienda. Estaba convencida de que necesitaría llevar una a New York para comer entre las salidas. Yo comencé a creer que invitarla a ayudarme con los preparativos de mi viaje no había sido tan buena idea.

Durante una semana me alojaría en un hotel de New York con todo pagado para hacer entrevistas, recorrer galerías de arte y –lo que más me emocionaba– exponer mi obra en el museo de arte. Estaba a solo una semana de alcanzar todo lo que había soñado durante años. El problema era que no iría sola, Dhaxton ya había confirmado su asistencia.

A la hora de la comida, Vivian me arrastró a un restaurante vegano. Mientras comíamos, el nombre de Crusoe salió en nuestra conversación.

–No dejes que ese maldito se robe toda la atención. –Vivian me señaló con un trozo de brócoli, desafiante, como si dijera «ni se te ocurra permitirlo».

–Pides bastante, él lleva años de experiencia en esto. Incluso vende sus obras.

–Lo sé, yo era su amiga, ¿recuerdas? Por eso mismo te lo digo. Tú puedes ser mejor que él. Eres mucho más carismática, expresiva y talentosa... Chica, hasta eres más guapa. Haz que los ojos de todos se posen en ti y sedúcelos con tu arte.

Formé un puchero.

–Creo que es la primera vez que me dices algo lindo.

–Aprovéchalo –desdeñó con arrogancia–. Pero hablo en serio... Necesitas sacarle ventaja. ¿Sabes si tiene algún punto débil? Cuando salía con él siempre estaba apartado del resto, jamás bebía, bailaba o entablaba alguna interacción social. Es del tipo cerrado, pero supongo que tú has podido ver algo más en él.

Las cicatrices en su espalda vinieron a mí en un furtivo recuerdo. Verlas fue algo doloroso, pero no iba a usar eso en su contra. Luego estaba el temor a su padre y la medicina que tomó...

–¿En qué estás pensando?

Vivian me trajo de vuelta.

–¿Ah? En nada –me apresuré en responder, pero me tembló la voz y mi mentira quedó al descubierto.

–Te estabas mordiendo el labio, lo que significa que algo te frustra. ¿Qué es?

Tuve que reconocerlo: Vivian podía ser bastante perspicaz si se lo proponía.

–No sé si debería contártelo... No, de hecho, no debería. Y quizás ya lo sabes...

Gruñó, harta de mi incertidumbre.

–Suéltalo de una buena vez, chica.

–Quién-tú-sabes le teme a su padre –aflojé de sopetón, tan rápido que necesité algo de tiempo para caer en mis propias palabras y que Vivian pudiera entenderlo.

–Bueno..., yo también le temería a un empresario de su calaña.

–Me refiero a que es el tipo de miedo que sientes hacia una persona que puede hacerte daño. Herirte de verdad –mis ánimos decayeron al repasar de nuevo la espalda marcada de Dhaxton. Esos no eran simples golpes, parecían cicatrices de tortura–. Creo que le hizo algo muy malo.

–Por eso es tan... uhm... extravagante.

–Y toma medicamentos.

Arrugó el entrecejo y adoptó un semblante diferente.

–Eso ya es nuevo. ¿De cuáles? ¿Para el dolor de cabeza?

–No, del tipo que toma alguien enfermo en una peli. Las típicas píldoras que tienen nombres extraños. Son cápsulas.

Vivian abrió la boca con asombro.

–Está más loco de lo que creí.

Llamarlo «loco» por usar medicación no estaba dentro de mis principios. Creía que en realidad sí era alguien que tuvo una infancia difícil y eso llevó a que tuviera un corazón de piedra, a ser más retorcido y apático con los demás.

–La verdad, siento lástima por él.

–¿Lástima? –repitió Vivian con incredulidad. Al mirarla, noté sus enormes deseos de zamarrearme para que reaccionara–. Drey, ese tipo está jugando contigo. Jugó con Agnes, y probablemente con Emma. No es alguien que merezca la lástima de nadie. Tienes que robarle la medicación, quizás así suelte algo.

–Esa es una idea muy pero muy malvada.

–Lo sé. Gracias.

–No lo haré –advertí antes de que se entusiasmara más–. No sé para qué son, si controlan alguna ansiedad o... dolor. Robarle...

–No lo veas como un robo, míralo como una oportunidad magistral para ganar terreno y descubrir cosas. –No debí lucir muy convencida, pues se encogió de hombros–. Pero, ya sabes, es tu decisión. Saber más de él también significa impregnarse de su mierda y puedes acabar como yo: deseando jamás haberlo conocido. ¿Te vas a comer las zanahorias?

En el resto de mi tarde libre me dediqué a gastar la mitad de mi paga en ropa y materiales para dibujo. Guardé las cosas dentro de una maleta nueva que tenía el diseño de *La noche estrellada* de Van Gogh. No había podido resistirme a ella. Lo que no entraba, Vivian lo cargó.

Ya de regreso en la academia, de camino a los dormitorios, Vivian me regañó por no haber comprado ninguna lonchera de las que me había enseñado.

–Sin embargo –hizo una pausa para mostrarse con el pecho inflado–, te lo perdonaré por haberme pedido que te acompañe a comprar. ¿Qué vas a hacer con tus pertenencias?

Su pregunta me descolocó.

–Pues dejarlas en mi habitación.

–Supongo que bajo un millón de pestillos. ¿Ya olvidaste a quién tienes de compañera?

Lucy. Sí. No había olvidado que husmeó en mis cosas.

–Voy a guardar todo bajo llave –concluí tras pensarlo bien–. No dejaré nada de valor. Tampoco es como si tuviera demasiado. Mis objetos más importantes se irán conmigo.

–La mantendré vigilada por ti. Tú, haz lo que tengas que hacer y no olvides lo de la medicación.

–¡No haré eso! –chillé exasperada justo cuando entramos a los dormitorios. Un par de siseos exigieron que guardara silencio. Al parecer, la sala principal se había convertido en una especie de cine improvisado para ver la serie de vampiros y hombres lobos de la que tanto hablaban en el desayuno.

En silencio, avanzamos en puntillas hacia mi habitación. Al abrir estaba oscuro, la pecera estaba vacía y Lucy no estaba. Vivian y yo nos miramos confundidas, sin apresurarnos en sacar conclusiones.

–Por cierto, cuando regreses hay que salir a celebrar.

–Oh, no, no, no. Celebrar nada.

–Eres tan aburrida. ¡Es salir en la noche y ya! Yo te enseñaré un buen lugar, solo chicas, nadie que moleste.

–Me lo pensaré –dije para no opacar su entusiasmo, recibiendo una sonrisa de su parte.

El único rastro de Lucy era su laptop encendida a los pies de su cama. Vivian, sin respeto por las pertenencias ajenas, cerró la puerta, lanzó las bolsas con ropa a mi cama y tomó la laptop colocándola en su regazo.

–¿Qué haces?

–Solo voy a echarle una miradita a sus ventanas...

–Vivian, no.

–Calla. Si ella se mete en todo, es justo que yo le dé su merecido. Carajo, me pide la contraseña.

Desplegué una sonrisa torcida como victoria y me relajé al pensar que jamás conseguiría descubrir la contraseña. Pero subestimé la capacidad de Vivian. O tal vez sobrevaloré la inteligencia de Lucy.

–¡Lo tengo! –dijo Vivian–. Esta chica es tan predecible.

Sin poder creerlo, me acerqué para mirar la pantalla. En efecto, había descubierto la contraseña. La pantalla enseñaba todas las ventanas abiertas de Lucy. No quise ver más.

–Vivian, por favor... –traté de arrebatarle la laptop de las manos, pero ella se puso de pie y caminó hacia un rincón.

–Mierda...

–¿Qué?

Tragó saliva y giró la laptop para que pudiera ver la pantalla. La página de Happy Little Tea estaba abierta y enseñaba todas las opciones disponibles para administrarla.

–¿Eso significa que...?

Vivian se carcajeó.

–Significa que la chismosa de Lucy es la dueña de Happy Little Tea.

¿Lucy la dueña de Happy Little Tea? Eso significaba que había expuesto a otros estudiantes, inmiscuyéndose en sus cosas personales, banalizando con sus momentos más vergonzosos, y que se burló de situaciones que de verdad les hacían sentir mal. Lucy, mi compañera de habitación, que publicó el video mío y de Sol bailando en Euphoria, el que me llevó a tener que lidiar con comentarios maliciosos de compañeros. Y, aun sabiendo esto, me recibió como si nada cuando llegué a los dormitorios.

–Lo sospechaba –se jactó Vivian, aunque con un dejo de rabia en su voz–. La maldita siempre andaba en todo.

–No puedo creerlo... Estoy durmiendo en la misma habitación que una soplona.

Sonó estúpido, pero era una realidad. Sabrá Dios cuántas veces Lucy se había inmiscuido en

mis posesiones para obtener información, y todo con el fin de alimentar a sus chismosos seguidores.

–Veamos qué más tiene.

Vivian retomó lo que se había propuesto por más que intentara detenerla. Entró a la carpeta de Documentos y accedió a un par de carpetas que llevaban a programas de la laptop. Nada importante.

Un mal presentimiento me acongojó. No sabía qué cosas sabía sobre mí, si por algún motivo se enteraba de que habíamos espiado en su computadora podía usar información en mi contra.

–Por favor, Vivian, detente...

–Silencio, merecemos saber qué guarda esta maldita.

–Puede entrar en cualquier momento...

Y, como si mis palabras fueran proféticas, la puerta del cuarto se abrió de golpe. Lucy se mostró agitada y nos miró con los ojos grandes de espanto, como si supiera que había cometido un grave error. Se acercó rauda hacia Vivian y le arrebató la laptop de las manos.

–¡Esto es privado! –regañó con su voz quebrándose con cada palabra.

Vivian sacó su lado imponente.

–Sí, como los miles de videos y fotos que has publicado en tu asquerosa página de chismes –acusó con total desprecio, casi escupiéndole a la cara las aberraciones que se había dedicado a hacer.

Los ojos de mi compañera de cuarto se encendieron.

–¡Y qué! ¡Ustedes se lo merecen! –chilló al borde del llanto.

–¿No te da vergüenza? No actúes como una jodida moralista ahora, porque vas a tener que rendirles cuenta a todos...

Vi la intención de Vivian de quitarle la laptop a Lucy, poniéndome entre ambas.

–Espera.

Lucy, quien no aguantaba más, se puso a sollozar.

–No me digas que estás de su parte –dijo Vivian, mirándome con absoluta confusión.

–Por supuesto que no.

Me llené de decepción al voltear hacia Lucy. No éramos amigas, tampoco estaba a favor de lo que había hecho, eso sin mencionar que me perjudicó, pero si Raziel estaba de su lado, por algo sería.

–Me parece detestable lo que haces y ni siquiera quiero saber el motivo de tu odio –le dije a Lucy y ella lloró con más fuerzas. Luego me giré hacia Vivian–, pero no podemos lapidarla así.

Vivian la observó con desprecio, pero, tras unos segundos, su forma de mirarla fue cambiando.

–Hagamos algo mejor –formuló entre dientes, saboreando la que parecía ser la mejor idea que se le había ocurrido en la vida–: usemos lo que sabes en contra de Dhaxton y Seth. Y cuando los fastidies tanto, ellos mismos te van a buscar y se encargarán de ti.

Eso era mucho peor.

–¡Vivian!

–Vivian nada –se dirigió a mí con la frente muy arrugada. Estaba llegando a su punto más alto en la escala del enojo–. Si no la frenamos ahora nos va a pesar. Ella te hizo daño, ¿no? Expuso a cientos de chicas y se burló de los estudiantes. Ha fomentado el acoso. Es lo correcto. Es lo que ella merece.

En cuestión de un parpadeo, Vivian se abalanzó contra Lucy para quitarle la laptop. Yo

intenté frenarla, pero era alta, tenía las uñas largas y estaba tan enfurecida que no le vi ánimos de dar marcha atrás. Lucy, por su parte, gritaba como si la estuvieran asesinando.

Todo mal.

Y empeoró cuando un grupo de chicas apareció en la puerta en compañía de una inspectora.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó la mujer.

–Nada –me animé a decir–. No está pasando nada.

Las tres desistimos de nuestras intenciones y actuamos como tres estatuas.

–Tengo que recordarles que no son las únicas personas que conviven en estos dormitorios, guarden silencio y respeten a sus compañeras. –La mujer achicó los ojos en busca de algún indicio de pelea. Dio con la laptop, pero Lucy hábilmente la escondió detrás de ella–. Tengan cuidado –advirtió, volviendo por donde vino.

Reconocí a las chicas que acompañaban a la mujer una vez que Vivian, acalorada y resentida, se les acercó. Eran sus amigas, las chicas con las que solía divertirse los fines de semana en su cuarto. Antes de marchar, Vivian regresó con Lucy, se plantó frente a ella y la miró a los ojos.

–Voy a vigilar cada paso que das. Voy a encargarme de que pagues por tu ridícula página –le advirtió. Lucy la escuchó encogida de hombros, temerosa de recibir algún golpe.

–Ya basta –la frené, cubriendo a Lucy con mi mano–. Y, por favor –les eché un vistazo a sus amigas, quienes lucían con deseo de ser parte de la conversación–, guarda silencio.

–Lo haré porque tú me lo pides; no por ella.

Eso me tranquilizó, pero no descarté que fuera a decírselo a sus amigas. Era algo demasiado grande como para mantenerlo en secreto durante tanto tiempo, lo que me llevó a preguntarme por qué Raziel no me habló de eso. Una simple advertencia hubiera bastado para cuidarme de Lucy.

Sola con mi compañera de habitación, todo se resumió en un ambiente pesado e incómodo del que quise huir. No era como una puñalada si lo comparaba con lo que pasé cuando me enteré de lo que Sol hizo –o provocó–, pero sí lo sentí como una mentira dolorosa. ¿Es que no podía confiar en nadie?

–Gracias por impedir que Vivian me quitara esto –musitó Lucy tan bajito que apenas la escuché.

–Prefiero una disculpa antes que un «gracias». –Mi incriminador comentario la obligó a bajar el perfil y formar un puchero–. Por tu culpa pasé un día horrible.

–Si te hubiera conocido en ese entonces...

–¿No habrías publicado el video? –Me bastó con verla para saber que eso diría–. ¿De verdad crees que eso me alivia? Lo que haces está mal. Más allá de que lo hayas publicado, es tu intención detrás de todo. Publicaste el video de una profesora teniendo relaciones con un alumno.

–Porque ellos se lo merecen.

–¿Sabes lo que creo? No lo haces como venganza, lo haces porque buscas su aprobación. Quieres que ellos hablen de ti, aunque sea a través de una página, y eso es lo más triste.

Sus sollozos se hicieron más desesperados. Era una escena lamentable, tanto que tuve deseos de abrazarla y decirle que no importaba, que dentro de lo retorcido que sonara, la entendía; no obstante, preferí despejar la cabeza con una ducha.

Antes de salir de la habitación, le hablé por última vez.

–Una cosa más –me volteé hacia ella–: no te he delatado porque sé que la pasarías muy mal y porque Vivian tiene algo de razón sobre Dhaxton y Seth, pero si veo una publicación sobre Vivian o Solange, no dudaré en decirlo. Ahora espero que cierres tu página de horror.



El tema de Happy Little Tea no me abandonó ni siquiera en clases. Saber que Lucy estaba detrás de esa horrorosa página me había dejado consternada, pero también llena de preguntas sobre Raziel.

Las ganas de hablar con él no me faltaron cuando lo vi en el patio de la academia, recogiendo un montón de hojas caídas por la lluvia. Di un paso fuera del pasillo y fui a su encuentro, no sin antes comprobar que nadie anduviera cerca.

–Hablemos.

Ni siquiera levantó la cabeza.

–¿No puedes esperar? –espetó en ese tono de «me molesta todo de ti». No comprendí cómo podía actuar tan pesado en algunas ocasiones.

–No, estoy molesta.

–Pues ve a golpear una almohada.

Lo odié.

«Al punto, Audrey», me reprendí.

–¿Por qué no me dijiste que Lucy, mi compañera de habitación, es la que administra Happy Little Tea?

Con toda la calma del mundo, Raziel dejó de barrer para prestarme su atención. La mueca de disgusto no se le borró. Me miró con la cabeza ligeramente ladeada y el entrecejo arrugado.

–No lo vi necesario –argumentó con quietud–. Y te recuerdo que tengo ojos por todos sitios, menos en el dormitorio de las chicas.

–Faltaría más... Pero, al caso, si me hubieras dicho desde el principio que su administrador es una chica y no tan solo una chica cualquiera, señalando que es Lucy, entonces hubiera sido más precavida.

Se acomodó como si necesitara estar en una buena posición para darme la repasada de mi vida.

–Que no lo seas es tu problema, siempre debes ser cautelosa con lo que te pertenece.

Regresó a lo suyo. Él dio por hecho que sus palabras fueron suficientes para mantenerme con la boca cerrada.

Ni loca, eso no era mi culpa, era responsabilidad de él. Lo peor de todo es que lo ocultó por mucho tiempo, habló con ella a mis espaldas y quizás cuantas cosas más ...

–¿Cautelosa, dices? –repetí con sarcasmo–. Claro, como tú, ¿no?

Mi burla fue un cuchillo afilado que voló directo al corazón, lo sé porque desplegó una sonrisa cínica.

–Sin duda tienes mucho que aprender de mí –se defendió, esquivando lo que realmente quería decir.

–Sería más fácil hacerlo si me dijeras cómo. No sé, tal vez si hablaras un poco más de lo que tramas o en general.

–¿Para qué? Si te hubiese dicho que tu compañera de cuarto es la dueña de esa página, ¿qué mejoraría?

–La página no existiría.

–Exacto, y yo no podría haberle pedido que publicara las fotos sobre nuestra falsa relación con un comentario pasivo.

–La publicación sobre lo nuestro da igual; esa página tiene cientos de comentarios horribles que dejan mal a los estudiantes. Si lo sabes, te convierte en un cómplice. Eso no está bien.

Mi acusación le regresó la cara de amargado de siempre, pero con una notable diferencia: ya no estaba fastidiado, estaba molesto. La tensión en sus hombros y su mandíbula marcada lo demostraron. ¿Había despertado a la bestia?

–Creo que estás olvidando una realidad importante –puntualizó en una nota clara de resentimiento–: no somos salvadores, no somos los buenos de esta historia y mucho menos haremos todo del modo honesto.

–¿Estás admitiendo que mientes? –atajé–. ¿Me has mentido en algo?

–No –respondió con firmeza, lo que me provocó una risa incrédula.

–No puedo creerte.

–Te he ocultado cosas, sí, pero mentirte nunca.

Por más que intentara entrar en sus pensamientos y comprobar si decía la verdad o si mentía como un profesional, no pude descifrarlo. Incluso cuando sus ojos se veían transparentes y no me evitaban.

No, no, no. No iba a ceder. Si él me estaba ocultando cosas, era peor.

–Si no confías en mí, ¿cómo podría creer yo en ti?

Blanqueó los ojos y negó con la cabeza.

–Estás yendo por un lado muy diferente.

–Claro que no, me estás ocultando cosas y...

–Y tú también me las ocultas –objetó.

–Voy a recordártelo otra vez: tú me buscaste a mí. Si no te ganas mi confianza, tal vez deberías arreglar esto por tu parte.

Ese fue el punto final de la discusión. Era la condición que le pedí para seguir con esto. Podía hacer mi propia investigación, no lo necesitaba. Él me escondía información, había hecho tratos a mis espaldas y sabrá Dios qué otras cosas. No requería a ninguna otra persona falsa en mi vida.

Giré para regresar al pasillo, pero Raziel me atajó del brazo.

–¡Suéltame! –le ordené a punto de hacer ebullición–. ¡Estoy harta de que todos me oculten cosas y me mientan en la cara! Si las cosas van a ser así ¡busca a alguien más!

Conseguí zafarme, pero mis intentos de huida fueron frustrados cuando me abrazó por la espalda.

–No me dejes –suplicó con su aliento golpeando mi cabello–. Te necesito.

–Aceptaré cuando lo pidas de corazón –me burlé.

En un movimiento rápido logré soltarme y apresuré el paso para alejarme.

RAZIEL

Odiaba a Peter, mi jefe. Todo el tiempo actuaba como si fuera el rey de la academia y tuviera un millón de personas bajo su mando. Su oficina era un cuarto con olor a humedad y su escritorio era una mesa de metal con las puntas oxidadas. A su alrededor había un montón de archivos, detrás una pizarra blanca con anotaciones y un mapa de los terrenos de la academia. Era un sitio

que siempre percibía frío, sobre todo en otoño-invierno. Era un lugar desagradable al que no me gustaba ir, mucho menos cuando tenía ganas de mandarlo todo a la mierda.

Cuando llegué a la oficina, golpeé la puerta y esperé a que me diera permiso de entrar. Su voz de viejo se escuchó desde el otro lado. Era un escabroso «entra» que me dio mala espina. Era una corazonada similar a la que tuve cuando vi a Audrey acercarse.

¿Mentirle? ¿Ocultarle cosas?

Aquí cada uno tenía su papel en esta historia.

Empujé la puerta y a quien vi primero fue a Seth Bellish. Me miró por sobre el hombro y siguió mis pasos hasta que me situé frente al escritorio, junto a él.

–¿Me llamó? –me dirigí a Peter. Hacer caso omiso a la presencia de Bellish era normal en mí, pues todo el tiempo había sido un simple empleado al que jamás prestó atención.

Hasta entonces. Tener a ambos en una misma oficina no fue una casualidad.

–Sí –contestó mi jefe, apático. Era un viejo frío y de respuestas cortas, eso me gustaba; pero esta vez continuó–: Estás despedido.

Mierda.

–¿Puedo saber la razón?

–Acosar a una estudiante.

–¿La palabra «acoso» se debe a qué, exactamente? Porque no recuerdo haber cometido ningún acto de esa clase –comencé a alterarme–. Llevo tiempo trabajando aquí, jamás he llegado tarde o cometido alguna falta.

–Lo primero no te lo niego. Eres uno de los auxiliares más responsables que he tenido el agrado de tener bajo mi mando. Sabes que soy disciplinado y eso lo cumples.

–Entonces, ¿cuál es la razón para que me mandes al carajo así de fácil?

Peter y Bellish intercambiaron miradas. Fue este último el que dejó sobre el escritorio su celular con la pantalla encendida. La galería de imágenes estaba abierta y enseñó una foto en la que Audrey y yo aparecíamos. Había sido tomada esa mañana, y a la distancia, claro, como una sucia rata.

Así que esa era la razón por la que Bellish estaba presente.

El maldito quería sacarme de su camino.

–Soy yo con una estudiante que conozco. ¿Cuál es el jodido problema?

–Hay más –habló Bellish. La mofa sostenía su tono de voz. Debió ser consciente de que me estaba cabreando. El bastardo no solo se reía en mi cara, también actuaba con una lentitud que mandaba al carajo mi paciencia–. Saqué muchas fotos y fui testigo de lo que ocurrió. Sí, es cierto, ella se acercó a hablarte a ti, pero era una charla normal, quizás buscaban resolver alguna duda. Pero tú luego la agarras y no le permites irse... –deslizó su dedo por la pantalla, enseñando todas las fotos que sacó. Fuera del contexto de la conversación parecía una discusión que me dejaba como el malo de la historia, todo acorde a su intención.

–Y si para ti era acoso, ¿por qué mierda no interviniste? –espeté para desafiar sus argumentos. Sin esperar respuesta, me volví hacia mi jefe–. Este sujeto está mintiendo. Se la trae contra mí porque ese es su pasatiempo.

–Es mejor que acosar a estudiantes...

Lo agarré y estampé contra la pared, amenazándolo.

–No me des una razón para desfigurarte la cara.

–¡Raziel, ya basta! –gritó mi jefe, poniéndose de pie.

Bellish se carcajeó.

–Hazlo y te demando. Tengo los medios para hacer de esas fotos algo muuuucho más grande –dijo ahogándose de diversión–. Tienes todas las de perder.

Le propiné un puñetazo que le volteó la cara, pero el cabrón siguió riendo con la mano en la zona del golpe, la cual ya se le tornaba roja.

Respiré rápido, con los puños apretados, conteniendo las ganas de darle otro golpe para que se callara. Peter me retuvo por la espalda y lo impidió.

–Cálmate o tendré que llamar a seguridad –me dijo con la voz pastosa. Era más pequeño, más delgado que yo y le faltaba más fuerza para que pudiera intimidarme. Me liberé de su agarre y me hice a un lado–. ¡Acabas de golpear a un estudiante!

–Ahora ambos tienen una verdadera razón para sacarme de aquí.

Les di una mirada de advertencia antes de salir.

Miré mi uniforme y más rabia me dio tenerlo puesto. Avancé rápido para quitármelo y salí de la academia de mierda por la puerta principal, la misma por donde entré alguna vez junto a Agnes, acompañándola sin saber lo que pasaría con ella. Éramos dos estúpidos ingenuos.

Afuera encendí un cigarro.

Nunca se me dejó fumar en el interior, pero siempre quise hacerlo en algún punto en que mi paciencia y la espera se acoplaban a los deseos de ir contra Crusoe y Bellish y sacarles todo lo que escondían.

–Pensé que serías más astuto.

Bellish se posicionó junto a mí en la calle. Todavía tenía la cara roja por el golpe. Me dio satisfacción saber que tenía su merecido por jugar con Agnes, pero el cabreo que tenía por dejarme como un puto acosador era más fuerte.

–Vete a la mierda.

–Ya estoy en ella, igual que tú.

–¿Qué quieres? –interrogué–. Dudo mucho que te acerques a consolarme o ver cómo estoy.

–Ah... –sonrió, enseñando sus colmillos sobresalientes–. Así que ya me conoces.

–Todo auxiliar de aseo, cocinero o profesor que trabaja en la academia sabe quién eres, Seth Bellish. Te lo volveré a preguntar: ¿qué quieres?

–Quiero proponerte algo –sus palabras me asombraron, pero no permití que lo notara.

–¿Por eso has hecho que me despidan?

–Lo haces ver como si tooodo fuera mi culpa. Antes de que me golpearas tenías una probabilidad del quince por ciento de quedarte. Lo que lo decidió fue el puto golpe.

–Golpearte es de lo que menos me arrepiento. Y no quieras poner excusas, fui llamado por tu culpa. Borra esas fotos.

–Nah, me pueden servir para más adelante. El punto es que tú y yo podemos ayudarnos.

Me tomé mi tiempo entre la calada al cigarro y buscar algún indicio que confirmara que se había vuelto loco y no lo decía en serio. Bellish, que hacía un momento sonreía, había adoptado una expresión seria.

Se echó el cabello hacia atrás y prosiguió:

–Quieres respuestas...

–Quiero que vayas al grano –zanjé.

–Yo sé cosas que tú no; tú puedes averiguarlas si te guío por el camino correcto.

–¿Guiarme, tú? Por supuesto que sí, campeón.

Cansado de sus absurdeces, seguí con mi camino. Tendría que volver a casa, pensar en mis próximos movimientos y ser rápido.

–Sin mí no van a conseguir nada; tanto tú como Audrey han sido demasiado imprudentes. Si le digo a Dhaxton lo que sé, lo vas a lamentar en serio.

–¿Y cómo sé que no se lo dirás?

–Te lo prometo por el dedo meñique –bromeó–. Sé cosas, sí, pero no todo. Sé que Dhaxton me oculta algo... Algo que no puedo averiguar. Pero tú sí –concluyó–. Te facilitaré las cosas. Voy a darte un nuevo trabajo...

–No necesito tu dinero –farfullé, tirando la colilla al suelo para aplastarla sin piedad.

Bellish se carcajeó por lo alto.

–No trabajarás para mí, trabajarás para gente de mi mundo. Eso sí, vas a tener que sacrificarte un poco...

Pretendí pensarlo y respondí:

–No.

Seguí caminando.

–Es una oportunidad única. Solo tendrás que suplir los caprichos de cierta gente, saber moverte entre ellos y ya. Fácil, sencillo. Ni siquiera enseñarás tu rostro. Y la paga es buena sin que te partas el culo limpiando la mierda de chicos malagradecidos.

–¿Y qué ganas tú con todo esto?

–Lo mismo que tú: respuestas.

Me detuve a confrontarlo. Tenía el semblante de alguien peligrosamente cambiante. No confiaba en él por más que su respuesta sonara honesta. Pero, aunque no pareciera ser sincero, estudié las posibilidades que me quedaban.

–¿Sobre qué? –pregunté.

–Quiero saber qué ocurrió con una vieja amiga.

AUDREY

Por desgracia, en la tarde me tocaba trabajar en el cine. Mis ganas de volver a ver a Raziel eran nulas, así que apenas llegué, tras un melancólico viaje en bus, me propuse evitarlo a toda costa.

Dentro del edificio saludé a un par de compañeras entrando al vestidor y luego salí de camino a la sala del personal. Me asomé para ver si Raziel estaba dentro y no hallé rastro de él. Bien. Perfecto. Empezar a trabajar sin sentirme incómoda era lo mejor.

Pero algo raro pasaba. Raziel no estaba por ningún sitio, ni en la zona de bodega, ni de limpieza, ni atendiendo a los clientes hambrientos de cabritas ni en la boletería.

–¿Hoy no ha venido Raziel?

Mi pregunta fue al aire, pero quien la escuchó fue la misma Camille. Se acercó con aspecto relajado.

–Le ha pedido a la jefa el día libre.

A pesar de que ella no lucía molesta o afectada, me fue un tanto difícil hablar de Raziel con ella.

–¿Está enfermo?

Camille negó al instante.

–Lo han despedido de su otro trabajo y quiere tiempo para, ya sabes, asimilarlo.

–¿Que lo han despedido? Pero... lo vi esta mañana en la academia. Hablé con él.

Su encogimiento de hombros lo dijo todo.

–Cuando lo llamé no dio grandes detalles, pero dijo que todo fue un malentendido.

–¿Sobre qué?

–Creo que es mejor que lo hables con el chico nuevo.

Con disimulo señaló a Seth. Él estaba con su cabello anudado en un moño descuidado y vistiendo el implacable uniforme del cine. Se veía con una expresión de aburrimiento.

–No puedo creer que siga aquí –comenté, fastidiada.

–Ni yo –añadió Camille en el mismo tono.

Aprovechando que no estábamos muy ocupados, me fui con Bellish.

En cuanto sus ojos se enfocaron en mí, enderezó la espalda y me sonrió.

–¿Se te ofrece algo? –preguntó como un profesional.

–¿De ti? Nada. Vengo a saber qué pasó con Raziel.

Cruzó los brazos encima del mostrador y apoyó su barbilla encima, como un niño pequeño a la espera de sus caramelos. La mirada juguetona no lo abandonó.

–¿Ya te dijo que quien lo delató fui yo?

¿Delatarlo?

¿Será que se refiere a que lo delató con Dhaxton?

–¿Qué?

–Aaaah... ya entiendo. La discusión de la mañana fue real y no han vuelto a hablar –dedujo con rapidez–. Pues eso: hoy te vi discutiendo con tu novio falso en la academia, saqué un par de fotos muy explícitas y fui corriendo a decirle al rector de la academia que lo despidiera por acoso. En pocas palabras, quien dejó sin trabajo a tu noviecito falso fui yo.

La sonrisa de Seth iba de oreja a oreja después de su confesión. Era tan descarado, tan falto de arrepentimiento... Mi cuerpo se encendió en ira y quise zamarrearlo con mis propias manos.

–¿Por qué lo hiciste?

–¿Estás molesta?

–¡Por supuesto que lo estoy!

–¿Por qué? Acabo de hacerle un favor.

Se echó hacia atrás y se cruzó de brazos y piernas, en lo que era la representación viva de la arrogancia. Lo miré detenidamente, repeliendo su actitud con una mueca y, al traer de regreso su sonrisa, pensé en un comentario que podría lastimar su orgullo.

–¿Te digo algo? Los celos no son sanos.

–Te doy la razón –afirmó, pero luego pestañeó frunciendo el ceño–. Un momento... ¿lo dijiste porque crees que yo...?

Sonreí, arrimándome a la barra para ver su expresión cambiar.

–No, no. Qué aburrido hacer que despidan a alguien solo por celos.

Ese era un buen punto. No dudé que mintiera, sin embargo, Seth no llegaría tan lejos para despedirlo por unos absurdos celos. Primero se lo diría a Dhaxton y entre los dos podían planear algo peor, algo que haría que me alejara definitivamente de Raziel. Además, Seth no era tan predecible.

–Explícame los motivos, anda.

Se acercó a la barra y habló:

–Estoy evitando un desastre –dijo en un tono confidente.

–¿Qué?

–No quiero ser un héroe, pero –se puso una mano en el corazón– soy buena persona. Verás, tú y tu novio son tan poco discretos en lo que hacen que Dhaxton los pillaría tarde o temprano. Y

yo no quiero eso. Así que relájate un poco, ve a tomar un café y luego vuelve a darme las gracias.

–No te creo.

Blanqueó los ojos, harto de mi escepticismo, del cual él mismo era culpable. Lo sabía, por eso tomó una bocanada de aire y se acercó aún más como muestra de... ¿de qué? Estuve segura de que, dijera lo que dijera, solo sería una media verdad.

–Escucha: si estar en tu bando resulta divertido, entonces seguiré tus pisadas hasta el final. No tengo nada que perder.

–¿Tan lejos pretendes llegar por un juego?

Mi pregunta le sacó una risa burlona que solo me hizo desconfiar más.

–Soy una persona competitiva, pero no lo estoy haciendo por el juego –admitió.

–Creo que estaré encantada de conocer qué hay en la cabeza de Seth Bellish y cuáles son las intenciones que trata de ocultar –me acomodé dispuesta a escucharlo con una plácida pero cínica sonrisa.

Puso su dedo en mi frente.

–No-lo-entenderías –pronunció a la vez que propinó tres golpecitos con su índice al ritmo de sus palabras.

Pensé apartar su mano de un bofetón, pero se me ocurrió algo mejor. Tomé su mano con cuidado, como si fuera un objeto delicado que necesitaba ser tratado con cariño.

–Puedo hacer el intento –dije en un tono dócil–. Si vas a seguir mis pisadas, debo permitirlo antes, ¿no?

Ese cambio lo tomó por sorpresa. Tragó saliva y luego carraspeó, retirando su mano con cierta mueca de incomodidad.

–Te estás convirtiendo en un ser vil.

–Me están arrinconando a serlo –me excusé.

–Manipuladora –acusó en tono divertido.

–No seguiré tu juego infantil de insultos –puse fin a la estúpida discusión–. Ten una mala noche.

–Ja, ¿y yo soy el infantil?

Su recriminación me detuvo. Me di media vuelta con una sonrisa que nacía desde mi más ácido humor.

–Puedo enumerar un montón de razones por las que eres un ser detestable e infantil.

–Las escucharía todas con tal de que te quedes más tiempo conmigo.

–Podría quedarme si tuvieras una pizca de sinceridad. Y si no me hubieras engañado –acusé con tanto veneno y desprecio que todo el ambiente cambió.

Seth bajó la mirada y murmuró:

–Ya lo sabes, ¿verdad?

–¿Saber qué? ¿Que no vales la pena? ¿Que me mentiste de la manera más baja? ¿Que usaste a tu abuela para acercarme a ti? ¿Que ella y tú se encargaron de tocar un tema sensible para ganar un estúpido juego? Sí, lo sé todo gracias a Raziel, por eso no voy a dejar pasar que hayas ocasionado que lo despidan...

–Veo que la conversación entre los dos es interesante...

Esa era la temible voz de la jefa justo detrás de mí. Me quedé de piedra al escucharla, totalmente opuesta a la expresión radiante de Seth.

–Buenas noches, todopoderosa jefa –la saludó–. Le dije a Audrey que no abandonara su

puesto, pero no puede estar lejos de mí.

–Eso es una absoluta mentira –me defendí al instante, pero mi efusiva defensa cayó al voltear y ver la cara de perros que cargaba la jefa–. Vine a reclamarle a Bellish que...

–No me interesa –levantó una mano para que me callara–. Vayan al cuarto de limpieza, cojan dos trajes impermeables, bolsas de basura, rastrillos... lo que sea, y limpien las hojas en la entrada de la azotea.

–Sí, señora –saltó Seth.

–No quiero ver ni una hoja en las rejillas de agua.

Como dos soldados obedientes, Seth y yo nos dirigimos al cuarto de limpieza para sacar dos trajes impermeables de un llamativo color amarillo.

–Odio esto –murmuró Seth mientras se colocaba la capucha amarilla.

–Puedes renunciar cuando quieras –lo fastidié–. Si quieres, ahora mismo.

–No te daré el gusto. No de esta manera, al menos –su tono meloso trajo de vuelta esas insinuaciones que creí que había dejado atrás.

–¿Es que no tienes decencia?

Entre risas, cerró la puerta y avanzó hacia la salida. Yo le seguí detrás, quejándome del frío que ya podía sentir abrazarme sin piedad. Este era un castigo peor que contar los productos que había en la bodega. El sonido de las gotas estrellándose contra mi traje no me dejaba escuchar lo que ocurría a mi alrededor, y la poca iluminación de la calle tampoco ayudaba en absoluto. Como pude me las arreglé para recoger todas las hojas que tapaban las rejillas de agua de la azotea y las lancé.

–¡Ten cuidado! –gritó Seth desde abajo, justo al lado del montón de hojas que tiré.

–¡Muévete!

–¡A donde me voy a mover es arriba para lanzarte las hojas encima también!

–¡Lanzarte nada! –grité con más fuerza–. ¡Me importas tan poco que ni siquiera vi que estabas ahí!

Me señaló con el dedo.

–¡Luego no te quejes!

Lo vi doblar por la esquina del edificio hacia el estacionamiento del personal, donde se encontraban las escaleras para subir a la azotea. Rauda, me acerqué y comprobé que Seth subía con una bolsa de basura llena de hojas.

Ya me olía sus malas intenciones.

Agarré otro montón de hojas y me preparé para el ataque.

Seth se veía monstruoso caminando hacia mí bajo la lluvia.

–¡Aléjate! –le ordené en una pose defensiva, lista para lanzarle las hojas en la cara de ser necesario.

–Audrey tiene que pagar por lo que hizo –dijo con una sonrisa maliciosa–. Se merece un castigo.

–No te atreverías...

–¿De verdad crees que movería el culo subiendo las escaleras para no hacer nada? –Metió la mano dentro de la bolsa y sacó unas cuantas hojas. Antes de que me las lanzara, le lancé las que recogí y salí huyendo en busca de más.

–¡Ven aquí, cobarde! –gritó.

Agarré otra porción de hojas y me levanté para salir corriendo, pero en el intento Seth me tiró las hojas en la cabeza y estalló en carcajadas. Saqué ventaja a su distracción, le tiré las hojas

justo en la cara y emprendí mi huida entre risas mientras lo escuchaba quejarse hartado del asco. Pero de camino hacia las escaleras resbalé y mi trasero se estampó en el concreto.

–Ah... –escuché a Seth suspirar. Levanté la cabeza y allí estaba, mirándome con toda la maldad del mundo–. Qué hermoso es el karma.

Agarró la bolsa y la vertió sobre mí, dándome un baño de agua y hojas secas. Me encogí de hombros y bajé la cabeza mientras escuchaba la insoportable risa de Seth.

–Listo, volveré al trabajo.

Al pasar por mi lado le di un golpe en la pierna que lo dejó tendido en el suelo, con el rostro hacia el cielo amortiguando todas las gotas de lluvia. Yo también me eché hacia atrás, cansada y adolorida, recibiendo la lluvia en mi cara como jamás la sentí. Así nos quedamos unos minutos. Por algún motivo, estar ahí, en silencio, me resultó adictivo y relajante.

–Perdón.

Ese «perdón», tan repentino y extraño, había salido de los mismísimos labios de Seth.

–¿Qué?

–Perdón –repitió.

–¿Por qué?

–Por todo.

Mi ceño, que ya estaba fruncido por la lluvia, se arrugó todavía más.

–¿Este es uno más de tus engaños para hacerme caer?

–No.

–¿Estás siendo sincero?

–Sí.

–No te creo.

–No te juzgo.

–¿Por qué tan repentino?

–Supongo que me gustan las cosas espontáneas y una disculpa no vendría mal.

Me senté y lo miré. Él también se sentó y pude notar que estaba tan serio como mojado.

–Bueno... no puedo rechazar a una persona cuando pide perdón –confesé, intimidada por lo silencioso y tranquilo que Seth se encontraba. Estaba esperando que volviera a ser él, a reírse socarronamente, a decir que era un chiste–. Sin embargo, ahora mismo no puedo hacerlo contigo –añadí.

–No esperaba que lo hicieras.

–Bien.

–Bien.

Silencio incómodo.

–Volvamos al trabajo –dije poniéndome de pie.

El resto de la hora nos la pasamos haciendo una pila gigante de hojas en completo silencio.

Capítulo 6
New York, New York

AUDREY

Antes de emprender el viaje a New York, recibí una llamada de mamá cuando estaba en el aeropuerto. Al principio me sorprendió ver su nombre en la pantalla y me sentí nerviosa, pero no podía dejar pasar la oportunidad, al fin y al cabo, no hablábamos desde la cena.

–¿Mamá?

–Hola, Drey –escuchar su voz después de tanto tiempo casi me hizo llorar. Mi garganta se apretó y mi pecho reclamó por aire–. Supe que hoy vas a lo del concurso. Felicidades.

–S-sí –se me dificultó–. Se podría decir que gané. Bueno, también Dhaxton.

–Lo sé, él me contó –le escuché suspirar–. Dijo que harán el viaje a New York para exponer sus pinturas. Me alegro de que te hayas animado a ir.

–Es una oportunidad importante, no me la perdería por nada. La academia y los organizadores del concurso se han encargado de todo, yo solo me ocupé de empacar lo justo y necesario.

–Estoy muy orgullosa de ti y de tu talento como artista –su voz sonó tan cálida y maternal que necesité morderme los labios para no estallar en llanto de una buena vez–. Estás hecha para ese mundo. Desde que eres pequeña lo vi. Sigue así.

–Gracias, mamá.

Quería preguntarle tantas cosas, hablarle de todo lo que me había ocurrido, de Raziel, de la academia... Pero, al mismo tiempo, temía incomodarla o que me dijera que no le interesaba.

–¿Y tú cómo estás? –me atreví a preguntar.

–Algo cansada. El trabajo.

–Podrías tomarte un descanso.

–Tengo demasiadas cosas pendientes, no puedo dejarlas de lado.

–Bueno, ya lo harás después de que te cases, en la luna de miel...

–Drey, te tengo que cortar, lo siento –me interrumpió–. Ten un lindo viaje, come mucho y cuídate de todo. New York es una ciudad muy hermosa, pero también agitada. No hagas demasiadas locuras.

–Sí... –balbuceé, confundida–. Adiós, mamá.

La llamada había terminado tan pronto mencioné la boda. ¿Debería haberme tomado eso como un «no menciones la boda porque no estás invitada»? Sabía que los preparativos seguían en pie, había leído sobre las posibles invitaciones, pero mamá no me lo había mencionado en absoluto. Ni siquiera me había invitado. De alguna forma ella me estaba manteniendo lejos de su mundo y yo no comprendí los motivos.

–Johnson –me llamó Stan–. Ya es hora de subirnos.

Hasta ahí todo fue normal. Pero eso cambió cuando me subí al avión. Una imagen difusa me atacó; en ella estaba en un avión junto a mamá, que estaba sentada a mi lado, con las manos en la cabeza y llorando. Me pregunté si ese había sido un recuerdo o uno más de mis sueños.



Después de dos horas y media llegamos a New York.

Desde la salida del aeropuerto contemplé los rascacielos a la distancia. Su edificación enorme ocupaba todo mi campo visual. De camino a nuestro hotel admiré las calles aglomeradas de personas y taxis durante el crepúsculo. Las luces, los anuncios del tamaño de una casa y el movimiento constante era simplemente magistral, imposible de describir y dibujar.

–Linda, ¿no? –Ann, la coordinadora del viaje se acercó a mi ventana para contemplar el escenario–. La ciudad que nunca duerme –dijo con ensoñación–. He vivido once años aquí y todavía me queda mucho por explorar.

–Es hermosa...

–Es una ciudad horrenda –desdeñó Dhaxton al mismo tiempo. Iba en el asiento de atrás de la minivan, cruzado de brazos y piernas, y con una mueca de disgusto dibujada en su rostro.

–¿Ya estuviste aquí? –le preguntó la coordinadora en un tono amable que rozaba la incomodidad.

Mi compañero de Boceto se tomó un momento para responder, y, cuando lo hizo, ni siquiera la miró:

–Más tiempo del que quisiera.

En ese momento Ann supo que indagar en la vida íntima de Dhaxton era más complicado de lo que cualquiera creería.

–Pues yo creo que es una ciudad llena de vida y movimiento... –suspiré, mirando de regreso las enormes y agitadas calles de New York–. Es un lugar colmado de versatilidad.

–Y ratas –añadió Dhaxton, el antagonista de mis ideales.

–Crusoe... –El profesor Stan intentó ponerle un freno a su afilada lengua antes de que soltara otro comentario desagradable.

–Tal vez debiste traer a Francis –bromeé para aligerar el ambiente. No conseguí que cambiara su postura, pero al menos logré sacarle una sonrisa torcida. Si había algo que a Dhaxton Crusoe le gustaba, eso era el arte y Francis.

–Voy a hacer una llamada al hotel –nos informó la coordinadora sacando su celular del abrigo.

Mientras realizaba la llamada, seguí contemplando la ciudad sin un atisbo de desánimo. Era mi segundo viaje fuera de Wightown. El primero ni siquiera lo recordaba, pues apenas era una niña, pero no debió ser demasiado maravilloso teniendo en cuenta que jamás vi alguna foto de ese viaje y que mamá jamás habló demasiado de él. Por eso, ya mayor, quería grabarlo todo en mi memoria sin que ningún detalle del viaje se me escapara.

El hotel donde nos quedamos era enorme. Tenía un aire elegante y clásico, lleno de ventanas y pisos que no tenían fin. Afuera, el valet nos abrió la puerta y dos botones nos ayudaron a bajar el equipaje. Las luces tenues de su interior le daban un aire íntimo y cálido, casi hogareño. Uno de los botones se puso a hablar con el profesor Stan mientras Ann hablaba en recepción.

Para matar el tiempo, le envié un mensaje a Vivian con una *selfie* para informarle que había llegado. Vivian no tardó en responderme que había un espíritu maligno detrás. Agrandé la foto y noté que Dhaxton salía a mi espalda, unos pasos más atrás, aguardando por su habitación con las manos metidas en los bolsillos de su largo abrigo. Fue sorprendente verlo con aire distraído.

Volteé y él me devolvió la mirada sin cambiar su mueca imperturbable.

Ann nos dio las indicaciones del hotel y nos entregó las cartillas para pasar los días.

–¿Qué hay de nuestro itinerario? –La voz de Dhaxton fue tan profunda que todos le prestamos atención.

–Les estaré enviando los horarios de las actividades a su profesor.

–Por hoy tenemos libre –puntualizó Stan–. Pero a ustedes dos los quiero a las... –revisó su reloj– 20:00 horas aquí abajo para hablar sobre el concurso.

A continuación, nos despedimos de Ann y subimos al noveno piso por el ascensor, que nos dejó en un pasillo lleno de habitaciones. Stan se detuvo en la puerta 103, que se encontraba frente a la puerta 104, la mía. Dhaxton siguió de largo hasta la habitación 105. En lo primero que reparé al entrar a la habitación, fue en la cama doble que tenía solo para mí. Lo segundo, en el ventanal que daba hacia un pequeño balcón. Dejé mis cosas en el piso y corrí a abrirlo. Afuera el cielo era oscuro; no se veían muchas estrellas, pero la ciudad... La ciudad estaba despierta, brillante y colorida.

Cerré los ojos pidiendo que no fuera un sueño.

–Es un sitio horrible.

Bueno, al menos tenía a Dhaxton para recordármelo.

Él se encontraba de pie junto a la baranda y sin su abrigo.

–¿Qué tienes en contra de New York?

–Aquí todos quieren aparentar más de lo que son y buscar más de lo que pueden conseguir –respondió–. Es una ciudad artificial, lo que la hace deprimente.

–Tú siempre con tu pesimismo...

–Soy realista –se defendió al instante.

–Eres pesimista. ¿Es que no puedes encontrar nada lindo?

–Todo lo interesante que hay aquí viene de otro lugar. Nuestro arte, incluso. Por cierto, no te he felicitado.

–Ni yo a ti –respondí librándome de cualquier muestra de gratitud–. Parece que, después de todo, soy una artista digna de competir contra ti.

Se rio.

–Para competir contra mí primero debes estar a mi altura –dijo con toda la arrogancia y elegancia que podía tener. Esa muestra de desprecio me hirvió la sangre y él lo supo por mi silencio–. Te veré más tarde.

Regresó a su habitación con una sonrisa torcida, pues había conseguido justo lo que deseaba: fastidiarme.

Contrariada, porque me molestaba que Dhaxton, en el fondo, subestimara mi arte igual como lo hizo Grey en su momento, me recosté sobre la cama para pensar en que lo mejor era calmarme y darle un guantazo blanco en la exposición.

A la hora acordada bajé junto Stan al punto de encuentro. Dhaxton, siempre tan puntual, aguardaba por nosotros sentado en uno de los sofás, con un libro nuevo entre sus manos y siendo el foco de atención de todos los que pasaban. Bastó que Stan le hiciera un gesto con la cabeza para que se pusiera de pie y nos acompañara al comedor.

–Mañana nos veremos con los organizadores del concurso –explicó Stan luego de que recibimos nuestra cena–. Ellos han tenido serias dificultades para elegir al ganador, por obvias razones.

–¿Cuáles son esas «obvias razones»? –pregunté. Parecía que yo era la única que no conocía la

respuesta.

–Tú –dijo Stan, tan seco y directo que hizo que me preguntara si me tomaba el pelo. No obstante, a juzgar por su mirada penetrante y la forma en que lo había dicho, de broma no tenía nada.

–¿Yo qué tengo que ver en todo esto?

–Ambos trabajos son similares. En los dos apareces tú.

Al instante volteé hacia Dhaxton. Él, ajeno a mis interrogantes, degustaba la comida sin siquiera levantar la cabeza.

Si en las dos obras aparecía yo, eso quería decir que las sesiones no fueron para costear la deuda que tenía con su padre a cambio de estudiar Arte, sino que fui la pieza clave para que él participara en el concurso y ni siquiera me había pedido permiso.

–¿Tendremos problemas? –preguntó de pronto, tan calmado y sin una pizca de remordimiento que apreté los dientes de la rabia–. ¿Harán una especie de deliberación o apostarán por uno de los dos para el premio?

Eso era precisamente lo que me preguntaba... y temía.

–Es probable que repartan el dinero entre los dos. El problema es que optar por dos ganadores no caerá en gracia de los otros concursantes y traerá repercusiones. «¿Por qué este año son dos ganadores?», «¿Por qué han escogido dos obras similares?», ese tipo de preguntas se formularán y acabarán con la intachable reputación del concurso.

Las palabras de Stan eran como un acertijo demasiado complicado para resolver mientras hablaba. Solo comprendí que estaba molesta, que me sentía defraudada y con un presentimiento vomitivo alojado en la boca de mi estómago.

–En resumen, la ganancia monetaria será dividida, pero el reconocimiento será solo de uno –explicó.

–Entonces ninguno de los dos ganó –zanjé.

–Por el momento, sí. Por eso mañana quiero que convenzan a los jueces, que les den motivos suficientes para que sean elegidos en la exposición.

Después de la comida volvimos a nuestras habitaciones.

En el ascensor me dediqué a planear mi próximo movimiento. Estaba furiosa con Dhaxton, por eso, esperé a que Stan entrara a su habitación para salir de la mía e ir a golpear la puerta 105.

Crusoe abrió como si hubiera previsto mi visita. Me metí en su cuarto empujando la puerta y él la cerró sin emitir ruido. Su cuarto, que era igual al mío, estaba casi a oscuras. Había desempacado, al igual que yo. Fue su maletín lo que captó mi atención.

«No te distraigas», me dije.

Me hallaba en su terreno, no debía flaquear.

–¿Por qué me usaste? –escupí con odio.

Caminó lento hacia mí.

–Te usé para ganar –saboreó su última palabra.

–¡Yo jamás permití eso!

–Lo hiciste en el momento en que pusiste un pie en mi estudio.

Lo sabía...

–¿Cuál fue? ¿Cuál de todas las sesiones usaste para participar? –increpé, sin ser intimidada por su figura, que se proyectaba oscura frente a mí.

–No me digas que jamás lo sospechaste –articuló con cinismo.

–Creí que vendías lo que dibujabas. ¡Tú me lo dijiste!

–Dije que vendo lo que hago, lo que es una verdad –explicó con calma, sin ser perturbado por mi tono de voz–. Trabajo en esto para mantener feliz a mi padre. A ti, sin embargo, te usé para ganar el concurso. Míralo por este lado: si no llegabas a ganar el concurso, de igual forma estarías en él.

Me mordí la lengua para no soltar un improperio. Era tanto lo que me subestimaba que era incluso ofensivo.

–Pudiste usarte a ti –apunté a su pecho.

–No habría sido lo mismo ¿No te lo dije antes? En ti veo a alguien especial.

–Sí, una persona a la que te encanta tomarle el pelo...

–Versatilidad, pureza, conflicto, amor y desencanto –enumeró por sobre mi reclamo, provocando que guardara silencio–. Creo que veo en ti más de lo que quisiera.

–¿Y por eso debería sentirme halagada? Eso...

–Eso te vuelve única. Haberme usado a mí no causaría el mismo impacto que tú provocas. Deberías sentirte halagada de que te haya elegido. –Acortó la distancia al agacharse frente a mí–. Eres arte. Por eso te envidio. Eres algo que yo jamás podré llegar a ser.

–Lo entiendo –dije con falsa indulgencia–: tú eres un grandísimo idiota y eso es muy difícil de cambiar.

–Soy el grandísimo idiota por el que te tocaste por primera vez. El que probó por primera vez tu piel. El que te retrató tal cual eres. Y soy por quien caíste por primera vez. Puedes odiarme, puede que ahora seamos enemigos, pero, por más que lo hagas, eso no va a cambiar.

–Tienes razón, eso no lo puedo cambiar. Pero es algo del pasado, pisoteado por el presente. Ahora lo que siento por ti es rabia y lástima. Rabia por haberme usado y lástima por intentar usar eso en mi contra. Ya no siento lo mismo por ti.

Se aventó contra mí acorralándome como una bestia a su presa. Pude sentir el frío de la ventana en mi espalda. Sus manos estaban al lado de mi cabeza. Ni siquiera me percaté del momento en que había retrocedido.

–Estás olvidando dos hechos importantes: estás en mi cuarto y ya no estoy enfermo.

–Si me haces algo gritaré tan fuerte que mancharé tu imagen y adiós concurso –amenacé–. Te prometo que soy capaz de hacerlo.

–Prometí que no volvería a besarte si no me lo pedías, así que haré que lo hagas.

–¿Qué intentas comprobar?

–Que mientes.

El gris de sus ojos destelló una chispa intrigante que me provocó una extraña sensación en el pecho. Fue como la primera vez que lo vi en la sala de Boceto y Dibujo, el momento en que nuestras miradas se enfrentaron al dibujarnos. Siempre me había resultado atractivo, esa no era una novedad. Siempre había querido que me besara como si no existiera futuro. Desde la primera vez lo había deseado. Era tan obvio que no valía la pena negarlo. Él lo sabía bien, porque ante mi silencio esbozó una sonrisa torcida llena de una suficiencia mordaz.

–Pídelo –susurró casi tocando el lóbulo de mi oreja–. Pídelo y te dejaré ganar mañana.

Me pregunté qué tan lejos podía llegar una persona para cumplir sus objetivos y cuánto se está dispuesto a sacrificar para conseguirlos. Si era un camino largo o corto; simple o complejo; benevolente o despiadado; limpio de obstáculos o lleno de ellos. Si se está dispuesto a tocar la basura más putrefacta o mezclarse con el peor de los males. La Biblia dice que Jesús se mezclaba con toda clase de gente, desde el niño más inocente hasta el maleante más desalmado, que estuvo en la misma mesa cenando con la persona que lo traicionó, y él lo sabía. Estaba dispuesto a

cumplir lo que Dios le había encomendado pese a saber lo malo que le ocurriría. Yo no era Jesús, solo era una chica de diecinueve años que aspiraba a ser una artista de renombre y que estaba dispuesta a lo que fuera para conseguirlo.

Sin embargo, tenía un límite.

Podía perdonar, podía aprender a hacerlo, pero jamás olvidaba. Y frente a mí no estaba el chico que me atrajo la primera vez que entré a la sala de Boceto y Dibujo, tampoco el artista profesional que demostraba ser en su estudio. Frente a mí simplemente estaba la persona que quería chantajearme otra vez.

–Te has vuelto predecible –murmuré con displicencia.

Su cara de suficiencia, como si dentro de sus pensamientos jamás hubiera previsto mi respuesta, se esfumó por completo. Los ojos, que al estar contra la luz del exterior se le veían como la obsidiana, se tornaron penetrantes e intimidantes.

Mi respuesta no le gustó para nada, pero yo insistí:

–Es curioso que ahora seas tú quien olvida un hecho importante: me gusta ganar por mi propio mérito y tengo un novio al que jamás le sería infiel, mucho menos con alguien como tú.

–Ten cuidado con lo que dices –desafió–. Tenemos una semana aquí, muchas cosas pueden pasar...

–Advierte lo que quieras, pero yo vine aquí con un propósito: el arte. Tú, por lo que veo, has venido a intentar rascar algo más –me mofé sin discreción, lo que lo tensó todavía más–. Perdiste todas las oportunidades conmigo –le enseñé mi dedo despojado del anillo de castidad que cargaba–. Ya no soy la chica ingenua a la que intentaste seducir alguna vez.

Quiso responder, pero los golpes en la puerta lo interrumpieron.

–Dhaxton, ¿estás ahí? –era Stan.

Dhaxton se quedó un momento mirándome con seriedad, tal vez debatiendo en su mente la posibilidad de responder o pasar de él.

–Voy –anunció con la expresión imperturbable sobre mí, como diciéndome «aún no acabo contigo».

Cuando se dio media vuelta, expulsé todo el aire de mis pulmones y mi mirada se fue automáticamente hacia el maletín. Mientras Dhaxton abría la puerta, pensé en qué tan posible era hacer caso a Vivian.

No era lo correcto, pero en ese momento pensé que era lo que merecía.

–¿Ocurre algo? –escuché decir a Dhaxton.

–¿Sabes algo de Johnson? –Me quedé a medio camino hacia el maletín–. Llamé a su cuarto, pero no contesta. ¿Sabes si salió?

–¿Tengo cara de ser su amigo? –esquivó Dhaxton en un tono irónico, cruel e irrespetuoso para tratarse de un profesor–. No, no lo sé –afirmó menos tajante.

No sé cuál fue la mueca que puso Stan; nada más escuché cuando cambió el tema.

–Quiero hablar contigo sobre mañana.

Genial, la distracción que necesitaba.

–¿De qué se trata?

De manera rápida, pero cautelosa, me escabullí en lo que había en el maletín. Dhaxton había guardado un montón de cosas importantes, como su laptop, cargadores, un celular, un iPad y un frasco pequeño y sin etiqueta con las píldoras dentro. Las mismas píldoras que tomó el día en que enfermó.

–Mañana es un día muy importante... –comenzó Stan en un intento por ser comprensivo–.

Necesitas ser conciso con lo que dirás –le aconsejó Stan.

Mientras Stan hablaba, yo tomaba la medicina y la guardaba dentro del bolsillo de mi abrigo, donde no harían ruido ante mis movimientos. Solo le dejé una píldora.

–¿Quieres que haga un ensayo sobre lo que diré? –siguió Dhaxton.

–Quiero que seas real –Stan enfatizó en lo último, pero no logré saber a qué se refería exactamente con eso. Aunque hubiera querido indagar más, no me daba tiempo de pensar–. Tú sabes de qué hablo.

Para finalizar, dejé el frasco tal cual lo encontré y cerré el maletín.

–En pocas palabras, quieres que me deje perder –resumió mi compañero mientras volvía al lugar donde estaba–. Qué admirable, profesor.

–Ella se merece ganar.

Me sorprendí. Estaba hablando de mí. Stan estaba apelando para que yo pudiera ganar. Eso... Eso no me lo esperaba.

–Yo también –afirmó Dhaxton–. Buenas noches, profesor.

Cerró la puerta y se volteó con una mueca de suficiencia que yo le había arrebatado.

–¿Ves? Él tampoco cree que ganarás.

Dudé mucho que Stan apelara por mí porque creía que no iba a ganar, tal vez lo hacía porque había algo extraño detrás. Algo oscuro que ambos conocían. Pero... ¿de verdad era así? ¿Habían alterado el concurso para que Dhaxton y yo estuviéramos juntos? Tal vez mi pensamiento era extremista y estaba dándoles más peso a las cosas de las que debería y, en realidad, Stan no confiaba en mi talento después de todo. Eso me llenó más de rabia.

Antes de deprimirme, decidí que iba a hablar con los organizadores del concurso, convencer a los jueces y que le callaría la boca a Crusoe.

–¿Que no ganaré? –caminé hacia él lento, desafiante–. Yo creo que ya lo hice. He ganado el juego que tú y Seth tenían montado en mi contra, así que ya no es necesario fingir que es interés...

–Pensé que eso había quedado claro –acortó la distancia con pasos tan desafiantes como los míos–. Te he observado desde que llegaste a la academia, cuando entraste por la puerta de la sala y te sentaste junto a mí. Vi cómo mirabas alrededor, buscando a alguien más para retratar. Y aún recuerdo tu expresión cuando no sabías si dibujar mi cicatriz o no.

–¿También recuerdas la expresión que puse cuando mandaste a romper mi dibujo? ¿O cuando me enseñaste el video lanzando la piedra? ¿O, mejor, cuando me chantajeaste con el fin de que posara para ti?

–Sí. Lo recuerdo, como también recuerdo la vez que te besé por primera vez –su mirada bajó a mi cuello, esa zona hundida donde succionó mi piel. Recordé que por un instante perdí la cordura, pues jamás me había sentido así de complacida–. Estoy cansado de cumplir las órdenes, voy a demostrarte que mi interés por ti va más allá de un juego –añadió.

Eso me sacó una carcajada. Dhaxton no entendía nada y eso provocó que me riera más alto.

–¿Sabes, Dhaxton? –dije tras calmarme–. Podría decirte que te pudras, pero ya estás podrido por dentro. ¿Qué se siente vivir creyendo que tienes el control de todo? Pensé que yo era la ilusa, pero me equivoqué. Es lo último que tengo que decirte por hoy. Buenas noches.

Volví a mi cuarto con el pecho agitado. La poca iluminación que había dejado antes de salir me envolvió en un ambiente frío y solitario. Sabía que había estado bien no complacer sus caprichos, eso me llenó de orgullo porque Dhaxton tenía algo que me seducía como ningún otro. Sin embargo, en el lado opuesto al orgullo estaba el hecho de que había robado.

Corrompida por la venganza, tiré todas las píldoras al retrete y jalé la cadena hasta que no quedara rastro de ninguna.



Al día siguiente me encontraba sentada en una de las butacas del Museo de Arte. Frente a mí, una de las pinturas de Danti Vannan era iluminada por una lámpara alargada de tonalidades cálidas. *La ahorcada* era la figura de una mujer desnuda tendida en el suelo, con su cabello largo y sinuoso moldeando su figura, un mechón de cabello en el cuello como soga, viva, pero con la mirada perdida y, detrás de su figura moribunda, el fondo iluminado. Según los historiadores, el cuadro representaba la desesperación.

Vaya ironía.

Creí que iba a caer en el más profundo pozo de la desesperación si pasaba un minuto más esperando a que Dhaxton terminara de explicar su obra.

Apenas llegamos tuvimos que presentarnos e ir hasta la sala de juntas, donde cinco jueces –de los que ni siquiera memoricé sus nombres–, el profesor Stan y Dhaxton ingresaron.

Me habían indicado que aguardara fuera, pero no podía estar tranquila, así que aproveché de recorrer el museo.

Tenía la confianza suficiente para saber que podía ganar. Sabía que ya lo había hecho por solo estar allí. Pero pensé en Stan apelando por mí y me sentí como la mujer de la pintura: ahorcada por los múltiples cuestionamientos que interferían con mi objetivo.

Antes, en una situación así, le hubiera pedido a Dios que iluminara mis pensamientos, que me despojara de los malos, que me ayudara a pensar con claridad al momento de estar frente a los jueces. Le pediría que tomara mi mano para reconfortarme y no sentirme sola. Luego hubiera recitado mi versículo favorito. Ese era el camino más tranquilizador, pero ya había transcurrido demasiado tiempo desde mi último rezo y me sentía... extraña.

El profesor Stan apareció en el pasillo acompañado de Dhaxton; era mi turno de entrar.

Tomé aire y seguí a Stan repitiéndome que, si llegaba a perder, no iba a ser el fin del mundo, solo un tropiezo del que me repondría para continuar con mi meta.

–Audrey Johnson –al entrar, uno de los jueces mencionó mi nombre. Se encontraba en el centro de una mesa larga junto a otros rostros que reconocí de revistas sobre arte y finanzas. Detrás de ellos, mi pintura–. Audrey Johnson... –repitió, como si lo saboreara–. Curioso nombre.

–Buenos días a todos.

–Por favor, toma asiento –me invitó la única jueza.

Al obedecer, sentí que estaba sentada frente al mundo.

–¿Cómo estás? ¿Qué tal tu viaje? –la mujer parecía la encargada de reconfortarme, lo que agradecí.

–Estuvo bien. Ansiaba el momento de llegar. Y la ciudad... Vaya, la ciudad se ve hermosa. Tengo muchas ganas de conocerla. Quiero hacerme un lugar aquí.

–¿No te gusta tu ciudad? –increpó sutilmente, arrugando el entrecejo.

–No, no, no, me gusta mi ciudad –afirmé al instante–. Es pequeña, tiene lo necesario, la academia..., mis amistades, mi familia. Crecí en Wightown. He vivido toda mi vida ahí, y la verdad soy bastante hogareña, pero aquí... Esta ciudad es tan versátil, con tantos contrastes...

Algo pequeño no es para mí; siempre quiero retos y la verdad es que amaría descubrir cada uno de los secretos que guarda New York.

–Cuéntanos un poco de ti –habló uno de los jueces que estaba sentado en la esquina–. Queremos conocer quién está detrás de tu obra.

Me quedé en blanco. Por más que pensara qué decir, las palabras se habían perdido en mi cabeza.

–B-bueno... Soy Audrey Johnson, estudiante de la academia LeGroix en el Departamento de Arte. Tengo diecinueve años y...

Mi mente pedía más al ver sus caras, pero de alguna forma no podía descifrarlo.

–La verdad es que... –Bajé la mirada, evitando el contacto–. Voy a ser sincera con ustedes: no tengo la menor idea de quién soy ahora –una sonrisa fracturada, pero honesta, se formó momentáneamente en mi rostro. Era la única que sonreía, que estaba nerviosa, a la que se le carcomía la cabeza por decir algo más–. Antes solía ser tan fácil definirme que no hubiese dejado de hablar sobre mí, sobre lo que quiero, sobre mis aspiraciones, aficiones y creencias. Pero creo que me he dado cuenta de que las palabras no tienen ningún significado cuando afirman algo, y definir quién soy limitaría lo que quiero llegar a ser.

–¿Entonces por qué te has elegido a ti misma como representación de la dicotomía? –interrogó el hombre al centro de la mesa, señalando mi cuadro.

Bien, esa había sido la pregunta que ensayé toda la noche.

–Porque *yo soy* la dicotomía. De niña fui criada por mi abuela la mayor parte del tiempo, mi madre trabajaba demasiado para sustentarnos. Nadie de mi familia fue devota a Dios, pero mi abuela me inculcó esa creencia a la que me aferré cuando pasé parte de mi vida en un internado, viendo un lado de la moneda. Y digamos que aprendí muchos valores en el camino a los que con firmeza opté seguir sin importar lo que pasara. Pero salí del internado y comencé a vivir situaciones que pusieron en jaque lo que alardeaba creer. Yo misma hice cosas que en otro momento jamás hubiese pensado. Es como tener dos versiones de mí misma: la chica inocente y su contraparte. No he visto la peor cara del mundo, pero sí he podido ver las dos caras que tengo. Buenas o malas, están ahí, dentro de mí, influyendo. Por esta razón me dibujé; porque soy un cuerpo y una mente en constante debate.

Se hizo el silencio. Algunos murmuraron, otros examinaron la carpeta con hojas que tenían sobre la mesa. Un sujeto bien vestido, que sostenía una pluma entre sus dedos, pidió mi atención sin despegar los ojos de las hojas.

–¿Tienes alguna inspiración?

–Admiro a muchísimos artistas, pero si tengo que mencionar a uno, siempre será Danti Vannan. Me gusta todo lo que proyecta en sus pinturas, los dibujos y el significado que expresa. Muestra lo real, lo malo y lo corrupto retratando a mujeres bellas. Ese contraste no lo puede conseguir cualquier persona, mucho menos plasmarlo con tanta gracia.

El hombre no dijo nada, simplemente bajó la mirada y escribió algo en la hoja.

–En tu obra se puede percibir este contraste también –habló la mujer–. La técnica es similar. Tus trazos poseen una dirección como la de Vannan –ejemplificó sus palabras con suaves movimientos con la mano–. No son tan cargados, pero son reiterados en algunos sectores y suaves en otros.

–Gracias.

–Eso es todo –informó el hombre del centro–. Vamos a deliberar. ¿Puedes esperar afuera, por favor?

Necesité un momento para reaccionar. Stan abrió la puerta y aguardó a que saliera de la habitación. Me puse de pie lentamente, con el cuerpo pesado y la cabeza llena de cuestionamientos. Mi entrevista había sido mucho más corta que la de Dhaxton, y eso me aterró.

–¿Lo hice bien? –le pregunté al profesor Stan una vez nos quedamos solos en un pasillo lleno de obras de arte.

–Sí.

–Siento que pude dar más de mí –me lamenté, intentando no poner mala cara–. Me puse nerviosa, no supe buscar las palabras adecuadas.

Guardé silencio cuando Dhaxton se unió a nosotros a la vuelta de una esquina. Estaba serio, con las manos en los bolsillos.

–Ganará el mejor –dijo colmado de confianza. Seguro tenía un sexto sentido para saber cuándo me sentía fatal, porque estaba hecha un lío y verlo no solucionaba nada, mucho menos si me provocaba.

–Ganar o perder... Quien tenga un potencial nato logrará sus propósitos tarde o temprano –comentó Stan para hacerle frente a mi silencio.

Para pasar el rato hasta la gran decisión, Stan nos invitó a un café. El sitio al que fuimos era una pastelería que quedaba a media cuadra del museo, por lo que nos tuvimos que arropar para llegar hasta allí. New York había despertado tan temprano como nosotros y la gente no parecía renegar de salir a las calles incluso cuando el pronóstico anunciaba nieve. Por suerte la pastelería no estaba llena y pudimos hacer nuestro pedido enseguida.

En la mesa le envié un mensaje a Vivian para contarle lo que pasó y me fijé que tenía un mensaje de Raziel.

Antes de abrirlo, comprobé que ni Stan ni Dhaxton me estuvieran observando. Ambos estaban ocupados con su café y en sus celulares, silenciosos.

Hey.
Me siento estúpido escribiendo esto porque sé que no quieres saber nada de mí,
pero es un viaje importante para ti y quiero desearte lo mejor.
Tienes el talento y la confianza, no pierdas la cabeza.
Hazlo bien.

Ese «hazlo bien» parecía algo que diría con su mueca de disgusto y sonreí.

¿Debería responderle?

Se suponía que estaba molesta con Raziel y tenía que mantenerme firme, pero, por otra parte, que me hubiera escrito me ponía feliz. Era consciente de que, de estar presente, me hubiera ayudado a organizar mis ideas, me habría aconsejado no estar nerviosa y luego me diría que lo había hecho genial.

Escribí un «gracias» en la barra del chat que borré al instante.

No iba a responderle.

Stan nos dijo que el jurado ya había deliberado. De regreso al museo fui un manojo de nervios, sobre todo cuando me percaté de la presencia de reporteros y fotógrafos. En la sala de juntas, una multitud de personas importantes nos esperaban. Dhaxton y yo nos situamos frente a la mesa, en silencio. El hombre del centro se aclaró la garganta y habló:

–Después de una larga deliberación, llegamos a la misma conclusión que antes: ambos tienen un talento inigualable, pero exponer a dos ganadores sería un problema mediático que pondría en

riesgo los próximos concursos, sobre todo teniendo en cuenta la similitud de ambas obras. Evaluamos sus motivaciones, la composición, la técnica... Hemos llegado a la conclusión de que, en todos estos puntos a destacar, Audrey Johnson posee más fuerza en su motivación. Sin embargo, Dhaxton Crusoe es el que mejor se maneja en los demás ámbitos. Teniendo esto en consideración, él ha sido elegido para deleitar a los visitantes con su obra.

¿Qué?

Los aplausos comenzaron. Las felicitaciones no se hicieron esperar.

Dhaxton se acercó a mí para susurrar.

–Que esto te demuestre que tarde o temprano yo siempre gano.

Al alejarse, una sonrisa decoró su rostro.

Stan se acercó a estrechar su mano con la de él y luego se le sumaron unas cuantas personas. Yo no podía asimilar lo que acababa de pasar; solo entendía que no me habían mencionado a mí.

–Escúchame. –Stan me jaló del brazo para alejarme de las personas que felicitaban a Dhaxton–. Esto no es el fin del mundo. Tú también eres una ganadora –me dijo con las manos en mis hombros.

Apenas logré procesar lo que sucedía. Yo me movía por inercia siguiendo a los demás al lugar donde colgarían su obra. A mi lado, Stan y otras personas me hablaban algo que no conseguí escuchar. O quizás no deseaba hacerlo. Mi mirada se posaba en Dhaxton, en su caminar garboso, en su actitud arrogante, en la sonrisa triunfal.

Un par de jueces me hablaron y tampoco les hice caso.

Tenía un vacío en mi pecho.

Quería estar sola.

Los reporteros de la entrada no tardaron en encontrarnos. Nos siguieron hasta dar con la obra, la cual ya tenían colgada en la pared blanca, iluminada para que todos pudieran apreciar sus colores. Y ahí estaba yo, siendo parte del espectáculo que se había montado. La razón por la que él había obtenido el privilegio de exponer su arte. Ahí estaba yo: con la cara desprolija de maquillaje que él mismo me colocó y el vestido rojo con el que posé aquella tarde en su estudio. ¿Así que para esto lo quería? ¿Para arrebatarme el sueño que anhelaba desde hacía años?

–No es justo –murmuré al estar expuesta en la pintura–. No es justo...

Uno de los reporteros me había oído y se sorprendió de ver que era la misma persona de la obra.

–Oh, eres tú –dijo a todo lo alto–. ¿Qué eres de él?

El foco de atención se posó en mí hasta que Dhaxton respondió:

–Mi musa. Ella es mi musa.

Sus ojos se desviaron hacia mí.

Haberlo comparado con un ángel había sido un error. Dhaxton era un maldito demonio.



Ser víctima del juego de Dhaxton era humillante; vivir bajo su sombra lo era aún más. Su nombre ya no solo sonaba en la academia, también lo hacía en noticias, periódicos y revistas de arte. No solo por sus obras, también por su apellido. Todo el mundo perdió la cabeza cuando en

una de las entrevistas se enteraron de que era hijo de Denniro Crusoe, así que su nombre empezó a sonar más y más.

–Es un poco obvio que esa gente arregló el concurso.

Vivian sonó tan convencida que me sacó una sonrisa. Estábamos en una videollamada; ella desde el baño de la academia mientras se lavaba los dientes para ir a la cama, y yo desde el oscuro cuarto de mi habitación del hotel.

–Lo pensé, pero no quiero ser paranoica. ¿Por qué lo arreglarían?

–Para tener la repercusión que está teniendo –habló con la boca llena de espuma–. ¿Has visto las tendencias? Se está hablando de Crusoe como si fuera una celebridad. No me sorprendería que de la nada tenga una fanaticada que lo espere en el aeropuerto.

–Las maravillas de ser apuesto, tener aspecto misterioso y actuar como el chico que se fijó en una chica.

No solo se hablaba de su arte, sino también de su inspiración. Muchos le dieron un toque romántico a que se hubiera inspirado en mí para su obra, por lo que no faltaron los comentarios que nos emparejaban.

–Tal vez eso es justo lo que quería: que los demás se fijaran en ambos. Yo de verdad creí que ganaría –susurré con resentimiento–. Me preparé tantos años para ver mi trabajo en una exposición...

–Da igual. Entra el próximo año y ciérrales la boca.

–Es lo que pienso hacer. Me hierve la sangre que solo me vean porque soy la del cuadro.

–«La musa» –repitió en un tono burlón.

Tuve deseos de meterme bajo las sábanas y esconderme.

–No puedo creer que haya dicho eso frente a todos.

–Yo sí. Ya te lo dije, lo conozco, eso es precisamente lo que él quería. Que, de alguna u otra forma, los demás los emparejaran, crear una historia de romance ficticio para enganchar a las personas. Ser el mártir del amor. El pelo de anciana es muy inteligente.

Extrañaba el apodo especial de Vivian a Dhaxton.

–Quizás por eso ganó –asumí saboreando el ácido de mis palabras–. ¿Técnica y composición...? Nah.

–Bueno, tranquila –terminó de cepillarse los dientes y secó sus labios. Lo siguiente fue un rápido movimiento de la cámara y el pasillo oscuro hacia su habitación–. Te informo que para Lucy y para mí eres una ganadora, así que cuando regreses iremos a celebrar.

¿Acaso escuché bien?

–¿Tú y Lucy? –increpé sin poder creer lo que acababa de escuchar.

–¿No te dije que la tengo vigilada?

Formé una mueca de desagrado. Eso no sonaba bien.

–No, no lo dijiste. ¿La estás amenazando?

Por supuesto que no había olvidado que Lucy era la administradora de Happy Little Tea y que se merecía muchas cosas, pero tampoco tenía que ser perseguida a todos sitios por Vivian. Nadie estaba exento de culpas, mucho menos yo.

–¿Qué clase de ser malévolo crees que soy? –increpó colocando una mano sobre su pecho, indignada–. Solo le hago saber reiteradas veces que es una acosadora y que no tome tus cosas.

–¡Vivian!

–Lo debe tener presente –antes de protestar, continuó–: ¿Qué harás ahora?

–Dormir. Mañana tengo libre, saldré a explorar la ciudad.

–¿Sola?

–Sí, madre.

–Ten cuidado –pidió, abriendo la puerta de su cuarto–. Te dejo, voy a repasar para mi examen. Hablamos luego.

–Mucho éxito.

Cuando la llamada finalizó, mi habitación quedó en completo silencio. Vivian le daba algo de ruido y color a mi espacio, pero sin ella todo era una gama de grises. Estaba atrapada en ese cuarto de colores oscuros, corrompiendo mi cabeza de rabia y decepción. Necesitaba algo de aire.

Salí al balcón para observar la ciudad cubierta por la nieve, que no dejaba de caer. Fue una imagen hermosa, lástima que no duró por mucho tiempo.

–¡No, no, no!

Unos gritos que provenían del cuarto de Dhaxton me pusieron en alerta.

–¿Dhaxton, estás bien?

–¡No! –gritó de nuevo–. ¡Déjame en paz! ¡DÉJAME EN PAZ!

Parecía que se desgarraba la garganta. Mezclado con los gritos distinguí el inconfundible ruido de los muebles y objetos destruyéndose. Salí de mi habitación para ir a verlo. Afuera, en el pasillo, el profesor Stan golpeaba la puerta.

–¡Dhaxton, abre! –le ordenó sin obtener resultados. Dentro del cuarto, Dhaxton continuaba gritando incoherencias.

Era mi culpa...

–Drey, ve a pedir la tarjeta de repuesto –me dijo.

No tuvo que repetirlo para que fuera en busca de ayuda. De vuelta comencé a tener miedo. Mi imaginación recreó un montón de posibles escenarios mientras avanzábamos por el pasillo. Stan estaba afuera y otros huéspedes, curiosos, se asomaron.

El sujeto de recepción ingresó la tarjeta y abrió lentamente.

Dhaxton estaba al final de la enorme habitación, con la espalda contra la ventana, hecho un ovillo. Destruido, como jamás creí tener la posibilidad de verlo. Alrededor, las lámparas estaban rotas y su ropa desordenada, su cama fuera de lugar, los cajones de los muebles abiertos de par en par. Levantó la mirada con lentitud y su rostro demacrado quedó iluminado por un halo de luz en el exterior. Su expresión lejana, pero tranquila, se transformó a una de horror y se apegó a la ventana como si hubiera visto a un monstruo.

–No, no, no... Tú no estás aquí –balbuceó, desesperado–. No eres real...

Su mirada era inquieta, su respiración agitada.

–Dhaxton... –Stan avanzó con paso cauteloso–. Calma, soy yo.

–No eres real –insistió, cubriéndose la cara. Entre sus dedos logré ver sus ojos reflejando el miedo–. No eres real...

Cuando el profesor Stan llegó junto a él, se agachó para tener una mejor perspectiva.

–Dhaxton, soy Stan –le dijo con calma.

Pero Dhaxton no lo miraba a él, sino que me estaba mirando a mí.

–¡Déjame! –volvió a gritar–. No eres real, no estás aquí. ¡Tú estás muerta!

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que en realidad no se refería a mí; Dhaxton me estaba confundiendo con Agnes.

Capítulo 7
Una mentira repetida

AUDREY

El resto del viaje se suspendió. Ya no habría entrevistas, galerías de arte ni una ínfima posibilidad de visitar la ciudad. En cuanto al estado de Dhaxton, poco tenía que decir. Al ser yo el problema –y la culpable de su crisis–, Stan me sacó de la habitación tan rápido como fue posible, me pidió que aguardara en mi cuarto y luego se metió en la habitación otra vez, al mismo tiempo en que dos encargados del hotel llegaban a decirles a las demás personas que volvieran a lo suyo. Dentro de mi habitación intenté prestar atención a lo que ocurría al lado, pero no pude oír más que murmuraciones y sollozos de mi compañero, hasta que lo trasladaron al hospital. Su llanto me persiguió el resto de la noche.

Al otro día, a la hora del desayuno, Stan me informó de nuestro regreso a Wightown. Aproveché de preguntar por Dhaxton, pero fue vago con su respuesta. Me sugirió que no lo viera y que mejor ordenara mis maletas. Fue por la tarde, antes de viajar, cuando me enteré de que se había vuelto al hotel a recoger sus cosas y luego se fue en un auto, probablemente enviado por su padre.

En pocas palabras, el viaje había sido un desastre. Me subí al avión de regreso a casa sin ser la auténtica ganadora del concurso, sin haber conseguido mi foto en el Time Square, con la responsabilidad de haber sido yo la que causó la crisis de Crusoe y el deseo de contar que, posiblemente, Agnes estaba muerta.

Stan y yo volvimos a la academia en un completo e incómodo silencio. Como ya era tarde, me dejó en la entrada de los dormitorios.

–Audrey –me llamó momentos antes de que abriera la puerta principal. Me di media vuelta procurando que no notara lo desesperada que estaba por llegar a mi habitación–. Por respeto a tu compañero, ni una palabra de lo que le ocurrió. ¿Entendido?

Eso había sonado como una advertencia.

–Entendido –dije para tranquilizarlo.

Era una mentira, claro, porque necesitaba soltar lo que había sucedido, vomitar lo que había hecho, liberarme del peso de la culpa.

–Bien –se metió las manos a los bolsillos internos de su traje y sacó una pequeña libreta y un bolígrafo–. Mañana tienes el día libre –informó al mismo tiempo que anotaba unos números en la libreta–. Si necesitas algo o deseas conversar sobre *ya sabes qué* puedes llamarme o pedir apoyo al consejero –dijo tendiéndome la hoja de papel.

–Gracias.

–Buenas noches –se despidió, a lo que respondí sacudiendo la mano.

Cuando se dio media vuelta, arrugué la hoja y, antes de entrar a los dormitorios, la tiré al basurero.

Dentro, en la sala principal, las chicas estaban bastante activas, pero sus voces se fueron apagando al verme de pie en la entrada. No era una cálida bienvenida; algunas me miraban como si quisieran estallar en risas; otras ni siquiera hicieron el esfuerzo de ocultar sus muecas de burla. Había un grupo que me miró con intriga y otro que se unió a lo que parecía el cuchicheo del siglo. Supuse que las declaraciones de Dhaxton habían volado rápido y que yo había vuelto a ser el «bicho raro» que cautivó, para bien y para mal, al dúo.

Cogí mi maleta y subí a mi habitación. El pasillo estaba oscuro, frío y lo sentí demasiado largo para mis pobres piernas. Con pasos lentos y el sonido de las ruedas de mi maleta, llegué a la puerta de mi cuarto y la abrí con cuidado. El cuarto estaba a oscuras, solo pude ver la silueta de Lucy recostada en su cama. Asumí que estaba durmiendo. Como no deseaba interrumpir, dejé la luz apagada. Una vez libre, lo primero que hice fue recostarme boca arriba y exhalar como si me librara así de todo lo que cargaba.

–Pero miren quién se digna a aparecer.

El corazón me dio un vuelco. Esa no era la voz de Lucy.

La lamparilla en el velador se encendió.

–¡Santo cielo!

Grité del susto al ver una melena desprolija y unos ojos que chispeaban el deseo de jugar. A Seth le complació el chillido que había dado, su sonrisa era ancha y burlona. Estaba recostado sobre la cama de Lucy como si fuera la suya.

–¿¡Qué haces aquí!?

–Esperarte –lo dijo con tanta naturalidad... Todo un descarado.

Miré hacia la ventana. No vi rastro de que hubiera entrado por ahí, además de que era imposible hacerlo.

–¿Cómo entraste?

Se sentó en la cama mostrándose orgulloso.

–Tengo mis métodos.

Una cabellera rubia y unos ojos recelosos me vinieron a la cabeza. Luego recordé que no era la primera vez que se colaba en los dormitorios.

–Dalia –concluí con pesimismo.

–*Ding-dong*, ¡has acertado! Por cierto... –se recostó de nuevo, acomodando la almohada bajo su cabeza–. Tu cama es muy cómoda.

–Esa es la cama de mi compañera.

–Lo sé, es mi turno de probar esta; la tuya ya la usé.

Formé una mueca de asco.

–Eres el segundo ser más repugnante que he conocido en mi vida.

–Vaya, vaya, vaya. ¿Qué pasó con lo de «ama a tu prójimo»?

–Tú no eres mi prójimo, eres un animal que está desobedeciendo las reglas de los dormitorios. Vete.

–Pero estoy cómodo aquí.

–Voy a llamar a la supervisora –ese fue mi ultimátum. Me asomé hacia el pasillo–. ¡Seño....!

Su mano me cubrió la boca y me metió dentro de la habitación. Para no dejar cabos sueltos, cerró la puerta y se quedó de pie, quieto, como una enorme estatua.

–Está bien, tú ganas, me iré, peeeero con una condición.

Blanqueé los ojos.

–Sabía que dirías eso. ¿Sabes?, estoy demasiado cansada como para darte en el gusto.

–Tienes que contarme detalles sobre la crisis de Dhaxton –dijo con rapidez. Pero en cuanto acabó, golpearon la puerta. Ambos nos miramos en busca de una respuesta o acción que no nos pusiera en riesgo, conscientes de que si estaban golpeando no se trataba de Lucy.

Fui la primera en tomar las riendas de la situación.

–Enseguida abro –avisé en lo que agarraba a Seth y lo arrastraba dentro de mi armario.

Tomé un respiro y abrí. Como suponía, era la supervisora.

–¿Me llamabas?

–Ah, sí... –carraspeé para cubrir mi nerviosismo–. Es que... no me siento muy bien y me preguntaba si tendría por ahí algo para el dolor de cabeza.

Me cubrí la frente, dramatizando.

–Iré a revisar –dijo, perspicaz. No sabía si me había descubierto o veía mi actitud sospechosa–. No me tardo.

Antes de irse le echó un rápido vistazo a la habitación. Solo cuando se marchó pude respirar con tranquilidad.

Seth se asomó de su escondite.

–Acabas de salvar mi lindo culito. Eso significa que en el fondo te preocupa que me expulsen –dijo asombrado. Con rapidez, me dirigí hacia él para que se metiera de regreso en el armario.

–So-solo me compadezco de ti –balbuceé todavía sin reponerme de la mirada inquisidora de la mujer.

–Titubeaste. ¿Te he puesto nerviosa?

Ahí iba de nuevo con las insinuaciones de doble sentido...

Me coloqué un mechón de cabello detrás de la oreja y bajé el mentón, mirándolo desde abajo.

–Un poco –murmuré, esperando la misma reacción ácida del cine. Pero, para mi sorpresa, terminó haciendo lo contrario.

–Puedo ponerte más nerviosa –me dijo con voz ronca y una mano en mi mentón. En un movimiento rápido invirtió nuestras posiciones; ahora yo era la que estaba dentro del armario y él impidiendo el paso–. Tu truco no funciona dos veces.

–Déjame salir.

–¿Cuál es la palabra mágica?

–Por favor...

Unas carcajadas se oyeron y el horror invadió el rostro de Seth. Desesperado, se metió dentro del armario y cerró la puerta.

–Silencio –advirtió, colocando un dedo sobre mis labios, sellándolos de manera abrupta.

Mi ofensa desapareció al escuchar que las risas se aproximaban hasta detenerse en la puerta. Escuché el tintineo de las llaves, la cerradura y el sutil rechinido que emitían las bisagras por la falta de aceite. Como pude, me acomodé junto a Seth; quedamos frente a frente, pecho contra pecho, rodeados de ropa y cajas con materiales. La luz del cuarto se encendió.

–Te juro que jamás vi esa película –reconocí la voz de Lucy. Se oía animada, diferente a la última vez que hablamos. Entre la rejilla de madera que tenía el armario, pude ver su cabello y parte de su rostro.

–¿Hablas en serio? –interrogó la otra voz, que reconocí como la de Vivian–. Pero si lleva tu nombre.

–Es que jamás me llamó la atención –pronunció Lucy.

–Está llena de cosas raras. Podemos verla un día de estos.

–¿Es una promesa?

–No me gusta prometer cosas, pero está bien. –Más risas; al parecer se llevaban más que bien–. Lo prometo.

Ambas guardaron silencio. No conseguí ver qué hacían, así que volteé hacia Seth en busca de una respuesta.

«Se están besando», conseguí leer de sus labios.

«¿Cómo que se están besando? ¿¡Qué!?», le cuestioné.

«Mira por ti misma», me señaló la puerta.

Hice otro intento por ver qué ocurría. No sé si era demasiado pequeña y mi posición no me favorecía o demasiado ciega, pero solo vi el cabello de Vivian. De pronto, unas manos pequeñas se posaron sobre sus hombros y escuché el particular sonido de un beso.

Por todos los cielos, sí, se besaban.

Pero... ¿cómo llegó a pasar? Ellas dos se despreciaban antes de que me fuera de viaje.

La situación se puso incómoda cuando ambas se recostaron en la cama de Lucy. Ni ganas tenía de verlas en un plan más... íntimo; suficiente tenía con haber descubierto a Seth teniendo relaciones en mi primer día de clases. Y es que eso era lo peor, pues el maestro de las insinuaciones estaba a mi lado, apretujado contra mi cuerpo. Percibí justo el momento en que su cuerpo se tensó y la respiración se le aceleró.

«Para», le ordené.

Seth me observaba con deseo, relamiéndose los labios, cada vez más y más agitado. Se inclinó dispuesto a besarme, pero yo lo empujé de tal forma que su espalda chocó contra el armario. Creí que había metido la pata, pero la aparición de la supervisora nos salvó.

–Aquí tengo la aspirina para el dolor de cabeza... ¿Y la chica de antes?

–Oh –Vivian, que era la que fue a abrir, hizo una enorme pausa–. Fue al baño, ya debe volver.

–Déjale esto, por favor.

–Por supuesto. Gracias.

La puerta del cuarto se cerró.

–¿Drey está aquí? –interrogó Lucy en ese tono de voz inseguro que la caracterizaba.

–Su maleta está aquí –dijo Vivian–. ¿Dónde estará...? –escuché los botines negros estilo gótico de Vivian avanzar por la habitación–. Si fue al baño debería haber vuelto, ¿no? A menos que se esté duchando.

–O en el comedor.

–Imposible, de ahí venimos.

–Quizás está metida en el armario –bromeó Lucy.

Miré a Seth; él estaba con los ojos muy abiertos. Escuché los pasos de Vivian acercarse. Su silueta no tardó en situarse frente a mi armario. Entonces la puerta se abrió de golpe y, luego, todos gritamos.

–¿Qué demonios hacen aquí? –inquirió Vivian arrugada cual anciana.

–¿Qué haces tú aquí? –repliqué desconcertada de su desfachatez–. Ustedes dos, besándose, si hace dos días no se llevaban bien –aclaré.

–En primer lugar, no fueron dos días –puntualizó Vivian–. Segundo, es el dormitorio de las chicas y Lucy me invitó. –Con su sola mención, Lucy se encogió de hombros. Estaba casi escondida detrás de Vivian, alternando la mirada entre Seth y yo–. Tercero, ¡esa pregunta se la deberíamos hacer nosotras a él!

El largo dedo de Vivian señaló a Bellish, quien ni siquiera se inmutó por la acusación. Era el único que no lucía alterado por ser descubierto.

–¿Tienes algo en mi contra?

–Sí; bastantes cosas, de hecho, pero estoy segura de que no te gustará hablar de ello.

–Ni a ti –contraatacó Bellish para soltar en tono burlón luego–: Oh, cierto, no puedes.

Seth concluyó con una sonrisa que enseñaba sus dos colmillos sobresalientes, demostrando que la acusación de Vivian no era nada; después de todo, tanto él como ella sabían que tenía razón.

–Oigan, ya basta –les frené antes de que siguieran con las frases incriminatorias.

–Creo que todos aquí necesitamos explicaciones –habló Lucy como apoyo.

–Lucy –le di una mirada rápida, pero ella me esquivó enseguida, con sus mejillas hinchadas y enrojecidas–, no puedo creer que tú y ella... ¿Cómo pasaron del odio al amor tan rápido?

–Mientras no estabas, me propuse mantenerla vigilada –inició Vivian.

–Ajá, y veo que lo hiciste bien.

–No me gusta tu sarcasmo –espetó, achicando los ojos–. La cuestión es que mantenerla vigilada significó un acercamiento, algunas charlas y... supongo que había más amor que odio.

–¿Esto es una especie de síndrome de Estocolmo? –preguntó Seth, quien no podía estar demasiado tiempo sin hablar–. ¿Lucy, te sientes bien? –habló como si la conociera de toda la vida.

–A-ah, sí... –ella se escondió de Seth–. Y no te preocupes, en realidad Vivian fue bastante amable mientras no estabas –me dijo.

–Seguro está manipulada –me susurró Seth, acercándose lo suficiente como para demostrar que buscaba ser cauteloso, pero hablando lo suficientemente alto como para que Vivian mostrara sus ganas de ahorcarlo.

–Cierra la boca –le ordenó con una mueca de asco–. ¿Qué demonios haces en los dormitorios de chicas?

–Yo me pregunto lo mismo... –le respondí, volteando hacia Seth para que respondiera de una vez por todas con la verdad.

–Esperaba a Audrey –contestó él con total tranquilidad–. Pero cuando ella entró al cuarto y me vio, no pudo resistir las ganas de devorarme la boca dentro del armario.

–Qué asco das –le dijo Vivian antes de que yo pudiera reprenderlo por su mentira.

–Tu amiga aquí no piensa lo mismo –insistió él, complacido.

–En realidad estábamos escondidos de la supervisora. Bueno, lo escondí a él y discutimos. El punto es que se tiene que largar antes de que alguien lo vea y tengamos problemas.

Lo empujé por la espalda hacia la puerta.

–Tengo que hablar contigo –insistió.

Hablar con él significaba enfrentarme a lo que había ocurrido con Dhaxton, a tener que hacerme responsable de lo que había causado. Pero no solo eso, también enfrentarme a la nueva información que manejaba. No sabía si realmente Seth estaba jugando a mi favor o si su acercamiento inesperado era una forma de ganarse mi confianza para jugar con lo que quedaba de mí. Sin embargo, estaba dispuesta a eso y más, todo por probar el dulce sabor de una venganza.

–Ayúdenme a sacarlo a escondidas –les pedí a Lucy y Vivian. Fue la última quien blanqueó los ojos y pasó por nuestro lado.

–Voy por mis pelucas –informó, saliendo del dormitorio.

La cara de Seth se arrugó en su entrecejo.

–¿Pelucas para qué?

Sonreí por su ingenuidad.

–¿Crees que vas a salir de aquí, así sin más, cuando hay un montón de chicas allá abajo? Nos vas a traer problemas.

–Podemos seguir charlando en el armario.

–Ni lo sueñes.

Chasqueó la lengua en lo que rodaba los ojos hasta dar con mi compañera de habitación.

–A ti no te conozco. Lucy, ¿verdad?

Si no la conocía significaba que no tenía idea de que Lucy era la dueña de Happy Little Tea. O lo sabía y quería aparentar que no.

–Ese es mi nombre –respondió ella, escondiendo la cabeza entre los hombros. Estar en presencia de Seth, con toda su reputación, debió ser un naufragio por aguas turbulentas para Lucy.

–¿Y si mejor te mueves de ahí para buscar el abrigo que usarás? –sugerí a Seth para que quitara sus lobunos ojos de mi compañera.

–¿Y si mejor espero a que todos estén durmiendo para salir de aquí? –replicó.

–No voy a arriesgar mi trasero por ti. Ya lo he arriesgado lo suficiente evadiendo a la supervisora. De todas formas, es Dalia la que debería sacarte, no nosotras.

–Pues ella está ahí abajo, ve a pedírselo.

Entrecerré los ojos frente a su desafío.

–Paso de hablar con ella –decliné.

–Sí... yo también –apoyó él, sentándose sobre mi cama.

Vivian regresó con tres pelucas diferentes, todas muy apegadas a su estilo de vestir. A regañadientes, Seth se las probó una por una, no sin antes hacer uno de sus desagradables comentarios sobre piojos. Todos apostamos por la última, una peluca de cabello castaño y largo. Lucy le cedió un abrigo impermeable para la lluvia, largo, de color rosa pálido y con flores azules, mientras Vivian se ocupó de colocarle la peluca. En cuestión de minutos, Seth lucía como la estudiante nueva en los dormitorios. Bueno, más o menos...

–¿Qué podemos hacer con su cara? –preguntó Vivian, fastidiada.

–Ya quisieras tú tener esta cara –se señaló Seth, formando una sonrisa torcida.

–¿Y si lo maquillamos? –sugirió Lucy, ya más tranquila con la presencia de Bellish.

–No quiero usar esas mierdas, luego no te las puedes quitar con agua y yo no tengo desmaquillante para ir por la vida así.

–¡Se me ocurrió algo! –interrumpí antes de que siguieran discutiendo. En silencio, me dirigí a mi baúl con cosas y saqué una mascarilla desechable–. Puedes usar esto.

Las cejas arqueadas de Seth demostraron que la sugerencia le venía bien. Se la colocó y quedó listo para salir por los pasillos de los dormitorios pasando desapercibido. Aun así, nos preocupamos de que al salir de la habitación nadie anduviera cerca.

–Espero que tanto escándalo valga la pena –comentó él cuando salimos al pasillo.

–Shh... No hables.

–Todo sería más fácil si esperáramos hasta la madrugada.

–No voy a tenerte toda la noche en mi habitación –lo tomé del gancho para avanzar–. Además, siempre hay gente rondando por ahí. La próxima vez, si quieres hablar conmigo, búscame en otro sitio.

–Quería darte una maravillosa bienvenida.

–Muy buena, ajá.

Nos cruzamos con tres chicas. Seth hizo su mejor actuación para justificar la mascarilla tosiendo y yo le golpeé la espalda con pequeños toquecitos. Ninguna pareció sospechar. Salimos del pasillo y comenzamos a bajar las escaleras. Por seguridad, yo bajé primero. Una vez abajo, reencontrándome con las miradas de las demás chicas, lo tomé del brazo y me dirigí a la puerta.

–Eh, tú.

Pero, como siempre, nada podía ser tan simple.

Volteé mecánicamente para enfrentarme a la temible presencia de la supervisora.

–¿Sí?

En lo que se acercaba, todo mi cuerpo sudó. Si me pillaban rompiendo la regla más inquebrantable del reglamento mi expulsión podría ser inmediata.

–¿Ya te sientes mejor?

Mi cerebro se tomó un respiro y mi cuerpo aligeró la rigidez con un suspiro.

–Mucho mejor, gracias por... ah, el remedio –sonreí–. Saldré un rato a tomar aire con mi amiga.

En cuanto lo mencioné, Seth se giró hacia la supervisora cual maniquí de tienda y luego fingió toser. La mirada inquisidora de la enorme mujer fue temible. Pero justo en el instante en que mi instinto de supervivencia me quería llevar a decir algo más para cubrir cualquier sospecha, ella continuó:

–No vuelvan tan tarde –dijo y se marchó.

Coloqué una mano en mi pecho en lo que Seth se ocupaba de abrir la puerta.

–Eso ha sido divertido –comentó cuando salimos.

A diferencia de él, yo sentí que el corazón se me salía del tórax.

–Por un momento creí que te descubriría. Y todo porque no pudiste esperar a hablar después.

–No dejes para mañana lo que tengas que hacer hoy –recitó adelantándose.

De manera automática, lo seguí a los estacionamientos mientras se quitaba la mascarilla y la peluca.

–¿A dónde iremos?

–No va a ser una charla muy extensa, me duele el culo y tengo un sueño que te cagas.

–Eso no responde a mis preguntas.

–Creo que nuestra charla no debería llevarse a cabo en una plaza con los banquillos mojados, ¿no? Iremos a un sitio más cómodo... –Abrí la boca a modo de reclamo, pero se adelantó–: Y no, no será mi casa.

Nos subimos al auto. Su motor se encendió y el equipo de música también. Una música lenta y de melodías melancólicas sonaba. Hacía frío, por lo que Seth también prendió la calefacción.

–¿Vas a decirme a dónde vamos?

–Vamos a dar un paseo. ¿Por qué? ¿Tienes miedo a que te secuestre?

Lo último me haría gracia si no supiera lo de Agnes.

Cada vez que pensaba en ella, la palabra «muerta» le hacía compañía. Y me ponía nerviosa saber que tanto Dhaxton como Seth pudieron estar involucrados. Por más que intentara no formar teorías, estas aparecían una tras otra, cada vez más oscuras. Pero luego pensé en los momentos en que me sentí vulnerable y todas las oportunidades que Seth tuvo para hacerme daño, como cuando me desmayé o le pedí que me sacara de la cena de compromiso. O en cómo se rehusó a ir un paso más allá aquella vez en su habitación. Tal vez, Seth era la misma reencarnación de Lucifer, pero, incluso siendo el peor de los sujetos, no me daba miedo.

–Estoy curiosa. ¿Cuál es la urgencia?

–Ninguna; me gusta el dramatismo –respondió esquivando mi pregunta–. Y me aburría en casa.

–Tienes tanto tiempo libre... ¿No deberías estar trabajando?

–Se supone que me dieron el día porque tengo que estudiar para un examen importante. Como verás, la jefa me tiene en muy buena estima.

Eso no lo dudé. Si cualquier otro empleado le hubiera pedido el día libre, probablemente la respuesta hubiera sido un rotundo «no».

–Veo que tú también a ella.

–Es estricta, pero por dentro es igual a una masita de pan.

Me negué a pensar que entre ellos pasaba algo, pero, conociendo las preferencias de Seth, mis suposiciones me llevaban a pensar mal de él.

–Ella es todo lo contrario a Raziel –añadió.

Esa sola mención activó mis defensas.

–¿Qué pasa con él?

–Es un grano en el culo –escupió como si realmente se imaginara tal descripción–. Estoy esperando a que ustedes dos se arreglen. Desde que discutieron está más malhumorado que antes. Es como estar al lado de un perro que al mínimo movimiento te gruñe o muerde. Tú eres su bozal.

Qué linda comparación.

–No me interesa...

–¿Noooo? –inquirió con incredulidad. Actuaba, por supuesto, porque tanto él como yo sabíamos que acababa de mentir–. Es una lástima porque en este preciso momento vamos a verlo.

–Debes estar de broma... ¿Por qué?

–No son de ayuda si están enojados –dijo, determinado, con la vista en el camino.

–¿Para qué? –tomé su brazo para que me prestara atención–. ¿Qué quieres de nosotros exactamente?

Algo cambió en su expresión, en su semblante decidido, en la luz que sus ojos reflejaban. Un mal presentimiento me invadió al ver tan drástico cambio y percibir el silencio. Frenó a un lado de la calle vacía y permaneció con las manos en el volante, como si necesitara algo de apoyo.

–Mi familia y yo cargamos con muchísima mierda encima –soltó finalmente, demostrando en su tono lo mucho que le costó decirlo–. Estoy jodido. No puedo decir los motivos, porque iría más allá de mis principios, pero quiero darles las herramientas necesarias para que lo descubran por ustedes mismos.

Sus palabras fueron un acertijo.

–No puedo entenderte –busqué su mirada–. ¿Por qué no simplemente me lo dices y ya? Aquí no hay nadie.

–Porque tengo miedo –volteó a verme, afligido–. No tienes ni una mínima idea de lo peligroso que es esto, de todas las reglas que estoy rompiendo.

Pude ver en sus ojos al Seth auténtico que tan pocas veces me permitió ver. Y noté que sus emociones se correspondían con lo que decía, entonces, por primera vez, el miedo también me contaminó a mí.

–Tú no eres la única persona aferrada a creencias, Audrey –añadió, bajando la mirada a donde antes colgaba mi collar–. Si hablo, *ellos* me condenarán.

–¿Quiénes son *ellos*? –mi voz tembló.

Se negó a responder.

Lo que había dicho era una revelación, pero su expresión me indicó que era algo demasiado peligroso como para que yo pudiera indagar. Y sentí más miedo todavía. Mi cuerpo tembló, mis manos se enfriaron y pensé que alguien nos podría estar siguiendo.

Necesitaba más respuestas, no más preguntas.

–¿Puedes decirme al menos a qué le temes? ¿Quiénes o qué son? ¿Dónde hallarlos?

Seth aplanó los labios para no contestar. Estaba tan nervioso que pensé en lo peor.

–Necesito saber algo –me atreví a hablar–. ¿Estoy en peligro?

–No lo sé.

–¿Sí o no?

–¡Eso no lo determino yo! –respondió con histeria–. Yo solo soy un pequeño peón en un enorme tablero de ajedrez.

Eso me dio a entender que Seth estaba siendo usado. Tal vez él era como Grey: un anzuelo.

–Pero estás de mi lado, ¿verdad?

–Estoy justo detrás de ti, por eso vine contigo –murmuró haciendo referencia a las palabras que me dijo en el cine–. Así que, por favor, dime... ¿Qué ocurrió con Dhaxton en el viaje?

Debatí entre decirle la verdad con lujo de detalles, o solo contarle la parte que me convenía. Seth había lanzado una piedra que significaba el inicio de una verdad. Sin embargo, seguía sin confiar en él y no estaba dispuesta a ensuciarme las manos tan fácilmente.

–Al parecer le dio una crisis de pánico –dije, apática–. Algo extraño. El profesor Stan lo encontró en la habitación balbuceando incoherencias y cuando yo me acerqué... se asustó más.

–¿Qué decía? ¿Mencionó algo?

–Solo pedía que lo dejáramos en paz –mentí.

–Qué putada... –dijo en un tono de decepción, no sé si por lo que le ocurrió a Dhaxton o porque esperaba más de mi respuesta.

–¿Ya le había ocurrido una crisis así antes?

–Creo que sí, aunque yo nunca lo he visto tener una –resopló y continuó tras un silencio–: Espero que esté bien.

–Como su amigo, puedes ir a verlo en cualquier momento.

–Como su amigo, sé que debe estar cansado –argumentó con rapidez.

Indagué en su respuesta, su expresión y la forma en que se tensó cuando achiqué mis ojos para escarbar en su mente.

–Algo me dice que es una excusa. Tú y él están distanciados, tal vez ni siquiera son amigos.

–Lo extraño de todo esto es que lo somos –confesó–. A nuestra manera. Pero tienes razón, tengo que ir a verlo –se removió, nervioso, apretando el volante–. ¿Dónde está el departamento de tu novio falso?

Lo miré con el entrecejo fruncido a más no poder. No entendía lo insistente que actuaba con Raziel. Era como si de verdad quisiera que él y yo hiciéramos las paces y demostráramos ante los demás ser una pareja feliz, aun sabiendo –o al menos suponiendo– que entre ambos no ocurría nada más que una mentira.

–No me obligues a encontrarme con él –le pedí como última súplica.

–Si crees que voy a soportarlo un día más, estás jodidamente equivocada.

Resoplé con resignación.

–Supongo que es algo inevitable...

Además, era la única persona a la que podía confiar lo que sabía.

Por supuesto, no le di la dirección exacta, pues sabía que a Raziel no le haría ninguna gracia. Seth me dejó en un punto de referencia, frente a una panadería que iluminaba la calle, justo a una cuadra del edificio.

–Te odio –manifesté mientras me quitaba el cinturón de seguridad–. Odio tener que ser yo la que lo busca.

Seth se rio, divertido, apoyado en el volante.

–A veces se deben hacer ciertos sacrificios.

–Tú podrías hacerlos –regañé, fastidiada.

–Eso hago.

Su sonrisa fue desapareciendo poco a poco.

En ese momento no comprendí a qué se refería, pero tampoco me animé a preguntarle, sino que preferí abrir la puerta del auto y prepararme para salir. Sin embargo, Seth me frenó justo cuando coloqué un pie fuera. Tomó mi mano con suavidad, una delicadeza que me descolocó por un instante.

–No le digas a nadie más lo que acabo de contarte –me pidió con las cejas inclinadas en un ruego silencioso.

Asentí, pero volvió a retenerme.

–¿De verdad Dhaxton no dijo nada más?

Me mordí los labios con frustración.

–No dijo nada más.

Solo al escuchar mi respuesta soltó mi mano.

–Bien... Buenas noches. Ah, y, Audrey, si quieres más información, sigue leyendo el libro que cogiste en la biblioteca.

Me quedé de pie en la acera hasta que no quedó rastro alguno del auto. A continuación, arrastré mis pies cansados hasta el edificio de Raziel y subí las escaleras con la determinación escondida en lo más profundo de mi ser. Mi orgullo me exigía a gritos que regresara a la academia, que no valía la pena ser la primera en ceder; pero mi estabilidad mental deseaba algo de alivio.

Frente a la puerta del departamento de Raziel, inspiré hondo y me animé a golpear. Escuchar su voz del interior sacó mi lado más nervioso. El corazón se me agitó y mis dedos incontrolables jugueteaban para quitarme de encima la energía negativa. Entonces, la puerta se abrió, dejando a la vista a un despeinado Raziel. Sentí que habían pasado siglos desde que no lo veía. Y ver su rostro desconcertado alimentó mis deseos de mandar las palabras al carajo para pedirle que me abrazara.

Era tan débil y me hallaba tan sensible que encontré refugio en expulsar lo primero que se me ocurrió: Agnes.

–Está muerta.

Capítulo 8
No más secretos

AUDREY

Mi declaración lo dejó atónito, pálido, descompuesto.

–¿Qué?

–Agnes está muerta –repetí de manera automática.

–¿Es una broma?

Me tomó del brazo para hacerme entrar al piso y cerró la puerta. Yo me paseé por la sala, inquieta, sin saber cómo empezar mi explicación. El momento en que me atreví a mirar a Raziel descubrí que él también me observaba esperando que le dijera que se trataba de una broma. Mi expresión lo dijo todo y palideció. Se echó las manos a la cabeza asimilando lo que acababa de soltar.

–Dime que no es cierto.

–No hablo de *tu* Agnes –aclaré antes de que pensara en lo peor. Eso le devolvió el color–. Hablo de la amiga de Dhaxton y Seth. Al parecer está muerta.

–Empieza por ahí –habló con recelo.

–Eso significa que las cartas que dejó son una fachada –dije, ignorando su mirada resentida–. Ellos la deben haber asesinado, ocultaron su cuerpo y escribieron las cartas para decirles a los demás que en realidad ella se marchó por voluntad propia.

Raziel no respondió a mi conclusión, más bien se sumergió en un silencio que me llevó a sacar nuevas conclusiones.

–¿Lo sabías?

–No –dijo tan rápido como mi cuestionamiento–. Pero no me sorprende, me preocupa. No quiero que mi hermana...

–Según sé, no hay cartas de *tu* Agnes –puntualicé.

–Pero sí abogados que intentaron silenciar a mis padres. Supongo que mientras estén en silencio, los mantendrán al margen. ¿Cómo averiguaste que está muerta?

Me mordisqueé el labio inferior.

–Eso es lo de menos –esquivé–. La cuestión es averiguar si se refería a Agnes y qué le pasó.

–No has respondido a mi pregunta –atajó, ladeando ligeramente la cabeza. Mi repentino nerviosismo me jugó una mala pasada, y frente a su perspicacia no podía luchar.

–Haciendo algo muy malo –confesé.

–¿Qué demonios hiciste?

–Le robé unas píldoras a Dhaxton, las cuales, al parecer, eran antipsicóticos –decirlo me dio asco. ¿En qué estaba pensando cuando decidí hacerlo? Ni siquiera sabía para qué eran. Me dio temor saber que podría llegar tan lejos por venganza, pero era irónico cuestionar lo que ya había hecho–. Sufrió una especie de colapso mental y me miró... Él me miró y dijo que yo no podía ser real, que estaba muerta.

Raziel me observó como si delante de él estuviera una completa desconocida. Su mueca lo dijo todo; su ceño fruncido era una oda a la confusión. El brillo en sus ojos, que habían sido iluminados cuando mencioné lo de Agnes, se esfumó dejando oscuridad absoluta.

–Hiciste algo muy arriesgado.

–Lo sé –murmuré, arrepentida.

–Pero me interesa saber cómo, exactamente, se las robaste.

–Esos detalles no puedo decírtelos –renegué.

–Es de suponer que una persona como él jamás mostraría que toma pastillas en público, y a juzgar por tu tono de voz y que quieres omitir esa información, asumo que no las robaste tan fácilmente.

–¿Acaso estoy detectando... celos? –ironicé con una mueca de burla.

Apretó su mandíbula.

–¿Puedes responder a mi pregunta, por favor?

–Nah.

–Así que me dejas tirado, no respondes a mis mensajes ¿y ahora resulta que tienes algo con él?

–No-puede-ser. ¡Estás celoso!

Una risa incrédula emergió de mis entrañas. Él se puso a la defensiva, cruzando los brazos.

–O tal vez tu orgullo está un poco magullado. ¿Tienes algún problema si me acosté con él? Porque te recuerdo que tú y yo solo estábamos fingiendo, no estás en posición de preguntar esas cosas.

Se deslizó por el piso como una serpiente hasta que mi espalda chocó con la pared. Encogí los hombros cuando colocó ambas palmas a los costados de mi cabeza, acercándose de forma lenta, sibilina y con la intención de enloquecerme. No me intimidaba su acercamiento, el problema era que me provocaba todo lo contrario. Observarlo desde un estrecho tan pequeño era la causa de una avalancha de sensaciones deliciosas que mi cuerpo quería volver a experimentar.

–Tienes razón... –murmuró con sus ojos centrados en mis labios–, solo fingimos.

Conocía lo suficiente su humor como para darme cuenta de que dicha afirmación contenía cierto tono de ironía.

–Pero ya que estás aquí, no puedo dejarte ir –se lamentó en un suspiro. Su mirada se enfrentó a la mía; oscura y seductora–. ¿Te quieres ir?

–Sí.

–Tu mirada dice lo contrario –susurró.

Tragué saliva para abrir mi garganta; sentía que me estaba ahogando.

–Y ahora has tragado saliva. ¿Te pongo nerviosa, te intimido o es que has recordado algo interesante?

–Recordaba que me habías ocultado cosas –recobré la fuerza. No iba a perder la batalla sin llevarme parte de él.

–Un carajo, Angelito –bufó, exasperado–. Tienes algo con lo que me podrías joder la puta vida. Tú eres la única persona que podría destruirme. Te he dado ese poder sobre mí porque confío en ti. ¿Es que no puedes confiar un poco?

–Una cosa no quita la otra.

Ser cortante fue una de las cosas que más le tocaron la moral, porque se veía mucho más afectado. Se lamió los labios y me miró con un desdén malicioso.

–Eres una niñata insoportable.

–Apuesto a que te mueres de ganas de besar a esta niñata.

Mis palabras fueron correspondidas con una sonrisa ladina de su parte. Sus ojos volvieron a mis labios, mirándolos con un apetito lascivo.

–De besarla, de tocarla, de escuchar cómo jadea el nombre de Dios al borde del orgasmo –admitió en voz baja, cada vez más próximo a un roce.

Tuve deseos de llamarlo descarado, de decirle que sus atrevidas palabras no me provocaban absolutamente nada y que nombrar a Dios en una situación así le restaba tantos puntos como su osadía. Pero, por muy absurdo que sonara, sus palabras solo me encendieron más. Sus labios me resultaron la obra más intrigante que había podido admirar. No existía excusa para negarme a su encanto; tampoco para resistirme al atractivo de su cuerpo. O a la idea de querer avanzar. Raziel me daba una confianza extraña en mi cuerpo, me hacía desear más. Causaba todos mis anhelos. Era magnético, como el sabor del beso que nos dimos con una rabia descomunal, quitándonos de encima el enojo que sentíamos. Empezaba a creer que nuestra relación estaba llena de variables tentadoras que me llevarían al abismo de la locura. A cometer *ese* acto que juré no cometer hasta después del matrimonio. A romper todas mis promesas.

Pero me resistí.

–A partir de ahora tienes que contarme todo –exigí–. No más secretos.

Se alejó para mirarme con detalle, serio por un instante, pero luego esbozó una sonrisa.

–No más secretos, Angelito.

Capítulo 9
Una promesa rota

AUDREY

Raziel me miraba desde el otro lado de la mesa con los brazos apoyados sobre esta y con una humeante taza de café enfrente. Vestía una camiseta negra, muy desteñida, el cabello despeinado y bajo sus ojos unas ojeras que componían todo el aspecto de una persona que no había dormido bien.

–¿Por qué me miras así? –cuestioné llevando a mis labios la taza de té que me había preparado. Estaba igual de humeante que la suya y tenía un sutil aroma a canela que me recordó a Seth.

–Se suponía que anoche hablaríamos, tal cual llevas deseando desde hace días.

Su mirada penetrante permaneció. Me recordó a un animal que me acechaba entre la maleza, buscando el momento adecuado para aventarse sobre mi cuello. Estaba molesto porque la noche anterior no pude resistir lo tentadora que se sentía su cama.

–Lo siento –admití con sinceridad, encogiendo los hombros–. Tenía sueño, recuerda que vuelvo de un agitado viaje.

–¿Sí? No me digas –habló entre dientes–. Anoche no solo te dormiste, también te apoderaste de la cama y tuve que dormir en el sofá –movió la cabeza de un lado a otro, enfatizando en el lugar donde le dolía–. Esto te costará un masaje.

–Te lo quedaré debiendo. Me tomo esto –elevé la taza– y me voy.

–¿Y qué pasó con la charla? Ni siquiera me has dicho por qué no respondías a mis mensajes.

Su interés era auténtico, lo que me sacó una sonrisa interna porque demostraba que iba en serio con lo de «no más secretos». Pero no podía evitar ser esquiva, hacer que sufriera un poquito más.

–Necesito hacer mis propias cosas. Y no respondí a tus mensajes porque estaba molesta contigo. Sigo molesta contigo –me corregí al instante–. Eso no va a cambiar.

–Eres más orgullosa de lo que creí –lo dijo como si le diera gracia y ternura a la vez–. Estoy impresionado.

–Creí que ya lo habías notado.

–Tú eres una caja de sorpresas. Odio las sorpresas, pero a ti puedo tolerarte. ¿Quieres hablarlo ahora, mientras acabas el té?

–Odiaría tener que molestarme tan temprano por la mañana –increpé con un sarcasmo que no se tomó como personal. Ensanchó su sonrisa en lo que encendía la pantalla de su celular.

–Son las 10:52 a.m., temprano me temo que no es.

–Bueno, tengo todo el día libre. Ya sabes, el privilegio de ser la chica que «no ganó».

Odié tener que denominarme como tal, pero era la cruz que cargaba desde que dijeron el nombre de Dhaxton en esa sala. Y odié saber que, tal vez, todo este tiempo subestimaron mi trabajo y no me llevaron como una posible ganadora, sino para que todo se resumiera en la

propuesta que me propinó aquella noche en su habitación de hotel. Tal cual me lo había dicho Grey.

–Fuiste muy optimista al creer que ganarías un concurso en el que participa Crusoe. Él no puede perder.

«Él iba a dejarse perder si lo besaba», quise decir para sacar de mí el enojo que me afligía.

–¿Qué ocurre?

Pestañeé para volver a mis cabales y tomé la taza de té, eludiendo cualquier mueca expositiva.

–Nada.

–Puedo detectar cuando mientes.

Aunque había olvidado el detalle de que para Raziel la palabra «nada» poseía un montón de significados, menos el propio.

–¿Qué es? –insistió.

Rehusándome a que quedara por encima de mí, actué a la defensiva:

–Yo haré las preguntas a partir de ahora.

–Ya te habías tardado –dijo con arrogancia y despotismo, y apoyó la espalda en la silla cruzando los brazos a la altura del pecho.

–¿Qué ocurre con Lucy? ¿Cómo supiste que ella manejaba la página? ¿Ella te conoce? –Pese a ser bastante receloso con sus intimidades, Raziel se mostraba dispuesto a responder todas mis preguntas.

–Cualquiera que observe más allá de su propia nariz podrá notar las actitudes que tiene esa niña hacia la academia en general.

–Pero debiste tener un interés particular para fijarte en ella entre cientos de estudiantes –dije para empujarlo a hablar con detalles.

–Los estudiantes populares no siempre son los que resaltan; los de bajo perfil, al permanecer apartados, también lo hacen. Estos suelen cargar con mucho rencor por el rechazo. Lucy es una de ellas –su voz era tranquila y profunda, y su actitud relajada, pero no lo suficiente para tomarse libertades–. Bastó mirarla un par de veces para darme cuenta de que, coincidentemente, cada vez que portaba su celular durante mucho tiempo, una nueva actualización de Happy Little Tea aparecía. Se tomaba su tiempo para observarlos con la misma expresión de asco que pones cuando pasas junto a un montón de basura maloliente. Ser invisible tiene sus ventajas, eso lo sé muy bien.

–Sí, de mirar a la gente sabes bastante –le di la razón–. Si no fuera porque sé las intenciones que tienes detrás, diría que eres un acosador.

Mi burla lo bajó de su nube de superioridad con un aterrizaje forzado.

–Gracias por la etiqueta.

Fastidiarlo me resultaba divertido y su cambio de semblante me sacó una sonrisa que él me devolvió apoyando ambos brazos sobre la mesa. Se veía atractivo, incluso con el cabello alborotado y ojeras. La luz natural de la ventana dejaba en evidencia algunas marcas en la piel en las que no me había fijado antes, como una pequeña cicatriz en su pómulo y un corte en el mentón, tal vez hecho con la afeitadora. Hasta con todos sus defectos era endemoniadamente guapo. Desde su mentón subí a su boca; su mueca arrogante había vuelto. Se lamió los labios, insinuante.

Fui demasiado obvia.

–Y... –me refugié en mi taza de té y seguí con el interrogatorio–: ¿cómo le hablaste?

–Me creé una cuenta anónima y desde una IP que no delatara mi ubicación le escribí un

mensaje en el que le decía que sabía quién era. Al principio no me creyó, pero cuando coloqué su nombre se asustó bastante.

–Luego la chantajeaste.

Dejarlo como el «malo» no le gustó nada.

–Prometí que no la delataría con la condición de que me hiciera algunos favores a futuro –explicó.

–Como la publicación de nuestra foto.

–A veces es necesario tener aliados sin importar la clase de calaña que sean. –No me sorprendió su respuesta, Raziel hubiera hecho lo que fuera para llegar al fondo de todo lo que envolvía a Seth y Dhaxton–. Sabía que revelarte quién era, con toda tu ética, sería el fin de la página, que no estarías de acuerdo con usarla.

–Con motivos. Sigo sin creer que Lucy es la creadora.

–¿Por qué?

–Porque no se ve como alguien que tenga tan malas intenciones.

–Uno nunca termina de conocer a las personas, Angelito. –Sus ojos me atraparon sin dejarme ir–. Si usas esto como mantra, no te sorprenderás cuando sus acciones salgan de lo común.

–¿Eso es una advertencia? –inquirí, reticente.

–Es un consejo.

–Tu consejo ha llegado algo tarde. –El rostro de Sol vino a mí como un mal recuerdo–. De haber sabido esto, quizás no me habría dolido tanto lo de Sol.

Toqué mi pecho, justo donde una maraña de sensaciones irracionales me invadió. Dolía. Aunque intentara negarlo, todavía me dolía su decepción.

–O tal vez me lo hubiera pensado mejor antes de confiar en Grey. Ella me pidió no participar en el concurso, casi me rogó que no lo hiciera... y, tonta de mí, casi caigo.

–Que te lo haya pedido así simplemente demuestra lo mucho que te teme y lo insegura que es –dijo Raziel con calma. A diferencia de cómo hablaba de su dúo favorito, con Grey no parecía estar tan molesto, aunque ella también formó parte del juego.

–También dijo que yo no había ganado, que era un arreglo. Debí creerle.

Admitirlo en voz alta me supo mal. Era la misma sensación del sabor metálico de la sangre, una molestia.

–Te has llevado pasta, no diría que perdiste del todo. Dinero que puedes usar en lo que se te antoje.

–Tienes razón, no fue tan malo –asumí.

Me puse de pie sin pensar.

–¿A dónde vas? –interrogó Raziel, sin comprender mi repentina acción.

–A la biblioteca de la academia, necesito buscar algo.

–¿Qué cosa?

–Algo sobre un libro... Eh, sobre Danti Vannan.

Salí de la cocina a la sala. Mi abrigo estaba tendido en el sofá junto a las arrugadas frazadas de Raziel, la prueba de que eso de dormir en el sofá era cierto. Él no tardó en llegar junto a mí.

–¿Quieres que te acompañe?

–Debo volver a los dormitorios a cambiarme y pedir el libro en la biblioteca–repliqué mientras me cambiaba de ropa.

–Tomaré ese riesgo.

Su buena voluntad me impresionó, sobre todo teniendo en cuenta que volvería a visitar la

academia después de ser despedido. Tal vez planeaba algo que no quería decirme y lo de acompañarme era una coartada. O tal vez sus intenciones eran honestas, cosa que era todavía más extraña.

Después de que se cambiara de ropa salimos del edificio para dirigirnos al estacionamiento donde guardaba su moto. Los dos cascos colgaban del manubrio; uno para mí y otro para él. Sostuvo uno entre sus manos y, para mi sorpresa, fue él quien me lo colocó, acomodando mi cabello hacia atrás antes de hacerlo.

–¿Qué ocurre contigo? –le cuestioné, levantando la visera–. Estás muy servicial.

–Te tengo que volver a simpatizar.

–Nunca lo has hecho realmente.

Mi burla no le cayó bien; resentido, me bajó la visera sugiriendo que me callara. Me aferré a su espalda para refugiarme del viento que se rompía con la velocidad de la moto, una de las sensaciones más emocionantes que había experimentado. Llegamos a los terrenos de la academia tan rápido como un pestañear. Raziel aparcó en un punto donde no lo vieran y yo bajé con rapidez para cambiarme de ropa y pedir el libro sobre Danti Vannan que leía Seth aquella vez en la biblioteca cuando me habló de su fanatismo. En los dormitorios, me vestí con una camiseta de tirantes bajo mi polera y un jersey corto para amortiguar mejor el viento. Ya en la biblioteca corrí la suerte de que me permitieran entrar; sin embargo, el libro ya no estaba.

Desanimada, volví para reencontrarme con mi chofer personal, quien degustaba un cigarro apoyado en el largo muro que dividía la academia de la calle.

–¿Nos vamos?

Verlo en ese plan me recordó al típico chico malo que retrataban en las películas, con su vestimenta grunge y el cigarro entre los labios.

–¿Qué es tan gracioso? –preguntó al verme tan sonriente.

–Nada...

Pero él sabía que yo estaba escondiendo algo. Y es que, además de recordarme a un chico malo, Raziel daba la impresión de ser esa clase de persona por la que cualquiera caería rendida a sus pies, un puzle lleno de piezas escondidas bajo la alfombra. La persona que podía romperme el corazón en mil pedazos o salvarme de la más apretujada situación.

–¿Y el libro? –Eso me sacó de mis absurdos pensamientos.

–Lo han pedido –resoplé–. Justo ahora que lo necesito.

–No importa, siempre tenemos la biblioteca municipal.

Esa fue nuestra siguiente parada. La biblioteca estaba demasiado concurrida para el gusto de Raziel, quien no disimuló su mueca de disgusto.

–Aquí seremos fáciles de ver –se quejó en lo que miraba alrededor.

Odié darle la razón, pero no podíamos arriesgarnos a ser vistos por Dhaxton. O por «ellos», como mencionó Seth en el auto. Si me había dejado una pista tan especial –y secreta–, lo mejor era no ser vistos investigando. Mucho menos tan unidos. Era mejor no levantar sospechas.

–Podría pedir prestados unos libros y los llevo a tu departamento.

Raziel alzó una ceja.

–Luego me pedirás pasar la noche y después que vivas conmigo –espetó con cierto dejo de sarcasmo–. ¿Eso es lo que quieres?

–Solo si también lo quieres –me aventuré a decirle y, a juzgar por su expresión, no se lo esperó–. Pero al tema. Solo sería por hoy.

–Puedes quedarte lo que desees, Angelito.

–Qué bien, ya me simpatizas un poco más.

Desplegó una sonrisa de satisfacción y apoyó su mano en mi espalda para que entráramos.

Paseándome entre los estantes, recordé que le había pedido a Logan que investigara a Raziel y no había tenido tiempo de comentarle sobre su verdadero nombre. Lo bueno era que estaba a tiempo, así que aproveché que mi novio falso andaba perdido en el pasillo continuo para escribirle a Logan con esta nueva petición. Me guardé el celular en el instante en que Raziel regresaba conmigo cargando dos libros sobre el arte de Danti Vannan.

–Veo que soy el único que está trabajando –habló en un tono sugerente.

–Lo siento, le estaba pidiendo a Logan que luego me pusiera al tanto de las clases –dije. Aquella media verdad me salvó de su perspicacia.

–Entonces te tocará cargarlos –me castigó, poniéndome contra el pecho ambos libros. No me quejé, pues era todo un honor llevar conmigo algo relacionado a mi artista favorito.

Recorrimos la biblioteca hasta conseguir dos libros más relacionados con Danti Vannan y después decidimos buscar un lugar para comer.

El centro de la ciudad estaba más movido de lo que creí que estaría, a pesar de que el clima era un desastre. Las decoraciones navideñas no se habían hecho esperar; había luces blancas enrolladas en los postes de luz, guirnaldas de pino sintético con pequeños detalles rojos y dorados, muñecos de nieve luminosos en los ventanales y los infaltables villancicos que provenían de ningún lado. Las calles lucían tan limpias y bellas...

Me detuve a mirar un tren de juguete recorrer un circuito enorme en la vitrina de una tienda infantil. Raziel se detuvo también y se agachó para observar con fascinación los detalles de la pista.

–Siempre quise uno de estos –dijo, embobado–. Cuando visitaba las jugueterías, me ponía a jugar con uno de estos hasta que algún vendedor me regañaba.

–No dejabas disfrutar a los otros niños, probablemente. Niño malo.

Vi en el reflejo su mueca acompañada de una singular sonrisa que me pareció adorable.

–Debía disfrutarlos tanto como pudiera, mi familia no tenía dinero para regalarme uno de estos –se justificó–. Nuestras Navidades nunca fueron abundantes y a veces la cena familiar se volvía una pesadilla, por eso ya no lo celebro.

Entendía que no había contado aquello para que sintiera compasión por él, pero no pude evitar pensar en lo difícil que había sido no tener una buena Navidad al punto de no celebrarla más. Mis Navidades también habían sido humildes; las pasaba con mamá y la abuela; Raziel ni siquiera tenía esa dicha.

–¿Quieres entrar a mirar? –pregunté–. Podemos fingir que le estás comprando un juguete a tu hermanito.

–Estoy bien desde aquí... Mira, acércate.

Me apegué al vidrio para seguir el tren con la mirada.

–Si achicas los ojos se ve como si fueras parte de él.

Obedecí, pero no me sentí parte de la maqueta, como presumió. Aun así, preferí no decirle nada y mentir.

–Wow, se ve genial.

Hice mi mejor actuación y me alejé del cristal. Fue en ese momento en que me percaté de nuestro reflejo: podríamos haber pasado por una pareja real. Eso me provocó un revuelo interno del que no fue fácil escapar, y empeoró cuando Raziel decidió que ya había tenido suficiente del tren y malos recuerdos. Corrí con la fortuna de que el clima nos obligara a refugiarnos en un

restaurante de comida rápida al que Raziel solía ir cuando trabajaba en un taller de motos. Nos sentamos en un rincón del vacío lugar esperando nuestras hamburguesas acompañadas de papas fritas y, para no hacer tan larga la espera, aproveché de seguir con el interrogatorio que dejé pendiente.

–¿Y Seth?

Mi pregunta lo pilló desprevenido.

–¿Qué pasa con él?

–Exacto. ¿Qué pasa con él? ¿Cómo es que de odiarlo pasaron a ser amigos?

–No te confundas. –Su mirada intimidante actuó como un freno a mi imaginación–. Amigos no somos ni seremos jamás, eso que quede claro. Solo estamos usándonos.

–Esa es una manera muy franca de decirlo.

–Es la verdad. Si le preguntas a él, te respondería lo mismo.

«Usándose. Como nuestra relación, ¿verdad?», pensé en decirle. Al fin y al cabo, lo nuestro era todo por conveniencia. De tan solo pensarlo me embargó una repentina decepción.

–¿Cómo fue que hablaron? –preferí omitir mis sentimentalismos.

–El día en que discutimos, mi jefe me llamó a su oficina. Resulta que el niñato ese le mostró fotos donde yo te estaba agarrando. Por más que me expliqué, no entendió. Me cabreé; me enojé mucho. Golpeé a Bellish en la cara y el cabrón incluso después de eso fue a hablarme fuera de la academia para explicarme por qué lo había hecho. Dijo que estaba muy expuesto.

Hasta esa parte del relato concordaba con lo que Seth me había dicho en el cine. Sin embargo, faltaba información y esa era la oportunidad ideal para saber si Raziel me mentía.

–Dijo también que me conseguiría un trabajo mejor remunerado.

–Si Seth tiene esa facilidad también me gustaría que me consiguiera uno –bromeé de mala gana.

–Bueno, este trabajo es bastante interesante –su postura relajada cambió a una más íntima, acortando la distancia–. Es en un club nocturno de gente rica.

–Oh.

–¿Eso será lo único que dirás? Normalmente harías más preguntas.

–Normalmente tengo la información para contrastar y preguntar –me defendí con la mente en blanco–. ¿Qué haces con exactitud en ese bar?

–Sirvo tragos.

–¿Y eso es interesante porque...?

–Veo y me entero de muchas cosas, como en la academia, pero con personas adultas. Personas que manejan muchos secretos y dinero. Además, me pagan bien, que es lo mejor.

Algo no me cuadraba. Mi expresión fruncida se lo dejó saber.

–¿Cuál es el problema?

–Mi problema es que... –jugueteé con los dedos–. No sé, siento que has tomado demasiada confianza de Seth. ¿Y si te está tendiendo una trampa?

–Parece que aún no me conoces lo suficiente, Angelito. Yo no me estoy fiando de él. De hecho, voy con mucho cuidado en lo que hago. Por mucho que me quiera perjudicar con esto, voy tres pasos adelante. El hecho de que se ofreciera a ayudarnos para encontrar a su amiga hace que sus emociones sean más vulnerables.

Un momento...

–¿Qué? –lo frené–. ¿Eso fue lo que te dijo?

–Así es. Dijo que está buscando a su amiga de infancia.

Agnes...

La garganta se me contrajo.

–Si lo que te dijo es verdad, entonces no sabe que Agnes está muerta. El único que tiene esa información...

–Es Dhaxton –concluyó, satisfecho–. Sería colocar a ambos amigos en contra. Y Seth es muy sentimental; hará todo lo que tenga al alcance para vengar a su amiga.

Me quedé fría. Descolocada con lo que Raziel planeaba y la forma en que se había expresado. No pude creer lo consumido por el odio y la venganza que estaba. Pero, por otro lado, entendía que se nos había dado una oportunidad que no podíamos dejar pasar si buscábamos saber qué le había ocurrido a su hermana y a las otras chicas.

–Eso, en caso de que sea cierto y no un cómplice que quiere exhumar sus culpas –añadió.

«Exhumar» era una palabra extraña para usar en esta ocasión, porque, a juzgar por lo preocupado que estaba Seth anoche en el auto, dio a entender que eso era lo que buscaba al ayudarme.

–Esto ya dejó de ser un absurdo juego, ¿verdad? –comenté con temor, a lo que Raziel asintió con pesadumbre–. Creo que nunca lo fue.

Sus cejas se arrugaron.

–¿Por qué lo dices?

–Anoche él no fue muy explícito, pero cuando le pedí que fuera más claro dijo que no podía hablar porque les teme a «ellos».

–Así que por eso decidiste ir a la biblioteca.

Yo asentí un poco arrepentida de no habérselo dicho desde un principio y continué:

–No me quiso decir a quiénes se refiere, pero no sé por qué me da la impresión de que son alguna clase de matones que van a golpearte directo a la casa si te metes en sus asuntos.

–O buscar silenciarte enviando abogados –dijo refiriéndose a lo ocurrido con sus padres adoptivos.

–Esto demuestra que detrás de ellos hay algo mucho más grande. No creo que tú y yo podamos hacer algo.

–Lo único que quiero es saber qué ocurrió con Agnes –emitió igual al lamento de un animal al que le quedaban pocos minutos de vida. Percibí su dolor; el cambio en su ánimo; lo frágil que se veía al mencionar a su hermana adoptiva–. Si está bien, si está mal, si le ocurrió algo... Es la incertidumbre la que va matando a las personas, Audrey, no la verdad.

Tomé su mano para hacerle saber que contaba con mi apoyo y levantó la mirada regalándome una sonrisa triste, pero que demostraba ser sincera. A continuación, giró su mano y sus dedos tocaron los míos, acariciándolos desde su nacimiento hasta la punta.

–Tienes manos bonitas –murmuró con la vista puesta en ellas–. Manos de artista. Lo supe desde la primera vez que te vi.

Se me escapó una risa nerviosa mientras mi cuerpo se encendía a un grado inimaginable. Sus dedos sobre los míos me hacían cosquillas. Era una sensación rara, pero me encantaba.

–¿Cómo son las manos de una artista?

–Están manchadas con grafito, pintura y todos esos materiales que ocupan –entrelazó los dedos y su pulgar acarició el dorso de mi mano–. Aquel día, en tu primer día de práctica en el cine, las noté. También había una mancha en el costado de tu cuello que indignó sobremanera a Andie.

–Si no fuera por ti, ella seguramente me habría echado del trabajo.

–Eso no te lo niego –se rio–. Le caes fatal.

–¿Cómo es que la convenciste para que volviera a contratarme? No sé si es cuestión mía, pero ella parece hacerte caso en lo que pidas.

–Soy su mejor empleado –se jactó.

–Te quiere porque sabe que atraes clientela. Como Seth.

–Su nuevo favorito –recalcó con cierto fastidio.

Nuestra comida llegó sin que lo notáramos. No supe cuánto tiempo habíamos esperado, lo cierto es que con la charla había dejado mi rugir de tripas a un lado. En la mitad de mi hamburguesa, recordé a Dhaxton en New York.

–¿Te digo algo muy malo sobre lo que ocurrió con Dhaxton?

Raziel dejó de comer para prestarme atención.

–¿Te dio gusto verlo todo moribundo? –ironizó.

–No, payaso. Pero, pese a saber que es probable que yo haya sido la que provocó esa crisis, no me remuerde la conciencia –bajé el tono de voz algo avergonzada de mi confesión–. Es decir, sé que hice mal, que con la medicación de una persona no se puede jugar. Pero estaba tan molesta por su chantaje y...

–Aguarda un momento –me frenó–. ¿Qué chantaje?

Me mordisqueé el labio.

–Digamos que quería que lo besara a cambio de ganar.

–Es un maldito –gruñó Raziel, apretando los puños.

–Yo le dije que no, claro.

–Por supuesto, de lo contrario serías la ganadora –llegó fácil a la conclusión.

–¿Estás agradecido de que no te haya sido infiel?

–Me siento dichoso –siguió a mi broma–. Que no respondieras mis mensajes me hizo dudar de tu fidelidad, novia.

Por poco me atraganto con la hamburguesa.

–¿Novia? –repetí, incrédula–. Esto debo escribirlo en algún sitio.

–No juegues conmigo –regañó–. Así que estabas molesta y viste la oportunidad.

–Molesta es decir poco, estaba irritada. Furiosa por el chantaje y por lo que me ha hecho. Ahora, cada vez que siento culpa, una vocecita en mi cabeza me dice: «Él se lo merece».

–¿No sientes culpa? –alzó sus cejas en sorpresa.

–Ni un poquito –afirmé–. Al principio sí, claro, pensaba en él y sigo preocupada por su salud. Ahora, si estuviera en la misma situación, le robaría la medicación de todas formas. Él desde el principio fue «malo» y siento que lo que hice solo fue una devolución.

–¿Quieres saber algo, Angelito? –se inclinó sobre la mesa–. Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

Tenía que admitirlo: me gustaba tener a Raziel de cómplice.

Acabamos la comida y salimos del restaurante encontrándonos con las primeras gotas de lluvia. Al otro lado de la calle, una señora nos vendió un paraguas bajo el cual nos refugiamos. La feria de invierno, que empezaba a ver sus primeros visitantes, lucía abandonada. Todos los puestos de emprendedores habían tenido que cerrar. Un anciano cargando una caja a su camioneta llamó mi atención, pues no tenía a nadie que lo ayudara ni tampoco a alguien que le prestara algo de cobijo. Estuve a nada de decirle a Raziel que fuera a ayudarlo cuando lo vi cruzando la calle a su encuentro. Lo seguí detrás, refugiada en el paraguas y protegiendo los libros de la biblioteca.

–Nosotros nos ocupamos desde ahora –le dijo al anciano una vez que se le acercó. Me dio una mirada de complicidad y asentí, cediéndole el paraguas al anciano, quien no tardó en agradecernos.

En cosa de minutos Raziel ayudó a acomodar todas las cajas del anciano detrás de su camioneta. Antes de marcharnos, el anciano bajó la ventanilla y nos llamó desde el interior de su transporte.

–No tengo suficiente dinero para devolverles la mano, pero, por favor –dijo con voz rasposa–, reciban estos juguetes como muestra de mi gratitud.

A mí me regaló un ciervo del tamaño de la palma de mi mano y a Raziel un tren en miniatura. Ambas figuras eran de madera tallada a mano.

–Gracias –le dijimos a la vez.

Cuando el anciano se marchó, miré a Raziel y descubrí que estaba conmovido por el pequeño tren que yacía en la palma de su mano.

–Un tren... –emitió como si no diera crédito a la coincidencia. Sonreía con un brillo especial en sus ojos, tanto así que creí que se echaría sollozar por el bonito gesto.

Decidimos regresar a su departamento para echarle un vistazo a los libros. La lluvia había cesado y pudimos irnos en su moto. En cada parada Raziel movía su hombro y cuello, un detalle que me fue difícil no notar.

–¿Qué tienes?

–Creo que hice un mal movimiento levantando una caja –respondió.

–Eres un abuelo –me burlé–. ¿Es que no puedes levantar ni siquiera eso?

Se volteó para mirarme con todo el odio del mundo.

–Es fácil para ti decirlo cuando te quedaste ahí de pie sin hacer nada.

–No trates de echarme la culpa, mejor admite que estás viejito, Viktor.

–Me debes dos masajes –dictaminó, muy serio.

–¿¡Dos!? ¿Por qué?

La luz verde lo salvó.



A decir verdad, no planeaba volver al departamento de Raziel, pero viendo cómo estaban las cosas, y que pronto empezaría a llover como si no hubiese mañana, tal vez, solo tal vez, tenía que arriesgarme un poco... ¿No?

Lo primero que hice mientras Raziel encendía la estufa fue quitarme el abrigo, que ya estaba húmedo por el exterior, y apartar las tazas que dejamos sucias de la mañana para colocar los libros encima.

Raziel entró a la cocina para lavar los trastes y yo aproveché de mirar por la ventana percatándome de un hecho particular.

–Siempre que vengo aquí llueve, vaya...

–¿Quieres algo para beber?

–No, quiero comenzar a leer estas enciclopedias. ¿Que no piensas ayudarme?

–Estoy un poco cansado. ¿Estás segura de que no quieres algo para beber?

–No, papi.

Su risa fue fuerte y clara cuando me cubrí la boca al caer irremediablemente en mis propias palabras. «Papi» no era una palabra para usar frente a un hombre que me llevaba varios años encima. O al menos eso decían las chicas del internado, pues tenía una connotación sugestiva.

–Por favor, no te rías –le pedí, empezando a acalorarme.

–Bien, Angelito, no lo haré. –Se volvió hacia la puerta de su cuarto–. Iré a descansar un poco. Esta es tu casa, haz lo que se te antoje.

–Se me antoja una ducha... –dije a modo de broma.

–En el mueble del baño hay toallas y un secador –informó.

Una vez que su puerta se cerró fui a comprobar si decía la verdad. Y sí, no mentía. No estaba muy convencida de ducharme en un lugar ajeno, pero bastó sentir el agua caliente para tentarme. Me tardé un montón secándome el cabello. Me vestí y salí, dejando el jersey junto a la estufa para que conservara calor.

Era hora de buscar información.

Cada libro tenía más de cuatrocientas páginas. La mitad de mi vida se iría leyéndolas, pero Danti Vannan siempre conseguía que mi tiempo volara. Tomé el primer libro y empecé a leer. Lástima que la información tratara de la composición de sus obras. Repasé el segundo libro, que trataba sobre un análisis de los colores y el significado de sus obras. Lo típico. Hartada, decidí hojear el libro que Raziel había pedido en la biblioteca.

Investigar sobre los orígenes de Wightown nunca atrajo mi interés, pero este desde la primera página llamó mi atención. Resulta que Wightown era tan solo un pueblucho donde las personas no tenían dónde caerse muertas hasta que un grupo de familias ricas llegaron a vivir con fines lucrativos, quienes se encargaron de darle un nuevo aire al pueblo, a expandirlo hasta convertirlo en una ciudad llena de oportunidades. Eso explicaba la obvia distinción entre clases sociales que existía. Pronto se unieron más familias y extraños apellidos, en los que destacaron dos: Bellish y Crusoe.

Hasta el momento era información que conocía. Entonces di con otro apellido reconocible. Se trataba de un tal Bodric Mason, que pertenecía a una de las familias fundadoras y se había casado con una tal Mona Vannan.

Eso me hizo repasar la biografía de Danti Vannan.

Había algo que no estaba captando, pero ¿qué?

Y como dos mentes piensan mejor que una, decidí buscar a Raziel. Cautelosa, me asomé a su habitación.

–¿Raziel?

–¿Hmm...?

–¿Estás despierto?

–¿Tú qué crees? –replicó con voz pesada. Se tomó un tiempo para restregarse los ojos y se sentó con dificultad sobre la cama–. Acabas de despertarme. ¿Qué quieres?

–Ven un momento, por favor.

No tardó en aparecer en la sala, adormecido y con el ceño fruncido.

–¿Qué descubriste?

–Todavía nada. Pero estuve leyendo el libro que pediste sobre Wightown y resulta que el hijo de una de las familias fundadoras se casó con una tal Mona Vannan.

–Y eso es importante porque...

–Es pariente de Danti Vannan. Creo que hay una razón por la que Seth me habló de él. De alguna forma las cosas se relacionan con Danti. Tiene que haber algo que se me escapa.

Raziel formó una mueca ladina junto a una risa nasal.

–¿Qué es lo gracioso? –actué a la defensiva.

Se deslizó al sofá, junto a mí, interesado en el libro que traía entre las manos. Su acercamiento electrizó mi cuerpo y mi temperatura corporal tuvo un subidón repentino.

–Me causa ternura lo involucrada que estás en todo esto. Hasta siento envidia de que esos dos acaparen toda tu atención.

Eso no ayudaba para nada.

Carraspeé, nerviosa.

–Al tema: Danti Vannan retrataba a mujeres puras –continué.

–Puras, igual como las que buscan ellos.

Sabía que con «ellos» Raziel se refería a Seth y Dhaxton, pero yo en ese momento pensé en el temor de Seth.

–Mi teoría no estaba alejada de la realidad –se aventuró a decir Raziel.

¿Acaso su miedo era originado por las familias fundadoras? ¿A eso se refería Seth cuando decía que solo era un peón en un tablero de ajedrez? ¿Y si...?

–Pero ¿para qué las buscan?

–Es de suponer dos cosas: o quieren imitar a Danti Vannan y pasar a un siguiente nivel en sus obras, cosa que ya han hecho muchos asesinos inspirados en la ficción. O puede ser algo peor... –puso mala cara.

–¿Qué sería peor?

–¿Alguna vez has escuchado sobre la trata de mujeres?

–Eso explicaría por qué Emma seguía con vida –dije recordando mi encuentro con Harold–. Y por qué su amigo dijo que cuando la vio estaba tan extraña. Seth y Dhaxton son los peones que atraen a las chicas y con ellos tal vez se refieran a sus compradores.

Sentí náuseas de solo pensarlo. Raziel, por su parte, apretó los puños con furia.

–Tengo que encontrarla.

Tomé su mano y apaciguó su ira.

–Lo haremos –le dije, llena de convicción–. Si Emma estaba con vida, estoy segura de que Agnes también lo estará. Sé que no es de mucho consuelo, pero...

–Hay que hacer cantar a Bellish –zanjó–. Lo ponemos en contra de Crusoe y cantará. Debes decirle lo de su amiga.

–Primero tengo que asegurarme de que Dhaxton se refería a ella y no a su madre.

–¿Cómo piensas hacer eso?

–Un mago nunca revela sus trucos –alardeé y Raziel me miró con los párpados caídos.

–¿Intentas ponerme celoso?

No era mi intención, pero creí que sería divertido seguirle el juego.

–¿Lo estoy consiguiendo?

–No –aseguró–. Con él finges, conmigo vas en serio.

–Vaya, te tienes mucha confianza.

–No lo has negado, Angelito. Además, es fácil saber que un solo toque mío basta para intimidarte. –Se acercó y yo cerré mis ojos esperando recibir la caricia de sus labios, sin embargo, esto no ocurrió–. ¿Ves?

Deseé que me tragara la tierra.

–Quiero que sepas que te detesto.

–No, no lo haces –dijo rebosante de orgullo, pues sabía bien que había soltado una mentira

que no se creería nadie.

No podía detestarlo, mucho menos desprenderme de lo que me hacía sentir. Raziel había llegado para revolucionar mi mundo y era la única persona en la que confiaba. De alguna manera, tenía la habilidad de provocarme como lo llegó a hacer Dhaxton en su momento y simpatizarme como Seth lo hizo en el suyo. Sabía que aferrarme a él era apresurado, pero me encantaba. Con él me gustaba romper todas mis promesas.

Un impulso de valentía me invadió. Me subí sobre su regazo y lo besé tirando del cuello de su camiseta. Mi acto lo tomó desprevenido, lo noté porque no reaccionó a mi beso hasta que me alejé para ver su expresión. Tenía los ojos ligeramente cerrados y los labios entreabiertos. Yo le sonreí con satisfacción, consciente de que acababa de poner en práctica sus enseñanzas, y él se relamió los labios antes de volver a besarme. El fuego que desprendimos nos envolvió, la intensidad aumentó, las ganas de poseernos el uno al otro nos enloquecieron. Me aferré con fuerza a su ropa al sentir sus manos en mi espalda. Pero yo quería más. Estaba siendo consumida por las llamas del deseo. Lo anhelaba con todas mis fuerzas.

Metió las manos dentro de mi ropa y acarició mi piel. Yo jadeé sobre sus labios. La temperatura de sus manos era más fría, pero la sensación me gustó. Enderecé la espalda y apreté mi pelvis a la de él.

–¿Alguna vez te has tocado? –preguntó de repente.

El calor subió a mis mejillas.

–¿Qué pregunta es esa? –intenté no titubear, pero mi voz era entrecortada y llena de altibajos.

–Veo que la respuesta es «sí».

Me mordí el labio y asentí, dándole la razón. Admitirlo con Seth fue más sencillo porque estaba molesta con él; con Raziel era un caso completamente diferente.

–No tienes que avergonzarte por ello, es algo natural –Raziel habló con calma–. Es un acto que tu cuerpo necesita y aprecia. Te ayuda a conocerte en otro ámbito. Saber qué es lo que te gusta y cómo te gusta.

Volvió a besarme.

–Tócate –murmuró contra mis labios–. Quiero que te toques sobre mí.

Aunque su petición me desconcertó al principio, estaba demasiado caliente y llena de confianza como para acatar sus palabras. Su voz profunda me infundió una extraña seguridad en lo que hacía, pero volver a experimentar el placer era, finalmente, lo que me llevó a desabrochar mi pantalón y meter una mano en mi entrepierna. Dos dedos en mi entrada, frotando de arriba abajo con lentitud. Ser yo la que me complacía me dio la ventaja de seguir, pausar o intensificar el ritmo. Ya más segura, fui envuelta en una electricidad extraña y adictiva.

A Raziel no le apeteció observar, así que se acercó a besarme. Pero fue interrumpido por uno más de mis jadeos.

–¿Lo estoy haciendo bien?

–Lo haces de maravilla, Angelito.

Bajé la mirada al sitio donde mi mano hacía su trabajo; todo indicaba que el roce con su entrepierna había conseguido estimularlo. Echó la cabeza hacia atrás para dejarla reposar en la pared. Podía ver su quijada cuadrada, la extensión de su cuello y la mirada oscura. Suspiró profundo, como si de verdad lo estuviera disfrutando y al mismo tiempo se estuviera conteniendo por mi propio bien.

Verlo cargado de placer despertó una idea maliciosa.

Coloqué ambas manos en sus hombros. No le quité los ojos de encima.

–¿Qué vas a hacer?

–Quiero intentar algo –musité lamiéndome los labios.

Comencé a moverme encima de él, usándolo como mi fuente de placer. Sintiendo que la presión en mi zona íntima iba en aumento, disfrutando de cada curva de su pantalón, y luego más rápido en busca de nuevas sensaciones. Ser yo la que estaba arriba me había dado la libertad de movimiento, de querer deleitar mi cuerpo como yo deseara.

Las manos de Raziel se metieron dentro de mi blusa para tocar mi piel, acariciaron mi espalda y jugueteaban con la forma de mi cintura.

–A esto me refería cuando te dije que tienes tu propio encanto –le escuché pronunciar. Yo había cerrado mis ojos, no sabía si estaba cerca o lejos, solo deseaba centrarme en lo que sentía.

Desprendió un quejido. Al abrir los ojos para saber qué sucedía, él llevó una mano a su pantalón para acomodarlo. Si para mí era incómodo tener puesto mi pantalón, peor debía ser para él.

Con temor y nervios, tomé la hebilla de su cinturón. Raziel me miró sin objeciones ni ofrecimientos, tal vez para probar qué tan lejos me atrevía a llegar. Sin embargo, ni yo estaba segura; tampoco estaba confiada en lo que hacía, si estaba en una alucinación, un sueño; si era demasiado pronto para romper mi promesa o me arrepentiría luego. Simplemente quería hacerlo; quería entender por qué todo el mundo lo disfrutaba menos yo. Quería aprovechar la oportunidad y Raziel me demostró que era paciente, que podía soportar el tiempo que fuera necesario.

Le quité el cinturón y lo dejé a un lado. Seguí con el botón de su jeans y bajé el cierre encontrando que su polera negra escondía la razón de su queja. Con su pantalón abierto, unos ajustados bóxer que marcaban la silueta de su miembro quedaron visibles.

Tragué saliva con fuerza.

¿De verdad yo...?

–Es tu turno.

La sutil invitación me hizo regresar a sus ojos.

Íbamos en serio.

Me puse de pie, agarré mi pantalón y lo comencé a bajar. Mi cuerpo acalorado fue atacado por el frío del ambiente y apreté las piernas para acaparar todo el calor corporal que pudiera. Una vez que el pantalón quedó arrugado a mis pies, lo hice a un lado. Finalmente había quedado de pie frente a Raziel, vistiendo solo una blusa y braga. Si hubiera sido otra persona, me habría sentido tan humillada por estar semidesnuda. Pero con él era diferente. Más personal.

Estiró su mano y me llamó.

–Termina lo que iniciaste, Angelito.

Sentarme sobre él sin una prenda gruesa que nos separara era... diferente. Necesité una buena bocanada de valentía para reposar sobre sus muslos con mi entrada rozándolo.

Bajé la cabeza, pero me tomó del mentón.

–Mírame a mí –murmuró y aproveché la oportunidad para ahogar el temblor de mi barbilla con un beso–. No tengas miedo.

Cerré los ojos y me decidí a dar el siguiente paso. Me arrastré encima, sintiendo cómo la presión rozaba mi zona más sensible. Y repetí: adelante, atrás, adelante, atrás.

–Eso es...

Me meneé encima de él hasta llegar a un punto exacto en que los nervios se dispararon por mi cuerpo.

Retuve el placer mordiéndome el labio, aunque quisiera haber gritado. A diferencia mía,

Raziel no frenó los jadeos, así que decidí no restringirme más. Dejé que mis suspiros colapsados de un placer jamás experimentado sonaran sin temor a ser escuchados.

Las manos de Raziel agarraron mi blusa y me la quitó, dejando a la vista mi sujetador. Con la lencería que llevaba no había mucho que esconder, pero sí mucho que percibir cuando sus manos masajeaban mis pechos por encima de la tela.

–Ah... esto es...

–Shh –me calló–. Vamos a ocuparnos de aquí también.

Llevó las manos a mi espalda y desabrochó el sujetador sin problemas. Luego de quitármelo lo tiró sobre la mesa. Un desequilibrio me llevó a abrazar su cabeza para no caer y él sacó ventaja posando las manos en mis caderas para que mantuviera el ritmo. Entonces, su boca abordó uno de mis pechos.

–Raz...

Me mordí para callar. Su boca me devoraba y su lengua recorría mi piel hasta rozar la cumbre. Cerré mis ojos y jadeé. Mis caderas siguieron con su movimiento. Y quise más; necesitaba experimentar más. Presioné con más fuerza mi entrepierna con la suya y profundicé en el ritmo aumentando la velocidad. Me abracé a Raziel, toqué su cabello todavía húmedo, lo olí, abrí los ojos para saber si era real y... Dejé de moverme. Pero Raziel comenzó a hacerlo por ambos. Se movía perfecto, como si cargara años de experiencia encima.

–Espera...

Lo detuve.

Guardé silencio.

De pronto me sentí aterrada. Sabía en el fondo que esto no se quedaría solo en simples caricias para olvidar lo que hicimos luego o actuar como si nada. Yo había cruzado otra línea que me alejaba de los valores que alguna vez defendí.

–Escucha –dijo al ver que yo no me atrevía a hablar–. No pasará nada que tú no quieras. Detenemos esto aquí, hacemos como que nada pasó y lo olvidamos.

–Ese no es el problema. El problema es que...

–Tu primera vez debería ser especial.

–En la situación que sea, lo será –afirmé–. La voy a recordar, lo haga hoy, mañana o después de casarme. Pero... –tragué saliva y sentí un nudo– me da miedo.

Raziel sonrió.

–¿Por qué?

–Porque en el fondo lo deseo. Eso es lo que me aterra. Desde niña me enseñaron que esto está mal, que hacerlo en otro tiempo es incorrecto y...

La sonrisa se le esfumó. Colocó sus manos en mi rostro para que lo mirara.

–Complacer a tu cuerpo no está mal. Querer experimentar sensaciones nuevas no está mal. Al contrario, ya te lo dije, te ayuda a conocerte y saber tus gustos. Deja de sentir miedo y culpa por lo que digan los demás, comienza a pensar en lo que tú quieres para ti.

Sus palabras fueron como flechas disparadas que dieron justo en mi corazón. Certeras; lo que había estado deseando escuchar desde que me había tocado por primera vez.

Pensar en mí.

–Elige según lo que tú deseas –me animó secando unas lágrimas que bajaban por el rabillo de mis ojos.

¿Qué quiero?

Observé sus ojos, su nariz, su boca...

–Quiero que me beses –dije reprimiendo lo vergonzoso que eso sonaba. Raziel acató mi petición sin reclamo. Su beso fue suave, tranquilo y profundo. No buscaba excitarme ni demostrar nada, solo satisfacer mi deseo–. Y quiero que me toques.

Una sonrisa torcida se asomó.

–Será un placer.

Se acercó para darme un beso en el cuello y succionar mi piel. Cerré mis ojos percibiendo el calor de sus manos recorrerme, acariciar mis curvas como el escultor a su figura. Pasó sus manos por mis brazos, mi cintura, se fue a mi espalda y agarró mis glúteos para masajearlos. Se levantó conmigo en brazos y me llevó a su habitación. Con delicadeza, mi espalda reposó en su cama; la mitad de mi cuerpo estaba fuera. Raziel se subió encima, sus rodillas a cada lado, y apoyó sus manos a cada lado de mi cabeza.

–Hay algo que necesitas saber –murmuró rompiendo la distancia poco a poco con un beso más pasional.

–¿Qué es? –pregunté, agitada.

En ese instante me enseñó una sonrisa de bestia hambrienta.

–Antes tienes que estar mojada.

Esta vez me besó con más intensidad, más desesperación, más rapidez. Eso me gustó. Sentir que era tan salvaje me provocó todavía más. Su camino de besos descendió por mi ombligo hasta toparse con mi braga. Se detuvo un instante a observarla. Era de color rosado pálido con un moño en el centro que le daba un aspecto bonito pero elegante. Y estaba mojada. Aun así, la veía como un escudo protector, una puerta que aseguraba mi intimidad. Él, sin embargo, la vio como un retraso para su cometido. Siguió dejando sus besos por encima de la tela, bajando y bajando hacia mi zona más sensible.

Me mordí el labio, avergonzada, pero no tuve tiempo de reclamar ante un nuevo y ferviente beso sobre la delgada tela. Ese contacto despiadado bastó para enviar una corriente por todo mi cuerpo. Entonces, mientras deseaba retorcerme del gusto, Raziel movió a un lado la tela para saborearme con lametones.

–Dios... Raziel, esto es...

Su lengua se introdujo en mis pliegues, acabando en succiones que se llevaron una parte de mí.

Era algo delicioso, porque se sentía bien, y al mismo tiempo desesperante, porque necesitaba más y más. Lo deseaba dentro de mí, más al fondo, con más movimiento. La necesidad me llevó a mover las caderas de arriba abajo y a tomarle el cabello para hundir su perfil en mí. Cerré mis piernas para retenerlo, pero las agarró por debajo y las separó.

Optó por quitarme las bragas y volver al trabajo.

Su lengua jugueteó haciendo círculos en las profundidades de mi piel y la electricidad placentera en mi cuerpo hizo temblar mis piernas. Sentí que se vendría algo alarmante, algo demasiado grande para soportarlo sola. Agarré su cabello con fuerza mientras con mi otra mano me sostuve al borde de la cama.

–Ahora es el momento, Angelito.

Se apartó. Cuando incliné mi cuerpo para ver qué hacía, lo vi abriendo un preservativo. Preferí mirar hacia el techo. Necesitaba distraerme. Pensar en la nada.

Me besó de nuevo, esta vez con menos cuidado y más desenfreno. Su aliento caliente adormeció mis labios.

–¿Estás segura de esto? –me preguntó.

Inspiré hondo, preparándome.
–Lo que tengas que hacer, hazlo ya.
A gatas sobre mí, me miró como un animal a su presa.
–Está bien, Angelito, voy a quitarte las alas –advirtió con una malicia seductora.
Ese fue el día en que rompí mi más valiosa promesa.
Bueno, en realidad, la segunda.

Capítulo 10
¿Dónde está él?

AUDREY

–Aquí tienes tu té.

La taza humeante fue puesta frente a mí. Me encontraba en la cocina, tratando de no rendirme ante el frío piso. La lluvia no daba indicios de querer detenerse y la noche era más oscura que la anterior. Después de dejar la taza en la mesa, Raziel salió de la cocina para regresar luego con la sábana manchada entre sus brazos. La prueba de que había perdido la tan simbólica promesa.

Dejó la frazada en la lavadora y la hizo funcionar mientras yo me hundía en la silla por la vergüenza.

–Lo siento –dije una vez que apareció del cuartucho de limpieza.

–No te preocupes. Saldrá.

Me parecía tan vergonzoso hablar de eso que ni siquiera podía sostenerle la mirada, por lo que bajé la cabeza a mi ropa. Solo vestía mi calzón y la camiseta ancha y limpia que Raziel me había prestado. Él llevaba puesta una camiseta de tirantes y un pantalón de pijama a cuadros.

Se sentó al otro lado de la mesa y aguardó a que acabara mi té.

–Gracias por esto también –agarré el cuello de la camiseta y jugué con ella.

El peso de su mirada se posó en mí, siguiendo cada uno de mis movimientos al mismo tiempo que mis mejillas se ponían calientes. Fue un suplicio tenerlo enfrente, observándome después de lo que había sucedido. Lo único que quería era ocultarme detrás de mi taza.

–No tienes que actuar tímida por lo que hicimos. –Alcé la mirada un poco, solo para ver con qué actitud lo decía. Detesté que se mostrara tan relajado; el codo sobre la mesa y su cabeza apoyada en el puño–. Sé tú misma.

Pero ¿qué decía? Como si fuera tan sencillo actuar con normalidad cuando todavía lo sentía en mí, me abrasaba su calor, degustaba sus besos... Y que precisamente estuviera frente a mí no ayudaba en absoluto.

Me aferré a una distracción: mirar por la ventana, luego el cielo nocturno y las gotas resbalando por el cristal. Luego le di otro sorbo a mi té; mi cuerpo se refugió en su calidez y terminé bostezando sin siquiera taparme la boca.

–Estoy cansada... –comenté al aire, acariciando mi cadera y espalda.

–Bebe tu té y ve a dormir.

–Como lo ordenes, Viktor –repliqué con fastidio. ¿Por qué tenía que ser tan borde y mandón?

–No uses mi nombre para fastidiarme –me recordó, serio, como si de verdad le hubiera molestado algo que solo habíamos escuchado nosotros dos–. Te dije que jamás lo dijeras.

–Lo hice antes, pero ni cuenta te has dado.

Sonreí con malicia sacando mi lado «normal», el mismo que él me sugirió. Hablar de su verdadera identidad con el fin de fastidiarlo era más sencillo que cuando su mirada me tenía como su primer plano.

–La situación no ameritaba un recordatorio –se defendió pobremente–. Como sea, no lo uses en público.

–No pensaba hacerlo.

Bueno, sí, no planeaba decir su nombre real en público ni entre los dos; a decir verdad, era un reto adoptar el nombre de Viktor. Su nuevo nombre me gustaba mucho más que el anterior, a excepción de su apellido. ¿En qué pensaba cuando decidió ponerse Elm?

Terminé mi té y nos levantamos de la mesa. Raziel me pidió ayuda para colocar una nueva sábana. Una vez acomodada, me tiré a la cama y disfruté del olor a detergente durante un pequeño lapso en que mi cuerpo recordaba lo que había pasado.

–Muévete.

Di un respingo y me metí bajo las sábanas apenas escuché a Raziel. Me cubrí hasta las orejas, dándole la espalda. Él se sentó en la cama, carraspeó y se metió dentro.

Lo sentía cerca; su cuerpo era pesado. Aunque era absurdo llenarme de nervios a esas alturas, no podía evitarlo. Me acomodé con cuidado hacia un punto de la cama donde no pudiéramos rozarnos y me quedé de piedra.

–Buenas noches –le escuché decir.

–Que sueñes con los angelitos –murmuré.

Se rio.

–Tú también.

Suspiró y todo quedó en silencio.

De pronto me dio picazón en la pierna. Me moví robótica bajo las sábanas para rascarme, pero otra picazón en mi cuello me molestó. Rasqué la zona con cuidado. Mis piernas estaban demasiado rígidas y mis pies querían algo de frío. Los arrastré por la cama hacia un lugar más cómodo. Luego mi cuello comenzó a doler por la posición y necesité cambiar. Coloqué mis manos debajo de la cabeza, pero el cabello me incomodaba, así que lo acomodé y volví a poner mis manos debajo de la cabeza. Cerré los ojos, suspiré y esperé caer rendida. Me puse boca arriba e intenté dormir otra vez...

–¿Siempre eres así de inquieta?

Había despertado a Raziel.

–Perdón, no estoy acostumbrada a dormir en camas ajenas.

Él suspiró y yo esperé que no me echara de la cama. Volví a cerrar los ojos. Luego opté por contar números y empecé a recordar cosas aleatorias que no tenían sentido alguno.

No conseguí dormir, por más cansada que me encontrara.

Resoplé, rendida, y me giré hacia Raziel. Estaba con los ojos cerrados, los brazos desnudos fuera de la cama y el perfil ligeramente inclinado hacia mí. Se veía tan tranquilo. Tan lejano a la tormenta interna que acontecía dentro de mi cabeza.

–¿Ya te dormiste? –pregunté.

–Mmmhm...

–¿Eso es un no o es un «estoy medio dormido»?

–Duerme.

–Quiero, pero no puedo.

–Hazlo o sufre en silencio.

Tan cariñoso...

–¿No vas a cantarme una canción de cuna?

–Duerme –insistió–. Mañana ambos tenemos que levantarnos temprano.

Eso ya lo sabía. Al día siguiente tenía que ir a la academia más temprano para bañarme y cambiarme de ropa.

A esas alturas, mi vista en la oscuridad se había neutralizado, lo que me dio pie a observar su brazo descubierto y lleno de tatuajes.

–¿Qué significan tus tatuajes?

–Nada.

–No mientas. Si decidiste hacerte algo que es para toda la vida, algo debe significar.

Saqué mi mano para recorrer con un dedo la piel de su brazo, la forma de su tatuaje, las curvas, los degradados y oscuros que se perdían en las sombras. Pero Raziel se giró hacia mí, escondiendo el brazo bajo su cuerpo.

–No hagas eso, es peligroso –advirtió.

–¿Por qué?

–Porque estamos juntos en una cama y tú estás tentando a la bestia.

Escondí la mitad de la cabeza bajo las sábanas.

–Qué atrevido.

Sonrió y se acomodó. Estábamos cerca, de frente, pero el ambiente entre ambos era tranquilo, sin ninguna intención detrás.

–Es un dragón que significa crecimiento. Decidí hacerlo cuando tenía unos dieciséis años y creía que tener un tatuaje era de puta madre. Quedó fatal. Así que ya de grande decidí pedirle a un colega que lo retocara y añadiera un par de cosas.

La voz de Raziel me trajo una calma repentina.

–¿Qué cosas?

–Contar una historia.

–¿Cuál?

–Una que aún no tiene desenlace: la mía.

–¿Dices que puedo ver a Viktor chiquito en tu brazo?

–Ya te dije que no me llamaras así.

–Pero ese de ahí es Viktor, tú eres Raziel. Dos personas en un cuerpo, pero diferentes, ¿entiendes?

Llevó su mano a mi cabeza y sacudió mi cabello.

–Mejor ponte a dormir.

Lentamente su toque se fue convirtiendo en caricias. Me dio mimos hasta que perdí el conocimiento.



–Mira lo que te trajeron.

El rostro de una mujer se presentó frente a mí. No sabía de quién se trataba, su rostro era difuso, pero algo en ella me resultaba familiar. Se agachó frente a mí y me enseñó un juego de pinceles.

–¿Para mí?

–Claro que sí, mi amor. Todos estos son para ti.

Un sentimiento de dicha agrandó mi pecho.

–¡Gracias!

–No me lo agradezcas a mí, ve a agradecerle a tus padres –me animó.

Y, de pronto, estaba corriendo en busca de ellos.

Fue en ese momento cuando desperté. Al principio no reconocí dónde estaba, pero poco a poco fui consciente de mi entorno y me fui tranquilizando. Coloqué una mano en mi pecho para apaciguar los desenfrenados latidos de mi corazón hasta que di con el rostro de Raziel. Me miraba como si no tuviera una idea de lo que me sucedía y, a la vez, con cierta sospecha.

–¿Qué soñabas?

No quería decirle que mis sueños constantemente eran extraños, como si tuviera una doble vida. Que soñaba cosas tan reales que me causaban confusión. Tampoco quería decirle de qué trataban, ya que ni yo entendía.

–Soñé que me caía. Ya sabes, esos típicos sueños en los que caes al vacío.

Una pésima respuesta de mi parte, pues Raziel no hizo más que acentuar su duda. Aun así, prefirió no preguntar.

–Es hora de levantarse –optó por decir–. Tienes que volver a la academia.

Resoplé, cansada. Necesitaba unas buenas vacaciones para despejar la mente y también algún masaje para mis hombros. O al menos un día libre para dedicarme a pasar el rato acostada viendo alguna película o andando en bicicleta con un hermoso sol en lo más alto del cielo.

Afuera todavía llovía.

–¿Qué hora es?

–La hora de que te levantes. Vamos. Vístete.

Reuní la fuerza necesaria para sentarme en la cama. Mis párpados pesaban demasiado como para abrirlos en su totalidad, solo podía ver la figura difusa de Raziel yendo de un lado a otro. Agarré mi sostén, pero cuando fui a quitarme la camiseta me quedé viendo a Raziel con desaprobación.

–¿Puedes dejarme sola? –pedí haciendo un mohín.

Raziel alzó una ceja ante mi petición.

–Ya te vi sin ropa.

–Lo sé, pero sigue siendo vergonzoso.

Agarró un par de cosas y salió del cuarto. Me puse el sostén y mi blusa, que estaba abrigada, lo que significaba que Raziel se había encargado de ponerla junto a la estufa antes de traérmela.

Actuaba como si fuera un grano en el trasero para él, pero en el fondo, muy en el fondo, le agradaba lo suficiente como para hacer esa clase de gestos.

Tras unos minutos, abrió la puerta y asomó la cabeza.

–¿Ya te vestiste?

Su cara era una oda a la decepción. Apenas me ponía el pantalón.

–Deja de perder el tiempo –me regañó–. ¿Vas a desayunar?

–No, iré a la academia lo más rápido que pueda.

–Lo tienes difícil si te vistes así de lento.

Porque me gustaba llevarle la contraria, me vestí lo más rápido que pude para demostrarle que se equivocaba. Él desayunaba en la cocina, apoyado en una encimera con una taza de café entre los labios.

–Ya me voy –avisé, a lo que respondió con un simple ademán.

Vaya despedida.

Salí del departamento fastidiada y sintiendo el frío del pasillo en mis piernas. ¿Lo peor? Se me había olvidado pedir un auto.

Como perro con el rabo entre las piernas, golpeé la puerta del departamento.

–¿Qué? –preguntó al verme–. ¿Quieres un beso de despedida?

–Tengo que pedir el auto –respondí reticente a caer en su fastidioso sarcasmo.

Me dejó el espacio para que entrara. Por suerte, me fue fácil conseguir un auto y en cinco minutos desaparecí de su vista.

En la academia el ambiente estaba agitado por los exámenes venideros. Aunque no era la peor estudiante, sino una de las mejores, me había desviado completamente de los estudios, que era el objetivo que tenía cuando entré. Y no solo eso, también me había alejado de lo que me apasionaba. Parecía que la búsqueda de venganza era más fuerte que mi amor por el arte y me aterraba tener que admitirlo.

Las cosas habían cambiado demasiado...

Antes de entrar a la sala de Boceto, me asomé para comprobar si mi compañero de asiento estaba presente. Ver su asiento vacío me produjo cierta preocupación que se opuso a mi sentido del deber. La disputa no llegó a término al darme cuenta de que un grupo de cinco compañeros estaba reunido en el mural detrás de la sala. Reconocí con facilidad a Grey. Para mi sorpresa, observaban réplicas tamaño real de mi obra y la de Dhaxton.

¿Qué hacían ahí?

–Era obvio que iba a ganar –le escuché decir a uno de los chicos. Me asomé para ver de quién se trataba. Era un chico callado que se juntaba con otro chico de aspecto *hippie*.

–Johnson no tenía oportunidad alguna –le siguió su amigo–. Es buena, pero Dhaxton es mejor.

Grey rio. Su actitud era como la de un pavo real, orgullosa de los logros de su «amiguito».

–Claro que lo es, lleva años perfeccionando su técnica. Es como poner a competir a un artista que lleva años de experiencia contra un niño que recién aprende a dibujar.

–Debe sentirse terrible que te ganen incluso usando tu propia imagen –se lamentó otra chica.

–¿Propia imagen? –le cuestionó la rubia, riendo con falsa condescendencia–. Dhaxton hizo un milagro con su imagen. Mírala, la transformó por completo, por eso ganó.

«Mentirosa», quise gritarle.

–Hay algo en ella que me hace querer gritar «¡mosca muerta!» –se burló otra chica, provocando que la exagerada risa de Grey se escuchara por toda la sala–. Dhaxton la usa. Eso de que es su musa parece más una excusa.

Eso hizo que mi paciencia llegara a su límite más alto, así que comencé a avanzar hacia ellos sin hacer ruido.

–Por supuesto que la usa –le dio la razón Grey, sacando de adentro toda la bilis putrefacta que cargaba. No pude creer que ella fuera la misma chica a la que en un punto de mi vida llegué a considerar como amiga–. Es la nueva Agnes, ¿recuerdan? Alguien como él jamás se fijaría en un bicho raro como ella.

–Apostaría que he recibido más atención de la que tú recibirás de Dhaxton en tu miserable vida –repliqué justo detrás de ella.

Sorprendida, se giró; tenía la boca muy abierta y el rostro tenso. Mi sonrisa, cínica y tan venenosa como sus palabras, la dejaron sin habla.

–¿Y sabes qué es lo mejor? –continué–. Que ni siquiera he tenido que hacer un esfuerzo. Pero, tranquila, Grey, puedes seguir intentándolo.

Las miradas juiciosas se posaron sobre una incrédula Grey, a quien sus enormes ojos azules le

brillaban bajo las luces de la sala. Estaba sin habla, probablemente ahogándose en su propia desesperación por responderme, pero sin nada con lo que atacarme de verdad, pues había dado en el clavo.

Le sonreí una última vez antes de ir a mi asiento.

Al finalizar la clase, me junté con Vivian para ponerla al tanto –por fin– de lo que había ocurrido en el viaje. A decir verdad, no planeaba contar muchos detalles sobre lo que sucedió, pero mi encuentro con Grey derivó a que le hablara sobre Dhaxton y, cuando lo mencioné, preguntó sobre las pastillas y de ahí sobre su ataque.

–Ahora me siento fatal... –comentó Vivian luego de darle una calada a su cigarro. Estábamos bajo las gradas de la cancha, escondidas porque ella deseaba saciar su hambre de nicotina y eso estaba prohibido en los terrenos de la academia–. Es un maldito, se merece muchas desgracias, pero sigue siendo un ser humano.

La sonrisa maliciosa que tenía antes de que le contara sobre el inesperado ataque de Dhaxton se había esfumado por completo.

–No te culpes, fui yo la que las robó –traté de animarla, colocando mi mano sobre su hombro.

–Yo di la idea –esquivó, huyendo de mi tacto. Ella se arrepentía en serio.

–Tú propusiste la idea perversa, pero la que tomó la determinación de llevarla a cabo fui yo. Aunque... basta de eso, dime, ¿qué te traes con Lucy? –Mi pregunta la puso a la defensiva–. No me digas que la estás usando para conseguir información o algo por el estilo, porque si es así, yo...

–Relájate un poco. Inhala y exhala, que estás muy alterada –dijo como si hubiera actuado como una histérica. Su ceño fruncido hacía relucir los piercings que tenía en la ceja y el labio–. No tengo ninguna segunda intención con Lucy –declaró. –. En realidad, me parece una chica atractiva. Chismosa, algo manipulable, pero linda en el fondo. Creo que quiere a alguien en quien se pueda apoyar y estoy dispuesta a ser la persona que le ceda el hombro o incluso el corazón para reconfortarla.

¿De verdad una relación de odio podía pasar al amor tan rápido? Supuse que para que algo así llegara a ocurrir, las personas involucradas debían tener cierta química o atracción que el odio no les dejaba ver antes.

–Por favor, prométeme que no estás jugando con ella –dije tras un largo silencio en el que Vivian se había fumado el cigarro.

–¿Por quién me tomas? –soltó indignada, tirando la colilla al suelo–. Yo no soy como esos dos idiotas.

Se acomodó el cabello y luego suspiró poniendo su atención en el campo de entrenamiento de los chicos, como si de verdad le afectara mi cuestionamiento. Yo la imité, percatándome de que Seth hacía gala de sus habilidades atléticas frente a un par de chicas que se reían con complicidad. Entonces recordé el plan de Raziel.

–Y... ¿cómo está?

Nuestra atención regresó a nosotras.

–¿Lucy? –repliqué sin saber por quién preguntaba.

–¡Dhaxton! –chilló, exasperada.

–Ah, pues... Hoy no vino a clases.

–Entonces debió ser algo serio. Él no se permite faltar a clase.

–Sí... Es lo que pensé...

Remarcar ese hecho provocó que empezara a preocuparme por él, así que, después de

terminar un trabajo académico, me tomé la libertad de ir a visitarlo para regalarle una nueva compañera. Sin embargo, al llegar a su enorme casa uno de los empleados me informó que Dhaxton no se encontraba. Pensé en la posibilidad de que estuviera en el departamento de Devon, pero la idea de que hubiese ido a su estudio cobró más fuerza.

Capítulo 11
Happy Little Tea

Después de un viaje en el que me cuestioné sobre el estado de Dhaxton y cómo hablarle después de lo que ocasioné, me planté frente al portón del estudio invadida de una corriente nerviosa. La distinguible música clásica que le gustaba usar al dibujar era el indicio que necesitaba para validar mis suposiciones.

Inspiré hondo y toqué el timbre. Tras varios segundos sin que respondiera, insistí. En vano, al parecer, porque siguió sin responder.

Antes de largarme, miré hacia la pequeña cámara de seguridad como un pequeño ruego para que me diera una oportunidad. Entonces, la música paró y la puerta comenzó a abrirse lentamente, emitiendo ese molesto ruido de metal y cadenas. Durante su apertura, logré ver los zapatos bien lustrados de Dhaxton, luego su pantalón de tela gris, su reluciente cinturón, una camisa de color verde y, luego, su impasible rostro, que me decía «Has interrumpido mi majestuosa hora de dibujo, ¡largo!».

Incluso con ese pensamiento, y sabiendo que no era bien recibida, le sonreí.

–Hola –saludé con una voz airada que había fallado en ser amable–. Pensé que no me abrirías.

–No pensaba hacerlo.

«Auch», dijo mi corazoncito. No esperé que fuera tan directo.

–¿Y qué te hizo cambiar de parecer?

–Tú –admitió, volviendo al interior.

–Oh, pues... gracias.

Lo seguí mientras el portón se cerraba con lentitud. El estudio se encontraba frío; además de tener cierto vacío que me impresionó más de lo que debería: todos los dibujos de chicas en la pared ya no estaban, solo los vestigios de cinta adhesiva habían quedado como evidencia.

–¿Qué ocurrió con todos tus bocetos?

–Los quité.

–Sí, eso veo, pero ¿por qué?

Mi preocupación y asombro fueron genuinos.

–Entiendo tu fascinación por querer saberlo todo –se volteó con el ceño ligeramente fruncido, mostrando molestia–, pero hoy no estoy de humor para complacerte.

–¿Y cuándo lo has hecho? –le discutí sonriendo por lo irónica que era la situación, y él me devolvió la sonrisa.

–Buen punto. ¿A qué se debe el placer de tu visita?

–Quería saber cómo estabas –confesé con sinceridad, aunque esa solo era una media verdad. Como sus ojos parecían buscar en mí esa parte que buscaba ocultar, proseguí–: No me permitieron verte en el hotel, te fuiste sin que pudiera despedirme y hoy no asististe a clase de Boceto... No es que te eche en falta..., pero me tenías preocupada.

–Ya estoy bien.

Su respuesta fue tan corta que me dejó descolocada. ¿De verdad solo diría eso?

–Pero esa no es la respuesta que deseas, ¿verdad? –añadió, perspicaz.

Se paseó a mi alrededor hasta volver a situarse frente a mí. Esos horribles ojos incursionaron sin problemas en lo que pensaba.

–No me tomes por ingenuo, yo sé que estás aquí porque quieres saber qué me ocurrió con exactitud, qué es lo que me acongoja, por qué me puse así...

–Sí, bueno, eso también, lo admito –me mordí el labio con frustración–. Eso no quita el hecho de que me preocupa tu salud.

Bajé la cabeza, arrepentida, y vi la bolsa de papel marrón con el regalo.

–Te traje esto... –saqué la pequeña planta–. El chico de la florería dijo que es una suculenta que se llama Rosario, porque cuando crece, parece que fuera uno. Puedes colocarla donde desees.

La recibió con mucho cuidado y la observó en silencio, como si no supiera si aprobarla o hacerla a un lado. Finalmente, movió los hombros, dio media vuelta y fue con otras plantas.

–Oh, ya tienes una nueva –dije al ver que había una que yo no le había regalado. Era asombroso que Dhaxton hubiera acatado mi sugerencia.

Me acerqué al pequeño ser viviente para verlo con mayor detalle. Su nueva planta era un bonsái muy pequeñito, tanto que parecía uno de plástico.

–Es lindo. ¿Le pusiste nombre?

–Ese es tu trabajo.

Sonreí.

–¿Qué te parece Florentino? –busqué la aprobación en su rostro.

–No esperaba otro más cautivador que este –dijo en una tonada de sarcasmo impropia de él.

–Y a esta chiquita la llamaré... Ofelia.

Al voltear, la mirada pesada de Dhaxton estaba puesta en mí. Observaba mis movimientos sin ninguna clase de disimulo.

–¿Ocurre algo? –pregunté, llenándome de temor.

Guardó silencio. De pronto, sus ojos se tornaron oscuros y tensó los músculos de la cara. Dio un paso, acortando la distancia que disimuladamente intenté poner entre ambos. Por cuestión de supervivencia, di un paso al costado para evitar el contacto físico, lo que resultó en vano, pues dio otro y otro paso. Temí lo que pudiera hacerme y tracé un plan de huida, pero logró tomar mi mano y tiró de mí hasta dejarme frente a él, con sus manos en mis brazos. Encogí los hombros cuando se acercó y busqué refugio mirando a un lado, lejos de su expresión. Sin embargo, Dhaxton tomó mi mentón y buscó mi rostro.

–¿Qué? –fue lo único que pude decir.

–Quiero comprobar que eres *tú*.

Mi primer pensamiento fue apartarlo de un manotazo; el segundo, tomar su mano para ver su reacción.

–Claro que soy yo –dije endulzando la voz. Mi mano buscó la suya, pero en cuanto mis dedos rozaron su piel, la apartó. Que fuera él quien huía me dejó varias posibilidades–. Hazme una pregunta que solo tú y yo sepamos.

Su comisura izquierda se elevó sutilmente aceptando el desafío.

–¿Dónde nos conocimos?

–Eso lo sabe todo el mundo: en la academia LeGroix, clase de Boceto y Dibujo. Hazme otra.

–¿Qué ocurrió la primera vez que viniste aquí?

–Me quedé dormida mientras me dibujabas y prometí regalarte una planta para decorar el

estudio. La verdad, no recuerdo mucho de lo que ocurrió... Nada más recuerdo que me sentía ansiosa al principio, pero estar aquí me relajó. Supongo que ocurre lo mismo contigo.

–Este es mi refugio –confesó mirando su entorno.

–Podrías prestármelo de vez en cuando –bromeé, lo que le sacó otra peculiar sonrisa.

–Este ya está colapsado por mis recuerdos.

–Vaya, esa es una buena forma de mandarme a freír espárragos –dije con auténtica impresión, logrando que Dhaxton emitiera una risa profunda.

Me produjo cierta ternura ver esa faceta diferente, más relajada y humana. Él lo notó y sus comisuras decayeron poco a poco hasta convertirse en una mueca de tristeza.

–Lo lamento mucho –hablé en un tono que sonara convincente–. Yo... De verdad, lo que te sucedió fue terrible y tú...

–Yo no estaba dentro de mis cabales, lo sé –dijo–. Lo que sucedió esa noche no me enorgullece nada. Tuvo que ser traumático para ti también.

–Cuando me miraste a los ojos y dijiste que...

–El recuerdo de mi madre me persigue constantemente –dijo, dando media vuelta. Que me diera la espalda y no fuese directo resultó sospechoso, pero dejé que continuara–. Su partida me dejó mal, tanto que, en ocasiones, todavía la veo tirada en el suelo... Sin vida.

Un escalofrío me recorrió.

¿De verdad hablaba de su madre?

¿Realmente la había visto reflejada en mí?

No, claro que no. ¡Por supuesto que no! Estaba mintiendo y la razón que lo confirmaba era sencillo: Dhaxton jamás habría tomado la iniciativa de contarme por qué se había puesto así, mucho menos después de cerciorarse de que realmente hablaba conmigo. No habbía razón para que me confunda con su madre ahora; en cambio, con su exnovia sí. Agnes y yo éramos casi idénticas.

–Tuvo que ser un momento difícil, no puedo ni pensarlo. Pero supongo que su recuerdo sigue presente en ti, solo debes cambiarlos por todos esos momentos felices que pasaron. Recordarla como fue en vida.

Había lanzado un pésimo discurso de consuelo, pero quería que pensara que me había creído su confusión.

El ruidoso timbre nos interrumpió.

Dhaxton se apresuró a subir las escaleras, donde estaban las cámaras. El timbre no dejaba de sonar y luego unos amenazantes golpes en el portón resonaron por todo el estudio.

–¡Ábreme de una puta vez, hombre! ¡Estoy tan cagado de frío que si cago serán cubos de hielo, porque no he comido nada en todo el puto día!

No se trataba de nadie más que de Seth. La puerta se abría demasiado lento para él y la impaciencia lo llevó a darle palmaditas para que se apresurara.

–Oh, vamos... –se quejó, exasperado.

Al borde del colapso, se agachó y pasó por debajo, arreglándose el cabello en un moño al entrar. Solo entonces se percató de mi presencia, y su ceño fruncido pasó a ser uno de sorpresa.

–Tú...

–Yo.

–Ella –dijo Dhaxton, asomándose desde arriba.

–¿Qué demonios hace aquí? –le cuestionó a su amigo.

–Vine a verlo –respondí aventajándome a la situación–. ¿Algún problema?

–Ah, carajo... Se arruinó la tarde de chicos.

–Como si fueran a hacer cosas tan importantes. Pero está bien, ya que es solo de chicos, los dejo.

–Ya, quédate. Te estás haciendo la víctima.

–Tú me estás echando.

–Dije que arruinaste la tarde, no que te fueras. Aunque, pensándolo bien, si insistes, yo mismo abriré la puerta.

–Está abierta, ¿que no ves?

–Por supuesto que no, estoy de espaldas a ella.

–Date la vuelta. Y ya que estás en eso, da un par de pasitos y te vas, porque yo llegué primero.

–Ah, ¿sí? Pues que decida Dhaxton.

Ambos lo buscamos para que nos diera la razón.

–¿Por qué mejor no se van los dos a discutir afuera y me dejan en paz? –sugirió, acentuando su mal humor.

–No te hagas, Dhax –Seth hizo un puchero como niño berrinchudo–. Me necesitas más que a ella.

–En realidad, ella sería de más ayuda que tú en estos momentos. –Tal declaración no le cayó nada bien a Seth, a quien se le desfiguró la cara de la incredulidad–. No te ofendas, es la verdad.

–¡Me voy! –soltó indignado.

–Hablamos luego –se despidió Dhaxton, sin una pizca de remordimiento.

–Ay, mi Dios... –Atajé a Seth del brazo y lo tiré antes de que saliera–. ¡Cómo te haces de rogar!

–Es un niño mimado –se burló de su amigo–. No caigas en sus artimañas.

–Eso jamás –sentencié, dejando libre a un amurrado Seth al que le habían comido la lengua los ratones.

–Putos todos –dijo, finalmente. Colocó ambas manos en las caderas, dando por acabada la absurda discusión, y levantó la cabeza en dirección a su amigo–. Bueno, ¿dónde rayos está ese gato?

–¿Gato? –Mi interés se despertó al instante.

–Aquí, durmiendo –respondió Dhaxton.

Seth y yo no tardamos en llegar junto a él, encontrándonos con un canasto de mimbre que en su interior albergaba un par de mantas y a un gatito negro del tamaño de mi mano. De inmediato me acerqué a examinarlo.

–Es tan lindo... –emití en una sobredosis de ternura.

–Es horrendo –dijo Seth, agachándose junto a mí–. Parece una rata mojada.

Seth estaba empeñando en fastidiarme, así que me propuse omitir su existencia.

–¿Lo adoptaste? –le pregunté a Dhaxton, que también se había puesto en cuclillas para mirar al minino.

–Lo encontré hoy en la mañana y no pude resistirme a quedármelo.

–Un hecho impresionante teniendo en cuenta lo escrupuloso que eres –comentó Seth, evadiendo la tranquilidad de su amigo. Una simple mirada de recelo le fue lanzada desde el otro lado de la canasta.

–Tengo debilidad por los gatos –confesó Dhaxton, llevando su largo índice hacia el felino para recorrer con cuidado su lomo. El pequeño animal ni siquiera se movió–. Culpa de Francis.

Oh, mi pequeño Francis, cómo lo echaba de menos. Abrazarlo cuando todo iba mal era tan

reconfortante...

–Lo traje aquí porque mi padre jamás me permitiría tenerlo en casa, mucho menos con los preparativos para la boda.

Preparativos, ¿eh? Y yo ni siquiera estaba enterada de cuándo se celebraría.

–Espero que tu madre tenga conocidas interesantes –el codo de Seth se enterró en mi costilla–. Quiero conocer gente nueva.

–No se admiten animales –se apresuró en decir Dhaxton–, así que olvídalo.

–Bueno, bueno, ¿y para qué carajo me querías?

Ojalá todo fuera tan rápido como los cambios de tópico de Seth.

–Para que lo alimentaras, pero supongo que Audrey tiene más experiencia con eso –Crusoe me lanzó una mirada cómplice–. ¿Me ayudas?

Asentí de inmediato.

En realidad, mi experiencia para alimentar gatos recién nacidos era nula; la que se ocupaba de eso era la abuela o mamá, yo solo me divertía acariciando a Francis. Supongo que no debía ser tan complicado...

–Eres un desastre –me increpó Seth después de mi fallido intento por batir el pequeño biberón. Resultó que la había cerrado mal y salpiqué leche por todos lados.

–Pues felicidades, te has ganado el trabajo de alimentarlo tú.

–Dame las cosas, vas a ver a un experto... –De manera lenta, el biberón resbaló de su mano y cayó al suelo, vertiendo toda la leche en el piso.

–¿Decías?

–Calla.

–Ustedes dos –nos llamó la atención Dhaxton con el gato maullando entre sus manos–, guarden silencio y limpien su espantoso desastre.

De mala gana, Seth agarró un par de papeles para limpiar mientras yo me ocupé de preparar el biberón, esta vez asegurándome de que lo había cerrado bien. Una vez listo, lo acerqué al hocico del gato.

–Según recuerdo, ellos, por instinto, son atraídos por el aroma de la leche y abrirán sus pequeñas boquitas para beber –le indiqué a Dhaxton–. Ahora solo es cuestión de sostener bien el biberón y procurar que no beba demasiado.

Con cierto nerviosismo, Dhaxton tomó la iniciativa de sostener el biberón por su cuenta. Me puse de pie para tener una mejor visualización de la espectacular escena, y sonreí. Se veía tan tranquilo y humano... No obstante, mi efímera felicidad se esfumó al recordar sus gritos desesperados en aquella oscura habitación de hotel.

¿De verdad alguien como él podría haber ocasionado o ser testigo de la muerte de Agnes? Dhaxton era calculador, perfeccionista y orgulloso, con una forma de manipulación muy sucia. Tenía muchas características que habrían sido consideradas para definir a una persona malvada, pero llamarlo asesino o cómplice era... demasiado. No quería blanquear su imagen, porque sus malas acciones sobrepasaban las buenas, sin embargo, estaba en su derecho a ser visto como inocente hasta que nuestras sospechas se confirmaran. Quizás en el fondo él era una víctima más en todo esto.

–Me dio hambre.

Seth se acarició el estómago.

–Odio tener que darle la razón a Seth, pero a mí también me ruge la tripa –admití.

–Aquí solo tengo café, si quieren algo más, encarguen por internet. –Dhaxton nos habló con la

misma autoridad con que lo haría un padre a sus desobedientes hijos.

–Hay un restaurante de comida rápida cerca, no voy a pagar más por algo que me queda a un par de pasos –se quejó Seth.

–Pues ve.

–Qué flojera... –fingió bostezar.

Si Dhaxton estaba ocupado y Seth no deseaba ir, era la única que se tenía que hacer responsable.

–Yo iré, luego nos repartimos los costos.

Así pasaron unos minutos en los que Seth se ocupó de convencer a Dhaxton de que la comida que vendían en dicho restaurante, a pesar de ser fritura, era comida, al fin y al cabo. Yo perdí la paciencia y decidí salir a comprar. Fue a mitad del camino cuando escuché a Seth llamarme. Tuvo que correr para alcanzarme, algo que no le dio muchos problemas, y dijo arrogante:

–Seré bueno y te acompañaré.

Mi ceño se frunció con exageración.

–¿Qué pasa contigo? –le cuestioné.

–¿Perdón?

–Estás actuando como si me odiaras. ¿Se te olvidó la charla en el auto?

–¿Cuál de todas? –inquirió con un tono de picardía.

Reprimí un grito de desesperación.

–Definitivamente no puedo contigo, voy a adelantarme.

–Espera, solo bromeo. –Apresuré el pasó–. Tengo que actuar como de costumbre para que Dhaxton no sospeche.

–Pues estás exagerando un pelín. En lugar de querer ayudarte, tengo ganas de matarte.

Lanzó un grito ahogado... y actuado, por supuesto.

–¡Pecadora! Mira que matarme... Pero hay un Dios que todo lo ve.

–Guarda silencio –le ordené–. ¿Puedes dejar de ser tan dramático?

–Nah.

–Eres uno de los seres más insoportables que he tenido la desgracia de conocer. Lo peor es que no puedo entenderte, es tan complicado descubrir cómo eres, porque un día actúas como A y otro actúas como B.

–¿Y esos quiénes son?

–¡Dios!

–Ese es mi segundo nombre, cariño.

Ese fue mi límite. Así que empecé a correr para deshacerme de él.

–Drey... ¡Drey! ¡Audrey! Oye, es importante. Hay algo que necesito decirte...

En el restaurante, después de atenderme, recibí un mensaje de parte de Vivian preguntándome si había visto la publicación en la página nueva de Happy Little Tea. Otro mensaje llegó. Esta vez, Vivian advertía que Lucy no había creado la página, seguido de un enlace hacia la publicación. Accedí sin pensarlo dos veces.

¡Bienvenidos de vuelta a esta bella página!

¿Nos extrañaron? Porque nosotros a ustedes sí, mis puercos chismosos. Oing, oing 💀💀💀💀

La razón de nuestro regreso es simple: queremos revelar jugosos secretos. Ya saben, la porquería de siempre... 🤡 Peeeero, alto ahí, aquí se viene la parte interesante~ 😈😈

Los secretos pertenecen a nuestro dúo favorito: Dhaxton Crusoe y Seth Bellish.
Estén atentos, porque esto recién comienza. 👁👅👁

Usaba el mismo humor extraño que las publicaciones que hacía Lucy, con la diferencia de que esta vez no amenazaba a los estudiantes comunes, sino a los más respetados gracias a sus familias. Eso me llevó a pensar en la única persona que podría sacar ventaja de la página y poseía un odio infinito hacia ellos dos: Raziel. Pero ¿por qué arriesgarse a crearla? ¿Y por qué no me había hablado de eso antes? Tenía que hablar con él, verificar si realmente la nueva página estaba bajo su administración.

–¡Atrevida! –Seth entró por la puerta de la tienda y por instinto bloqueé el celular enseguida–. No tienes que dejar atrás a tus mayores... –su ánimo travieso se desplomó al verme a la cara–. ¿Qué?

–Nada.

–Estás pálida.

–Correr me agotó.

–Fue una cuadra y media –espetó con obviedad.

–No estoy acostumbrada.

Aunque intenté no apartarme y evitarlo, soportar más tiempo el peso de su mirada, sabiendo que no me había creído, me pudo. Le di la espalda para fingir prestar atención en la barra.

–No te creo. –Se situó junto a mí, apoyando su brazo sobre el mueble y la cabeza en la mano para observarme con una más de sus peculiares sonrisas de «yo todo lo sé»–. Pero no insistiré. ¿Ya hiciste el pedido?

Asentí, evadiendo a toda costa que siguiera metiéndose en mi cabeza.

–Entonces, ¿qué haces en la barra? Eso solamente te hace ver más sospechosa. Una persona que no tiene nada que ocultar estaría sentada o afuera, esperando a que la comida esté lista; no evitaría mirar a los ojos ni se pondría tan tensa.

–Ya que sabes tanto de lenguaje corporal, deberías saber que hay un sinfín de razones por las que te evitaría –reclamé–. Una de ellas, por si lo olvidaste, es que eres un pesado.

–Soy el encanto hecho persona; tú eres la pesada. Desde que tienes novio falso actúas como si ya no me quisieras.

–Nunca te quise. Todo lo que llegué a sentir por ti fue...

–Amor.

–Compasión. No sé cómo quieres que sea frente al sujeto que usó a su abuela para engañarme. Y esa señora...

–Oh, con que ahora es «señora». Cuidado con lo que dices de Baba.

–Es una mentirosa. Yo de verdad vi a mi abuela en ella, y con esa clase de sentimientos nadie debería jugar. Así que no esperes que ponga buena cara frente a ti, porque aún con todas las cosas malas que Dhaxton me hizo, lo tuyo fue lo que más me dolió.

–Lo sé. Por eso te pedí perdón.

–El perdón no vale cuando el daño ya está hecho. Eso es lanzar la piedra sabiendo que vas a lastimar. Si no quieres hacer daño, entonces no la lanzas.

–Puedo lanzar la piedra, hacer daño y arrepentirme en el camino. No soy perfecto.

–No te estoy pidiendo que lo seas; yo tampoco soy perfecta. Tengo muchos defectos, y uno de ellos fue creer en ti –señalé su pecho.

–Al menos dime qué puedo hacer para enmendar lo que hice.

–Puedes decirme a *quiénes* les temes.

Me agarró del brazo empujando la puerta de la tienda. Afuera, me liberé para increpar su repentina acción, sin embargo, verlo con una expresión seria me dejó perpleja unos segundos. Asumí que, dentro del local, con personas que pudieran escucharnos, era un riesgo que no deseaba afrontar.

–Si te lo digo, vas a tener que huir muy, pero muy lejos –advirtió–. Y yo estaré a seis metros bajo tierra.

Un bufido, mezclado con incredulidad se me escapó.

–Esa es la excusa barata que me das porque no quieres decirme todo lo que hay detrás. Sabes que nos ahorraríamos muchísimo trabajo si tan solo te atrevieras a soltarlo.

–¿Puedes ponerte en mis zapatos por unos segundos? –su aflicción no solo se reflejó en su rostro, sino también en el temblor de su voz.

–Si supiera más, quizás, un poco más, podría hacerlo. Por ahora, con la información que tengo y lo que haces, no puedo. Lo siento, pero me es imposible empatizar contigo sobre algo porque, por muy dañado que estés o por muy horrible que sean las cosas, nada justificará lo que hiciste.

–Hablas como si hubiera asesinado a alguien.

–Tres chicas desaparecidas –remarqué con determinación, los puños bien apretados, intentando no alzar demasiado la voz–. Tu amiga Agnes, Emma Williams y Agnes Holland. Tres chicas con las que ustedes jugaron y ahora están desaparecidas. Eso da mucho para pensar, ¿no crees?

–¿Jugar con Agnes? Era nuestra amiga, jamás jugamos con ella.

–La hicieron elegir entre ustedes, como trataron de hacer conmigo.

–Ella nunca fue parte del juego, jamás tuvo que elegir nada.

–Las cartas no dicen lo mismo.

–Nos enamoramos de ella, que es diferente.

Diría que su «nos enamoramos» me había sorprendido, pero, la verdad, al leer ambas cartas me había dado esa impresión. Entre ellos probablemente existía un extraño triángulo amoroso que acabó destruyéndolos al final.

–Y ella se enamoró de Dhaxton –continuó. Su voz era cada vez más imperceptible–, y cuando no supo lidiar con el peso de romper nuestra amistad, nos abandonó.

–Oh, así que ya no «desapareció». ¿Dejaste de buscarla tan rápido o era una mentira más?

Tomó aire, apretó los labios formando una larga línea, sus ojos se agrandaron y me señaló con un dedo, acercándose.

–No te haces una sola idea de lo preocupado que estoy por ella, por saber dónde carajo está, de saber si está bien... –Suspiró, como si expulsara todo lo que guardaba dentro–. Me estoy poniendo de tu lado porque quiero saber qué pasó con ella.

–¿De mi lado? –zanjé al instante–. Estás en medio, porque eres demasiado cobarde como para contar qué sucede. Eres un tibio –manifesté casi con desprecio–. Claro, el muchachito solo puede desperdigar migajas para que Raziel y yo sigamos el rastro mientras él se lava las manos.

Frunció el ceño, molesto.

–Mi información es la garantía para que me ayuden a encontrar a Agnes, de lo contrario, lo harían por su cuenta y yo por la mía.

–Acabas de darme la razón...

–Se trata de dar y recibir.

–Nos pones en riesgo a nosotros para conseguir lo que quieres.

–Estoy de parte de ustedes porque creo que son los únicos que pueden apoyarme en esto. He depositado mi confianza en ustedes porque creo que lo que hacen es justo.

Su respiración se fue tranquilizando poco a poco tras el silencio que había surgido por su declaración.

–Pero Dhaxton...

–¡Al diablo Dhaxton! –gruñó, ya falto de paciencia–. Esto no le concierne a él. Yo...

–Ya no confías en él... –concluí.

Una mueca de aflicción se formó en su rostro, la cual trató de ocultar bajando su perfil. La situación me recordó a la que viví con Solange, en cómo con un par de acontecimientos dejé de confiar en ella y me quedé tan sola que tuve que buscar refugio en la única persona en la que podía depositar mi confianza: Raziel.

–No es que ya no lo haga, es que nunca lo hice –murmuró, levantando la cabeza en dirección a la tienda. La persona que me atendió me mostró la bolsa con lo que pedí.

Seth fue el primero en volver a entrar, así que asumí que nuestra discusión había terminado, cosa que odié, porque siempre que hablaba con él acababa con más dudas que respuestas. Recibíamos las cosas cuando la lluvia repentina atacó de nuevo.

–No me jodas –se quejó Bellish mirando hacia el exterior–. Vamos a tener que correr.

–No exageres, no es tan lejos –refuté yo, acomodándome el gorro de mi abrigo para luego aferrarme a la bolsa con comida. Aguardé a que abriera la puerta para salir corriendo como si se tratara de una carrera.

–Cuidado, no te vayas a...

Apenas pisé fuera de la tienda, resbalé de manera estrepitosa, tirando la bolsa con comida a varios pasos de mí, y quedando de rodillas y manos en el asfalto. Seth no tardó en ayudarme, pero yo apenas pude mantenerme en pie.

–¿Estás bien? –me preguntó tras recoger la bolsa y volver al interior de la tienda.

Negué con la cabeza.

–Olvida lo de correr, me he golpeado las rodillas –dije en medio de un puchero.

–No te preocupes. –Me entregó la bolsa y se agachó, exponiendo su espalda ancha–. Te llevo en la espalda.

–No tienes que hacer...

–Escucha: Hoy me has hecho perder la paciencia de una forma que no te imaginas, así que hazme caso por una jodida vez en la vida y sube a mi espalda.

Odié acatar lo que decía, pero era absurdo reclamarle, así que, ahogando mi orgullo, me acomodé en su espalda.

–Mierda... –se quejó apenas apoyé mi pecho contra él–, qué frío.

Se puso de pie sin problema y pasó las manos bajo mis muslos.

–Agárrate bien –advirtió mientras ponía mis brazos sobre sus hombros–, y ruega a tu Dios para que no me caiga de hocico yo ahora.

Su último comentario no debería haberme hecho gracia, pero una escuálida carcajada se me escapó. ¿Cómo era posible que Seth me hiciera pasar del resentimiento a la risa en cuestión de segundos?

Me agarró con más fuerza y empujó la puerta, saliendo con rapidez de la tienda. Casi resbala en el mismo punto que yo, pero consiguió equilibrarse y seguir. Sus pasos se volvían más rápidos, y se fuero convirtiendo en un trote seguro bajo la lluvia. Me aferré con fuerza a su cuello, enterrando mi perfil en su cabello mojado. Olía a champú de flores y perfume.

–Oh, mierda...

Su voz me trajo de vuelta del mundo de los olores.

–¿Qué pasa...?

No necesitó responderme. En la distancia restante estaba un mojado Dhaxton fuera del estudio.

–¿Qué demonios? –interrogó Seth, bajándome al llegar junto a su amigo.

Dhaxton alternó la mirada entre Seth y yo, ensombrecido y con la mandíbula apretada.

–¿Por qué tardaron tanto? –nos preguntó con voz ronca. Ni siquiera aguardó por nuestra respuesta; entró al estudio con los puños apretados y dejando unas manchas de lodo en el piso.

–No fue nuestra culpa –se excusó Seth–. Bueno, en parte, porque si cierta persona no se hubiera caído...

–¡Cállate! –le ordenó su amigo, volviéndose con los ojos inyectados en sangre.

Un mal presentimiento recorrió mi cuerpo.

–Dhaxton, ¿qué ocurre? –dije, temerosa.

–El gato...

Me llevé una mano a la boca para silenciar mi grito ahogado. Pese a no poder caminar bien, subí rápido por las escaleras para encontrar al pequeño minino en la canasta.

–¿Está muerto?

Busqué la negación de Dhaxton, pero él demostró todo lo contrario.

–Eso parece –emitió Seth, examinando al pequeño gato tendido entre las mantas.

Algo se formó en mi pecho. El dolor en mi pecho se transformó en un bulto que subió a mi garganta, obstruyéndola. Unos deseos de llorar me atacaron, aunque intenté no hacerlo mordiéndome la boca.

–Al parecer sí; está muerto –la voz de Seth me indicó que también estaba reteniendo el llanto. Sin embargo, había cierta frialdad en ella que me dejó pensando–. ¿Cómo pasó?

–Se me cayó de las manos –dijo Dhaxton en voz baja. Mantenía la distancia, reacio a acercarse más. En sus ojos no había brillo y estaba más pálido de lo normal. Sus puños estaban bien cerrados.

Mi celular sonó anunciando que ya era hora de irme al trabajo. Seth, al verme, comprendió qué ocurría.

–Dile que no podré ir. –Sé que se refería a la jefa–. Vamos a darle a este pequeñín un entierro digno –añadió con voz átona.

Me quedé quieta sin saber qué decidir. Miré el canasto, el cuerpo sin vida del gato, provocando que todas mis ganas de llorar volvieran.

–Vamos, vete –insistió Seth, casi echándome a patadas–. No tienes que ver esto.

Quise buscar en Dhaxton ese «no, quédate, te necesitamos», pero se hallaba tan descompuesto y serio que ni siquiera reaccionó.

Antes de salir, Seth me detuvo del hombro. Tuve la falsa idea de que me pediría que me quedara, sin embargo, quedó a un lado al fijarme que sostenía un paraguas.

–Ten cuidado afuera.

Tener una caída –de nuevo– era lo que menos me preocupaba, estaba demasiado nerviosa por lo que había sucedido con el pequeño gato y lo de Happy Little Tea. Necesitaba hablar con Raziel para despejar la mente. Él me daba cierta seguridad que me decía: «todo estará bien».

Al llegar al trabajo no fue raro que la jefa me mirara con cara de «de nuevo esta chica con sus cosas extrañas». Le comenté que Seth no podría venir, pero no pareció darle importancia y siguió

su camino. En mi objetivo de buscar a Raziel me asomé por los vestidores, la bodega, los baños e incluso el cuarto de limpieza. ¿Resultado? Nada. Había desaparecido. Decidí ir a la sala de descanso, donde me asomé por la puerta con timidez.

–¿Buscas a Raziel?

Camille casi me dio un ataque. Di un salto en mi lugar y giré hacia ella con rapidez.

–No... –dije tras tranquilizar mi acelerado corazón. Ella no parecía creerme–. Sí... En realidad, sí.

–No vino a trabajar. –Entró a la sala, actuando con naturalidad–. La verdad es que dudo que lo haga ahora que consiguió un nuevo empleo mejor pagado, aunque, conociéndolo, seguro que vendrá a echar una mano cuando las cosas se pongan intensas.

Sí, Raziel tenía un vínculo fuerte tanto con ella como con la jefa, por eso dudé que dejara de trabajar en el cine pese a que la paga en el otro trabajo era buena.

–Es un poco llevado de sus ideas, ¿no? –dijo con cierta mueca en la cara. Era un tanto incómodo hablar de Raziel sin que estuviera presente, sobre todo con su exnovia, aunque eso a ella no parecía molestarle.

–Creo que él y yo coincidimos un poco en eso –admití, esbozando una sonrisa para ocultar mi inquietud.

–Lo dudo. Él siempre va más allá de lo que tiene a la mano para conseguir lo que desea, llegar a su fin, y jamás permite que alguien o algo lo detenga. Incluso si eso le cuesta hacer sacrificios.

–De eso ya me percaté...

–Es extremista y en cierto punto obsesivo –dijo, y luego suspiró–. Pero lo entiendo; no la ha tenido fácil.

A falta de respuesta, el silencio se convirtió en una soga que amenazaba con sofocarme. Camille me miraba con una sonrisa, como si realmente le agradara; pero cuando yo la miraba, solo pensaba que tal vez Raziel había terminado con ella por mí.

–Yo quería disculparme –dije tan rápido que apenas yo me entendí.

Camille ladeó su cabeza, arrugando las cejas.

–¿Por qué?

–Sabes que entre Raziel y yo...

–Ah. –Hizo una pausa y luego rio–. Descuida, no te sientas mal. No es como si me doliera demasiado.

–Aprecio que te lo tomes tan bien, pero yo de verdad me siento mal por eso. Debimos pensarlo mejor...

–No te preocupes –apoyó una mano en mi hombro–. Entre él y yo hay una buena amistad. Creo que él siempre lo ha preferido así.

–Incluso si de su parte lo que siente es amistad, yo jamás debí interponerme en su relación. Así que... perdón.

–¿Te gusta?

La pregunta fue tan repentina que enrojecí.

–¿Qué?

–¿Sientes una atracción hacia él? –aclaró, pese a que su primera pregunta había sido bastante clara.

Me mordí el labio conteniendo toda la frustración. Era complicado responder teniendo en cuenta que jamás sentí las benditas mariposas en el estómago por alguien o me había enamorado.

Sería erróneo decir un «sí» y temí que, al admitirlo, luego me rompiera el corazón. Pero, para ser honesta conmigo misma, tampoco podía negarlo.

–Creo que sí –respondí finalmente, asustada por la reacción que Camille tendría.

–Bueno –carraspeó y su sonrisa se amplió–, creo que tú también le gustas a él. Como su amiga tengo que decírtelo. Pero...

Una llamada entrante la interrumpió. Era de Raziel. Llamaba para decirme que estaba trabajando, pero que nos reuniéramos en su departamento al otro día.

Al cortar, descubrí que Camille tenía una mueca de pesar que me dejó inquieta. Seguramente había visto la foto que Raziel y yo nos tomamos en su departamento.

–Lo siento –dije, tímida, y guardé mi celular con disimulo–. ¿Qué querías decirme?

En ese momento, y por primera vez, vi a Camille indecisa. Endureció su mueca inquieta y miró hacia los lados en lo que decidía responderme. Noté que jugaba con sus manos y su postura se había vuelto más cerrada, como quien guarda un secreto que no puede revelar. Y, por una fracción de segundo, creí que este sería el caso, pero entonces ella me miró directamente a los ojos, armándose de valor, y habló:

–Creo que necesitas saber algo importante sobre Raziel.

–¿Qué cosa?

Ahora yo estaba inquieta.

–Por mucho que le gustes, él siempre pondrá sus propósitos por delante. –Hizo una pausa para contemplarme. Yo estaba seria, casi sin darle peso a sus palabras. Así que continuó–: No lo digo porque sea una pésima persona que quiere hacer daño; si pone por delante sus propósitos es porque lo han dañado. Hay dos razones poderosas que motivan a las personas con tanta fuerza que probablemente llegarían hasta el fin del mundo: el amor y la venganza. Las motivaciones de Raz son ambas. Él ama a su hermana y también está dispuesto a vengarse con el mismísimo Dios por lo que le hicieron.

Aquella advertencia me quedó rondando en la cabeza. Sí, desde que conocí a Raziel me había dejado las cosas claras, sabía que entre los dos había una relación de conveniencia, pero, por alguna razón, sentía que detrás de las palabras de Camille se escondía un secreto más.



Adivina, buen adivinador, quién de los estudiantes está locamente enamorado de Dhaxton Crusoe.

¡Así es! Grey Shallow, nuestra bella estudiante de Arte.

*Para los que no la conocen, aquí tendrán una breve descripción de su horrenda persona. Grey Shallow viene de una familia acaudalada y no es feliz ☹ ¿Por qué? Porque todo le sale mal. Primero ha ingresado a estudiar Arte en la academia y ni siquiera es una buena estudiante.*br/>*¿Talento? Ella no lo conoce y siempre tiene que vivir bajo la sombra de su enamorado.*

¿Sombra? Mejor digamos que otra cosa... ejem 🍆💦

Querida, sabemos que no somos nadie para cuestionarte, o sea, allá cada uno con su libertad sexual ☠ Pero estamos seguros de que ninguno le haría favores a un asesino como Dhaxton.

Upssssss, ¿dije asesino? Quise decir: a un maravilloso artista* * * (Je, no, no lo es)
Pero ¿por qué es relevante saber que esta fracasada está enamorada de Dhaxton? Simple, ¿alguno recuerda a nuestro corderito Agnes? ¿Emma Williams? (ambas chicas desaparecidas, por cierto). Pues resuuuulta que las dos fueron amiguitas de Grey y ella se encargaba de que estas se relacionaran de alguna forma con Dhaxton.
¿No les parece curioso?
¿Será que los celos hicieron de las suyas? 😱
¿Será que ayudó a «desaparecerlas»?
Lo único claro aquí es que Grey Shallow vendió a todas sus amigas por un amor no correspondido. 🤡
Pobre tonta.

La nueva publicación de Happy Little Tea había llegado en el momento exacto, en la hora pico de la cafetería, cuando todos estaban listos para el desayuno. Fue Vivian quien me enseñó la pantalla de su celular después de haber dado un grito ahogado que nos dejó paralizadas a Lucy y a mí.

Fue extraño tener a Lucy enfrente, igual de impactada que Vivian, y que la persona que escribió tal cosa sonara igual a ella, como si fueran la misma persona. Pero eso era imposible, porque además de no haber tocado su celular en toda la mañana –según vi–, ella no sabía sobre Grey y mucho menos sobre lo que pasó con Agnes y Emma.

–¿Qué demonios ha sido esa publicación? –interrogó Vivian. Su expresión era de asco, un desagrado total.

–Si yo fuera Grey –comentó Lucy, retomando su comida–, me metería en el último cubículo del baño y no saldría de ahí jamás. –Vivian le dio la razón moviendo su cabeza con asertividad–. ¿Y qué es eso de Dhaxton asesino?

Vivian y yo nos miramos conscientes de que sabíamos más del asunto, y al mismo tiempo sin saber si era apropiado decírselo.

–Lo dice a modo de broma, ¿cierto? –continuó la ingenua Lucy.

Contuve la respiración, deseosa de que esa última pregunta no fuera dirigida a mí, pero ambas chicas me miraron buscando una respuesta.

–Claro que sí –expulsé todo de sopetón y reí como si aquella pregunta fuera totalmente estúpida–. Seguro lo dice porque quiere alarmar a todos.

–Tiene sentido. La página fue creada para revelar los secretos de Dhaxton y Seth. –Vivian se encogió de hombros–. Se nota a leguas que tiene algo en su contra y busca avergonzarlos. Aunque hasta ahora no ha dicho nada de ellos.

–Debe estar tanteando el terreno –dijo Lucy, formando una sonrisa torcida de «todo lo sé»–. La persona detrás está tratando de ser yo, pero seguro tiene miedo a revelar demasiado.

–Es que hablar de ellos es peligroso –le advirtió Vivian a Lucy.

–Por eso –le dio la razón Lucy, extrañamente animada. Había sacado su lado detectivesco a relucir–. Quiere ver hasta dónde tiene permitido llegar, probando primero a personas con menos relevancia como Grey. Si funciona, tengan por seguro que vendrá algo grande.

–Una persona cautelosa y metódica. Qué interesante –opinó Vivian, pensativa–. ¿Tú cómo sabes que pasará eso?

–Porque es lo que haría yo. –Mi compañera había demostrado que su razonamiento era más simple de lo que parecía, pero no le faltaba razón.

–Suenas tan inteligente... –le dijo Vivian y le agarró la mejilla para moverla como gelatina–. ¿Cómo es posible que te pilláramos con tanta facilidad?

Aquella pregunta me sacó una sonrisa. Lucy fingió estar ofendida y Vivian le sacó la lengua para fastidiarla. Era impresionante que luciera tan infantil al lado de Lucy; conmigo el trato era muuuy diferente.

De pronto, Vivian dejó de sonreír y reparó en la figura alta que se plantó junto a nuestra mesa. Grey, de brazos cruzados y expresión de pocos amigos, nos miraba desde su altura con un semblante que emitía malas vibras.

–Levántate, tenemos que hablar.

Esa orden iba dirigida a mí. La tensión de nuestra mesa se podía percibir, pero también se propagó hacia los alrededores. Grey, la reciente víctima de Happy Little Tea, en el comedor, no dejó indiferente a nadie.

–Hablemos aquí –ofrecí–, delante de todos si es que tienes las agallas.

Mis palabras hicieron que se diera cuenta de que era el centro de atención, de que muchos murmuraban a su espalda y que era señalada como la pésima amiga que fue todo el tiempo que trató conmigo. Siendo el centro de las malas miradas, su expresión, que trataba de ser dura, flaqueó.

–No, vamos a otro sitio –insistió, sacando a relucir su tono autoritario.

–¿Que no la oíste? –increpó Vivian antes de que yo pudiera responder–. Te ha dicho que hablen aquí.

Grey masticó sus palabras y regresó conmigo. A juzgar por cómo me miró, algo me dijo que no nos haría caso, que dentro de todo su cuerpo había fuego, lava y gases, todo hirviendo para hacer erupción. Si hablaba, iba a escupir fuego y no temía quemarme.

–¿Tú eres quien maneja Happy Little Tea?

Unas carcajadas nos atacaron a mí y a Vivian. Me negué a tener que responderle a tan absurda pregunta. Desde que supe de la página había estado en su contra, ella lo sabía, mi risa lo probaba.

–No estoy interesada en exponer tu vida. No me interesa publicar ese tipo de cosas porque ya están expuestas y, siendo clara, eres irrelevante para mí.

La soberbia en mi franqueza le molestó. Apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia mí, dejando caer su cabello lacio y rubio sobre su hombro. El azul de sus ojos resaltó en medio del rojo de sus ojos y brillaron frente a las luces del lugar. No sé si estaba a punto de echarse a llorar o de atacarme.

–¡Borra la publicación que hiciste! –ordenó haciendo pausas entre cada palabra, sin pestañear.

Que se alterara solo complicaba las cosas y atraía a más personas. Vi que Logan se puso de pie. Por otro lado, Solange llegó a nuestra mesa para agarrar a Grey y que ella no se abalanzara sobre mí.

–Grey, calma, no vale la pena... –le dijo para tranquilizarla.

La intensidad del rojo en los ojos de Grey se tornó más oscura y las lágrimas se le acumularon en el rabillo. Iba a echarse a llorar, pero al parecer su orgullo pudo más. Inspiró hondo, pasando de todo, y se dispuso a cruzar el comedor.

–Estuvo muy mal lo que hiciste –recriminó Sol en un extraño tono de decepción.

La rabia se apoderó de mí y me levanté estrepitosamente, justo antes de que se diera media vuelta para seguir a Grey.

–¿Qué hice? –le cuestioné con los puños cerrados y el pecho agitado–. ¿Darles mi amistad? ¿Caer en sus mentiras? ¿Creer que el cariño era recíproco? ¡¿Qué?! –insistí, caminando hacia

Sol. Grey se giró sobre sus talones al escuchar mi grito, que había resonado hasta el rincón más escondido–. Porque ambas me han intentado engañar. Tú has preferido a un chico –apunté a Solange– y tú... –me dirigí a Grey–. Bueno, ya lo dice la publicación.

–¡Eres tú! –persistió ella y regresó a mí.

–No, te aseguro que yo no soy la persona detrás de esa página. Las dos saben que yo jamás estuve de acuerdo con que se expusiera a las personas de esa forma, pero me complace saber que, por lo menos en esta maldita academia, alguien tiene las agallas de exponer la horrible persona que eres.

Levantó la mano. Iba a golpearme. Traté de cubrirme con mis brazos, escondiendo la cabeza entre los hombros, pero Logan la frenó en el acto.

–Grey, ¡ya basta! –demandó. Su mano la sostuvo con firmeza. Grey estaba tan impactada que volteó con los ojos muy abiertos, pálida y, al mismo tiempo, compungida–. Drey tiene razón, ustedes la engañaron. Se supone que eran sus amigas, pero lo que hicieron fue todo lo contrario. Antepusieron sus intereses por encima de ella. Y luego preguntan por qué las dejan...

Una mueca de desprecio ocupó el rostro de Logan. Liberó de su agarre a la rubia y dio un paso hacia mí, como si buscara ser el escudo que me protegía de las palabras. Grey, ya sin fuerzas y completamente derrotada, miró alrededor percatándose del alboroto que había creado. Pero fue la aparición de Dhaxton y Seth lo que la hizo llorar y provocó que saliera huyendo. Sol fue detrás de ella mientras Logan y yo nos quedamos de pie sin saber qué hacer. ¿Ir tras ellas o quedarnos a terminar el ahora frío almuerzo? Fue el timbre el que nos presionó a pensar rápido. Bastó que nos miráramos una sola vez para decidir ir detrás de las chicas.

Mientras las buscábamos me pregunté por qué. Fui, de alguna manera, traicionada por ambas. Su engaño y falsa amistad me había dejado un vacío del que todavía no me podía desprender y me obligó a estar aferrada a una soledad que jamás esperé sentir. Conocí a Solange en el internado, varios años de amistad acabaron por su afán de agradarle al resto y, aun así, la buscaba.

–¿Estás bien?

Logan me miró confundido.

–No –admití. Mis pasos cesaron–. No entiendo por qué estoy haciendo esto. Solange me cambió por Brind y les habló de mí a tú-sabes-quiénes para que me sedujeran. Y Grey todo este tiempo actuó para su beneficio. Debería odiarlas, dejar que todo lo malo que me ocurrió les pegue de vuelta, exponer todo lo que sé y destruir su reputación. Pero... no puedo.

–¿Recuerdas lo que te dije una vez? ¿Que por mucho que intente ser otro no puedo ir contra mi naturaleza?

Sonreí melancólica tras recordarlo.

–Lo recuerdo. Me lo dijiste después de saber que entre Brind y Sol había algo.

–Sí... –Suspiró y se apoyó junto a mí en una pared del solitario pasillo–. Tal vez guardar rencor no está en tu naturaleza, y eso está bien. Es algo que admirar, sin duda. No tienes que ser su amiga o volver a tratar con ellas, pero tal vez necesitas sacar ese dolor que guardas para tener algo de paz. Vamos, yo estaré contigo.

Logan sonó como un chico tan maduro que me produjo ternura.

Retomamos la búsqueda, esta vez con pasos más calmados, pues ambos asumimos que a nuestra siguiente clase no íbamos a poder entrar.

–¿Y tú por qué ya no les hablas? –me surgió esa duda.

–¿Por qué querría hacerlo? –espetó como si mi pregunta fuese absurda–. Si me alejé de ellas

fue para que todo lo malo que están planeando no me salpique. –Detuvo el paso y miró el suelo unos segundos en busca de su determinación–. No te lo dije porque no tenía las agallas de hablar contigo al respecto, pero sobre lo que las chicas te hicieron... –esa fue una pausa dramática–. Yo no tenía idea, lo juro. Cuando supe que algo andaba mal entre ustedes, les exigí decirme qué era. Fueron muy obstinadas hasta que se rindieron.

Mi interés despertó.

–¿Qué fue lo que te dijeron?

–Que estaban coludidas con el chico A y el chico B para que jugaran contigo, algo así como una apuesta.

Juego y apuesta sonaban tan... superficial. Ahora, con la información que manejaba, sabía que eso era una simple fachada para todo lo que se escondía detrás. Esto jamás había sido un juego o una especie de apuesta para medir sus deslumbrantes egos.

–Apenas me contaron lo que planearon decidí alejarme definitivamente y bloquearlas de todos sitios. Lo lamento.

–Ya no importa. Si algo he aprendido de esto, es que seré más cuidadosa con las amistades que haga, con las extrañas coincidencias que me ocurran y a no confiarme de todo lo que me dicen. Tú deberías hacer lo mismo.

Luego de unos minutos, hallamos a Solange y Grey en las gradas, sentadas en silencio una al lado de la otra. Fue Grey quien se percató de nuestra presencia y codeó a Sol para que saliera de su letargo.

El estómago se me revolvió y perdí la capacidad del habla cuando me encontré frente a ellas. Pero no fue necesario que yo dijera la primera palabra, pues Grey se levantó, colocó las manos en sus caderas y se dirigió a Logan:

–Gracias por dejarnos en ridículo –se quejó y luego me miró a mí, con los ojos hinchados y la nariz roja–. Pudimos ahorrarnos todo el espectáculo si aceptabas hablar en privado.

–Algunas cosas deben ser expuestas. –Crucé los brazos sobre mi pecho en rechazo a su postura–. Tómalo como una pequeña venganza de mi parte.

–¿Vienes a admitir que estás administrando esa página?

–Te lo repetiré una última vez: yo no manejo esa página. Como te dije, no estoy interesada en publicar obviedades. –Su mandíbula se apretó al escuchar lo último–. Tampoco deseo hablar pestes de ti porque tu existencia se ha vuelto irrelevante para mí desde que supe lo que has estado haciendo.

–Entonces, ¿qué haces aquí? –preguntó con hastío–. ¿Disculparte?

–Vine a decirte que, aunque no lo justifico, lo entiendo. –La confusión se vio en el rostro de los tres–. Entiendo por qué has decidido participar en este «supuesto juego». Tú también sientes miedo, ¿verdad?

Lo último hizo que se diera cuenta de que mis palabras iban más allá de la información que reveló Happy Little Tea, de su enamoramiento hacia Dhaxton, de haber engañado a Agnes y Emma.

–Cuando hablaste de que no querías decepcionar a tu familia... no solo lo decías por haber entrado a estudiar Arte, lo decías porque detrás de todas las cosas que hiciste para Dhaxton y Seth, tu mayor miedo es no lograr lo que te encomendaron.

Abrió los labios con sorpresa.

–¿Cómo lo sabes...? –formuló con dificultad–. ¿Quién te dijo eso?

–Tal vez no soy la chica inocente que creían –contesté–. Quizás escogieron a la chica

equivocada. Me dolió saber que lo de las piedras fue planeado, que ese enojo hacia Dhaxton y Seth fue una actuación. Todavía duele –toqué mi pecho–. Pero este padecimiento se ha convertido en mi fortaleza. Podrías hacer lo mismo con tu miedo. Y Solange... ¿Qué puedo decirte que no te haya dicho ya?

Mi examiga agachó la cabeza, sintiendo, supuse, el peso de la culpa.

–Lo siento –pronunció, jugando con sus dedos.

–Yo también lo siento. No debí amenazarte con lo del video. Estaba molesta, pero eso no justifica mi actuar. A decir verdad, ya no quiero pensar en ti, por eso te lo digo –me di media vuelta dispuesta a irme. Pero un pensamiento se me cruzó por la cabeza al ver a Logan–. Ah, otra cosa: debiste elegir mejor –le di golpecitos en el hombro a Logan–. Vámonos.

Fue inesperado que Logan me obedeciera sin siquiera haber emitido una palabra.

–¿Qué ocurre? –le pregunté de regreso a clases.

–No sé si admirarte o temerte –respondió y una sonrisa nerviosa se le asomó entre las comisuras de los labios.

–¿Por qué no las dos? –inquirí–. Es broma. Yo solo quería ser dura con ellas y sufrir en silencio.

–Sufrir en silencio –repitió con ensoñación, como si se tratara de una meta inalcanzable pero deseada–. Suena bien.

Ambos reímos. El ambiente se transformó en uno armonioso y amigable. Se notaba que entre nosotros no había problemas, rencores o sentimientos de malicia. Los dos queríamos el bien del otro.

–Gracias por ser sincero conmigo desde el principio, Logan.

–Gracias a ti por demostrarme que puedo ser bueno sin dejarme pisotear –respondió con voz profunda y calmada–. Ahora volvamos a clases... si es que nos dejan entrar. ¿Vienes?

–¡Claro! Pero no creas que no me debes algo.

–Ah, sí, lo del chico... –sonó pensativo–. Tranquila, un amigo se está encargando de eso.

Capítulo 12
Al caer la noche su verdad sale a la luz

AUDREY

Después de terminar una prueba por la tarde, decidí pasarme al departamento de Raziel. Él me estaba esperando, pues apenas golpeé la puerta me abrió. Vestía su típica camiseta de tirantes y un pantalón de pijama holgado. Me sentó bien saber que no era la única que en su tiempo libre vestía pijama.

–¿Traes algo nuevo? –quiso saber una vez que me senté en la sala. Lo miré desde mi pequeñez con ojos de borrego–. ¿Pasó algo malo? –se sentó junto a mí.

Las palabras de Camille se reprodujeron en mi cabeza. Las prioridades de Raziel estaban lo bastante claras como para hacer de mis suposiciones una realidad, por eso, decidí ir al grano.

–¿Tú reabriste Happy Little Tea?

Entre todas las posibles preguntas, a juzgar por la expresión de Raziel, la que menos se esperaba era esa.

–Eso podrías preguntárselo a la chica que lo maneja, yo no tengo nada que ver ahí.

–Desde que la pillamos Lucy ya no está a cargo de la página.

–Entonces te mintió.

Traté de escarbar dentro de los pensamientos de Raziel para pillar la trampa detrás de su respuesta. Pero algo me dijo que no tenía idea de qué hablaba.

–¿Sabes que Happy Little Tea volvió?

–Acabo de saberlo –me señaló como diciendo «tú acabas de decírmelo»–. Lo que no entiendo es qué hay de relevante en ello. La chica esta, Lucy, la reabrió para...

–El problema –alcé un poco la voz para interrumpirle– es que no es ella. Reabrieron la página con la intención de exponer los secretos de Dhaxton y Seth.

–Un fin bastante acertado.

–Y extraño. –Busqué mi celular en lo más profundo de mi bolsillo–. Es claro que Dhaxton y Seth tienen muchísimos enemigos, gente que los odia por diversas razones, pero dudo mucho que sepan lo que nosotros sabemos.

Le enseñé la publicación. Raziel se inclinó para leerla mejor, sin expresión y en completo silencio, y volvió a enderezar la espalda en el sofá.

–En efecto. La persona que escribió eso sabe lo mismo que nosotros. No cualquiera se atrevería a llamar asesino a Crusoe. ¿Por eso creíste que era yo?

–¿No lo eres? –necesité su respuesta más certera.

–No.

Esa era la confirmación que deseaba de su parte. Pero, por alguna razón, me sentí regañada. Quizás porque fue una respuesta corta y seca, o tal vez porque lucía ofendido por mi desconfianza.

Percibí que la mirada de Raziel, esa que era perspicaz y poco reveladora, se posó en mí.

–¿Qué hay de ti?

–Yo tampoco soy quien la maneja. Estoy en contra de esa página desde que supe de su existencia. Además, sería bastante obvio que se trata de mí y no estoy en condiciones de soportar más escándalos. Hoy Grey me echó toda la culpa y estuvo a nada de volver a golpearme; por suerte Logan me defendió.

–Al menos dime que Grey obtuvo lo que merece.

–Pues hizo el ridículo frente a media academia. Algo es algo.

Raziel dibujó en su rostro una sonrisa torcida y llena de satisfacción.

–Volviendo a la página. Yo te recomiendo dejarla estar, ve qué tan lejos llega con sus secretos. Está haciendo el trabajo por nosotros.

–El problema es que todo lo que revele me apuntará a mí.

–Dudo mucho que Crusoe y Bellish te tomen como sospechosa de crear la página. En tal caso, buscará a otro culpable.

Algo atrajo mi atención de lo último que había dicho.

–¿Buscará? ¿Por qué lo dices en singular?

–¿Quiénes, además de nosotros dos, sabe lo que está ocurriendo detrás de la bonita fachada de Dhaxton y Seth? –preguntó con lentitud, permitiendo que procesara su pregunta.

–Ellos –contesté con obviedad.

–¿Y cuál de los dos nos ha propuesto ayuda?

–Seth.

–Ahí lo tienes. El único que estará buscando a la persona detrás de la página será Crusoe.

Tenía sentido, la verdad. Seth ya había usado la página para salvarme el trasero de lo que decían los estudiantes y exponer a Noah y a la profesora. Desde mucho antes se mostró dispuesto a mancharse las manos para conseguir su objetivo.

–¿Averiguaste algo sobre el ataque de Dhaxton?

–Nada confirmado, pero actuó un poco extraño cuando fui a verlo. Tomó la iniciativa de contarme que en ese deplorable estado me había confundido con su madre, pero antes me agarró del mentón y quiso comprobar que «realmente era yo».

Raziel emitió una risa nasal.

–A los mentirosos siempre se les atrapa por hablar de más.

–Eso explica por qué sacarte información es tan complicado –lo provoqué, obteniendo una mirada de incordio de su parte–. ¿Te has sentido tocado? –me burlé y le sonreí con malicia.

–No me provoques, mocosa.

–Lo lamento, a veces olvido que debo respetar a mis mayores.

Esa muestra de desdén provocó que sacara su lado más malvado y me picó las costillas con un dedo, provocando que me moviera de manera compulsiva. Yo obtuve mi revancha descubriendo que Raziel también tenía un lado cosquilloso. Se veía adorable... Lástima que nuestro infantil juego acabó con él accidentado de la espalda.

–Si me hubieras dado el masaje que prometiste estas cosas no pasarían –me reclamó.

–¿Todavía te duele la espalda?

Asintió en silencio.

–Iré a descansar un rato –dijo levantándose para ir al cuarto–. Anoche trabajé hasta tarde. Mi casa es tu casa, Angelito.

Muy lindo y todo, pero en su departamento no había demasiado que hacer y tras unos minutos allí me aburrí como nunca antes. Decidí buscar una excusa para hablar con Raziel.

Me asomé por la puerta de su habitación.

–Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en aparecer –resopló y se apoyó en la cama–. ¿Qué quieres?

–¿Quieres el masaje? –ofrecí.

Enarcó una ceja.

–Luces como el prota loco de *El resplandor* –increpó con desagrado.

–¿Vas a quererlo o no?

–Bien. Ven –se puso de pie y acomodó el edredón para sentarse luego. Yo me situé detrás de él, por la parte de la cabecera–. Sé cuidadosa.

–No voy a romperte la columna si eso es lo que te preocupa –me quejé, a lo que respondió con un bostezo.

Empecé a masajear su espalda y seguí con sus hombros. Esa técnica la usaba con mamá cuando llegaba del trabajo adolorida. Con mis pulgares fui subiendo por su columna, luego hasta su cuello. Me quedé un momento masajeando la zona y continué con los hombros. Raziel parecía totalmente ido, aunque en ocasiones lo escuchaba jadear, como si le doliera. Con mi palma recorrí la anchura de sus hombros y masajeé en círculo volviendo a su cuello. Así repetí hasta que mis manos empezaron a enrojecerse por el exceso de tacto. Tomé sus hombros y apreté con cuidado, acercándome para ver su expresión.

–Estás muy callado. ¿Ya te sientes bien?

Levantó la cabeza, observándome con esos enormes ojos azules y penetrantes.

Una sonrisa maliciosa se le asomó.

–Nunca estuve adolorido; en realidad, era una excusa para que me dieras el masaje –confesó.

Lo empujé, ofendida, mientras él reía.

–Eres un mal... –me mordí la lengua para no maldecirlo–. Bien, ahora es tu turno –le reclamé, quitándome mis abrigos y quedando con mi camisa de tirantes.

A regañadientes, se levantó para desplazarse a mi espalda, al mismo tiempo en que yo tomaba su lugar. Su peso sobre la cama causó un desequilibrio del que apenas pude sostenerme. Un escalofrío placentero me recorrió al sentir el calor de su cuerpo en mi espalda y su respiración pesada chocar con los cabellos de mi nuca. Colocó ambas manos en mis hombros como apoyo al pasar sus piernas a mi costado. Viendo la clase de viejo malhumorado que era, juraría que podría rodearme con sus enormes piernas y hacerme una llave en venganza. Pero actuó muy diferente a lo que sospechaba. De manera delicada, tomó mi cabello entre sus manos para hacerlo a un lado, exponiendo mis hombros. Cerré los ojos cuando sus manos tocaron mi piel y sus pulgares se fundieron en movimientos circulares cerca de mi cuello. Se tomó su tiempo para moverse de un lado a otro, frenando en las zonas de tensión y nudos, y luego volvió a mi cuello para acariciarlo de arriba abajo. Era tan relajante que no tardé en perder el razonamiento, en olvidar mi enojo, en bajar la cabeza y cerrar los ojos entregada a los brazos de Morfeo.

–Aún no, Angelito –susurró junto a mi oreja sosteniendo mi barbilla con su mano. Buscó mi rostro por encima de mi hombro, encontrándome con sus labios–. No hemos terminado todavía.

Metió ambas manos por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos y los masajeó con la misma delicadeza de antes. Sus manos eran enormes, los cubrían por completo. Pero necesité sentirlo más, así que metí una mano bajo mi ropa, alcancé la suya y apreté, guiándolo para que hiciera lo mismo. Él obedeció, dispuesto a satisfacer hasta el más pequeño de mis caprichos; por eso me entregué al placer que deseaba entregarme. Dejé caer mis brazos y apoyé mi cabeza en su hombro, rendida a él.

–Quién diría que la linda e inocente chica de iglesia es tan descarada –dijo con el fin de fastidiarme.

–Calla... –pronuncié, avergonzada.

–Pero quién soy yo para negarme a ella –añadió y besó el lóbulo de mi oreja.

Su presión en mis pechos fue más intensa y sus movimientos más rápidos, rozando la cúspide y endureciéndola. Por detrás, en mi hombro desnudo, comenzó a dejar un trazo de besos hasta llegar a mi cuello y empezó a succionar.

Suspiré a gusto, totalmente plena.

Pero Raziel tenía otros planes.

Con una mano, desabrochó mi pantalón y se deslizó bajo mis bragas. Su mano estaba caliente y yo dispuesta a que hiciera lo que quisiera conmigo. Acarició mi vulva, presionando con dos dedos mis pliegues. Por inercia, lo agarré al moverse de arriba abajo a un ritmo pausado, pero me dejé llevar consumida por la placentera sensación que me provocaba.

–Abre las piernas –susurró y cedí a su orden, abriéndolas para que me pudiera recorrer sin problemas.

Todo el calor de mi cuerpo se condensó en mi entrepierna y mis movimientos anhelantes llevaron a que me meneara pidiendo más mientras liberaba los primeros jadeos.

–Raziel, por favor... –supliqué.

–¿Qué ocurre, Angelito?

–Rápido... –jadeé, llevando una mano a su cuello para aferrarme al cabello de su nuca–. Más rápido.

Al contrario de mi petición, cambió a un ritmo lento y suave.

–Esta es mi venganza –farfulló tras mi oreja, lleno de resentimiento. Tomé su mano para guiar los movimientos, pero se negó a seguir–. Que esto te sirva para que aprendas a respetarme.

–Eres un ser horrible...

–Lo sé... –Unas suaves caricias se le escaparon y besó mi cuello–. Puedo ser peor, pero... me pones demasiado.

Masajeó de nuevo a una velocidad más frenética, como si estuviera desesperado por llegar a mi punto más extasiado, pero lo suficientemente cuidadoso para no lastimarme. Justo como yo deseaba. Sus movimientos rápidos hacían que mi cuerpo se contrajera de placer, agitara mi respiración, que emitiera sonidos cortos.

Detrás noté su dureza contra mi espalda, casi rozando mi trasero.

De pronto tuve deseos de tocarlo. La vez anterior no lo había hecho, y me daba algo de vergüenza admitir que me causaba cierta curiosidad. Así que lo hice: lo acaricié por encima de la tela de su pantalón, provocando que Raziel dejara escapar un gemido y, por un instante, se olvidara de mi placer. Escucharlo vulnerable me sedujo todavía más; di el siguiente paso y metí mi mano bajo su pantalón para tocarlo. Era grande, grueso y se sentía un poco diferente a como lo imaginé. Ajusté mi mano a su alrededor y comencé a masajearlo, subiendo y bajando por su longitud. Quería ser delicada, pero cuando mi cuerpo tembló, mis muslos se tensaron y una ráfaga de frío recorrió mi columna, lo apreté sin piedad. Raziel se quejó ante mi estrujamiento y se detuvo en lo que yo me retorcía por la excitación. Llevó sus manos a mis caderas y me obligó a recostarme. De pie, me miró desde la altura con perversidad. Lentamente deslizó mi ropa por mis piernas hasta quitármela por completo. La dejó a un lado, solo dejándome con mi camiseta. Él esta vez se quitó toda la ropa, quedando desnudo, para mi deleite. Con la mano alrededor de

su erección, se dirigió a un cajón y sacó un preservativo; se lo puso y volvió a mí, poniéndose a gatas.

–Esta será mi venganza –reclamó y luego me besó con profundidad, entrelazando su lengua con la mía, acariciándola, agotando mi aire...

Al separarse, se posicionó entre mis piernas abiertas, así que agarré las mantas de la cama, ya mentalizada. Sin embargo, no entró. Desde la altura me miró con arrogancia, consciente de que desde el principio había tenido el control y que no estaba satisfecho.

–No seas así... –emití con la voz quebrada.

–¿Así cómo? ¿Vengativo? –Lo sentí rozar mi entrada y presionar sin entrar–. ¿A eso te refieres?

Asentí, mordiéndome los labios.

–Pero si por venganza llegamos a esto; por venganza es que nos conocimos. Y yo soy muy vengativo, tanto que haría lo que fuera por saborearla.

Se internó lento, disfrutando de la espera. Retuve un gemido cuando llegó al fondo y mi trasero tocó su piel. Lo sentía palpitar dentro de mí, agrandarse, ser envuelto por las paredes de mi interior. Se sentía bien, pero necesitaba que comenzara a moverse.

–Raziel... –supliqué otra vez, siendo yo la que movía las caderas con torpeza–. Por favor...

Mi última palabra lo convenció. Salió de mí con lentitud y volvió a entrar, aumentando poco a poco el ritmo. Era una condena adictiva hacerlo, y sabía que estaba mal, pero ese placer me superaba... Y quería gritar, jadear, gemir, vivir más seguido aquel placer que me había prohibido.

Los empujones ya no eran lentos, llevaban un ritmo poco controlado y más profundo. ¿Lo mejor? Escucharlo gemir de placer agarrado a mi cadera.

–Más –le pedí.

Sus embestidas fueron más duras. Lo agarré de los brazos para aferrarme a algo, desesperada, al mismo tiempo en que mis jadeos se unían al compás de los golpes de nuestras pieles azotándose la una con la otra. Era rítmico, como el tic-tac de un reloj. Y se sentía bien, mejor que la primera vez.

Entonces, la puerta sonó.

Miré a Raziel, preguntándome si él también había oído los golpes en la puerta, pero él ignoró por completo lo que estaba sucediendo. Siguió con el vaivén de sus caderas, metiéndose dentro de mí, aumentando la velocidad.

–¿Raziel? –preguntó una voz desde el exterior.

Aun así, no se detuvo, y yo tampoco quería que parara. Colocó una mano sobre mi boca para silenciar mis gemidos.

–Shh... –siseó, quitando su mano para reemplazarla por su boca.

Más golpes.

–¿Raziel, estás ahí?

No respondió. Ni siquiera miró hacia la puerta; sus ojos estaban puestos sobre mí, contemplando cómo intentaba suprimir el placer que me provocaban sus embestidas. Entonces mi cuerpo se contrajo y fui víctima de unos espasmos que anunciaban que había llegado al punto más alto del placer. Me aferré al edredón cuando una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo. El calor me envolvió y me sacudí liberando el fuego interno que no había logrado quemarme la primera vez que tuvimos relaciones. Por su parte, la hinchazón en su miembro se hizo más grande, palpitó, se endureció más y luego... el calor. Raziel cayó rendido junto a mí, con la respiración agitada y sudando, igual que yo.

–¿Qué acaba de pasar? –le pregunté, tratando de que mi respiración se normalizara.

–Acabas de tener un orgasmo.

Raziel me resguardó en sus brazos, apegándome a su cuerpo caliente.

Los golpes en la puerta volvieron.

–¿No irás a abrir? –pregunté, buscando su rostro y todavía temblando.

Negó con la cabeza y apartó un mechón de cabello pegado a mi frente.

–Seguro no merece la pena –dijo, todavía jadeante–. ¿Vamos a ducharnos?

RAZIEL

Una pesadilla me atacó esa mañana. En ella la tierra se agrietaba y caía en la oscuridad absoluta, sin encontrar un punto final. La sensación fue lo que me sobresaltó. Con el corazón aún agitado, me las arreglé para extender el brazo fuera de la cama hacia el velador, en busca de mi celular. Según logré ver en la pantalla, apenas eran las 6:13 de la mañana. Todavía me quedaban unos minutos hasta que la alarma sonara y tuviera que arreglarme para salir.

En la barra de notificaciones me encontré tres llamadas perdidas y un mensaje de texto. Todos de Cam. Últimamente estaba alterada por mi nuevo trabajo y en cada oportunidad intentaba convencerme de que lo dejara.

Lo abrí y leí:

C:

Okey... Jamás volveré a ir sin avisar a tu depa. Por lo que escuché la estabas pasando excelente. Bien por ti. Como sea... y a lo que iba: Lester te escribió. Revisa.

Mierda.

Odiaba tener que buscar mi otro celular tan temprano por la mañana para escribirle y avisarle que lo visitaría, prefería las visitas sorpresa; uno nunca sabe cómo son las personas hasta que se les encuentra desprevenidas. Lo inesperado siempre saca la cara verdadera de las personas, aunque sea durante una miserable fracción de segundo.

Además, seguro que Lester estaba durmiendo a esas horas y no valía la pena. Opté por pasar a hablar con él después.

Lester, Lester, Lester. O el bastardo que se estaba llevando todos mis ahorros. Echaba de menos tener noticias suyas.

Dejé el celular sobre el velador antes de que mi brazo de fuera del edredón necesitara calor. Me giré sobre la cama, encontrando a Audrey.

Despertar junto a ella podría haberse convertido en una costumbre de la que jamás me aburriría. Era un verdadero ángel perdido en los confines del universo, ajena a toda la mierda que le rodeaba, a todas las mentiras, las desilusiones, los peligros... Si la miraba desde esa perspectiva, sentía la necesidad de protegerla, de abrazarla para que nadie más pudiera aprovecharse de ella, susurrarle que todo estaría bien porque yo estaba de su lado. Pero mi voz interna, la voz de la conciencia, me recriminó que yo era parte de esa mierda de la que se debía proteger.

Incluso sabiendo esto, las ganas no se me quitaron y fui presa de mis culposos deseos. La tomé por la espalda para fundirla bajo mi brazo y mi pecho. Olía a mi champú, a mi loción, a mi ropa. Llevaba puesta mi camiseta vieja y desteñida por el tiempo. Mi abrazo la despertó. Se

movió de manera taciturna, emitiendo un «mhmm» alargado y buscó mi rostro. Apenas podía verme, así que puso todo el esfuerzo en intentarlo.

–¿Qué pasa? –Su voz era ronca y cansada.

–Tengo frío.

Una mueca se alojó en su comisura, formando una sonrisa torcida.

–Eso te pasa por no dormir con ropa.

Se acomodó en mi pecho desnudo, hundiendo su cara. Pude percibir su aliento contra la piel y brindarme un calor agradable, como si escarbara en mi carne y calentara mi corazón. Me rodeó pasando los brazos bajo los míos y sus dedos, que acariciaban mi espalda, enviaron una onda eléctrica a mi espina que provocó un escalofrío agradable.

–Pero si estás que ardes –replicó tras unos segundos en los que nuestros cuerpos emanaban calor. Levantó la cabeza para mirarme ceñuda, con algunos cabellos en su rostro y las mejillas enrojecidas–. ¿Qué eres? ¿Un abuelo?

–Espero que no digas eso por mi edad.

–Precisamente por eso lo digo –desplegó una sonrisa de chica traviesa que sacó a relucir todas sus malas intenciones. Reprimí una carcajada para no hacer frente a su descarado comentario. No quería que la genialidad que poseían sus réplicas se viera manchada con nada.

Me acomodé para quedar a su misma altura, mirándonos a los ojos, escondidos bajo las sábanas. Sus ojos se tornaron inquietos, parecía buscar un punto donde concentrarse. Ahí descubrí que seguía sin poder acostumbrarse a mi cercanía, al hecho de que estábamos compartiendo una cama.

–Soy lo que tú quieres que sea, incluso un abuelo –ofrecí, quitando de su rostro algunos cabellos que me dificultaban ver sus facciones a placer.

–Yo prefiero que seas Raziel... O Viktor –murmuró–. Quiero que seas auténtico, que te muestres tal cual eres.

Desconfiaba.

Chica lista.

–¿Crees que no lo hago? –espeté con calma.

–Creo que se te hace complicado. –Sus ojos se mostraron determinados. Enfrentaban los míos en busca de una muestra de franqueza. O puede que de nerviosismo. Lo que ella no sabía era que había aprendido a evitar a las personas cuando me confrontaban o cuando intentan escarbar más de lo permitido–. Tal vez no conmigo, pero sí con los demás. Raziel es tu máscara, esa es la faceta que conocen los que te rodean, pero ¿y Viktor?

La pregunta me resultó extraña, como si fuera dirigida a otra persona, no a mí. Había vivido tanto tiempo bajo el nombre de Raziel, que el de Viktor me sonaba al de una persona que alguna vez conocí y ahora se encontraba muy lejos. La clase de familiar que vive a distancia, al que estimas y del que te preocupas, pero del que jamás sabes. Sin contacto, sin saber cómo está, sin sus principios: un perfecto desconocido.

–¿Qué hay con él?

–¿Qué le gusta? ¿Cómo fue su primer beso? ¿Quién fue su primer amor? ¿Su canción favorita? ¿Su canción que lo transporta a otro lugar? ¿Cuál específicamente era su relación con Agnes? Su... –Mi pregunta le abrió una biblioteca de preguntas infinitas. Cubrí su boca con mi dedo índice para que guardara silencio.

–Es muy temprano para que hagas tantas preguntas.

Formó un puchero frente a mi reticencia. Supongo que lo hizo porque, de alguna manera, es

imposible no sensibilizarse ante sus curiosos encantos.

–Por favor... –hundió las cejas en un ruego–, siempre evitas hablar de ti.

–Sabes bastante sobre mí –contradije–. Mi nombre real. Mi edad. El nombre de mi hermana. Mi dirección. ¿Ves?, un montón de cosas.

–¡Guau!, con todo eso incluso podría predecir tus pensamientos.

¿Algo encantador del angelito? Que molestarla sacaba su lado sarcástico, y ese era el que más gracia me hacía. Verla enojada no era intimidante, era adorable.

–Entonces ya debes saber que quiero seguir durmiendo.

Derribar mi pared era complicado y, al parecer, un reto que sacó su peor lado. Enfadada, acomodó la sábana para salir de nuestro refugio de calor y se dio media vuelta, dejando un hueco entre ambos.

–Genial; yo haré lo mismo –dijo con palabras golpeadas.

Tuve que dejar de lado mi orgullo aceptando que había actuado mal. Me acerqué a su espalda y la volví a abrazar. Ella no se apartó, pero se mantuvo tensa bajo mi brazo y respirando fuerte.

–Veamos... –Cerré los ojos e inspiré del aroma que desprendía su cabello–. A Viktor le gustan las motos, el boxeo, salir de pesca, beber cerveza mientras está embobado viendo la nieve caer. Su primer beso fue con su primer amor, una chica de secundaria llamada Mary con la que se llevaba pésimo; pero, como supondrás, donde hay odio hay tensión, y esta se puede cortar muy fácil, como con un beso jugando a la botellita, por ejemplo. –Recordar aquel momento me sacó una sonrisa–. Terminamos muy mal, por si te lo preguntas.

La respiración de Audrey se fue volviendo más tranquila y la rigidez en su cuerpo había desaparecido. Me acomodé con mayor libertad detrás de su espalda, colocando mi barbilla sobre su cabeza. Encajábamos a la perfección. No voy a negarlo, me gustó estar así, acompañado por ella.

Decidí continuar:

–Mi canción favorita es *Nothing Else Matters* de Metallica y la que pongo para viajar es *Wind of Changes* de Scorpions. ¿Quieres saber un dato curioso? Mi primera camiseta de un grupo musical fue de Scorpions. La conseguí en una venta de garaje, pero no precisamente comprándola... Todavía recuerdo la adrenalina que sentí aquel instante en que tenía la playera puesta creyendo que el sujeto que la vendía no me pillaría. Jamás esperé que me tocara el hombro. Me quedé quieto. «Solo tienes que pedirla, hijo», me dijo el hombre. Yo por poco me cago encima del miedo.

«Lo hice luego cuando llegué a casa», me dijo la voz interna, trayendo una imagen brutal de mis padres biológicos a la cabeza.

Dispersé ese repentino recuerdo para ocuparme de la pregunta que quedaba.

–Y sobre Agnes...

Decir su nombre me volvió la mente en blanco. No supe por dónde iniciar la respuesta, si desde el principio, el medio o el final. Cuando pensaba en lo que le había sucedido, el remordimiento me carcomía la cabeza.

–Es complicado –asumí.

Supuse que haría un par de preguntas más para que me explayara, pero su silencio llamó mi atención.

–¿Angelito...? ¿Es que no dirás nada?

Busqué su rostro. Ni siquiera reaccionó; estaba completamente dormida. Por un segundo me sentí como un estúpido por hablar de mí sin haber notado antes que ella ni siquiera escuchaba.

Volví a recostarme con la vista puesta en el techo, pensando en que debería aprovechar el tiempo que me quedaba para dormir también. Minutos más tarde, la alarma de mi celular sonó. Angelito no despertó, así que aproveché esa oportunidad para buscar mi otro celular y escribirle a Lester. Lo siguiente que hice fue guardarlo en el mismo escondite de siempre. Comprobé que ella siguiera durmiendo y la desperté.

–Eh, despierta, tienes que volver a la academia –le dije.

Ella se movió de manera lenta, con sueño, avanzando cual fantasma. Se sentó en la cama, estuvo quieta unos minutos, sin ánimos de mover un músculo, y luego se quitó mi playera.

La dejé sola a sabiendas de que todavía no se acostumbraba a hacer ese tipo de cosas en mi presencia y preparé el desayuno. No tardó en llegar a la cocina y sentarse en la mesa cual bomba atómica.

Le serví un té humeante y dejé al lado unas tostadas con mermelada de durazno. Agarró una de mala gana, callada, sin mirar cuando me senté en el otro asiento.

–¿Todavía estás molesta? –indagué con precaución.

–Solo un poco –admitió masticando. A otra persona le hubiera dicho que tragara antes de hablar, pero a ella se lo perdoné porque se veía como una ardilla adorable–. Te lo perdono porque me dormí en la parte del primer beso.

Resoplé, volviendo a sentirme como un imbécil.

–No escuchaste nada...

–Nope, pero soñé con escorpiones. Puaj... –una mueca de asco decoró su rostro y me eché a reír–. ¿De qué te ríes?

–Mientras dormías te hablé de mi primera camiseta de un grupo musical. Era una de Scorpions.

–Con razón –rio bajo y le dio un sorbo a su té. Su humor estaba volviendo–. ¿Fue un regalo?

Si otra persona me hubiera pedido responder a lo mismo que había contado hace unos minutos, la habría mandado al carajo.

–La robé... –Agrandó los ojos. Eso no lo esperaba–. Y me pillaron. Pero el sujeto que la vendía se compadeció de mí y me la regaló.

–A eso le llamo suerte –miró mi camiseta y luego subió a mis ojos–. ¿Todavía la tienes?

Negué inmediatamente.

–La enterré.

–A ver, a ver, a ver.

Tiró la tostada, tragó hondo y colocó ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia mí. Su recuento empezó:

–Dices que te pusiste en riesgo para robar una camiseta, te pillaron, tuviste la bendición de que te la regalaran de todas formas ¿y ahora me dices que la enterraste? –Yo asentí con lentitud–. ¡¿Por qué?!

–Fue una manera simbólica de despedirme de mi niñez.

Ladeó la cabeza, confundida.

–¿Algo así como cortarse el pelo?

–No de esa forma. Cortarte el cabello puede significar cambio, lo mío fue decirle adiós a lo que me ataba.

Mi pesimismo combatió su horror. Moderó su actitud al verme distante.

–¿Puedes contarme? –interrogó con un atisbo de timidez en su voz.

Me tomé mi tiempo para prepararme, como si fuera a contar una larga historia. Lo cierto es

que de esta solo me quedaban recuerdos vagos, sueltos e inquietos a los que no deseaba –ni deseo– aferrarme. Todos ellos están manchados por mierda, grises y oscuros. Le dije que yo no veía la vida de colores cuando vivía con mi familia biológica, que pasé por demasiadas trancas y abusos.

–Hacía todo lo posible para no llegar a casa después de clases y los fines de semana vivía prácticamente en la calle.

Sus ojos me miraron con lástima.

–¿Solo?

Le dije que sí. Y pasé a contarle que después de conseguir aquella camiseta, todo se fue a la mierda. Las peleas, los abusos, los maltratos, las drogas, el alcohol... Mis viejos se habían metido en problemas grandes y yo fui enviado a un hogar de acogida: la familia de Agnes.

–No fue fácil adaptarme. No voy a contarte qué cosas vi antes de ir al hogar ni qué ocurrió en casa para que me sacaran de ahí, pero eso me tuvo mal durante semanas. Fue Agnes la que se acercó a mí para animarme. Fue ella la que me sacó del pozo de mierda donde estaba sumergiéndome. Gracias a ella pude confiar en las personas, en mis nuevos padres, en sentirme como en casa. Me dijo que si quería olvidarme de lo que había vivido entonces debía enterrarlo.

–Y lo hiciste enterrando tu camiseta de Scorpions.

–Yo mismo cavé el hoyo y la tiré a la tierra. Agnes fue la que me ayudó a enterrarla. «Ahora empieza tu nueva vida y yo seré tu familia», me dijo. Es algo infantil, ahora que lo pienso, pero le agradezco que lo hiciera. Por eso no puedo dejarla ir sin más, le fallé como hermano.

Cuando terminé de contárselo, se levantó de la mesa y me abrazó.

–No creo que hayas fallado como hermano. Ni tú ni ella sabían lo que le aguardaba en LeGroix.

Quise darle la razón, pero le habría mentido en la cara.

AUDREY

Como era de esperar, esa mañana Dhaxton no fue a clases. Los rumores sobre su ausencia no se hicieron esperar, y es que a todos les resultaba extraño que el flamante ganador del concurso de arte no apareciera para ser condecorado por el rector frente a toda la academia. Lo extraño fue no ver a Seth a la hora de la comida; su mesa predilecta se veía tan vacía sin el par...

La verdad, su asistencia a clases me importaba tanto como lo que hacían en sus ratos libres, pero lo que había ocurrido la noche anterior con el pequeño minino me tenía nerviosa.

–Otra vez esta chica se está ahogando en sus pensamientos... –Vivian chasqueó los dedos frente a mis ojos–. Oye, vuelve, te necesitamos aquí.

Desorientada, regresé a nuestra mesa.

–¿Qué pasa?

–Pasa que desde que conseguiste un novio estás más perdida que nunca. Te estábamos hablando sobre salir en la noche.

–¿Salir? –pregunté, incrédula, y miré a Lucy para enterarme si me estaban tomando el pelo.

–Claro, para celebrar lo que tenemos pendiente –argumentó Vivian–. Y para que se distraigan un poco, desde que las conozco que están tensas.

–Hay un montón de razones para estarlo –se excusó Lucy–. Y ahora que Happy Little Tea fue hackeada...

–Yo paso –interrumpí–. Necesito estudiar y centrarme en otras cosas.

–Ya tendrás tiempo.

Mi cara se lo dijo todo, por lo que no le quedó de otra que desistir.

–Está bien, Lucy y yo celebraremos por ti –dijo y pasó su brazo por la espalda de mi compañera de cuarto–. ¿Verdad?

–Eh... –Lucy no se mostró muy segura, aun así, asintió–. Cl-claro...

La pobre me miró con ojos de «sálvame, por favor», pero me mantuve firme en mi decisión.

Lamentablemente, lo menos que hice fue ocuparme de mis estudios. A eso de la medianoche recibí una llamada de Vivian.

–¡Dreeeeeeeeey, ayuda! No sé dónde carajos estoy. –Sus palabras eran cargadas y lentas. De fondo se escuchaba una música electrónica–. Creo que estamos borrachas.

Ay, no...

–¿Dónde están?

–No sé, mujer. ¿Es que no escuchas? Salimos a bailar y... y... Te quiero, Drey.

¡Quise golpearme la cabeza contra la pared!

Después de una serie de reclamos de mi parte por su imprudencia, lograron enviarme su ubicación. Vivian y Lucy se encontraban en un club nocturno que quedaba en la misma calle que Euphoria, lo que me trajo algunos recuerdos. El conductor frenó frente a un semáforo con luz roja. A nuestro alrededor había un sinfín de autos de lujo y personas que disfrutaban de la noche a pesar de la lluvia. Un grupo de mujeres al otro lado de la calle atrajo mi atención; salían de un club nocturno mucho más exclusivo, acompañadas de tres hombres de buen aspecto que las cubrían con sus paraguas. Una de las mujeres iba tan borracha que apenas se lograba sostener de pie. Uno de los hombres permitió que se aferrara a su brazo y luego le abrió la puerta del auto estacionado frente a la entrada.

–Al fin la luz verde –le escuché decir al conductor.

Pero mis ojos no se apartaron del sujeto del paraguas. El auto pasó frente a ellos y me di cuenta de que a aquel hombre lo conocía bastante bien... Pelo negro, cara recta, buen porte, el tatuaje visible bajo la manga recogida de su camisa blanca...

Bajé la ventana del auto rápido, ignorando los reclamos del conductor. Fue al momento de asomarme otra vez cuando los vi.

Fue sencillo reconocer a Raziel.

A él y a aquella mujer, besándose contra el auto.

–Déjame aquí –le ordené al conductor.

–¿Qué? –se veía desorientado, pues todavía quedaba una cuadra para que llegara con Vivian y Lucy.

–¡Me bajo aquí! –repliqué al borde de la histeria.

Tras pagarle salí del auto casi a tropezones. La música de los bares, las luces de neón, la lluvia... nada me detuvo. A medida que me acercaba pude verlos con mayor claridad. La mujer seguía luchando por no entrar al auto. Raziel, por otro lado, insistió en que lo hiciera.

Me detuve a unos metros de ellos, tratando de enfocar bien la vista. Lo que vi fue desagradable. La mujer tomó a Raziel de la barbilla, le dijo un par de palabras y lo volvió a besar. Él la tomó de los hombros en lo que duró el beso, formando una sonrisa cuando la mujer se apartó. Ella le dijo algo más y por fin se decidió a subir al auto, y fue el mismo Raziel quien le cerró la puerta.

Al ver toda la escena sentí un vacío enorme en el pecho que se iba agrandando más y más.

Luego estaban la decepción y el lamento. A tan poco tiempo de haber confesado por primera vez que alguien me gustaba. La primera vez en toda mi vida.

Las palabras de Camille sonaron en mi cabeza. Ya me había advertido que Raziel haría todo lo posible para conseguir su venganza. Debí hacerme la idea, ¿no? Después de todo, Agnes era su prioridad y lo nuestro era una relación falsa.

Todo era falso. Todo, excepto lo que estaba sintiendo por él.

Quise dar media vuelta y acostumbrarme al martirio que significaba una decepción amorosa. Pero una llama iracunda nació del hueco que había dejado y avancé sin pensarlo.

–¡Raziel! –grité con toda la fuerza que mi anudada garganta me permitió, pero no logró escucharme.

Me tragué la rabia y di media vuelta hacia el club nocturno.

Recoger a Vivian y Lucy fue una proeza por la que me debería ganar un mérito a la mejor amiga del año, porque no fue nada fácil. Resultó ser todo un hito sacarlas de sus mesas. El personal de seguridad me tuvo que ayudar. El problema mayor fue que no tenía auto para recogerlas y esperar que apareciera uno... pues, llevaría tiempo. Nos quedamos bajo el techo de una tienda cerrada resguardándonos de la lluvia unos minutos. Allí, Vivian, que estaba más centrada que Lucy, habló:

–¿Qué pasa?

–Nada.

Mi respuesta no la dejó conforme. Ambas sabíamos muy bien que usar la palabra «nada» era como decir «todo anda mal».

–¿Seguuuuura? Porque tienes el ceño fruncido. Te pareces a la vieja gruñona de Biología Analítica.

–Seguuuura –le imité.

–¿Es porque te pedí que vengas a recogernos? –Le echó un rápido vistazo a Lucy. Si ya de por sí era callada, ahora dudaba que estuviera viva.

–No es por eso... Bueno, sí. Deberías ser más responsable a la hora de beber, ¿sabes?

–Ah... ¿Qué puedo decirte? Una cosa llevó a la otra y, de repente, ya estaba demasiado entonada como para mover un dedo sin que me diera vuelta todo.

–Por eso. Tal vez la próxima vez no tengas la suerte de que venga por ti, y sabrá Dios lo que te pueda pasar. No solo a ti, también a Lucy.

Ni siquiera porque mencioné a mi compañera de habitación despertó. El hombro de Vivian era demasiado cómodo para ella.

–Bueno, mami –Vivian forma un puchero–. Pero, eh, no trates de desviar el tema. ¿Qué ocurrió?

Tener que revivir lo de Raziel y aquella mujer me revolvió las tripas. Odié sentirme tan vulnerable cuando se trataba de alguna decepción y no poder exteriorizarla sin que me dieran unas enormes ganas de llorar. Mucho menos deseaba hacerlo por una ilusión a la que yo misma me había aferrado.

–Digamos que... –tragué con fuerza para que mi voz no se quebrara– creí en algo falso y ahora me siento como una idiota.

–¿Hablas de tus creencias?

Negué con la cabeza.

–¿Entonces?

–Hablo del amor. –Decirlo me hizo sentir tan estúpida–. Acabo de llevarme una decepción

amorosa.

–No me digas... ¡Te pusieron los cuernos!

–Shh... Baja la voz. Pero... algo así. No es que sea una cornuda como tal, solo digamos que me ha decepcionado.

–¿Quieres que te eche una mano?

Bastó una mirada para saber que algo se le había ocurrido. Vivian tuvo la brillante (o desastrosa) idea de armar un escándalo frente al club nocturno donde vi a Raziel como distracción para que yo pudiera colarme.

–Mira y aprende –me dijo a unos cuantos pasos del club, arrastrando a Lucy por el gancho.

Mi desorientada compañera de cuarto no sabía ni siquiera dónde estaba parada. Solo la siguió hasta el club, donde ambas se colocaron frente a los dos guardias, que medían el doble que ellas. Vivian les habló, los guardias se miraron entre ellos y negaron con la cabeza. Ante la negativa, sacó su lado altanero y Lucy se puso en plan conciliadora. No dio demasiados resultados, Vivian señaló a uno de los guardias de manera amenazante. Sentí temor de que le pudieran hacer daño y me acerqué. Llegó un auto igual o más lujoso que el de la mujer que estaba con Raziel, del que se bajó el chofer para abrir la puerta, pero Vivian se lo impidió, creando una revuelta de la que saqué ventaja.

Dentro había más guardias, que logré esquivar gracias a la oscuridad del club. De primeras se notaba que era un club mucho más lujoso que la parte VIP de Euphoria. Las luces rosas predominaban y la música era cada vez más envolvente con cada paso que daba. No había demasiadas personas en la pista de baile, solo unas cuantas mujeres que se divertían con tragos en la mano. Algo que me llamó la atención era que hombres jóvenes y extremadamente guapos iban de un lado a otro para complacer las mesas de mujeres que les sacaban varios años encima. Las complacían, las trataban como verdaderas reinas, las dejaban hacer con ellos lo que se les antojara.

–¡Oye!

Un guardia gritó a mi espalda, sacándome de la impresión y alertando a los demás guardias. Me espanté, aunque no lo suficiente como para huir, porque estaba convencida de que encontraría a Raziel en alguna de las mesas complaciendo todos los caprichos de alguna mujer. Lo busqué en cada una de las mesas hasta que uno de los guardias me detuvo del brazo.

–¿Qué crees que haces?

Traté de zafarme, sin resultados.

–¡Suéltame! –exigí, presa de la rabia, aunque estaba claro que su intención era sacarme de ahí.

De alguna manera pude soltarme y aproveché el momento para correr revisando las mesas sin hallarlo. Luego fui al bar y tampoco lo encontré ahí. Mi cabeza empezó a dar vueltas, la música, las miradas, los reclamos. Nada de lo que estaba haciendo cobraba sentido y cuando la rabia que me consumía se apagó, me sentí estúpida. Miré hacia atrás, a los dos guardias que me seguían, que estaban a pocos pasos de alcanzarme, y corrí hacia la salida. Fue en ese preciso instante cuando choqué con Raziel. Él tardó en reconocerme y yo tardé en darme cuenta de que los hombres venían a agarrarme.

–¿Qué demonios haces aquí? –preguntó sujetándome de los brazos–. ¿¡Te volviste loca!?

Al verlo mi enojo regresó.

–Mentiroso –mascullé.

Los guardias gritaron. Entonces, cuando su mirada contrariada entendió que me iba a meter en problemas, se volteó hacia los dos hombres y extendió los brazos para frenarlos. Yo aproveché

ese momento para salir.

Afuera, Vivian y Lucy habían sido expulsadas lejos y apenas lograron hacerme señas.

Vaya día.

Capítulo 13
Para arruinar una amistad solo necesitas contar un secretito

AUDREY

A la primera persona que me topé en la entrada de los vestuarios fue a Raziel, quien a propósito se interpuso en mi camino.

–¿No vas a saludarme?

Ese humor que se cargaba me hacía rechinar los dientes. Me poseyeron unas enormes ganas de golpearlo con mi bolso y llamarlo mentiroso a gritos. Claro, esa deliciosa idea solo podía quedarse como una fantasía, porque cuando quise escupirle todo lo que tenía por reclamarle, una sonrisa cínica se asomó entre mis comisuras.

–¿Quieres que lo haga en la mejilla o en la boca, como aquella mujer? Te estás adaptando bien. Digo, así parece.

–No malinterpretes los hechos, puedo explicarme.

Mi yo interno quiso gritar.

–No hay nada...

–Permiso, permiso, háganse a un lado, hay personas que venimos a trabajar, no a cotillear –Seth pasó entre Raziel y yo interrumpiendo nuestro encuentro como si fuera el dueño del lugar.

Sin decir nada, me metí en los vestidores de chicas para cambiarme.

El resto de la jornada laboral me dediqué a esquivar a Raziel... Más o menos. Por esta razón, todos los puestos que él ocupaba los iba dejando de lado. Así fui a parar a la boletería junto a Seth. Apenas me senté en el banquillo, su mirada colmada de picardía me recibió diciendo: «Ya te pillé».

–Problemas en el paraíso, ¿eh? –Una risa de villano acompañó a sus palabras. Le parecía divertidísima la situación.

–Métete en tus asuntos –lo regañé.

–Eso hago. Mis asuntos tienen que ver con ustedes.

–¿Qué eres? ¿Nuestra madrina?

–Soy la persona que los volvió a unir –dijo en un tono solemne, dándose todo el crédito–. De lo contrario, seguirían molestos.

–No sabía que tenías complejo de «doctor corazón».

–Odiaría ser yo el que arruinó tan linda relación, aunque sea falsa. Lo que quiero saber es qué hizo él para que lo estés evitando.

–¿Debería asustarme de que estés todo el tiempo mirándome?

Se echó a reír, enseñando sus colmillos vampíricos.

–¿A ti? No, no, a todos. No me queda de otra, trabajar aquí es más aburrido que ir a misa. Mirando me he dado cuenta de que el tal Peter está enamorado de Clau, pero Clau está enganchada de ese tipo que tiene el tatuaje de su perro fallecido –comentó en plan confidente, pese a que en la boletería solo estábamos los dos–. También de que Camille y Raziel se llevan de

puta madre; ambos tienen una relación en la que no necesitan comunicarse con palabras y son muy dinámicos.

No supe si esa acotación tenía intenciones de hacerme sentir mal, pero cuando lo miré de vuelta una sonrisa amplia y cruel decoraba su rostro.

–¿Y qué más?

–Bueno, sobre Raziel puedo decir que está preocupado por ti. Cada vez que pasa por tu lado, voltea a verte como un cachorrito que sabe que hizo algo malo. Y tú te esfuerzas demasiado en ignorarlo.

–¡Impresionante! Ahora puedes trabajar reconociendo criminales en los aeropuertos, digo, como se te da tan bien eso de mirar a las personas.

–Nah, me echarías de menos –soltó, arrogante–. La cuestión es que él hizo algo muy malo. ¿Qué fue? ¿No te acompañó a misa o algo? ¿Maldijo a tu Dios?

–¿Por qué mejor no me dices qué hicieron con el gato?

Su semblante juguetón se fue apagando lentamente. Puso mala cara, chasqueó la lengua y bajó la cabeza.

–Tuve que enterrarlo en el patio que hay detrás del estudio.

–¿Y Dhaxton?

–Con un ojo morado –dijo con total normalidad.

–Pero... ¡Seth!

–Ese bastardo descuidado se lo merece –se defendió–. El gato probablemente hubiera vivido más si lo hubiese dejado donde lo encontró. Si no le di una paliza cuando supe que se le cayó fue porque tú estabas ahí.

–Pero debió ser un accidente.

–Accidente o no, eso no le quita la culpa. Tarde o temprano ese pobre animal pasaría para «el otro lado», si sabes a lo que me refiero. Cuando era niño tuvo perros, gatos, conejos, hurones, serpientes, hámsteres... Una cantidad infinita de animales de compañía que no vivían más de dos meses con él.

Eso comenzó a parecerme algo turbio...

–Muchos desaparecieron y a otros se los comió mi perro Bobby, que en paz descanse, pero los demás fueron mal cuidados por Dhaxton.

Ya no supe si preocuparme por lo de Dhaxton o porque Seth había revelado que su perro era un asesino de animalitos como si me contara la lista de los recados.

–¿Y qué le ocurrió a tu perro?

–Bobby era de esos perros enormes con colmillos del tamaño de un dedo –señaló, levantando su meñique para ejemplificar con más detalle–. Era fiero, pero estaba muy bien entrenado. Una tarde, en un paseo familiar, mordió a Dhaxton en la pierna. Ni idea de qué ocurrió, solo actuó en su contra y lo atacó. –Una mueca de asco se reflejó en su rostro; tragó saliva en lo que su piel empezaba a palidecer–. Creo que ahí empezó mi trauma con la sangre... El punto es que el padre de Dhaxton consideró que Bobby era una amenaza y que, así como había atacado a su hijo, lo haría con cualquier otra persona –su tono de voz fue decayendo poco a poco–, así que propuso que lo durmieran... para siempre.

–Pero... pudieron negarse, ¿no?

–Todos estuvieron de acuerdo con la sentencia que dio el padre de Dhaxton, menos Baba. No nos quedó de otra que aceptar las consecuencias.

Quise preguntarle a quiénes se refería con «todos». Algo me decía que se trataba de las

mismas personas a las que le temía y eso quería decir que realmente *ellos* ejercían poder sobre ambas familias.

–Eso es... triste –conseguí decir tras unos segundos de silencio–. Dudo mucho que un perro que está bien entrenado ataque porque sí.

–Es lo que he pensado toda mi vida –se rio de mala gana–. Pero Dhax insistió en que no provocó a Bobby. Todavía tiene la cicatriz en la pierna...

Un par de clientes aparecieron en la fila, así que nos ocupamos de atenderlos. Una vez que se marcharon, fui yo la que retomó la charla.

–Bien; ya sé la historia detrás de una de sus cicatrices, ¿por qué son las otras?

Al parecer le sorprendió que supiera sobre las cicatrices que Dhaxton tenía en la espalda. Aproveché su conmoción para acercarme, haciendo que nuestro espacio se volviera más íntimo.

–¿Se las hizo su padre, por eso le teme?

Seth se echó hacia atrás, frunciendo el ceño.

–¿Cómo te has enterado de esas cicatrices?

–Eso no importa.

–A mí sí me importa –replicó–. Me siento traicionado.

–No seas infantil.

–¿Hicieron cosas malas mientras yo no estaba?

–No –blanqueé los ojos, hostigada de su dramatismo–. Por cuestiones que no tienen importancia fui a su casa y las vi.

–Lo espiaste mientras se cambiaba de ropa, ¿eh? –mi sonrojo me dejó al descubierto–. Acerté, ¡ja!

–Fue casualidad –intenté defenderme–. El punto es que vi su espalda y... Ahí solo vi años de sufrimiento.

–Dhaxton ha sufrido, sí, pero esas cicatrices son por otra cosa.

Esto me intrigó más.

–¿Por qué?

Seth me pidió que me acercara agitando su mano. Me incliné mientras él hacía lo mismo y buscó mi oreja; con delicadeza corrió un mechón de mi cabello y susurró:

–Pregúntaselo a él.

Antes de que pudiera carcajearse de mi ingenuidad, alguien carraspeó frente a la barra de atención. Era Raziel; estaba de pie con los brazos cruzados, blandiendo una mirada oscura y con los labios en una línea recta.

–¿Los interrumpo?

–Sí –respondimos Seth y yo al mismo tiempo. Por supuesto, Bellish lo decía para fastidiar a Raziel, y yo lo dije porque no deseaba verlo.

–¿Se te ofrece algo? –interrogó Seth en ese tonito cínico de falsa modestia que acariciaba el instinto asesino de Raziel.

–Quiero hablar con Audrey –respondió él con pausa, casi golpeando las palabras.

Seth se puso de pie y me abrazó.

–Ella ahora está hablando conmigo y no dejaré que te la lleves de mi lado.

Raziel estaba que escupía fuego por la nariz, lo que me motivó a seguirle el juego a Seth y a no apartarlo.

–Hablamos luego, aquí la charla es interesante –le dije a modo de despedida.

Tras unos segundos de planteamiento, Raziel dio media vuelta y se marchó. Emití una risa

despiadada como si hubiera sido poseída por una villana de película. Seth también rio.

–Oye, ya –me sacudí–, suéltame.

–¿Ves? –me liberó para mirarme con una sonrisa ancha y las cejas subiendo y bajando en su frente–, te dije que estabas molesta con él.

–Siempre estoy molesta con Raziel –corregí.

–Y ahora quieres sacarle celos, de lo contrario, me habrías ordenado que te soltara apenas te abracé. Qué malvada...

–¿Dónde dijiste que Raziel trabaja? –le pregunté para comprobar si su versión era igual a la de Raziel.

–En un club nocturno.

–¿Haciendo qué en específico?

–Si quieres más información, tendrás que darme algo a cambio –propuso–. Si es información importante, te contaré sobre las cicatrices de Dhaxton.

Tentador.

Demasiado tentador como para negarme.

–Bien, te lo diré cuando salgamos del trabajo.

Perfecto, había caído redondito. Ahora solo tenía que esperar el momento indicado y contarle una supuesta verdad.



En cuanto nuestro turno acabó, Seth y yo fuimos a los vestidores para cambiarnos. Allí me encontré con Camille, quien también había terminado su turno.

–Eh –me saludó–. No te he visto hoy casi. ¿Dónde has estado?

«Huyendo de tu ex», pensé en soltar sin más. Luego lo medité y entendí que usar la palabra «ex» sería demasiado duro para ella. Podía negarlo o fingir que no le afectaba haber terminado la relación con Raziel, pero yo no olvidaba lo feliz que se mostró la noche de su aniversario.

–Hola –saludé de vuelta–. En la boletería, hablando con Seth.

Sabía que mencionar a Bellish sobraba, pero Camille hablaría con Raziel y quería que se le retorciera el estómago.

–Ah... con razón...

La miré sin comprender. ¿De qué me había perdido?

–Creí que a Raziel le había dado tortícolis, porque no dejaba de mirar en esa dirección.

–Creo que quiere decirme algo, pero tendrá que ser para otro día.

–Si es algo importante no le gustará que lo hagas esperar –dijo en un sutil tono de advertencia. Sabía que lo hacía con sus mejores intenciones, pero me fastidiaba ser yo la que tuviera cuidado de no molestar a don Trabajosirviendotragos.

–Toc, toc. –Seth se asomó a la habitación. Echó un vistazo sin darle importancia al hecho de que Camille estuviera con la camisa desabotonada. Cuando su mirada dio conmigo, entró sin ni una clase de pudor–. Te estoy esperando.

–¡Oye! –lo detuve y le di media vuelta hacia la salida–. Este es el vestidor de chicas.

–¿Y qué?

–No puedes estar aquí.

Odié tener que decir una obviedad, pero era Seth y le faltaba un tornillo.

–Pff... –emitió–. No tienen nada que no haya visto antes, relajen el culo.

–¡Da igual! –repliqué, al borde de perder los estribos. ¿Es que su abuela no le había enseñado modales? Era tan insolente–. Espérame en tu auto, ya salgo.

Esa idea no le gustó demasiado. A regañadientes, accedió y salió.

Cogí mis cosas del casillero, me despedí de Camille y salí al pasillo abriendo el paraguas. Al colocar un pie fuera, me di cuenta de que Raziel estaba bajo un paraguas oscuro mientras en su otra mano sostenía un cigarro encendido.

–Vamos a casa –dijo al verme salir, apagando el cigarro de un pisotón pese a que el asfalto estaba mojado.

–Irá a dejarme Seth –le informé de manera átona, tal vez demasiado como para que le resultara extraño.

Antes de que pudiera avanzar, me tomó por la muñeca.

–No sé qué planeas o lo que intentas provocar, pero ten cuidado.

–Empezaré a poner fin a esto –repliqué con voz firme, en su mismo tono. Solo entonces me soltó, dejándome ir sin reclamo.

Lo único que quedó en mi cabeza antes de entrar en el auto de Seth era la expresión de decepción que vi en el rostro de Raziel. No voy a mentir, me dio algo de tristeza verlo de pie, bajo el paraguas y tan solitario. Tanto así que casi sentí el deber de decirle a Seth que lo esperáramos, que iría con él.

–La típica y dramática historia donde la chica elige a quien ama –comentó Seth mientras salíamos del estacionamiento.

–Creo que tu abuela te ha hecho ver demasiadas películas. –Apenas había podido despegar los ojos de la ventana para dejar atrás la figura de Raziel.

–Eso dices tú, pero estás sentada a mi lado –se burló, acercando su cuerpo hacia mí–. Y ponte el cinturón.

Sabía que lo decía por mi seguridad, pero que me mandara me puso de mal humor, pues odiaba que tuviera una razón. A regañadientes me crucé el cinturón y, porque el silencio muchas veces era señal de rendición, respondí a su burla:

–Dejemos las cosas claras, si estoy aquí es por beneficio propio.

–¿Cuál? –su comisura se elevó, marcando un hoyuelo en su mejilla–. ¿El de poner celoso a tu supuesto novio o el de obtener respuestas?

–¿Por qué no un poco de ambas? –me atreví a proponerle.

–Ya, admite que estás aquí porque te parezco irresistible.

–Tienes tu atractivo... Lástima que se larga cuando abres la boca.

Lejos de ofenderle, mi comentario le hizo la suficiente gracia como para carcajearse.

–Bueno, depende de para qué la abra, ¿no crees? –dijo tras tranquilizarse–. Porque puedo hacer maravillas con ella.

–Eso va con doble sentido, ¿verdad?

–Juzga por ti misma –me dio el espacio, aunque con su mirada sugerente acompañada de su odiosa mueca supuse que había acertado.

–Seguro que sí. No me cansaré de decirlo: eres como un adolescente que recién sabe las funciones de su cuerpo.

–Funciones –repitió con voz átona–. ¿Qué soy? ¿Un robot? –quitó las manos del volante para actuar como uno–. Pip, pop, pip.

–Sabes a qué me refiero. –Antes de que siguiera imitando de manera penosa a un robot clásico, agarré su mano y lo obligué a que tomara el volante–. ¡Y pon atención!

Seth y lluvia no era una buena combinación, me ponía nerviosa.

–Tranquila, soy un conductor experto –retomó el camino–. Al contrario de lo que ocurre con muchas personas, actuar bajo presión me funciona de puta madre. Mis sentidos se vuelven más agudos, consigo ser mucho más reactivo. Es como inyectarte una dosis de adrenalina en el cuerpo.

–Suena a que te gusta el peligro.

–Me encanta tomar riesgos.

–Solo a una persona carente de lógica le gusta el peligro. Una cosa es tentar al peligro sabiendo que no corres riesgo y otra muy diferente es conducir bajo la lluvia a riesgo de sufrir un accidente, así que cierra la boca y mira el camino.

–Dos cosas: primero, respétame, soy tu mayor; segundo, tienes que vivir más riesgos, al final será adictivo.

–Si no corro riesgos, ¿qué hago aquí?

Por un momento pensé que había logrado silenciarlo. No obstante, su mirada de reojo indicaba que todavía guardaba mucho por decirme.

–Estás aquí porque, pese a que desconfías de mí, la curiosidad y el saber más de nosotros te ganan la batalla, no simplemente desde la ética, también la moral –explicó, modulando a la perfección y lleno de expresividad–. En pocas palabras, eres como una vieja metiche que siempre debe cargar con algún chisme.

–Si yo soy una vieja chismosa, ¿qué eres tú? Estamos los dos en el auto, tontuelo.

–¿Yo? Estoy aquí por tu información. Aunque debo admitir que también deseaba verte a solas, lejos de los ojos de tu noviecito, de Dhaxton o de quien sea, como en los viejos tiempos.

–Estoy conmovida –sequé una lágrima falsa del rabillo de mi ojo–. Son las palabras más hermosas que he recibido. –La actuación acabó en el instante en que resoplé con irritación–. No sé qué piensas conseguir diciendo eso...

–¿Decir la verdad? –se adelantó a mis palabras–. Estoy seguro de que alguna vez te dije que me gustas, está claro que quiero pasar un rato a solas contigo.

–También dijiste que Agatha tenía demencia senil –cuestioné marcando cada palabra con dureza. Tener que recordar cómo esa señora me engañó en el comedor comunitario era una tragedia–. ¿Cómo sé que no estás mintiendo?

De pronto frenó de golpe. Las ruedas del auto sonaron bajo nuestros pies y la lluvia salpicó por los costados. Por suerte, había parado el auto en medio de una solitaria calle, donde no había semáforos ni indicios de vida humana.

–¿Estás loco...?

Al cuestionarlo, me percaté de que tenía las manos sobre el volante, mirando un punto fijo entre la ventana con una expresión muy seria.

–Tócame –pidió al apartar sus ojos de aquel punto.

–¿Qué?

–Que me toques.

–¡Ni loca!

Cuando escuchó mi negativa se volteó con las cejas hundidas por la frustración. Sus labios se transformaron en una línea recta y marcada, y endureció la mirada. Abrió la boca como si quisiera explicarse, pero luego se hizo un mohín y optó por tomarme la mano y guiarla hacia su

cabeza para que le revolviera el cabello. Antes de preguntarle si había perdido completamente la cordura, guio mi mano a su pecho y la dejó ahí, atrapada, envuelta por su calor.

–¿Puedes sentir cómo late? –preguntó.

Me tomé un momento para concentrarme. En realidad, entre su pecho y su mano no sentía más que su respiración agitada.

–Sí, puedo notar que estás vivo. ¿A qué quieres llegar con esto?

–Bah..., olvídalo... –soltó mi mano y retomó el volante–. A lo que quiero llegar es que, de alguna forma que no puedo explicar, causas estragos en mí. No de los buenos, de los malos. De esos que me hacen preguntar a dónde iré a parar porque me siento como un idiota.

–Por favor, Seth, tener cambios anímicos puede ocurrir por cualquiera...

–No. No conmigo. Eres la única chica con la que no deseo acostarme. ¿Y sabes por qué?

–Ay, por Dios, Seth. ¿De verdad te vas a justificar con eso?

–Porque no quiero que seas un ligue más –siguió–. Porque... Mierda... Tú eres más que algo tan banal. Creí que podía convencerte fácil, que caerías tarde o temprano ante nosotros, pero resultaste ser más lista. Y mejor. Mucho mejor. Eso te convierte en alguien valiosa. Sé que hago bromas subidas de tono y soy un odioso, pero no lo digo en serio. Puedo ser el hijo de perra más grande si quiero, como fui con las otras chicas, ¿sabes? Pero no contigo. Por eso decidí no avanzar más allá en mi cuarto, porque quitar esa creencia en ti habría significado que me estaba adelantando. Y tú mereces lo mejor. No necesitas a alguien tan manchado como yo. Esa es la razón por la que quiero que estés con Raziel a pesar de todo, porque sé que conmigo jamás podrás conseguir paz, porque junto a mí solamente dejarías de ser tú. A mí me gusta Audrey Johnson. Me siento bien contigo. Dentro de todo lo que alteras en mi sistema, a tu lado puedo sentir algo de paz y un motivo más para obrar bien.

¿Qué rayos había sido eso? ¿Era eso a lo que llamaban una declaración? ¿Cómo se supone que debía actuar luego de un discurso de tal magnitud? ¿Y si me estaba tomando el pelo? No quería quedar como una crédula si de repente se echaba a reír a carcajadas y me gritaba «¡caíste!», porque tendría que ponerme la peluca de colores y la nariz de payaso.

Por suerte, fue el mismo Seth quien rompió con el silencio al chasquear la lengua.

–¿No piensas decir nada? –cuestionó.

–¿Qué quieres que diga? No sé si hablas en serio o si quieres verme la cara de payaso.

–Había olvidado el enorme detalle de que no confías en mí –resopló, indignado, como si aquel «detalle» fuera por mi causa y no por sus mentiras–. Pero, da igual, creerme o no, dudo que marque una diferencia con toda la mierda que me persigue.

Tomó una bocanada de aire y se acomodó en su asiento. Me tomé el tiempo de observarlo. Todavía tenía el cabello mojado, ondulado y algunas gotas de lluvia brillaban en su frente; estaba algo encorvado, viendo por la ventana con los ojos entrecerrados, lo que indicaba que no conseguía ver bien el exterior y que eso de «conductor experto» era una mentira.

–¿A dónde vamos? –preguntó y yo giré la cabeza para que no me descubriera repasando su figura–. Llevo casi quince minutos dando vueltas a la cuadra.

–A un lugar donde esté segura, y tú también.

–¿Debería asustarme? –Mi encogimiento de hombros funcionó como una respuesta silenciosa–. Tomaré eso como un sí.

Seth condujo el auto con mayor rapidez por las calles casi vacías. Tomó la carretera y luego encendió la radio. *Will He* de Joji sonaba por la mitad de su primer verso; la canción era lenta y deprimente, lo que liberó su intranquilidad y le obligó a apagar la radio. Finalmente, tomó un

desvío por un camino de tierra seguido por un puente de madera. A la distancia divisé una cabaña rústica a oscuras rodeada de árboles. El enorme terreno era como entrar a un lugar mágico en el bosque.

Se estacionó frente a la entrada y bajó del auto corriendo para refugiarse bajo el tejado y abrió la puerta. Al notar que yo no había bajado, me hizo una seña para que lo siguiera. Con cierto resquemor bajé del auto, haciéndome un montón de preguntas tardías sobre el riesgo que corría al entrar en esa cabaña. Ni siquiera había pensado en lo arriesgado de estar a solas con Seth en un lugar alejado de toda vida humana. ¿Y si intentaba hacerme daño? Creo que era demasiado tarde para acobardarme.

Me asomé hacia el interior apoyada en el umbral. La sala principal era amplia, con una chimenea llena de hojas secas, muebles cubiertos por sábanas blancas y polvo. Nadie había estado allí en muchísimo tiempo.

–¿Qué es este sitio?

Seth giró hacia mí con los brazos extendidos y una sonrisa ancha.

–Bienvenida a mi humilde segundo hogar.

–Se ve... –busqué en mi diccionario alguna palabra, pero nada más pensé en descripciones que le borrarían la sonrisa del rostro, así que preferí irme por la ambigüedad– hogareño.

–Ignora el polvo y las arañas, hace tiempo que no vengo.

–Ya me di cuenta.

Me animé a pasearme por la sala mientras Seth se ocupaba de quitar las enormes sábanas de los sofás para seguir luego con la decoración en las paredes.

–Estos son... –mis ojos habían sido cautivados por las singulares obras.

–Obras originales de Danti Vannan enmarcadas, sí –completó con orgullo, colocándose junto a mí.

Completamente absorta en las obras, me acerqué al primer cuadro que mis ojos capturaron. Era una obra que solo había tenido el agrado de ver en el navegador de internet.

–Son las pinturas descartadas; los bocetos fallidos que no se volvieron famosos –comenté pese a que probablemente eso él ya lo sabía–. Debe costar millones para cualquier coleccionista. ¿Por qué las tienes aquí?

–Porque aquí es donde pertenecen.

–¿De dónde las sacaste? –pregunté, todavía incrédula con las maravillas que tenía ante mí.

–No quería decírtelo, pero de día soy un estudiante de ciencias Matemáticas muy guapo y por la noche el mejor ladrón de museos de arte.

–Bueno, eres un ladrón con buen gusto –sonreí y me paseé por las demás pinturas–. Son hermosas... Los juegos de colores, las sombras... sus expresiones. ¿Por qué los habrá descartado?

–Mira este. –Seth quitó las sábanas de un sofá donde yacía el cuadro de una chica joven, de pie, con la mirada asustada, compungida por el dolor de haber causado una muerte reciente.

–¿Es... Madelyne? –le pregunté al acercarme para mirar mejor los detalles. Seth asintió con orgullo–. Guau, es hermosa... Amo el contraste que hay entre sus ojos asustados y la sangre en su boca y camisón.

Mis ojos recorrieron cada rincón del cristal que protegía el boceto de Madelyne hasta que di con una foto familiar enmarcada, la cual parecía haber sido ocultada detrás de la obra de Danti Vannan. La fotografía era del tamaño de mi mano y estaba descolorida por el tiempo, pero conseguí ver que se trataba de una familia: un hombre alto y de sonrisa afable, una madre

demasiado guapa y un niño de cabello castaño y largo, quien tenía a un cachorro entre sus manos.

–¿Estos son tus padres?

–Sí... –sus párpados caídos expresaban cansancio y, tal vez, un poco de tristeza. Tomó la fotografía y pasó la mano por el vidrio para limpiar el polvo–. Veníamos aquí cada verano a pasar el rato.

A juzgar por su mirada vacía, cientos de recuerdos sobre sus padres le produjeron un gran dolor.

–Y ese niño con peluca debes ser tú –señalé al niño.

–Eh, es mi pelo natural –se quejó.

–Veo que desde chiquito te gusta llevar el cabello largo.

–Llevar el pelo corto es aburrido –dejó la foto en el mismo lugar donde se hallaba y se dirigió a la chimenea–. Hace algo de frío, voy a adaptarme al ambiente.

No sabía si tomármelo como una más de sus sutiles indirectas.

Con un par de chasquidos, la chimenea prendió fuego y empezó a consumir las hojas, provocando un olor que me trajo viejos recuerdos

–Te ofrecería algo para beber, pero... dudo que haya algo limpio aquí.

Seth, siempre tan inquieto, se dirigió a la cocina. La ampolleta estaba rota y apenas podíamos ver el interior; suerte que ambos contábamos con la linterna de nuestros celulares y la ayudita de la chimenea.

–Aquí recuerdo que mi viejo guardaba sus licores... –dijo agachado en una encimera–. Veamos... ¡Bien! Aquí encontré uno –dijo enseñándolo como si fuera un objeto promocional que trata de vender por la televisión–. Vamos a calentarnos un poco.

–Lamento ser aguafiestas, pero paso –me regresé a la sala–. Yo en tu lugar preferiría guardar eso para más tarde. Lo que tengo que decirte es muy importante.

–Mira, no sé mucho de biología, pero un beso no es igual a tener sexo, por lo tanto, eso importante que quieres decirme no tiene que ver con que estás embarazada. En pocas palabras: deja de lado esa seriedad.

–A veces me pregunto si estás bien de la cabeza, porque no tengo la menor idea de cómo llegaste a eso. Y hablo de la razón por la que vinimos a este lugar.

–¿Ya quieres soltar el chisme? –se asomó por el arco que dividía la cocina de la sala–. Bien, te escucho.

–Oh, no, no. Primero vas tú.

–Tu desconfianza empieza a herir mis sentimientos –sacó su lado más dramático.

–No quiero ser la primera que hable y que luego te hagas el desentendido.

Levantó la mano enseñando su palma y colocó la otra mano en el pecho.

–Prometo que no lo haré.

Lo miré con los ojos entrecerrados en un intento fallido por descifrar si decía la verdad o era una más de sus mentiras.

–No te creo. Vas tú –sentencié.

Sin embargo, Seth adoptó la misma postura suspicaz que yo. Caminó hacia mí, lento, y se cruzó de brazos, mostrando una faceta más seria e intimidante. Uy.

–¿Qué me garantiza a mí que contarás una verdad?

–Supongo que tendríamos que incursionar un poco en el historial de ambos y enumerar quién ha dicho más mentiras –propuse, a lo que mostró su inconformidad con una mueca–. Escucha: yo

me comprometo a contar esta información si tú me dices en qué trabaja Raziel y por qué Dhaxton tiene esas cicatrices.

Una risa ronca y sarcástica fue lo que respondió.

–Dos informaciones a cambio de una no me parece un trato justo.

Sonreí para demostrarle que, pese a su inconformismo, ambos sabíamos que yo llevaba la delantera.

–La información que guardo lo vale.

Mi seguridad pareció convencerlo por un momento, entonces una sonrisa ladina se le asomó.

–Si lo vale taaanto como dices, vas primero.

Resoplé con frustración. Seth era más complicado de convencer de lo que había supuesto, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Después de todo, lo que tenía para decirle podía cambiarlo todo. Era cierto que la relación entre Dhaxton y Seth era extraña; a los ojos de los demás aparentaban ser un dúo de niños ricos que todos envidiaban, unidos desde pequeños, una amistad duradera. Sin embargo, todo indicaba que era una amistad por la costumbre, que estaban juntos porque así lo quisieron sus familias, porque no tenían de otra. Si quebraba esa relación y le daba a Seth lo que buscaba, entonces me haría con una ventaja más. Decidí dejar de lado mi compasión y actuar lo más apática posible.

–Bien –tomé una bocanada de aire y asentí, accediendo a lo que Seth quería–. Iré primero.

–Ya era hora de...

–Está muerta.

Fue tan de la nada, que Seth apenas procesó mi revelación. Tenía la boca entreabierta, las palabras muertas. Poco a poco su expresión fue cambiando del asombro a la confusión. Hundió las cejas, palideció y tragó saliva.

–¿Qué dices? –Eso fue todo lo que logró articular.

–Me preguntaste si Dhaxton había dicho algo cuando tuvo el ataque, ¿recuerdas? Pues te mentí. En realidad, sí dijo algo más.

–Mierda...

–Él repitió una y otra vez, mientras me acercaba, «no eres real» y «estás muerta». Creo que me confundió con...

–Agnes –dijo su nombre como si la palabra le causara dolor.

–Sí... –afirmé, manteniéndome suspicaz–. Debe ser por el parecido.

A decir verdad, esperaba una reacción diferente de su parte. Que soltara algún insulto, se moviera o... algo. Quizás una reacción similar a la que había tenido cuando se enteró de que Agatha cayó al hospital. Pero Seth se mantuvo en silencio con una reacción nula. Actuaba como si apenas lograra procesarlo. Tras unos segundos, parpadeó. Su respiración se aceleró, la palidez en su cara se hizo mucho más preocupante y en sus manos había un ligero temblor.

–¿Seth?

Decir su nombre lo sacó de aquel extraño trance. Apretó los puños y, en cuestión de segundos, abrió la puerta de la cabaña para salir corriendo. Durante un segundo me pregunté qué debería hacer, si seguirlo o quedarme y esperar a que regresara... si es que no cometía una locura. Esto último quedó en mi cabeza mientras corría tras él.

El camino era mucho más largo de lo que esperaba y el bosque a oscuras y en soledad era terrorífico. Eso y la lluvia no ayudaban en absoluto. Comencé a preocuparme cuando de Seth no había rastro alguno.

–¡Seth! –grité a todo pulmón.

Seguí el camino hacia la carretera, temiendo que estuviera ahí, tirado en medio de la calle para que lo aplastara un auto y olvidara para siempre del dolor con el que tendría que vivir el resto de su vida. Entonces lo vi en el puente, mirando desde el otro lado de la baranda el río correr. Un resbalón y caería.

–¡Seth...! –caminé lento, guardando la distancia–. Seth, por favor, lo que pretendas hacer ahora mismo, olvídalo, eso no solucionará nada...

Su silencio fue algo que no esperaba recibir.

–Escucha –dije–, sé que estás conmocionado, pero debes calmarte.

Nada. No respondía.

–No trates de cometer nada estúpido, ¿me oyes? Porque voy a estar muy molesta.

No podía verle el rostro, no sabía si reía, lloraba o estaba enojado. Solo podía deducir, por la posición de su cabeza, que estaba mirando el río y eso era muy malo.

–Seth, por favor...

Dio un paso en el aire y, luego, desapareció.

Había saltado al río.

Mi corazón dio un vuelco doloroso y mi cuerpo se tensó. Mi primera reacción fue asomarme y mirar que estuviera bien. Conseguí ver la zona donde había caído, así que me armé de valor y me lancé a rescatarlo. El agua estaba tan fría que me congeló hasta el cerebro y por unos segundos no pude sentir nada más que cientos de puñaladas atravesar mi piel y adormecer mis músculos. El río corría con furia y abajo, entre mis piernas, sentía la flora acariciarme y atraparme. Al subir a la superficie encontré a Seth a unos metros, haciendo lo posible por mantenerse a flote. Nadé hacia él antes de que mi cuerpo se congelara por completo y no resistiera más, y lo agarré por el gorro de su abrigo hasta arrastrarlo a la orilla, llena de piedrecillas y rocas.

–¡¿Perdiste la cabeza?! –increpé cuando logré controlar mi respiración agitada, aunque mis palabras eran temblorosas por el frío–. ¡¿Qué te pasa?!

De gatas en el suelo, tosiendo y con su melena escurriendo agua, Seth levantó la cabeza y sonrió.

–¿Alguna vez... te... mencioné... que nunca aprendí... a nadar...?

Tenía que estar tomándome el pelo.

–¿Por qué sonríes? No hace ninguna gracia lo que hiciste, demente.

–Lo sé, pero... –tosió una vez más y suspiró–. Pero necesitaba un chapuzón de agua fría.

Se sentó a mi lado mientras yo me hacía un ovillo para mantener el calor en mi cuerpo. Vaya nochecita la que estaba teniendo. Empapada, sin ropa para cambiarme, lejos de la academia y junto a un suicida.

–Estás completamente loco –gruñí, ya casi con espasmos y la mandíbula adolorida por el incesable castañeo de dientes.

–Vamos a la cabaña o moriremos de hipotermia.

Las ganas de dejarlo solo como castigo no me faltaron, pero viendo la subida que debíamos tomar para salir del río, estaba segura de que no me las apañaría sola. Aun así, en todo el camino de regreso me mantuve apartada. Por suerte, el calor de la chimenea se convirtió nuestro aliado, y Seth me convenció de usar las sábanas como manta. Así, los dos terminamos frente a la chimenea, viendo en silencio cómo el fuego danzaba para nosotros.

–Sobre la información: tu novio trabaja complaciendo a mujeres en un club nocturno –habló de pronto.

Auch, dolía cuando lo confirmaba así.

–Y su padre no le hizo esas cicatrices –continuó con la voz apagada. Mantuvo los ojos puestos en las llamas todo el tiempo–. En realidad, se las hizo su familia adoptiva.

Quería preguntarle más sobre Raziel, pero en estos momentos me intrigaba más lo de Dhaxton.

–Creí que su padre y su madre lo habían criado.

–No desde siempre. Algunos lazos de familia no son tan fuertes como lo esperas y un hijo puede ser una carga. Dhaxton lo fue desde el principio. Era demasiado llorón y, por más que su madre intentara callarlo, él no dejaba de gritar. Esto llevó a que la inspiración de su madre se esfumara y el bloqueo llegara, provocándole una seria depresión. Por otro lado, su padre nunca lo quiso, pues ya tenía a Devon para que heredara sus miserias. Dhaxton creció como un niño caprichoso. Ninguno lo quería ni lo soportaba, así que le pidieron a otra familia que lo criara y disciplinara. Aunque, como verás, se les fue la mano. Supongo que recibir ese maltrato lo convirtió en lo que es ahora.

Por primera vez en mucho tiempo sentí lástima por Crusoe. Entendí muchas razones de su actuar, la forma oscura de su vida, la inferioridad que transmitía, el deseo de ser perfecto para su padre. Pero seguía sin entender algo...

–Pero, entonces, ¿por qué le teme a su padre?

–Quién no le temería a esa cara de culo... –se removió, metiendo la cabeza entre su sábana–. Es un vejete amargado e insoportable.

Le di la razón. Ese sujeto daba mal rollo.

Guardamos silencio y volvimos a contemplar el fuego. Por mi parte, yo no quería hablar más, solo sumirme en los pensamientos y dejar de sentir frío. Quería, al menos por unos minutos, algo de paz.

–En el fondo lo presentía –murmuró de pronto–. Siempre. Todo el tiempo. La carta no la creí un carajo. –Lo de Agnes todavía ocupaba su mente. Resultaba ser como un mosquito que no lo dejaba en paz, uno que quería chuparle hasta la última gota de sangre–. ¿No dijo cómo?

–No, lo siento. Él solo gritó que estaba muerta, nada más. Si ocultó la verdad, me temo que fue...

–¿Por qué habría de hacerlo? –interrumpió. Su voz se quebró y la respiración se le contrajo convirtiéndose en sollozos–. Éramos amigos. Los tres. Él era su novio –se cubrió el rostro con la sábana y escondió la cabeza en el espacio que creaban su pecho y las piernas flexionadas.

–Quizás hubo una discusión y perdieron los estribos. O fue un accidente.

Destapó su rostro para confrontarme, como si lo que acababa de decir fuese una ridiculez.

–Tú y yo sabemos que Dhaxton no pierde los estribos tan fácilmente, siempre ha actuado con premeditación. Es un jodido controlador. Algo tuvo que pasar para que la... –tragó en seco–. Lo hiciera. Algo muy malo.

–Las cartas están escritas con su letra, quizás realmente quería irse y eso lo desesperó tanto que prefirió acabar con ella. O... –dentro de mi cabeza me exigí encontrar otra posibilidad– quizás se fue y él se enteró de que murió, quedó tan tocado que tiene alucinaciones con ella. No podemos juzgarlo si lo que dijo fue «estás muerta», no «yo te maté».

No dijo nada, algo que me perturbó. Busqué su mirada, la cual volvió a estar puesta en el fuego. ¿En qué estaba pensando? Lucía como si quisiera quemar el mundo.

–¿Seth?

Giró su cabeza en mi dirección. Su mirada era franca e intimidante.

–¿Estarías dispuesta a teñirte el cabello?

Me cuestioné si iba en serio, pero al ver lo determinado que estaba, no tuve dudas de que ideaba algo.

–¿Quieres que me haga pasar por Agnes?

A juzgar por su media sonrisa, estaba en lo correcto.

–Tengo un plan. Dentro de poco, la boda de tu madre se llevará a cabo, ¿cierto?

Tragué saliva para evitar que ese cúmulo de sentimientos negativos me impidiera hablar.

–A la cual no estoy invitada –ironicé.

El rostro de Seth se deformó.

–¿No estás invitada a la boda de tu propia madre? –Le respondí con un lento movimiento con la cabeza. Seth arrugó todavía más el rostro, sin comprender–. ¿Fue por la cagada que te mandaste en la fiesta de compromiso?

Esa era una palabra demasiado descuidada para que me la echara a la cara, porque, pese a que mis intenciones habían sido buenas y solo buscaba defender a mamá, la culpa de que ella casi rompiera su compromiso y se alejara de la vida idílica que alguna vez soñó fue mi culpa.

Me cubrí la mitad del rostro, refugiándome de los malos pensamientos que me acechaban, igual como hacen los niños cuando temen que un fantasma los espante mientras duermen.

–Supongo que fui demasiado escandalosa como para que me inviten de nuevo –dije.

Intenté que mi voz no reflejara el dolor de su rechazo, la distancia y su ausencia, pero fue bastante obvio que me entristecía.

–Yo creo que estuviste asombrosa.

Busqué esa sorna descarada que usó aquella noche en la fiesta de compromiso pero no la hallé. Asumí que sus palabras fueron sinceras, pero el peso de la culpa me impidió pensar como él.

–Estaba borracha.

–Eso te suma puntos de sinceridad. La verdad, fuiste muy valiente.

Revolvió mi cabello.

–Lástima que mamá no piense lo mismo. No me habla desde aquella vez... Bueno, hizo la excepción cuando iba a viajar, pero nada más. Debe estar muy avergonzada para volver a presentarme frente al resto...

Me quedó mirando con los párpados caídos.

–¿Qué?

–Estás estrangulando mi mano –bajó la cabeza. La había agarrado como si quisiera aferrarme a sus palabras con ella o necesitara de su tacto para consolarme y la mantuve apretada con tanta fuerza que se había teñido de rojo por la sangre acumulada–. Me gustan las emociones fuertes, pero quisiera conservar mi mano, gracias.

La solté, casi tirándola a un costado. Ese gesto involuntario de mi parte le había fascinado, lo dejó muy claro con la sonrisa pícara que dibujó. Y yo me escondí en las sábanas.

–El punto aquí es que no deberías sentirte mal por lo que dijiste, al contrario, hiciste lo que pocos se atreverían a hacer por alguien que aman –siguió con su consuelo–. Tu valentía es admirable, y tu determinación también. Tú eres la persona más extraordinaria que he tenido el privilegio de conocer.

–¿Lo dices en serio o solo buscas sensibilizarme? –objeté, recelosa.

–Estoy diciendo la verdad.

Hicimos silencio escuchando a las llamas crepitar mientras nos mirábamos desafiantes: yo buscaba un indicio de mentira en él; Seth, por su parte, intentaba demostrar que iba en serio.

Algo en su mirada me pedía que le creyera, y cuando me permití hacerlo sentí de nuevo la extraña conexión que había percibido en el hospital. Un vínculo del que quise huir.

–Volvamos al tema. ¿Qué tiene que ver Agnes con la boda de mamá?

Seth pestañeó algo desorientado y se recompuso al carraspear:

–En un evento así de grande, la inesperada aparición de Agnes sería ideal. Si realmente está muerta, Dhaxton no te creerá, tú seguirás siendo Audrey. Si está viva...

–Creerá que regresó –concluí.

Seth sonrió.

–¡Exacto! Grandes mentes piensan igual.

Era o un buen plan o uno terrible. Una de esas posibilidades. Pero admito que me incliné por la primera opción. Era mejor que llevar a Dhaxton a la locura y presionarlo para que hablara. Pese a que era sospechoso, no merecía pasar por algo así de nuevo, ¿verdad? Aunque la idea de Seth tenía su fallo.

–Pero para eso necesito no solo teñirme el pelo, también debo actuar como Agnes. Deberé aprender sus gestos, muletillas, su actitud, forma de caminar... Es demasiado trabajo, y yo ni siquiera actúo bien.

–Actuar es vivir una mentira, y los dos sabemos que puedes hacer eso muy bien.

Lo decía por Raziel. Mal momento para volver a recordarlo.

–Yo sé todo sobre Agnes, decirte cómo mentir será fácil. Bastarán algunos entrenamientos en los que Baba te puede ayudar. Será pan comido.

Por poco olvidaba que esa señora era actriz.

Seth se puso de pie, dejando caer la sábana. Me miró desde la altura con una peculiar sonrisa. El entusiasmo había vuelto, y ahora extendía una mano hacia mí.

–Así que dime, Audrey, ¿me harías ese favor?

Muy lindo, muy lindo todo, pero no había soltado toda la información.

–Todavía no me hablas de la cicatriz que Dhaxton tiene en el rostro –señalé, recelosa.

Se llevó la mano a la barbilla para pensar.

–Esa cicatriz... –repitió, dejándome con la intriga–. Según recuerdo, me dijo que se la hizo en un accidente en auto cuando perseguía a Agnes. Su auto quedó destrozado, el parabrisas hecho añicos. –Una imagen mental se recreó en mi cabeza–. Según me contó después de salir del hospital, un trozo de vidrio se le quedó encajado ahí, en el rostro –explicó sin siquiera inmutarse–. Le pusieron más de veinte puntadas.

–¿Crees que él sea responsable de la supuesta muerte de Agnes? –pregunté con cuidado.

Se lamió los labios con frustración.

–Espero que no. Pero si lo fue –su voz se tornó profunda y su rostro serio– va a pagarlo caro. Lo juro.

Su determinación me demostró que iba en serio. Y, por un momento, saboreé la victoria que su propuesta significaba. Había logrado fracturar su amistad, plantar la desconfianza en él. Y, vaya, había sido más fácil de lo que esperaba.

–Voy a pensarlo –le dije, poniéndome de pie.

Los ojos de Seth se llenaron de una chispa intrigante que acompañó de una sonrisa traviesa. Esa respuesta había sido un «claro que sí, vamos con todo» para él. Algo tenía en mente.

–Vamos a celebrar este casi convenio bebiendo –propuso. Fue en busca del licor y luego, sin ninguna clase de reflexión, la abrió.

–No creo que sea buena idea beber...

Ni siquiera me escuchó. Se llevó la botella a la boca y le dio un sorbo con los ojos cerrados para después fruncir el ceño y carraspear para disipar el ardor en su garganta.

–¿Está bueno? –curioseé, aunque todo indicaba que esa botella era fuego líquido o algo por el estilo.

Seth me ofreció la botella.

–Pruébalo tú misma.

Con la indecisión por delante, tomé la botella y le di una probada. El sabor era amargo, me quemaba la boca y la garganta, pero me dejó un sabor apetitoso tras un momento.

Seth me miraba expectante.

–No está tan mal –admití.

–Peor es nada –soltó él, tomando la botella de regreso para seguir bebiendo–. Esta será mi forma de ahogar las penas –admiró la botella como una pieza de museo a la que debía cuidar y respetar.

–No puedes beber demasiado.

Me miró de reojo.

–¿Por qué no?

–Porque estamos atrapados en esta casa, mojados hasta los calcetines, sin comida, ropa ni toallas y tú necesitas conducir.

–Cuando empiece a marearme me lo quitas.

Hizo el amago de darle otro trago, pero le arrebaté la botella de las manos.

–¡Sé responsable!

–Paso de esa mierda.

–Y yo paso de que pases de eso. –Intentó quitármela alargando la mano. En un rápido movimiento, escondí la botella en mi espalda.

–Solo será un sorbo más... –suplicó en un tono aniñado e insistente.

–Puedes ahogar tus penas de otras formas –le esquivé.

–¿Como cuáles?

–Hablar es una buena opción.

Seth levantó una ceja.

–Por supueeeeesto. Seguro que eso es lo que harás tú –espetó con sarcasmo, siempre tan receptivo.

Era tan despiadadamente audaz que se había dado cuenta de que yo también estaba apenada por lo que ocurrió con Raziel. Me mordí los labios con frustración, dándole la razón sin que lo deseara, y él alzó las cejas como diciendo «¿ves? Yo tenía razón». Asumí la derrota sacándome de encima la tensión en mis hombros y bebí de un tirón. Cerré mis ojos al sentir que mi garganta ardía, pero luego se empezó a adormecer hasta que no percibí más que el sabor amargo en mi boca.

–Despacio, pequeña Padawan, no queremos que te emborraches.

Con los ojos todavía cerrados, sintiendo cómo el licor pasaba por mi pecho, le entregué la botella a Seth. Al abrirlos estaban vidriosos.

–Lo que sea para no sentirme como una estúpida.

Nos volvimos a sentar frente a la chimenea, mirando el fuego arder, refugiándonos de lo que nos complicaba estar bien con nosotros mismos. Pero estar en silencio me hizo sentir ridícula.

–Dijiste que te enamoraste de Agnes y que ella eligió a Dhaxton –dije de pronto. Como se lo permitió la sobriedad, Seth logró enfocarme tras pestañear repetidas veces.

–Ajá. –Bebió, se lamió los labios y siguió–: ¿Y qué con eso?

–¿Cómo fue vivir sabiendo que ella no te correspondía?

No sé si mi pregunta le desagradó o le había parecido acertada. Soltó una risa nasal y llena de ironía. Tomó otro trago, esta vez mucho más largo.

–Fue una putada, gracias por recordármelo. –Antes de disculparme, prosiguió–: Tener que verlos juntos y felices, si es que lo eran de verdad, me dolía como un grano en el culo. O peor. Pero ¿qué demonios podía hacer? Ambos eran mis amigos, mis mejores amigos. Y los quería. Asumí que esa importante realidad no me dolía, aprendí a guardar silencio sin quejarme. Esa era la mejor opción para los tres. Sufrir en silencio... –elevó la botella al cielo a modo de brindis.

–Y... ¿cómo dejó de gustarte?

Estiré mi mano para pedirle de vuelta la botella. Antes de hacerlo, le dio un sorbo corto a modo de reflexión.

–Supongo que olvidé lo que sentía con el tiempo y usé la técnica milenaria que todos los sabios usan.

–¿Cuál?

–Un clavo saca a otro clavo. –Blanqueé los ojos al escuchar esa absurda frase–. Supongo que por eso me aferré tanto a Christina, ya sabes, la profe con la que me pillaste en la bodega.

–Gracias por la imagen mental –dije con sarcasmo y bebí–. Y déjame decirte que eso de «un clavo saca a otro» es una forma horrible de olvidar a alguien. Siempre me ha parecido que deja de lado la profundidad de las relaciones y el hecho de que ninguna persona es reemplazable.

Seth alzó la cabeza al techo, meditándolo.

–A mí me ayudó bastante el sexo sin compromiso. Salí con muchas chicas para demostrarle a Agnes que estaba bien... Odiaba cómo ella me miraba cuando estaba con Dhaxton. Era como si sintiera compasión de mí, así que esa era mi pequeña venganza.

Esa última palabra quedó rondando en mi cabeza.

Venganza.

¿Podía hacerle pagar a Raziel por su mentira con una pequeña venganza?

Una venganza que estaba justo delante de mí.

–¿Qué? –interrogó.

–Nada.

–No digas «nada» y me mires con una sonrisa así.

¿Sonreía?

Me toqué el rostro y... vaya, sí, ¡estaba sonriendo con maldad!

–Es solo que...

Apoyé las manos en el piso y me acerqué a él al mismo tiempo que buscaba en su rostro algún rasgo en particular que me resultara atractivo. Su expresión desconfiada me causó cierta ternura, y que enderezara la espalda ante la proximidad, también. Entonces hallé ese atractivo que siempre me llamó la atención de él: su cabello mojado, ondulado y despeinado.

–Uhm..., te ves lindo al calor de las llamas.

Me percaté de lo tenso que lo ponían mis palabras. Quijada marcada, ojos recorriéndome, su manzana de Adán subiendo y bajando... Lo estaba tentando.

–La última vez que fingí caer en tus trucos terminamos mal, ¿recuerdas? –Su voz era la de una persona temerosa. ¿Dónde había quedado el Seth confianzudo con el doble sentido por delante?

–Ahora podemos terminar peor –admití–, y no me importaría.

–¿Y dónde queda lo que a mí me importa? –cuestionó de pronto a tan solo unos centímetros

de que nos encontráramos. Y yo, volviendo a mi cordura, me detuve como si me hubiera topado con una pared invisible.

¿Qué me estaba pasando? ¿De verdad iba a jugar con Seth por la simple razón de sacarle celos a Raziel? ¿Es que acaso estaba olvidando que sería jugar con los sentimientos de Seth y los míos por una cuestión tan banal como el despecho?

–Tienes razón, lo siento –susurré y volví a mi lugar–. No es justo para ti que te use y tampoco está bien que me quiera vengar.

Me cubrí con la sábana para refugiarme de la vergüenza que me embargaba.

–¿Lo amas?

Eso causó que mi corazón se estremeciera.

–¿Disculpa?

–¿Estás enamorada de él? –enfatizó sin quitarme los ojos de encima.

Ahora la nerviosa era yo.

–No lo sé –respondí escondida–. Siento cosas por él, pero al mismo tiempo tengo un millón de contras que me advierten que no puedo seguir sintiendo... esto.

Lo peor de todo era que había más contras que pros.

–Bueno... –carraspeó–. Se ve que es alguien en quien puedes confiar, y está bueno, así que es entendible.

Una carcajada se me escapó y salí a la luz.

–Ah, carajo... –Seth levantó la botella casi vacía–. ¿Jugamos a «Piedra, papel o tijeras» para decidir quién se toma lo que queda?

–Okey.

Él hizo papel y yo piedra, lo que le dio un impulso de alegría. Se puso de pie de un salto, con la botella en mano, y celebró la victoria con un raro baile hacia los lados sin darse cuenta de que la mitad de su sábana había empezado a quemarse. Y así, de la nada, todo se convirtió en gritos de alerta, preguntas sobre qué hacer, miedo a quemarnos y, por último, la sábana dentro de la chimenea apagando el fuego.

–Nunca más vuelvas a hacer eso –le aconsejé con la vista puesta en las cenizas que quedaban en la chimenea.

–Nunca más. Es una promesa.

Sin chimenea y sin alcohol, lo único que pudimos hacer fue largarnos.

Capítulo 14
Todos guardamos un secreto, ¿verdad?

RAZIEL

Eran las 9:43 de la mañana cuando llegué a la casa de Lester.

–Hola, amigo –saludó con su voz gangosa.

–No soy tu amigo –le corregí, entrando a su casa, aunque no me invitara a entrar–. ¿Y bien? Si me llamaste tan insistentemente y le avisaste a Camille, supongo que es porque tienes algo para mí.

–Quiero que veas lo que me pediste –agitó su brazo para que lo siguiera a su habitación.

Tecleó en su computador y me enseñó tres identificaciones listas para ser impresas: una para mi madre, otra para mi padre y una nueva para mí.

–¡Ta-chaaaaan! –presentó sus obras maestras. Lester, además de programar, sabía crear identificaciones falsas muy convincentes, como la que usaba bajo el nombre de Raziel–. Nueva identidad, nueva vida. También tengo los pasaportes. La única identificación y pasaporte que me faltaría por hacer son los de Agnes. No me tardaré nada, pero... si no es algo seguro no sé si debas pagarlo.

Lo dijo porque, como Camille, creía que Agnes estaba muerta.

–Yo me ocupo de mi bolsillo, tú de crearnos una identidad nueva. ¿Queda claro?

–Sí, pero ella ni siquiera está. No sabes de ella... –Me cabreé, y él lo notó–. Perdón, perdón. Lo siento... –carraspeó, se acomodó los lentes y cambió de ventanilla–. Como ya te dije, mientras no tenga una foto actual de ella, no puedo hacer nada.

Estaba decidido a encontrar a Agnes lo más pronto posible para irnos de la ciudad de mierda y empezar de nuevo. No era una plática que les gustara a mis padres –con quienes hablaba rara vez– porque ellos también habían perdido la esperanza de encontrarla. Y cuando les mencionaba sobre mudarnos de ciudad, me trataban como un completo demente. Sin embargo, estaba seguro de que una vez hallara a Agnes, cambiarían de opinión. Por eso necesitaba la nueva identidad.

Para no seguirme achacando, le pregunté por mi otro «favor».

–¿Conseguiste información de la mujer que te mencioné?

–Angelina Vörka. Sí, sí... –tecleó en su computadora, abrió un par de pestañas y el perfil de una mujer que solía visitar mi nuevo trabajo apareció en una ventanilla–. Está limpia.

–¿Seguro?

Asintió y procedió a hacerme un resumen:

–Mujer adinerada. Marido muerto. Fuera del foco de las cámaras. Buena relación con el alcalde. Nada de drogas, armas. Se casó joven y le gustan los hombres de veinte. Se gasta el dinero en clubs nocturnos y en el casino. Todo legal.

–¿Alguna donación?

–Nada de donaciones.

–Eso quiere decir que no tiene ninguna imagen que lavar o aparentar –deduje. A la mayoría de los ricos de Wightown les encantaba esconder sus mierdas detrás de actos de caridad.

Lester me dio la razón.

–¿Quién es? –preguntó ahogado por la curiosidad.

–Una mujer que veo en mi trabajo.

Le resté importancia. En mi mente tenía el pensamiento de que todo estaba siendo demasiado bueno como para ser verdad. Ninguno de los nombres de mujeres que le estaba dando tenía alguna cosa turbia detrás, todas eran mujeres adineradas que deseaban pasar un rato agradable. ¿Por qué carajos Bellish me había mandado a trabajar ahí entonces? No sabía, sin embargo, pensar en él me recordó que hablaba de «ellos», de la especie de organización a la que supuestamente temía.

–¿Religión o algún club? –indagué.

–No lo especifica –se volvió hacia mí con cara de perversión–. ¿Por qué el interés? ¿Te gustan las mayores ahora?

–No, me gustan sus secretos.

Le hice un nuevo pago por el favor, pese a que no había conseguido nada relevante, y me dispuse a salir de su pocilga electrónica. En la sala principal, me llamó de nuevo.

–Ah, sobre la chica creyente... –me volví hacia él enseguida. Estaba hablando de Audrey–. Encontré algo sobre sus padres.

–Dime –le ordené.

–Esto te costará dinero extra.

–¿Es importante?

Una sonrisa amplia me enseñó todos sus dientes chuecos y mal lavados. Conocía esa expresión, la solía poner cuando se escondía algo bueno. «El postre», le decía hasta que me quejé de su frivolidad.

–Tú ganas –me di por vencido.

–Es información dispersa, pero que puedo unir si investigo más –se acomodó en su silla, regodeándose de su superioridad informática.

–Escúpelo de una buena vez.

Se rio de mi ansiedad y siguió:

–Encontré que viene de una familia adinerada. El nombre de su madre no es Silvia. Ese no es su nombre real. En realidad, se llama Leah Reid.

Esa información no la manejaba, pero no era una que me asombrara. Estaba al tanto de que sus padres se habían separado y era evidente el odio que Audrey le tenía a su viejo.

–¿Qué más tienes?

–Investigando más sobre esta familia me encontré con un acta de nacimiento de una clínica privada.

–El de Audrey –asumí.

Lester negó.

–No, el de una tal Agnes.

Le pedí que me imprimiera el acta para verla con mis propios ojos. Si había ido buscando sorpresas, me las había llevado. Era cierto, el acta de nacimiento era la de Agnes, igual que la jodida amiga de Bellish y Crusoe. Mis dudas se acentuaron y cayeron en picada contra teorías basadas en meras suposiciones, nada en concreto y sentí la necesidad de indagar más en Audrey y su familia, pues siempre los había dejado de lado.

La desconfianza se apoderó de mí, sobre todo cuando al llegar al departamento me encontré con un mensaje en el celular secreto que provenía de mis padres.

A: Hoy vino alguien a preguntar por ti.

AUDREY

Desperté tras mi segunda casi resaca a causa del despertador de Lucy. Me revolqué en la cama un par de veces y me tapé la cabeza con el almohadón. Conseguí dormir un par de minutos hasta que mi alarma sonó. Aun así, el sueño era demasiado. Mis movimientos aletargados le causaron gracia a Vivian, con quien me encontré en el baño.

–Chica, veo que los cachos te han sentado fatal.

Omití su burla porque eso de «cachos» todavía dolía. No importaba cuántas veces me repitiera que entre ambos no había nada más que una relación de conveniencia, los sentimientos por él habían aflorado de una manera tan fuerte y rápida que me hacían sentir como una tonta ingenua.

–¿Fui a buscarte cuando estabas ebria y así me pagas?

–Te estoy cobrando el ridículo que tuve que pasar esa noche –reprochó al acercarse al lavabo para mojarse la cara. Tenía unas ojeras enormes que solía cubrir con maquillaje y un delineado oscuro que la hacía lucir genial. Pero sin maquillaje tampoco se veía mal.

–No te hagas, fuiste tú la de la idea. Querías discutir con alguien y lo lograste.

–A veces es bueno liberarse –insinuó–. Mira a Lucy.

Al mencionarla se lamió los labios viendo su reflejo en el espejo frente a ella, pasando la lengua justo sobre uno de sus piercings.

Era cierto que Lucy estaba mucho más relajada y de mejor ánimo, no la veía frustrarse con sus compañeros de curso, y que Vivian la hubiese ayudado en eso era precisamente lo que me preocupaba. Su relación había escalado alto y rápido, pero todo lo que sube debe bajar, ¿no? Y estaba segura de que a Lucy esa caída le dolería.

–Deja de mirarme así –gruñó Vivian ante mi cara de desaprobación.

Pestañeé para relajar la expresión.

–¿Así cómo? –soné inocente.

–Como me miraría mi vieja si estuviera mandándome alguna cagada frente a ella. ¿Sabes?, empezabas a caerme bien.

Abrí la llave y le lancé agua. Se quedó quieta un momento, con las manos en alto y las gotas cayendo por su cabello recién arreglado. En venganza abrió la llave del lavabo más cercano y me tiró agua de vuelta. Tomé su revancha como una declaración de guerra y le tiré una vez más. Ella la esquivó, abriendo otra llave, dispuesta a atacar. La batalla quedó inconclusa con la aparición de la supervisora. Para salvarnos el pellejo huimos ahogadas por nuestras carcajadas. Había pasado tiempo desde que no me reía así.

El juego me ayudó a salir de los dormitorios con mejor ánimo del que había llegado en la madrugada. Iba acompañada de Vivian, quien había tenido que cambiarse de ropa por mi culpa. Se quejaba de eso cuando Logan se me acercó.

Si me había buscado tan temprano por la mañana debía ser por una razón especial. Se veía algo nervioso, pues masajeaba sus manos compulsivamente, gesto que solía hacer antes de las evaluaciones.

–Hey. ¿Tienes algo de tiempo? –preguntó, echando un vistazo rápido a Vivian. Ella le hizo un repaso igual de rápido.

–Sí, ¿qué pasa?

–Necesito preguntarte sobre el examen final de semestre.

Aquella fue una vil mentira. Tiró de mí y me arrastró a la plaza del fundador sin permitir que me despidiera de Vivian.

–¿Qué pasa? –quise saber tras su misterioso silencio.

–Mi amigo consiguió algo de información de una data de... El punto es que me contó sobre la persona de la que querías información.

Me tensé.

–¿Consiguió algo interesante?

–Sí; nada.

Esperaba cualquier respuesta menos una tan decepcionante.

–¿Cómo que nada?

–Así es. No hay nada sobre él, ni fechas de nacimiento, familia, trabajo... Absolutamente nada. Lo único que hallé fue que su apellido lo vincula con Agnes, la chica con la que te molestaban.

Resoplé, desanimada. Esa información la conocía de parte del mismo Raziel. Incluso gracias a él sabía más sobre su pasado. Pero había un detalle que se me estaba escapando.

–¿Qué hay de Agnes o sus padres? ¿Pudo averiguar sobre ellos?

–De hecho..., sí –se metió las manos al bolsillo y sacó su celular. En la aplicación de notas había escrito nombres y diferentes direcciones–. Estos son los nombres que rescató. Los que les parecieron más interesantes –informó y luego señaló dos nombres especiales–. Y estos son los nombres de los padres de Agnes.

–¿Podrías mandarme la información?

Logan negó.

–Lo siento, soy muy desconfiado –parecía nervioso–, pero puedes anotarlos.

Me apresuré a escribir sus anotaciones antes de que se arrepintiera.

–Gracias, Logan –dije apenas acababa de anotar la última dirección–. Me encantaría pedirle a tu amigo más información sobre Agnes y sus padres, pero supongo que no puedo ponerme tan exigente.

–Podría preguntarle –se animó–. Ese demente me debe un montón de favores.

Quise abrazarlo, pero estar reunidos los dos y actuar con tanta confidencia era demasiado sospechoso y no quería alertar a ninguno de los ojos ocultos de Dhaxton y Seth. Bueno..., tal vez solo los de Crusoe.

Todavía seguía rondando por mi cabeza lo que había ocurrido en la noche. Me daba escalofríos recordar la reacción que tuvo Seth cuando le dije que, posiblemente, Agnes estaba muerta. Fue una respuesta real e impulsiva que casi lo mata... pero ¿y si era toda una actuación? Me negué a confiar en Seth, tenía que andar con cuidado porque, al final, todo podía ser una actuación.

«No seas tan confiada», pensé y con ello decidí confirmar la nueva información que tenía.

En mi tiempo libre decidí ir a la dirección que Logan me había dado. La casa quedaba en un barrio humilde de la ciudad, justo en la esquina de una calle donde las lluvias habían hecho más destrozos. En el aire se percibía un aroma a lodo, hojas mojadas y humedad. Andar sola me pareció una pésima idea, sobre todo porque la solitaria calle me daba un mal presentimiento. Asumí que se debía a algún prejuicio interno, pero de todas formas decidí tener a la mano mi celular en caso de que necesitara ayuda.

Me paré frente a la puerta y necesité mentalizarme antes de golpear. Sin embargo, la puerta se abrió de improviso. Una mujer asomó la mitad de la cara. Su rostro era demacrado, bajo sus ojos tenía bolsas de ojeras oscuras y abultadas, y el cabello rubio y pajoso. Su mirada, que parecía cansada, me miró con cierta hostilidad, lo que me hizo sentir mucho más incómoda. Era la misma mirada que tantas veces vi en los comedores comunitarios.

–Hola –saludé, tratando de no dejar en evidencia mis nervios.

–¿Se te ofrece algo? –habló a la defensiva, algo que me recordó a Raziel.

–Disculpe, ¿es usted la madre de Agnes?

Mencionarla rompió la coraza invisible que la protegía. Su mirada cargada de recelo se transformó en una llena de esperanza; el brillo en sus ojos lo evidenció. Abrió la puerta hasta el punto de enseñar su vestimenta, una camisa blanca floreada que contrastaba con el fondo oscuro y unos jeans gastados ceñidos a su figura delgada.

–¿Hay alguna información sobre mi niña?

Eso me retorció el pecho, sobre todo porque yo estaba ahí por algo diferente y egoísta, y era doloroso –además de decepcionante– quitarle la esperanza.

–No... –intenté hablar, pero no sabía de qué forma hacerlo–. Esto... No sabría decírselo. Yo...

–¿Eres alguna compañera? –retornó a su faceta defensiva. La voz golpeada y la quijada marcada.

–Vamos a la misma academia. Quería saber si podíamos hablar sobre ella y...

–No tengo nada de qué hablar –se apresuró en detenerme, impaciente–. Sobre ella y sobre nada. Lo único que recibimos es información sobre el paradero de nuestra hija.

Por poco me cierra la puerta en la nariz.

–Aguarde un momento...

–No tengo tiempo que perder –dijo a modo de regaño–. ¿Sabes cuántas personas vienen a golpear mi puerta con la excusa de que quieren ayudarme con Agnes o para simplemente burlarse? Un montón. Por favor, si no tienes ninguna información que ayude a encontrar a mi hija, vete.

Di un paso atrás cuando la puerta se cerró de golpe.

No pude molestarme con su actitud. En parte entendí que estuviera a la defensiva con lo último que dijo. Debía ser difícil que una situación tan horrible se tomara para bromas o como un hecho insignificante. Por otro lado, estaba el tema del acuerdo.

Fue una pésima idea visitar a la familia de Raziel. Ni siquiera había conseguido algo relevante.



Volví a la academia justo para la siguiente clase. Casi al finalizar, recibí un mensaje de Raziel.

Reunámonos hoy.

Quise maldecir a los cuatro vientos porque sabía muy bien de qué quería hablar. Pero también tenía cosas que decirle, necesitaba aclarar lo de Seth, saber qué sucedía en el club nocturno. No podía estar sola en esto y, a decir verdad, me había acostumbrado a escuchar lo que tenía que decirme antes de tomar alguna decisión.

Pasó a buscarme en su moto, consciente de que a esas horas los alumnos todavía no salían de clases. Había aparcado en la entrada y aguardaba por mí apoyado en la parte trasera de un descapotable rojo mientras hacía girar las llaves de su moto en su índice. Me resultó extraño que no estuviera fumando, como de costumbre.

–¿Qué? –preguntó al acercarme.

–Esperaba verte matar tus pulmones con un cigarrillo.

–Prefiero matarme después del almuerzo –se explicó y atrapó las llaves dentro de su mano–. ¿*Diner* o departamento?

La elección la tomé rápido:

–Al *diner*.

Parece que era una respuesta inesperada, pues todas las charlas importantes que habíamos tenido se llevaban a cabo en su departamento, y acababan en... Bueno, besos, abrazos y muchas cositas más. Pero necesitaba que hablásemos de verdad, no quería que mis elecciones se basaran en lo que sentía, sino en lo que nos convenía a ambos.

Subimos a su moto para atravesar las calles hacia su *diner* preferido y llegamos a la hora en que había pocos clientes. Pillamos una mesa junto a la última ventana, apartados de todo el que entrara. La camarera saludó a Raziel igual que a un viejo amigo y después anotó nuestro pedido.

–Ya eres parte de la familia, ¿eh? –le dije después de que a Raziel lo saludara otro camarero.

–Es lo que obtienes cuando tu personalidad es tan carismática como la mía –dijo con sarcasmo–. Tenemos algunas conversaciones pendientes –cambió de tema, tornándose serio.

–¿Jugamos piedra, papel y tijeras para decidir quién pregunta primero?

–Comienzo yo –se adelantó, serio. Se inclinó sobre la mesa y arrugó el ceño–. Mantén a mi familia lejos de nuestros asuntos.

–Veo que tu madre te habló de mí –dije al mismo tiempo en que masticaba sus palabras con pesar. No es como si hubiera querido ser discreta, pero a juzgar por lo furioso que lucía Raziel, tal vez debí planteármelo.

–Ha sufrido lo suficiente como para que juegues con ella al detective.

–¿Jugar? Estoy haciendo lo mismo que tú: investigar.

–Con que estás investigándome.

–Tú estás haciendo lo mismo. ¿No querías que fuera precavida? Y en vista de que no puedo confiar en ti, porque me mientes en la cara todo el tiempo, no tengo de otra que hacerlo por mi cuenta. Dijiste que no habría más mentiras. Otra más de tus mentiras. Luego te molestas si quiero investigar sobre ti, qué chiste.

–Yo no mentí –alegó.

–Por favor, Viktor –pronunciar su nombre lo puso a la defensiva–, no sirves tragos, eres su entretenimiento y placer.

El desayuno llegó justo a tiempo. La amabilidad de la camarera aflojó la tensión que se respiraba en nuestra mesa, pero en cuanto se fue, percibí que la mirada de Raziel, esa perspicaz y poco reveladora, se posó sobre mí.

–Come –señaló lo que pedí.

Mi apetito siempre desaparecía cuando me enteraba de algo interesante. De mala gana cogí las tostadas y les di un mordisco; eran deliciosas, pero prefería el sabor de las tostadas que preparaba Raziel.

–Te dije una media verdad. Hasta hace poco me dedicaba a servirles lo que me pidieran y mantenerme al margen de lo demás. Pero la dueña, mi jefa –marcó la última palabra–, me ascendió.

–Y no pudiste negarte.

–¿Por qué habría de hacerlo?

Esa pregunta me dio directo al corazón. Su pregunta estaba clara y la respuesta también. No tenía razones para negarse a hacer y ser lo que quisiera y, por otra parte, yo no tenía derecho a molestarme.

«No somos nada», repitió mi conciencia.

Frente a mi silencio, Raziel resopló y encogió los hombros al apoyar ambos antebrazos en la mesa.

–Aquel beso fue el único. Ni uno más, ni uno menos. Y no fue por gusto, se trató de una obligación. ¿De verdad crees que quiero esto?

Negué con la cabeza.

–Está claro que los desprecias y que los necesitas.

–Prefiero mantenerlos cerca de mí. Y muy lejos de ti –oscureció la mirada–. Aunque tal vez tú sepas algo de ellos.

–Si lo dices porque me fui con Seth anoche...

–No lo digo por eso –frenó.

–¿Qué quieres decir? –pregunté, siendo consciente de que aquella insinuación ocultaba otra intención.

Metió su mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó un papel doblado, el cual puso sobre la mesa y arrastró hacia mí. Con cierta desconfianza, lo desplegué y leí. Era un certificado de nacimiento perteneciente a la clínica privada Holly Brandon, un sitio que jamás podría costear con mis ahorros.

Circunscripción: Wightown
Nro. Inscripción: 63288090
Nombre Inscrito: Agnes Elaine Reid
Fecha nacimiento: 13 de febrero de 2001
Hora nacimiento: 09:32
Sexo: Femenino
Nombre padre: Timothy Reid
Nombre madre: Leah Reid

Cuando acabé de leer, Raziel lucía una sonrisa de satisfacción.

–Parece que no soy el único que se cambió el nombre, Agnes.

RAZIEL

Aunque mis sospechas de que Audrey era Agnes no eran cien por ciento firmes, llamarla por aquel nombre resultó favorable. Su mirada se tornó inquieta, sus cejas estaban hundidas y tenía la boca semiabierta; una mueca que indicaría confusión, pero la pregunta era: ¿realmente lo

estaba? Audrey había demostrado ser bastante lista. Torpe pero astuta. Aprendía rápido y había sabido usar su apariencia para que la subestimaran. Ese había sido el error de todos los que trataron con ella, incluyéndome.

–¿Por qué me llamas así?

Su voz, al contrario de su expresión, no era la de una persona confundida. Estaba molesta, como actuaría alguien a quien le han pateado los cojones y quiere aventarse a los golpes como venganza.

Señalé con mi barbilla la copia del certificado de nacimiento.

–Es lo que dice la hoja.

–¿Y eso qué? –espetó más molesta que antes.

La razón podía significar dos cosas: le fastidiaba que la llamara Agnes o le irritaba que su secreto quedara expuesto.

–¿No te parece curioso lo de las fechas de nacimiento?

–Puede ser una coincidencia –defendió, acentuando la arruga en su entrecejo.

–Una coincidencia –repetí, pensativo–. Como que ella y tú se parezcan.

–No soy Agnes –negó y me miró sin pestañear. Era delgada y eso ayudó a ver cómo su quijada se marcaba al apretar los dientes.

«A este paso va a odiarme», pensé.

Y no me quedaron dudas de eso, su actitud demostraba el repudio que sentía por la presión que ejercía sobre ella. Iba a ser una tragedia afrontar su cólera y provocar que se cerrara, pues eso no traería respuestas, más bien un rechazo como el que ya había experimentado. Y viendo lo apática que estaba...

Para no recibir otra negativa, contemplé mis opciones y decidí ir por otro camino.

–Resulta que no fuiste la única que investigó –opté por actuar igual a un conciliador, por demostrar cuáles eran mis fundamentos.

–Así veo. –Cruzó los brazos y se echó hacia atrás–. Vaya confianza la que me tienes.

Su actitud me sacó una sonrisa que traté de no enseñarle por completo.

–Tuviste la posibilidad en tus manos y también lo hiciste.

–Y razones no me faltaron.

Ella sonrió de vuelta, pues ambos sabíamos que nuestros principales disgustos se debían a la desconfianza que yo mismo planteé. Pero decidí volver al tema.

–Con la investigación conseguí cierta información.

–¿Cuál?

–Vienes de una familia acaudalada.

Emitió otra carcajada irónica y bajó la mirada negando con la cabeza. Su actitud aumentaba mis sospechas, pues era extraño verla tan a la defensiva.

–No puedo creer que digas eso cuando mi madre trabaja día a día vendiendo los productos de limpieza de su pequeño negocio.

Siguió renuente a mis declaraciones.

–Te creo.

Cierto destello de sorpresa se vislumbró en su mirada. Probablemente no esperaba mi confirmación. No era de sorprenderse, durante todo el encuentro había estado oponiéndome a ella.

–Silvia es la mujer esforzada que empezó con una empresa pequeña. Sin embargo, esto ocurrió después de cambiarse el nombre. Después de empezar una nueva vida. Antes de esto, ella

era Leah Reid, la esposa de Timothy Reid, un inversionista que, coincidentemente, venía de una de las familias fundadoras y de quien, no hay más información. Juntos tuvieron una hija llamada Agnes Reid, a quien pertenece el certificado que tienes en tus manos.

Puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó, desafiante. La mirada de odio estaba de regreso.

–Mi madre se llama Silvia –amonestó. Todos los huesos de su cara se adaptaron a su modulación exagerada–. Desde siempre ha sido así. Su documentación tiene por nombre Silvia Johnson. Su empresa está a nombre de Silvia Johnson. Todos aquí la conocen como Silvia Johnson.

Decidí sacar lo otro que Lester había sacado para mí.

–Aquí tengo algo que podría interesarte... Son dos fotografías; una de tu madre como Leah y otra siendo Silvia. –Recibió ambas hojas y las examinó–. Como verás, hay bastantes cambios. Nariz, pómulos, boca, cabello. Incluso la barbilla. Pero hay una característica inconfundible.

–Los ojos –respondió, pasando sus dedos por encima de la fotografía de Leah.

Me mantuve observando ambas fotografías en silencio hasta que, de la nada, comenzó a reír.

–¿Esta es tu prueba? –preguntó al silenciarse–. ¿En serio estás diciendo que mi madre tenía otra identidad solo por su parecido en los ojos? He conocido a un montón de personas con rasgos faciales parecidos... o iguales. Esto no prueba nada, Viktor. –Apreté los dientes al escuchar mi nombre; ambos sabíamos que lo hacía para provocarme.

–Hablemos del parecido que tienes tú con Agnes. No vas a negarme aquello, ¿o sí?

Se mordió los labios.

Claro que no podía negar algo tan evidente. Ella misma se había sorprendido del parecido entre ambas y los dos bastardos también sabían de su parecido con su vieja amiga.

Otro punto a mi favor.

–¿Y qué hay de tu padre? –continué.

–Mi padre es un cerdo.

–Sobre Timothy Reid no encontré más información de la que te he dicho. Ni siquiera había fotos. Fue como si también quisieran que estuviera fuera del juego. Pero aquella vez en el bar fuiste muy vaga sobre el hombre al que vimos. Rechazaste hablar y huiste. Háblame de él.

–¿Quieres que te relate cómo golpeaba a mamá? –cuestionó con desprecio.

Su padre era el punto que necesitaba tocar para que el angelito se convirtiera en un demonio despiadado.

–Por eso nunca hablas de él.

Un nuevo cliente que entró al *diner* la distrajo. Lo enfocó, alerta, como si temiera que esa persona fuera su viejo.

–¿Y bien? –insistí.

–Ese *hombre* está muerto para mí –se expresó con desprecio.

Referirse a él como un muerto despertó mi intriga.

–Timothy Reid lo está –metí la mano al bolsillo y saqué otra copia que dejé sobre la mesa para que pudiera cogerla–. Ese es el acta de su defunción. Eras muy pequeña cuando ocurrió.

Agarró el papel y le echó un vistazo. Luego de una rápida lectura, dejó el papel sobre la mesa.

–Mi progenitor no está muerto –dijo casi al borde del asco–. Tú y yo lo vimos en el bar.

Nuestras miradas se encontraron. Ambos buscábamos defender nuestras posturas y salir victoriosos. Quien apartaba los ojos era el perdedor. Para mi sorpresa, quien los apartó fue ella. Estaba ocultando algo.

–Algunos cometen el error de menospreciar a las personas que se dedican a cuidar a los demás o personas como tú, que no matarían a una mosca, pero se olvidan de que muchos lobos se visten de ovejas. Tú y yo no somos tan diferentes, después de todo. Tus secretos están a salvo conmigo, Angelito.

Gruñó, blanqueando los ojos.

–¿Quieres que te haga un dibujo? No sé de qué forma decirte que yo... –su voz flaqueó y eso delató, por una milésima de segundo, su inseguridad. Había quedado expuesta y necesitó volver a la defensiva–. Yo soy yo: Audrey Johnson.

–Antes de que insistas, debo aclararte que sobre Audrey Johnson no hay certificados de nacimiento, registro de hospitales... Absolutamente nada.

Tenía la actitud de querer rebatir, pero prefirió guardar silencio, así que continué:

–La vida de Audrey Johnson empezó con una matrícula en el internado. No más, no menos. Para el sistema eres una completa desconocida. El único certificado de nacimiento que relaciona a tu madre antes de que se cambiara el nombre es el de Agnes. ¿No crees que esto es lo suficiente extraño como para que sospeche de ti?

–Bien; si tanto insistes, lo admitiré. –Se lamió los labios y prosiguió–: Soy Agnes. ¿Y ahora qué?

Acabó su pregunta con una sonrisa.

Mierda.

Creerle o dejarlo pasar como una mentira. Difícil decisión.

De ser cierta la afirmación no lo hubiera dicho tan gratuitamente. Conocía lo suficiente a Audrey como para saber que una confesión de tal magnitud la frustraría al punto de llegar a morder sus labios, como solía hacer en momentos de estrés. Pero ¿y si en realidad estaba en una faceta diferente? ¿Y si se estaba mostrando tal cual era?

–Estás demasiado callado para lo que te he soltado –llamó mi atención–. ¿Es que no dirás nada? ¿Para qué tanta insistencia, entonces?

–Estás jugando conmigo.

–Tú eres el que juega conmigo –se alteró por un instante–. Esto de por sí es muy extraño para mí... –su voz tembló y se agarró las sienes–. Yo... Me duele la cabeza.

En un intento por escudriñar en su mente, busqué algún indicio de la verdad. Su respiración se aceleró en cuanto levantó la mirada y no pude concluir si estaba diciendo la verdad o si fingía que no sabía nada de lo que le había dicho. Pero me negué a verla así, frustrada y acongojada.

–¿Estás bien? –Intenté tocar su mano, pero su rechazo fue inmediato. Se cubrió donde mis dedos la rozaron y se hizo hacia atrás.

–Tengo que hablar con mi madre –emitió con voz gélida y se puso de pie, perdida, olvidando el sitio donde nos encontrábamos. Sus movimientos se volvieron torpes en lo que trataba de sacar dinero de su cartera.

–No –le ordené–. Yo pago.

No dijo nada, solo pestañeó un par de veces y se dirigió a la entrada.

A esas alturas solo me quedaba seguirla para averiguar qué sucedía o qué tramaba. Dejé un par de billetes sobre la mesa y la seguí. Pero Audrey se había quedado de pie, estática y con la puerta a medio abrir.

–No puedo ir con ella –musitó, tan desorientada y frustrada como antes–. No puedo.

–¿Por qué no? –increpé.

–No puedo arruinar su boda. –Parecía nerviosa, con la voz apagándose en su garganta cada

vez que decía una palabra–. No puedo preocuparla a estas alturas.

Pese a que no entendía la fidelidad que tenía hacia una madre que jamás le había prestado el interés suficiente, y aunque sabía que hablar con ella sería el camino fácil para ambos, no quise decirle nada al respecto.

Opté por darle otra solución.

–Vamos con tu viejo.

Mi sugerencia le provocó una mueca de horror.

–Nunca –dijo y salió.

–Si quieres conseguir respuestas es lo que necesitamos hacer –traté de que entrara en razón.

–¡Entonces ve a hablarle tú! –gruñó, girándose con rapidez–. Jamás voy a pedirle ayuda a un humano tan despreciable como él.

Dicho esto, retomó su camino.

Dudé en seguirla y preguntarle si sabía dónde encontrarlo. Supuse que no quería decirme. Estaba por mi cuenta.

En las horas libres que me quedaban fui al bar donde Angelito y el amigo de la chica desaparecida se encontraron. Ahí le pregunté al barman sobre su padre, describiendo la apariencia del hombre con los detalles que más recordaba.

–Hablas de Canti –me respondió el sujeto tras una breve búsqueda mental–. Sí, sí, lo conocemos bien. Cuando ya no da más de borracho siempre le pedimos un auto que lo lleve a casa.

–¿Me puedes dar la dirección?

Con la dirección en mano, me dirigí a su residencia. No era sorprendente que fuera un barrio peligroso. Fui puerta por puerta golpeando, pero el tipo vivía justo en la casa sin número.

Un hombre desaliñado, camiseta de tirantes sucia y bóxer a rayas me abrió. Se asomó por una pequeña rendija sin enseñar el interior.

–¿Quién eres?

Reconocí la voz de esa noche, suplicando a Audrey.

–¿Conoces a Silvia Johnson?

Permaneció callado unos segundos en los que me pareció que juzgaba mi aspecto.

–Sí –respondió con cierto resquemor–. ¿Hay algún problema?

–Quiero hacerte unas preguntas.

Mi respuesta encendió sus alertas. El interés que mostró al preguntarle sobre la madre de Audrey fue reemplazado por una desconfianza que se percibía en el aire. O puede que, en realidad, solo haya sido el olor a mierda que emanaba de su casa.

–¿Eres policía? –preguntó, desconfiado.

–No.

–Bien.

Abrió la puerta permitiéndome el paso al interior. La sala era un lugar oscuro y maloliente, que no se había ordenado en la puta vida. El olor a desagüe era intenso, tanto que tuve ganas de escupir para quitarme el mal sabor de boca. En la mesa frente al sofá había latas de cerveza, cajas de comida, trozos de papel higiénico y todo lo necesario para drogarse.

–¿Ella está afuera? –se asomó a mirar hacia los lados de la calle.

Supuse que se refería a Silvia.

–Ella no sabe que estoy hablando contigo.

–No quiere volver a saber de mí, ¿ah? –Su risa era desagradable y llena de gargajos

estancados en su garganta.

–Tiene sus razones, supongo.

Carraspeó y luego escupió a un lado.

–Me comporté como un hijo de puta con ella y ahora se va a casar con un multimillonario mientras yo estoy aquí, cagado hasta las patas. ¿Qué quieres?

–Quiero que me cuentes cómo conociste a Silvia.

–¿Por qué? ¿Vas a hacer un álbum de fotos? –emitió otra risa desagradable–. Nos conocimos en una salida, la pasamos bien. Tenía buenas tetas y un culo... –se relamió los labios–. En ese tiempo yo trabajaba y ella pensaba abrir algún negocio. Fue una calentura más que nada.

Reprimí las ganas de darle un puñetazo para que se callara.

–Hace varias noches encontraste a Audrey en un bar por los suburbios. –Asintió–. Dijiste que querías hablar. ¿Sobre qué?

–Quería disculparme con ella.

–Por lo que le hiciste a su madre –asumí.

–Por eso. Por las deudas. Por gastar todo en mierdas. Por no poder ser el padre que se merecía. Por no quererla como a una hija... –enrojeció y la vena en su cuello se inflamó–. Pero la sangre me hervía cada vez que las veía... Me recordaban mis fracasos y lo hijo de puta que soy.

El tipo era un completo imbécil.

–¿Recuerdas algo sobre Silvia? ¿Algo que te resultara sospechoso?

Se acomodó en el sofá y me miró como si quisiera darme una charla de padre a hijo.

–¿Qué edad tienes?

–Veinticinco.

–¿Tienes pareja?

–Sí.

–¿Con hijos?

–No.

–Bien –me enseñó su gordo dedo pulgar–. Nunca te fíes de una mujer que ya tiene hijos.

«¿Hijos?», pensé.

–¿Silvia estaba embarazada cuando la conociste?

–Embarazada no, ya tenía a la niña.

Eso confirmaba que el imbécil no era el verdadero padre de Audrey.

–¿Nunca habló sobre el padre de Audrey? ¿O de alguien más? ¿Algún exmarido? ¿Familia?

Chasqueó la lengua.

–¿Ves cara de que me interesara?

Audrey decía la verdad: no sabía nada sobre su madre, ni sobre Agnes o Timothy. Y yo le había dicho esas mierdas...

–¿Eso es todo?

El hombre me miró desde su nido de porquerías, sentado en el sofá rascándose los cojones.

–No –respondí. Me acerqué a él y lo agarré del cuello de la camiseta con tanta fuerza que conseguí ponerlo de pie–. Si vuelves a acercarte a Audrey o intentas hablar con ella lo vas a lamentar. ¿Oíste? ¡¿Oíste?!

–S-sí...

–Ella no está a favor de usar la violencia, pero yo no tengo problemas en partirte la cara para que nunca más tú ni tu aliento pútrido se acerquen a ella. Desde ahora, ella no existirá para ti. ¿Soy lo suficientemente claro?

–Lo eres –se apresuró a responder.

Con esto di por finalizada nuestra charla.



Por la noche tan solo al llegar al club me llamaron. Me había ganado una invitación a la oficina privada de la mandamás. Tuve el presentimiento de que todo se había ido a la mierda, incluso pensé en llamar a Camille para pedirle que cuidara de mis viejos en caso de que algo me pasara. Todo apuntaba a que me habían descubierto.

Jamás en mi puta vida esperé entrar en una oficina tan elegante como la de Magdiel Slagel. Una mujer madura, que duplicaba mi edad, de buen aspecto y semblante y que, con todo esto, logró ponerme nervioso. Sus ojos azules eran audaces. En cuanto me hicieron pasar, me invitó a sentarme frente a su escritorio. Demostró educación y amabilidad. Sonrió con dulzura y luego enseñó sus garras.

–La mayoría de los jóvenes que trabajan aquí están en busca de la oportunidad ideal para ganarse el favor de las señoras y meterse en sus carteras, todo para obtener los beneficios que les presentan –empezó diciendo–. Jamás desperdician la oportunidad.

No sabía a qué punto deseaba llegar, pero sabía que para iniciar su discurso hablando de «jóvenes» y «oportunidad» tenía una razón en particular.

–Pero tú... Tú eres diferente. Te limitas a servir, mas no a complacer. Te quedas observando mientras tus compañeros pasan las horas sentados junto a nuestras bellas clientas, disfrutando del licor que tú mismo serviste. –Hizo una pausa y se tornó seria–. Si no estás por dinero, la pregunta es: ¿por qué estás aquí?

–Trabajar –me limité a decir–. De una manera más honesta.

–Por favor –sonó aniñada–, eres un gigoló, estás aquí para complacer mujeres.

–Soy consciente de cuál es mi posición aquí, pero agradezco que me lo repita –fue lo que dije–. Y, con su respeto, sé también que la palabra «complacer» no se puede condicionar a un solo tipo de placer.

–Inteligente, pero arrogante –definió mi comentario–. Demasiado conservador. Voy a repetirlo: ¿por qué estás aquí?

Yo insistí:

–Trabajo.

–Trabajo... –repitió con sorna–. Muy bien, iré al grano.

Magdiel estaba sentada en su escritorio, reclinada hacia atrás. A pesar de la distancia y diferencia de estatura, se veía demasiado segura de sus palabras. Me había atrapado.

–Sé que tu nombre real es Viktor. Que tus padres biológicos eran unos alcohólicos y que tuviste que vivir en una familia de acogida. Sé que entraste a una academia como auxiliar de aseo y que gracias a esto tu linda hermanita también. Hermana que, actualmente, no tienes idea dónde está.

Soltó todo de golpe. Rápido. Tardé en asimilarlo. Pero, cuando lo hice, mi pecho se vació por completo.

–Y sé que estás aquí porque la estás buscando –sonrió contemplando mi expresión–. Me gusta investigar a mis chicos, Viktor.

Sabía que más jodido no podía estar.

–¿Y qué piensas hacer ahora? –le pregunté sin dejar que viera lo mucho que me afectó todo lo que sabía de mí–. ¿Despedirme? ¿Mandarme a tus matones?

–Qué... vulgar. Lo que haré será facilitarte el trabajo: voy a decirte dónde está tu hermanita.

Dejé de respirar un segundo. Todo estaba dando vueltas a mi alrededor.

–Asumo que bajo ciertas condiciones.

–Me gusta tu intuición, así no pierdo tiempo –dijo–. Tengo dos condiciones. Quiero que sepas que no me gusta defraudar a mi clientela y siempre trato de darle los mejores productos y servicios; tú eres un mal producto y, por lo tanto, das un mal servicio. Quiero que complazcas a las damas como se merecen. ¿Puedes hacer eso?

«Por Agnes puedo hacer eso y más», me dije.

–Sí.

–Perfecto. Te presentaré a una clienta que te tiene los ojos puestos encima, ya verás.

No oculté mi desagrado, simplemente lo mezclé con mi siguiente pregunta:

–¿Y la segunda condición?

Magdiel se levantó de su silla y rodeó el escritorio. Con dos pasos lentos llegó a mi espalda, me tomó de los hombros y susurró en mi oído:

–Si quieres saber dónde está tu hermana debes darme algo a cambio.

No me moví ni un centímetro.

–¿Qué cosa?

–Un reemplazo.

–¿Un reemplazo para quién?

La mujer sonrió, acomodándose el cabello en lo que arreglaba su melena.

–Una sustituta para tu hermana –dijo y agarró un control remoto con el que encendió el televisor LED de la oficina–. Y creo que tienes a la chica perfecta.

La pantalla del televisor enseñó el video de una cámara de seguridad en la que aparecía Audrey mirándome con ojos asustados cuando casi la atrapaban los dos matones del club.

Capítulo 15
Retazos del pasado

AUDREY

En los días siguientes decliné las llamadas de Raziel por miedo a lo que me diría e intenté negarme a hablar con Camille cada vez que ella intentaba preguntarme qué había pasado entre nosotros.

La verdad era que sí, todo este tiempo estuve ocultando algo: desde el principio sabía que mi madre se había cambiado de nombre y sus rasgos físicos. Sin embargo, intentar explicarle cuál era la razón detrás de eso era inútil, porque ni siquiera yo lo sabía.

Y, como era de esperar, en esos días no pude dormir. Cada vez que trataba de conciliar el sueño, una de mis pesadillas me despertaba. O, tal vez, eran los recuerdos de algo que me obligaron a olvidar.

Fue en una mañana en que me quedé dormida en el aula esperando por la llegada del profesor. Allí con la cabeza apoyada sobre la mesa, otro recuerdo me atacó. Esta vez, mamá estaba agachada frente a mí, con sus dedos incrustados en la piel de mis brazos a tal punto que la estiraba y dolía. La desesperada manera en que me tomaba era insistente y balbuceaba algo que no lograba comprender por mis sollozos. Pero algo me decía que no lo hacía por el trato de mi madre, sino por algo más.

Poco a poco su voz se aclaró.

–Tienes que prometerlo –ordenó al borde de la histeria. No pestañeaba, lo que me dio muy mala espina. Sus ojos se veían tan grandes e intimidantes...

–Mami... –balbuceé, asustada.

–Nada de mami –me regañó y sus dedos se me hundieron aún más–. Prométeme que olvidarás todo.

Y yo, con las lágrimas cayendo sin parar, le dije sin comprender:

–Pero papi está...

–Papi ya no está con nosotros –su voz se quebró–. Se fue para siempre. Ahora somos las dos. Ahora mami es alguien nueva.

–¿Y yo? ¿Y papi?

Era demasiado pequeña para entenderla.

–Nunca hables con nadie sobre papi. Él ya no está, ¿entendiste?

Aquel «ya no está» provocó que chillara de llanto.

–Escucha, si hablas de él algo malo nos pasará. A ti y a mí. Algo muy malo viene tras nosotras y nos hará daño. ¿Eso es lo que quieres? ¡¿Quieres que nos pase algo malo?! –insistió.

–No –balbuceé.

–Entonces prométeme que jamás le hablarás a alguien de lo que pasó. Ahora somos tú y yo. Nadie más.

Lo siguiente que recuerdo es que me abrazó. Su mano tocó mi cabeza de forma cálida, un gesto extraño teniendo en cuenta lo alterada que estaba hace tan solo unos instantes. Me tomó en brazos y se agachó para tomar una maleta.

Atrás dejábamos un enorme avión.

La silla del asiento continuo me despertó. Dhaxton había llegado a clases, pero apenas me moví para saludarlo.

–¿Estás bien? –preguntó con esa voz profunda que hace días no escuchaba.

Yo, recostada sobre la mesa, hice un esfuerzo por no fallecer.

–Define «bien».

–La definición cambia dependiendo del contexto, pero en todas ellas su connotación tiende a ser positiva.

Ay, por todos los cielos...

–No tienes que...

En ese momento me acomodé para recriminarle, pero me quedé sin habla. La persona a mi lado no parecía ser Dhaxton. No, señor. Es decir, lo era, con la ropa que le daba un toque elegante y único, la postura y el semblante, la enorme cicatriz y sus hipnóticos ojos grises; pero el cabello... El cabello no era gris, era negro.

–¿Ocurre algo? –dijo al sentarse.

–¿Qué le has hecho a tu cabello?

–¿No es obvio?

Enarcó una ceja, lo que me dio tiempo para observarlo con mayor detalle. El cabello negro realzaba sus ojos y el peinado hacia atrás lo hacía ver mucho más adulto. La cicatriz se le veía más oscura y arruinada. Además, la prueba de que Seth había dicho la verdad quedaba en evidencia por el cardenal bajo su ojo.

–Quiero decir... –salí del embobamiento–. ¿Por qué? Me agradaba el gris.

Me miró con cara de «¿y quién te dio el derecho de hablar de mi aspecto?», pero, como siempre, actuó educado –a su manera– y suspiró.

–Quería volver al pasado –murmuró.

¿Por qué querría volver a su oscuro pasado? Si lo que Seth me había contado sobre Dhaxton era verdad no me cabía un motivo razonable para pasar por tanto sufrimiento de nuevo. Era eso o en realidad nos había descubierto y su cambio de cabello nos intentaba decir que iba un paso más adelante que nosotros.

–Suena bastante nostálgico –dije, bajo.

Era irónico que precisamente ambos apeláramos a lo mismo: él a su pasado y yo al mío.

–¿O será que en realidad de tanta tintura el cabello se te murió? –quise bromear para sacarlo de quicio.

En las perversas comisuras de Dhaxton se formó una sonrisa torcida tan diminuta que dio la sensación de ocultar un enorme propósito.

–Puedes tocarlo y comprobar lo saludable que está –propuso con una voz insinuante que me erizó la piel detrás de la oreja.

–Creí que Seth era el de las propuestas indecentes detrás del doble sentido –rezongué, rascándome justo donde mi piel cosquilleaba.

–En efecto –me dio la razón–. Yo soy más directo, por eso me refería al cabello.

Era obvio que su comentario iba con una segunda intención. Él lo sabía. La sonrisa que tan orgullosamente me enseñó lo dejó muy claro.

El profesor Banes entró a la sala. Detrás de él entró Logan junto a otros compañeros. Lo primero que hicieron fue fijarse en el cabello oscuro de Dhaxton. Si Dhaxton hubiera sido mucho más mediático de lo que ya era, seguro habría salido en todos los programas de farándula.

–¿Vas a decirme qué te ocurrió? –su pregunta me distrajo.

–¿Me dirás lo que te pasó a ti? –esquivé su curiosidad.

–Me pasaron muchas cosas. –Me incorporé en busca del manchón violeta bajo su ojo–. Si te refieres a mi ojo, debo decirte que no deseo hablar de eso.

–No tienes que hacerlo –le confesé y enderecé la espalda cuando el profesor Banes nos llamó la atención–, Seth ya me dijo que te golpeó.

–¿Te dijo la razón? –indagó en voz baja y cautelosa.

Aguardé a que Banes terminara su explicación sobre el examen final y las dos semanas libres por Navidad y Año Nuevo para responder. En esos minutos Dhaxton no me quitó los ojos de encima. Había cautivado su curiosidad.

Vi una nueva oportunidad de jugar con su interés y respondí por fin:

–¿No debía?

–Puede hacer lo que se le dé la gana siempre y cuando, si va a hablar de mí, lo haga sin prejuicios.

Interesante... Dhaxton seguramente suponía que Seth me había contado lo de sus otros animales, situación que lo dejaba muuuy mal. ¿Sería posible que no deseara que tuviera una mala percepción de él? Pues ya era tarde. Aunque... cuando recordaba lo feliz que era con el pequeño gato entre sus manos, en lo que tuvo que pasar de niño, en el miedo hacia su padre y en su destreza artística, me era difícil clasificarlo como una persona despreciable.

–Él dijo que te golpeó porque descuidaste al gato.

–Bien.

–Al gato y a muchos animales más –añadí, siguiendo el plan–. ¿Es eso cierto?

La sonrisa le regresó al rostro, esta vez más amplia y sagaz.

–¿Es cierto que tú eres la administradora de Happy Little Tea?

Me pasé la lengua por el labio superior para darle la impresión de que trataba de esconder una sonrisa.

–Sería interesante revelar algunos secretitos que Seth y tú tienen, o demostrarles a las futuras estudiantes qué traman. O hablarles de Grey... Vaya sorpresa la que me llevé cuando leí que tú y ella no solo se llevaban bien, sino que también tienen *ese* tipo de relación.

Formó una mueca de desprecio.

–La palabra «relación» suena como un compromiso importante.

–¿Cómo lo llamarías?

–Sexo ocasional con ventajas mutuas.

–Bueno, la palabra relación tiene connotación de vínculo, no está tan mal empleada –me encogí de hombros.

Cruzó los dedos sobre la mesa, como si fuera a explicarme algo con mucho detalle y paciencia.

–Tal vez para ella sea esa clase de atadura; yo prefiero mantenerme al margen. Supongo que mi interés por ella se limita a una cuestión superficial, pero debo confesar algo –se acercó a mí, chocando hombro con hombro–: Hay una única persona con la que tendría una relación y viene a esta academia –susurró con el mismo disimulo que habíamos tratado nuestra corta charla y miró mis labios.

En esta ocasión sí que lo había hecho a propósito y, antes de poder responderle, Banes nos pidió que prestáramos atención. Dhaxton volvió a lo suyo y yo a lo mío. No obstante, al terminar la clase me detuvo del brazo.

Estaba muy serio y su cabello oscuro, el cual todavía no me acostumbraba a ver, le daba un aspecto más intimidante que el gris.

–¿Qué? –espeté al ver que no me soltaba.

–Es curioso que no seas la persona detrás de Happy Little Tea cuando eres la única que puede relacionarme con un muerto después de tener aquel ataque de ansiedad.

–Que sospeches de mí por llamarte «asesino» por la muerte de tu amiga Agnes solo te señala como el culpable.

–¿Y crees que lo soy? –preguntó tan pronto acabó mi defensa.

–Creo que eres capaz de muchas cosas, pero no de asesinar. Incluso con todo lo malo que me hiciste, con todos tus tormentos, problemas y actitudes extrañas, pienso que eres la persona por la que habría caído rendida de amor –admití con firmeza, aunque todavía la duda rondaba por mi cabeza.

Me liberó.

Ambos salimos casi al mismo tiempo de la sala. Fuera, en el pasillo, la revolución estudiantil tenía como causa otra publicación en Happy Little Tea.

Hemos vuelto.

Hoy hablaremos del idiota del año.

Uhm, creo que muchos pensarán en sus compañeros con lo de Idiota del año. Graaaaan parte de los estudiantes de esta mugrosa academia se merecen esa etiqueta, pero nuestro invitado especial de hoy es Seth Bellish.

Yo sé que cuando escuchan "idiota", "imbécil", "el amigo feo", "un hijo de puta sin gracia" en la primera persona que piensan es él. Y con razón. Este tonto ser humano es un huerfanito que creció bajo las arrugadas tetas de su abuela.

Eso explicaría su tendencia hacia las mujeres mayores.

Oh, cierto, no saben...

Resulta que a Seth Bellish le gustan las viejas para conseguir una pizca del amor de madre que no tiene. Y como no tiene escrúpulo alguno, decidió tener una aventura con la famosa profe de Matemáticas. Oing, oing Se juntaban en la bodega del cuarto piso a tener sexo.

¿Al menos limpiabas la mesa donde lo hacían, querido huerfanito?

¿Ya les dijiste a tus subordinados que mataste a tus padres?

¿No?

Upssss, se me escapó.

Bueno, Dhaxton lo debe saber, ¿no? Al fin y al cabo, ambos asesinaron a quienes decían amar. Eso explica por qué son amigos.

Porque lo son, ¿verdad?

Ah, y Seth, deja de utilizar a tu estropeada abuela para atraer chicas, es de mal gusto.

El siguiente eres tú, Dhaxton Crusoe.

Al terminar de leer me di cuenta de que Dhaxton se había puesto junto a mí para leer la publicación desde mi celular. En cuanto bloqueé la pantalla salió disparado por el pasillo,

dejando a un montón de estudiantes atontados por su apariencia y murmurando sobre la nueva información expuesta.

Lo de Seth estuvo suave, lo que tendría sentido si él era el nuevo administrador de la página. Pero la publicación había revelado no solo lo de la profesora, sino también lo había llamado asesino de sus padres y estaba segura de que Bellish no bromearía con eso. Y, por cierto, ¿dónde andaba? No había rastro de él en la academia.

Salí buscándolo entre los demás, pero no logré verlo. A quien vi sin problemas, porque mis ojos automáticamente se desviaron hacia él, fue a Raziel al otro lado de la calle. Al verme, tiró al suelo su cigarro, lo pisoteó y se acercó.

–No quiero hablar –le avisé una vez que llegó frente a mí.

Su expresión se tensó, sobre todo cuando vio que un número interminable de estudiantes pasaba por su lado.

–Si he tomado el riesgo de venir a buscarte, al menos escucha lo que tengo que decir. Es importante.

Negué con la cabeza, temerosa por sus palabras.

–No quiero escucharlo...

Otro recuerdo escondido en lo más oscuro de mi cabeza vino a mí. Era una imagen rápida. Luego, el sonido de un disparo, un quejido y una mano cubriéndome la boca.

–*Calla*.

Fue la aparición de Seth lo que me sacó del infernal recuerdo.

–¿Qué hay de bueno? –saludó.

Portaba la malévola sonrisa de que algo se traía en mente. Traía la melena suelta y despeinada; tan así que distinguía sus mechones enredados. Lucía como si no se hubiera bañado en un mes. Su semblante era relajado, distante a las miradas y los obvios comentarios sobre la publicación en Happy Little Tea.

Raziel lo miró de pies a cabeza haciéndose una idea de lo que estaba pasando.

–Tengo que irme –le dije, distrayéndolo.

–¿A dónde? –su quijada se marcó.

–A mi casa –le respondió un sonriente Seth, que había captado la situación entre ambos. No hizo falta que dijera más. Con paso ligero salió de los terrenos de la academia en busca de su auto, dándonos tiempo a Raziel y a mí para terminar de hablar.

–¿Por qué me estás evitando? –increpó–. ¿A qué le temes?

–Tengo que irme –repliqué.

–Voy contigo.

–No te dejaré –me negué, firme.

–El auto no es tuyo, Angelito –dijo con una entonación de burla. No obstante, detuvo el paso cuando su celular empezó a sonar. Vio el nombre en la pantalla y levantó la cabeza para mirarme con expresión de culpa. A juzgar por la tensión en sus hombros y esa extraña distancia que puso entre ambos, deduje que se trataba de su nuevo trabajo.

–Veo que cambiaste de opinión.

Su expresión contrariada lo decía todo.

–No puedo negarme –declaró.

–¿No puedes o no quieres?

–No puedo –repitió, marcando cada sílaba. Había conseguido cabrearlo, algo que milagrosamente no había logrado minutos antes.

–¿Por qué no puedes? ¿Qué te mantiene atado a ese lugar?

Tiró de mí y me llevó a un lugar mucho más apartado del resto.

–Magdiel Slagel, mi jefa –dijo–. Me ha investigado. Sabe mi nombre real, mi edad, sobre mi familia y sobre Agnes. Ella sabe dónde está.

Lo había soltado de una forma tan simplona que me pareció difícil de procesar.

–¿Qué quiere ella de ti?

Abrió la boca para responder, pero se arrepintió en el último momento.

–¿Y bien? –insistí.

–Ella me ha pedido un reemplazo para Agnes –respondió sin mirarme.

Esto me estaba dando mala espina.

–Fue muy específica a la hora de pedirlo. Quiere que le consiga a una chica joven, de aspecto inocente, corazón puro, que haya sido corrompida dentro de estos tres márgenes: cuerpo, alma y espíritu. –Hizo una larga pausa y me miró con ojos oscuros, llenos de una carga que me dio la sensación de estar en peligro–. Ella quiere a una chica como tú.

Tragué saliva, inquieta.

Camille había dicho que Raziel haría todo por conseguir sus objetivos, y si su objetivo más grande era volver a tener a su hermana a cambio de mí ¿me entregaría a ellos? ¿Me usaría como ticket de cambio para que pudiera dormir tranquilo de nuevo, lejos de la carga de culpa? Probablemente lo había pensado.

Sentí que la respiración se me cortaba.

–¿Vas a entregarme a ellos?

–No.

–Pero lo has pensado –asumí.

–¡No!

Parecía desesperado para que, al menos, le creyera un poco. Ni siquiera le importó que su réplica atrajera a las personas alrededor. Ni siquiera los miró. Su mirada atrapaba la mía; era franca e intensa. Quería demostrarme que decía la verdad.

Y yo le creí.

–Pero estás dispuesto a dar la vida de otra chica inocente a cambio de tener a tu hermana de regreso, ¿verdad? Ni siquiera sabemos qué les hacen. Si están bien, mal, si las torturan...

–¿Qué puedo hacer? Me tiene atado de manos.

–Pero ellos habrían ganado. ¿Acaso eso es lo que quieres?

–¿Y qué propones?

–Denunciarlo a las autoridades.

–Son gente rica, Audrey –intentó que entrara en razón–. Son personas llenas de pasta que manejan negocios turbios a escondidas y sobornan a todo dios. No esperes confiar en la policía, jueces, ni en la propia gente. Lo que esas personas tengan organizado es demasiado grande como para que podamos ocuparnos los dos.

–Sí, tienes razón, pero no por ello seremos parte o colaboraremos con su organización. No podemos ser como ellos.

Otra vez su celular sonó.

Era un tanto irónica la situación. Parecía que Raziel tenía que elegir entre el bien o el mal. Hacer lo correcto o volverse una marioneta, como probablemente lo eran Dhaxton y Seth.

Fue extraño verlo ahogado por la duda. Y fue difícil darme cuenta de que ya había tomado su decisión, que me pedía disculpas con la mirada, pero que era cobarde para decírmelo a la cara.

–Lo capto –dije con el pecho vacío y la garganta anudada–. Tienes tu prioridad... Y yo tengo la mía.

Fui hacia el auto de Seth sin mirar atrás. No quería mostrarle lo mucho que me afectaba.

–¿Estás bien?

–¿Por qué todo el mundo está empecinado en saber cómo estoy? –pregunté, exasperada.

–Porque traes una cara de culo que te cagas.

Retomé la inspección rápida que hice en la entrada de la academia y no pude creer su descaro. ¿Acaso este chico conocía los espejos?

–Y tú qué me cuentas. ¿Ya has visto el aspecto que traes?

–Sigo estando bueno, no sé de qué hablas.

–Las ojeras, el cabello, ese aire *hippie*... ¿Te has duchado últimamente?

–Sí, no, qué más da –gruñó con impaciencia–. Lo importante aquí es que te he salvado el culo una vez más. ¿A dónde quieres ir?

–Al centro.

Pretendía de una vez por todas quitarme de encima las dudas y hablar con mamá, aunque ella no quisiera verme. Eso me ponía nerviosa, muy inquieta, algo que me llevó a buscar distracciones. O, mejor dicho, una distracción. Me di cuenta de que Seth estaba bastante animado pese a haber sido expuesto ante toda la academia.

–¿No te sientes mal por lo de Happy Little Tea?

Mi pregunta le provocó una mueca de «¿por qué habría de hacerlo?».

–Creí haber dejado claro que poco me importa lo que opina el resto de mí. Además, todos saben que soy un puto mujeriego y que me gustan mayores. Y sobre lo de mis padres... no es algo que trato de ocultar.

–¿De verdad los asesinaste? –fui directa y, a juzgar por cómo le desapareció la sonrisa, le tomó desprevenido.

–No literalmente. ¿Su sangre está en mis manos? Sí. Yo fui el responsable de su muerte. Ellos estarían vivos y envejeciendo saludables si no fuera por mí –cambió de voz. Hablar de ellos lo afectaba más de lo que se esforzaba en demostrar.

–¿Quieres hablar de eso?

Negó con la cabeza.

–No es un tópico agradable –confesó y una mueca de disgusto se formó en toda su cara–. Pero sé muy bien que esto despertará tu curiosidad.

–Empiezas a conocerme bien.

–Es un rasgo muy claro en ti. Tu curiosidad te llevó a que me vieras con Christina en tu primer día de academia.

Su comentario me trajo una imagen mental que no deseaba.

–La cuestión es que mis padres trataron de huir de toda la mierda en la que mi familia llevaba involucrada durante años. Todo para que no me salpicara. Y, al final, en su huida tuvieron un supuesto accidente. Fui el único sobreviviente.

–¿Accidente?

–Esa clase de «accidentes» que ocurren en extrañas circunstancias –explicó–. Como los suicidios de personas poderosas que tienen mucho que ocultar y que si hablaran se joderían a unos cuantos poderosos más.

Otro recuerdo me atacó. Estaba abajo del auto, oculta al lado de mi madre, su mano tapándome la boca y su susurro demandante me decía que guardara silencio. Frente a nosotras un

grupo de personas caminaba. Más allá, tirado sobre un charco de sangre, el hombre de antes. Otro hombre, de zapatos elegantes, se detuvo junto al auto.

–*Su cartera sigue aquí. Búsquenla.*

La voz, por alguna razón, me resultó familiar...

–¿Ahora entiendes por qué temo decirte más?

La voz de Seth me dijo que seguía atada a la realidad, lejos de esos momentos inconexos. Y a salvo.

–¿Así que tus padres decidieron huir y fueron asesinados? –insistí en preguntar.

–Esa es la forma simple de decirlo. Pero sí. Y todo por mí.

–No tienes que...

–Culparte –acabó la oración–. No importa cuántas veces me diga eso, sé que no es así. Fui el principal motivo por el que quisieron alejarse de... esto. Sin mí seguirían vivos. Ahora todo lo que me queda es hacerlos pagar de alguna forma.

Sus últimas palabras llamaron mi atención. Seth también planeaba vengarse. ¿Sería esa la razón por la que abrió la página?

–¿Eres tú el que está detrás de la página? –fui directa.

–Tal vez –respondió haciéndose el misterioso.

–¿Sí o no?

–No.

¿No?

–Pero... Habla de cosas que solo tú y Dhaxton saben. Lo de Agnes, las chicas, tu relación con la profesora. Se ve que tiene un resentimiento hacia Dhaxton, por eso creí que...

–Entiendo a qué te refieres –me cortó antes de que siguiera con mis fallidos y vomitivos intentos de deducción–. Tiene sentido suponerlo, pero sigue siendo mi amigo, y como amigo no voy a revelar sus cosas. Ni mis cosas. Al contrario, me las guardo. Hay mucha mierda detrás, soltar una indirecta así es peligroso.

Tenía razón. Ni Raziel ni yo pensamos en ese punto.

–Yo pensé en la posibilidad, pequeña posibilidad, de que fueras tú –comentó de pronto–. Luego recordé que la odias y que no eres esa clase de persona.

–¿Quién es? ¿Lo sabes?

Una sonrisa torcida me dijo que manejaba más información.

–Tengo mis sospechas...

–Pues dame el nombre.

Frenó justo frente a una luz roja, así que se tomó la libertad de echarme una mirada de pocos amigos.

–Últimamente estás exigiendo demasiado –se quejó–. ¿Dónde están tus modales?

–Se han ido con mis ganas de vivir –resoplé de mala gana. Lo cierto era que tenía razón, desde que había entrado a la academia fui perdiendo todos los modales que tanto me esmeré en conservar en el internado.

–Dramática –se burló.

–Estoy viviendo mi drama adolescente ya que no lo viví en el internado.

Una carcajada profunda se le escapó.

–No te sientas mal. –Me revolvió el cabello antes de seguir conduciendo–. Él se debe estar sintiendo fatal. Piénsalo: estás aquí, conmigo. Él quería venir con nosotros, insistió en hacerlo porque le importas y lo más seguro es que siente algo de celos; pero, al mismo tiempo, debe estar

pensando en su hermana, que es la prioridad que se puso, en lo detestable que es salir con alguien que no desea. Tu noviecito sabe que a veces hay que hacer sacrificios.

–Eso... Eso es triste. Retorcido. No me gusta. Pero... maldición, lo entiendo.

–Oh, por Dios, maldijiste –se burló. Le di un golpecito en el hombro–. Como sea, ponte feliz de que le importes tanto que debe estar cagado hasta las patas por el cargo de conciencia.

Seth tenía razón, tanta insistencia no debió ser en vano.

–Y sobre las sospechas... –continuó–. Stan. Creo que es Stan el que está detrás de la página.

Su suposición me desconcertó, porque jamás lo tuve dentro de esas posibilidades.

–¿Por qué?

–Es el confidente de Dhaxton, sabe muchas cosas. Es profesor de Arte, así que está familiarizado con Grey. Era colega de Christina antes de que la despidieran. Nadie sospecharía de él. Y...

–¿Y...?

–También forma parte de *esto*.

Dios... Media ciudad lo era.

–Eso tiene sentido. Cuando fui a New York, le rogó a Dhaxton que se dejara perder. Él sabía desde el principio los resultados del concurso y estuvo ahí cuando a Dhaxton le dio el ataque. Escuchó todo.

–No sé qué intenta con todo esto, pero lo voy a averiguar. Ahora pongamos nuestra atención en lo importante –propuso Seth–: Que actúes como Agnes. ¿Cuándo irás con Baba?

–Pronto. Primero debo hacer algo importante.

Me miró con el entrecejo arrugado.

–¿Qué planeas?

–Saber mi verdad.

Seth no preguntó más y yo no planeaba decirle que iba con mamá para que me contara qué había detrás de nuestra fachada.

Capítulo 16
Lo que esconde un apellido

AUDREY

Encontrarme con mamá otra vez fue tan extraño como la primera llamada que tuvimos después de mi desaire. Tenía una cita con la coordinadora de bodas, por lo que se vio obligada a decir que iría conmigo. Devon no dijo nada, parecía feliz de tenerme con ellos, pero de vez en cuando miraba a mamá preguntándose si ella estaba bien, cosa que claramente no era así. La cara de decepción de mamá no se borró, aunque por mi parte intenté ser lo más compresiva y sociable, dando mi opinión sobre la decoración de la boda de vez en cuando.

El que tampoco se veía nada contento era Denniro Crusoe, quien no ocultó en ningún momento lo asquerosa que le parecía mi aparición. El sujeto estaba impaciente, alterado en ocasiones, interesado en el costo de todo y, de vez en cuando, hacía comentarios malintencionados.

La tensión se volvió más notoria cuando llegó la elección de vinos y a todos nos sirvieron copas. Para ese punto estaba discutiendo la idea de esperar por respuestas después de la boda o insistir. Entonces, llegó un mensaje que despertó mi nerviosismo todavía más.

Era de Raziel.

Cambié de opinión.
Que los jodan.
Te elijo a ti.

De los puros nervios me bebí mi copa de vino y, sin pedir permiso siquiera, crucé toda la sala para llegar a la apetitosa botella. Los tres adultos habían dejado de hablar para verme servir el vino y beberlo otra vez al seco. Antes de que volviera a servirme otra copa, mamá me tomó del brazo para arrastrarme a un rincón de la sala.

–Ya no bebas más.

–¿Por qué? –increpé.

–Nadie quiere que ocurra lo mismo que en la fiesta de compromiso, Drey –me reprendió en una nota que no me gustaba nada–. Y todos temen saber las intenciones detrás de tu visita –dijo entre dientes y me quitó la copa de las manos.

–No te preocupes, aún no estoy borracha. Ah, y por si no recuerdas, aquella vez dije eso porque tu futuro suegro dijo cosas horribles sobre ti –desdeñé, hablando en el mismo tono bajo que ella. Mi pecho se inflamó, mi garganta se obstruyó y poco a poco sentí la obligación de echarle en cara mi decepción–. Lo hice por ti, mamá –mi voz se quebró–. Lo hice porque te quiero. ¿Por qué no me quieres?

Mi pregunta sacó a la luz la tristeza que cargaba durante meses. Mamá me agarró del brazo, esta vez para salir a la calle.

–Yo te amo, Drey. ¿Cómo no voy a hacerlo? Eres mi hija –dijo en un tono compasivo y me abrazó. Su mano acariciaba mi cabeza, pero seguía sintiéndola distante.

Di un paso atrás para mantenerme lejos de su tacto.

–Entonces, ¿por qué me desplazas así? –le reclamé con la voz pendiendo de un hilo. No podía hablar con propiedad; el nudo en mi garganta me lo impedía–. Ni siquiera me has invitado a tu boda, mamá. ¡No me dices nada sobre la estúpida boda!

Siseó para que bajara la voz y acunó mi cara para que la mirara.

–No necesito invitarte, tontita. Claro que estás invitada, si eres parte de mí.

–«Parte de ti» –repetí con mofa y la tomé de las muñecas para que me soltara–. No lo parece. Me has excluido desde siempre. Me metiste a un internado para que pasara años de mi vida encerrada, sin conocer la crueldad del mundo exterior y ahora he tenido que vivir una pesadilla. Cuando te dije que Dhaxton rompió el techo de nuestra casa tú decidiste no creerme. Te enojaste conmigo. Preferiste que volviera a estar lejos de ti que contigo. Siempre me has desplazado. Y ahora aparecen estos recuerdos vagos que ni siquiera sé de dónde vienen, por qué los tengo y estoy tan asustada de lo que me está ocurriendo y... y estoy tan sola con este peso. Y no sé si debería preguntar qué pasó porque estoy asustada de lo que me puedas decir. Luego está lo de Agnes, tu nombre real, nuestra familia en general...

Devon me interrumpió.

–¿Está todo bien?

–No, no lo está –gruñí, con los puños apretados.

–Devon, por favor, encárgate de lo que queda, yo necesito hablar con Audrey –le dijo, pero en todo momento me miró a mí. Algo me dijo que estaba mucho más molesta que la vez en la cena. Su expresión compasiva se había vuelto de piedra.

–¿Ocurrió algo? –insistió él.

–Drey no se siente bien –habló por mí–, iré a dejarla a la academia.

–¿Quieres que la vaya a dejar yo...?

–No –fue tajante–. Necesito hablar unas cosas con ella en el camino.

En ese preciso momento sentí temor de lo que podría decirme mamá. Conocía ese firme tono de voz, pues era el mismo con el que me hablaba en mis recuerdos.

–Bien, vayan con cuidado –respondió Devon y volvió dentro.

Apenas nos quedamos a solas, mamá comenzó a actuar con nerviosismo. Su actitud temerosa me recordó a la misma con la que intentaba enfrentar a mi padre, el borracho que daba por muerto. No dijo nada, simplemente me agarró del brazo y me arrastró por la calle hacia su auto, el cual estaba aparcado junto al de Devon. Se abrochó el cinturón con las manos temblorosas, torpe y sin saber qué más hacer.

–¿Qué sucede? –pregunté, sin creer su repentino cambio de actitud.

Puso en marcha el auto sin responder, concentrada en el camino, yendo a toda velocidad hasta que dio con una luz roja. Allí, con las manos en el volante, soltó esa clase de llanto que lleva tiempo guardado.

–Mamá, ¿qué pasa? Me estás asustando... ¡Mamá!

Tomó un respiro y siguió conduciendo, sollozando sin descontrol. Quería consolarla, pero no sabía cómo hacerlo. Estaba demasiado sorprendida por su reacción y lo vulnerable que se veía.

En la siguiente luz roja, habló:

–Pon mucha atención a lo que tengo que decirte, Audrey. Denniro tiene razón: me voy a casar por interés, no estoy enamorada de Devon.

–¿Qué?

–Es un buen hombre; amable, guapo, comprometido en todo... Es la pareja ideal. Pero no lo amo ni creo poder hacerlo jamás. –Se llevó una mano al pecho y lo acarició–. A la única persona que he amado es a tu padre. A él y solo a él.

–Pero papá te maltrataba.

–Él no es tu verdadero padre. Me casé con ese hombre después de huir contigo. –Me dio una mirada rápida al notar que no respondía. No era para menos, todavía intentaba digerir lo que me había dicho–. Tu verdadero padre se llamaba Timothy Reid.

La imagen del hombre con el disparo en la cabeza vino a mí.

–Es el hombre al que dispararon...

–Pensaba que eras demasiado pequeña para recordar algo así –su mano buscó la mía y la tomó con fuerza al mismo tiempo que siguió conduciendo–. Lo mataron mientras huíamos de «ellos».

«Ellos», como les decía Seth.

–¿Quiénes son «ellos», mamá?

–Te lo contaré cuando lleguemos con Raven.

–¿Quién es Raven?

–La mujer que me ha estado ayudando todo este tiempo. Ya la recordarás.

No dijo más. Condujo durante unos minutos más hasta aparcar en el estacionamiento de una gasolinera. A partir de ese punto caminamos hacia una parada de buses y tomamos el primero que pasó. No importó cuántas preguntas hiciera, mamá me pidió que fuera paciente. ¿Cómo podría serlo? De la noche a la mañana mi vida había dado un vuelco enorme, ni siquiera sabía quién era con exactitud.

El viaje duró alrededor de cuarenta y cinco minutos, en los que me dediqué a observar el camino. Bajamos en otra parada de buses y a partir de ahí caminamos por la orilla de la carretera hacia una casa que se encontraba en un terreno cubierto de hierba. Íbamos en la mitad del camino cuando vimos a una mujer de cabello cano. Llevaba una coleta baja y desaliñada, una camisa verde a cuadros y unos pantalones pitillo de mezclilla. Le bastó verme para que su expresión austera se transformara.

–No puede ser... –pronunció con asombro al situarnos frente a ella. Sin previo aviso, me abrazó, colocando una mano detrás de mi cabeza. No supe cómo reaccionar, permanecí inmóvil hasta que la mujer se apartó–. La has traído hasta aquí –se dirigió a mamá.

–Es momento de que sepa qué ocurrió –respondió ella–, por eso la he traído.

Raven volvió a reposar sus ojos en mí.

–Pero si solo es una niña, ¿cómo puedes hacerle esto? –me apuntó con su mano–. Es demasiado pronto.

–Yo quiero saber –intervine, antes de que Raven convenciera a mamá–. Quiero saber qué ocurrió, sobre mis recuerdos, quién soy. Sobre mi padre –dije con pesar mientras la imagen de su cuerpo sobre el charco de sangre se reproducía en mi cabeza.

Raven se compadeció de mí lo suficiente como para resignarse.

–Eres igual que tu madre –se quejó–. Terca. Vengan, pasen, les serviré una taza de chocolate caliente.

No entendía nada. Sin embargo, había algo en Raven que se me hacía familiar. Su trato, su mirada, la forma en que me sirvió el chocolate... Algo en ella me traía a la mente la palabra «hogar».

Un término tan cálido en una situación tan extraña me puso inquieta.

–¿Me dirán qué sucede?

Hubo un intercambio de miradas entre ambas y, al fin, Raven decidió hablar.

–¿Cuánto sabes, pequeña? –preguntó, sentándose junto a nosotras. Sus huesos crujieron al hacerlo, pero poco pareció importarle, estaba dispuesta a poner todo de ella para conversar, y eso me produjo un sentimiento que varió entre el respeto y el miedo.

–Nada. Yo...

–Recuerda lo del disparo a Timothy –dijo mamá con pesadumbre. Fue raro que pronunciara dicho nombre con tanta familiaridad.

–Ese es un terrible punto de referencia –se quejó Raven.

–Recuerdo que mamá me ordenó subir al auto, el disparo, unas botas y luego el rostro del hombre en el suelo.

–Ese hombre es tu padre, Drey –atajó mamá. Le había dolido y, en parte, entendía la razón: ella misma había admitido que lo amaba–. Creo que es mi culpa que no lo recuerdes. Yo fui la que te ordenó que olvidaras.

–¿Qué pasó? –quise saber.

Suspiró y miró la zona de mi pecho buscando mi collar.

–Existe una razón por la que siempre te mantuve alejada, Audrey. Y por la que con tanto esmero mi madre, tu abuela, te inculcaba sus creencias. Quería mantenerte alejada de *ellos*.

Raven se apoyó en la silla, acomodándose como si fuera a contar una larga historia.

–Se hacen llamar a sí mismos «La orden de la Madre Sagrada». Son una especie de culto religioso que lleva años en la ciudad, específicamente, desde que se fundó.

–Bodric Mason y su esposa, Mona Vannan –recordé–. Leí sobre ellos, pero no vi demasiada relación entre ellos y lo que sucedía con las chicas. Es decir, Vannan es el apellido de mi artista favorito.

–La familia Vannan fue quien trajo la creencia desde Europa.

–¿La familia de Danti Vannan?

–Así es –dijo sin titubear–. Su familia fue la impulsora de esta secta. Hay libros que lo mencionan a él también.

–¿Segura?

–Llevo demasiados años sirviendo a estas familias para no estarlo –aseguró Raven–. La historia dice que Dios envió a la Tierra a un ángel con la apariencia de una joven hermosa y pura para que el hombre depositara en ella sus pecados. Madelyne, se llamaba, pero a ellos les gustaba tratarla como Madre Sagrada. Fue un Vannan quien se obsesionó con esta mujer y, a partir de entonces, la buscó entre las mujeres limpias en cuerpo, alma y espíritu: una persona pura y de corazón noble. Decía que en ellas se encontraba el alma de Madelyne, que las necesitaban para expurgar en ella la oscuridad que poseían. Esa creencia fue impulsada por años por la familia Vannan y sus tradiciones atrajeron a otros a través de diferentes influencias, una de ellas, el arte.

Las obras de Danti Vannan se cruzaron en mis pensamientos. Él dibujaba a un sinfín de chicas que demostraban una pureza casi celestial. ¿Y si no eran mujeres de su imaginación enturbiada? ¿Y si eran chicas reales? Qué repulsión. Qué decepción saberlo.

–Fue así como llegaron a nuestro país y a esta ciudad. Muchos miembros de este culto se mudaron también, los adeptos más fieles, consolidando esta secta. Para ese momento sus creencias se habían distorsionado a un punto retorcido.

–¿Qué hacen con las mujeres?

–¿Qué crees tú que hacen con ellas si son jóvenes usadas para sufrir los más bajos instintos de

esas personas? –intervino mamá, apesadumbrada–. Las usan como mártires y las veneran como a un dios por el simple hecho de que, gracias a ellas, su sed de demencia se ve serenada. Para ellos son un juguete creado para complacer.

–Por supuesto, a todas esas pobres víctimas las tienen drogadas –añadió Raven–. O bajo hipnosis. Lo que sea para mantenerlas allí. Son unos cerdos repugnantes.

La bilis se me subió al cuello. Pensé en Agnes, la hermana de Raziel, metida entre todo ese caos, desesperada. Y luego pensé en Emma, desorientada por las drogas, hablando con su amigo sin saber lo que realmente le estaban haciendo.

–¿Y qué pasa con las chicas cuando ellos ya no las necesitan? Porque ha habido más de una desaparición.

–Eso es algo que las personas de los altos mandos saben. Algunos dicen que les dan el descanso eterno. Lo único claro es que siempre debe haber una chica a la que venerarán.

Eso explicaba por qué aquella mujer le pidió un reemplazo a Raziel. Y también explicaba la razón por la que Dhaxton y Seth se acercaron a mí.

Quise vomitar.

–¿Y cómo te viste involucrada con ellos?

–La familia de tu padre pertenecía a esta secta. En ese entonces yo me llamaba Leah. Nos conocimos en un bar. Me gustaba esa parte de él. Nos enamoramos perdidamente y nos casamos pese al rechazo de su familia. Siempre tuvo un alma rebelde, pero yo la tenía aún más. Vivimos durante mucho tiempo alejados de nuestra familia por causa de nuestro matrimonio. Con la muerte de su padre se tuvo que hacer cargo del negocio familiar y a Timothy no le quedó más remedio que hacerme entrar en su mundo, aunque omitió esa información planteándola como «una familia con creencias extrañas». Éramos felices juntos... Y lo fuimos mucho más cuando quedé embarazada después de tanto tiempo intentándolo –inspiró hondo y contuvo el aire durante unos segundos en los que permaneció con los ojos cerrados. Estaba conteniendo las ganas de llorar. Tragó y se mordió los labios, gesto que había heredado de ella–. Iba a tener gemelas.

Mi pecho se hundió de dolor y necesité depositar mi mano ahí para que no se expandiera.

–Agnes y yo...

Gemelas.

Era difícil imaginarme a Agnes y a mí juntas, jugando de un lado a otro, corriendo a los brazos de mamá, viviendo en casas como las de Seth y Dhaxton. Pero me era más difícil saber que éramos hermanas. Tenía sentido si lo pensaba bien; por eso nos parecíamos. Por eso, de alguna forma, ella y yo teníamos una extraña conexión.

–Mujeres –concluyó mamá, secando sus lágrimas con descuido, sin darme tiempo de procesar lo que acababa de decir–. Mujeres que dentro de esa maldita secta podrían correr peligro. En algún momento los altos mandos se fijarían en ustedes.

Sentí su impotencia y miedo. Raven también, pues acarició el lomo de su mano para tranquilizarla.

–Es mi culpa, si te lo hubiera dicho antes...

–No –la detuvo mamá–. No fue nuestra culpa ni la de Timothy. Fue culpa de ellos. Sus creencias, sus locuras... Lo enfermos que están.

Se tuvo que morder la lengua para no seguir desperdigando insultos. Solo entonces fue consciente de la taza con chocolate frente a sus ojos y le dio un sorbo que le aclaró la garganta. Yo quise beber, pero el asco que me afligía era demasiado.

Mamá continuó:

–Un día Timothy decidió contarme lo que pasaba. Nos dijo que en una de sus horribles reuniones un sujeto hizo un comentario desagradable sobre ustedes. Dijo que sintió tanta repulsión y miedo que quería largarse de la ciudad. Yo me molesté, pero sabía que debíamos dejar todo atrás y huir. Tomamos nuestros ahorros, muchos ahorros, y nos organizamos para alejarnos de ese culto asqueroso. Sin embargo, nadie puede escapar de ellos. Nadie. Y cuando íbamos de camino al avión para escapar de la ciudad, nos encontraron en plena carretera. Era una camioneta con cinco hombres armados como malditos terroristas. Nos embistieron y por poco chocamos. Ellos dieron con un árbol. Mientras se recomponían, me ocupé de soltarte y salir del auto. Timothy nos dijo que huyéramos por el bosque, pero yo tuve otra idea: me escondí bajo el auto. No lograron dar con nosotras, sin embargo, Timothy y Agnes no corrieron la misma suerte. Cuando tu padre intentó huir con ella en brazos, le dispararon en una pierna y cayó. Lo vimos todo desde abajo. A tu padre lo golpearon y luego lo asesinaron de un disparo, justo frente a nuestros ojos.

Los repentinos sueños que me atormentaban estaban más claros ahora. No eran pesadillas, eran recuerdos. Los retazos de un trauma que jamás pude superar, pero que debía mantener en secreto, solo para mí.

–Lo recuerdo –musité con debilidad, deseosa de poder quitar de mi cabeza aquella horrible escena–. Recuerdo cómo me pediste guardar silencio, el disparo y el rostro de... mi padre. Pero ¿qué pasó con Agnes?

–A Agnes se la llevaron junto con la mitad de los ahorros que teníamos destinados a nuestra nueva vida. –Mamá bajó la cabeza, perdiendo la mirada en su taza–. Nunca hubo una nueva vida, ahí terminó la nuestra. Perdí la mitad de mi vida huyendo. Estaba destrozada, pero aún te tenía a ti. Reuní el valor de empezar de nuevo. Tomé el avión a nuestro destino. Me cambié el nombre, logré eliminar tu certificado de cualquier fuente de información, cambié mi apariencia. Tardé un año en poder contactar a Raven. Ella me ha ayudado mucho.

–Ha sido un placer, señora.

–Fue ella quien me informó que Agnes seguía con vida. Cuando estuve lista, volví a la ciudad. Rehíce mi vida aquí con una sola idea en mente: recuperar a Agnes. No lo dudé un segundo e ideamos una forma de acercarme al heredero de una de las familias más devotas a la orden.

–Devon –señalé y mamá asintió.

–Drey –buscó mi mano y la apretó–, sé que no he sido la madre ideal, que pocas veces estuve para ti, pero necesito que sepas que todo lo que hice fue por ustedes, mis hijas. Y, sobre todo, por tu bienestar. Jamás te dejé de lado, siempre has sido mi prioridad, y tu seguridad es algo importante. Tenerte junto a mí significaba un peligro para ti, por eso decidí matricularte en un internado. Quería que estuvieras apartada de lo que pudieran hacerme y de esas creencias horribles. Entonces creciste y entraste a esa academia... No supe qué hacer. Y luego, Devon quiso conocerte y todo se complicó.

–Mamá...

De pronto se levantó de su silla para arrodillarse junto a mí. Agarró mis manos con fuerza y me miró con lágrimas en los ojos.

–Tú y Agnes son lo más importante en mi vida. Lo único que he deseado es tenerlas a ambas a salvo, junto a mí, y ser la familia que no pudimos llegar a ser. Todo esto lo hice por ustedes. Te amo con mi vida, Audrey. Siempre, siempre –dijo y besó mi mano–. Perdóname por mostrarme indiferente, pero es que a veces me siento consumida por lo que cargo. Sé lo que está ocurriendo

contigo y Dhaxton, lo que ellos intentan, pero no podía decir nada, tampoco advertirles que no lo hicieran. Decirte la verdad sería involucrarte en esto. Mi objetivo es buscar a Agnes y...

La abracé ahogada en llantos.

–Mamá... –emití entre sollozos–. Hay algo que necesitas saber.

Buscó mi rostro y acunó mi cara entre sus manos.

–¿Qué ocurre, amor?

Busqué las palabras adecuadas para decirle toda la información que sabía. ¿Cómo expresar una suposición tan devastadora como la de que Agnes estaba muerta?

–En el viaje a New York que tuve con Dhaxton ocurrió un incidente –comencé diciendo–. Tuvo un ataque de ansiedad. Cuando fui a socorrerlo él me confundió con Agnes y gritó que ella estaba muerta.

–Tu hermana es... ¿está muerta? Pero ¿cómo es que tú...?

–Así parece ser.

Mamá negó con la cabeza y se llevó las manos al rostro mientras Raven se cubría la boca y comenzaba a llorar.

–No, no, no. ¿Estás segura? –me preguntó la mujer–. ¿Por qué? ¿Cómo pasó esto? ¿Qué le ocurrió?

–No lo sé, pero prometo que lo voy a averiguar. Ahora tengo una razón para hacerlo.

El resto de la tarde no fue muy diferente. Lloramos, recordamos y compartimos el dolor de haber ahogado nuestro pasado. La verdad había sido revelada; no obstante, todavía quedaba mucho por hacer.



De camino a la ciudad me sentí asqueada y mamá tuvo que parar a un costado de la carretera para que pudiera vomitar. Me sentía fatal, colapsada de tanta información. Necesitaba algo de aire libre o tal vez despejar la mente. O quizás contárselo a alguien.

De vuelta en el auto, leí de nuevo el mensaje de Raziel.

Me debatí sobre creerle o no. Sobre lo que sentía, sobre su relación. Llegué a la conclusión de que, pese a que nuestra relación era de conveniencia, lo necesitaba. Necesitaba su apoyo, necesitaba contarle mi verdad. Necesitaba de alguien con quien llorar hasta que mis ojos se hincharan y no pudiera ver.

–Cambio de planes –le dije a mamá–, no iré a la academia.

Le fue fácil captar lo que pasaba.

–¿Irás con tu novio?

–En realidad, no es mi novio. Fingimos. Él está buscando a su hermana y es quien me contó sobre Dhaxton y Seth.

–¿Y estás bien con él?

–Confío en él.

Eso no la convenció. Procedí a contarle cómo nos conocimos y cómo llegamos al acuerdo de ayudarnos, omitiendo detalles, como su nombre real. También le conté sobre lo que había descubierto de ella. Eso no la puso feliz.

–No me parece alguien confiable. Sé que tú lo haces, pero no puedo tragarme el cuento del hombre desesperado buscando por todos los medios a su hermana.

–Pero es el mismo fin que tienes tú, solo que con un diferente medio –le dije.

–Lo sé, es lo mismo, ambos tenemos las mismas metas: encontrarlas. Pero él fue muy específico a la hora de elegirte.

–Eso fue porque Dhaxton y Seth me tenían en la mira.

–¿Y eso de investigarnos? –insistió, poco convencida–. Es demasiado extraño.

–Raziel es así: desconfiado y precavido. No veo mal que nos haya investigado. Al contrario, hacerlo me permitió conocer todo lo que hay detrás, enfrentarme a lo que temía, a los recuerdos...

Cuando llegamos al edificio donde Raziel vivía, mamá me detuvo antes de que pudiera poner un pie fuera del auto.

–Drey, me mantuve alejada de ti y apegada a Devon creyendo que podías estar segura y que la atención de Dhaxton cambiaría de rumbo. Mientras estaba en el departamento de Devon, le pedí que te cuidara. He tratado de dar vuelta el peligro que podrías estar corriendo. Tal vez ese fue un error; quizás debí dejar que experimentaras las cosas, decirle a mi madre que no influyera en tus creencias ni meterte en ese internado. Te aparté con un fin y ahora me arrepiento. Fui tonta y confiada; me cegué. Tú no cometas mi error. Que no te ciegue lo que sientes por él.

Tomé su consejo con un simple ademán y ella me abrazó, pero no sentí calidez, más bien fue como un abrazo de despedida.

Era un «cuídate mientras yo no esté» aterrador.

Capítulo 17
Cómo ser Agnes

AUDREY

Me puse a subir las escaleras y el tramo me pareció tan largo y agotador que mis ánimos decayeron todavía más. El peso de las palabras de mamá se sumó al de mis hombros. En mi espalda cargaba la imagen de mi padre muerto en el suelo, en mi garganta la decepción hacia mi artista favorito y en mi cabeza el hecho de que Agnes y yo fuéramos hermanas. Y todo esto se convertía en un dolor que debilitaba mi cuerpo. Quería cerrar los ojos y no pensar, ver todo como un lienzo blanco, volver a la época de mi vida en que mis preocupaciones eran pintar y llegar temprano a misa.

Ojalá la vida fuese tan simple.

Cuando la puerta del departamento de Raziel se abrió, su primera reacción fue la sorpresa. Tenía los ojos rojos, el cabello alborotado y el pijama puesto bajo un jersey abierto tejido a mano.

–¿Drey? –preguntó como si mi presencia fuera una aparición fantasmal.

–Sorpresa –dije con una sonrisa y me arrepentí por lo estúpida que me había escuchado.

–¿Qué haces...?

Antes de que siguiera con las preguntas, me arrimé a su torso escondiendo mi rostro en su jersey, sintiendo la suavidad de la lana y el tranquilizador aroma de su loción corporal.

–No digas nada –le pedí–. Por favor, quedémonos así un momento.

Respondió mi abrazo colocando su barbilla en mi cabeza.

–¿Está todo bien?

Negué con la cabeza y cerré los ojos con fuerza, sin permitir que las lágrimas salieran otra vez.

–¿Pasó algo con tu familia? –indagó en un tono que demostraba lo cuidadoso que deseaba ser. Yo le respondí asintiendo–. Bien.

Me cubrió con su jersey y me llevó al interior de su departamento sin apartarme de su lado. Así nos quedamos unos minutos.

–Debemos vernos ridículos estando de pie, abrazados en medio de la sala como dos maniquís.

Su comentario me sacó una risa que se ahogó en su abrigo. Me alejé en cuanto el calor que desprendía su cuerpo comenzó a agobiarme, pero mis brazos seguían prendidos a él. Al ver que me había armado de ánimos para mirarlo, me tomó la barbilla para examinarme.

–¿Quieres algo para beber? –interrogó, preocupado.

–Cantinero, deme lo más fuerte que tenga –solté como si estuviera frente a la barra de un bar, lista para perderme en el alcohol como jamás hice.

–Intenté hacer chocolate caliente –dijo, caminando hacia la cocina–, una probada y te induce al coma.

–Tranquilo, no es como si me hiciera expectativas muy grandes, tu cocina demuestra que no eres buen cocinero –bromeé desde la sala.

Me alivió que no hiciera preguntas. Que me permitiera tener el tiempo que necesitara para resolver los estragos que estaban dentro de mi cabeza.

Le eché un vistazo rápido al lugar. La sala de Raziel era un espacio sin ese toque hogareño, pero me sorprendió encontrar un árbol de navidad de tamaño pequeño sobre la mesa de café, iluminado por un conjunto de luces blancas.

–¿Te gusta?

Raziel se paró junto al árbol.

–Es lindo.

–Sí..., y sirve como lámpara.

Percibí cierto sarcasmo en su voz; tener un árbol navideño no le gustaba en absoluto.

Nació un silencio que trajo infinidad de preguntas. Me obligué a no prestarle atención a la imagen que se estaba formando y me senté en el sofá frente al televisor.

–Espero que no te dé gastritis –dijo al darme una de las tazas y se sentó a mi lado.

–Yo espero que no esté envenenada –comenté dispuesta a dar el primer sorbo. Tanta advertencia de verdad me dejó con las expectativas bajas, pero, al probar, comprobé que Raziel era un mentiroso de tomo y lomo–. Esto tiene buen sabor. Algo cargado y con exceso de azúcar, pero está delicioso.

No se lo creyó. Le dio un vistazo al suyo como preguntándose si habíamos probado lo mismo y levantó la taza formando una mueca de asco.

–Supongo que no estás acostumbrado a las emociones fuertes, querido Viktor. –Me miró con los párpados caídos y la boca en una línea recta–. Ya, ya. Querido Raziel –me corregí haciendo gala de mi teatralidad al pronunciar su nombre.

–No sé para qué me molesto –suspiró–. Tú siempre me llevarás la contraria de alguna forma.

Colocó la taza sobre la mesa y cogió el control remoto para hacer zapping.

–¡Ahí! –le indiqué cuando en la pantalla apareció Macaulay Culkin–. Es *Home Alone*, adoro esas películas.

Inesperadamente obediente, Raziel dejó el canal. Quedamos en silencio, viendo cómo Kevin se paseaba por las calles de New York en vísperas de Navidad y con la billetera de su padre.

–Entonces, ¿pasarás la noche aquí? –le escuché preguntar en un tono cuidadoso.

–¿Acaso no soy bienvenida? –espeté con la barbilla en alto–. Puedo tomar mi dignidad y marcharme a la academia.

Mi amenaza surtió efecto: antes de que fingiera ponerme de pie, Raziel me sujetó del brazo para que me quedara. Su agarre poco a poco se fue volviendo una especie de caricia delicada, casi tímida. Lo miré a los ojos, pero él miraba cómo su dedo creaba círculos sobre mi piel descubierta.

–Es un poco raro verte aquí teniendo en cuenta lo que pasó en la tarde –quitó su dedo de mí.

Cierto. Era raro actuar como si nada hubiera pasado.

–Quería darte esta preciosa sorpresa. ¿Está mal?

Él negó con la cabeza.

–No, puedes quedarte todo lo que gustes.

–¿Un mes?

–En tal caso pagaremos el alquiler a medias.

–Buah, y yo que quería un *sugar daddy*.

Mi queja le provocó una risa.

–Para ser tu *sugar daddy* primero necesito tener pasta. Yo no tengo un duro.

–Pues ya somos dos.

Recogí las piernas encima del cojín y apoyé mi barbilla en las rodillas, haciéndome un ovillo. Raziel también se acomodó, con las piernas abiertas, dejando caer los brazos entre estas con relajo. Sus ojos reflejaban la televisión a la perfección y aunque las sombras tienden a hacer que las expresiones faciales de las personas se contemplen con mayor detalle, se veía bien.

–¿En qué piensas? –preguntó al notar que le observaba.

–En que serías un buen modelo –admití–. Y en que me gustaría retratarte alguna vez.

Se echó hacia atrás, como si quisiera contemplarme con amplitud y enarcó una ceja.

–¿Lo dices en serio o tratas de coquetear conmigo?

Su escepticismo aumentó mi deseo de marcar cada una de sus expresiones. Sentí que esa conexión desentendida, pero muy poderosa, me atacaba de nuevo. El mismo vínculo que había sentido aquella vez que lo maquillé para la fiesta de Halloween.

–Un poco de ambos –confesé y humedecí mi labio inferior involuntariamente–. ¿Esperabas que respondiera tu mensaje?

–No, supuse que estarías molesta. O vengándote con Seth. –Eso me sacó una sonrisa–. Esa complicidad... ¿Qué están planeando?

–Seth me pidió un favor, eso es todo.

–¿Sabes?, es curioso que no lo hayas notado en la fiesta de Halloween, pero te molestó ver a Seth con aquella chica rubia. Experimentaste los dichosos celos, algo que no pasa con cualquiera. Para sentirlos, debe haber otro sentimiento de por medio.

–Seth nunca me gustó –me atreví a decir antes de que él lo hiciera por mí.

–Tal vez, pero sentiste algo por él.

–No importa lo que digas –le frené–. Al final, la persona a la que quiero eres tú. Y me siento tan idiota por echarte en cara que besaras a aquella mujer porque, siendo claros, tú y yo...

–Tú y yo no somos novios –terminó por decir.

–¿Entonces qué somos? –interrogué sin pensar–. ¿Socios con ventaja?

–Esa es una buena forma de llamarlo. Dime... ¿Qué quieres que seamos? Puedo ser tu amigo, tu compañero, pero tu novio...

–No mi novio –asumí y, por alguna extraña razón, busqué mi reflejo en las ondas del chocolate, sin embargo, solo vi oscuridad.

–Serlo significa estar en un conflicto constante –dijo–. Más de los que tenemos ahora. Yo no puedo abandonar mi búsqueda y tú no mereces estar con alguien que no te tenga como su prioridad número uno. Pero... si decides esperarme, yo estaré encantado de ser más que un «socio con ventaja» para ti.

Le sonreí complacida de su respuesta.

–Esa es una buena propuesta –dije, apoyando mi cabeza en su hombro dispuesta a ver lo que quedaba de la película.

Sin embargo, me empecé a sentir extraña. Tal vez era por el silencio, por mis repentinos pensamientos sobre mi verdadero padre y Agnes, o quizás porque Kevin, el protagonista de *Home Alone*, es un chico que estaba solo con el dinero de sus padres, haciendo lo que quería, pero, al final, está solo y extrañando a su familia. ¿Así había ocurrido con Agnes? ¿Ella también se sentía sola? ¿Ella nos recordaba? ¿Y si pensaba que mamá la abandonó para siempre? ¿Habrá

muerto creyendo que sus padres jamás la amaron? Tantas preguntas y lo único certero era que Agnes siempre estuvo sola.

Pensarlo provocó que mi corazón se estrujara y esa carga significativa en mi pecho fuera cada vez más dolorosa. Empecé a temblar sin poder respirar, a buscar el aire a bocanadas copiosas, a sentirme imponente y triste. Escondí mi cabeza entre las piernas, sollozando.

–Drey, ¿qué pasa?

Raziel se puso frente a mí, agachado y preocupado. Su mano puesta en mi mejilla era un consuelo al que busqué aferrarme mientras escarbaba en toda la información que mamá me aventó.

–Tenías razón sobre mi familia –articulé con dificultad–. Mamá me lo contó todo. El hombre que creía que era mi padre en realidad nunca lo fue. Mi verdadero padre es Timothy Reid. Agnes no soy yo, ella y yo somos gemelas.

–Era cuestión de tiempo que lo supieras –Raziel me miró con compasión. Algo me decía que en el fondo era algo que ya había concluido.

–¿Ese certificado que me enseñaste? Fue el que quedó de Agnes después de que mamá huyera conmigo. Ahora lo sé todo, pero al mismo tiempo siento que no sé nada de mí, que soy otra persona, que ya no soy la misma Audrey de antes. Si miro hacia atrás, todo lo que solía ser desapareció.

–No está mal empezar de nuevo –dijo–. Las personas cambian con el tiempo, y eso no está mal. Cuando te miro, sigo viendo a la chica de buen corazón que vi por primera vez, pero también veo a alguien que se anda con cuidado y no deja que la pisoteen.

–Jamás pensé que tendrías palabras tan lindas para mí –bromeé, secando mis lágrimas.

–No te acostumbres.

Se puso de pie para sentarse a mi lado, pero lo detuve.

–Hay algo más –advertí–. Algo mucho peor.

Le conté por qué mamá se cambió el nombre, por qué mi certificado de nacimiento no aparecía en la data de la clínica, y le expliqué sobre la huida fallida. También sobre la secta a la que pertenecían mis padres, cómo parecía ser una tradición para descargar todo el morbo en chicas jóvenes, lo que hacían con ellas, el raro fanatismo con Danti Vannan, su creencia sobre la pureza y que posiblemente Agnes, su hermana, ya no fuera la misma chica que conoció.

Raziel, al final de todo, quedó destrozado. Pálido, con la mirada vacía y una mueca de asco que se mezclaba con la preocupación. Apoyó los codos sobre los muslos y luego se agarró la cabeza, abatido, tal vez incluso tratando de procesar lo mismo que yo.

–Bastardos hijos de puta –murmuró agónico por la rabia–. Voy a encontrarla y matarlos a todos.

Sus palabras no fueron al azar, lo decía en serio, con toda la convicción de hacerlo. Y en ellas no solo mostraba el dolor que le produjo mi revelación, sino que también escuchaba el resentimiento de una persona que había tenido que crecer demasiado rápido.

–No puedes hacer eso. A juzgar por lo que dijo mamá...

–Bellish sabrá de mí –se puso de pie, dispuesto a llevar a cabo su advertencia.

–Espera, no...

–¡Ese puto niñato ha sabido todo este tiempo lo que les hacen a las chicas y no ha querido decir nada! –increpó, poseído por el enojo.

–Sí, pero porque no le ha quedado de otra –intenté explicarle–. Sus padres, al igual que los míos, trataron de huir, pero fueron encontrados y asesinados.

–¿Y tú se lo has creído? –espetó con una sonrisa torcida que no escondía lo que pensaba: que Seth me estaba tomando por ingenua.

–Sí –afirmé.

–¿Incluso después de todo lo que él y Crusoe te han mentido?

Asentí sin pestañear, pues no quería mostrarle un rastro de duda.

–Le creo. Le creo porque cuando me lo dijo vi en sus ojos la culpa, la misma que veo en ti cuando hablas de Agnes. Sé que no debería apoyarlo, justificarlo, o lo que sea que estoy haciendo, pero creo que está tratando de enmendar lo que hizo. Pasa que él tiene miedo. Si fueron capaces de simular un accidente con sus padres, mataron a mi padre y se llevaron a Agnes, imagina lo que pueden hacerle a él si dice una palabra. O a nosotros.

La revolución insana que lo poseyó se esfumó como el viento. La tensión en sus hombros y sus puños apretados se apaciguaron. Lo que era un hombre enloquecido por la rabia, se convirtió en un alma en pena.

–Necesito tenerla de regreso. Debo hallar la forma. Si lo que dijo esa mujer es cierto...

–No quiero sonar pesimista, pero dudo mucho que esa mujer cumpla con el trato.

–Tienes razón. –Se acomodó a mi lado, más calmado y dentro de sus cabales–. Si no han mostrado misericordia con los suyos, mucho menos lo harán conmigo. No me devolverán a Agnes a cambio de otra chica, me quieren usar para llevarles a su nuevo juguete. Putos enfermos.

–Hay que hallar una forma.

–No la hay –discutió, cruzando los brazos sobre el pecho, pero su frustración le pasó factura y soltó un gruñido enfurecido–. Imagino todas las cosas horribles que le están haciendo a Agnes y me siento un maldito inútil. Ella está allá, donde sea que esté, y yo aquí, en este departamento de mierda. ¿Qué puedo hacer?

–Esperar. –Volteó a verme con cara de «¿me estás tomando el pelo?», así que me adelanté a su negativa–. Escucha: después de la cena de compromiso de mamá, me propuse ayudarte como una forma de hacer pagar todo lo que Dhaxton y Seth hicieron no solo a mí, sino también a tu hermana, y no pienso dejar de lado aquel propósito. Así que... –busqué su mano y la tomé con cuidado, pasando mis dedos por debajo y sintiendo su calor– confía en mí.

Cerró su mano entrelazando sus dedos con los míos. A pesar de estar molesto, su tacto era delicado y protector. Un contraste extraño, lo reconozco, pero Raziel era así: una escala de gris.

–¿Qué planeas, Angelito?

–Voy a fingir ser Agnes.



Quedaban menos de dos meses para la boda de mamá, por lo que no hice esperar mi decisión frente a la propuesta de Seth. Fui directamente a él cuando tuve la oportunidad y le dije que aceptaba. Fue así que me pidió vernos al día siguiente después de clases.

Cuando Seth atravesó el portal hacia la mansión, lo sentí como si volviera a la primera vez que fui con Agatha. El jardín seguía siendo el mismo, la entrada para autos, la puerta principal, las ventanas... Nada había cambiado, aunque en el fondo muchas cosas lo habían hecho. Dentro, el lugar conservaba su hermosura, con ese olor a casona antigua que albergaba un sinfín de acontecimientos de los que solo eran testigos los retratos colgados en las paredes. La sala de

estar estaba tal cual la había abandonado la mañana siguiente a la cena de compromiso y los marcos de las pinturas relucían un libro intrigante.

Fue en la segunda sala donde divisé a una mujer de melena gris sentada en un sofá junto a la chimenea. En sus manos, una enorme copa de vino tinto reflejaba las llamas.

–Baba, ya estamos aquí –le dijo Seth. Se acercó a ella para saludarla con un beso en la frente.

Agatha se puso de pie y caminó hacia mí con paso elegante y decidido. Atrás había quedado la anciana con la cabeza perdida pero astuta; frente a mí tenía a una mujer diferente. Era una actriz grandiosa, tuve que reconocerlo, pues su mirada era versátil. Casi malvada. Frente a mí se presentaba por primera vez la Agatha auténtica.

–Querida –me saludó con una sonrisa y elevó la copa de vino.

–Agatha –saludé de vuelta. Fue sencillo mirarla como lo que era: una vil mentirosa.

–Es lindo verte sin tener que usar la careta de anciana con demencia –comentó con picardía, como si quisiera hacerme doler de un pellizco.

–Me da gusto tener que verla por lo que es.

Seth chasqueó la lengua.

–No es que cambie mucho –se quejó dándole una rápida mirada a su abuela–, sigue siendo una vieja amargada.

–Y una amante del buen vino. Hay gustos que no se pueden dejar de lado –admitió ella y se lo bebió al seco. Al acabar saboreó la esencia del trago que había quedado en su boca y nos hizo una seña para acompañarla.

–Seth me ha dicho por lo que estás aquí –comenzó–. Un reto bastante interesante, Audrey.

Debo admitir que escucharla llamarme por mi nombre fue extraño.

–Estoy dispuesta a aprender –sonreí con falsa condescendencia.

–Lo harás –afirmó ella, convencida de sus palabras–. Prometo ser una profesora ejemplar.

Su egocentrismo sacó mi lado más venenoso.

–No lo dudo, es una maestra del engaño –asentí y amplié mis comisuras–. Algo vieja y pasada de moda, pero una serpiente engañosa, al fin y al cabo.

Los ojos de Seth se agrandaron y al instante comprobó la reacción de su abuela. Agatha, por el contrario, dio un par de pasos quedando frente a mí, muy cerca. Me sentí algo intimidada. No obstante, tras un breve silencio, me sonrió de vuelta y me miró con cierto dejo de orgullo.

–Me gusta tu actitud –aprobó, para mi sorpresa–. Empecemos con la maldita clase. ¿Alguna vez has actuado?

–En obras de teatro de la iglesia.

–Ese es un buen inicio, pero con un público que, aunque cometas errores, te lo perdonará. Tú vas a hacerte pasar por una persona; un error, una distracción, joderá todo.

–Baba, la asustas –intervino Seth.

–Estoy siendo objetiva –reprobó el comentario de su nieto y regresó conmigo–. Vas a engañar a Dhaxton, querida, la tienes muy difícil. El punto a favor es que supuestamente hace años que no ve a Agnes, así que asumamos que ella ha cambiado con el tiempo. Ahora, vamos a hacer unos ejercicios que te ayudarán a sumergirte en la interpretación.

Como maestra, Agatha resultó ser un desastre. Las ganas estaban, la paciencia... no tanto. Tenía un diccionario de hermosas palabras para describir lo que era la interpretación, pero la vocación se le había perdido. Me pedía ejercicios vocales extraños y pronunciar palabras que me hicieron pensar que tal vez era parte de un ritual demoníaco. Me obligó a olvidarme de lo que me rodeaba y a concentrarme en la actuación, cosa que era difícil porque estaba encerrada en la casa

del enemigo. O tal vez estaba siendo demasiado racional como para creerme el cuento de que Dhaxton se tragaría que era Agnes.

Agnes, mi hermana.

Esa era la verdad que no podía asimilar.

Y que dolía cuando lo pensaba.

Ni siquiera la había conocido. Ni siquiera podía recordar cómo era su personalidad de niña o cómo nos llevábamos. Si nos queríamos. Si hablábamos igual. No recordaba nada.

Hasta ahora, solo sabía que era mi hermana, que ellos se la llevaron y que de adolescente se había marchado por el bien de la amistad que ella y los chicos tenían.

–Necesitas entrar en su papel –me reclamó Agatha, sirviéndose otra copa de vino. Cada vez que su paciencia estaba a punto de desaparecer, necesitaba beber para entrar en razón.

Resoplé, también harta.

–Sería más fácil si me dijeran cómo era ella.

Agatha abrió los labios como si recién se hubiera dado cuenta de ese enorme detalle.

–Se supone que para interpretar a un personaje necesitas conocerlo a fondo, ¿no? Yo no conozco de nada a Agnes.

La anciana miró a Seth, quien se había aburrido lo suficiente como para dejar de prestarnos atención y ponerse a ver su celular. Frente a nuestro silencio, levantó la mirada y la alternó entre su abuela y yo.

–Seth, es tu turno –le informó la mujer–. Ve a contarle a Audrey sobre tu amiguita. –Eso había sonado como si Agatha detestara a Agnes–. Sus manías, las muletillas que usaba, qué le gustaba, qué le desagradaba... Esa clase de cosas.

Seth me indicó con un rápido movimiento con la cabeza que saliéramos de la sala. Mientras tanto, Agatha se servía otra copa de vino.

–¿Por qué a Agatha no le cae bien Agnes? –le pregunté como si fuera una charla casual.

–Ya sabes los motivos –respondió pasando por un pasillo hacia la terraza, desde donde se podía ver la piscina, algunos árboles y, al final de todo, el cielo nocturno encontrándose con el mar. Seth siguió caminando como si se tratara de un paseo nocturno.

–¿Fue porque ella escogió a Dhaxton?

–Sí –su afirmación fue corta, seca y tan puntual que me llevó a pensar que pronunciarlo había sido doloroso–. Todas las señales indicaban que yo le gustaba, pero al final creo que supuse mal –sus pasos se volvieron torpes al bajar la escalinata hacia la enorme piscina–. Baba cree que Agnes simplemente jugó con mis sentimientos, por eso no la tiene en muy alta estima.

–Y... ¿todavía la quieres?

Seth se giró a verme.

–Por supuesto.

Luego siguió caminando hacia dos reposeras frente a la piscina. Se sentó en una y yo me quedé de pie frente a él.

–¿Y la amas? –intenté escudriñar en sus pensamientos.

–No.

Me senté en la reposera, mirando las ondas que se formaban en el agua. Hacía frío, pero por alguna razón estaba a gusto afuera, mirando el reflejo del cielo en la piscina y disfrutando del silencio.

–¿Cómo era ella?

–Es la persona más genial que he conocido –dijo tras pensárselo demasiado–. ¿Alguna vez te

has topado con *esa* persona que logra cambiar el ambiente solo con su aparición? Esa es Agnes.

No conseguía ver su rostro, porque su cabello lo cubría, pero juraría que lo había dicho con una sonrisa nostálgica.

–Era divertida, muy astuta, con la habilidad de convencer a todos de todo, el alma de la fiesta. Tenía una personalidad fuerte, pero también un lado gentil. Para todos se mostraba amable, jamás había un «no» como respuesta si le pedían un favor, y ayudaba en lo que fuera. Amaba las fiestas. Todos la adoraban.

Si me la describía así, también diría que sonaba como alguien genial. La clase de persona que conoces, congenias con ella a la perfección y siempre recuerdas con unas bonitas palabras.

Qué dicha que Agnes fuera recordada así.

–Qué desafío más complicado el que tengo, entonces –emití con pesadumbre.

–Busca puntos en común con ella –propuso.

–¿Como cuáles? Además de nuestro aspecto.

Seth aparentó pensarlo y se echó el cabello hacia atrás.

–Ambas son geniales.

–No juegues conmigo.

Al parecer, él no estaba jugando.

–Tú mejoras el ambiente cuando apareces. Tienes tu lado divertido. Sabes defenderte y a la vez logras ser amable con todos, incluso si ellos te han hecho algún mal. Tienes un corazón solidario. Eso es lo que me gusta de ti.

Y lo decía como si estuviera hablando tranquilamente sobre una película que acababa de ver.

–Yo te gusto por mi parecido con ella –le corregí.

–Para nada –negó con vehemencia–. Tú me gustas por todo eso que las diferencia.

Eso había sido... lindo.

Desde que había llegado a la academia había estado bajo la sombra de ambas Agnes, por lo que me resultó agradable escuchar que éramos diferentes. Me gustó que Seth me lo hiciera saber.

–¡Eso es, carajo! –exclamó de pronto. Sus ojos se iluminaron como una ampolleta en la oscuridad–. Pensemos en los puntos que las diferencian. Si actúas como no eres, tal vez se te haga más simple.

Me acomodé para ponerme en modo «te escucho».

–Agnes no creía en la lealtad a la familia, le parecía una chorrada del tamaño de un buque. Mentía mucho, y muy bien. Le encantaba sacar su lado más misterioso; si le hacías una pregunta que ella no deseaba contestar, la lograba esquivar haciendo preguntas o cuestionamientos interesantes. Y jamás se disculpaba si creía tener la razón. Si alguien la hería, fingía que estaba bien, que no había problemas, pero en el fondo planeaba en silencio cómo hacerlos pagar.

–¿Y dónde está la humildad que mencionaste antes?

–Rencor y humildad son dos términos muy diferentes –dijo. Actuaba igual a un sabelotodo fastidioso, de esos que no caen bien a nadie–. Agnes poseía ambos, aunque mucho más del primero.

Anotado: Agnes era muy rencorosa.

–¿Qué más?

–Le encantaba la cerveza, hacer el tonto, ser el centro de atención, codearse con los adultos como si fuera la nieta del año. También practicaba deportes extremos y le gustaba hacer algunas locuras.

–Genial, cuando finja ser ella me pasearé desnuda entre los invitados –bromeé, sacándole una

sonrisa a Seth. Una sonrisa de *esas* que a él tanto le encantaban.

–Me avisas para verlo.

Atrevido.

Levanté la mano para darle un golpe, pero él me detuvo por la muñeca en un movimiento veloz.

–Ah, y a diferencia de ti, ella no temía vivir su sexualidad al máximo.

–¿Tú y ella...?

–Nunca nos acostamos –confesó–. Supongo que no quería arruinar la amistad, como puso en la carta.

–¿De verdad crees que esas cartas fueron escritas por ella?

Seth se levantó encogido de hombros y se acercó a la piscina para acariciar el agua desde el borde.

–Es su letra. Pero ahora, si la leo con detalle y sabiendo que ya no está, siento que no son sus palabras.

–Podría ser que Dhaxton o alguien más la obligó a escribirlas.

Pude ver la aflicción en su rostro.

–Eso suena tan despiadado que me hiela la sangre –pronunció con dificultad–. Me gustaría creer que no la obligaron y que ella está bien.

Su expresión me indicaba que estaba a punto de llorar, por lo que di un salto fuera de la reposera y me acerqué a él. Seguía recelosa por lo que mamá y Raven me habían contado, pero debía actuar como si no supiera nada. En cosa de segundos, ambos quedamos sentados en el borde de concreto de la piscina.

–¿Cómo se conocieron? –curioseé.

–Nos conocimos en la misma reunión en la que conocí a Dhaxton, después de que me lanzara al agua. Ella lo vio todo, peeero era amiga de él, así que no lo acusó. Lo único que hizo fue darme un par de toallas para que me secara.

–Vaya forma de iniciar una amistad. ¿Y cómo se conoció ella con Dhaxton?

–En la reunión.

–¿Es que todo pasó en esa bendita reunión?

–Fue una reunión con muchas personas.

–Ya veo.

–Y cosas raras que... –miró hacia los lados– es mejor no repetir.

–¿Ellos? –interrogué, bajo.

Seth respondió asintiendo.

–Las hacen una vez al año.

Reunión, muchas personas. Me pareció tan vomitivo saber que esos sujetos hacían sus actos tan deleznables con niños cerca. Y me pareció peor saber que seguro muchos de ellos serían invitados a la boda de mamá.

–¿Y los padres de Agnes? –pregunté para seguir con la farsa. Quería saber cuál era su respuesta.

–Murieron cuando era pequeña. O algo así me dijo.

Así que dio a nuestros padres por muertos. Qué triste debía ser para ella vivir sabiendo que las mismas personas que la rodeaban habían causado la muerte de nuestro padre. Debió sentirse tan sola... Pobre Agnes.

–Toda la enorme herencia fue puesta a su nombre. Imagina todo eso a cargo de una niña. No

sé qué pasó con todo ese puto dinero ahora que ya no está.

Una herencia sin dueño, ¿eh? El dinero puede ser un motivo de peso para querer tenerla fuera del camino... aunque no me convencía demasiado.

¿Y si Seth mentía?

No podía confiar en él ni en sus respuestas.

–Se me ha ocurrido una idea.

Su repentino entusiasmo me dejó confundida. Se puso en pie y me ayudó a levantarme.

–¿Qué cosa?

–Espérame en la sala, iré por unas cosas y nos vamos.

–¿A dónde?

–Ya lo sabrás.

De regreso a la sala me encontré con Agatha. Todavía bebía lo que quedaba de la botella frente a la chimenea, casi de espaldas a mí.

–Audrey –llamó.

–Agatha –dije su nombre con la misma formalidad con que ella mencionó el mío.

–Ven.

Más que una petición, era una orden que intentaba esconder muy bien. No pude hacerme una idea de lo que me diría, tampoco de sus intenciones, pero frente a la chimenea y, sin siquiera voltear a verme, me dio la impresión de que en el fuego veía reflejado el caos que estaba a punto de desatarse.

–¿Alguna vez viste un documental sobre animales? Esas feroces madres animales defienden a sus crías con todo lo necesario para dar batalla, sin importar la braveza de sus atacantes o el tamaño que tengan. Son admirables y muy temibles. No hay cosa que dé más terror que una madre defendiendo a sus crías.

–Ya puede ir a decirle eso a mi madre –solté sin pesar.

–Por ella lo digo.

Se giró a verme con una sonrisa extraña, de esas que guardan muchísimos secretos. Pensé, por un instante, que el plan de mamá había sido inútil y que Agatha la había descubierto. Y sentí miedo. Sentí un terror que me recorrió el cuerpo. Entonces, la mujer añadió:

–Y también por mí –prosiguió, retomando su gusto por el vino–. He gastado preciosos años de mi vida criando a Seth como si fuera un hijo. No sé qué estés planeando dentro de esa cabecita castaña tuya, pero si tienes la intención de dañar a mi nieto como Agnes hizo, ten cuidado.

Eso había sido tan predecible que se me escapó una carcajada nasal.

–¿Es una amenaza?

–Es información. Me gusta cuidar de mi familia. He hecho cosas terribles para mantener a Seth a salvo –advirtió y sus ojos se clavaron en mí como puñaladas y el destello que estos refractaron fueron como el brillo de una navaja recién afilada–. No lo perjudiques. Tampoco lo llenes de falsas esperanzas, es muy tonto para darse cuenta de que no sientes lo mismo que él siente por ti.

–Le recuerdo que él intentó enamorarme para sus propios dramas y, no contento con eso, también quería conseguir acostarse conmigo. Ah, y claro, también me engañó sobre su enfermedad. Darle una cucharada de su propia medicina nunca está mal –la provoqué.

Los estrepitosos pasos de Seth arruinaron la respuesta de su abuela, quien mantuvo la mirada un momento en mí para luego ocuparse de la copa de vino.

–¿De qué me perdí? –interrogó Seth, ladeando la cabeza cual cachorro al que le causa

curiosidad alguna cosa.

–Tu abuela intentaba darme clases de moralidad –respondí, volviéndome hacia él. En sus manos tenía dos abrigos y una hoja de papel.

–Baba... Ya hablaremos luego. –Seth me tomó de la espalda para guiarme a la entrada–. Andando.

Parecía haber sido atacado por un entusiasmo que le hacía brillar los ojos. Agarró mi mano y tiró de mí hacia el exterior.

–¿A dónde vamos? –insistí.

Él no respondió, estaba ocupado en abrirme la puerta del auto para que subiera. Luego lo seguí con la mirada hasta que se sentó, se arremangó la camisa y tronó sus dedos por encima del volante.

–Vamos a ponerte en sintonía.

Y con esa respuesta tan simplona echó a andar el auto.

Ni Seth ni yo dijimos nada en el camino. Estaba segura de que, por mucho que preguntara, no obtendría respuestas, así que no malgasté saliva. Opté por acomodarme en el asiento y bajar la ventana para que el frío del exterior se desenvolviera en el interior.

Jamás entenderé por qué, pero había cierta magia en las heladas del invierno y cierta libertad cuando iba en auto por la carretera y el viento me movía el cabello. Asomé la mitad del cuerpo, cerré los ojos y dejé que el viento me despejara lo oscuro que me ataba al mundo real.

–Ten cuidado –me advirtió Seth y me sostuvo desde el abrigo.

Abrí los ojos y me percaté de que en la distancia se veían unas enormes casas de diferentes tamaños. Era una vista familiar, una imagen que creí olvidada. Estábamos llegando a mi antiguo hogar.

Me metí de vuelta al auto con el corazón sobresaltado.

–Aquí es donde vivíamos... –pronuncié, atemorizada.

El miedo me abrazó tan pronto como Seth cruzó un arco de bienvenida.

–¿Qué dices?

Llevé una mano a mi pecho, inmersa en tantas sensaciones que creí desfallecer. Seth me vio tomar bocanadas de aire para calmarme. Yo estaba siendo atacada por el momento en que tuvimos que dejar nuestra casa.

–Drey –me llamó–. ¿Estás bien?

–¿Por qué me has traído aquí? –cuestioné.

Pensé que lo había hecho a propósito, que me iba a tender alguna trampa. Estaba paranoica.

–Quería que entraras en ambiente.

Busqué en él la verdad. ¿Realmente decía la verdad? ¿En verdad no sabía nada sobre Agnes y lo que le pasó a su familia? Me convencí de ser fuerte y mantenerme callada. Por el bien de mi madre y mío. Si Seth llegaba a saber que nosotras logramos huir de esa emboscada, ¿se lo contaría a su abuela? No confiaba en él y menos en Agatha.

–Drey, me estás asustando.

En cuanto frenó el auto bajé a vomitar.

–Por Dios, Drey, ¿qué te ha pasado? –Ante mi silencio, tomó otra decisión–: Mejor volvamos al auto, te llevaré a la academia y...

–No –fui firme–. Vamos a donde sea que me llevas.

Estaba decidida a enfrentar una vez más mi pasado.

Odié la mirada compasiva con la que me miró, pero, así como él fue terco al no querer

responderme, yo también lo fui al no querer volver. Tras una breve caminata llegamos a las afueras de una casona rodeada de enormes paredes. Su fachada no se me hacía nada familiar, pero algo en ella me seguía intrigando.

Revisé la cerradura del portón.

–Está cerrado. ¿Cómo vamos a...?

Mi pregunta quedó inconclusa al ver que Seth se había quitado el abrigo y lo tiraba al otro lado de la cerca.

–Uy... Se me cayó el abrigo, tendré que ir a recogerlo.

Tras su mala actuación, se aferró al portón y escaló hasta llegar a lo más alto. Dudó un momento si lanzarse o no, puesto que no era una altura pequeña, pero finalmente dio un salto con el que aterrizó de pie.

–Es tu turno –me indicó desde el otro lado.

Miré hacia los lados comprobando que no hubiera nadie cerca y me aferré al portón. Seguía algo tocada por el repentino revoltijo en el estómago, pero quería saber qué era lo que había dejado atrás. Determinada, escalé hasta llegar arriba, pasé las piernas al otro lado y me senté. Desde esa altura la caída no sería bonita, pero Seth extendió sus brazos al aire y se posicionó debajo.

–Yo te atajo, tranquila.

Tal como dijo, Seth consiguió atraparme sin problemas.

La enorme casa quedó a nuestra completa disposición para ser explorada. Había un largo sendero para llegar a su puerta principal, un jardín enorme con el césped verde recién cortado. Se veían muy prolijos, como si el jardinero fuera todas las semanas a ocuparse de ellos. Sin embargo, mientras más nos acercábamos a la enorme vivienda, más sentía que era un sitio oscuro y sin vida.

–Se ve tan solitario todo... –sentí algo de tristeza.

Seth me dio la razón.

–Supongo que nadie vive aquí desde que Agnes ya no está.

–¿Supones? –le discutí.

–Existen los okupas.

Me detuve en seco.

–¿Y si nos topamos con uno? ¿Ya viste lo arreglado que está el jardín? ¿Y si alguien vive aquí?

Mi pregunta, tan inocente, le causó gracia.

–Los antiguos empleados vienen de vez en cuando a ocuparse del lugar. Y nadie vive en esta casa. ¿Acaso no ves que esto se parece a la mansión de *The Haunting of Bly Manor*? –interrogó señalando toda su fachada.

Seguimos caminando.

–Y ¿cómo entramos?

–Tengo una llave que... ejem, robé hace un tiempo.

Podría haberle puesto mala cara, pero mi alrededor me distrajo. Mientras más miraba, más imaginaba mi vida ahí. Me imaginaba corriendo de lado a lado en la casa; correteando junto a Agnes; recogiendo las flores; mirando las estrellas recostadas en el césped; subiéndome a los árboles... ¿Eran solo imaginaciones o en realidad recuerdos? Aquel planteamiento provocó que mi cabeza doliera.

–Agnes tenía a unos cuantos empleados de confianza –explicó Seth frente a la puerta–:

Willow, Raven y Paco. Prácticamente la criaron entre los tres dentro de esa enorme casa. Willow y Paco me querían, pero Raven era una vieja odiosa.

De pronto, la puerta se abrió.

–¿A quién llamas odiosa?

Los dos chillamos del susto. Raven casi nos lleva al otro lado. La mujer miró a Seth con el ceño tan fruncido que marcaba sus profundas líneas de expresión, pero cuando su mirada cayó en mí, palideció como si hubiera visto a un muerto.

Le hice un gesto para que no dijera nada.

–Señorita Reid... –musitó, incrédula.

–Yo no soy Agnes –me apresuré en hacerle saber, marcando la voz en el nombre de mi hermana.

–Por un momento te confundí –trató de arreglar la situación. Fue un alivio enorme que se percatara de mis intenciones. Regresando a Seth, chasqueó la lengua y le dio un repaso de pies a cabeza–. ¿Qué hace una chica como tú con un ser tan desafortunado?

–Soy lo mejor que le ha ocurrido a Audrey –se defendió él, todo arrogante.

–Ja, eso ni tú te lo crees –se burló Raven.

–La pregunta correcta es ¿qué haces tú en casa de Agnes? –Seth quiso desviar el ataque, algo que por fin le salía bien, pues Raven bajó la guardia.

–Vengo una vez a la semana a hacer aseo. Pasen, no se queden ahí afuera.

Seth fue el primero en entrar. Yo, por mi parte, le hice un gesto a Raven de «por favor, no digas nada» y ella me respondió como diciendo «Exijo una explicación».

El interior de la casa era enorme y alucinante, con un espacio igual al de la mansión de Agatha, pero con un ambiente completamente diferente. Todo era blanco con decoraciones doradas, obras de arte coloridas y un olor a lavanda familiar.

–Wow...

–Todo está tal cual Agnes lo dejó antes de marcharse –informó Raven paseándose hacia la sala principal–. La he mantenido limpia y ordenada en caso de que regresara. Jamás esperé que quien apareciera por esa puerta fueran ustedes.

–Su casa es inmensa –formulé, anonadada–. ¿En serio Agnes vivía en este lugar?

Esa pregunta iba dirigida a Raven de manera personal. En realidad, no se lo preguntaba solo por Agnes, también lo preguntaba por mí.

–Sí. Fue muy feliz junto a su familia en esta casa –Raven había captado el sentido oculto de mi pregunta.

–Esto es... una alucinación, ¿verdad?

Busqué la respuesta en Seth. Él, con las manos en los bolsillos y su pose relajada, me negó con la cabeza.

–Te puedo pellizcar si no sales de la incredulidad.

–Ni se te ocurra tocarle un pelo, mocoso. Mejor explícame a qué han venido.

Cruzamos un par de miradas con Seth hasta que me animé a responder:

–Queríamos saber de Agnes. Por favor, no pregunte por qué razón.

Raven masticó mis palabras con disgusto.

–Pues ya es tarde –la mujer se paseó hacia la chimenea, donde había algunas figuras de cerámica. Agarró una caja pequeña de cerámica y la abrió, sacando de ella un sobre de papel doblado–, Agnes se marchó hace mucho.

En cuanto me lo entregó, Seth se acercó para leer también.

En el interior había otra carta de despedida en la que le decía a Raven que ya no se sentía cómoda en la ciudad y que habían pasado muchas cosas que la llevaron a decidir dejarla. Era, en pocas palabras, una tercera carta de despedida.

–Está claro que Agnes se marchó por culpa tuya y del otro chiquillo –se quejó Raven. Fue sumamente cuidadosa al doblar la carta–. Si es que lo hizo y no le hicieron daño... –tomó aire en un intento por no llorar–. Yo la conozco. Ella nunca se hubiera marchado así, de un día para otro, sin decir nada.

–Yo tampoco me lo creo –admitió él, ahogado por la inseguridad, y sacó de su billetera la carta que Agnes le había dejado–. Ella también me escribió, pero no parecen sus palabras, ella...

–Es por eso que estamos aquí –le dije a Raven–. Queremos saber qué sucedió con ella.

–Ha desaparecido por completo –se lamentó.

–Las personas siempre dejan algún rastro –contradijo Seth.

La mujer asentó su mirada sobre el castaño. Era una mirada desconfiada, recelosa, de esas que demuestran que no se era bienvenido.

–¿Qué tramas, mocoso? ¿Acaso sabes qué le ocurrió a mi niña?

Tuve el mal presentimiento de que se armaría una disputa, así que me interpuse entre ambos.

–No estamos seguros –hablé–, pero creemos que algo malo. Lo que queremos es saber cómo era ella, cuáles eran sus gestos, gustos... Quiero saber cómo era.

–¿Por qué? –inquirió Raven, recelosa.

Me mordisqueé el labio con frustración. Si le decía cuál era la razón seguro que se la contaría a mamá. O no.

–Tienes que prometernos que no se lo contarás a nadie –hablé en clave, muy lento y modulado.

A Raven no le gustó mi «chantaje», pero en el fondo sabía que no podía negarse a mí.

–Lo prometo.

Pese a que Seth no se mostró de acuerdo, le expliqué a Raven cuál era nuestro plan, empezando por quién era mi madre y sobre su matrimonio con Devon, aunque claro, esto no era necesario, pero tenía que mantener la mentira de que recién la conocía. Al comienzo Raven no estaba demasiado convencida, al contrario, creía que era una idea infantil y peligrosa, sin embargo, al final se convenció. Propuso que la visitáramos dos días a la semana después de practicar con Agatha, todo con el fin de convencerla con mi actuación. También se ofreció a prestarme la ropa que Agnes había dejado en su clóset.

De regreso a la academia ya no me sentía tan triste por Agnes y su soledad, después de todo, ella sí había tenido personas que se preocuparan por ella.

Ahora era mi turno.

Capítulo 18
Un cuento de hadas (im)perfecto

AUDREY

La decisión de hacerme pasar por Agnes se había vuelto un desafío del que por las noches dudaba. Por una parte, me repugnaba la idea de tener que codearme con personas tan detestables y, por otra parte, sabía que Dhaxton era demasiado astuto como para tragarse mi actuación. ¿Lo peor? Que si sabía que Agnes estaba muerta no íbamos a poder engañarlo.

Seth tenía un plan para este último punto en contra.

–Cambié las cápsulas que toma por cápsulas con paracetamol –nos dijo muy sonriente en una de las reuniones que hacíamos en su casa de verano.

–¿Que hiciste qué? –Raven necesitaba confirmar lo que había escuchado–. ¡¿Te has vuelto loco?!

–Creo que lo ha aprendido del Angelito –comentó Raziel, que estaba cruzado de brazos, apartado de nosotros, como siempre.

Al escuchar su comentario, Seth y Raven me miraron. Me sentí atrapada en sus interrogantes.

–En el viaje que hicimos a New York le robé las píldoras, por eso creo que tuvo el ataque.

–¿Ves? Si ella lo hizo, también puedo hacerlo yo –le restregó Seth a Raven–. La idea es que en la boda esté igual de vulnerable que cuando tuvo el ataque, será mucho más fácil entrar en su psiquis.

–Vaya amistad la de ustedes –ironizó Raziel–. Uno se quedó con la chica que le gustaba al otro y el otro manipula su medicación.

–Si tienes envidia solo dilo –lo provocó Seth en el plan juguetón que tanto lo fastidiaba.

Sus discusiones eran las de un matrimonio, pero le daban algo de vida a la casa de verano que hace un mes era polvo y soledad. Seth, Raven y yo habíamos convertido el sitio en una guarida que nos mantenía a salvo y donde podíamos descansar cada vez que quisiéramos. Pero desde que había llevado a Raziel, la tensión electrizaba el ambiente.

–Lo único que siento hacia ti es asco –farfulló Raziel, mirándolo con desprecio–. De ti y de tu gente, bastardo cobarde.

–Raziel, basta –intervine.

–Lo siento, Angelito, pero yo no puedo tratar con un sujeto así –negó con la cabeza y, blandiendo una última mirada a Seth, salió a llenar sus pulmones de nicotina.

–Al menos no quiso golpearme, como la primera vez –Seth conservaba su humor incluso en una situación así.

Sin embargo, a Raven esas discusiones la ponían de mal humor. Estaba demasiado mayor para tomarse en serio lo que Seth y yo planeábamos, le parecía una locura, pero luego de unos días dejó de reclamar y prefirió ayudar. Me gustaba verla sentada en el sofá de la sala de estar, observándonos con sus ojos lechosos y cansados. Su mirada maternal me transmitía cierta paz en medio del caos inminente. Ella lo sabía y cuidaba de mí en todos los ámbitos posibles. Raven

tenía el cabello blanco, las bolsas bajo sus ojos demostraban lo cansada de la vida que estaba; y, aun así, lograba sonreírme con dulzura.

–Iré a preparar la cena –dijo y se marchó a la cocina. No había forma de que se quedara tranquila. Por supuesto, antes de marcharse le lanzó una mirada hostil a Seth que no lo dejó indiferente.

–¿Por qué tengo la sensación de que quieren asesinarme? –preguntó una vez que nos quedamos solos. Y todavía tenía el descaro de lucir confundido.

–Porque no confiamos en ti –fui certera.

–¿Confiamos? ¿Acaso también me quieres matar?

–A veces me dan ganas de torturarte...

–Hazlo, pero que sea sobre una cama y desnudos.

–Eres un idiota.

Tuve ganas de golpearlo y marcharme con Raven, pero me detuvo.

–¿Vas a decirme qué ocurre? Tu noviecito quiere matarme más que nunca y tú fuiste muy determinada al querer ayudarme. Ustedes se han enterado de algo y no me lo quieren decir.

En ese momento lo miré a los ojos y traté de escudriñar en su cabeza.

–¿Es que no lo sabes? –pregunté con precaución y me di cuenta de que estaba visiblemente confundido por mi pregunta–. Claro, ¿por qué habrías de saberlo?

–¿Qué tengo que saber?

Ya no parecía confundido; estaba asustado.

–La razón por la que Agnes y yo nos parecemos es porque somos hermanas. –Sus labios se abrieron con impacto y su cuerpo se echó hacia atrás–. Todos vivíamos en aquella casa a la que me llevaste, pero tuvimos que huir.

–Por eso te pusiste tan mal...

–Nos alcanzaron en una carretera. Le dispararon a mi padre y se llevaron a Agnes. Mamá pudo huir conmigo con mucha suerte y la ha estado buscando.

–Por eso Agnes dijo que sus padres estaban muertos, por eso odiaba tanto las reuniones familiares... –murmuró con los ojos desorbitados, al borde del colapso mental–. Quizás ella recordaba lo que le hicieron y solo trataba de adaptarse, pero se veía feliz con nosotros... Aunque jamás habló de su familia, ¿no? Es decir...

–Ella nos dio por muertas –concluí, apesadumbrada.

Lo agarré de la cara para que me observara.

–Mamá y yo necesitamos saber qué le sucedió, por eso estoy tan determinada a seguir tu plan. El plan que tú ideaste –respondió pestañeando repetidas veces–. Pero quiero saber algo importante: ¿Dhaxton y tú la usaron a ella como hacen con las otras chicas? ¿La trataron de corromper para la logia?

–No. Nunca... –pareció haberse dado cuenta de un punto relevante. Se liberó–. ¿Cómo sabes de eso?

–Ya lo sé todo. Sé lo que tu familia y mi familia hacían. De sus horribles creencias. De la forma en que nos tratan... De lo monstruoso que puede llegar a ser el ser humano. El punto es que ya sé para qué usan a las chicas, lo que trataron de hacer conmigo... –la mueca de asco me decoró el rostro–. No creí que llegaran a un punto tan asqueroso. ¿Acaso sabes que eres cómplice de las mismas personas que mataron a tus padres?

Se hizo a un lado cuando los mencioné. Los puños a los costados, molesto.

–Soy consciente de lo que he hecho y para qué ha sido, pero en mi lugar, ¿cómo hubieras

actuado? Era mi vida o la de otras personas.

–Me hubiera mantenido firme hasta el final. Tú y Dhaxton son los principales responsables del martirio por el que deben estar pasando todas esas chicas a las que corrompieron. Tú ibas a hacerme lo mismo a mí.

–No...

–Sí. Lo intentaste. Jugaste conmigo desde el inicio, por eso no esperes que te tratemos como si fueras inocente, Seth. Eres su cómplice.

–Pero también traté de advertirte. Te di el libro en la biblioteca, te dije que estábamos jugando contigo, me detuve cuando estabas en mi habitación y ahora me estoy arriesgando el pellejo para salvar el tuyo.

–Oh, ¿y se supone que debo darte las gracias?

–Sé lo que soy –parecía molesto y al mismo tiempo su rostro mostraba una expresión de decepción–. Sé que soy la peor mierda con la que te has podido cruzar en tu vida, pero estoy tratando de enmendar mis errores. Si pudiera retroceder en el tiempo y evitarlo, lo haría. Lo estoy intentando, ¿sí? –se sentó en el sofá, resoplando–. Lo único que necesito es tu voto de confianza.

–Lo tendrás si me dices dónde están las chicas.

–No lo sé. ¿Crees que si lo supiera hubiera metido a Raziel en el club ese? Moví los papeles justamente para que lo averiguara.

–Y la solución que le dieron es dar a otra chica. Yo no lo permitiré.

Su mirada fue en dirección de la chimenea y sus ojos reflejaron el bravo fuego con cierta intriga. Algo se traía en mente.

–Hay otra forma: a todas ellas las puedes ver en una ceremonia anual a la que llaman El Intercambio. –Ya podía hacerme una idea de qué trataba dicha ceremonia. Y sentí tanto miedo que los vellos de la piel se me erizaron–. Las hacen cada año. Pero necesitarás a alguien que sea lo suficientemente idiota como para colarse en una fiesta llena de seguridad. Creo que no te será difícil hallar a ese idiota.

Justo en ese momento entró Raziel. A juzgar por el olor, había estado fumando.

–Sí... Ya tengo a un voluntario –dije al verlo.

El ambiente se relajó después de la cena, pero noté cierto mal humor en Raziel, que necesité aclarar cuando me fue a dejar a la academia pasada la medianoche.

–¿Estás molesto? –aproveché de preguntarle al entregarle el casco que tenía para mí.

Me miró con cara de «¿tú qué crees?», pero optó por responderme.

–No confío en Seth. ¿Lo de la ceremonia? Me huele mal que lo haya soltado después de hacerse de rogar manteniendo lo de la secta en secreto –habló entre dientes–. No sé qué esté planeando, pero voy a averiguarlo.

–¿Crees que estuvo mal que le dijera sobre mi verdadera identidad?

Asintió.

–Creo que necesitas ser más precavida y hablar lo necesario. Al chico le gustas, pero te aseguro que en una situación de vida o muerte preferirá salvarse el pellejo, y eso es precisamente lo que está haciendo al involucrarte en su plan.

No lo había visto de esa forma. Por supuesto que no confiaba en Seth, tampoco estaba convencida de que dijera la verdad sobre la ceremonia. Pero también creía en sus palabras. Creía en el miedo en sus ojos. Y creía en su preocupación por Agnes.

–No considero que esté mal tenerlo de nuestro lado –me aventuré a decir–. Tómalo como una garantía.

–No hay garantía si él te lleva dos pasos. Debiste contarle lo de la jodida secta, nada más –dijo con severidad. Me sentí como una niña regañada–. Ahora él se lo irá a contar a su abuela y su abuela se lo contará a los demás.

Fruncí el ceño con solo pensarlo. Raziel lo notó.

–O tal vez no. Bellish es impredecible.

–Al menos en esto estamos de acuerdo.

En ese momento un auto aparcó junto a nosotros y de él bajaron Vivian y Lucy. Las dos habían salido de compras, pues cargaban un montón de bolsas.

–¡Drey! –me llamó Lucy, siempre tan atenta a todo.

Yo las saludé con una seña y, en cuestión de segundos, ambas estaban frente a mí.

–Mira, compramos un montón de adornos para decorar la habitación –Lucy abrió una de las bolsas y me enseñó las serpentinas rojas, que apenas reflejaban la luz de los postes.

–A alguien le gusta la Navidad, por lo que veo –esbocé una sonrisa cálida en lo que ella asentía.

Vivian, por su parte, le dio un vistazo de pocos amigos a Raziel.

–Así que tú eres la mala influencia –le dijo con desagrado y rodeó la moto–. Lo imaginaba diferente.

–Chicas, él es Jonathan –lo presenté–. Jona, ellas son Lucy y Vivian.

Raziel ni siquiera hizo el amago de saludar, se acomodó en su asiento y encendió el motor.

–Buenas noches –dijo con voz grave antes de desaparecer.

No supe si reírme por la huida o enojarme por su mala educación.

Vivian chasqueó la lengua.

–Vaya novio.

Me ofrecí a ayudarles a cargar bolsas de camino a los dormitorios. Lucy, animada como nunca la vi, habló a mitad de camino:

–¿Ya te enteraste?

–¿De qué? –pregunté, con la mente en blanco.

–La nueva Happy Little Tea ha dicho que mañana publicará algo jugoso sobre Dhaxton.

«Lo del asesinato de Agnes», pensé.

Al día siguiente las expectativas subieron a tope. Toda la academia estuvo al pendiente de la publicación. Sin embargo, cuando en el buscador salió que la página había sido cerrada, nadie supo qué esperar. Lo único seguro era que Dhaxton se había encargado de silenciarla.

En clases de Boceto y Dibujo me lo encontré. Todavía no me acostumbraba a su cabello negro, pero en el fondo se veía igual; estaba sentado, con las piernas cruzadas bajo la mesa, un libro abierto en su mano y su semblante frío. Era la persona más hermosa que había visto en mi vida, y al mismo tiempo por la que más repulsión sentía.

–¿Decepcionada? –dijo apenas me senté junto a él.

–Un poco –admití, consciente de que hablaba sobre la página–. Quería saber por qué te llamaron asesino.

Cerró el libro, lo colocó sobre la mesa y esbozó una pequeña sonrisa que le formó una arruga en una de sus comisuras.

–No necesitas saberlo a través de una página mediocre, puedes preguntármelo a mí.

Me sorprendió que estuviera siendo tan abierto.

–¿Entonces? ¿Por qué?

–Está claro que la acusación busca manchar mi imagen. La mía y la de mi círculo. No iba a

permitirlo.

–Pero no dijo ninguna mentira en sus publicaciones anteriores. Tal vez por eso la censuraste.

Soltó una risa nasal.

–Detuve las difamaciones –aclaró, soberbio–. ¿Qué sucede? Estás a la defensiva.

Fue mi turno de reír.

–Yo no fui la que bajó una página solo por unas difamaciones –canté y busqué su expresión. Quería ver lo acongojado que estaba–. ¿A qué le temes?

–Si alguna vez le he temido a algo, jamás lo sabrás.

Eso sonaba a un desafío.

–Es decir que existe algo. Déjame pensar... A tu padre.

–Buen intento –hizo una pausa en la que se mostró más cercano–. Existe un miedo mucho más grande, pero ya llegará el día en que te enteres de cuál es.

–Puedes decírmelo ahora, prometo que no se lo diré a nadie.

–Por supuesto que no lo harás, ya no existe la página.

Él todavía insistía en ello. Pero no era el único, varios de mis compañeros lo pensaban, me quedó muy claro cuando entraron al salón. Las únicas personas en la academia que no me miraban como si fuera una cómplice de asesinato eran Logan y Seth.

–Por cierto –Dhaxton habló a mi lado–. Haremos una cena navideña. Si tu madre no te ha invitado, puedo hacerlo yo.

Volteé a verlo en busca de alguna explicación o mueca de burla y todo lo que encontré fue su rostro serio.

–La situación con mamá todavía no mejora –mentí–. Y no sé si sea bien recibida.

–De eso no hay dudas, pero por mi parte siempre lo serás.

Qué... adulador.

–Bien –acepté–. Iré contigo.

Le había aceptado la invitación al demonio más infame de la Tierra, pero fue todo por el plan.



Ya era Nochebuena y yo todavía estaba en los dormitorios de la academia, arreglándome para cuando Dhaxton fuera a buscarme. Y frente al espejo, preguntándome si me veía bien.

–¿Estás segura de que no quieres venir con nosotras? Lo pasaremos bien.

Vi a Lucy asomarse con sus ojos redondos y brillantes que me recordaban a Bambi. Estaba emperifollada, con un vestido verde oliva de falda esponjosa, como una bailarina de ballet. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo larga sin ningún cabello rebelde escapando de su cabeza. Se veía genial, muy elegante para la ocasión.

–Estaré bien –respondí, centrando mi atención en el delineado de mis labios.

–Es que no lo pareces –murmuró en un tono que me recordó al que yo usaba cuando visitaba a los ancianos y escuchaba sus historias de abandono.

–Estoy nerviosa –confesé y expulsé el aire entrecortadamente–. A la nueva familia de mamá no le caigo bien y...

–¿Se casó de nuevo?

Negué con la cabeza.

–Aún no, pero lo hará pronto.

–Ya veo. ¿No te cae bien su novio?

Odié tener que responder a preguntas cuando tenía una bola de nervios alojada en mi estómago a punto de estallar, pero Lucy no lo hacía con malas intenciones.

–Su novio es genial, con él no hay ningún problema. Lo que me acompleja es que la familia de su novio es... es...

Vaya, jamás creí que definir en una palabra a la familia Crusoe sería tan difícil. Lo peor era que Lucy me miraba expectante y llena de ingenuidad.

–Digamos que no están muy a favor de su relación y yo armé un problemita cuando se anunció su compromiso.

–¡Cuéntame!

La expresión de Lucy gritaba «¡AMO EL DRAMA!».

–No puedo hacerlo con muchos detalles –me encogí de hombros, a lo que ella respondió con un puchero que arrugó su mentón–. En resumidas cuentas, me emborraché y dije algunas verdades que debí hablar en privado o en otro momento.

–Y ahora vas a reencontrarte con esa familia –concluyó como si asumiera junto a mis palabras el peso de mi situación.

–Es lo que pasa cuando te pasas de copas y sueltas la lengua –bromeé.

–Bueno, ya sabes mi número y el de Vivian en caso de que las cosas se pongan feas.

–Gracias –le sonreí con sinceridad–. ¿Tú no estás nerviosa porque vas a conocer a los padres de Vivian?

–Un poco, sí, pero no creo que salgan las cosas mal.

Golpearon la puerta. Apenas Lucy abrió, Vivian la miró boquiabierta y con una mueca en los labios que no logró ser una sonrisa. Sus ojos brillaban entre la impresión y el deseo.

–¡Te ves genial! –le dijo y la abrazó para, al separarse, volver a recorrerla con los ojos chispeantes y la boca entreabierta.

–Cuidado con las moscas –la molesté. Recién entonces se fijó en mí.

–Tú tampoco estás mal. ¿Estás segura de que no quieres venir con nosotras?

Una carcajada por poco hizo que mi pintalabios me pintara la mejilla. ¡Lucy y Vivian coordinadas! ¿Podían ser más tiernas? Esa clase de armonía solo la podían tener dos almas gemelas.

–¿De qué te ríes? –se quejó Vivian enarcando una ceja.

–Yo le hice la misma pregunta que tú –le respondió Lucy, también riendo–. Pero está terca.

–Siempre lo es –puntualizó Vivian–. Le dices una cosa y hace otra; es mejor no tratar de convencerla porque no cederá. ¿Verdad?

–No soy tan terca –me defendí–. Y ahora no puedo arrepentirme de ir, me he mentalizado toda la semana para hacerlo.

Ese fue el punto final de nuestra discusión. A continuación, las chicas me ayudaron a darle los últimos retoques a mi apariencia mientras, en silencio, estaba sufriendo un colapso mental sobre cómo enfrentar a mamá, a Devon y a Denniro, el peor de todos.

Acababa de calzarme los zapatos en el momento que Lucy pegó un grito.

–¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! –chilló cual niña pequeña, dando saltitos con el celular en sus manos.

Vivian y yo nos acercamos a ver.

–Mis compañeros han enviado unos enlaces con las nuevas cuentas de Happy Little Tea –

explicó y abrió uno de ellos.

Dhaxi,
¿acaso no sabes que no podemos ser derrotados?
Happy Little Tea es como una colmena, todos trabajamos por un mismo objetivo: sacar a la luz la mugre que esconde la academia, y eso, querido, te incluye a ti.
Pero queremos ser benevolentes, así que te proponemos esto:
Confiesa todo o atente a las consecuencias.
Hazlo por Agnes, ¿quieres?

–¿Agnes? –preguntó Lucy–. ¿Se referirá a Agnes Holland?

Vivian suspiró y se sentó sobre su cama, seria.

–Espero que no.

Yo no dije nada, pues sabía que se refería a mi hermana, pero eso me despertó muchas dudas sobre la persona detrás de Happy Little Tea. Seth había dicho que él no se ocupaba de la página, que tal vez era Stan, pero ¿por qué un profesor tan respetado se ensuciaría las manos? ¿Dinero? ¿Venganza? ¿Respeto? ¿Qué ganaba?

Esas dudas quedaron inconclusas con la llegada de Dhaxton. Me esperaba fuera del auto, apoyado en la puerta. Vestía un abrigo largo que le llegaba pasados los tobillos, una bufanda a cuadros y el cabello negro echado hacia atrás.

–Buenas noches –saludó, expulsando vaho por la boca.

–Hola –contrarresté su formalidad.

Las vueltas que da la vida sorprenden: hacía unos meses estaba de incógnita en la calle lanzando piedras sin hacerme una idea de lo que ocurriría, y ahora era una invitada para la cena de Navidad familiar junto a Crusoe. Qué ironía.

–¿Ya te has enterado? –le pregunté para sepultar el silencio.

–¿De qué?

–Tus amiguitos de Happy Little Tea te han dado un ultimátum. O confiesas a la policía lo que hiciste o expondrán lo que saben de ti.

Dhaxton emitió una risa seca y corta.

–Quiero ver que lo intenten.

Ya en su casa, mamá se asomó para saludar con una sonrisa muy amplía.

–¡Viniste! –dijo al verme y me recibió con un abrazo–. Me alegro de que estés aquí. Te ves divina.

–Tú también –la saludé con la necesidad de decirle que estuviéramos abrazadas durante más tiempo. Pero los abrazos no duran para siempre y hacía demasiado frío como para seguir fuera.

Al entrar, lo primero que sentí fue el calor de la chimenea. Luego, el olor a comida.

–La cena está lista, los estábamos esperando –informó mamá. Su mano en mi espalda me guio hacia la sala de estar en lo que yo volteé a mirar a Dhaxton. Una música instrumental navideña sonaba en los parlantes.

Dhaxton se adelantó a nuestros pasos quitándose el abrigo y los guantes de cuero negro sin saludar a ninguno de los presentes. Yo, por el contrario, tuve esa difícil tarea. Sin embargo, al atravesar el umbral, me percaté de que en la sala solo estaba Devon atizando la chimenea junto a una mesa de café llena de delicias y vino.

–Buenas noches –saludé envuelta en un manto de tranquilidad. Esperaba encontrarme con Denniro y agradecí no tener que ver su rostro tan pronto.

–Bienvenida –me recibió Devon y se acercó para darme un abrazo, como si me conociera de toda la vida–. Qué guapa estás, Audrey –dijo al observarme.

–Gracias.

–¿Quieres algo para beber o un aperitivo antes de la cena? –Negué con la cabeza y él optó por empezar una conversación fácil–: ¿Qué tal te ha ido en la academia?

–Bien, gracias, casi igualo a Dhaxton.

Los ojos grises del recién mencionado se posaron sobre mí.

–Casi –pronunció con cierta satisfacción.

–Sería mejor si llevara tanto tiempo como tú. –Me devolvió la mirada más cargada. Había olvidado lo mucho que odiaba ser comparado con otros y cuando ponían en duda sus habilidades artísticas–. Es broma.

Devon carraspeó acomodándose en una butaca cerca de la chimenea.

–¿Es tan difícil como dicen?

–Un poco. –Me paseé por la sala para examinar el enorme árbol de Navidad que decoraba la sala. Era un pino artificial que medía más de dos metros–. Los profesores son bastante estrictos, pero vengo de un internado, ese nivel de exigencia ya lo conozco.

–Me alegro de que estés a gusto en la academia –dijo con una sonrisa en el rostro, aunque no logré distinguir si era auténtica o si solo lo decía para rellenar la evidente incomodidad que suponía mi presencia.

–Estoy tan orgullosa de ti, cariño.

Mamá pasó un brazo por detrás de mi espalda y me apegó a ella. Tenía una sonrisa cálida, muy diferente a la que llevaba en mis recuerdos. El miedo en sus ojos y la determinación por sobrevivir se habían esfumado por completo. Lucía como si se sintiera a gusto con su nueva vida, pero todo era una farsa.

El timbre volvió a sonar y, en un par de minutos, otra familia se nos unió. Eran los primos de Devon. Su aparición provocó que Denniro entrara a la sala como perseguido por dos perros furiosos. Al percatarse de mi presencia, sus labios se aplanaron y las arrugas de la frente se le marcaron. No era bienvenida, pero tampoco podía echarme. Se dirigió a los recién llegados y los saludó con un abrazo.

Había elegido la paz, pero en lo único en que pensaba era en lo que los Crusoe creían.

Pasamos a sentarnos para cenar. Esta vez me senté entre mamá y Dhaxton.

La mesa era larga y ancha, llena de platos deliciosos y un pavo que se veía riquísimo. Pero, pese a la abundancia, me sentía sola y fuera de lugar. Con la única persona que me sentí cómoda hablando fue con mamá.

–¿Cómo va el negocio?

–Oh, muy bien. Acciones por aquí y socios por allá. He conseguido a muchos clientes internacionales y estoy viendo la posibilidad de abrir sucursales en otros países. Ha sido un arduo trabajo que ha valido la pena.

Sus logros al menos eran reales. Aún recordaba cuando llegaba a casa, se quitaba los zapatos y se tendía en la cama sin siquiera cambiarse de ropa, todo por culpa del agotamiento. Todo por Agnes.

–Vaya, mamá, ¿y cómo sacas tanto tiempo?

–Devon me ayuda bastante. Está ocupado con sus inversiones y negocios hoteleros, pero

siempre saca tiempo para mí. Y mi asistente también ayuda mucho. Lo tengo mareado, al pobre.

La palabra «pobre» despertó otro recuerdo que creí haber enterrado. En este, seguíamos bajo el auto, escondidas con miedo a ser encontradas. Mamá tenía su mano en mi boca y mis lágrimas habían mojado mi cara. Justo delante yacía mi padre muerto. El sujeto de zapatos lustrados se paseó alrededor y con su pie movió la cabeza de papá, dejando su cara mirando hacia nosotras.

–Pobre diablo –se le escuchó decir con falsa compasión–. ¿De verdad creíste que podrías ocultarte de nosotros?

Los ojos sin vida de papá se grabaron en mis pupilas junto con el agujero en su cabeza brotando sangre y sesos.

–Drey... –El toque de la mano de mamá me espantó. Mi respiración se aceleró y tardé un momento en darme cuenta de que ese escenario bajo el auto había desaparecido–. ¿Drey? ¿Ocurre algo?

–No, yo solo... recordaba algo.

No lució muy convencida, pero, para no despertar sospechas, fingió que no había pasado nada.

–¿Y cómo es la vida en la academia? ¿Algo interesante que contar?

Agradecí que cambiara el tema.

–Nada que nos vuele la cabeza.

–Ni un novio por ahí... –incursionó con cierta picardía en su tono.

–Ah... –caí en cuenta de sus intenciones–. Hay alguien por ahí, pero no va a la academia.

–¿Tienes una foto? Tengo que darle mi aprobación.

–A él no le gusta salir en fotos, pero en mi celular tengo algunas. Nos gusta tomarnos fotos de pareja.

Admito que lo último lo dije con malicia hacia Dhaxton. Sacarle un poco de celos era divertido.

–Eso es adorable. ¿Cómo se llama?

–¿Recuerdas cuando te preguntaba por tu novio y no querías darme nombres? –le cuestioné–. Mira cómo han cambiado las cosas.

–Qué malvada eres –me regañó mamá–. Lo importante es que ambos se quieran y se tengan confianza, que te cuide, te proteja y que esté ahí para lo que sea necesario. También que sea guapo.

–Lo es. Y me ha ayudado bastante. Es un poco testarudo, pero en lo que ha podido me ha cuidado.

–Ay, el amor... –suspiró como una loca enamorada–. Se te ilumina el rostro con solo pensar en él.

Y para no quedarme con tan solo una pizca de malicia, añadí:

–Pasaré a su departamento después, así que no me quedaré durante mucho tiempo. ¿Me puedes ir a dejar?

–Claro, por supuesto...

Mis agallas se habían ido por el escusado junto con toda la cena. Algo me había sentado fatal. Como necesitaba relajarme, me serví una copa de vino y salí a distraerme a la terraza. Los terrenos de la familia Crusoe eran un espacio amplio, perfecto para armar una boda con cientos de invitados.

La boda, vaya. Para no pensar en eso me bebí todo el vino de golpe.

–¿Estás segura de que quieres beber tanto? No queremos que vuelva a pasar lo mismo que en

la noche que anunciaron el compromiso entre mi hermano y tu madre.

No fue necesario que me girara para saber de quién se trataba, esa voz y tono venenoso lo conocía muy bien.

–Mientras no me provoquen, no hablaré –me defendí.

Dhaxton se abrió paso hasta llegar frente a mí. Me giré y lo encontré muy cerca, casi olisqueando. Se veía como un demonio nocturno acechando en la oscuridad.

–Así que vienes a una cena familiar donde no te quieren en vez de estar con tu novio.

Nos escuchó y cayó justo donde quería.

–En primer lugar, él está ocupado con asuntos más importantes.

–¿Qué podría ser más importante que su novia?

Empezó a pasearse a mi alrededor con pasos lentos. Yo no me moví, pero lo seguí con la mirada hasta que se perdió en mi espalda. Pude sentir su roce.

–Su familia, supongo –añadí.

–Entonces no te considera parte de la suya –concluyó.

Me giré para encararlo. Estaba cerca, muy cerca.

–Ni tú de la mía –farfullé–, así que no veo necesario tanto drama.

–¿Quién te ha dicho que no lo hago? –su rostro lucía pálido bajo la luz de la luna y su cicatriz resaltaba en la perfección de su fisonomía–. Yo estaré encantado de ser tu tío político o como sea que se le llame a la unión de nuestros apellidos.

–No me cabe dudas de que tenerme dentro de tu familia será maravilloso –dije con sarcasmo–. Voy a robarte el puesto de oveja negra. Aunque debo admitir que tengo un don para simpatizar con las personas; ten cuidado o acabaré agradándole a tu padre más de lo que tú lo haces.

–Me encantaría verte intentarlo –susurró justo detrás de mí y tan cerca de mi oreja que su aliento atravesó mi cabello y me provocó escalofríos–. Pero me gusta más la idea de saber quién es la persona que logró hacerte cambiar de parecer y te alejó de tu anillo.

Lo podía sentir detrás, casi abrazando mi cuerpo.

–Me pregunto si sientes con él lo mismo que sentiste conmigo la vez que te besé en el balcón. Te veías tan conmocionada..., pero cuando besé tu cuello, todo cambió. Tu piel se erizó, te rendiste al placer de mi boca y suspiraste como seguramente jamás hiciste antes. ¿Él también descubrió tu punto débil con tanta facilidad?

Cerré los ojos y tragué en seco.

Dhaxton había sido el único que me atrapó con tanta rapidez. Él único de los tres que sabía que en la hendidura de mi cuello estaba escondido el placer.

Dhaxton se colocó enfrente.

–Por supuesto que no –respondió por mí–. Por eso, no importa cuántos novios tengas ni cuánto quieras esconderlo, con la única persona que desearías estar, la única persona con la que quieres experimentarlo de nuevo, soy yo. Así que, ¿por qué no dejas a tu novio con su familia y te quedas esta noche conmigo?

Había sido tan directo...

–¡Ya llegó el alma de la fiesta!

De pronto, Seth salió de la casa dando saltitos y vestido de Santa Claus. Irradiaba alegría y felicidad.

–Ay, no...

–¿Cómo que «ay, no»? –me recriminó al llegar junto a nosotros–. Estás encantada de verme.

¿En ese atuendo, con la barba falsa y justo antes de que respondiera a la pregunta de Dhaxton?

Claro que sí.

–Solo un poquito –mentí.

La verdad, me agradaba la idea de verlo entre tantas caras largas.

–Qué oportuno eres –le dijo Dhaxton, en ese tono de «te odio, por favor, aléjate de mí» que adoptaba para todo el mundo.

–No digas eso –refunfuñó el Santa falso–, también estás feliz de verme.

Dhaxton pasó de responderle y regresó con los demás. Y así de simple, Seth y yo nos quedamos solos. Nos acomodamos con los brazos apoyados sobre la baranda, contemplando el gran manto oscuro que nos envolvía.

–¿Y tu noviecito?

–En su departamento, supongo. –Jugueteé con el resto de vino que quedaba en la copa–. Dijo que no celebraba la Navidad. No puede. No puede visitar a su familia y no tiene prácticamente a nadie más.

–Eso es tan triste.

–Creí que Agatha y tú no vendrían a casa de los Crusoe –cambié de tema–, como ella no tiene buenas palabras para ellos...

–Tradiciones son tradiciones. Estaremos hasta pasada la medianoche y luego, a casa.

Los dos nos miramos como si quisiéramos decir más, como si faltara algo para rellenar ese espacio vacío que había surgido de pronto entre los dos. Era ese tipo de miradas las que escondían lo que realmente queríamos confesar, pero, por temor a arruinar el momento, preferimos guardar.

Ansié más vino.

–Voy adentro –dije.

–Claro... Ve.

Toda la familia estaba en la sala, precisamente donde reposaba la apetitosa botella de vino. Esa bendita botella fue la excusa perfecta para iniciar el caos. Arruinar el momento lo suficiente como para que los Crusoe no quisieran verme en la vida, como en la cena de compromiso. Sin embargo, esta vez lo haría con ayuda de mamá.

–Drey, cariño, recuerda no beber tanto –dijo delante de todos. Eso fue lo que dio pie para mi supuesto estallido.

–¿Por qué no? Necesitamos darle un toque más fiestero a esta cena navideña. ¿Dónde está el espíritu? ¿La alegría? ¿Dónde está el amor? –cuestioné con dramatismo. Agatha desde su asiento me miraba orgullosa, como si supiera que estaba dando todo de mí al actuar–. ¿Amor, mamá? ¿Te suena eso?

–Drey... –intentó ponerme frenos Devon–. Respeta a tu madre.

–Aw, qué tierno, ¿acaso me estás dando lecciones, padrastro? Espera... –aproveché de servirme una copa de vino–. ¿Prefieres padre o padrastro? Estoy confundida.

–Drey, ya basta –intervino mamá.

–¿Qué pasa, mami? ¿Vas a darme lecciones tú también? Te informo que ya estoy mayorcita y es demasiado tarde para que te preocupes de mí. ¿Eh? ¿Mamá? ¿Debería llamarte así? Porque vas a cambiarme, te vas a casar, me vas a olvidar, así como hiciste toda la vida. Lo peor es que me cambias por estas personas sin gracia, que piensan en dinero –bebí la copa al seco, manchándome en el proceso, y luego la tiré al piso–. ¿Verdad, abuelo? ¿Puedo decirte así o sigues pensando mal de mamá?

Denniro le hizo una seña a Dhaxton y él no tardó en querer detenerme.

–¡Suéltame! –chillé–. No quieran echarme por decir verdades otra vez.

–Drey, para –gruñó mamá–. No me avergüences más.

–¡Y tú, deja de aparentar que no existo! –grité mientras Dhaxton y Seth me arrastraban a la salida.

Creo que al final el plan no había salido tan mal, pero ahora lo único que deseaba era abrazar a mamá y decirle que ninguna de las cosas que grité las creía.

–¿Ves? –me dirigí a Dhaxton. El forcejeo le había soltado dos mechones de pelo en la frente y lucía agitado por el esfuerzo–. Te dije que sería la oveja negra de la familia.

–La has cagado otra vez –comentó Seth, también cansado–. Y en Navidad.

–Has perdido la cabeza por completo –Dhaxton negó.

–He dicho verdades y me tratan como loca –repliqué–. Siempre. Sobre todo tu padre maltratador.

Sin preverlo, Dhaxton me agarró por los hombros, sus dedos se enterraron en mi piel.

–¡Deja de decir estupideces, Agnes! –ordenó sacudiéndome.

Seth lo apartó.

–¿Agnes?

Al oírlo, Dhaxton entró en razón.

–Yo... –titubeó. Su mirada maníaca se había convertido en una de confusión. Guardó la compostura y, una vez más, se marchó sin decir nada.

Seth se ofreció a llevarme al departamento de Raziel. En el camino lucía preocupado, algo choqueado por el espectáculo y la manera en que Dhaxton me había tratado. Le dije que no importaba, que aquella equivocación indicaba que su plan iba por buen camino.



Raziel abrió la puerta del departamento y alzó las cejas al verme. Vestía el mismo jersey de la otra noche, una camiseta que traslucía parte de su tatuaje y unos pantalones de pijama. Lucía como el chico que esperaba encontrar en Pinterest, nada más le faltaba la taza de café.

–¡Feliz Navidad! –exclamé sin ánimos y sentí vergüenza de mí misma.

–Así que este es el regalo que Santa trajo para mí –dijo tras mirarme de pies a cabeza.

–¿Vengo en mal momento?

–Esperaba que pasaras las fiestas con tu madre o Raven.

–Donde mi madre no me quieren ver –encogí los hombros, asumiendo la responsabilidad.

–¿Qué hiciste?

–Digamos que arruiné otra cena familiar, así que mis opciones eran: ir a arruinar el momento familiar entre Vivian y Lucy, volver a la academia o venir a verte.

Le sonreí con picardía y él me sonrió de vuelta, permitiéndome el paso.

Como era de esperar, el interior del piso estaba hecho un desastre, algunas latas de cerveza de un lado, la televisión encendida en un programa de TV que apenas agarraba señal, algunas tazas de café sin limpiar, los periódicos y, porque no podía faltar, el arbolito.

–Veo que la estás pasando en grande –disparé con sarcasmo.

–Me alegro de que haya llegado el alma de la fiesta –dijo en mi mismo tono.

La tensión que había entre ambos era una bomba de tiempo.

Me acomodé en el sofá y disfruté del calor que desprendía la estufa.

–¿Quieres algo para beber? Tengo café, té, cerveza...

Negué con la cabeza.

–Estoy llena, gracias.

Apesadumbrado, se sentó a mi lado, pero luego se puso de pie y se metió a su habitación. Salió cargando una bolsa de papel que me tendió.

–Ten –dijo en ese tono de voz serio–. Feliz Navidad.

Eso no me lo esperé. No lo esperé para nada. Y eso, aunque no lo quisiera, ablandó mi corazón al punto en que dio un vuelco. Sin embargo, no quise demostrárselo, quería mantenerme seria y algo indiferente.

Abrí la bolsa encontrando un conjunto de brochas y témpera en tubos.

–Sigo molesta contigo.

–Esa no es una novedad. ¿O me equivoco?

–Odio que actúes con tanta soberbia.

–A mí no me terminas de agradar tampoco, mocosa.

–Ni tú a mí, pero no me ha quedado de otra. Veamos...

Cogí uno de los tubos para olerlo. A algunos les gustaba el olor de los libros, a mí me gustaba el de la témpera. Acerqué la punta a mi nariz, pero en un movimiento torpe terminé manchándome. Raziel soltó una risa seca como diciendo «vaya inútil» y tuve la brillante idea de agarrar un poco de pintura y mancharle la mejilla. Como venganza, se manchó el dedo y lo pasó por mi nariz. Como no podía quedarme así, derrotada, apreté el tubo, sacando más pintura de lo esperado y se la pasé por la cara. Eso no lo puso feliz, al contrario, se molestó lo suficiente como para querer contraatacar.

–Espera... –intenté razonar, poniéndome de pie.

Raziel fue hecho una bestia contra mí. Logró acorralarme contra la pared y con su mano llena de pintura me agarró la mandíbula. Mi respiración se aceleró, por más que quisiera controlarla. Estábamos cerca, mirándonos, tentados, ansiando lo mismo.

–Sería una pena ensuciar tu lindo vestido –susurró, demostrando que él también podía actuar condescendiente.

–Existen las lavanderías... –Su beso me interrumpió.

Estaba tan indecisa y molesta, pero al mismo tiempo extrañaba tanto la sensación que sus besos me producían, que no pude negarme a la entrega del fuego pasional que crecía cuando nuestras bocas se encontraban. Pasé mis brazos por detrás de su cuello y me dejé llevar mientras Raziel acariciaba mi cintura.

–Viktor... –dije al separarnos. Me dio gracia verle la cara manchada con pintura roja y también algunas zonas del cabello y el cuello–. ¿Sabes lo que es el *body paint*?

No respondió, en su lugar decidió besarme el cuello y decir:

–¿Qué traes en mente?

Algo que nos ensuciaría todavía más.

–Quiero que pintes mi cuerpo –confesé, mordisqueándome el labio–. Que tus manos queden marcadas en mi piel.

No tuvo que pensarlo dos veces. Agarró el tubo de pintura roja y lo enseñó.

–Desnúdate, Angelito.

Me quité el vestido y lo lancé a un lado, quedando solo en ropa interior. Raziel se acercó, cauteloso, admirando mi fisonomía cual artista.

–¿Vas a convertirme en arte? –pregunté con una sonrisa nerviosa cuando se llenó las manos de pintura y se las frotó.

–Tú eres arte, Angelito –dijo y procedió a recorrerme con sus manos.

El rojo formó su camino en mis brazos y luego en mis clavículas y pecho. Raziel era delicado, artístico y muy profesional. Me gustó que se mostrara tan serio a la hora de trazar mi cuerpo, incluso en esas partes donde mis nervios se disparaban. Cerré mis ojos y me aventuré a que sus palabras cobraran sentido y ser simplemente... arte.



A la mañana siguiente me desperté tras escuchar un sonido extraño que provenía de la sala. Desorientada pero alerta, puse mis sentidos en marcha. Estaba sobre la cama de Raziel, cubierta por su edredón, usando nada más que una de sus camisetas para dormir y mis bragas. Esperaba encontrar a Raziel junto a mí, pero su lado de la cama estaba vacío.

–¿Raziel? –intenté hablar, pero mi garganta estaba seca.

Logré escuchar su voz ronca al otro lado de la puerta cerrada. Me puse de pie, percibiendo el ambiente frío de la habitación en mis piernas desnudas y me puse unas pantuflas gastadas que había junto a la cama.

Poco a poco conseguí distinguir una voz femenina que se alzaba con enojo y me apresuré en pegar mi oreja a la puerta.

–¿... por ella?

Reconocí esa voz. Era la de Camille.

Abrí con cuidado la puerta, procurando no emitir sonido alguno. No quería entrometerme en su discusión, pero mi sentido del chisme era más importante. Por una pequeña rendija entre la puerta y el umbral, conseguí verla. Se veía muy guapa y elegante, pero al mismo tiempo molesta.

–Escúchame –hizo una pausa y salió de mi rango de visión–: hay muchísimos favores que me debes. Tantos que ni siquiera podría contarlos con los dedos de mi mano. Ni de la tuya. No puedes decirme ahora que estás cayendo por alguien que conoces hace meses. Es una broma, ¿cierto?

–No lo es –le respondió Raziel.

Hubo esa clase de silencio desconcertante en el que Camille parecía haber sopesado aquella respuesta. Raziel había sido tajante y dio una respuesta que no conformó Camille.

–¿No? ¡¿No?! Te he dado años de mi vida. Años enteros malgastados por y para ti –le echó en cara ella–. Me lo debes.

–Ya sé. –No conseguí ver a Raziel, pero, a juzgar por su tono, estaba molesto y cansado–. Ya sé que te debo el puto mundo, Cam.

¿Deberle el mundo? ¿Qué había hecho Camille por Raziel?

–Si lo sabes, entonces no vengas a decirme que estás enamorado de ella. Me prometiste que no lo harías. Cuando planeamos esto me dijiste...

–Que la única persona en mi vida eres tú –recitó Raziel en un tono monótono–. Baja la voz o te va a escuchar.

Me inmovilicé tras la pared antes de que alguno pudiera verme y cerré los ojos en una súplica silenciosa al cielo para que no me descubrieran. Entonces escuché pasos y, con el mismo cuidado

con que abrí la puerta, esta se cerró.

–Deposité mi confianza en ti –insistió Camille, alterada como nunca la vi–. Dijimos que éramos diferentes a las demás parejas, que no importaba con quién podrías estar, siempre serías mío.

Llevé una mano al pecho para que mi estúpido corazón no estallara por el dolor repentino. Pero fue difícil una vez que volví a caer en cuenta de que la discusión entre Camille y Raziel trataba sobre mí.

–Lo dije.

–Y dijiste que podíamos ser novios incluso cuando la engañabas –reprochó ella–. Nos engañaste a las dos. Me engañaste a mí, que me he metido en la mierda para poder estar contigo...

Los lamentos de Camille se podían escuchar como si estuviéramos en la misma habitación. Los míos, sin embargo, fueron un eco en las profundidades de mi ser.

«Ser novios incluso cuando la engañabas», me repetí.

En ese momento no pude contenerme más y salí del cuarto hecha un basilisco.

–¡Eres un maldito mentiroso! –señalé a Raziel–. Me dijiste que habías terminado con Camille, que no me preocupara porque nos habíamos besado y resulta que entre ustedes...

Camille rio con desagrado.

–Nunca dejamos de ser novios –dijo, mirándolo de pies a cabeza–. Raziel me pidió que lo mantuviéramos oculto para que así pudieran acercarse con mayor libertad y sin pesar, de lo contrario, no podría usarte.

¿Usarme?

–Eso dije al principio, pero... –se intentó explicar él.

–Pero ¿qué? –le frenó Camille.

–Ya te lo dije –dijo Raziel, tan bajo perfil que ni siquiera pude reconocerlo. Ni siquiera podía mirarme a la cara, pero, cuando lo hizo, logré hacerme una idea de lo que diría–. No esperaba caer por ti, Audrey.

Camille negó con la cabeza.

–Lo mismo me dijiste hace dos años, ¿recuerdas? Usaste las mismas palabras para describir que te estabas enamorando de mí, ¿y cómo acabó esto? –Camille apenas le dio tiempo a Raziel de abrir la boca. Molesta, se dirigió a hablarme–. ¿Ves ese jersey que está usando? –Apuntó con su dedo el jersey que Raziel traía puesto, el mismo con el que me recibió en la noche–. Se lo tejí como regalo de Navidad. ¿Ves el árbol? Se lo compré yo. Así como su colección de vinilos, la cafetera, la camiseta que traes puesta y muchas cosas más. Todo este sitio tiene algo mío.

La extensión en sus brazos señalando el edificio provocó que me sintiera como una pequeña hormiga en un gran hormiguero.

–¡Basta, Cam! –reclamó Raziel, dando un paso hacia ella.

–Estoy demostrándole que mientras ella dormía contigo un día, al siguiente te acostabas conmigo. Esto es una injusticia para ambas.

Lo era.

También era un dolor compartido, causado por la misma persona, que nos miraba sin saber qué decir. No obstante, la discusión no era una total sorpresa para mí. Camille me intentó advertir sobre los objetivos de Raziel, sobre su ambición. Ella dijo que él haría lo que fuera, eso quiere decir que...

–Todo este tiempo fui un medio para ti –pronuncié con el nudo en la garganta a punto de

dejarme sin respirar.

–No.

–Esto nunca fue una ayuda mutua, tu intención siempre fue usarme como a un simple peón.

–¡No!

–¿Quieres saber algo más? –intervino Camille–. Viktor en realidad era un policía encubierto que dieron de baja por haber asesinado a un hombre que creía estar involucrado en el caso de desaparición. Mi familia y yo estuvimos de su lado, apoyándolo.

–¿Policía? –repetí, asqueada de incredulidad.

–Así es. Lo dieron de baja cuando se obsesionó con el caso, así que empezó a investigar por su cuenta y le pidió a su hermana que lo ayudara. Por eso siente tanta culpa. ¡Por eso está tan desesperado buscando a Agnes!

–¡Calla! –le gruñó él.

–¡Díselo si tienes huevos! ¡Dile que pusiste en riesgo a tu propia hermana por un caso y que puedes hacer lo mismo con Drey!

El rostro atemorizado de Raziel se presentó ante mí. Dio un paso para acercarse, pero fui más rápida y me escondí en la habitación. Recogí mis cosas esparcidas por el suelo.

–Audrey, por favor –suplicó Raziel al entrar a la habitación.

–Vete al demonio –gruñí.

Me quité su camiseta y se la lancé a la cara, lo que me dio tiempo de colocarme mi vestido y agarrar mis tacones. Salí a pies descalzos del departamento, ignorando sus llamados, y fui cuesta abajo por las escaleras procurando no caer. Quería alejarme lo más rápido posible de él, pero logró alcanzarme en uno de los descansos.

–¿Puedes escucharme?

–Ya escuché lo suficiente. Ya sé que me usaste para conseguir información, y quién sabe qué más, seguro que también lo hiciste porque querías acercarte a Seth y Dhaxton. Nunca te preocupaste realmente por mí.

–Lo hago. Créeme.

–Dijiste que me protegerías de ellos, pero nunca dijiste que me protegerías de ti. ¿Cuántas mentiras ocultas todavía?

–Ninguna. Lo prometo.

Reí para no llorar.

–La única razón por la que ahora mismo te estoy hablando es porque prometí ayudarte con Agnes. Y lo cumpliré. Sin embargo, una vez acabe todo, dejarás de existir para mí. Voy a agarrar todos estos estúpidos sentimientos, todo lo que me haces sentir, y lo convertiré en el mismo rencor que siento hacia mi padrastro.

Capítulo 19
Lázaro

AUDREY

Faltaba una semana para la boda y, como era de esperarse, jamás me llegó una invitación. Mamá y yo nos reunimos en casa de Raven para hablarlo y llegamos a la conclusión de que la mejor forma de tenerme protegida era que no asistiera. Lo que mamá no sabía era que ese día Agnes se presentaría.

Raven lo mantuvo en secreto incluso cuando le pedí convencer a mamá sobre la discusión falsa en la cena de Navidad, pero puso como condición que me aprendiera el nombre de todos los invitados a la boda. Pese a haber reclamado la ardua labor que significaba memorizar tantos rostros y nombres, Raven había dicho que era necesario dado que Agnes era bastante sociable en los eventos.

Como ya era costumbre, esa noche llegó a la casa de verano vistiendo un enorme abrigo impermeable y acompañada de un viejo paraguas azul.

–Odio este clima –se quejó–. Si quiero estar mojada me meto a la ducha.

–Ya, señora –le dijo Seth al cerrar la puerta. Estaba harto de las quejas de Raven desde que ella nos ordenaba todas las semanas hacer una limpieza exhaustiva.

Como la rivalidad latente entre ellos nunca llegaba a nada con mis intervenciones, Raven pasó de él para acercarse a mí. Me cogió de los hombros y me dio un beso en la frente.

–Pronto será la boda –me dijo–. ¿Cómo te sientes?

–Terrible.

Mi comentario fue seguido por unos pasos que me indicaron que Raziel acababa de llegar también. No había querido verlo durante el mes que quedaba; no dije los motivos, pero bastó con mi «no quiero hablar de eso» para que Raven captara que las cosas entre ambos no iban bien.

Lo miró por encima del hombro.

–¿Qué hace él aquí? –interrogó ella, adoptando esa faceta–. Creí que ya no sería parte de esto.

–Es quien cuidará de este caramelito –se adelantó a responder Seth, agarrándome la mejilla y apretándola como si fuera un bollo de masa–. Dhaxton sufre de ansiedad y no está tomando la medicación correcta, eso lo hace impredecible.

–No me agrada –le reclamó Raven.

–Ni pretendo hacerlo –Raziel ni se inmutó. A esto había que añadirle una leve tonada de superioridad en su voz, demostrando que en el fondo le complacía su respuesta.

Ofendida, Raven volteó.

–¿Confías en él?

–Tiene conocimientos en infiltración –dije tras mirarlo de pies a cabeza–, y sabe mentir muy bien.

Raven ensanchó su sonrisa dirigiéndose a Raziel.

–Ya no le agradas.

–Yo no estaría tan seguro de eso –replicó él en un tono bajo y con la mirada puesta en mí.

La sangre me hirvió y apreté los dientes con fuerza. Y es que él tenía esa carta a su favor: la verdad. Esa era la verdad de la que ambos estábamos al tanto y yo no podía negar, aunque quisiera. Y es que, por más que tratara de negarlo, todavía lo quería. Aun así, con mi orgullo en alto, me decanté por mentir:

–No, no me agrada –le di la razón a Raven, mirando fijamente a Raziel–. De hecho, su presencia me molesta bastante. Pero lo necesito, y voy a usarlo para mi propia conveniencia. Tiene que devolverme el favor.

–Dejemos las rencillas para otra ocasión –nos hizo frente Seth, adoptando su faceta seria–. La boda nos pisa los talones y hay que planificar bien lo que haremos.

Seth, Raziel y yo nos situamos alrededor de la mesa. Raven nos dejó a solas, como solía hacer cada vez que hablábamos del plan que ella detestaba.

–Sigo preguntándome por qué razón mamá y Devon decidieron casarse en invierno.

–Y al aire libre... –añadió Seth–. Ya veo que se nos congela el culo a todos.

–Hay que verle el lado positivo –comentó Raziel, provocando que la piel se me erizara y la tensión en mis hombros aumentara–. Si la fiesta se lleva a cabo en el patio, la mansión quedará libre para que alguno de nosotros la inspeccione.

–Drey podría hacerlo –Seth me miró en busca de mi aprobación–. Yo me puedo encargar de distraer a Dhaxton.

–No, yo seré la que distraiga a Dhaxton; tú y él –señalé con la cabeza a Raziel– inspeccionarán el cuarto que Dhaxton tiene bajo llave en su habitación.

Seth frunció el ceño.

–Ahí es donde suele encerrarse a pintar cuando no está en su estudio.

–¿No te parece extraño que tenga dos lugares para pintar y uno esté tan protegido? –increpé.

–¿Insinúas que hace pinturas cachondas?

–Insinúa que ese cuarto es una fachada –respondió Raziel, tan serio que me dio un escalofrío–. Algo más está ocultando.

–Pues yo he estado ahí y no he visto nada sospechoso, pero, si creen que puede haber algo, estoy dispuesto a comprobarlo.

Fue inevitable sospechar que, tal vez, Seth cubría a Dhaxton. Raziel pensó lo mismo.

–Tú no irás a ningún lado –advirtió–. Yo iré.

–Tú tienes que cuidar a Drey de Dhaxton.

–Mientras estén a la luz pública no habrá problemas.

–Mientras estén a la luz pública ella actuará como Agnes.

–Son un par de tontos inútiles, pelean igual que un matrimonio –los regañó Raven, quien se aproximó a nuestra mesa cargando cuatro tazas de café–. A la larga, dejarán que Audrey haga todo el trabajo y la pobre tiene suficiente con memorizar a cuanto dios se aparezca. ¡Denle un respiro, señores!

Agradecí su intervención con una sonrisa.

–Hagan caso a lo que digo –hablé en modo conciliador–: déjenme ser la distracción. Voy a mantener a Dhaxton lo más alejado de su habitación que pueda.

–¿Cómo lo harás? –interrogó Raven tras llevarse la taza de chocolate caliente a los labios.

–Tengo mis métodos.

El resto de la noche lo pasamos repasando las fotografías de las familias que encontraría en la boda. Una barbaridad de nombres raros y rostros que vi en algunos sitios de internet de la ciudad.

No me quedó duda de que ellos también pertenecían a la secta.

–Necesito... Necesito un respiro –me puse de pie, abrazándome a mí misma como consuelo–. Saldré un momento.

Cerré la puerta a mi espalda, contemplando la anchura del terreno, los árboles sin hojas, el camino de tierra por el que llegamos y el cielo oscuro. Era un escenario algo campestre y, al mismo tiempo, agradable. Di un paseo por los límites y regresé al pórtico de la casa para admirar las estrellas.

Una notificación en mi celular sonó.

Mi tranquilidad no duró demasiado. El chasquido de un encendedor sonó desde el lado de las sombras y la llama reveló una figura alta que se ocultaba en la oscuridad.

Raziel.

Sin pensarlo, moví un pie hacia atrás planeando una huida. Sin embargo, mi mente y mi orgullo me obligaron a quedarme. Me dije que no había motivos para evitar su presencia y que regresar a la casa me haría ver frágil y adolorida. Así que me crucé de brazos para contener el nerviosismo que significaba su inesperada aparición.

Raziel, por el contrario, no desaprovechó la situación. Con sus pisadas resonando en la madera, caminó hacia mí. Pude ver de reojo su cigarrillo recién encendido entre los labios.

–¿Qué? –le pregunté una vez que llegó junto a mí.

–Creo que todavía estoy a tiempo de decirte que lo que estás intentando es una locura.

Aborrecí que se pusiera en plan razonable.

–Cuando pida tu opinión me la das. ¿La he pedido? No.

Parece que ponerme de malas era otra de sus grandiosas habilidades. Lo peor es que no conseguí que él se pusiera así, algo que antes lograba enseguida. No. A él le causaba gracia que fuera tajante.

Le dio una calada al cigarrillo y expulsó el aire con lentitud.

–¿De verdad crees que Crusoe caerá?

–Creo que estará lo suficientemente vulnerable como para dudarlo –dije entre dientes.

–Es peligroso –advirtió de manera innecesaria.

–Por eso Seth te propuso ir encubierto como el guardaespaldas de Agatha. Y por eso acepté.

Dio un paso hacia mí.

–No podré estar ahí todo el tiempo para salvarte.

–Nunca te pedí que lo hicieras.

Lo miré a los ojos, decidida.

–Lo sé –murmuró–. Es solo que tengo el presentimiento de que algo saldrá mal.

–Y déjame adivinar... «No quieres perderme» –me burlé.

–No quiero que salgas herida –me corrigió–. Dhaxton ha demostrado que está dispuesto a muchas cosas para conseguir lo que quiere.

–Tienes razón. También ha demostrado que es menos mentiroso que tú.

–Dije mentiras, es cierto, pero nunca mentí sobre lo que siento por ti.

Su comentario me sacó una carcajada amarga.

–¿Qué más da lo que sientas por mí cuando todo lo que mostraste de ti es una mentira? –cuestioné, comenzando a enfadarme–. Y eso no es todo. ¿Acaso has olvidado que desde el principio quisiste usarme? Si tu plan falló, no me lo eches en cara con la excusa de que te has enamorado de mí, porque no me mentiste una vez, fueron varias. Y esa excusa está muy trillada.

–La verdad es que sí –dijo una voz proveniente de afuera del pórtico. De la nada, Seth aterrizó

en el suelo–. Eso de que «yo era malo, pero me enamoré de ti» es un cuento demasiado usado. Ah, y que ya usé yo, je.

–¿De dónde demonios has salido? –increpó Raziel.

–Estaba en el techo, revisando la canaleta –respondió, desinteresado, pasando junto a ambos hacia la puerta–. Va a llover en la madrugada.

Y, sin decir más, sacó la llave de su bolsillo y entró a la casa. Yo lo seguí dándole un repaso a Raziel.

Seth salvando la noche... otra vez.

Sin embargo, fue una llamada lo que cambió todos nuestros planes. Devon había obtenido mi número de celular para rogarme que fuera a la boda. Quise decirle que no, pero insistió argumentando que mamá se sentiría mal si no me veía ahí.

No me quedó de otra que aceptar.



Para el día de la boda el plan fue el siguiente: durante la ceremonia sería Audrey y en la fiesta haría mi aparición como Agnes. Para eso conseguí dos vestidos, una peluca y mucho por sobrellevar.

–¿Estás lista, mi niña? –preguntó Raven al asomarse por la puerta.

Negué con la cabeza y suspiré.

–Jamás lo estaré, pero haré el intento.

Caminó hacia mí y me regaló un abrazo.

–Me gusta tu optimismo. Ahora prepárate para que estés con tu madre en la boda.

Sabía que no lo decía para presionarme, pero no pude evitar sentirme atada.

Traté de deshacerme de cualquier pensamiento inquietante y me puse el vestido. En el cabello me hice una cola simple y me maquillé natural.

Preparada, guardé lo necesario para transformarme en Agnes en un bolso que Raven guardó en el maletero de un auto arrendado para la ocasión. Ella sería quien llevaría a Agnes a la fiesta, como debería ser.

Camino a la boda guardé silencio, en un intento por calmar mis nervios, pero fallé una vez que Raven aparcó frente a la enorme casa de los Crusoe. Había personas entrando y saliendo como locas, invitados y empleados; reporteros y personas de grandes medios. Al bajar tuve que dar mi nombre para que me dejaran pasar.

Para la boda habían creado un sendero con lirios, lilas y hortensias blancas que llevaban hacia un altar improvisado, con muchas más flores, y que estaba bajo un arco nupcial. Más atrás estaba la enorme carpa de lona blanca donde se celebraría la fiesta.

Una mujer me indicó dónde se encontraba mamá.

–¡Audrey, qué sorpresa! –exclamó al verme a través del tocador. Se puso de pie para saludarme, sin importarle que su estilista le estuviera dando los últimos retoques a su peinado–. Me alegra tanto que estés aquí.

–Devon me convenció –hablé mecánicamente–. Y no podía faltar, aunque... ya sabes...

–Shh, no digas nada. Estoy muy emocionada de que hayas venido –dijo una vez que regresó al tocador–. Siento que contigo aquí, en mi boda, todo lo que he deseado en la vida se cumplirá.

«*Red Flag*», pensé.

Mamá había dicho que no amaba a Devon, no necesitaba decirme toda esa parafernalia, pues yo sabía que mentía. Así que asumí que la persona a cargo de su vestuario no era de confianza como para mostrar su otra faceta.

Las dos estábamos en terreno enemigo y debíamos ser cuidadosas.

–Estoy feliz por ti, mamá –me acerqué a mirar mi reflejo en el espejo–. Vi que afuera todo ya está casi listo. Hay invitados llegando.

–No me pongas ansiosa. Devon ha hecho hasta lo imposible para que en este día esté relajada, y su padre también.

Que Denniro se estuviera esforzando por la boda era todavía más raro. ¿Acaso sabía algo que nosotras no?

–Oh... –emití–. Eso está bien.

–Sí –apoyó mamá–. Él mismo se encargó de traerme a la maquilladora y a este fabuloso estilista.

Lo entendí. Mamá me estaba advirtiendo.

Me despedí de mamá y salí al pasillo contemplando el techo en busca de las cámaras de seguridad. Había unas cuantas, y también hombres de seguridad que me resultaron intimidantes. Estaba tan distraída haciendo un conteo que tropecé y fui a parar a la espalda de Dhaxton. Él se giró con ese aire de superioridad hasta que se percató de mi presencia y relajó la mirada.

–Tú –dijo a modo de saludo.

–Tú –repliqué yo y aproveché de hacerle un recorrido a su figura.

Llevaba un traje de tono verde oscuro, casi negro, con una corbata de mariposa y zapatos relucientes. Vaya ironía, porque mi vestido era de la misma tonalidad que el suyo.

–¿Pasarás a sentarte? –preguntó, recorriéndome. Seguro que también se había percatado de nuestra inesperada coincidencia.

–¿Podrías indicarme dónde?

Me sonrió como diciendo «chica astuta» y me cedió su gancho. Acepté el ofrecimiento para seguirle el juego y llegamos al sendero hacia el altar. Al avanzar me di cuenta de que los invitados se nos quedaron viendo como si fuéramos la pareja del momento. Dhaxton me señaló el asiento y luego se dirigió al suyo. Desde mi lugar reconocí varios rostros, sabía sus nombres, también sus oficios y cosas que apreciaban, sabía cómo tratarlos y cómo lucir interesante para todos ellos. ¿Lo mejor? Que ellos no me conocían a mí.

Me mantuve en el papel de chica ingenua, lanzándole miradas fugaces a Dhaxton. Quería que me viera, que se frustrara. Quería que en su mente solo estuviera yo.

–Eyyy, Angelito.

Seth se sentó a mi lado. No era su lugar, claro, lo supe al mirar atrás y ver a Agatha sentada en el lado del novio.

–¿Qué?

–Nada. Te vi algo sola y quise hacerte compañía.

–No es necesario, pero se agradece tu preocupación.

–Ah, ¿no? ¿Y si te digo que... –se acercó a mi oído– tenemos un problema?

Las alarmas de mi cabeza se encendieron.

–¿Hablas en serio?

–La jefa del club nocturno está aquí –continuó–. Y muchas de sus clientas también. Él será bastante reconocible. Puedo entretenerla a ella, pero a las demás...

–Seth –entré en mi falso papel provocativo–, estoy segura de que se te ocurrirá algo creativo para pasar el rato. Además... –hablé bajo–, mientras mantenga su posición dudo que ocurra algo.

Se suponía que Raziel vigilaría a Agatha a una distancia en la que no intimidara a los invitados. Sus intervenciones debían ser mínimas.

–Bueeeno –canturreó Seth–, tú te lo pierdes...

Regresó a su asiento justo antes de que Devon y el cura se situaran en el altar a la espera de mamá.

Era triste verlo entusiasmado y nervioso sabiendo que mamá, en el fondo, no lo amaba. Supuse que era demasiado tarde para decirle que no o para que yo me opusiera, pero no podía quitarme de la cabeza que eso hubiera sido lo mejor para él.

Sus ojos grises se posaron en mí.

–Me alegra verte –me dijo con una despampanante sonrisa–. No vayas a oponerte, eh.

–Ganas no me faltan –bromeé y sus ojos se agrandaron.

De pronto, la marcha nupcial empezó a sonar. Mamá, acompañada de su futuro suegro, caminó hacia el altar. No quedó lugar para la indignación que me provocaba la desagradable sorpresa, pero aquellos sentimientos quedaron de lado cuando la miré.

La ceremonia duró alrededor de media hora en la que guardamos silencio hasta el momento del beso. Mientras aplaudían, me escabullí hacia el interior de la casa.

De camino vi a Raziel, en uniforme, formal, con un audífono en el oído, atento a cualquier movimiento. Y él me vio pasar, pero ni siquiera se inmutó. No podía hacerlo, al menos, no hasta que Dhaxton estuviera conmigo.

Dhaxton iba detrás, siguiéndome cual perro hambriento. Haberlo mirado sin disimulo durante toda la ceremonia había resultado bien. Guardaba distancia, por supuesto, porque detrás de las cosas horribles que había cometido, había alguien precavido que no deseaba alarmar a su padre.

Yo estaba decidida a alocarlo un poco. Necesitaba que me viera en la boda, que merodeaba por los pasillos de la casa saciando mi curiosidad. Él sabía perfectamente que no iba a quedarme quieta hasta ser cautivada por algo... o alguien.

Encontré el lugar perfecto: la biblioteca. Un lugar lleno de estanterías, libros, muebles de terciopelo, caoba y arte. La luz del cuarto era tenue, lo que le daba un ambiente íntimo. Había una armadura de pie, algunas esculturas antropomorfas y la escultura con la cara de la madre de Dhaxton.

Comencé a pasearme entre los objetos de valor y deslicé mis dedos por los lomos de los libros tras percibir la presencia de Dhaxton en la entrada. Me detuve y volteé.

–¿Será que soy más interesante que las personas que están afuera o tienes miedo de que me entrometa en algo que no te conviene?

–Un poco de ambos –lucía de mal humor.

Desplegué una sonrisa.

–Te ves muy mal. ¿Acaso no estás feliz con la boda?

–Estoy cansado –cerró la puerta a su espalda–. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que intentas?

Avanzó lento, cauto, como un felino en su territorio de caza.

–Dime, ¿qué es lo que intento? –lo desafié.

Se detuvo ante mí y recorrió mi cuerpo. Sus ojos contenían una chispa intrigante y su sonrisa guardaba un sinfín de secretos.

–Provocarme.

Como lo esperaba. Dhaxton era demasiado astuto, pero yo más, porque así era precisamente como deseaba tenerlo.

–Esa es una afirmación muy arrogante –increpé con falsedad–. ¿Por qué siempre piensas que...

Me dio un beso rápido como interrupción.

–Porque eso es lo que tú haces: dejas que los demás actúen para tener tus manos limpias. Pero de nada te sirve siempre, de alguna forma, te terminas ensuciando. Te lo dije antes.

Dhaxton formó una sonrisa; su comisura elevada le daba un aspecto arrogante.

–No te confundas, Audrey, quien me provoca siempre me termina encontrando.

Sostuvo mi cabeza entre sus manos y cumplió su palabra. Inspiró con fuerza mientras nuestros labios se fundían en un encuentro desesperado, primero con caricias, luego decidió llenarme de sensaciones más profundas. Me guiaba con movimientos ágiles, abría mi boca para abarcar más.

Había olvidado que sus besos eran un vicio peligroso. Era beber de un brebaje desconocido, quizás venenoso o quizás medicina, pero su sabor era tan dulce... tan delicioso, que no importaba en absoluto.

Olvidé por completo el resentimiento que le tenía. Frente a mí estaba el chico que por primera vez había despertado mi deseo sexual. Yo estaba cumpliendo mi fantasía más oscura, y poco me importó. Quería sentirlo cerca, pegarlo a mí, mezclarnos hasta ser uno. Mis manos acariciaron su espalda y mis yemas sensibles percibieron la textura de su camisa. Le gustaba, su suspiro contra mi boca me lo confirmó. Escucharlo jadear era enloquecedor.

Sus manos hicieron un recorrido lento por mi cuello, mis brazos y luego mi cintura. Me rodeó para atraerme a su cuerpo, para que sintiera lo excitado que estaba. Entonces rompió los besos para ocuparse de mi cuello.

–Aunque tienes curvas que me gustan... –pronunció suave para luego humedecer mi cuello–, esta es la curva que más me gusta de ti –confesó contra mi piel y la mordió procurando no lastimarme.

Fue inesperado.

Al notar mi sobresalto presionó su cadera y me empujó para acorralarme contra una enorme ventana que daba hacia la ceremonia. Podía sentir su bulto en la zona entre las piernas. Mi parte sensible se calentó con el roce, las cosquillas avanzaron a mi estómago. Se sentía pecaminosamente bien. Pudo haber permanecido así, deleitándome en la excitación que me provocaba y que tanto tiempo escondí.

Pero cuando abrí los ojos recordé que no estábamos solos.

–Dhaxton... –le llamé, horrorizada.

–¿Qué?

–Pueden vernos, esto...

Dhaxton rezongó contra mi piel.

–¿A qué le temes? Solo nos estábamos besando. Aquí dentro no hay nadie más que empleados, y a ellos no les importará que estemos adormecidos de placer –su mano más hábil acarició mi pierna por debajo del vestido–. Y tampoco les importará a los que están allá afuera.

–Creo que... tienes razón –admití.

Se inclinó para volver a besarme. En lo que yo cerraba los ojos bajé la guardia. Dhaxton me dio vuelta hacia la ventana. A la distancia se veía la boda y arriba el cielo oscurecerse. Traté de increpar su acción, pero me atrapó por la espalda sin permitirlo.

–¿Temes que alguien te vea? –sus labios rozaron mi lóbulo–. Pues entonces tú los verás a

ellos.

Mi pecho se estremeció al comprender sus retorcidas intenciones.

–Descuida –dijo mientras escuchaba el tintineo de su cinturón–: tú los ves a ellos, pero ellos no te ven a ti. –A continuación, escuché el cierre de su pantalón–. A menos que haya alguien escondido por ahí...

Me subió el vestido y metió una mano debajo de mis bragas para inspeccionar mi intimidad. Su tacto me dejó perpleja. Sus dedos eran largos, podía sentirlos escarbando entre mis pliegues. Tuve que cubrirme la boca con una mano y apoyar la otra en la ventana.

–Es divertido saber que desde que nos conocimos llegaríamos a esto –introdujo un dedo y apreté mis labios–. Tú y yo... –apegó su cuerpo todavía más–. Era cuestión de tiempo para que se diera la ocasión.

Se movió dentro de mí en busca del punto exacto en el que me haría temblar, creando la rotación perfecta para que mi placer se reflejara en mis gemidos. Sacó su dedo de mi intimidad y lo metió a su boca. Luego lo metió a mi boca y me obligó a succionar.

Me bajó la ropa interior. Entre mis glúteos su erección se puso grande y dura. Pasó su miembro de arriba abajo, siguiendo la línea.

–Me pregunto si debería –le escuché decir, ahondando cada vez más.

Negué con la cabeza, pero su dedo me obligó a mirar al frente, hacia las personas que no sabían lo que estábamos haciendo.

–¿No? –interrogó con cinismo. Estaba jugando conmigo, teniéndome bajo su dominio, como siempre quiso–. Qué lástima, hubiera sido divertido. En tal caso, vamos por lo convencional.

Me quitó el dedo de la boca y bajó su mano hasta mis caderas. Con movimientos rápidos me separó las piernas, abrió mi cavidad y se introdujo de una estocada. Apreté mis manos contra la ventana, sintiendo cómo se fundía dentro de mí al mismo tiempo que lo escuchaba lanzar un gemido cargado de placer. Me rodeó con un brazo por la cintura, apegándome a él y empezó con el vaivén.

Apoyé la cabeza contra el cristal y miré jadeante a esas personas que estaban a metros de nosotros, ajenas a lo que estaba ocurriendo en la biblioteca. No podían vernos, no podían escucharnos gemir, no sabían que estábamos enrollándonos en su propia cara.

Dhaxton me agarró del cabello y me obligó a mirarlo.

–Voy a devorarte –pronunció.

Dhaxton era rudo; salía casi por completo y entraba hasta lo más profundo. El roce constante era casi doloroso, no me daba tiempo de asimilar que lo tenía dentro, agrandándose por la fricción. Y era rápido, como si nuestro tiempo fuera limitado o quisiera acabar pronto. Fue desesperante, y mi raciocinio se iba. Deseé aferrarme a algo y lo hice de las cortinas con tanta fuerza que la tela se rompió, pero a ninguno de los dos pareció importarle.

De pronto, Dhaxton me giró. Tenía las mejillas rojas, la frente brillante y la boca entreabierta, suspirando. Fue la primera vez que vi su cabello despeinado. Sin decir nada, agarró mi falda y la subió para desnudarme.

–Luces como Venus –dijo con un dejo de incredulidad–. Botticelli te hubiera amado.

Y tras sus palabras me giró otra vez y retomó las embestidas contra la ventana. Mis pechos contra el vidrio y mis palmas sudadas estiradas. Decidí dejarme llevar, olvidarme de todo, nublarme por el placer que significaba tener al protagonista de mi primer sueño húmedo aferrado a mi cintura.

Dhaxton agarró mi coleta y tiró de ella, dejando que todos mis gemidos sonaran por la

biblioteca. Y, mientras más altos eran, más fuerte me embestía.

Entonces lo vi.

Ahí, a un costado del balcón, Raziel nos miraba estupefacto.

Eso fue como echarme un balde de agua fría.

–Dhaxton...

Me metió un dedo en la boca para silenciarme.

–¡Espera...!

Me aparté y recogí mi vestido.

Su celular empezó a sonar en lo que me vestía. No pude apartar los ojos de la ventana, estaba impactada... horrorizada y muy, pero muy arrepentida. Eché un vistazo al balcón con la esperanza de que hubiera sido un sueño, pero no, ahí estaba Raziel, escondido.

–¿Qué? –Dhaxton había respondido la llamada–. Sí... Perfecto.

Y no dijo más.

Cortó la llamada y me miró como si fuera un boceto mal logrado.

–Andando, una sorpresa nos espera.



De camino al sitio donde se celebraría la boda me tomé un momento para procesar lo que acababa de ocurrir. Me sentía extraña... Como si hubiera cometido un grave error. Y me sentía sucia. Quizás había tenido las expectativas demasiado altas o por los sueños había idealizado nuestro encuentro.

–¿Te sientes bien, corazón? –mamá me tomó de la mano para atraer mi atención. Sabía que algo andaba mal, y que no se debía al terrible hecho de que estaba compartiendo mesa con Denniro Crusoe–. Estás muy pálida.

–Estoy un poco cansada –respondí tratando de no llamar demasiado la atención–. No creo que pueda quedarme por mucho tiempo. Lo lamento.

Las miradas de todos recayeron en mí.

–No te hagas problemas –tranquilizó mamá en ese tono maternal que decía «todo estará bien»–. Con que estés aquí, cenando conmigo, es suficiente.

–Si quieres tomarte un descanso puedes quedarte en una de las habitaciones –ofreció Devon–. Así, cuando te sientas mejor, vienes con nosotros a disfrutar.

–Eso suena mejor, gracias.

Bien; ya tenía mi excusa perfecta para entrar y salir de la fiesta sin tener que dar explicaciones.

–¿Y Dhaxton? –preguntó Denniro a Devon. El cabecilla de la familia ni siquiera me miró.

Devon miró por encima de las mesas.

–No lo sé, padre, debe estar por algún sitio...

Me tensé tanto como para no querer comer.

Pero la pregunta me dejó confundida. Dhaxton venía justo detrás de mí, ¿a dónde había ido?

RAZIEL

«Carajo».

Era lo que repetía una y otra vez de pie en medio del patio de los bastardos Crusoe. Nunca llegué a pensar que estaría en una situación así, pero ahí estaba yo, jugándome el culo.

«No importa, lo hago por ella», me decía.

«Se lo debo», me respondía.

En el sitio había una cantidad abrumante de personas, más de las que esperé encontrar, pero corrí la suerte de tener que ir detrás de la anciana y su nieto. No me apetecía en absoluto ser su sabueso, aunque debía admitir que me traía recuerdos de mi primer día como policía.

Era una verdadera lástima saber que mi cargo ahí fuera tan similar al de aquella época y tan diferentes las razones. Quise ser policía para proteger y alejarme lo más posible de mi entorno familiar en que vivía antes de ser acogido por la familia de Agnes; y, ahora, se suponía protegía a Audrey de una secta enferma.

A la hora de la ceremonia me situé a varios metros del lugar en lo que la anciana y Bellish saludaban a algunos invitados. Desde el sector podía ver el altar y los primeros asientos, por lo que no se me hizo difícil verla llegar aferrada al brazo del chico Crusoe.

Seth llegó conmigo y contempló la escena.

–Ella ya está jugando. ¿Verdad?

No dije nada.

–Ya te dije que te ves... –Bellish esbozó una sonrisa burlona– como un payaso.

Un carajo. Era un niñato que me estaba poniendo en riesgo con la única razón de tocarme las pelotas.

–¿Tanto te gusto que vienes a fastidiarme? –interrogué con la mirada puesta en Audrey, que ya estaba sentada en la primera fila.

–Al contrario, me desagradas lo suficiente como para querer hacerlo.

–Seth –llamó su abuela–. Andando.

La mujer me echó un rápido vistazo del tipo que indicaba que no importa cuánto tratara de esconder o fingir, que por gracia de los años o por un pacto con el diablo sabía un enjambre de cosas con las que podía joderme hasta las patas. Era anciana, pero no por ello una crédula. La experiencia la tenía a su favor, y que se mantuviera viva después de que los padres de Bellish trataran de huir demostraba que movió muchos hilos.

De pronto, di con la dueña del club entre los invitados. No supe en qué momento llegó, pero allí estaba: sentada, platicando con quien parecía ser su pariente. Seth la saludó con un ademán y luego se levantó a hablar con Audrey. ¿Una advertencia, tal vez?

El hermano mayor Crusoe llegó junto al religioso e intercambió un par de palabras con Audrey hasta que la marcha nupcial comenzó a sonar. La madre del angelito avanzó al altar acompañada del cabecilla de la familia, como si fuera una bienvenida a su enferma secta.

Por suerte, la ceremonia transcurrió rápido.

Y los movimientos de Audrey también lo fueron.

Se puso de pie y fue directo a la casa. Dhaxton la seguía detrás.

Mi falso trabajo demandaba quedarme quieto, pero decidí ir detrás de Audrey en cuanto vi a Crusoe ir tras ella. No era supersticioso, ni mucho menos pensaba en las extrañas coincidencias, había dejado atrás las creencias absurdas, por eso que Crusoe la siguiera me olió mal.

Los busqué en todas partes y tropecé con muchos empleados. Esa jodida casa era un laberinto elegante.

Di con Dhaxton en el pasillo y lo seguí a varios pasos. El niñato arrogante iba tras Audrey sin

ninguna clase de recato. Era un perro hambriento. Se metió a una especie de biblioteca y cerró la puerta.

Hallar una forma de entrar fue lo complejo, pero conseguí colarme en el balcón que daba hacia la sala. Me coloqué a un costado, donde no podrían verme. Guardé la posición igual que en la ceremonia. No sé quién carajos entró a la habitación, y no pude comprobar qué tanto hacía. El bullicio de abajo solapaba cualquier ruido.

Carajo...

Iba a estar encerrado toda la vida en este balcón. Temí asomarme y ser descubierto, por eso lo primero que traté fue echar un vistazo por el extremo de la ventana. Vi las cortinas oscuras y el reflejo del cielo. Busqué otro ángulo y me encontré con uno de los peores escenarios: Audrey y Crusoe teniendo sexo.

Me quedé estático frente a la ventana, sin fuerzas para moverme o apartarme. Inútil, pero por dentro sintiendo que era atacado por un ácido que se expandía por mi cuerpo. Entonces abrió sus ojos y nos miramos lo que pareció una eternidad.

«Ojo por ojo», me dijo una voz.

Yo había recibido mi merecido por mentirle.

Me tomé unos segundos para asimilar lo que había visto, oculto, sintiendo el desagradable hueco en el pecho. Uno que no sentía desde la desaparición de Agnes.

Pero había un plan que seguir. Tenía que llegar a la habitación de Dhaxton, tal cual como lo había sugerido Audrey. Descartado el riesgo, partí en busca de la habitación siguiendo las indicaciones que Seth me había mencionado antes de la boda. Sin embargo, Crusoe apareció en mi camino. Iba hablando por celular y arreglándose el traje con la otra mano. Al verme cerca de su espacio, me miró con desconfianza.

No podía levantar sospechas, por lo que no me quedó de otra que regresar abajo, a mi antigua posición.

AUDREY

Como era de esperarse, la comida estuvo deliciosa y todos quedaron lo suficientemente satisfechos como para apuntarse a una ronda de buenos deseos. Una cantidad impensable de personas se subió a dar discursos, entre ellos, Denniro. El padre de Dhaxton se subió con una copa de champán en la mano a dar su «emotivo» discurso sobre lo feliz que estaba de que su hijo por fin hubiera encontrado a alguien que lo acompañara. Y, cómo no, endulzando la voz y con su carita de bueno para que los camarógrafos captaran su mejor ángulo.

No podía dejar de pensar que tantas palabras eran una bienvenida a la secta y en lo pésimo que me sentía después de relacionarme con Dhaxton. Eso me provocó náuseas. Le dije a Devon que iría a descansar y me indicó la habitación. Fui directo a la salida y me dirigí al auto de Raven. Abrió la puerta apenas me vio y se echó a andar.

–Hasta que te apareces –se quejó–. Atrás están el vestido, los zapatos y la peluca.

Me pasé al asiento trasero para cambiarme. Raven me miró a través del espejo retrovisor y se dio cuenta sin problemas de que algo me pasaba.

–¿Qué ocurrió?

Dudé en contárselo, pero necesitaba de alguien que me subiera el ánimo.

–¿Alguna vez has sentido que hiciste algo que querías, pero al final te arrepientes?

–Me pasa cuando bebo algunas copas de vino de más. ¿Por qué?

–¿Y qué haces cuando sientes eso?

Ella frenó y volteó.

–Me estás preocupando.

–No es nada...

–Tú y Dhaxton se acostaron –concluyó de manera sagaz y desconcertante, tanto que me atoré con mi propia saliva, delatándome–. Ay, no. No con ese niño mimado. No me digas que tú también caíste por él como tu hermana.

–¡Si lo pones así me haces sentir peor! –espeté con el vestido de Agnes apretado en mis manos.

Raven se disculpó alzando las cejas y luego me ayudó a quitarme el vestido.

–¿Él te hizo daño?

–No... Sí... No lo sé. Fue extraño. Diferente, nada a como yo creí que sería –le di por respuesta, colocándome el vestido de Agnes–. Dhaxton me miró de una forma tan extraña. Como si fuera una bolsa de basura. Fue como ya te tuve y ya no te quiero. Siento como que jamás debí hacerlo.

Y luego pasó lo de Raziel. Quise contárselo, pero me avergonzaba de solo pensarlo.

–Escúchame, pequeña. –Raven se puso seria, y, cuando eso pasaba, había que prestarle atención–. Ese chiquillo tiene el ego tan grande que ve a los demás como insectos. Si sacó lo que quería de ti, demuéstrale que tú puedes sacar todo de él.

El sabor de la venganza me supo dulce.

–Sí, eso haré.

–Bien; esa es la determinación que quiero. Ahora vamos a maquillarte, haremos que esta noche confiese todo.



De vuelta en la entrada tuve que dar mi nombre real para que me permitieran entrar. Para mi sorpresa, de camino a la fiesta me topé con Seth, que estaba fumando un cigarro mientras se paseaba de un lado a otro.

–No sabía que fumaras.

Al escuchar mi voz se detuvo a verme. Sus ojos marrones fueron el reflejo del desconcierto y el cigarrillo se le cayó de entre los dedos. Estaba perplejo, pálido, casi asustado.

–Realmente luces como ella –pronunció saliendo poco a poco del asombro.

Caminé hacia él, decidida. Mis tacones altos –con los que tanto ensayé– tronaron en el suelo. Una vez que la distancia disminuyó, decidí entrar de lleno en mi papel.

–¿Ella? –interrogué–. ¿De quién estás hablando?

Ladeé mi cabeza para tener una mejor perspectiva de su expresión.

–Tú... –no lograba formular palabra alguna.

–Yo... –canté–. ¿Vas a tenerme toda la noche parada aquí o me vas a llevar donde está la fiesta?

Tardó un momento en digerir mi pregunta, pero cuando lo hizo se sacudió el cabello y sonrió.

–Joder, vamos.

Antes de que me cediera su gancho, tomé su mano y entrelacé mis dedos con los de él, provocando que mirara mi acción con algo de confusión. Al parecer, Raven y Agatha me habían enseñado lo bastante bien como para impresionar a la misma persona que me pidió fingir ser Agnes, lo que era un punto a favor.

–¿Qué pasa? –le pregunté–. ¿Te comieron la lengua los ratones?

Sus pasos se entorpecieron.

–¿Cómo esperas que reaccione si te veo así y tienes esa actitud?

Parecía esquivo, aterrado de la nueva faceta que le estaba mostrando. En los ensayos que hicimos en su casa de verano jamás llegué a actuar como Agnes, a meterme tan de lleno en su personalidad, pero la ocasión ameritaba que diera mi cien por ciento.

–Esperaba que salieras un poco de tu letargo mental –le reclamé, manteniendo la actitud juguetona que tanto se me remarcó–, después de todo, es lo que me pediste.

–Pues no estoy lo suficientemente preparado para enfrentarte –admitió.

Apreté su mano con cuidado y me arrimé a su brazo para que dejara de evitar el contacto visual.

–Ya lo estás haciendo. No tires la toalla ahora, porque te prometo que si él llega a descubrirme por tu culpa dejaré de hablarte para siempre. Hemos llegado muy lejos, no lo arruines.

–No lo haré.

Inspiró hondo y, tras expulsar el aire de sus pulmones, formó una sonrisa ancha. Había dos parejas fuera de la enorme carpa donde se llevaba a cabo la celebración. Pude reconocerlos de las fotografías, los Bennett y los Stanford, miembros de La Madre Sagrada también, quienes se quedaron atónitos al verme.

–No puede ser... –murmuró la mujer Bennett–. ¿De verdad eres Agnes?

Sonreí como si viera a un familiar lejano después de mucho tiempo y me acerqué a darles un abrazo, tal cual Raven me había dicho que Agnes solía hacer.

–La misma –dije y besé a los cuatro en la mejilla.

–Creímos que te habías marchado –pronunció el señor Stanford.

–¿Marcharme? Oh, no, no, estaba tomando unas largas vacaciones –me reí, pero no tenía idea sobre qué–. ¿A que sí, Seth?

Apreté su mano para que reaccionara.

–Oh, s-sí –titubeó–. Se cansó de estar lejos y sin mí.

Los cuatro rieron, y yo, fingiendo que su comentario me había hecho gracia, también.

–Extrañaba sus bufonerías –me burlé–. Bueno, entremos, tengo que ir a saludar a mi cuñado.

–Así que volviste por la boda.

–Por supuesto, tío Bennett, jamás me perdería una boda.

–Es un placer verte de nuevo y saber que has crecido tanto, Agnes –habló esta vez el hombre Stanford.

Lo primero que pensé con ese comentario fue que había sido con un doble sentido vomitivo, pero tenía que seguir en el papel y sabía que Agnes no hubiera dicho algo ofensivo, al contrario, le habría seguido el juego, así que me hice un repaso por mis curvas y asentí.

–La adolescencia ha hecho un buen trabajo conmigo. ¿O era la pubertad? –actuar como tonta para sacarle carcajadas funcionó.

Nos despedimos con un ademán y entramos. La fiesta en el interior había comenzado, con luces parpadeantes, música, meseros cargando bandejas con tragos y familias disfrutando del momento. Al contrario de cómo me habían tratado siendo yo misma, como Agnes sentía el foco

de atención sobre la cabeza. Todos me saludaban con rostros cordiales y todos se sorprendían de mi regreso. Para ellos, era como la sobrina querida que llegó de un largo viaje y a quien extrañaban por su despampanante personalidad.

–Siento que soy una celebridad –le comenté a Seth–. Todos me miran, todos me saludan, todos me conocen.

–Eres como la hija pródiga que ha vuelto. Y sí, luces como una jodida celebridad.

Le di un vistazo para comprobar que hablaba en serio. Al darse cuenta de mi duda, añadió:

–Tal vez no te hayas dado cuenta, pero, mírate, eres magnética. Atracción pura.

A diferencia del vestido que había usado para la ceremonia, Raven había elegido lo más atrayente del guardarropa de Agnes: un vestido con corte de sirena de color rojo con un tajo en la pierna y un escote pronunciado con las mangas cortas en los brazos, dejando al descubierto los hombros, con zapatos y un lápiz labial del mismo color.

–Gracias por decirlo, estuvimos casi media hora produciendo esto.

–Ha valido completamente la pena –alcancé a escuchar que murmuraba–. ¿Estás lista para pasar por tu primera prueba?

Divisé a Agatha.

–Nací preparada.

Nos acercamos a su mesa. A su lado había dos asientos libres, que Seth y yo tomamos sin decir nada. Apenas me miró, la anciana dio un salto, asustada.

–Por mis muertos, niña. ¡Me has dado el susto de la vida!

–Agatha, ¿no estás demasiado grande ya para estar cagándote en tus muertos? –me acerqué a ella para que pudiera contemplarme bien. Sus labios se abrieron levemente al darse cuenta–. ¿Qué? ¿No me vas a saludar?

–Santo cielo, por poco no te reconozco –dijo, llevándose una mano al pecho.

–Ha vuelto tu chica favorita.

Le hice un gesto con las cejas y ella entró en su papel enseguida.

–Llevas mucho tiempo afuera. ¿Dónde habías estado?

Me tomé su pregunta como una prueba. El examen final.

–Digamos que estaba cansada de esta aburrida vida y fui a divertirme un poco en el extranjero. ¿Por qué? ¿Será que en mi ausencia por fin admitiste que me quieres como a una nieta?

–¿Una nieta? –espetó con dramatismo–. Te llamaré así cuando dejes de apostar por el chico equivocado.

Esa respuesta me llegó justo al corazón. «Chico equivocado» era sinónimo de Raziel y Dhaxton. Con los dos me había ilusionado y con los dos me había sentido como un simple trapo que usaron y luego desecharon. Pero también «Chico equivocado» me recordó que, tal vez, mi opción correcta pudo ser alguien más...

–Puede que, por primera vez, tengas razón –miré a Seth. Él ladeó la cabeza sin comprender por qué había guardado silencio, y yo lo evité confrontando a Agatha–. Oye, anciana –la llamé, provocando la risa de su nieto–. ¿Sabes dónde está Dhaxton?

–Cerca del escenario, charlando sobre sus obras. –Me puse de pie, pero Agatha me detuvo del brazo–. Ten cuidado y sé ambigua.

Una advertencia y un consejo que me dejaron pensativa. Me coordiné con Seth para buscar a Dhaxton y conseguimos verlo de espaldas a la pista de baile, donde mamá, Devon y otras parejas habían decidido bailar vals.

–Llegó el momento –le escuché pronunciar a Seth.

–Una vez que lo entretenga, ve a la habitación.

Nos detuvimos a unos metros de Dhaxton. Necesitaba preparación, quizás algo de aire o reflexión, pero ya era tarde y no podía perder más tiempo. Avancé con cuidado por su espalda y le cubrí los ojos, acercándome a su oreja.

–¿Crees que puedes escapar de mí, Dhaxi? –susurré, siguiendo las indicaciones que Raven me dio.

Dhaxton me tomó las manos y me obligó a bajarlas. Entonces, con lentitud, se giró sobre los talones. La inquieta luz del escenario lo llevó a fruncir el ceño hasta que por fin logró verme con claridad. Pude percibir que su impasible expresión se fue deformando a una de completo horror. Le sonreí de oreja a oreja y me lancé sobre él para darle un abrazo y decirle que era la mismísima Agnes frente a sus ojos grises.

–¿Qué ocurre? Parece que has visto a un muerto, Dhaxi.

–T-tú...

Creo que esa fue la primera vez que lo escuché titubear. Era un hito que jamás pensé tener el privilegio de oír y, como no quería perderme nada, me aparté para observar la expresión de espanto que tenía.

–¿No vas a saludarme como corresponde? –permaneció sin poder reaccionar, así que llamé a Seth con la mano para que le dijera algo–. Supongo que no esperaba verme aquí. ¿O será que ya me olvidó?

–Cómo podría olvidarte –Seth se aproximó a Dhaxton y lo examinó–. Viejo, ¿estás bien?

Al escuchar su voz, Dhaxton pestañeó rápido, como saliendo de un trance. Lo miró, forzando una extraña sonrisa y luego se dirigió a mí.

–Supongo que necesitas algo para aclarar la garganta –le dije y palmeé la espalda de Seth–. ¿Por qué no le traes algo a tu amiguito aquí?

Mostrando cierta desconfianza, Seth se dio media vuelta hacia el bar. Dhaxton, que ya poco a poco recobraba la faceta seria que lo caracterizaba, aplanó los labios y entornó los ojos.

–¿Realmente eres tú? –cuestionó, dando un paso a mi encuentro.

–¿Quién crees que sería si no? –Con total confianza, me aferré a su brazo y apoyé la barbilla en su hombro–. Te noto algo asustado, ¿será que no esperabas que apareciera?

Él se movió para apartarme.

–¿Dónde has estado todo este tiempo?

Y yo le blanqueé los ojos emitiendo un gruñido.

–¡¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?! –repliqué con fastidio–. ¿Es que no hay un «cómo estás» para mí?

Lucía molesto, traicionado y confundido.

–No, no lo hay.

–Okey –reafirmé, levantando el mentón–. Ya que no soy bienvenida aquí, me iré a otro sitio...

Me di media vuelta, dispuesta a marcharme con Seth, pero Dhaxton me retuvo con un abrazo. Una sensación inexplicable me recorrió el cuerpo al sentir sus brazos rodearme con una delicadeza que contrastó con la forma ruda de la mañana. Los deseos de apartarlo e increpar su acción me invadieron, pero no cedí, sino que me mantuve al pie de la actuación; volteé para que ambos quedáramos frente a frente.

–Sabía que no me negarías, Dhaxi.

–Tienes mucho que contarme –pronunció, sacando a relucir una sonrisa ladina.

RAZIEL

Fui por el segundo intento.

Me dirigí al cuarto una vez más, actuando como si fuera un guardia que iba a comprobar si todo estaba en orden.

Al acercarme a la habitación comprobé que nadie andaba cerca. Una pareja que se había colado en uno de los cuartos a pasarla bien pasó por el pasillo sonriendo con complicidad. Luego, una señora mayor apareció aferrada al gancho de un hombre que me saludó por cortesía. Yo estaba junto a la habitación de Crusoe, con los brazos hacia atrás, como si custodiara la puerta.

Una vez que el pasillo quedó desierto, abrí.

Desde ese momento supe que algo andaba mal.

Dentro todo estaba a oscuras, pero no podía encender la luz o me delataría. Por suerte, la luz proveniente de la ventana me permitió ver con mayor claridad, además, me había traído una linterna pequeña.

Traté de no revolver demasiado el cuarto para que no hubiera futuras sorpresas, aunque las jodidas ganas de hacerlo no me faltaron. Opté por dirigirme a la puerta doble que había mencionado Audrey y pensé en cómo forzarla, pero, una vez más, la puerta estaba abierta.

Estaba seguro de que Crusoe no era un idiota para dejar su habitación abierta en una boda. Algo se traía entre manos.

Saqué una pequeña navaja para defenderme y me puse de espaldas contra la puerta, tal cual lo hacíamos en las redadas. Coloqué la linterna en mi boca y con mi mano libre abrí una de las puertas.

Nada.

No se escuchó un carajo.

Traté de asomarme a la habitación. Lo primero que vi fueron las paredes llenas de bocetos, el caballete y, por último, un sofá ocupado por una figura oscura que se empezó a mover por mi presencia.

Era una mujer con el cabello caído que le cubría el rostro. Sus manos, muy blancas y delgadas, se movieron con letargo. Apoyó ambas en el sofá y se incorporó con torpeza. Levantó su perfil y volteó hacia mí.

–¿Quién eres? –dijo. Su voz era rasposa y cansada.

Permanecí en silencio con la intención de no delatarme. Sin embargo, cuando aquella chica decidió apartarse el cabello del rostro, el corazón se me subió a la garganta.

Ese rostro.

Esa nariz puntiaguda.

Ese semblante apagado.

Esos labios entreabiertos.

Esos ojos cansados que conocí tan bien...

Era ella.

Era Agnes.

Era mi jodida hermanita.

–¿Viktor? –preguntó entre el asombro y la incredulidad–. ¿Viktor, realmente eres tú?

El miedo me quemó el pecho. La garganta se me secó.

Tiré todo y fui hacia su encuentro agachándome a sus pies.

Acuné su cara para verle el rostro. Era ella, no había dudas. Era Agnes, mucho más apagada y delgada, pero era mi hermana... viva.

–Dios mío..., realmente eres tú, Agnes.

Tardó un momento en reaccionar, en darse cuenta de lo que pasaba, de saber que estábamos juntos otra vez. La abracé y apoyé mi cabeza en su regazo, sintiendo su calor otra vez. Un calor que me recordaba a casa. Mis brazos temblaban, mis piernas se volvieron frágiles y mi corazón bombeaba con rapidez. Sabía que estaba vivo, pero no sabía si realmente estaba despierto.

Para ella fue igual.

–¿Esto es un sueño? –preguntó.

–No. Yo estoy aquí.

Y cuando le dije eso, todas nuestras defensas fueron destruidas. Agnes me abrazó de vuelta y casi nos derrumbamos llorando como dos niños pequeños. Nos abrazamos con miedo a que volviéramos a ser separados.

–Déjame mirarte –le pedí, tomando su cara para examinarla.

Era ella. De verdad era ella, pero todo se sentía irreal.

–¿Qué te pasó? –me preguntó, con sus lágrimas resbalando por mis dedos–. Estás tan cambiado –llevó su mano a mi cabello.

–Llevo tiempo buscándote. Agnes, yo lo siento tanto...

–No digas nada –me volvió a abrazar, colocando su cabeza en mi pecho–. Ya estoy aquí.

Quería creer que era un momento de paz, de reencuentro, pero estábamos en casa de los Crusoe, no era un espacio seguro. Teníamos que salir de ahí.

–Ven –cogí su mano–, hay que irnos de aquí.

AUDREY

Para celebrar el reencuentro «amistoso» entre los tres, Seth pidió las bebidas favoritas de cada uno y nos movimos a un lugar menos bullicioso. Se suponía que sería un momento emotivo donde tendría que sacar alguna mentira para ponernos al corriente, pero en realidad Seth y yo buscábamos que Dhaxton se delatara a través de algún gesto o palabra. Incluso si explotaba.

Pero no fue así. Dhaxton actuaba con normalidad.

Llegamos a un punto donde las ideas se me estaban agotando y Seth lo notó.

–¿Qué les parece si hacemos un brindis por el regreso de Agnes? –propuso.

Los tres chocamos nuestros vasos, pero, al hacerlo, la copa de Dhaxton se rompió y la sangre no tardó en aparecer. Se había enterrado un trozo de cristal.

–Mierda... –Seth palideció al instante y retrocedió para alejarse de los goterones de sangre que caían al suelo–. Eso se ve repugnante.

–Tranquilízate –le ordené cuando se le escapó una arcada–. Mejor, aléjate, ¿quieres?

Me volví hacia Dhaxton para comprobar cómo estaba.

–¿Estás bien?

Él se cubrió con su otra mano, pero no parecía estar del todo bien. Formó una mueca de dolor al mismo tiempo que negaba en respuesta.

–Iré por alguien...

Dhaxton me detuvo.

–No llames la atención –me dijo–. Esta boda tiene que salir perfecta.

Se dirigió al interior de la casa. Seth hizo el amago de querer seguirlo, sin embargo, lo frené colocando una mano en su pecho.

–Espera, quédate aquí. Yo me ocuparé de él y de lo que tenga por decir.

Seth captó enseguida mis intenciones, permitiendo que fuera tras Dhaxton.

No fue complicado hallarlo, solo bastó con seguir el rastro de sangre que iba dejando en el piso. Lo perseguí hasta una habitación que al parecer era la lavandería y lo encontré buscando vendas en un botiquín colgado en la pared.

–Eres difícil de seguir –me quejé al verlo y cerré la puerta a mi espalda–. ¿Quieres ayuda?

Accedió sin decir nada y se sentó sobre una lavadora para que pudiera sacar los vendajes y otras cosas más de curación.

–¿Sabes? –pronunció, acomodando su mano para que pudiera quitarle el pequeño trozo de cristal–. La primera vez que te vi me pareciste un fastidio.

Me eché a reír, en parte por Agnes y en parte por mí.

–No es bueno que digas eso cuando te estoy curando –le advertí–, me dejas la vía libre para producirte una infección.

Él me sonrió de vuelta.

–Luego, cuando empecé a conocerte, creí que ibas a ser una piedra más en mi zapato –continuó–. Una muy molesta.

–Qué irónico –pronuncié, aplicando alcohol a las vendas para limpiarle la zona del corte–. Yo pensé lo mismo cuando te conocí.

–La verdad es que sigo creyendo que eres alguien molesta. Y bastante soberbia.

Alcé las cejas al escuchar eso último.

–Mientras más me insultas, más siento que te describes, Dhaxi. –Por último, con su herida limpia, lo empecé a cubrir con las vendas para luego amarrar los extremos–. ¿Por qué soy soberbia?

–Por creer que iba a caer –susurró.

De pronto algo duro me golpeó, desorientando mi vista, provocando que me desestabilizara y cayera al suelo. Apenas pude saber qué era lo que pasaba, mi vista era cada vez más borrosa.

Entre destellos negros conseguí ver a Dhaxton mirándome desde la altura.

–Dhaxton... –pronuncié–. ¿Qué haces?

Vi que formaba una sonrisa que se distorsionó.

–Qué curioso... Eso fue exactamente lo que me preguntó Agnes antes de que la golpeara.

Capítulo 20
Muertos bajo el tapete

AUDREY

Me desperté con un dolor de cabeza horrible. Mi cuerpo se sentía pesado, cansado y mi garganta estaba seca.

Necesité algo de tiempo antes de abrir los ojos y procesar que ya no me encontraba en el cuartucho junto a Dhaxton, tirada en el piso. Intenté acomodarme, pero el dolor de cabeza me lo impidió. No tenía coordinación, no había forma de que me moviera como deseaba. Solo podía guiarme por el dolor, la sed, la incomodidad y el miedo.

Me esforcé en abrir los ojos, pero un destello de luz me encandiló y fruncí el ceño moviendo la cabeza a un lado. Aquel movimiento rápido me mareó; tuve que quedarme inmóvil y jadeante.

–Al fin te despiertas.

La voz de Dhaxton se escuchaba lejana. El miedo se apoderó de mí, pues había usado un tono muy diferente al usual. Había algo en su entonación que me heló la sangre.

Traté de abrir los ojos otra vez, pestañeando con rapidez para acostumbrarme al cambio de luz. El destello de antes seguía en mi rostro, pero empecé a sentirlo más caliente y pesado, como si estuviera expuesta a los rayos del sol. En mi esfuerzo, conseguí divisar la silueta de Dhaxton ponerse de pie y aproximarse. Era como una mancha negra con muchas aureolas que lo contoneaban, moviéndose en una danza macabra.

–Déjame ayudarte.

Sus dedos me tomaron la cara con fuerza, obligándome a poner la cabeza derecha, justo donde la luz me quemaba la cara. Con su otra mano tomó mis párpados y me obligó a abrirlos para que la luz me cegara. Chillé por el dolor y con eso bastó para que me soltara.

Las lágrimas se pronunciaron rápido, dándome algo de alivio.

–Te ves tan mal... –pronunció con repulsión–. A ver aquí...

Tocó el lado de mi frente donde el dolor se acentuaba. Emití un quejido y volteé para alejar sus dedos de mi herida. Pero fue en vano, me agarró la cara enterrando sus dedos en mi piel.

–Tienes suerte, no parece profunda.

Me dejó libre y yo dejé caer mi cabeza sobre mi pecho. Una vez que logré recomponerme, abrí lentamente los ojos y pude mirar mi entorno.

Lo primero que vi fue a Dhaxton sentado a varios metros de mí, recargado a un costado, con el cuello de su camisa desabotonada y las mangas recogidas. Lo siguiente que vi fue la pared blanca, diferente a la de su habitación. En ella había varios bocetos, los cuales reconocí de su estudio, pero estos tenían algo diferente... Algo que no lograba precisar del todo. Alrededor de Dhaxton había una mesa de trabajo, un escritorio con una laptop encima y varios papeles más.

–Dhaxton –llamé, temblorosa y en voz baja.

Quise llevarme las manos a la garganta, pero estaba atada de manos y pies. Y con el foco de la luz en mi cara cada vez más intenso.

–¿Disculpa? –preguntó, inclinándose sobre el asiento y colocando una mano tras su oreja–. No te escuché.

–Dhaxton... –lo mencioné otra vez, más suplicante que la primera vez y más alto.

–Ese es mi nombre –dijo con una exclamación exagerada que nunca esperé escuchar–. Qué bueno que lo recuerdas.

–Déjame ir..., por favor...

Quería llorar, quería gritar.

Gritar.

–Ayuda...

Mi voz se perdió. Tenía la garganta demasiado seca como para poder gritar con la suficiente fuerza.

Dhaxton se puso de pie, salió de mi campo de visión y apareció frente a mí con una botella.

–Has pasado mucho tiempo aquí, tienes la boca seca, necesitas algo de agua.

Se agachó lo suficiente para que nuestros rostros quedaran a la misma altura y pude observarlo bien. Sonreía. Estaba contento de verdad, sin apariencias, sin falsedades. Y sus ojos desprendían una oscuridad que me heló la sangre. Era un Dhaxton sin máscaras y completamente desatado.

Abrió la botella con lentitud, a propósito, para torturarme, para que saboreara el agua en mis pensamientos y la deseara. Acercó el agua a mis labios, pero luego se la llevó a la boca y bebió un largo trago, emitiendo un sonido de satisfacción al final.

–Lo que queda será para ti –indicó, enseñando el resto.

Colocó la botella en mi boca y me dio de beber. El agua atravesando mi garganta se sintió bien, pero era escasa.

–Ahora prueba gritando otra vez –me alentó, regresando a su silla.

Si tenía tanta confianza, probablemente era porque nadie podría escucharme. De todas formas, lo intenté. Tomé aire y grité con todas las fuerzas que me quedaban.

La risa de Dhaxton fue el indicativo de que no merecía la pena chillar hasta desgarrarme la garganta, porque al final era inútil.

Necesitaba convencerlo de que me soltara, mostrarme cooperadora, distraerlo mientras pensaba cómo soltarme.

–¿Qué es este lugar?

–Este es mi refugio –dijo, dándose media vuelta y alargando los brazos a los lados con magnificencia–. El lugar donde me siento como en casa, donde puedo ser yo mismo. El lugar que tu amigo quería encontrar.

Se refería a Raziel.

Miré a mi alrededor en su búsqueda.

Dhaxton reía desde su asiento.

–Él no está aquí. –Se arrastró sobre la silla hasta mí y quedó muy cerca. Su presencia era intimidante, así que quise refugiar la cabeza escondiéndola entre mis hombros–. Voy a decirte un secreto: desde hace un tiempo decidí seguirte, y me fue sencillo dar con el paradero de tu novio. Me resultó todavía más sencillo investigarlo. Si sabes cómo moverte, puedes hacer muchas cosas en esta ciudad; una de ellas fue identificar a Viktor.

–¿Quién es...?

Chasqueó la lengua a modo de advertencia, lo que me obligó a callar de golpe.

–No intentes cubrirlo, Audrey. Verás, pensé en la posibilidad de matarlo, pero cuando vi que

estaba afiliado a la familia de Agnes se me ocurrió esperar. Ser paciente, como siempre lo he sido. Sabía que en algún punto podía aprovechar esa información sobre él a mi favor. Y ¿qué crees?, ese momento llegó hoy.

La imagen de Raziel fallecido se cruzó por mi cabeza. Si sabía de él era probable que le hubiera hecho algo muy malo.

–No...

Antes de que me echara a llorar presagiando lo peor, su siseo me silenció.

–Tranquilízate, no lo he matado. Le di lo que tanto ha estado buscando. Le regresé a su hermana para que ya no estorbe en mi camino.

Mi imaginación me llevó a recrear el encuentro entre Raziel y su hermana, en cómo por fin lograron abrazarse; pero al mismo tiempo me hizo sentir desesperanzada. Si Raziel se había reunido con su hermana quería decir que ya no me necesitaba más. Ya tenía a su prioridad número uno, debía ponerla a salvo.

–Ahora... –Dhaxton apoyó su espalda en la silla, cruzó los dedos y colocó una pierna sobre la otra– necesito deshacerme de mi otro estorbo: tú.

Comencé a temblar. Eso no había sonado como una advertencia o una amenaza, sino como algo que realmente intentaba conseguir. El miedo se apoderó de mí y me desgarró por dentro. Quería aferrarme a la vida tanto como pudiera.

–No me mates –le pedí en un hilo de voz, lo más alto que el pavor me permitió.

Blanqueó los ojos.

–Eres igual a la tonta por la que tratabas de hacerte pasar. Agnes –dijo su nombre con repudio–. «No me mates», «déjame en paz», «estás loco» –imitó el tono de voz de Agnes, el mismo que tuve que aprender–. ¿Por qué piensas que voy a matarte?

–¿Por qué otra razón me habrías traído hasta aquí?

–Para llevarte lejos.

Ahora que la hermana de Raziel no estaba a su servicio, alguien tenía que convertirse en la mártir que esos enfermos necesitaban para cometer sus degradaciones.

–¿Vas a usarme como el reemplazo de Agnes?

–Alguien debe sustituirla, y para ellos eres la chica perfecta –dijo con una normalidad escalofriante–. Tienes todo para cargar con nuestros pecados. Pero hay un problema, tu madre ahora es parte de todo esto y dudo que quiera llevarte lejos. ¿Qué debería hacer?

Pese a que su pregunta era retórica, me tomé el atrevimiento de hablar:

–Si me dejas ir prometo que no haré nada.

Mi propuesta lo sacó del momento reflexivo para sonreírme con las cejas arqueadas y la frente arrugada.

–Agnes dijo algo similar.

–¿Cuál de ellas?

–Agnes Reid, mi queridísima amiga –emitió–. «Deja que me vaya, será como si hubiese desaparecido» –la citó otra vez, pero ahora su voz era átona y mucho más burlesca–. Si algo bueno saqué de su intento de propuesta, fue que me dio la coartada perfecta. Me recuerdas tanto a ella que es desagradable. Me asqueas.

Bajé la cabeza para no provocarlo más, para no sacar ese lado violento que usó en mi contra y por el cual estaba encerrada. Sin embargo, dentro de la información que dijo, algo quedó rondando en mis pensamientos.

«Coartada», dijo.

Si lo dijo de esa forma, entonces estaba ocultando algo más.

–¿Ella no huyó?

Caminó hacia una especie de contenedor.

–No, ella no huyó. Ella sigue aquí.

Trató de abrirlo cuidadosamente y metió sus manos dentro.

–La tengo justo aquí...

Mi pecho se agitó ante una leve y macabra sospecha sobre lo que guardaba. Si fue tan explícito en sus palabras, entonces Agnes estaba...

–Dhaxton, espera...

Reveló una pintura de Agnes en la que salía recostada en una pose muy similar a la que Dhaxton me obligaba a hacer. A diferencia de las sesiones, Agnes estaba en una especie de pradera, con el cabello suelto a su alrededor, mezclándose con unas pequeñas flores. Sus ojos entreabiertos, mirando a un costado, se veían vacíos, oscuros, sin vida. Usaba un vestido similar al que me hizo usar la primera vez que posé para él, pero en Agnes se veía diferente... No parecía una prenda simple, sino el vestido de alguien puro. Más abajo, sus pies estaban desnudos, estirados y pintados de negro, como si hubiera andado por un pantano de espeso petróleo. Este detalle bastó para que la pintura me perturbara por completo y mis deseos de observarla se esfumaran.

–¿Por qué me muestras eso? –le cuestioné, mirando abajo.

–Estoy respondiendo a tu pregunta.

–Eso no responde nada.

Se abalanzó sobre mí y me agarró de la cara, aplastando mis mejillas con fuerza.

–Mira bien –ordenó con la pintura desplegada en su otra mano–. Quieres ser una artista, ¿no? ¡Pues mira!

Agitó la pintura y el miedo me abrazó. Las lágrimas apenas me dejaban ver. Empecé a temblar sin conciliar lo que él deseaba, sin saber qué hacer. Busqué algún detalle que se me hubiera escapado, algún fallo que hubiera cometido y entonces até cabos: el sendero, los ojos de Agnes perdidos en la nada, sus pies oscuros...

–¿Está muerta?

Por fin me soltó. Mi mandíbula quedó adolorida y mis mejillas rotas en el interior.

Dhaxton retrocedió, apreciando con una sonrisa la pintura.

–Así la recuerdo –susurró, envuelto en la ensoñación–: tendida en el piso, la mirada perdida en el mundo de los muertos, mostrando esa faceta inocente que nunca quiso mostrarme.

–Estás loco... ¿Por qué? ¿Por qué la mataste?

–¿Matarla? ¿Yo? –respondió lleno de cinismo, dejando la pintura sobre una mesa–. Ella murió porque sabía demasiado. Al igual que tú –me señaló–. Te he traído hasta aquí porque sabes qué pasó con Agnes. Creo que no debería dejarte ir.

–Por favor..., Dhaxton, por favor, no me hagas nada –supliqué como última esperanza–. Te prometo que no diré nada, que me marcharé lejos, que para mí ya no existirás más. Ni tú, ni Seth, ni...

Me pegó una bofetada que me dio vuelta la cara.

–Guarda silencio, no me dejas pensar.

Quise chillar, pero empecé a recobrar la valentía.

–Tarde o temprano se darán cuenta de que no estoy en la boda –continué provocándolo.

–Tu novio no vendrá a buscarte, ya le di a su hermana, y tu madre está ocupada con la

celebración. Tengo tiempo de sobra para ocuparme de ti.

Había dicho «vendrá y está», eso indicaba que seguíamos en su casa. De ser así, todavía tenía la esperanza de que Raven notara mi ausencia o Seth la nuestra. A menos que él también formara parte de esto.

Solo encontré una forma de averiguarlo.

–Te estás olvidando de Seth. –Mencionarlo cambió la expresión de Dhaxton–. Seth va a notar nuestra ausencia y, cuando no aparezca, no podrás decirle que me fui. No podrás usar la misma excusa que con Agnes porque él y yo estuvimos juntos en el engaño.

–Tienes razón –admitió, visiblemente derrotado–. Si le digo que te fuiste, él sabrá que es una mentira. Estaré acabado.

–¿Ves? Por eso tu opción es dejarme ir. Te prometo que no le diré nada. No diré nada a nadie. Si me preguntan por la herida en mi cabeza diré que me golpeé o me caí con estos malditos tacones. Y luego me iré lejos, sin decir una palabra. ¿Qué más podrías hacer? Esta es la mejor solución.

Se agachó frente a mí.

–Es la mejor solución. Ninguno de los dos perdería. –Llevó sus manos al nudo que ataba mi pie izquierdo–. ¿No dirás nada? –me buscó con sus ojos.

–Nada. Lo prometo.

Agarró el nudo de mi pie y me miró desde abajo:

–¿Lo prometes, así como prometiste guardarte hasta el matrimonio?

Transformó su mirada conciliadora en una mirada maliciosa.

–Estabas tan convencida de tus creencias, impregnada de ellas como la pintura en una hoja de papel. ¿Recuerdas? –Después de darme ese pequeño ápice de esperanza se levantó para apoyarse sobre mis brazos, sin importarle el dolor que pudiera causarme–. Si fallaste en algo así, ¿cómo podría creerte?

Reprimí un quejido cuando sus dedos me apretaron más y más, casi metiéndose en mi piel.

–Porque ahora está en juego mi vida –logré decir, jadeante.

–También la mía.

–Dhaxton, por favor...

Apretó con más fuerza y sentí que la piel de mis brazos se iba a desgarrar.

–La próxima vez que me digas «Dhaxton, por favor», será la última –advirtió, inclinado hacia mí–. No me das lástima, no me importa que supliques, ya te lo dije: me das asco.

–¿Por qué? ¿Por qué haces esto? ¿Qué te he hecho para que me guardes tanto rencor?

–No es lo que eres, no es algo que hiciste, es lo que provocas –me miró de pies a cabeza y pareció que las ganas de vomitar le aumentaron–. Eres tú.

–Entonces, ¿por qué actuaste como si te gustara?

–Si te lo digo, tendré que matarte –dijo.

La piel se me erizó.

Su celular sonó. Con toda la tranquilidad del mundo lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla. Un brillo extraño se reflejó en sus ojos y noté cómo su expresión se transformaba de la seriedad a una de sorpresa.

–Es Seth –pronunció bajo, casi con temor.

Mi pecho se infló. Una ráfaga de energía recorrió mi cuerpo.

–¡Seth! ¡¡SETH!! ¡AYUDA! –grité.

–Tranquilízate, ni siquiera le he contestado –soltó a modo de burla.

Mis esperanzas decayeron todavía más cuando volteó hacia una de las mesas, dejó el celular a un lado y, de un cajón, sacó una cinta adhesiva. Cortó un trozo y me lo colocó en la boca. Mientras tanto, el celular seguía sonando, lo que pareció impacientarle. Sus movimientos se volvieron torpes, ansiosos e, incluso, se tomó un momento de respiro antes de dirigirse a una puerta de metal y salir.

Quedar sola significaba una ventaja, la oportunidad de buscar alguna escapatoria, pero estaba amarrada de brazos y piernas, poco podía hacer. Me estremecí con fuerza para desatarme, moví mis brazos, los agité para soltar mis ataduras; pero todo fue en vano.

Estaba atrapada.

Ya no tenía escapatoria.

RAZIEL

Tomé a Agnes por la espalda para guiarla hacia la salida, consciente de que su repentina aparición no había sido una casualidad y que, tal vez, afuera me esperaba una trampa.

Ni Agnes ni yo estábamos a salvo en esa jodida mansión, por lo que teníamos que ser rápidos, pero, al mismo tiempo, no levantar sospechas. Bajamos a la primera planta, donde nos encontramos con el personal del evento y algunos de seguridad. Tuve que pensar rápido y le ordené a Agnes que se cubriera con mi chaqueta.

Ella no había dejado de llorar y su estado hacía todo más sospechoso. Caminaba con torpeza y lentitud. Quería bombardearla de preguntas y saber qué le habían hecho, dónde la habían metido y cómo la habían tratado para estar así de abatida.

Corrimos la suerte de que nadie preguntara sobre lo que tramábamos. Salimos hacia el exterior y atravesamos el jardín hasta la entrada, donde nos topamos con más tipos de seguridad. Uno de ellos me detuvo.

–¿A dónde van?

–No es de tu incumbencia –repliqué, moviendo el hombro para que me soltara.

–No puedes salir así con ella –dijo y buscó el rostro de Agnes, pero ella lo apegó a mí–. ¿Te encuentras bien?

Quise plantarle un puñetazo en esa cara que traía, pero la mano de Agnes, que estaba aferrada a la mía, me apretó como llamado de atención. Había leído perfectamente lo que se me cruzaba por la cabeza. Al bajar la mirada y ver su expresión, negó con la cabeza.

–No se siente bien, iré a dejarla a su casa –informé para no alertarlos.

Ninguno parecía convencido.

–¿Puedes decirnos cuál es tu nombre? –interrogó el otro sujeto.

Mierda.

Estábamos jodidos.

Corrimos la suerte de que la llegada de una cantante contratada –junto con su banda– nos dio el pase para salir sin que pasara a mayores.

Nos apresuramos en llegar al final de la calle y doblamos en una esquina. La zona alta de la ciudad siempre me pareció una especie de laberinto. No me gustaba porque desconocía sus calles y lo que podía encontrar en ellas. Aun así, conseguimos llegar a una avenida y subirnos a un transporte.

–¿A dónde vamos? –preguntó Agnes.

–Vamos con Camille. ¿La recuerdas?

Asintió, aunque, a juzgar por su expresión, no estaba segura. Acuné su cara y me permití observarla una vez más. Al fin podíamos tener nuestro minuto de paz para procesar lo que acababa de ocurrir. Ella lloraba y tenía una sonrisa nostálgica; y yo, todavía creía que era un sueño, así que me dediqué a examinar su rostro.

–¿Estás bien? ¿Ellos te hicieron daño?

–Estoy bien. Pero te he echado tanto de menos...

Había evitado la segunda pregunta.

–¿Qué te hicieron?

–No quiero hablar de eso. No aquí.

Apreté los labios reteniendo el insulto; rabioso e impotente. No podía hacerme una idea de lo que esos bastardos enfermos pudieron llegar a hacerle.

–Lo importante es que ya estás aquí. –La abracé para que ninguno de sus malos recuerdos la perturbara–. Voy a llevarte a un lugar seguro y luego nos largaremos de esta maldita ciudad, ¿de acuerdo?

Ella respondió a mi abrazo sin mucha fuerza.

–De acuerdo.

Una vez que llegamos a la casa de Camille, ella tardó en abrirnos, sin embargo, cuando lo hizo, la sorpresa inundó su rostro.

–No puede ser... –emitió dentro del asombro, mirando a Agnes sin pestañear–. ¿Cómo es posible que...?

–Sé que estás molesta conmigo, pero necesito que Agnes se quede aquí por ahora –le dije y ella nos dejó entrar sin más explicaciones.

Camille se tomó su tiempo para mirar a Agnes y darse cuenta de que no era ningún espejismo. Ella, que me había acompañado en todo este martirio, era la única que podía entenderme en ese momento, la única con la que podía compartir el miedo y el alivio de saber que mi hermana estaba viva.

–¿Qué ocurrió? –interrogó tras servirle un vaso de agua a mi hermana–. ¿Cómo se reencontraron?

–Yo me hago esa misma pregunta –le comenté, dirigiéndome a Agnes, que estaba sentada y encogida de hombros en un sofá–. ¿Dónde te tenían?

Agnes se tomó unos minutos antes de hablar.

–Lamento mucho no haberme contactado contigo antes, Viktor –murmuró con pesadumbre–, pero no tuve la oportunidad de hacerlo. O tal vez sí, pero nunca quise. Nunca estuve bien y las cosas empeoraron después de enterarme que me había enamorado de alguien que no me quería.

Tocó sus muñecas, el sitio donde las cicatrices detallaban lo mal que lo había pasado.

–No pude creerlo y me sentí tan dolida con todos... Incluso contigo, ¿recuerdas?

Me miró en busca de apoyo.

–Claro que lo recuerdo.

–Estábamos juntos cuando nos llamaron diciendo que estabas en el hospital –complementó Cam, frunciendo el ceño al recordarlo–. Y luego de eso ni siquiera hablaste con nosotros, ni con tus padres...

Era doloroso recordar a Agnes en el hospital, con los brazos vendados y lastimada por la caída.

–Estaba destrozada –masculló ella, sollozando–. Que la persona de la que te enamoraste te

diga que todo fue parte de un «juego» me sentó mal. Yo quería a Vivian y cuando...

–¿Qué? –interrumpí–. ¿Dijiste «Vivian»?

Asintió, confundida.

–Todo este tiempo creí que Crusoe y Bellish eran parte de esto.

–No... No te lo dije porque me avergonzaba un poco lo que estaba viviendo y creí que sus sentimientos hacia mí eran reales; pero yo nunca caí por Dhaxton o Seth, de quien me enamoré fue de Vivian, una amiga de ellos. Fue ella quien me convenció de que fuera con los hijos de la Madre Sagrada.

–Esa puta secta...

Apreté mi puño para retener la ira.

Todo este tiempo había estado mal. No eran dos los que participaban en esto, sino tres.

Esa mocosa amiga de Audrey...

Entonces la recordé.

–Joder, Audrey.

–¿Qué pasa? –preguntó Cam.

–Mierda... –articulé uniendo los cables–. Mierda, ¡mierda!

–¡¿Qué?! –interrogó Camille, asustada.

–Crusoe liberó a Agnes a cambio de Audrey.

AUDREY

Dhaxton regresó a la habitación y de un movimiento lanzó el celular contra la pared. Estaba mucho más molesto de lo que se mostró antes y eso me aterrorizó. Cerró la puerta de un golpe y lanzó a un lado su silla.

Me quedé quieta por el miedo. No quería provocarlo en lo más mínimo, porque era probable que me hiciera más daño.

–Ya lo he decidido –dijo entre dientes–. Voy a matarte.

Negué con la cabeza y le supliqué que no lo hiciera, pero Dhaxton estaba fuera de sí. Caminaba de un lado a otro con los puños cerrados y murmurando cosas que no lograba entender.

–Al diablo con los demás –continuó despotricando–. Al diablo contigo. Vivian puede encargarse de todo.

¿Vivian?

–Sí, ella lo puede hacer. Ya tiene tu reemplazo.

Que Vivian ¿qué?

Sentí que mi pecho se hundía, que todo mi alrededor se convertía en papel. Que estaba viviendo una pesadilla donde ya nada tenía sentido. Vivian. ¿Por qué ella? ¿Por qué tenía que ser así? Y Lucy... ¿a ella se refería con reemplazo? Quería que todo fuera una horrible pesadilla. Un sueño, nada más, pero al ver que Dhaxton se acercaba tan decidido hacia mí me recordó la penosa realidad.

–¿Tus últimas palabras, Audrey?

–Aguarda un momento –le pedí–. Todavía podemos llegar a un acuerdo. Lo podemos solucionar de otra forma.

Se rio con amargura, pues sus comisuras estaban caídas.

–No hay soluciones –dijo, tornándose serio–. Seth ha dicho: «¿Qué le hiciste a Drey?». Ha preguntado por ti. ¡Me está culpando de haberte hecho daño! Ni siquiera me ha dado tiempo de explicarlo.

Me observó con desprecio, con un odio que no logré entender desde un comienzo.

–Por ti –continuó–. Eso es lo que más me molesta...

De pronto, mis pensamientos se esclarecieron y fui iluminada por una verdad que todo el tiempo estuvo ahí, clara y, al mismo tiempo, escondida. Una verdad tan obvia que pasó desapercibida para todos. Y, con eso, todas las explicaciones y acciones de Dhaxton cobraban sentido: aquella vez en su estudio, cuando llegó como un loco al hospital la vez que Agatha enfermó, el gato y ahora con lo de la copa.

Dhaxton nunca intentó alejar a Seth de mí, lo que él buscaba era alejarme a mí de Seth.

–¿Acaso estás enamorado de Seth?

El rostro de Dhaxton se distorsionó hasta la confusión. Permaneció quieto, como un animal que temía ser atacado por un depredador más grande.

–Todo este tiempo tú... Dios..., ahora todo tiene sentido. Ahora comprendo por qué siempre que estábamos juntos, tú, de alguna manera, intervenías. Estás enamorado de Seth.

Lo miré directamente a sus ojos, aventajándome de su miedo. Seth. Había descubierto que él era su punto débil y estaba dispuesta a usarlo para mi propio beneficio.

–Te gusta desde hace años, ¿no es así? Pero él estaba enamorado de Agnes.

Bajó la mirada al suelo. Pude ver su perfil volverse sombrío, completamente serio. Había dado en el clavo, y ya no había forma de que lo ocultara. Se tomó un momento de silencio, supongo que para reflexionar en qué había fallado. Entonces, sus comisuras caídas se elevaron demostrando que todavía tenía la fuerza para hacerle frente a mi descubrimiento. Eso bastó para que tuviera la ventaja otra vez, porque Dhaxton era impredecible.

Ya había decidido mi destino: me contaría la verdad porque me mataría.

–Sí –me dio la razón y avanzó hacia mí con paso lento–. Amo a Seth y no me cabe ninguna duda de que él y yo somos almas gemelas. Pero no lo amo como todos, lo amo en todos los sentidos que la palabra puede tener. Lo amo como amante, como hermano, como amigo... A diferencia de *ella* –su voz tuvo un cambio al referirse a Agnes–, que solo lo amaba con superficialidad. La odiaba por eso. La aborrecí desde la primera vez que nos encontramos en aquella reunión. Pero mi repudio fue creciendo cuando noté que él también comenzó a interesarse en ella. Yo fui el primero al que conoció, conmigo iba hacia todos lados, ¿por qué ella le llamaba la atención? Supe que la razón era muy simple: a Agnes le gustaba pavonearse por ahí. Era una egoísta necesitada de atención.

La forma en que se expresaba demostró que no solo odiaba a Agnes, sino que no había ningún arrepentimiento por lo que había hecho.

–Y todo lo echaba a perder. No iba a permitir que arrebatara a Seth de mi lado, así que opté por cerrar cualquier posibilidad entre ambos.

–La mataste –murmuré, temerosa.

Me lanzó una expresión de temer. Interrumpirlo había sido un arrebato del que me arrepentí al instante.

–Busqué una salida simple –enfatizó cada una de sus palabras–. El solo hecho de pensar que los dos podían hacer una vida juntos me enervaba, y como sé que dentro de lo descuidado que suele ser Seth es bastante leal, busqué el punto débil de Agnes y la convencí de que saliera conmigo en lugar de él.

Por eso Agatha dijo que Agnes y Seth se veían enamorados, por eso ella no comprendía por qué razón Agnes eligió a Dhaxton. Él la extorsionó para que salieran, nunca se trató de amor. Lo peor de todo era que Emma también lo había elegido a él. Siempre había sido Seth.

No podía creer que Dhaxton no mostrara una pizca de arrepentimiento.

–Si lo tenías bajo control, ¿por qué la mataste? ¿Por qué llegar a tal extremo?

–Lo hice por amor –dijo con seguridad.

–Eso no es amor. Lo que sientes hacia Seth no es amor –dije, firme–. Estás obsesionado, enloquecido, confundiendo la dependencia que sientes hacia él. Eso no es amor.

Lo había ofendido.

–¿Qué puedes saber tú del amor? –cuestionó–. Tú: una chica que pasó la mitad de su vida atrapada en un internado, alimentándose de las costumbres de los demás, sin haber experimentado la vida. Eres una mojigata que recién abre los ojos al mundo.

–Lo suficiente como para saber que si amo a alguien jamás haría algo que lo dañe. Sé lo suficiente como para sentir que, si no soy buena para esa persona, la dejaré ir, porque amar no siempre consiste en sentimientos mutuos. A veces la mayor muestra de amor es dejar que esa persona sea feliz con otra, no impedírselo. Amar no es acaparar toda su atención, es darle su propio espacio. Tienes razón; no he experimentado nada en mi vida, pasé la mitad de mi vida en un internado, pero he tenido la oportunidad de saber qué es amar a otra persona, y también de saber qué son los celos.

–Hablas demasiado –se quejó, formando una mueca de desagrado–. Es tiempo de que...

Sus palabras se desvanecieron ante los golpes en la puerta.

Tomé aire para chillar con fuerza y ser rescatada, pero Dhaxton saltó sobre mí y me cubrió la boca, incluyendo mi nariz. Me moví de un lado a otro para que dejara de asfixiarme.

Empecé a perder la conciencia por la falta de oxígeno, a debilitar mis movimientos, pero con el último suspiro que me quedaba, conseguí morder uno de sus dedos. Dhaxton soltó un grito de dolor en lo que yo tomé otra bocanada de aire y grité por ayuda.

–¡Dhaxton! –ese era Seth–. ¡Dhaxton, abre la maldita puerta!

El horror se reflejó en Dhaxton. Con los ojos desorbitados miraba a su alrededor, pero era demasiado tarde: Seth embistió contra la puerta y esta se ahuecó por los golpes.

–Ya ríndete –le dije a Dhaxton–. Él ya sabe que estoy aquí.

–¡Silencio! –exigió, abofeteando mi cara.

–Es momento de enfrentar lo que hiciste –insistí, sintiendo el sabor metálico de la sangre–. Ya no puedes escapar.

Dhaxton fue en busca de algo con lo que atacar. Agarró la escultura de la cabeza de Seth. Me dio escalofríos saber que guardaba algo así. Se colocó enfrente, con la escultura en lo alto dispuesto a golpearme. Pero la puerta se abrió. El primero en asomarse fue Raziel, a quien Dhaxton le lanzó la escultura. Raziel la logró esquivar agachándose. Aprovechando la distracción, Dhaxton intentó abalanzarse sobre él, pero Seth apareció en la entrada. Eso fue como si una pared invisible los detuviera a ambos. Entonces emitió un gruñido y se lanzó contra Dhaxton.

–¡¿Por qué?! –le gritó–. ¡¿Por qué haces esto?!

El sonido de sus puños colisionando en Dhaxton fue terrorífico. Aunque fue peor ver cómo sus nudillos se rompían ante el contacto despiadado contra su cara y ver el brote de la sangre en las heridas recién hechas.

Raziel se acercó a mí con paso decidido, sin inmutarse por la matanza que ocurría entre ambos

chicos.

–¿Estás bien? ¿Te hizo algo? –preguntó y examinó mi rostro. Cuando sus ojos repararon en la herida en mi frente y la otra en mi labio se envolvió en una rabia incontrolable que desató con un gruñido furioso. Lo noté nervioso, con sus dedos intentando desatarme con desesperación.

Al fin libre, nos tomamos un momento para observarnos. Mis ojos se llenaron de lágrimas y los de él también. Verlo después de lo que había pasado me resultó un gran alivio. Lo abracé con fuerza y él me aferró a su cuerpo. Junto a él volví a sentirme segura y feliz.

–Perdóname. Perdóname. Perdóname... –repitió hasta que los gritos de Seth nos pusieron los pies en la tierra.

–¡Seth! ¡Basta! –le supliqué–. ¡Vas a matarlo!

Quedó con el puño en alto, amenazante, mientras Dhaxton estaba en el suelo con la cara cubierta de sangre. Sangre. Cuando Seth se dio cuenta de esto se hizo a un lado para vomitar.

Dhaxton permaneció quieto, sin siquiera quejarse por el dolor. En sus ojos grises se percibía la desesperanza, la falta de brillo, el desligue de toda la fachada que durante años había formado.

Dhaxton estaba perdido.

Seth se recompuso entre jadeos angustiados y lo observó. Sus ojos inyectados en sangre. Saltó sobre Dhaxton y lo agarró de la ropa, sacudiéndolo.

–¡Mira lo que has hecho! –le reclamó, desesperado–. ¿Por qué? ¡¿Por qué lo hiciste?!

Los ensangrentados labios de Dhaxton se separaron.

–Nunca lo entenderían... –pronunció con dificultad.

–¿Entender qué? ¡¿Que eres un maldito psicópata?! –intervino Raziel, dando un paso hacia él dispuesto a retomar el trabajo de Seth. Yo lo detuve y negué con la cabeza.

Silencio.

Dhaxton no estaba dispuesto a dar más explicaciones. Hablar significaba reconocer una derrota y, lo peor para él, que Seth supiera lo que había hecho por egoísmo. Si le respondía, Seth se apartaría de su lado y su mayor miedo se haría realidad.

Pero yo sabía cómo hacerlo hablar.

Me dirigí a la mesa donde estaba la pintura de Agnes y comprobé con horror que los bocetos pegados en la pared eran chicas posando igual que Agnes muerta. Pero eso no fue lo peor. Al revisar el contenedor, encontré todas las pertenencias de Agnes, como su tarjeta DNI, pasaporte y ropa. Además, había una cámara instantánea, un libro sobre Danti Vannan y un par de fotografías.

Cogí una para verla y solo entonces Dhaxton se empezó a retorcer. Raziel tuvo que ayudar a contenerlo.

Di un grito ahogado al ver la foto. Aparecía Agnes tendida en el suelo en la misma posición que en el retrato, pero su rostro estaba desfigurado y había un charco de sangre alrededor de su cabeza.

–¿Qué es eso? –interrogó Seth.

–Es Agnes, tendida en el piso, muerta –le dije sin moverme.

–Quiero verla... –caminó hacia mí.

–No –oculté la foto a mi espalda.

–Quiero verla –insistió.

Esa era su forma de abrir los ojos y convencerse de la clase de amigo que tenía. Sin embargo, al ver la foto comenzó a llorar sin control.

–No... Agnes... –balbuceó–. ¿Por qué, Agnes, por qué?

Dhaxton se volvió loco, quiso zafarse, pero Raziel era mucho más fuerte y logró inmovilizarlo. Se retorció sin resultados, pero era persistente. No se cansaba ni parecía adolorido por los golpes. Solo se quedó quieto cuando Seth se le acercó para enseñarle la fotografía.

–¿Cómo pasó?

Más silencio.

–Quiero que me cuentes todo para darte una segunda oportunidad.

Dhaxton pestañeó demostrando que aquella declaración lo había dejado sorprendido, y Seth lo sabía bien, pues continuó hablando:

–Tú eres mi amigo, llevamos años de amistad. Hemos sabido guardarnos la espalda, seguro que tienes algún motivo importante por el que hiciste esto. Quiero saberlo. Quiero entenderte, Dhax.

Raziel y yo lo miramos sin comprender la forma en que estaba actuando. Había bajado el tono de voz, hablaba más lento y cercano. Y funcionó, pues las defensas de Dhaxton se debilitaron.

–¿Podrías, por favor, darme al menos un motivo?

Finalmente, Dhaxton accedió a la petición asintiendo.

Raziel lo levantó sin problemas y lo tiró sobre la silla. Todos nos abrimos espacio dispuestos a escuchar con atención lo que tenía que decir.

–¿Recuerdas cómo nos conocimos? –interrogó Dhaxton, a lo que Seth asintió–. Yo no era nada. Yo no era nadie, solo el hijo marginado de un sujeto influyente. Un niño que jamás recibió una muestra de cariño. Mi familia y mis criadores me enseñaron sobre disciplina, educación, perfección, silencio... Me moldearon para hacer lo que ellos querían, a aprender con la práctica, por las malas. Pensaba que esa era la forma... hasta que te conocí. Tú, pese a que te había lanzado al agua, me perdonaste y me ofreciste tu amistad. Eso me dejó sorprendido. Tú me enseñaste lo que es sentirse «apreciado».

Sus palabras me llevaron a recordar lo que Seth me contó sobre la infancia de Dhaxton y lo duros que fueron con él.

–Me demostraste que, de alguna forma, podía ser «algo» en la vida de «alguien», incluso con todos mis defectos. Se sentía bien. Yo me sentí bien. Quería sentir ese aprecio durante mucho tiempo, solo para mí.

–No entiendo... –titubeó Seth.

–Dhaxton creó una dependencia emocional hacia ti –dije, ganándome una mirada hostil de él.

–No –contradijo–. Lo hice para que fuera feliz.

–Lo hiciste porque querías su aprobación –dije con desdén, acercándome a Seth–. Él mató a tu perro –lo señalé–. Dhaxton tuvo que provocarlo porque no soportaba que estuviera a tu lado. Quiere toda tu atención para él, sin importar el costo.

Seth palideció todavía más.

–¿Es eso cierto? –le cuestionó–. ¿Provocaste a Bobby?

Dhaxton aplanó sus labios rotos. No podía mentirle a Seth, no podía negarse a él, por eso había preferido el camino del silencio.

–No puede ser... –Seth se agarró la cabeza, echando su cabello hacia atrás–. Lo tuvieron que dormir por tu culpa, siendo que él jamás atacó a nadie...

–Lo hice por ti. Él era peligroso –se excusó Dhaxton–. Tarde o temprano actuaría como tal y te atacaría.

–Como tú, ¿no? –espetó Seth y formó una sonrisa ladina pero nerviosa–. Mientras yo pensé que eras mi amigo, tú mostrabas tu verdadera cara a escondidas. Quién sabe cuántas cosas

intentaste hacerme a mis espaldas.

–Ninguna –afirmó, solemne–. Sin ti, ¿cuál es el sentido de mis actos, de mi arte, de mi vida...?

–¿Arte? –emití sin pensar.

Tanto Seth como Raziel se percataron de que esto cobraba un sentido escabroso.

–Oh, mierda... –murmuró Seth–. Danti Vannan.

Recordé lo que Seth me había dicho en la biblioteca.

«Dhaxton lo conoció gracias a mí y desde hace un tiempo ha hecho todo por imitar su estilo. No lo culpo, si yo tuviese el talento del dibujo también me esmeraría por llegarle al menos a los talones», dijo aquella vez. Entonces, yo le pregunté cuál era el objetivo de Dhaxton al imitar a Danti, y su respuesta fue...

–Ser él –dije en voz alta.

Seth me miró como si hubiera descubierto otra decepción que le rompiera el corazón y la psiquis. La desesperación de Dhaxton por la atención de Seth lo llevó a copiar su estilo, su arte. Nunca quiso buscar la perfección ni buscar a su musa, quería ganarse una palmadita en la espalda por parte de Seth.

Todo lo que Dhaxton demostró era una mentira. Absolutamente todo.

Le prometió a Seth que nunca mentiría, así que hizo de toda su vida una mentira.

–¿Qué pasa por tu cabeza? –le cuestionó a quien creía que era su amigo–. Ni siquiera puedo reconocerte. Esto... toda esta mierda... ¡¿Quién demonios eres?!

–¿No te has dado cuenta? –replicó Dhaxton con un dejo de sarcasmo en su voz–. Yo soy el monstruo que tú creaste. Uno que despertó después de lo que pasó con Agnes –dijo alzando su mentón con orgullo.

–Ella era nuestra amiga. Tu novia. ¿Por qué le hiciste daño?

–¿Hacerle daño? –hizo ver la pregunta de Seth como una absurdez–. Le hice un favor. Tú conociste su lado afable; yo, por el contrario, vi su otra cara. Era una falsa, desquiciada, que vivía con miedo y se estaba volviendo adicta a las pastillas. Le pillé un par de sustancias fuertes, tarde o temprano moriría de una sobredosis.

Era tan frío al hablar que tuve escalofríos y deseos de exigirle que hablara bien de Agnes. Apenas tenía recuerdos de cómo era estar con ella de niña, pero era mi hermana.

–No sabía sobre sus adicciones –admitió Seth, impresionado.

–Está claro que no –se mofó Dhaxton, recobrando la confianza–. Seguro que en algún punto te lo iba a comentar y te ofrecería un poco. No lo podía permitir.

La furia me invadió.

–Dile la verdad –intervine–. Dile las razones reales por las que decidiste matarla. Dile que la mataste por celos.

–¿Es cierto?

Seth buscó la mirada de Dhaxton y él, como no podía mentirle, permaneció en silencio.

–Pero eso no es todo: Agnes sí estaba enamorada de ti. Tu amor era correspondido. Agnes era novia de Dhaxton porque él la extorsionó, supongo que con exponer lo de las drogas –asumí–. Fue lo suficientemente lejos porque...

Dhaxton se levantó de la silla para saltar sobre mí. Por suerte, Raziel fue más rápido y lo regresó a su lugar. Más forcejeos inútiles llevaron a Dhaxton a ser presa en su propia habitación, pues decidieron atarlo.

–Quiero oírlo de él –dijo Seth, dirigiéndose a Crusoe–. ¿Por qué la mataste?

Dhaxton le regresó la mirada a Seth.

–¿Por qué razón matas a una mosca que merodea tu comida? Fácil; la matas porque es un insecto que ha pasado por la inmundicia. La matas porque es portadora de enfermedades y sus larvas son perjudiciales para el ser humano. Agnes era perjudicial para ti.

DHAXTON

Aquella tarde llegó a mi casa molesta, como solía presentarse ante mí siempre que tú no estabas. No me soportaba, mi sola presencia sacaba lo peor de ella. Mentíamos por un bien en común: tú. Si estábamos unidos, eso era porque queríamos que vivieras bien, sintiendo que tenías una linda amistad. Pero ella llegó conmigo esa tarde dispuesta a poner fin a nuestra amistad. Quería contarte que nunca me amó, que nuestro noviazgo era una farsa. Lo vi en su rostro cuando, después de que la invitaron a entrar, ella decidió verme en la biblioteca, donde solíamos encerrarnos a discutir.

–Voy a contarle la verdad a Seth –dijo–. Creo que este noviazgo debe terminar aquí. Él debe saber que esto es una farsa. No nos queremos. Estamos juntos porque tú me tienes atada y porque eres demasiado cobarde para decirle que tienes una obsesión con él. Merece saberlo.

La retuve.

–Si lo haces...

–Si lo hago ¿qué? No te soporto, pagaría otra dosis más de esas estúpidas pastillas para no tener que verte. ¡Me das asco! Estoy cansada de vivir con esta mentira. Yo lo amo –añadió, jadeante por haberse sobresaltado repentinamente–. Él me ama. Punto. En esta historia de amor tú no existes. Iré a contarle que me extorsionaste para salir contigo, que me quieres alejar de él. Le diré que estás celoso de mí porque yo le intereso, yo le gusto, porque me atrevo a decirle lo que tú no puedes. Déjame en paz.

Tuve que actuar.

Tomé una de las esculturas y se la aventé. La escultura no le dio, pero sirvió para que mantuviera la boca callada durante unos instantes.

–¿Has perdido el juicio?

Mi impulsividad la alteró más.

–Voy a decirle a Seth sobre esto –amenazó–. Voy a contarle todo.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, la agarré del brazo y la empujé a un lado. Lo siguiente que hice fue tomar la mesita de centro de cristal y lanzársela. Ella apenas se cubrió. Quedó atontada por el golpe, choqueada porque no esperaba que actuara así. Si mis opciones eran tan limitadas, no sé qué esperaba ella.

–Dhaxton... ¿Qué haces?

Fue lo que preguntó mientras avanzaba hacia ella.

No respondí.

Ya no había vuelta atrás.

Si Agnes salía por esa puerta, iría corriendo a contar lo agresivo que me había puesto –y con razón– a todos nuestros conocidos, incluyéndote, así que, me lancé sobre ella y le di un golpe en la mejilla y luego coloqué las manos alrededor de su cuello para asfixiarla. Del impulso caímos al suelo, pero no la solté. No podía, no me había dejado opción.

Mis manos en su cuello se ajustaban muy bien, como una brocha a su artista.

Agnes estaba roja, con los ojos saltones inyectados en sangre, el cabello despeinado y la boca abierta jadeando en busca de oxígeno.

Yo veía su rostro, pero no pude ver sus manos, con las que buscaba algo para liberarse.

Agnes era tan oportunista y, en cierto aspecto, suertuda, que alcanzó un trozo de cristal que no dudó en empuñar. Me lo intentó enterrar con lo último que le quedaba de fuerza. Para su infortunio, el cristal transitó por mi cara con la profundidad exacta para no deformarla, pero sí para causarme esta cicatriz. Me aparté para cubrir mi cara; la sentí arder, doler, abrirse poco a poco para que la sangre empezara a caer.

Frente a mi distracción, Agnes intentó huir una vez más, pero su acto vandálico me enfureció. Agarré otro de los adornos de metal que tanto le gustaban a mi padre y la golpeé en la cabeza. Su paupérrimo estado provocó que cayera otra vez al suelo. Se giró sobre su cuerpo, se arrastró sin resultado mientras yo la seguía con paso decidido.

Levanté el adorno, preparado para darle el golpe final.

–Espera... –alzó una mano para detenerme–. No me mates. Deja que me vaya... Me iré lejos de aquí, fuera del país. Haré como que nunca los conocí y olvidaré mi vida hasta ahora. Tengo el dinero, tengo mi identificación, mi pasaporte... Tengo todo preparado para marcharme. Siempre quise irme, ¿verdad? Pregúntale a Seth. Deja que me vaya lejos y prometo nunca más volver.

Bajé la guardia ante una idea que se me pasó por la cabeza.

–¿De verdad?

–Sí, no juego, es mi vida. Voy a irme lejos.

Ni siquiera lo pensé.

–Necesitarás papel y lápiz. En el escritorio los encontrarás. –Eso la dejó confundida–. Si te vas debes despedirte. Nos escribirás una carta. Una para Seth, una para mí y una para tu sirvienta.

Agnes obedeció, aunque de muy mal humor. Se sentó en el escritorio y escribió una carta para Raven. Luego para Seth. A ese punto creo que ya sabía que no podría salir de la biblioteca, que las cartas de despedida eran reales. Lloró cuando le dicté qué escribir. Pero cuando llegó a la mía... Ja, me da gracia recordar la forma en que me miró. Ese odio que siempre demostraba. Una dramática cualquiera.

Había vomitado todo su odio.

–Arréglalo –le pedí–. No querrás alertar a Seth.

–Bien –farfulló, siempre tan orgullosa.

En cuanto terminó las cartas las dejé a un lado, donde no pudieran mancharse.

–¿Y ahora qué? –preguntó Agnes.

–Gracias por tu colaboración –le dije y di el primer golpe.

Fue certero: justo en su frente. Eso la dejó mareada, más aturdida. Los siguientes fueron en su cara. No recuerdo cuántos fueron, pero conseguí callarla. Me puse de pie, con el adorno sostenido en mi mano temblorosa, manchado en sangre, y con la respiración agitada.

Agnes estaba muerta.

La escena era sublime, una que jamás podría llegar a pintar, por eso cogí la vieja cámara instantánea de mi padre y tomé un par de fotografías.

Mi padre no tardó en llegar. Uno de los empleados –quien ahora está silenciado– le contó que algo estaba ocurriendo en la biblioteca y vino a cerciorarse de que todo se mantuviera en orden. Con su llegada volví a mis cabales y le abrí la puerta. Él observó desde la entrada el desastre que Agnes había dejado con su llegada y luego la miró a ella.

Analizó la situación y me golpeó como regaño.

–Hay que quitarla de aquí –dijo–. La envolveremos en una alfombra, llamaré a un servicio de limpieza para que se encargue de la biblioteca.

Esa es una de las razones por las que le debo la vida. Por primera vez, en mucho tiempo, pensó en mi bienestar y seguridad.

–Suelta eso –me ordenó. Su dedo señaló el adorno–. También lo tendremos que limpiar para dejarlo donde estaba. Si alguien pregunta, Agnes nunca estuvo aquí –continuó–. Vamos a borrar todas las grabaciones de las cámaras. Déjame ver tu rostro.

La cólera me tenía tan abrazado que había olvidado que mi rostro estaba bañado en sangre por la herida abierta.

–Ni una palabra de esto a nadie. En cuanto a lo que pasó, tuviste una discusión con un empleado después de que le anunciaron su despido y él te empujó contra la mesa de centro, agarró un trozo de cristal y te atacó. ¿Entendido?

Asentí.

–Y en cuanto a ella –miró otra vez a Agnes–, más te vale crear una coartada.

Ya la había creado, y lo mejor era que la misma Agnes me había ayudado con ella.

Después de curarme la herida, papá y yo regresamos a la biblioteca para ocuparnos de Agnes. Allí la observé por última vez. Así, muerta, se veía perfecta, pura, como una pieza de arte que merece ser perpetuada para siempre.

Ella ya no estaba para alejarte de mí, y si bien tuviste algunos romances, siempre supe que ninguno iba en serio.

Por fin pude sentir paz.

Sin embargo, Audrey Johnson llegó a la academia y lo que para mí era una nueva candidata que me ayudaría a darles más prestigio a nuestros hermanos, para ti se convirtió en algo más serio. Me di cuenta de ello mientras más los veía interactuar. Sentí que se había abierto un hueco en el suelo y había traído de regreso a Agnes. No lo podía permitir, así que la traje hasta aquí.

AUDREY

Cerré mis ojos para contener las lágrimas. Lo que le había sucedido a Agnes había sido tan cruel e inhumano que me era imposible imaginar el dolor que sintió. Tuve náuseas y mis piernas temblaron. Raziel me dio apoyo y me aferré a él con fuerza, escondiendo mi rostro del mundo.

–¿Qué haremos con él? –interrogó, señalando a Dhaxton.

Seth agarró la lámpara y la levantó dispuesto a golpearlo, pero así se quedó, debatiendo si realmente valía la pena. En el rostro de Dhaxton, que parecía una masa deforme de piel, sangre y saliva, no había aflicción ni dolor, tampoco arrepentimiento, solo estaba... serio.

–Deberíamos molerlo a golpes, igual como hizo con Agnes –dijo Seth, con el objeto en sus manos–, pero los golpes no le duelen, creció acostumbrado a ellos –dejó la lámpara en el suelo–. Además, sería poco para lo que hizo...

–Esto no se puede quedar así –intervine al darme cuenta de que se estaba rindiendo–. Dhaxton tiene que pagar por lo que hizo.

Entonces Seth guardó silencio. Volvió a su faceta seria; cejas planas, labios rectos, ojos oscuros y casi sin brillo.

–Audrey tiene razón –le habló a Dhaxton–: lo que tú sientes es una obsesión enfermiza y miedo a perderme. Pero ¿sabes? Incluso sabiendo eso te hubiera aceptado; incluso sabiendo que extorsionaste a Agnes, te habría perdonado. Pero decidiste matarla y ahora decidiste contármelo como si se tratara de un acto heroico. Lo realmente heroico es haber sido amigo de un ser como tú. No voy a entenderte, jamás lo haré, porque yo sí entiendo lo que es querer a una persona.

–Yo de verdad... –intentó explicarse– quería... ayudar...

–Ni siquiera mereces ser perdonado. Ni siquiera mereces ser entendido. Hay monstruos a los que se les puede entender e incluso justificar, pero tú... tú eres uno que tuvo la oportunidad de elegir bien, y lo hiciste mal. Eres cobarde, mentiroso, manipulador y un pésimo amigo.

Sonó a una despedida. Dhaxton también lo notó, pues la aflicción que reflejó su rostro, con todas sus heridas expuestas, fue clara.

–Si tu mayor miedo era que Agnes nos separara, ahora tendrás que vivir con la idea de que fuiste tú quien nos separó. Quiero que vivas con eso en la cabeza, que te carcoma la mente por siempre, que, cada vez que vayas a dormir, recuerdes que te cargaste una amistad. A partir de ahora, jamás nos volveremos a ver.

Le estaba dando donde más le dolía. Esa era la única forma de doblegar a alguien como Dhaxton: ser abandonado por la única persona que le tendió la mano por primera vez.

–Perdón –se le alcanzó escuchar a Dhaxton–. Perdón, perdón –repitió como un niño pequeño al que han descubierto haciendo una fechoría–. Pégame, mátame, pero no te vayas... No me dejes.

Seth lo miró de reojo y dijo:

–Los muertos no perdonan.

La desolación se reflejó en los ojos de Dhaxton. Se volvió pequeño en la silla, sin nada más que decir. Estar lejos de Seth era el peor castigo para Dhaxton.

Estábamos dispuestos a irnos cuando la puerta se abrió. Denniro apareció en la habitación junto a dos hombres armados que nos apuntaron a Raziel y a mí. Ambos pusimos las manos en alto mientras que Seth, cauteloso, se interpuso entre los cañones y yo. Esa distracción le dio ventaja a Raziel, quien se colocó detrás de Dhaxton, amenazándolo con una navaja en el cuello.

Los dos hombres lo apuntaron a él.

–Calma –Denniro quería llegar a una conciliación–. No hay razón para iniciar una matanza.

–Díselo al demente de tu hijo –habló Seth, descargando su ira contra Dhaxton, quien era un muerto en vida.

–Ten cuidado –advirtió Denniro, y noté que dio un paso hacia Seth–. Demente es una palabra muy grave para usarla tan a la ligera.

–Y encubrir un asesinato es demasiado complicado para que salgan impunes –insistió Seth, dando un paso atrás con los brazos extendidos para mantenerme dentro del rango de su cuerpo–. ¿Vas a encubrir el nuestro también?

–No es necesario. Vamos a hablarlo.

–¿Quieres que bajemos la guardia para sacarnos de aquí enrollados en una alfombra como con Agnes? –preguntó de nuevo Seth.

Raziel intervino.

–¿Qué propones? –le preguntó a Denniro.

El padre de Dhaxton tenía un particular interés en él, supongo que porque era el único que parecía más razonable y a quien no conocía. Temí por él; al fin había encontrado a su hermana, no era justo que le ocurriera algo.

–Bajemos las armas –le propuso.

–No. –Raziel reafirmó su ventaja, tirando a Dhaxton del cabello y exponiendo aún más su cuello–. Habla.

–Allá arriba hay una boda que no debemos arruinar. Tomemos las cosas con calma, tratemos de no alertar a nadie. ¿Les parece?

Era impresionante. A ese hombre solo le interesaba su estúpida reputación.

–Lleguemos a un consenso que no alarme a nadie. Van a soltar a Dhaxton, lo dejarán libre y nos iremos de aquí. Ustedes también. Haremos como que nada de esto ocurrió.

–Mi madre se debe enterar de esto –dije, mirándolo por encima del hombro de Seth–. Ella hará preguntas.

–Podemos hablarlo...

–No quiero hablarlo –zanjé de inmediato–. Ella tiene que saber lo que tu hijo intentó hacerme. Haz que paren la celebración y nos largamos de aquí. Por mi parte, prometo nunca hablar de esto. Con nadie.

–Lo mismo va para mí –habló Raziel–. Nos largamos de aquí y no hablaré de esto jamás. ¿Seth?

Seth apretó los puños con fuerza, reticente a esta nueva conciliación.

–Bien –dijo entre dientes.

Con un ademán, Denniro les ordenó a sus hombres bajar las armas. A continuación, Raziel quitó el cuchillo del cuello de Dhaxton y miró a Seth diciéndole algo en silencio que no logré comprender. Seth me tomó del brazo y me llevó hacia la puerta. Apenas pude procesar lo que sucedía.

Atravesamos la puerta para encontrarnos con una larga escalera que no parecía tener fin. Con ayuda de Seth, logré subirla hasta dar con un pequeño cuarto simple desde donde divisé la habitación de Dhaxton. El lugar había estado oculto en el suelo, como una trampilla.

–Hay que sacarte de aquí –dijo Seth.

Enseguida Raziel me tomó de los brazos para llevarme a la salida. Fue rápido, pues no quería ser alcanzado por Denniro, Dhaxton o alguien más. El peligro todavía nos acechaba y todos sabíamos que esto no podía ser tan simple. ¿Verdad?

Al llegar al primer piso me percaté de que la celebración continuaba.

–Mamá está...

Los chicos fueron tan rápidos en salir de la mansión que ni siquiera pude reclamar. Sin dar explicaciones, salimos a la calle y avanzamos hacia donde se suponía que Raven nos esperaba. Fue ahí donde Seth se detuvo.

–Mantenla a salvo –se dirigió a Raziel para luego caminar de regreso a la mansión.

–Espera... –le pedí, estirando mi brazo para alcanzarlo–. Espera, Seth... ¡Seth!

Me aparté de Raziel para seguirlo, pero me retuvo a pesar de lo mucho que intenté soltarme. Estaba demasiado débil para luchar, incluso para seguir llorando, así que asumí la derrota suplicando que todo esto terminara.

Raven apareció en el auto al final de la calle y se detuvo frente a nosotros. Raziel me subió a la parte de atrás y luego se subió al asiento de copiloto.

Cuando Raven se puso en marcha, lo único que logré ver fue cómo abandonábamos la calle, todavía con la esperanza de divisar a Seth corriendo en nuestra dirección. Pero él ya no estaba.

–¿Qué ha pasado ahí adentro?

Raven sonaba desesperada.

–Dhaxton –se limitó a decir Raziel.
Eso fue lo último que escuché antes de hacerme un ovillo y perderme.

Capítulo 21
Antes de la tormenta

AUDREY

Desperté a causa de una pesadilla. Me intenté sentar, sobresaltada, temblando y todavía viendo a mi alrededor aquella habitación fría.

–Despacio, Angelito –le escuché decir a Raziel y eso bastó para que poco a poco volviera a la realidad, aunque la sensación de las correas apretando mis muñecas y piernas seguía.

Me habían vendado la cabeza y estaba sentada en un cómodo sillón.

–¿Y este lugar?

Camille se asomó por el umbral. Ahí supe que nos encontrábamos en su casa.

–Hola –me saludó con una sonrisa sincera, lo que era asombroso por lo cálido que era su corazón y, al mismo tiempo, vergonzoso, pues seguía dándole problemas–. Te traje el vaso con agua que me pediste –se dirigió a Raziel.

Él le agradeció y Camille se marchó, no sin antes darme una mirada de tranquilidad.

–Bebe –me ordenó Raziel.

–Siempre tan mandón, ¿no?

Recibí su vaso de mala gana, aunque en el fondo ansiaba hidratar mi pobre garganta.

–Veo que tu humor volvió –hizo una pausa para examinarme–. ¿Te sientes bien?

–Lo suficiente como para querer largarme de aquí –dejé el vaso sobre el mueble que tenía al lado y me acerqué a Raziel de manera confidente–. Estamos poniendo en riesgo a Camille, tengo que hablar con mamá y Lucy...

–Ey, Ey... –me frenó, provocando que mis nervios se aplacaran–. Respira un poco. Pasaste por una situación estresante, no debes presionarte.

–¿Y qué sugieres? No confío en Denniro, sé que probablemente uno de sus autos nos siguió hasta aquí; en cualquier momento puede llegar un hombre a silenciarnos.

–Lo sé, pero no hay otro sitio al que podamos ir por ahora. Al menos no hasta que Raven encuentre algo.

Me había olvidado de Raven. Lo último que recordaba de ella era que manejaba a toda prisa.

–No te preocupes por ella, estará bien.

Raziel tenía un don para leerme los pensamientos.

–¿Y Seth? ¿Has sabido algo de él?

El estómago se me estrujó cuando negó con la cabeza.

–Nada –dijo.

–Ese niño tonto...

Solo pensar que podía estar cometiendo alguna locura despertó mi nerviosismo.

–Va a estar bien. Él es uno de ellos. Y Crusoe no le hará daño.

Hablaba tan despreocupado que quise creerle, pero era Dhaxton; ya había demostrado que era impredecible.

–No lo sabemos. ¿Y si se pone en plan «ya no me quieres entonces te haré daño»?

–Ya viste cómo se puso luego de que Seth le dijera que no lo quiere cerca.

Sí, lo había visto. Vi que en el fondo era un chico destrozado que había perdido a la única persona que de verdad apreciaba... aunque de una manera muy retorcida. Después de tanto maltrato, de no haber tenido ningún vínculo cercano con alguien, Seth debió ser un halo de luz al que se quiso aferrar con fuerza.

–Siento lástima por él –admití muy a mi pesar, sintiendo la boca amarga al reconocerlo–. Sé que no la merece, pero... está tan desesperado que es triste ver lo lejos que tuvo que llegar.

Raziel soltó una risa nasal.

–¿Qué? –espeté.

–¿Recuerdas cuando te conté que Crusoe y Bellish, junto a tu examiga rubia y Solange estaban jugando contigo? ¿Que nada de lo que estabas viviendo era una coincidencia?

–Cómo podría olvidarlo, me sentí tan traicionada que no supe qué hacer.

–Sí, exacto, y yo te dije que había que matar a Audrey Johnson.

–¿A qué intentas llegar?

–Creo que eres invencible –soltó sin más–. Te has vuelto más fuerte, pero en el fondo sigues siendo tú: la chica de corazón noble, que, aunque no esté de acuerdo con las acciones de los demás, es capaz de ponerse en el lugar de ellos para entenderlos. Tienes compasión, algo que muy pocos consiguen sentir estando en tu situación. Puedes ponerte en sus zapatos, mas no los justificas. Y, lo más sorprendente, es que, después de vivir una experiencia horrible, sigues pensando en los que aprecias –hizo una pausa para revolverme el cabello–. Jamás dejes que te cambien.

–No dejaré que lo intenten siquiera –dije con firmeza y él me sonrió con orgullo.

–Así se habla...

–¿Viktor? –asomada en el umbral por fin conseguí ver a Agnes.

–Nessy, ven aquí –la llamó Raziel–, quiero presentarte a alguien.

Agnes caminó hacia nosotros como si temiera que en algún momento la espantáramos. Guardó su distancia, se colocó tras Raziel y me saludó con su mano.

–Audrey, ella es Agnes, mi hermana.

–Hola –la saludé–. Me alegro de que estés bien. Estuviste mucho tiempo lejos, ¿no es así?

–Si lo pienso bien, no fue tanto, pero lo sentí eterno...

Ella lucía tan apacible y calmada al hablar, como si saliera de un largo retiro.

–Sé que debes estar muy cansada y confundida con lo que sucedió, pero ¿puedo preguntar qué te hicieron?

Raziel intentó detenerla, pero Agnes parecía no tener problemas para hablar.

–Ellos quieren a una mujer pura que guarde todas sus impurezas, alguien que se sacrifique por ellos. Una mártir.

Es lo que había dicho mamá.

–¿Te hicieron daño? –me atreví a preguntarle. Ella bajó la cabeza y comenzó a jugar con sus dedos–. Lo siento, es que necesito saber si mi compañera de habitación está en peligro.

–Audrey entró a la academia después de que tu puesto quedara libre –le explicó Raziel–. Ella también fue parte del juego sucio entre Crusoe y Bellish, y luego se relacionó en plan amistoso con Vivian.

Cuando Raziel mencionó a Vivian, las cejas de Agnes se hundieron.

–Sé que necesitas respuestas, pero no creo que pueda dártelas todas –dijo–. Simplemente

puedo hablar sobre lo que yo viví.

Se acomodó junto a Raziel preparándose para la que sería una larga historia. Inició con un suspiro y habló:

–En realidad, todo esto es muy extraño. Con Vivian todo fue raro en cierto punto. Primero se me acercaron Dhaxton y Seth, gracias a ellos conocí a Vivian y tuvimos un interés casi inmediato. Al contrario de lo que ellos aparentaban, Vivian siempre se mantuvo más apartada; me gustaba eso de ella. Cuando me enteré de que en realidad no estaba interesada en mí me molesté bastante y pensé en... lo impensable. –Otro suspiro–. Luego ella se acercó a mí y me ofreció llevarme a un sitio «donde la pasaría bien» –remarcó las últimas tres palabras–. Y yo decidí irme con ella por voluntad propia creyendo que allí estaríamos juntas.

–Pero no fue así –concluyó Raziel.

Agnes le dio la razón asintiendo con pesadumbre.

–Me dijo que al sitio al cual iríamos sería un lugar hermoso, donde todos me querrían. El día en que escapé del hospital fue cuando acordamos ir. Ella iba con una maleta y yo pensé que sería un viaje. Nos bajamos en un lugar donde cuatro hombres aguardaban por nosotras. Fueron muy amables y me hicieron subir en un bus personalizado con todas las comodidades que pueden imaginar.

Raziel y yo nos miramos, extrañados. Hasta el momento, no parecía la historia de un rapto.

–¿Subiste por tu propia voluntad? –preguntó él, para asegurarse de que no había escuchado mal.

–Sí. Me fui con ellos porque yo quería. Estaba molesta contigo, mi vida no tenía sentido alguno y pensé que este viaje sería un nuevo comienzo para mí y para Vivian... –explicó con rapidez–. Pero me equivoqué. Me llevaron a un sitio lejano. Era una especie de retiro espiritual; todo verde, abierto, libre. El lugar era hermoso. En un lado estaban las cabañas, el gran lago, el granero y el templo. Cuando bajé del bus, muchos me fueron a recibir con aplausos, abrazos, sonrisas... Me sentí como una celebridad. Me llevaron a una zona de baño, me lavaron, me peinaron, cambiaron mi ropa, todo con el cuidado que le prestas a alguien que te importa mucho.

La narración de Agnes era cada vez más extraña.

–Me dijeron que yo era una persona fuerte, la elegida para llevar sus cargas, sus males, sus pesares. Yo iba a guardar lo malo por el bien de todos. Me llevaron al templo, donde había otra chica, hicieron una ceremonia y luego quedé yo a cargo. –La sonrisa nostálgica se le desapareció–. Y así fue. Ya no recuerdo mucho de lo que pasó aquel día, ni el siguiente o el siguiente. Solo tengo recuerdos vagos de que me encontraba en el templo, en un podio, rodeada de gente y, cada tanto, personas pasaban frente a mí para decirme cosas, para suplicarme que les quitara la maldad.

–¿Y cómo hacías eso? –interrogué.

–Los escuchaba, los perdonaba y, a veces, los golpeaba, aunque no quisiera. Otras veces ellos me golpeaban a mí para sacar su mal. A veces también me hacían cosas peores –añadió en un tono bajo–. Me hacían beber un té, muy seguido, que me hacía entrar en una especie de trance. A veces los días eran largos, otras veces cortos... Era relativo. Pero llegué a un punto en el que lo que me hacían beber no me producía nada, donde las pláticas se volvieron extrañas, donde mi cuerpo no pudo resistir más... y todo se volvió una pesadilla. La rutina me agotó. Ya no quería seguir haciendo lo mismo todo el tiempo. Me sentía sucia. Todo se volvió una tortura... Rezos, llantos, gritos. Rezos, llantos, gritos.

Raziel la consoló acariciándole la espalda.

–Estuve atrapada hasta que Dhaxton apareció allí. Me dijo que me ayudaría a escapar, pero que no alertara a nadie, pues estaba yendo en contra de las reglas, que si nos descubrían nos harían daño a ambos. Mandó a dos hombres a buscarme en la madrugada, me llevaron a un hotel donde pasamos la noche y, después de una llamada, me llevaron a su casa. Jamás creí que hablara en serio... Yo acepté porque cualquier otra cosa que quisieran hacerme sería mejor que estar en ese lugar.

–Imagino que debió ser un respiro de libertad estar en ese hotel.

–Por poco olvidaba cómo son las calles aquí. Pero... En fin, cuando llegué a la casa de Dhaxton pensé que se trataba de una trampa, que era alguna ceremonia... Me asusté demasiado, pero él me llevó a su cuarto y me encerró en su habitación. «Escóndete aquí y no salgas hasta que sea necesario», me dijo. Luego me explicó que vendrías por mí –miró a Raziel.

–Dhaxton sabía desde el principio que éramos hermanos... –concluyó él–. Lo tenía todo planeado.

–Y caímos justo en su trampa –añadí.

–Ellos me deben estar buscando –comentó Agnes, preocupada–. No quiero volver allí.

–No lo harás –le aseguró su hermano–. Te lo prometo.

El timbre sonó. Raziel, Agnes y yo nos agachamos para ocultarnos de las ventanas en caso de que fuera alguien que no conocíamos. Sin embargo, se trataba de Raven.

–Tengo un sitio donde ir. No podemos quedarnos durante mucho tiempo, pero sirve.

Me puse de pie.

–¿Sabes algo de mamá y Seth?

Negó con la cabeza.

Tuvimos que ser discretos, por lo que no pude intercambiar demasiadas palabras con Camille.

–Lamento haberte causado problemas, Camille –le dije cuando tuve la oportunidad.

–Y yo lamento habernos conocido en estas circunstancias –admitió, desplegando una sonrisa franca.

–Estoy segura de que hubiéramos sido buenas amigas.

–De eso no me cabe duda –dijo–. Pero quiero que sepas que no te guardo ningún rencor, al contrario, admiro mucho la entereza que has tenido para enfrentar las cosas.

–Y tú eres una persona extraordinaria y admirable.

–Si me lo dices tú, me lo creo –sonrió–. Adiós, Audrey.

La abracé y ella me respondió también.

–Adiós, Cam.

Esa fue la última vez que la vi.

Raven nos subió a su auto y nos llevó a un hotel de aspecto viejo y corroído por las lluvias que se encontraba en la zona más peligrosa de la ciudad. Estaba cerca de uno de los comedores comunitarios a los que solía ir.

–Este hotel es de «esos» –comentó Raven cuando nos llevaba a nuestra habitación.

–¿A qué te refieres? –pregunté.

–Es un hotel que alberga a toda clase de personas, incluyendo criminales –explicó Raziel–. Por un módico pago no nos delatará.

No sabía que esa clase de hoteles existía, pero no me quedé tranquila.

Sentía que alguien nos estaba vigilando.

Capítulo 22
Adiós, Audrey

AUDREY

La noche cayó. Raven había salido en busca de mamá y a echar un vistazo por los alrededores. A Raziel, Agnes y yo no nos quedó de otra que mantenernos ocultos en el hotel a la espera de cualquier información.

Para mí era un infierno. Sentía la misma sensación de encierro que había sufrido en la habitación de Dhaxton. No podía asomarme al exterior o al pasillo, tampoco podía conciliar el sueño, por más cansada que me encontrara. Envidiaba a Agnes por eso; ella dormía sobre una de las camas.

Además, sin la adrenalina del momento fui consciente del dolor causado por las heridas, sobre todo la de la cabeza.

Raziel se sentó junto a mí cuando lo notó.

–¿Duele mucho? –preguntó con preocupación.

–El dolor es constante, pero es lo que menos duele –bajé la cabeza–. Las muñecas y tobillos me duelen más al moverlos –le dije, enseñando los moretones que las correas me dejaron–. Espero que no tengamos que correr porque siento que no aguantaré.

Pasó su índice por el dorso de mi mano, a centímetros de llegar a la zona lastimada. Era un gesto cauteloso, algo tentativo, pero que percibí como una caricia sutil.

–Tengamos algo de esperanza en que Denniro cumplirá su parte y nos dejará en paz.

Sus palabras me sorprendieron.

–¿Realmente crees que lo hará?

–No, por eso decidí ir a la casa de Camille en primer lugar.

Se acomodó en su lugar y noté que sus ojos se desviaron a mi frente y luego a mis manos, tensando los labios.

–¿Qué pasa?

–No puedo dejar de pensar en que esta mierda está pasando por mi culpa –dijo con pesar–. Si yo hubiera estado ahí para cumplir lo que te prometí nuestra situación sería diferente.

–Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo –admití, encogida de hombros y con la mirada ligeramente hacia Agnes, que todavía dormía–. Además, viendo el lado positivo, jamás habríamos visto la verdadera cara de Dhaxton y lo que sucedió con mi hermana.

–Debe ser jodido enterarte de tantas cosas.

–La verdad, llevo tiempo sintiendo que estoy viviendo otra vida, que me quedé varada en algún punto y fui reemplazada por alguien más –dije con la intención de que el cúmulo de frustraciones me dejara en paz–. No sé. Veo todo desde afuera, pero lo siento muy profundo. Estoy en el punto de inflexión en que nada se siente real. ¿Alguna vez te has sentido así?

Asintió, apesadumbrado.

–Cuando decidí buscar a Agnes. Estaba tan ensimismado en desenmarañar lo que había detrás de las desapariciones que olvidé por completo mi vida real. Fue difícil acostumbrarme a ser otro.

Era cierto. Si existía una persona que podía entenderme, ese era Raziel. Él, literalmente, se había vuelto otra persona.

–Así que... ¿un policía?

–¿Te parece muy loco? –se mostró algo incómodo.

–No tanto, pero es que no luces como uno. –Al mirarlo de pies a cabeza, enarcó una ceja como pidiendo más explicaciones–. Es decir, si tuviera que adivinar a qué te dedicabas, diría que eras parte de alguna pandilla de motociclistas o que manejabas un gimnasio de boxeo. Incluso algún modelo independiente. Policía sería lo último de mi lista.

–He ahí por qué no hay que fiarse de las apariencias –dijo y le di la razón–. Pero no estás muy alejada de la realidad.

Otra cosa en común. Con lo que estaba pasando, yo apenas tenía tiempo para dedicarme al arte.

–Amaría poder ver una foto tuya en uniforme –confesé para fastidiarlo.

–No necesitas una foto.

Su insinuación nos dejó un momento en silencio. No era uno asfixiante o incómodo, era uno que me recordó que mis sentimientos por él seguían latentes, pero mi corazón todavía estaba magullado.

–¿Y cómo fue que decidiste ser policía? –continué.

–Supongo que mi sentido de justicia despertó cuando tuve que ver cosas que no me gustaban. En casa, en el colegio, donde fuera. Dentro de mí crecía un fuego y una necesidad de hacer algo.

–Puedo entender de qué hablas, ese fuego que dices siempre me motivaba a ayudar a los demás.

–Cuando cumplí dieciocho años me alisté y, tras una serie de pruebas, quedé. Estuve ahí durante cinco años.

–¿Cinco años? –repetí al no calzarme los años–. Eso quiere decir que no tienes veinticuatro años.

–Eso es lo que dice mi identificación falsificada, en realidad tengo veinticinco.

–Son muchos años de diferencia –dije tras sacar la cuenta.

–Seis, para ser más precisos.

A pesar de que era mucho mayor, no lo aparentaba. Raziel se mantenía en forma y sus rasgos faciales lo hacían ver como estudiante recién egresado del colegio o alguien que iniciaba la universidad.

–Bueno, los ancianos tienen su encanto –bromeé.

Raziel se rio echando el cuello hacia atrás y me complació poder combatir lo malo de nuestra situación con comentarios de humor. Pero, cuando su risa acabó, el silencio nos trajo de vuelta a la fría y oscura habitación del hotel.

–¿No quieres dormir? –me preguntó de pronto–. Yo me quedaré despierto hasta que Raven llegue.

–Prefiero que me sigas contando sobre ti, de todas formas, no puedo dormir.

Mi confesión le hizo formar una mueca como diciendo: «Te entiendo, me pasa».

–¿Qué pasó luego? ¿Cómo fue que te echaron?

La mirada de Raziel me evitó y se enfocó en un punto de la habitación hasta perderse en lo que eran sus recuerdos más oscuros.

–Estaba de turno y esta chica apareció en la calle. Ni siquiera recuerdo su nombre –admitió con pesar–. Estaba desorientada, drogada, y casi no recordaba dónde había estado. Nadie la había reportado como desaparecida, nadie había hecho la denuncia, pero ella, de alguna forma, consiguió decirnos que había desaparecido. Se había ido *lejos*.

Al pronunciar lo último no pude evitar mirar a su hermana.

–Como hicieron con Agnes –dije y Raziel asintió.

–A esta chica la llevamos a un hospital, como correspondía, y a los días siguientes llegaron dos hombres a recogerla. Luego aparecieron dos chicas más. Nos dimos cuenta de que existía un patrón de desapariciones: todas mujeres, de aspecto angelical, jóvenes. Me ofrecí para investigar como policía encubierto. La idea era meternos en bares, buscar algún sospechoso, sacar algo de información... Lo que fuera –su mandíbula se tensó–. Llevaba una cámara y un micrófono escondidos. Visité un terreno lleno de contenedores, de esos grandes que ponen en camiones de transporte, entonces... la cagué.

Acabó con un suspiro, arrepentido.

–Mataste a un hombre.

Cuando lo dije, él me miró sin levantar la cabeza. Era extraño verlo cabizbajo y derrotado.

–Maté a un hombre... sí –sentí que el estómago se me estremecía de los nervios ante su confirmación–. Estaba tan furioso por lo que estaba sucediendo con esas chicas que me precipité demasiado, perdí los estribos. Le pedí que me mostrara lo que tenía en unas bodegas, el sujeto no quiso, se molestó. Hubo una discusión y dirigió su mano a la espalda. Todavía tengo grabada aquella escena. Fui rápido; saqué mi pistola y le di dos disparos al pecho. Y, luego, otro más. –Cerró los ojos, como si ya no quisiera ver aquel recuerdo–. Cuando cayó al suelo me di cuenta de que solo intentaba sacar la llave de la bodega. El sujeto y los demás estaban limpios.

No supe qué decir, solo atiné a cubrirme la boca.

–Tras mi grave error, y con ayuda de la familia de Camille, que son abogados con años de experiencia, pude librarme de la cárcel. Me dieron de baja y, a petición del juez, bajo mi argumento de que era defensa propia, me enviaron a hacer servicio comunitario.

Me quedé callada tratando de asimilar su historia y en cómo debió ser para él soportar la culpa. No era un tema que pudieras decirle a cualquiera. Y yo ni siquiera sabía qué palabras usar.

–Pero fue un error...

–Error es llamarlo poco. Como oficiales no podíamos permitirnos errores, y matar a un hombre no lo es. Pero ya pasó, y es algo con lo que he tenido que lidiar. Ahora sabes que maté a un hombre inocente.

Lo tomé de la mano para hacerle saber que estaba con él. Sabía que, en el fondo, y, a diferencia de Dhaxton, él estaba arrepentido y jamás hubiera apretado el gatillo de haber sabido que solo eran llaves.

–Esta experiencia me llevó a ser más calculador, a meditar bastante por las noches, a sentirme fatal, como merezco. Pero mis pensamientos siempre eran interrumpidos por la chica que había desaparecido. Así que me obsesioné con encontrar a los bastardos que se la llevaron, a descubrir qué le había pasado, dónde había estado...

–Y ahí fue cuando involucraste a tu hermana.

–Mi otro gran error –susurró y bajó la voz–. La desaparición de Emma Williams me recordó a la chica, y Emma se había relacionado con Dhaxton Crusoe y Seth Bellish. Agnes cumplía con la característica de ambas, era perfecta para ayudarme. Al final, terminé lastimándola y no hay día en el que no me cuestione lo que hice.

–Al menos ella ya está contigo ahora.

Volteó para comprobar que Agnes siguiera dormida.

–Pero a qué costo. Estamos jodidos.

–En eso te doy la razón –resoplé y me recosté en la cama mirando el techo en busca de, tal vez, alguna solución divina que cayera del cielo–. Solo espero no tener que pasar tanto tiempo aquí, he visto toda clase de insectos.

Mi comentario le sacó otra sonrisa, pero luego desapareció. Raziel se acomodó para quedar frente a mí, serio. Yo volví a sentarme y lo miré sin comprender. Me tomó las manos con cuidado, procurando no agarrar la zona lastimada, y apretó desprendiendo un calor agradable.

–Huyamos.

Lo dijo tan rápido que no supe si había sido parte de mi imaginación.

–¿Qué?

–Escapa conmigo –insistió, lleno de convicción–. Larguémonos de esta maldita ciudad. Deja todo atrás y empecemos juntos, desde cero. Hagamos una nueva vida juntos.

Su propuesta fue tan repentina que me dejó sin habla. Tuve que tomarme un momento para ordenar mis pensamientos.

–¿Hablas en serio?

–Estoy siendo muy serio, Audrey. Quiero que huyamos juntos. Podemos empezar de cero, lejos, sin toda esta mierda. Yo quiero comenzar una vida nueva, pero quiero que tú estés en ella.

Tragué saliva con dificultad.

Irme lejos.

Eso sonaba tan... utópico e inalcanzable.

Antes de que pudiera responder, alguien golpeó la puerta. Raziel se dirigió a abrir mientras yo fui con Agnes para socorrerla, pues los golpes la habían sobresaltado.

–Tranquila, tranquila... –le dije, buscando sostenerla de los brazos y mantenerla en la cama. No podía imaginar lo que tuvo que pasar para que se asustara así.

–¿Quién es? –interrogó Raziel, de pie a unos metros de la puerta.

–Raven –contestó–. Abran la puerta. Rápido.

Era su voz, por eso Raziel no dudó en abrir.

–¿Cómo te fue? –le preguntó.

Raven no necesitó responder. Dio un paso al costado de la habitación al entrar permitiéndole el paso a mamá.

–¡Mamá!

Me lancé a abrazarla. Ella me sujetó con fuerza y me sentí más segura y aliviada de que ya estuviera conmigo. Tomó mi cara entre sus manos para examinarme.

–Mira lo que ese chico te hizo –dijo en un tono lleno de rabia.

–Dhaxton nos engañó a todos... –me lamenté, impotente por no poder hacer algo para remediarlo. Ella me apegó a su pecho y colocó su mano en mi cabeza–. ¿Qué pasó?

–Ese chico, Seth, llegó a contarme lo que sucedió, lo que Dhaxton hizo, lo que su padre trató de hacer –murmuró, frustrada–. Me dijo que tu hermana... Que Agnes...

La voz se le quebró y su pecho se aceleró en busca de aire, precipitando los sollozos. Había armado todo un plan para estar con Agnes otra vez, creyendo que la volvería a ver, sin esperar que un monstruo se hubiera encargado de ella de manera tan cruel.

–Lo sé.

–Tantos años separadas para que haya terminado así –pronunció con dificultad.

Me separé de ella para mirarla de frente.

–No es nuestra culpa. Los únicos responsables son Dhaxton y Denniro, que encubrió los hechos. Bueno, y la orden.

Se secó las lágrimas y luego frunció el ceño en una mueca de asco.

–Ese hombre horrible ni siquiera quiso darme alguna explicación cuando lo enfrenté por lo que Dhaxton te hizo, fingió no verme y prefirió que Devon hablara por él.

–¿Devon lo sabía?

Me respondió con un simple gesto con la cabeza.

–Dijo no saber nada.

–¿Y le crees?

–Le creo –respondió con seguridad–. Él no me mentiría. Le dije que tras lo que Dhaxton intentó hacerte no podíamos seguir con nuestra unión. Él aceptó divorciarse. Por supuesto que no le dije nada sobre Agnes –volvió a gimotear, esta vez colocando las manos en su pecho–. Mi pobre pequeña... morir de esa forma tan inhumana...

Creo que ella, al igual que Seth, tenían la esperanza –pequeña, como una partícula– de que Agnes estuviera con vida.

Raven también se lamentó y secó sus lágrimas.

Verlas así de destrozadas me partía el alma.

–¿Dejaron que te fueras sin más? –seguí con las preguntas.

–Por supuesto que no. Devon no quería poner fin a la fiesta, pero yo misma le insistí en que la acabara. Les dijo que había un problema técnico y que necesitaban marcharse.

Pude imaginarme a Devon hablando con los demás, avergonzado por la situación, mientras su penoso padre lo miraba desde algún lado de su habitación, temiendo manchar su reputación.

–Mientras los invitados se iban intentó convencerme de hablarlo, de no levantar cargos y prometió que se haría responsable de lo ocurrido. No quería dejarme ir, fue muy insistente. Si no fuera porque Seth intervino todavía estaría metida en esa casa.

Que mencionara a Seth hizo que mi corazón diera un vuelco.

–¿Y Seth? ¿Está bien?

–Él se quedó allá...

Antes de que dijera más, Raziel se posicionó junto a mí.

–¿Comprobaron si alguien las seguía? –le preguntó a Raven.

–¿Por quién me tomas, niño? –le reprendió ella, mirándolo con desdén.

–Nadie nos siguió –aclaró mamá, tomándose un tiempo para mirarlo de pies a cabeza. Había olvidado que ninguno de los dos se había visto antes. Al menos no en persona, lo que ameritaba una presentación formal.

–Mamá, él es Raziel, la persona de la que te hablé. –Ella solo lo observó, desconfiada; él, por su parte, la saludó con un ademán–. Y ella es su hermana, Agnes, quien estuvo cautiva para ellos.

Señalé a Agnes, quien continuaba sentada en la cama, con su cuerpo cubierto por el viejo edredón. Sin embargo, la expresión de mamá se volvió pálida y tensa.

–¿Qué hicieron? –interrogó, dando un paso atrás, asustada–. ¿Se han vuelto locos?

Fue como si frente a ella tuviera a un fantasma.

–¿Qué ocurre? –interrogué, acongojada por un mal presentimiento.

Mamá apuntó a Agnes con un tembloroso dedo.

–La deben estar buscando.

–¿Cómo lo sabes? –intervino Raziel, colocándose en el campo visual de mamá, cubriendo a

Agnes.

–No pueden estar sin una chica. Ellos vendrán.

–¿Denniro viene tras nosotros? –interrogué, desorientada.

Cuando mamá negó con la cabeza, supe que me equivocaba.

–Algo mucho peor viene por todos nosotros si no entregamos lo que buscan.

Entonces lo entendí. Dhaxton dejó ir a Agnes tan fácilmente porque sabía que ellos la buscarían y se encargarían de Raziel. Matar dos pájaros de un solo tiro: a mí y a él. Por eso Denniro permitió que nos fuéramos, porque esta vez harían el trabajo sucio por él.

Agnes saltó de la cama hacia Raziel y se aferró a su brazo. Estaba temblando de miedo, al igual que mamá. Su temor era contagioso, se percibía en el ambiente igual que la electricidad.

Raven dio un paso, colocándose a favor de mamá; se estaba formando una contienda, dos bandos.

–Debemos irnos... –propuse, pero mamá me interrumpió con un fuerte «no».

–No repetiré la historia de nuevo –me dijo, transportándome a la vez que huíamos de las horribles garras de la secta, atrapadas bajo nuestro auto y viendo a papá desangrarse por el disparo y a Agnes gritar para que no se la llevaran–. No dejaré que te lleven –dictaminó mamá.

–Ni yo permitiré que se lleven a mi hermana –contradijo Raziel–. Audrey tiene razón, hay que irnos.

–Necesitamos darle un reemplazo si queremos que nos dejen en paz –contradijo Raven, alzando la voz–. Y ella...

–¡No! –grité yo.

–Audrey, es por nuestro bien. No podemos contra ellos, se nos echarán encima apenas vean la oportunidad. Denniro es un problema pequeño en comparación con ellos –dijo mamá, afligida, pero decidida a entregar a la hermana de Raziel.

Sentí escalofríos.

–Agnes no volverá a ese lugar –sentenció Raziel.

–Si no es ella, serás tú –me dijo mamá–. No permitiré que te lleven, eres lo único que me queda.

–Una mierda –se quejó Raziel–. Esto no es un compra y venta. Ellos no saben dónde estamos, podemos mantenernos aquí, ocultos, hasta que consigan a alguien. Raven puede ser nuestros ojos.

Raven chasqueó la lengua, casi burlándose del descaro de Raziel.

–Yo soy los ojos de los Reid. Si algo atenta contra su vida, se los haré saber. Y si rompen a patadas la puerta en busca de alguna de ellas, ten por seguro que se llevarán a tu hermana.

–Puedes hacer el intento –la provocó Raziel, consciente de su ventaja física.

–Basta –me puse en medio–. Por favor, no decidan por nosotras. No decidan por nadie. A estas alturas, pensar que ellos se saldrán con la suya es detestable.

–Ya te lo dije, Drey –habló mamá–, no podemos con personas tan poderosas como ellos.

–Esto es un David contra Goliat, y este Goliat viene armado –la apoyó Raven.

Me rehusé a que se salieran con la suya. Si algo malo iba a pasarnos, entonces ellos saldrían perjudicados.

–Te estás olvidando de algo –le dije a Raven–. David no estaba solo. David tenía de aliado a Dios, y nosotros tenemos a otro aliado. Necesito un celular.

Raven y mamá se miraron sin comprender, pero, de todas formas, Raven me entregó su celular. Luego, me dirigí a Agnes.

–Necesito tu ayuda.



Al cabo de una hora la tensión en el ambiente se apaciguó. Por un lado, estaban Agnes y Raziel; por el otro, mamá y yo. La puse al tanto de lo que había ocurrido, sin dejar ningún detalle a la deriva. Mamá me regañó por ser imprudente, diciendo que era mejor actuar en silencio. Raziel le dio la razón. Al menos en eso pudieron estar de acuerdo.

Cuando la puerta sonó, los golpes indicaron que se trataba de Raven.

–Audrey –me llamó desde la puerta y agitó su mano para que me acercara.

–¿Qué pasa?

–Tranquila –consoló al ver que su llamado me preocupó–. Estamos seguros, por ahora.

–¿Entonces?

–Quiero que vengas a un cuarto conmigo.

Con cierta desconfianza, la seguí por el pasillo hasta dar con otra habitación. Haciendo el mismo ritmo de golpes, Raven golpeó la puerta y esta se abrió. Dentro solo había oscuridad, lo que me dio un poco de mala espina, pero el cansado rostro de Seth no tardó en asomarse invitándome a entrar.

–¡Seth!

Por instinto salté hacia él para abrazarlo. Me hacía tan feliz que estuviera a salvo a pesar de que, en el fondo, él fuera uno de ellos.

–¿Te volviste loco? ¿Cómo se te ocurre marcharte así?

Mi reclamo le sacó una sonrisa, pero no fue una que llegó a ser del todo sincera. Se le veía triste, y con razón.

–Tenía que hacerlo.

–¿Por qué?

–Tenía que saber dónde la enterraron.

El pecho se me hundió. Era cierto; supimos qué pasó con Agnes, pero nunca qué hicieron con ella.

–¿Y? ¿Te dijeron?

–Denniro dijo: «Ya dimos por saldado este asunto».

–Es una persona horrible...

–Dhaxton, sin embargo, me dijo que la cremaron y lanzaron las cenizas al mar. Al menos está en un lugar donde por fin puede ser libre.

Que hayan lanzado las cenizas al mar probablemente fue para que no hallaran su cuerpo, otra forma de limpiarse las manos para ahorrarse futuros problemas. No fue un acto de piedad, fue simple egoísmo.

Lo que me sorprendía era que Seth le hubiese preguntado a Dhaxton después de echarle en cara que no le hablaría. Supongo que tuvo que hacerlo, no le quedaba de otra.

–Traje esto –dijo, encendiendo una pequeña lámpara junto a un velador.

Del bolsillo de su traje sacó dos objetos que no logré reconocer a la primera. Necesité tomarlas en mis manos para descubrir que se trataba de la identificación de Agnes y su pasaporte.

–Sus pertenencias...

–No podía dejarlas ahí –murmuró con la voz ahogada–. Ahora son tuyas.

–Gracias.

–Ah, y también tengo tu celular. –De otro bolsillo sacó mi celular, el cual seguramente tenía Dhaxton–. Por favor, quita ese horrible fondo de pantalla que tienes.

Desbloqueé la pantalla; la foto que Raziel y yo nos tomamos abrazados se distinguía detrás de los iconos.

–¿Y Dhaxton?

–Insistió en que me quedara, pero me encargué de hacerle saber la clase de persona que es –masticó las palabras como si la sola idea de hablar de él le diera repulsión–. Admitió que actuó por celos. También por impulso –dijo mientras sacaba la carta que supuestamente Agnes le había escrito–. Releí esta nota muchas veces y ahora, cuando leo: «Te amo, te amo, te amo. Te amo tanto que duele», me parece una carta de amor.

–¿Qué pasará con él?

–Denniro dijo que lo van a encerrar. ¿Dónde? No lo aclaró, pero seguro que lejos de Wightown con la excusa de que le salió alguna beca o algún trabajo para mantener la apariencia de familia perfecta. –Seth suspiró, cansado, y se apoyó en una de las paredes–. Le dije que esperaba que se pudriera en alguna cárcel, solo, sin nadie que pudiera darle una pizca de misericordia, porque no se la merece. No merece nada.

Me dieron ganas de abrazarlo, pero cuando lo intenté, resopló y se cruzó de brazos.

–Qué ganas de irme lejos...

–Nos hacen falta unas vacaciones, eh.

Mi comentario le llamó la atención.

–¿A dónde te irías?

–España –respondí, firme–. ¿Y tú?

–Haría un recorrido por todo el mundo –parecía entusiasmado. Seth cambiaba de ánimo con la misma facilidad de un niño–. Empezaría por México, quiero visitar Machu Picchu.

Una risa se me escapó.

–Eso queda en Perú, tontito.

–Ya sé, quería ver si estabas atenta.

–Claaaaro.

Me gustaba que incluso en una situación tan complicada como la que estábamos pasando, Seth conservara su sentido del humor.

–¿Y dónde vivirías? –insistió en preguntar.

–España –repetí.

–Bueno, bueno, se ve que le tienes aprecio al país.

–Es un país lleno de arte –me encogí de hombros–. Aunque, siendo sincera, no viviría en la ciudad, me iría a un lugar más apartado, tal vez a alguna de sus islas. Compraría una casa en el prado y todas las tardes me sentaría en el pórtico a contemplar el atardecer. No me haría falta nada más.

De solo pensar en ello mi corazón encontró paz.

–Una vida relajada. Pero ¿sabes qué te faltaría?

–¿Tú? –decidí adelantarme a su jugada.

–Iba a decir mis galletas de canela, pero si insistes...

Nos quedamos observando en silencio y yo recordé la primera vez que lo vi con la cadena de

la abuela girando en su dedo. De ese chico arrogante y testarudo que no dudó en amenazarme, solo quedaba la fachada. Me daba lástima saber que, si la secta caía, Seth también sufriría las consecuencias.

–Perdóname, Seth –le dije en voz baja, casi sin poder mirarlo a la cara. Me obligué a ser fuerte y enfrentar su expresión–. Cuando abandoné tu casa después de la cena de compromiso de mamá, me prometí que vengaría a todas las chicas involucradas en el juego que tú y Dhaxton tenían. Y si bien en ese entonces no sabía que se trataba de algo mucho más grande y peligroso, no permitiré que ellos salgan libres de esto. Ya hemos sufrido suficiente.

Su ceño fruncido reveló la confusión que lo invadió.

–¿Qué harás? –interrogó.

–Lo correcto.

–¿Y haciendo lo correcto saldré perjudicado?

–Es posible.

Alzó las cejas asimilando mi respuesta.

–Todos tenemos que rendir cuentas al final, ¿verdad?

Seth era consciente del mal que había cometido, pero en el fondo había intentado remediarlo, a pesar de que fuera tarde. Aun así, no rogaba piedad.

–Antes de que todo arda en llamas, ¿puedo pedirte un deseo?

Eso sonó a que tenía segundas intenciones.

–¿Qué quieres? –fui cautelosa.

–Un beso para no olvidar a qué saben tus labios.

–No sabía que tenías ese lado tan sensible –me reí.

–Deja de burlarte, hablo en serio.

Tragué saliva al verlo con la quijada marcada, su cabello desordenado, el cuello de su camisa abierto y los brazos cruzados sobre el pecho. Esto me recordó que mi primer beso fue con él.

–Bien –le dije, cerrando los ojos–. Te concedo tu último deseo, Seth Bellish.

Lo sentí cerca. Sus dedos tomaron mi mentón y levantó mi cabeza para acomodar el ángulo. Se estaba tardando más de lo que pensé, pero poco a poco percibí su respiración en mi piel y tras un momento el toque de sus labios sobre mi frente.

Abrí los ojos, confundida.

–Creí que ibas a...

–Ese deseo tendrás que concedérmelo luego –interrumpió.

Me tomé eso como un «nos veremos».

Regresamos a la habitación donde se encontraban los demás cuando Raven me mostró un mensaje que le había llegado.

–«Está hecho» –leí en voz alta.

Rápidamente desbloqueé mi celular y revisé la nueva publicación en Happy Little Tea.

[Mi nombre es Agnes Holland. Estudiaba Artes en la Academia LeGroix. O así era hasta que me vi involucrada en una secta que cazaba a mujeres.]

Así comenzaba el video que Agnes grabó en el baño del hotel contando su testimonio. No era el mejor de los sitios para grabar, pero lo importante era el mensaje. Fue por ello que recurrí a Happy Little Tea. Tuve mis dudas, pero al final de todo, estábamos del mismo lado: queríamos destapar lo que ocurría en LeGroix.

Por eso, cuando les escribí diciendo que Agnes Holland había regresado, no dudaron en postear el video. Y también mi video con el testimonio de lo que me intentaron hacer.

Era un video destapando los secretos que la ciudad ocultaba.
Era un video para que ninguna otra chica pasara por lo mismo.
Era un video de advertencia señalando a todos los culpables en caso de que nos ocurriera algo.
Otro mensaje llegó al celular de Raven. Enseguida me metí al baño a leerlo.

HLT: ¿Sabes qué es lo más lindo de todo? Que esos malditos ya no me podrán tirar la página. Ni ninguna de las redes sociales. Voy a hacer de este un video viral para que se pudran todos.

Algo andaba mal con la persona detrás. Su sentido de justicia era tan determinado como el mío, pero al cien por ciento. ¿Lo raro? Es que me había hablado como si me conociera.

HLT: Este será el hecho espectacular que marque tu historia, Audrey.

Esas palabras las recordaba de mi presentación en Historia del Arte.

Yo: ¿Quién eres?
HLT: Soy alguien que se ha hartado de las injusticias que ocurren en la academia, de los privilegios, de los malos tratos. Una vez alguien me dijo que no podía ir contra mi naturaleza, así que la adapté para poder cambiar mi entorno.

Logan.
Era él. Lo había dejado claro.
Cogí mi celular y lo llamé.
–Logan... ¿Tú...? Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo te has enterado de todos sus secretos? –Estaba tan desconcertada que no pensé en la posibilidad de que me contestara, pero lo hizo, porque Logan en el fondo era así de gentil.
–Resulta que no somos los únicos que quieren acabar con las mentiras, Audrey –me dijo–. Hay muchas personas más. Tantas, que ni te imaginas. No estás sola en esto. Tal vez no te has dado cuenta, pero eres una persona que deja huella y me has inspirado a no callar ni tener miedo. Algunos necesitan usar una fachada para exponer los secretos.
–Stan –solté al recordar lo que Seth me dijo.
Stan sabía cómo se manejaban los estudiantes y, además, conocía a Dhaxton muy bien. Él había encontrado en Stan el padre que no encontró en Denniro.
–¿Fue él quien te ayudó?
–Él y muchas personas más, Drey. Ya te lo dije, no estás sola en esto. Y te prometo que los videos llegarán a buenas manos. Si las autoridades de esta ciudad no hacen justicia, la impartiremos con nuestras manos.
–Al final, sí tienes algo de rebelde.
Él rio como en los viejos tiempos y yo deseé tenerlo enfrente para abrazarlo.
–Gracias por la ayuda. Supongo que esta es nuestra despedida –suspiré–. No podré volver a la ciudad en mucho tiempo más. Ellos vienen tras nosotros.
–¿Crees que pueda ayudarte en algo?
–Ya te has involucrado lo suficiente.
Eso le sacó un resoplido que saturó el audio; aun así, se animó a hablar.

–Adiós, Audrey.

–Adiós, Logan.

Al salir, Seth miraba su celular.

–Carajo... Va a caer la de Dios...

Mamá formó una mueca de preocupación.

–¿Qué hiciste? –me preguntó y en sus ojos vi que le aterraba mi respuesta.

–Ha publicado un video exponiendo a la secta –respondió Raziel por mí. Tenía su perfil enterrado en su celular, lo que no me permitió ver bien su expresión.

–¿Un video? –Mamá no parecía feliz o conforme con dicha respuesta–. ¿Para eso le pediste a Raven su celular?

–Necesitaba hacerlo para ayudar y exponerlos. Esto no puede seguir ocurriendo...

–Un video no ayudará en nada –me desalentó–. Eso no echará abajo lo que por años vienen creyendo. No seas ingenua, Audrey.

–Tienes razón, no derrotará a los más poderosos, a los que llevan años ejerciendo esta presión hacia las chicas, usándolas como una escultura a la que adorar y destrozar. No cambiará los objetivos de ellos, pero les servirá de advertencia a las demás chicas. ¿Es que no hemos sufrido lo suficiente ya? ¿Es que no te da impotencia que seamos tratadas como un objeto de uso desechable? Si con ese video hemos salvado a una chica aunque sea, entonces lo tomaré como una victoria. Esto no se trata de nosotros, se trata de todas.

Raven aprobó mi punto de vista, pero mamá no estaba conforme, al contrario.

–Entiendo lo que quieres, pero esto solo hará que se enojen –advirtió–. Es un movimiento muy arriesgado.

–Pues le está funcionando –comentó Seth.

Me acerqué a él para mirar la pantalla de su celular. Fue impresionante la cantidad de comentarios que tenía la publicación. Muchos eran sobre lo irreal que parecía el video, sobre lo extraño que Dhaxton actuaba, sobre la desaparición de Agnes y sobre cómo las chicas de la academia se debían proteger.

–Al menos la mayoría –dijo Raziel, quien también leía la publicación–. Pronto bajarán el video.

–¿Solo el video? –inquirió mamá, adoptando una actitud defensiva–. Van a ocuparse de quien esté detrás de esa página y luego vendrán por nosotros.

–En eso debo darle la razón a tu madre –me dijo Seth–. Esto no lo dejarán así, los va a enfurecer y buscarán cualquier excusa, por más estúpida que sea, para encubrir lo del video.

–Puede ser –admitió Raziel–. Lo que está ocurriendo en esta jodida ciudad suena tan fantasioso que podrían usarlo a su favor. Además, no hay pruebas. Será su palabra contra la nuestra.

Mal... Agnes para los de LeGroix era una chica que perdió la cabeza y yo... pues la «chica buena» que era dueña de Happy Little Tea.

–Yo seré la prueba –la voz de Seth–. Yo me ofrezco como tributo.

–Ponte serio, niño –reclamó Raven.

–Voy en serio. Yo me ofrezco a confesar la verdad. Les contaré que sus declaraciones no son mentiras y van a creerme, les aseguro que así será.

–Pero si lo haces...

–Voy a terminar muy mal –me interrumpió–. Lo sé. Irán a por mí y Baba, también lo sé.

–¿Entonces?

–Supongo que tu discurso me ha inspirado –soltó con la despreocupación de siempre–. Además, esos hijos de perra deben pagar por lo que les hicieron a mis padres. No voy a seguir acobardándome por unos asesinos. Ni mintiendo por ellos. Así que vamos... –se arremangó la camisa–, empieza a filmar antes de que sea demasiado tarde.

Le hice un gesto para que me acompañara de regreso a la habitación, pero una llamada telefónica de Lucy sonó en mi celular. Me encerré en el baño para contestar.

–Dime que no es cierto, que están planeando una broma y que Vivian no tiene nada que ver en esto... Por favor, Drey, dímelo.

Se escuchaba tan dañada y desesperada...

–Quisiera hacerlo, pero entonces estaría mintiendo –fui franca.

–Oh, Dios... Esto suena como una pesadilla...

–Lo sé, Lucy, pero debes saber que esto es real.

–Yo confiaba en ella. Creí que nuestra relación era especial... Pero si me está usando como con Agnes, yo...

–Si te sirve de algo, yo también creí que podíamos ser buenas amigas.

La llamada fue interrumpida por la llamada entrante de Vivian. Me despedí de Lucy para responder. Mis nervios se alojaron en la boca del estómago.

–Audrey, ¡maldita sea! –soltó apenas respondí–. Te dije que yo estoy apartada de esto. ¡Renuncié! ¡Firmé un contrato! ¡Ya no hago eso!

Que actuara indignada después de mentirnos en la cara me puso de peor humor.

–Tú llevaste a Agnes a ese lugar –increpé–. Todo este tiempo supiste dónde estaba. Mentiste.

–Te dije que estaba arrepentida. He cargado con esta mierda desde que Agnes se fue y no puedo decir una palabra porque sé que voy a tener problemas. Y Lucy... –tomó una pausa para aclararse la garganta. Su voz había sufrido un repentino cambio al mencionar a mi compañera de habitación–. Lo que siento por ella es real. Nunca, te prometo que nunca pensé en la miserable posibilidad de llevarla a ese lugar. Jamás.

–Pero fuiste parte de eso, y ahora una chica que creyó en ti tuvo que vivir cosas horribles. Sé que no soy la justiciera de nadie ni debo serlo, pero también sé que en esta vida todo se devuelve y esto que está pasando, la verdad que Agnes contó, es lo que mereces.

Se quedó en silencio un momento. De pronto, emitió un chillido que me paralizó.

–Perdóname, Drey... –balbuceó. Sollozaba, algo tan extraño en ella, que siempre actuaba como la chica fuerte–. Ya van por ti, Drey... Han rastreado la llamada. No quería, ellos me obligaron y...

Se cortó.

Enseguida apagué el celular y salí del baño con el estómago revuelto.

–Ya vienen.

Eso bastó para que todos se pusieran en alerta. Un pánico total. Raziel se acercó a Agnes y recogió sus cosas, mientras tanto, mamá se dirigió a Raven.

–Las llaves del auto –le exigió.

Raven captó sus intenciones al instante.

–Saldré a comprobar que no haya nadie –avisó y luego se dirigió a los demás–. A mi señal, bajan.

Dicho esto, salió del cuarto con las llaves escondidas en su mano. La puerta se cerró tras ella y volvimos a ser cómplices de una tensión que iba en aumento.

–¿Qué va a pasar ahora? –interrogué al mismo tiempo que mi cuerpo se debilitaba y mis

piernas eran demasiado frágiles para sostenerme. Era una sensación horrible; la espera de un problema enorme del que no podríamos escapar. Recuerdo que una vez me sentí así; fue cuando escapábamos en el auto.

–Tenemos que huir de aquí –indicó mamá.

–¿Qué pasó en esa llamada? –me preguntó Seth.

–Estaba hablando con Lucy, pero Vivian me llamó.

–Pensé que ella ya no formaba parte de *ellos*.

–Creo que la usaron para rastrear la llamada.

El miedo regresó a mí al ver que Raziel se acercaba a la ventana y la abría.

–¿Qué estás haciendo? –le regañó mamá–. Ciérrala ahora.

Pero él la ignoró. Sacó la mitad de su cuerpo y miró hacia ambos lados. Pude hacerme una idea de lo que planeaba y, la verdad, no me gustó nada. Al mismo tiempo en que volvía a entrar, Raven golpeó.

–Ya están abajo –dijo una vez que le abrimos–. Escuché al propietario hablar con dos hombres.

Mi respiración se agitó al instante.

Todo estaba pasando tan rápido que apenas podía procesarlo.

–Podemos salir por la ventana –indicó Raziel–. Agnes, ven. Raven, ya que ellos no te conocen, baja, busca el auto y espéranos en la calle de atrás. ¿Puedes hacer eso?

–No veo el problema –accedió ella.

–Los demás, más vale que caigan con sus malditos traseros en las bolsas de basura de abajo. –Sin esperar un segundo más, se dirigió a su hermana–. Agnes, ¿puedes hacerlo?

La chica dudó.

–Yo iré primero –se ofreció Seth–. Los ayudaré a aterrizar.

Sin más preámbulos, Seth se lanzó por la ventana y cayó sobre unas bolsas de basura. Emitió un quejido y se levantó frotándose el trasero. La caída parecía ser más dura de lo esperado, pero consiguió aglomerar un par de bolsas de basura más.

–Vas tú, Agnes –le dijo Raziel a su hermana.

La caída de Agnes fue certera y con ayuda de Seth logró estabilizarse. La siguiente en saltar fue mamá, y al llegar abajo fue ayudada por Seth y Agnes.

–Sigues tú –me indicó Raziel.

Con los nervios a flor de piel me arrimé al marco de la ventana, pero antes de siquiera sentarme para saltar, Raziel me detuvo del brazo.

–Escucha, no me subiré al auto con ustedes.

Su declaración me dejó desorientada y con el estómago revuelto.

–¿Cómo que no te subirás? ¿Has perdido la cabeza? Si no vas...

–Necesito ir a mi departamento y buscar mis cosas para largarme de aquí. Tengo a mis padres esperando por nosotros, no puedo dejarlos.

–¿Vas a dejarme?

Negó con la cabeza.

–La plática de hace un rato iba en serio. Quiero saber si quieres venir conmigo. Prometo que voy a protegerte, que te daré la vida que te mereces; sin problemas, sin dramas, sin injusticias, sin preocupaciones. Voy a hacerte mi prioridad número uno, Audrey, pero necesito saber si estás dispuesta a abandonar tu vida como la conoces.

La presión me dejó sin poder razonar; necesitaba tiempo para poder decidirlo.

–¿Qué están esperando? –escuché a mamá susurrar.

Raziel colocó su mano en mi espalda para que me moviera, sin embargo, la indecisión me mantuvo aturdida y torpe. Aun así, me senté sobre la ventana y salté, aterrizando sobre las bolsas de basura, que llenaron mi nariz de olor a putrefacción.

Seth y mamá me ayudaron a levantarme, lo que me dio tiempo de mirar sus rostros y juzgarlos.

Tal vez era la última vez que los vería.

–¿Estás bien? –me preguntó Seth en lo que Raziel saltaba.

Fui esquiva y me aparté.

Avanzamos por el pequeño patio del hotel y atravesamos un callejón angosto con salida a una calle solitaria. A unos metros reconocimos el auto de Raven. Mientras retrocedía, abrió la puerta del copiloto.

–Vamos, suban, suban –nos ordenó.

Mamá fue la primera en subir. Agnes hizo el intento, pero Raziel la detuvo.

–Eviten las carreteras o caminos anchos –dijo a mamá y a Raven–, será fácil emboscarlos ahí. Y sean impredecibles, estarán en aeropuertos y terminales.

–¿No vienes? –le preguntó Seth, entre confundido y asombrado.

–Tengo planes diferentes –dijo con la voz ronca. Entonces su mirada se posó en mí–. ¿Audrey?

Alterné la mirada entre él y los demás sin decidir.

Elección
Audrey debería irse con:

Raziel
Ir

Silvia, Raven y Seth
Ir

Capítulo 23
La última parada (S, R, S)

Elección: Silvia, Raven y Seth

AUDREY

A partir de ese momento mi vida cambiaría por completo. Tener que elegir algo tan difícil significaba abandonar una parte de mí. Con Raziel podría estar segura, pues conocía de estrategia y había sabido mantenerse oculto. Con mamá, Raven y Seth disponíamos del auto, podríamos escapar si nos perseguían y estaba segura de que tenían sus ases bajo la manga. Además, los tres habían demostrado ser leales y no me habían abandonado.

La elección estaba tomada.

Miré a Raziel con lágrimas en los ojos que apenas me dejaron distinguir su rostro.

–Lo siento mucho... –dije en un hilo de voz, con el nudo en mi garganta casi ahogándome–. Perdóname, pero no puedo irme contigo...

Raziel desplegó una sonrisa torcida y resopló mirando hacia el piso, derrotado.

–Esta es nuestra despedida, supongo –dijo tan bajito que me hizo añicos el corazón.

–Perdón –repetí, adolorida por lo mal que se veía. Frente a mí, el Raziel determinado había desaparecido y pude ver, a través de su sonrisa, que mi decisión le resultaba como una puñalada.

Caminó hacia mí y acunó mi cara.

–No llores –murmuró, limpiando mis lágrimas con sus pulgares.

–Lo siento... yo...

–Quiero que sepas que eres luz. No dejes que nada ni nadie apague lo que eres, porque eres única. Eres la persona más especial que he conocido. Eres fuerte, decidida y sabes lo que quieres, por esa razón, pase lo que pase, siempre debes ser tú misma. ¿Entendido?

Hablaba rápido y con aflicción, con sus cejas hundidas, sus ojos reflejando el dolor que suponía esta separación.

–Sí...

–No importa qué tan oscura sea la situación, debes salir adelante. ¿Puedes prometerlo?

–Te lo prometo –murmuré.

Y, después de mucho tiempo, lo vi formar una sonrisa abierta. Una sonrisa completamente honesta que mis ojos grabaron hasta el último detalle. Me dio un último beso en los labios como si fuera un beso de despedida que deseaba recordar durante toda la vida y después me abrazó con fuerza para que no pudiera olvidar la sensación de resguardo que sus brazos tantas veces me entregaron.

–Tú y yo nos volveremos a encontrar –afirmó en el instante en que dejé reposar la cabeza en su pecho–. No importa lo que cueste, te encontraré ya sea en esta vida o en la siguiente.

Fue lo último que me pudo decir antes de que me viera obligada a subir al auto.

La lluvia empezó a caer tan pronto como Raziel y Agnes se metieron a otro callejón desapareciendo de nuestra vista. El frío vino de sopetón. Eso fue como sumergirme en la cruda verdad, en que seguíamos en riesgo y que aquella despedida rápida tal vez sería la última. Para nosotros no habría un para siempre. Raziel se había marchado igual de cauteloso como apareció en mi vida, y esa realidad me golpeó al subir al auto.

–¿A dónde vamos? –mamá preguntó a Raven.

–¿Seth, alguna idea? –Raven miró a mi compañero de asiento un momento.

No respondía, Seth estaba callado, perdido e incluso algo asustado.

Toqué su mano para sacarlo del extraño letargo que lo mantenía en silencio.

–¿Seth?

Dio un pequeño salto y me examinó con rapidez. De pronto, sus ojos se dirigieron a mi cintura y frunció el ceño.

–Ponte el maldito cinturón, puede ser peligroso –farfulló. Sin esperar a que yo reaccionara, me abrochó el cinturón de seguridad.

Un gruñido de Raven me sacó de la sorpresa que su reacción provocó.

–¡Seth! –le gritó, desesperada–. ¿Tienes alguna idea sobre algún sitio al que ir?

Él por fin respondió:

–Solo hay un sitio donde podrán estar a salvo, pero dudo que quieran ir.

–¿Dónde, niño?

–Mi casa.

Esa no era la respuesta que esperaban.

–Genial, ha perdido el juicio, pensemos en algo nosotras –propuso Raven, hablando tan rápido como la velocidad que íbamos en auto.

–Baba estará dispuesta a ayudarlas –se defendió.

–Tu abuela te ayudará a ti, no a nosotras –lo confrontó mamá, muy seria.

–Es mejor que estar huyendo en un puto auto y ¡bajo una maldita lluvia! ¿Es que quieren matarse? ¡¿Quieren matarse?!

Había olvidado que Seth cargaba en sus hombros la muerte de sus padres. Seguro que huir en auto le había traído recuerdos de aquel trágico momento, por eso actuaba tan extraño.

–Seth, tranquilízate –le pedí, sosteniendo con más fuerza su mano, que estaba amoratada por los golpes que le había propinado a Dhaxton.

–No puedo –dijo con la voz quebrada y respirando con dificultad–. Este día es igual que el de aquella vez.

–Pero puede ser diferente –hablé desde la esperanza–. Va a serlo, ya verás.

Intenté demostrarle que hablaba en serio, llena de seguridad, pero en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, mi careta cayó revelando que mis palabras eran consuelos vacíos y que mi mano aferrada a la suya solamente buscaba algo a lo que sostenerse, porque sabía que en algún momento caería y ya no me quedaban fuerzas suficientes para seguir adelante.

Pero con ese miedo que me quemaba por dentro, me convencí de llevar a cabo mi plan.

–Nos vienen siguiendo –informó mamá.

Seth y yo nos agachamos lo suficiente para pasar desapercibidos, pero no lo suficiente para no poder mirar atrás. En medio de la lluvia, conseguí ver un auto oscuro que nos seguía con las luces apagadas. Era una camioneta grande, si nos embestía nuestro auto perdería el control.

–Acelera –ordenó Seth. Al parecer se había percatado de lo mismo que yo.

Raven obedeció, girando a través de pasajes y calles pequeñas, pero no tardaron en

alcanzarnos. Y es que no era solo una camioneta, eran tres.

–¡Tenemos que hacer algo! –chilló mamá, desesperada.

Raven no dijo nada, estaba concentrada en buscar un desvío para perderlos de vista.

–Toma la carretera y ve a la zona boscosa –habló Seth con tanta seguridad que mamá y yo lo miramos en busca de más información–, allí encontrarán un camino de tierra...

–Si piensas ir a tu casa de veraneo...

–Quedarnos allí sería un suicidio –interrumpió a Raven–. Pero conozco la zona y sé que hay un camino lo bastante largo y angosto como para perder a las camionetas. No podrán manejarse con los saltos, pero este auto sí.

–¿Qué me dices de los charcos? –inquirió mamá–. Nos quedaremos atrapados.

–No; confía en mí. Joderán por los saltos, no por las pozas del camino.

Raven accedió. Con un par de giros y derrapes a causa de la lluvia, consiguió llegar a la carretera. Habíamos perdido una camioneta, pero dos venían detrás, esta vez con las luces frontales encendidas, cazándonos. Una de ellas logró ponerse del lado del conductor, empujando el auto hacia un rincón.

–¡Nos están cortando el paso! –gritó mamá cuando el auto sacó chispas por el roce.

–¡Acelera, Raven, acelera! –gritó Seth, cubriéndome.

Estaba tan asustada que ni siquiera podía hablar o gritar, solo me quejaba por los movimientos violentos.

La concentración de Raven no se perturbaba con nada y su manejo del volante llegó al límite de lo alucinante cuando tomó el desvío hacia el bosque. Ninguna de las camionetas lo esperó, lo que nos dio algo de ventaja.

Seth tenía razón; el camino estaba lleno de baches y lomos formados de tierra. Aun así, estos nos jugaron una mala pasada, pues necesitábamos sostenernos de donde pudiéramos para evitar partirnos la cabeza en el techo. Era un vaivén engorroso que no favorecía a nuestra desesperación. Y era peligroso, pues la tierra estaba resbaladiza y algunos saltos provocaban que el auto se desviara del camino al aterrizar.

Lo bueno era que habíamos dejado a otro auto atrás.

Ahora nos seguía solo uno, que cada vez estaba más cerca. Tan cerca que nos golpeó desde atrás.

La embestida resultó en un desastre. Raven perdió el control del auto y terminamos de cara frente a la camioneta, la cual nos arrastró hasta que chocamos contra un árbol.

–Raven, por favor... –suplicó mamá.

–Lo tengo, lo tengo –repitió ella, apretando con fuerza el acelerador.

Salimos de la encerrona de milagro y pudimos tomar distancia. Sin embargo, no contábamos con que los hombres dispararan a las llantas. El pavor se apoderó de mí por completo. Empecé a gritar agachada en el asiento, cubrí mis oídos y cerré los ojos con fuerza.

No quería morir.

No quería que me llevaran.

No quería rendirme así de fácil.

Pero ¿qué más podía hacer?

–Hey, hey... shh... calla... –la voz de Seth me regresó al auto–. Vamos a estar bien, ¿sí?

Abrí mis ojos y lo miré.

–Saldremos de esto. Ellos no le están dando al vidrio, le están dando a las ruedas.

Ojalá eso hubiera podido consolarme un poco, pero yo estaba reviviendo la escena que por

tanto tiempo mi memoria quiso ocultar. Era la misma situación que viví cuando intentábamos huir.

–Nos van a matar afuera.

–No lo harán, confía en mí.

–Quiero hacerlo, pero...

Una rueda estalló y el auto perdió el control.

Miré por la ventana y vi el cielo dar vueltas.

A continuación, un impacto.

Habíamos chocado.

–No, no, no... –escuché que decía Raven–. ¡Audrey, baja del auto ahora mismo!

Desabroché mi cinturón y abrí la puerta. Me di cuenta de que mamá estaba inconsciente, con la cabeza hacia adelante.

–¡Mamá! –le grité intentando despertarla, pero ella no respondía–. ¡Mamá, por favor!

Raven me agarró la mano.

–Es demasiado tarde, ella no despertará.

–¿Está muerta? –pregunté.

–No, solo está aturdida.

–Tenemos que correr –propuso Seth–. Los hombres también han chocado, tenemos tiempo.

–No puedo. Me he roto la pierna –Raven sonaba adolorida y, en efecto, lo estaba. Desde mi lugar vi su pierna ensangrentada.

–Podemos llevarte...

–No pueden –me interrumpió–. Ustedes corran, yo me las arreglaré.

Eso me rompió el corazón.

–Si te dejamos atrás van a hacerte más daño, Seth puede cargar a mamá y yo puedo ayudarte a...

–Audrey, ni lo intentes –me frenó con esa voz autoritaria que siempre tuvo, pero que en el fondo era dulce y franca–. Esta es mi última parada. Será mejor que corran.

–Pero mamá...

–Estará bien –me repitió–. Te lo prometo.

Elección

Audrey debería irse con Seth
Ir

Audrey debería quedarse
Ir

Capítulo 24
La opción correcta (S)

Elección: Audrey debería irse con Seth

AUDREY

Le di una última mirada a Raven antes de bajar y me despedí de mamá besando mis dedos y estampándolos en la ventana. No quería dejarla, no quería alejarme de ella otra vez, pero, si me quedaba, todo habría sido en vano.

–Mami, te amo –le dije una última vez.

–Es hora de irnos –apremió Seth.

–Esperen... –habló Raven. Con dificultad bajó del auto, reteniendo el dolor con los dientes apretados–. Escuchen esto –farfulló. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo–: en caso de que logren salir con vida escríbannos a este mail...

Se metió la mano ensangrentada al bolsillo y sacó un papelito doblado con el siguiente correo: «usyb_kscfc87@kygur.com».

–Es un mail temporal –puntualizó Seth.

–Tiene duración de un año. Si dentro de esa fecha no respondo, es que no pudimos salvarnos.

Eso me destrozó el corazón. Abracé a Raven por última vez y le pedí que cuidara a mamá.

Seth me tomó de la mano y juntos corrimos a través de los árboles y los arbustos. Me arrastró bajo la lluvia y contra el viento mientras yo contemplaba la figura de pie de Raven, malherida, hacerse diminuta cada vez más hasta que dos hombres se le acercaron. Lo último que vi de su silueta fue que la golpearon en la cabeza.

–¡La han matado! –chillé al verla caer, con la esperanza de que Seth me dijera que seguro la habían noqueado, pero permaneció en silencio.

Nuestro desalentador lugar seguro se veía más ennegrecido, y la esperanza de salir del bosque sin que nos atraparan, también. Aquellos hombres no se cansaron de buscarnos; lo peor era que estaban en mejores condiciones que nosotros. Mis pies estaban magullados, adoloridos por la caminata y el encierro. Eso les dio muchísima más ventaja. Podía ver sus siluetas atravesando el bosque, esquivando los grandes árboles, todo para darnos caza. Y lo estaban consiguiendo.

Llegamos a un punto de la quebrada donde nuestro camino seguro llegaría a su fin.

–Hay que bajar –dijo Seth.

No se lo reproché, pero tuve dificultades para hacerlo. Tuve que quitarme los zapatos para que mis pies no se enterraran en la tierra húmeda. Una vez que descendimos, nos ocultamos bajo las raíces de un enorme árbol y aguardamos.

–Si así tardaron al bajar, no llegarán muy lejos –dijo una voz.

–Es lo más seguro.

Lo siguiente que se escuchó fueron sus esfuerzos por llegar a un punto estable. Nosotros estábamos a unos metros de ellos, tirados sobre la tierra, cubriéndonos la boca para que no escucharan nuestras respiraciones agitadas; quietos, sin hacer ruido, y rogando por no ser descubiertos.

De reojo vi, entre las raíces y la maleza, las piernas de los dos hombres avanzar, y sentí que todo mi cuerpo se volvió rígido. Si uno de ellos llegaba a agacharse, nuestro destino llegaba hasta ahí. Estaríamos acabados.

–Andando –escuché decir a uno y eso bastó para que siguieran corriendo.

Solo cuando nos sentimos lo bastante seguros salimos de nuestro escondite.

–¿Qué haremos ahora? Estamos en medio del bosque y esos hombres volverán.

–Sígueme –ordenó Seth.

Comenzó a caminar bajo la falda de la quebrada sin dar más explicaciones. Luego sacó su móvil y realizó una llamada de la que poco entendí. Sentí algo de temor por lo que diría, su rostro no se veía demasiado complacido, pero, tras cortar, suspiró y me miró con un ápice de esperanza.

–Un auto nos estará esperando en la carretera.

–¿La carretera? Es peligroso ir allí –alegué, recordando la recomendación de Raziel.

–Por esa razón será nuestro lugar seguro. Ya han visto que hemos tomado el desvío hacia el bosque, jamás imaginarán que volvimos a la carretera o a la ciudad.

–Es un movimiento muy arriesgado, Seth. Y avanzar en auto...

–Confía en mí.

Quería hacerlo, pero su petición era una locura de la que ni él mismo estaba seguro. Lo vi en su rostro; su expresión era de pesimismo, derrota y en sus ojos no había más que oscuridad. No había vida. Yo no podía confiar en la desesperanza, pero sí en sus deseos de ayudar. Pudo haberse quedado en el hotel, pero estaba conmigo, arriesgando todo por mí.

Cogí su mano y avanzamos rodeando la falda de la quebrada por un buen rato en el que la lluvia dejó de caer, hasta que en un punto Seth se detuvo junto a una enorme tubería.

–Por aquí –se agachó, adentrándose por el enorme cilindro–. Esto nos llevará a la carretera.

Me dio repulsión pensar en la cantidad de ratas que nos encontraríamos, pero por el camino no hallamos más que tierra, plantas e insectos. El tramo era largo, agotador y una forma de moler nuestras rodillas y manos.

–Faltan unos metros –le escuché decir a Seth.

Pronto, la luz del exterior rompió con la oscuridad de la tubería y salimos, inspirando el aroma que quedó tras la furiosa lluvia.

Comprobamos que todo estuviera en orden antes de subir a la carretera. El auto del que habló Seth no tardó en dar con nosotros. En realidad, era una furgoneta de correos. Seth intercambió un par de palabras con el hombre que nos recogió; un hombre regordete con el uniforme de la empresa. Nos subimos a la parte de atrás, entre muchas cajas, y permanecimos allí, quietos y abrazándonos para que el calor no abandonara nuestros cuerpos.

–¿A dónde iremos? –le pregunté a Seth.

–No lo sé. De lo único que estoy seguro es de que Baba tiene algo planeado para nosotros.

–¿Y si solo tiene algo planeado para ti? Seth, su única preocupación siempre fuiste tú.

–Ella sabe que jamás me atrevería a abandonarte.

El resto del camino estuvimos en silencio, tratando de no perder la conciencia o sufrir de hipotermia. Ir en la parte de atrás de una furgoneta, sin luz y en pleno invierno, no era lo que me

imaginé. El cansancio me empezó a vencer; mis ojos se cerraban, la cabeza me dolía y necesitaba un sitio donde apoyarla. Mi subconsciente empezó a jugar con mi mente, a imaginar que estaba junto a mamá. Imaginé que no la había abandonado, que se encontraba bien, que no le hicieron daño y que, en algún momento, nos volveríamos a encontrar. Entonces, cuando cerré los ojos, la sentí junto a mí y todo mejoró.

Pero en cada bache despertaba y era arrastrada a la penosa realidad. Y estaba junto a Seth.

Seth había resultado ser el aliado inesperado que jamás creí tener. Mientras más lo veía, más impensable se sentía. Me daba lástima su estado. La primera vez que nos vimos estaba lleno de confianza y con una sonrisa torcida que me irritaba, ahora estaba hecho un ovillo, mordía sus uñas, tenía los nudillos heridos y la mirada sombría. Era probable que la muerte de sus padres se hubiera reproducido una y otra vez en su cabeza, desalentándolo. Además, ni siquiera habíamos tenido tiempo de digerir lo que pasó con Dhaxton.

El auto se detuvo y el conductor nos abrió para bajar.

Nos encontrábamos en una pista de aterrizaje junto a un gran galpón. De allí salió Agatha, custodiada por dos de sus enfermeros. Ya no me quedaba duda de que eran guardaespaldas. Seth no esperó ni un segundo en ir a su encuentro.

–Tú, mocoso estúpido, mira el susto que me has hecho pasar... –le regañó la anciana, abrazándolo tan fuerte como pudo–. Ir contra gente tan poderosa es una locura. ¡Un sinsentido!

Seth sollozó de alegría al verla y le sonreía a la vez.

–Es lo correcto, Baba.

–Sí, y ahora tu vida corre peligro –le recriminó, sin quitarle los ojos de encima.

Odié ser yo la que interrumpió el emotivo encuentro.

–¿Cuál es el siguiente paso?

No hubo consuelo para mí, al contrario, Agatha cambió su semblante al verme.

–Se irán en el helicóptero fuera de la ciudad. A partir de ahí, tomarán lo necesario para ir a otro estado.

¿Otro estado? Eso significaba que no podría volver a ver a mamá...

–Espera... –la frenó Seth–. ¿Dijiste «se irán»?

–No puedo irme contigo, Seth –habló Agatha con firmeza–, estoy demasiado vieja y cansada para empezar una nueva vida lejos de mi hogar. Siempre he vivido ahí, he sufrido y moriré en esa casa.

El chico negó con la cabeza, pálido y con la boca entreabierta.

–Yo no voy a dejarte, Baba.

Agatha curvó las cejas como diciendo «¿te atreves a llevarme la contraria?». Esbozó una sonrisa, pero se estaba esforzando demasiado por mostrarse indiferente a las palabras de su nieto.

–No tienes que hacerlo, yo te estoy dejando.

–Aguarda un momento, Baba... –intentó razonar él–. No puedes hacerme esto. No puedes dejarme así. Eres la única persona que me queda de la familia... Ven con nosotros.

–Seth, hijo, no hagas el intento, ya he tomado una decisión.

–Pero si te quedas ellos van a hacer lo que sea para que hables.

–Pueden intentarlo, pero si sigo viva después de que tus padres trataron de huir, es porque no han podido conmigo.

La mujer había tomado su decisión.

–No me hagas esto, por favor... –siguió rogando Seth.

–La decisión ya está tomada. Si te quedas, ellos vendrán a por ti. Jamás me perdonaré si te

sucede algo, sabiendo que no hice lo que fuera necesario por mantenerte a salvo.

–Ella tiene razón –intervine.

Seth me miró con los ojos aguados sin dar crédito a la frialdad con la que había actuado.

–Sé que es difícil dejar a tus seres queridos atrás, pero todos necesitamos hacer un sacrificio para conseguir nuestra libertad, Seth –le dije con sinceridad y él bajó la cabeza escuchando lo que tenía que decir–. Puedes quedarte aquí sabiendo que ellos vendrán por ti en cualquier momento o puedes subirte al helicóptero y vivir una vida plena, tal como a Agatha le gustaría.

Ella me dio la razón.

–No hagas las cosas más complicadas, Seth. Esta decisión me rompe el corazón más que a ti.

No tuvo más opción que acceder, pero lo hizo lanzando maldiciones entre dientes. Agatha lo miró como si se tratara de un niño pequeño que hace alguna gracia para llamar la atención. Ambos lloraron cuando se dieron un último abrazo de despedida, aunque la anciana seguía en su plan de mostrarse orgullosa. Supuse que lo hacía así para que no le doliera tanto a su nieto.

–Y tú –me dijo al separarse–. No olvides lo que te dije sobre las leonas y sus cachorros –advirtió, secándose las lágrimas.

–No lo haré.

–Cuida de mi muchacho.

Le respondí con un ligero movimiento con la cabeza y eso bastó para que Agatha me abrazara. No fue un abrazo de esos que en secreto amenazan, sino que fue uno de preocupación auténtica.

Nos dirigimos al helicóptero. Subimos y abrochamos nuestros cinturones.

¿De verdad íbamos a dejar todo atrás sin ningún plan? Estaba asustada; llena de miedo. Mi cabeza se llenó de preguntas sobre el futuro incierto. Todo estaba sucediendo tan rápido que dudé de la realidad. ¿Y si estaba soñando todavía? No; el ruido de las hélices era real. Mi miedo era real.

Pese a todas las inseguridades que se me presentaron como una avalancha, tuve que sentar cabeza y comprender que estaba dejando mi vida atrás.

Mi vida.

Mi arte.

Mis sueños y metas.

Atrás estaba dejando a Audrey Johnson.

–Se acerca un auto –informó uno de los hombres de Agatha.

Eso me trajo a la tierra.

En efecto, un auto venía por la pista de aterrizaje hacia nosotros.

Antes de descubrir de quién se trataba, el piloto decidió que era momento de despegar. Agatha necesitó alejarse lo antes posible y fue directo al galpón. Pero el auto frenó en su camino, dejándola inmóvil.

La puerta del conductor se abrió y del interior bajó Dhaxton. Bastó ver su expresión para saber que sus intenciones no eran buenas. Eso lo dejó claro cuando sacó una pistola y me apuntó.

Lo siguiente que escuché fue el sonido de las balas saliendo del cañón. Dhaxton no pudo darme, por la distancia, pero encontró un nuevo objetivo: Agatha.

–¡Dhaxton, no! –gritó Seth, dispuesto a saltar de ser necesario.

Era demasiado tarde, Dhaxton estiró su brazo hacia Agatha y jaló el gatillo.

Lo último que recuerdo de ese momento fue la sangre volando de la cabeza de Agatha, cómo caía al suelo en una agónica cámara lenta, sin vida, y a Dhaxton apuntándose la pistola en la cabeza, pero siendo detenido por los hombres de Agatha antes de poder suicidarse. Luego, los

gritos de Seth, quien, impotente, no podría darle entierro a la mujer que por tanto tiempo lo había criado.

Al final de aquel día, todos habíamos perdido algo.

Capítulo 25
Libertad (S)

AUDREY

Ocho meses después...

La alarma de mi celular me despertó.

Odiaba tener que levantarme temprano un viernes, pero era mi turno, así que necesitaba hacerlo por las buenas o por las malas. El tiempo me había vuelto perezosa y, a falta de responsabilidades, tenía el pase libre para dormir hasta tarde.

Me calcé las pantuflas con los ojos entrecerrados y fui a la cocina a prepararme el desayuno. La nevera estaba llena de golosinas que me daba por comer en plena madrugada. No podía resistirme, el azúcar se había vuelto una de mis nuevas adicciones.

Me serví un vaso de leche y unas tostadas con mermelada. No pude resistir más y me senté a comer, mientras encendía la televisión. Hice zapping hasta dar con el canal de noticias internacionales.

«Caso Wightown», leí de titular.

Habían pasado ocho meses desde que desbarataron la red de tráfico sectaria y todavía los medios hablaban de lo que había ocurrido. Y no fue para menos, el caso resultó ser un hecho que asombró a millones de personas tanto dentro como fuera del país.

–Lo hemos conseguido, Agnes –dije.

Luego de escapar, había agarrado la manía de hablarles a las personas como si todavía estuvieran presentes en mi vida, de esta forma no me sentía nostálgica. Después de todo, solo contaba con la televisión e internet para recordar a mis seres queridos. Por esa misma razón, solo podía informarme de lo que pasaba en Wightown a través de noticias y comentarios, algo que no se me hacía fiable del todo.

Detrás de tan inmenso acontecimiento hubo demasiado amarillismo.

Lo único claro fue que en la ciudad había una red de tráfico y que los más poderosos eran parte de ella.

La viralidad que tuvo el video de Agnes fue inmediata. ¿La chica desaparecida había vuelto? Eso llamó la atención suficiente como para que todos lo compartieran de boca en boca, de red en red. Y, con esto, muchas cosas más cobraron sentido. Logan, a través de las redes se encargó de difundir la información en todos los sitios hasta que llegó a la televisión. Personas de todos los lugares y partes del mundo salieron a apoyarla, y también se sumaron a la investigación. Reportajes de una hora contaban lo horroroso que este hecho les parecía.

Cientos de patrullas se dirigieron a las afueras de la ciudad buscando el lugar donde la secta se había asentado. Las edificaciones donde tenían a Agnes, las casas de ceremonia, el centro de celebración y el templo fueron saqueados.

La orden de la Madre Sagrada había caído.

LeGroix se ganó una reputación asquerosa, rumores sobre el trato preferencial hacia las familias ricas y sobre corrupción causaron que el director se bajara de su cargo. Plantearon una nueva reforma, pero la verdad es que ya nadie quería asistir, por miedo.

Las obras de Danti Vannan también se vieron manchadas; algunos decían que era arte y otros planeaban quemar sus obras originales. Esto generó un enorme debate.

Ni siquiera las familias poderosas pudieron hacer algo frente al escarnio público. Archivos demostraron su complicidad en las desapariciones, en las torturas a las mujeres. Se habló de que muchos de sus hijos eran obligados a buscar chicas.

Las familias Crusoe y Shallow fueron unas de las primeras en caer. Sus hijos eran los más involucrados, porque las reuniones de la secta se habían realizado en sus casas.

Denniro fue uno de los que más cargos en contra tuvo y no pudo soportarlo. Dicen que se ahorcó en su celda. Otros alegan que lo silenciaron.

Devon corrió la misma suerte.

Sin embargo, sobre Dhaxton nunca más se supo nada. Algunos rumores decían que se suicidó; otros, que estaba en prisión; y algunos más fantasiosos habían dicho que lo vieron merodeando las calles de París con otro nombre y aspecto.

Yo prefería no pensar en él, aunque en cierto punto se me hacía imposible.

Muy en el fondo, sabía que allá afuera quedaban miembros de la secta escondidos, y eso incluía a Crusoe.



Después del desayuno fui a la parada de bus y tardé veinte minutos en llegar a la ciudad.

Jamás podría acostumbrarme a ella. A sus aires, a sus edificios, sus restaurantes y almacenes... Mucho menos a su estilo de vida y la desinteresada forma en que todos actuaban. Tardé un poco en acostumbrarme al nuevo ambiente, pero me gustaba visitar las cafeterías, incluso la que tenía gatitos que me hacían compañía. Me recordaban que una vez tuve un gato, Francis, al cual extrañaba demasiado.

Mi destino era la sucursal de correos.

Había una fila enorme de personas, pero una de las ventajas de estar embarazada era tener la preferencia, por lo que no tardaron en atenderme.

–Buenos días –saludé a la chica. Era nueva, su cara no la había visto antes–. Vengo en busca de un paquete.

–Por favor, indíqueme su nombre y apellido.

–Agnes Reid.

Todavía saboreaba con extrañeza mi nuevo nombre. No podía acostumbrarme a él, había pasado demasiados años siendo Audrey. Pero esa era una de las consecuencias de haber huido: perder mi identidad.

Para ser sincera, en un principio no me gustó tener que usar el nombre de mi hermana y fingir que era ella. Pero la verdad era que la oportunidad se me dio demasiado fácil como para rechazarla.

Dhaxton y Denniro habían creado la coartada perfecta para esconder su crimen, le habían dicho a toda esa maldita secta que ella estaba lejos. Las personas ingenuas les creyeron y nunca

se preocuparon por su paradero, sino que la dejaron en paz. Agnes era la hija pródiga que todas esas familias hubieran deseado; no la molestaron durante años, no se ocuparon por saber cómo estaba ni de sus millones acumulados en el banco. Por eso, cuando Seth y yo bajamos de aquel helicóptero, me aferré al pasaporte e identificación de Agnes, consciente de que en ellos tenía lugar mi nuevo inicio.

Y así fue.

Cuando llegamos a un nuevo estado, Agnes Reid, después de mucho tiempo, regresó para sacar una cantidad abundante de dinero y así largarse de una buena vez del país a vivir su vida en paz, tal como ella hubiera deseado.

Tras recibir el paquete salí de la sucursal ansiosa por abrirlo. Fue en el estacionamiento donde me encontré con un auto familiar. La puerta del copiloto se abrió y Seth no tardó en asomarse.

–¿Va a alguna parte, señorita? –me preguntó muy sonriente.

Le sonreí e hice el amago de subir, pero me detuvo colocando la mano sobre el asiento.

–¿Te pondrás el cinturón esta vez?

–No –fui directa.

–Entonces ve a la parte de atrás.

Lo miré con ojos de pocos amigos, pero acepté. Ya nos habían pasado una multa por no llevar cinturón. ¿Es que nadie entendía que usar cinturón de seguridad en pleno embarazo se sentía horrible?

–¿Qué hay de bueno esta vez? –preguntó en lo que yo abría el paquete.

–Pues... Esta vez es un biberón y muchos baberos. Ah, y una carta de Raven.

–La edad la pone más blanda –se burló.

–Me alegra que siga escribiendo –dije, dejándola a un lado–, hay algo en las cartas que me parece tan cercano.

–¿Escribir? Su caligrafía es un desastre.

–No seas malo con Raven.

–Esa vieja gruñona sigue fastidiando desde tan lejos, es que no se cansa.

Le di un empujón en el hombro y él se echó a reír.

Me acomodé en el asiento y empecé a leer la carta como si fuera la primera que recibí.

Tomó bastante tiempo que Raven respondiera los mensajes que en cada oportunidad le escribía. Tampoco había información de ellas en las noticias. Cada día perdía más la esperanza, hasta que un día uno de los correos fue respondido. Era de Raven poniéndonos al tanto de lo que pasó.

El mail decía que los hombres las llevaron a casa de los Crusoe para ser interrogadas sobre mi paradero y el de Seth, también para saber si estaban coludidas con lo del video. Tras algunas explicaciones, Devon se encargó de mantenerlas a salvo. Asumió la responsabilidad de mamá bajo la excusa de que ella era su esposa y, por lo tanto, también una protegida. Sin embargo, antes de que todo se desatara mediáticamente, las ayudó a huir. Y, finalmente, contaba que ambas estaban viviendo en un poblado de Arizona, a salvo.

Hablábamos de vez en cuando por teléfono, pero Raven prefería escribirnos cartas cada vez que nos enviaban algún paquete.

–Bueno, ¿qué planeas hacer? –Seth me trajo de regreso al presente–. Vamos a casa o comemos afuera.

No me lo pensé dos veces.

–Vamos a alguna tienda para comprar ropa de bebé y luego comemos en casa.

–Veo que mi comida te tiene enamorada.

–Calla –le ordené.

–¿Eso es un sí o es un no?

–Un no, por supuesto.

–Ajá... –resopló, fastidiado–. Pero admite que mi comida es la mejor.

–Lo admito. Casi estás a mi nivel.

Eso le sacó una carcajada que casi hizo que se desviara del camino. Seth era un conductor con una suerte que yo deseaba tener.

Vivir con él era simple. En realidad, no éramos tan diferentes después de todo. Había conseguido un empleo en el cargo de finanzas en una empresa y en sus ratos libres probaba cocinar diferentes platillos que me daba a saborear. A veces le gustaba poner música a todo volumen mientras yo me inspiraba pintando en el pórtico de la casa, frente a la enorme pradera que siempre deseé contemplar. Por la noche nos sentábamos afuera, en las escaleras, a mirar las estrellas y espantábamos a algunos insectos; y, en otras ocasiones, discutíamos sobre qué nombre ponerle al bebé. Y, cuando eso pasaba, hablábamos sobre lo que le diríamos cuando nos preguntara por qué teníamos tantas pesadillas.

Dentro de poco daría a luz.

No podía decidir si eso me fascinaba, me asustaba o ambas a la vez. Lo único seguro era que el tiempo pasó demasiado rápido y que mi espalda dolía demasiado. Pero a veces era mejor sentir la indecisión. Por esa misma razón, me había negado a saber el sexo del bebé.

–¿Por qué no puede usar amarillo? –me cuestionó Seth en plena tienda, sin avergonzarse de lo dramático que era–. ¡Mira este trajecito, le quedaría perfecto!

–No me preguntes por qué. Lo leí en algún sitio de Google, pero ya lo olvidé.

–Ajá.

–El punto es que no pueden usar ropa amarilla. –Seth suspiró con pesadumbre–. Créeme, a mí me duele más que a ti.

–Lo sé –soltó una risa nasal–. En la academia siempre traías algo de color amarillo.

–Y tú alguna camisa floreada.

–Vaya... veo que me observabas bien –profundizó su voz en un tono insinuante.

–Soy una artista, claro que lo hacía –me limité a decir mientras revisaba uno a uno los pijamas de bebé.

Seth se acercó a mí por la espalda y colocó sus manos sobre mis hombros. Pude oler su perfume mezclado con el champú. Pese a que no soportaba muchos olores, su aroma me seguía gustando.

–Acepta de una buena vez que mi estilo de vestir te fascinaba.

–Cualquier cosa es mejor a cómo te vistes ahora, Luca.

La mención de su nuevo nombre, el que pone en su actual identificación y dice odiar a muerte, le sacó una mueca.

Le eché un rápido vistazo. Traía puesta una camisa de mangas largas bajo un chaleco, una corbata y unos pantalones de tela que cubrían la mitad de unos zapatos oscuros. Se notaba que apenas había salido del trabajo fue a buscarme.

–Te vistes como un anciano.

–Soy alguien de negocios –aclaró, levantando el mentón y acomodando su corbata.

–Pero eso no significa que debas tener mal gusto –contraataqué y le di un pellizco a su mejilla.

Después de elegir qué llevar, nos dirigimos a la caja. La chica que nos atendió ya nos conocía bien. Desde hacía tiempo veníamos a comprar, dado que era una de las pocas tiendas enfocadas en bebés e infantes.

Mudarnos a una de las ciudades más pequeñas de Inglaterra fue lo último en nuestros planes, pero estábamos huyendo de personas peligrosas, no podíamos quedarnos en el país. Fue cuestión de suerte dar con un sitio que se pareciera tanto a mi sueño, lleno de verde, casas antiguas, vecinos lejanos muy amables y mucho prado por donde correr. Ahora estábamos muy alejados de Estados Unidos, pero un poquito más cerca de España. Sin embargo, a veces no descartaba la posibilidad de volver a Wightown.

Me puse a pensar en ello una vez que subimos al auto para regresar a casa.

–¿En qué piensas?

–En nada –respondí, vacilante.

–Últimamente te quedas pensativa durante muchos minutos. ¿Ocurre algo?

–No, simplemente me entra la nostalgia. Nunca en mi vida pude imaginar que terminaría tan lejos de casa, y mucho menos embarazada.

–Creo que es un poco tarde para arrepentirse... –miró mi enorme barriga.

–No me refiero al bebé –repliqué al instante.

–Ya sé, ya sé.

–Es que... a veces siento que extraño lo que tenía antes.

Me miró un momento a través del espejo retrovisor y luego alzó las cejas.

–Bueno, es comprensible. Tu vida ha dado un giro rotundo desde el primer día en que pusiste tus pies en la academia, yo tuve culpa de ello, ejem, y luego has tenido que huir dejando hasta a tu gato atrás.

–Mi pobre Francis...

–Durante mucho tiempo estuviste huyendo, sin darte tiempo para procesar correctamente todo lo que ocurrió. Eso y la incertidumbre de no saber qué pasó con tu madre, Raven o Raziel.

Solo mencionarlos tuvo el poder de escarbar en mi pecho.

–Extrañar tu vida anterior no es malo, yo también a veces me pongo en plan melancólico al recordarla.

Había olvidado el lado sensible y honesto de Seth, y lo duro que fue para él perder a Agatha.

–¿Seth?

–¿Sí?

–Puedes llorar en mi hombro cuando gustes.

Volteó ofendido y con los párpados entrecerrados, así que aproveché de inclinarme y darle un beso en la mejilla. Él reprimió una sonrisa y regresó al frente.

Llegamos a la entrada de la casa. Usualmente, Seth se bajaba para abrir el portón y volvía al auto para entrar. Esta vez no lo hizo.

–Aguarda.

Su cambio en el tono de voz me preocupó.

–¿Qué ocurre?

–Alguien estuvo aquí.

Bajó del auto y se agachó al pie de la cerca que rodea el terreno. Como pude, bajé haciendo caso omiso a lo que dijo antes y me acerqué para comprobar lo que había llamado su atención.

–Hay pisadas en la tierra.

Seth, además de darse el trabajo de poner alambre de púas, solía regar la tierra bajo la cerca

para que, en caso de que no estuviéramos en casa, las pisadas quedaran marcadas. Era una forma de seguridad bastante arcaica, pero funcional.

–Voy a ir a comprobar que no haya nadie dentro. Espera.

Seth abrió el portón y se dirigió hacia la casa. Yo, haciendo caso omiso a sus palabras, iba unos pasos más atrás.

–¿Qué haces aquí? –inquirió, susurrante.

–Quiero ver qué pasa –me quejé–. También tengo ese derecho.

–Sí, pero estás embarazada.

–¿Y eso qué?

–Que es peligroso. Imagina que es un grupo de *ellos* y tenemos que correr de vuelta al auto y...

–Calla, no volveré.

La discusión acabó cuando giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Seth se agachó y avanzó por el interior con cuidado mientras yo le seguí. A primera vista, no parecía que hubiera ningún intruso, todo estaba en orden, tal cual lo había dejado antes de salir, pero, cuando fuimos hacia la cocina, ambos nos detuvimos.

Había una persona sentada en la mesa, esperando por nosotros.

Me quedé de piedra una vez que hice un rápido repaso por su rostro y me di cuenta de que aquellos inconfundibles ojos azules los había visto hace mucho tiempo atrás.

–¿Ustedes nunca dejan de discutir? –preguntó Raziel–. A este sitio le falta algo de seguridad –pronunció.

No podía creer que después de casi nueve meses su humor no había cambiado en absoluto.

–¿Qué haces aquí? –continuó Seth. Estaba tan asombrado como yo, pero era el único que tenía la fuerza suficiente para hablar.

–Le prometí a alguien que nos volveríamos a encontrar.

La mirada de Raziel se posó en mí, entonces viajé a ese instante en que lo miré a los ojos por última vez y temí que le pudiera pasar lo peor. Recordé que su paradero siempre me mantuvo con la intriga a flor de piel, que la incertidumbre de no saber si estaba bien me carcomía en los primeros meses, en la culpa que sentí porque me repetía una y otra vez que pude haberlo convencido, y en que mis oraciones siempre él estaba presente.

Caminé hacia él temiendo que se tratara de un espejismo y que la charla en el auto me hubiera jugado una mala pasada. Raziel, por su parte, se puso de pie y caminó hacia mí.

Lo primero que hice al tenerlo enfrente fue colocar mi mano en su mejilla.

Necesitaba sentirlo, saber que era real.

Él me sonrió y tomó mi mano en su mejilla para apoyar la cabeza sobre ella. Se sintió tan cálido y seguro... Lo vi cerrar los ojos y ampliar su sonrisa. Eso bastó para darnos cuenta de que no estábamos inmersos dentro de un sueño, sino que nos teníamos frente a frente. Y, al ser conscientes de esto, nos fundimos en un abrazo que percibí más intenso que el último que nos dimos. No tardé en echarme a llorar, dichosa por la felicidad que su presencia me daba. Raziel también tenía los ojos llorosos y su sonrisa flaqueó en cuanto nos alejamos.

–¿Cómo nos encontraste? –le pregunté y retrocedí para tener una mejor perspectiva de él. Su apariencia poco había cambiado; llevaba el cabello más corto, como si se hubiera metido en la milicia, y vestía con ropa de viajero junto a unas botas embarradas.

–Antes de marcharme vi que tenías un pasaporte y la identificación de Agnes, por eso supuse que ese sería tu pase de escape. Lo siguiente fue buscarte a través del sistema. –Suspiró con

pesadumbre–. No fue fácil, saben escabullirse.

–Aprendí del mejor –dije refiriéndome a él.

–Es un alivio. ¿Han visto las noticias? Esos bastardos han caído uno a uno. Las grandes empresas no han querido involucrarse con las familias y sus acciones se fueron en picada, pero sospecho que todavía quedan adeptos escondidos como ratas. Deben andar con cuidado.

Darme cuenta de lo poco que había cambiado provocó que sonriera. En sus palabras todavía existía ese fuego vengativo con el que se dirigía a aquella secta.

–Sigues empecinado en derrotarlos, ¿eh?

–Las ovejas nunca estarán a salvo si el lobo anda suelto –me dijo, y yo recordé que Seth y su grupo me habían apodado «Corderito» en referencia a Agnes.

Agnes...

Miré hacia todos lados preguntándome dónde estaría metida.

–¿Y Agnes? –me atreví a preguntar con cierto temor a su respuesta. Si algo malo le había ocurrido no quería dejarle el peso de contárnoslo.

–Ella está con una persona que la quiere. Se llama Tamara, y está siendo un pilar fundamental en su recuperación. Casi vive con nosotros, en Alaska –se permitió hacer una pausa y volver a suspirar–. Ese día... Escapar no fue tan fácil, pero conseguimos distraerlos.

Eso me alivió.

–Me puedo hacer una idea –le dijo Seth–. Nosotros tampoco la tuvimos fácil.

–Ir en auto no fue lo mejor, ¿eh?

–No lo fue –respondió Seth al instante.

–Lo supuse. A pie es más fácil esconderse, en auto eran visibles para ellos y no los dejarían a menos que agarraran ventaja.

–La tuvimos hasta que chocamos. Raven se hirió la pierna y mamá quedó inconsciente, solo Seth y yo logramos escapar con ayuda de Agatha –lo puse al tanto, aunque eso provocó que mi voz temblara.

Seth bajó la cabeza.

–Lamento lo de tu abuela –le dijo Raziel.

–Baba es una heroína –dijo Seth con orgullo–. Gracias a ella conseguimos escapar.

Hubo un silencio que fue cortado por Seth.

–Traeré el auto.

Quise decirle que hiciera eso luego, porque quedarme a solas con Raziel me puso más nerviosa de lo que esperaba. Quería hacerle demasiadas preguntas, decirle tantas cosas, pedirle que me abrazara otra vez y que me pusiera al tanto de su escape con lujo de detalles. Pero, al mismo tiempo, no quería precipitar las cosas, así él podría quedarse durante mucho más tiempo.

–Has cambiado, eh.

Me hizo un repaso rápido.

–Un poco –admití.

A decir verdad, todavía era extraño mirarme al espejo y verme tan diferente. No era que de apariencia fuera diferente, no había cambiado mucho desde que dejamos nuestro hogar, pero cada vez que me miraba al espejo para ese entonces, veía a la chica de cabello castaño, piel pálida, algunas pecas regadas por mi rostro, ojos marrones y el característico amarillo que tanto amaba. Ahora, sin embargo, por seguridad, constantemente teñía mi cabello y lo había cortado hasta la barbilla, mis pecas casi pasaban desapercibidas con la quemazón del sol y mi color favorito se había vuelto el verde.

Me sentó mal tener que hacer esos pequeños pero significativos cambios cuando nos marchamos, pero siempre tuve presente las palabras de Raziel: «Sé tú misma».

–Te sienta bien el negro –confesó al mirar mi cabello.

Pronto su mirada se posó en mi barriga y, como siempre solía hacer, la apuntó con su barbilla.

–¿Quién es el padre?

Al hacer la pregunta lo noté algo distante, y deduje que era porque en el fondo sabía cuál sería mi respuesta.

–Dhaxton.

No me enorgullecía tener que decirlo. Cargar con aquella verdad me perseguiría para toda la vida después de lo sucedido.

–Y, aun así, tú...

–Si mi barriga está así de grande es por una obvia razón: yo quiero tener al bebé. Sobre aquella decisión nadie tuvo peso.

–¿Fue por lo que pasó en la boda?

–Sí. Las probabilidades eran tan pequeñas y terminó ocurriendo –me reí como si fuera un mal chiste.

Era tan irónico que fuera nuestra primera relación íntima, que no fuera como yo imaginé dentro de mis fantasías cuando Dhaxton me interesaba, y que él ni siquiera hubiera acabado.

–¿Seth lo sabe?

–¿Si estoy embarazada? Debe ser muy ciego si no se ha dado cuenta –bromeé. Raziel mantuvo los párpados caídos como reparo a mis anticlimáticas palabras–. Claro que lo sabe. Fue él quien me compró la prueba de embarazo y no le fue complicado deducir quién era el padre.

Se puso de pie y caminó hacia mí, igual a como lo haría un espejismo. Me asusté de lo imponente que era su presencia.

–Has tomado muchas decisiones arriesgadas –dijo.

–Lo sé.

–Y has pasado por mucho...

–Tú también.

–Pero me alegra ver que hayas sabido arreglártelas. –Tomó mi rostro entre sus manos–. Y que estás bien.

Se atrevió a besar mi frente. En ese momento Seth entró a la casa y tuvo que carraspear para llamar nuestra atención.

–¿Vas a quedarte o vienes de paso? –le preguntó a Raziel, quien como primera reacción enarcó una ceja.

–Yo esperaba quedarme.

Esa noche Raziel y yo nos pusimos al día. Nos sentamos en las escaleras del pórtico, bajo la luz de una luna llena que se ocultaba detrás de los enormes árboles y admirando el manto de estrellas que se encendían y apagaban ante nuestros ojos, acompañados de unas ricas galletas, cortesía de Seth, quien dormía plácidamente en la alcoba.

–¿Cuándo te irás? –fui seria.

–Te dije que vengo a quedarme –esquivó Raziel.

–No mientas. –Le di un codazo en el brazo–. No has traído equipaje.

–Qué observadora... –dijo entre el asombro y la burla. Noté con dicha cómo sus rasgos faciales se marcaban con las sombras–. Me estoy quedando en un hotel cerca del centro.

–Entonces... ¿te irás definitivamente?

–Tengo que volver con Agnes, no puedo irme así como así. Ella todavía siente el peso del cambio, y aunque Tamara y mis padres han sido una buena compañía para ella, hay cosas que no podemos contarle y no puedo dejarla sola durante mucho rato o se asusta. Agnes... –pude oír su exhalación, pesada y larga–. Ella sigue luchando contra lo que vivió.

–Entiendo.

Quedé en silencio.

–¿No te asusta que él pueda volver? –preguntó de pronto, refiriéndose a Dhaxton.

–Me asusta más dejar de luchar. Por eso, si él vuelve, yo estaré preparada.

Raziel separó los labios, lo que me dio la impresión de que diría algo, pero se arrepintió. Aunque lo vi sonreír.

–Tienen una vida tranquila aquí –señaló, mirando el prado–. Justo como te gusta.

–A decir verdad, por más que quisiera vivir en paz, siempre sentía que algo me faltaba. He sido ambiciosa, en el buen sentido de la palabra, por mucho tiempo, pero esta vez ese deseo se sentía diferente.

–¿Qué es lo que te faltaba? –interrogó y volteó a verme.

–Me faltabas tú.

Una suave brisa nocturna corrió. Me encogí de hombros y cerré los ojos hasta que esta pasó, y continué:

–Me hacía falta saber que estabas bien. Saber de ti era el huequito faltante para poder estar tranquila.

–Hay otras formas de pedirme que me quede, Angelito.

Me eché a reír. Dios... cómo echaba de menos su apodo.

–No te pases. Estoy hablando en serio.

–¿O es que Seth no llena ese huequito?

–No creo que quieras enterarte de eso –atajé su pregunta capciosa.

–¿Ustedes dos están juntos?

Era extraño tener que recibir una pregunta así por parte de Raziel.

–Digamos que tenemos una relación un poco peculiar. Es extraño salir con alguien que lleva el nombre de tu primer amor, más si ella es su hermana gemela.

–Es un buen punto.

–Pero –hice una pausa para añadir tensión– él ha dejado en claro que Agnes y yo somos muy diferentes, que solo somos idénticas en apariencia, lo que nos hace dos personas distintas, y en esas diferencias se fijó él.

–Audrey –me frenó–. ¿Están saliendo o no?

–Somos...

No pude continuar porque sentí una avalancha de dolores horribles, y, a continuación, que algo líquido caía de entre mis piernas.

Sí, el parto se había adelantado a la fecha programada y me encontraba a media hora del hospital.

Por supuesto que me ahorraré lo que ocurrió después. Todo pasó tan rápido y fue tan doloroso que mis recuerdos están algo borrosos. Solo sé que Raziel le gritó a Seth para que despertara y encendiera el auto. Entre los dos me subieron a los asientos de atrás mientras yo trataba de no desmayarme por los dolores de parto. Mientras Seth manejaba ansioso por lo que pudiera ocurrir, Raziel sostenía mi mano y me daba instrucciones para controlar la respiración.

Creí que daría a luz en aquel auto, pero logramos llegar al hospital. Allí me subieron a una

silla de ruedas y me llevaron al interior tan rápido como pudieron. Antes de ingresar a la sala de parto, la enfermera me vio acompañada de Seth y Raziel, y preguntó quién de los dos era el padre, pero como ninguno supo qué responder, pues pasaron los dos. Desde un lado de la camilla estaba Raziel y desde el otro, al borde del colapso, estaba Seth. Los dos fueron las víctimas de mis apretones de manos, víctimas de mis gritos mientras pujaba y los primeros que vieron nacer a la pequeña criatura que crecía en mí.

–¡Felicidades! –nos dijo la matrona–. Es una niña.

No tardaron en entregármela. Era una bebita pequeña, arrugada, muy rosada y con un poco de cabello negro en la mollera. Bastó que la tuviera en mis brazos para que dejara de llorar, pero fue lo suficiente para provocar mi llanto.

Seth se agachó para observarla. Sus ojos vidriosos revelaban lo emocionado que se encontraba. Habíamos pasado noches y días enteros pensando en cómo sería ese instante que nos emocionamos hasta las lágrimas.

–¿Ya le tienen nombre? –nos preguntaron.

Todas las miradas se posaron en mí aguardando una respuesta.

¿Un nombre?

Llevaba tiempo pensando en uno en particular. Uno que pudiera representarla, que tuviera significado y demostrara que, más allá de las adversidades y de todo lo que nos pudiera pasar, aquella bebé seguiría un camino importante, impactante y lleno de oportunidades. Un nombre que le hiciera honor a todo lo que tuvimos que atravesar en nuestra huida. Un nombre que significara libertad.

–Sellah. Se llama Sellah –pronuncié despacio para no inquietarla.

Seth me miró, confundido.

–¿Por qué Sellah? –preguntó.

Yo sonreí.

El día en que salimos del hospital no me pareció un día de verano cualquiera, había algo en mí que hacía ver todo desde una perspectiva gris. Ya no era la chica ingenua que con tanto entusiasmo fue a contarle a su amiga sobre su admisión en la academia, tampoco la chica que veía luz en todo lo que se moviera. No. Era la chica que sabía que, dentro de todo bodegón, si se combina blanco y negro, el color que obtendremos será gris.

Pero el gris no es un mal color, es un color que todos llevamos encima; algo de luz, algo de sombra. Somos construcciones que se forman con nuestras experiencias, y había batallado lo suficiente como para merecer una vida tranquila. Porque era cierto lo que decían: después de una tormenta siempre sale el sol.

Y yo cargaba a mi sol en brazos.

Ahora veo correr a ese sol hacia los brazos de Seth cada vez que regresa de su trabajo, a recibirlo en la puerta para contarle con detalles todo lo que hizo en el día mientras él se sienta en el sofá a escucharla con atención. Ella lo llama «Papá Seth» con tanta claridad que me dan ganas de agarrarle las mejillas, y le muestra las pinturas que ha hecho en mi compañía.

También le gusta corretear por el prado persiguiendo mariposas y, cada vez que lo hace, nos pregunta a Seth y a mí cuándo volverá Papá Raziel. Lo extraña mucho cuando se marcha, pero él siempre le promete que volverá.

Le gusta presumir que tiene dos padres: uno que ve todo el tiempo y otro que la visita al menos cada dos meses.

–¿Quién de los dos es tu favorito? –le pregunta Seth cada vez que tiene la oportunidad.

Pero Sellah aprendió a esquivar dicha pregunta con mucha facilidad.

–Si mami no sabe cuál es su favorito, yo tampoco lo sé –le responde.

Y cuando ve que me quedo sin habla, se ríe a carcajadas.

Es una niña que ha sacado la personalidad vibrante de Seth, la competitividad de Raziel y mi amor por el arte.

Cada vez que la miro, ella desprende una luz hermosa, fuerte y, sobre todo, *libre*.

Capítulo 24
La Madre Sagrada (S y R)

Elección: Audrey debería quedarse

AUDREY

La duda me golpeó más fuerte que el choque en auto. Ya había tenido que decidir antes y no quería hacerlo de nuevo. Ni siquiera había tiempo de meditarlo, así que tuve que dar una respuesta rápida.

–Lo siento, pero no puedo dejarlas. No voy a soportar la incertidumbre.

–Maldita sea, Drey –farfulló Seth, nervioso–. Estos tipos nos van a matar...

Me mantuve firme.

–No voy a dejarlas.

Miré a los hombres; dos venían hacia nosotros con pistolas en la mano. Se veían amenazantes, igual que aquella vez. Atrás los seguían dos hombres más, con la excepción de que uno vestía diferente. Se notaba que, de los cuatro, él era el líder.

–¡Abajo y con las manos en alto! –gritó uno de los hombres con arma. Su voz era profunda e intimidante.

Seth y yo obedecimos; nos pusimos de rodillas en el suelo, embarrados de lodo, y levantamos las manos en señal de rendición. Estaba tan asustada que pude haberme desmayado en ese instante.

–Por favor, no nos hagan nada –suplicó Seth. Temblaba, estaba muriendo de miedo, pero aun así había decidido no huir y permanecer a mi lado. Por eso, verlo tan abatido me rompió el corazón.

–¡Calla! –le ordenó el tipo y lo golpeó en la nuca con la empuñadura de la pistola.

Seth cayó inconsciente al suelo.

Solo entonces caí en cuenta de que el plan de mamá había sido en vano, porque ella se había escondido bajo el auto cuando era tan solo una niña, pero, al final, igual me habían encontrado.

Temblé de miedo.

Ya ni siquiera podía llorar.

–¡Suéltenme! –gritó Raven a mi espalda–. ¡Déjame en paz!

El miedo me impidió voltear, pero, a juzgar por los quejidos de Raven, la estaban sacando del auto. La tiraron a mi lado igual que a un saco de papas, sin demostrar una pizca de compasión por su pierna.

–La otra está inconsciente –habló un hombre, comprobando a mamá.

El hombre que vestía diferente al resto llegó con nosotros. Usaba unos pantalones oscuros y una chaqueta vaquera del estilo clásico que únicamente había visto en películas antiguas. Y,

cómo no, un sombrero vaquero que combinaba con el atuendo. Y sus botas... Ese estilo de zapatos lo podría haber reconocido en cualquier lugar.

–Veamos qué tenemos acá –habló con un dejo de burla que me heló la sangre. No me quedaron dudas de que se trataba del mismo hombre que se burló de la muerte de papá.

Examinó la escena y luego se agachó frente a mí.

–¿Eres Audrey Johnson?

Quise decirle que no, que en realidad era Agnes, así tal vez me dejaría ir. Pero el cuento no duraría ni dos segundos, porque estaba huyendo de ellos.

Asentí lentamente, rígida y con los dientes tan apretados que mi mandíbula se marcó.

–Bien, entonces tú te vienes conmigo.

Me agarró del brazo y me levantó.

–Espera... –quise hablar, haciendo el mayor esfuerzo por quedarme mientras escuchaba los gritos de Raven–. ¿A dónde me llevan?

Lo vi sonreír, pero, en lugar de responder, les hizo una señal a los hombres y lo siguiente que oí fueron tres disparos, uno para cada una de las personas que dejaba atrás.

Luché lo necesario por zafarme, pero fue en vano. El sujeto me arrastró hacia el auto y no pude hacer nada. Me sentí tan impotente, tan inútil... Aun así, quise seguir luchando hasta el final. Peleé hasta que ya no me quedaron fuerzas. No me rendí hasta que me noquearon.

A partir de ese instante en que la oscuridad se apoderó de mí, los recuerdos que tengo son cortos y borrosos. Despertaba en intervalos de tiempo; primero cuando me llevaban a rastras, con mis pies tocando un piso blanco de cerámica. No pude precisar de qué lugar se trataba, solo sabía que era una especie de pasillo eterno. Lo siguiente que recuerdo es la voz suave y tranquilizadora de una mujer que me pedía que permaneciera quieta; yo estaba en el baño, todavía puedo sentir lo cómoda que estaba. La mujer me peinaba el cabello con tanto cuidado que volví a dormirme. Y, por último, recordaba estar de pie frente a cinco personas que vestían túnicas blancas. Ellos me sonreían y, por alguna razón, yo también sonreí.



Una noche desperté en una habitación de madera oscura con estrellas blancas dibujadas en el techo, como si las hubiese hecho un niño. Me encontraba sobre una cama redonda de sábanas negras y marcos dorados. Dos butacas y dos sofás del mismo color.

Cuando me senté en la cama el mundo dio vueltas a mi alrededor y sentí náuseas. Con movimientos torpes, casi cayendo de rodillas al suelo, llegué al baño, que ni siquiera contaba con una puerta. Vomité hasta las entrañas y acabé apoyada en la taza del baño, moribunda.

Poco a poco fui consciente de mi entorno, de lo que pasaba. Había despertado de un sueño profundo.

Cautelosa, me levanté para examinar el lugar. La habitación no contaba con nada más que la cama y algunas luces blancas con bordes dorados. Era demasiado oscura para mi gusto y ni siquiera tenía ventanas. Era un espacio cerrado, asfixiante.

Decidí armarme de valor y abrí la puerta.

Me encontré con un pasillo que llevaba hacia unas escaleras. La luz era tenue y el ambiente tranquilo. Despacio, procurando no hacer ruido, salí de la habitación y bajé las escaleras. Abajo

había estanterías de libros en cada pared, y en medio un atril de madera negra que tenía abierta la página en blanco de un libro.

Hojeé las páginas y descubrí que eran testimonios dirigidos a «La Madre Sagrada», sobre cómo ella las había liberado.

Entonces todo cobró sentido.

Estaba con *ellos*.

Estaba donde se habían llevado a Agnes.

El terror me invadió. La desesperación quiso que actuara. Pese a que mis movimientos seguían siendo torpes, porque seguramente había estado drogada todo ese tiempo, logré llegar a la salida.

Sin embargo, afuera dos hombres custodiaban la puerta y al darse cuenta de que había despertado no tardaron en tratar de agarrarme.

Grité corriendo por el prado verde, que era iluminado por la luz nocturna, sin saber hacia dónde dirigirme. Alrededor existían más construcciones de aspecto arcaico y plantas. En el fondo, más árboles. No sabía dónde estaba, lo único claro era que no deseaba que me alcanzaran.

Corrí.

Corrí tanto como mis pies descalzos lo permitieron, pero no tardaron en atraparme. Grité entonces con mucha más fuerza, hasta sentir que mi garganta se desgarraba y ya no podía gritar. Y cuando no pude demostrar mi disgusto, pataleé.

Un grupo de mujeres vino a nuestro encuentro; todas ellas llevaban vestidos blancos y también iban descalzas. Una de ellas reprendió a los hombres que me sostenían y les ordenó que me soltaran.

–¿Está bien? –preguntó una vez que me dejaron en libertad.

Asentí, aún temblorosa por lo extraño que me estaba resultando todo.

–Tranquila –me consoló con voz apacible, arreglando mi ropa–. Le daremos una taza de té y todo estará mejor.

–Sáquenme de aquí, por favor –supliqué, pero ninguna de las mujeres respondió–. ¿Qué es este lugar? ¿A dónde me llevan?

–Se lo explicaremos cuando pueda calmarse –explicó otra mujer, quien me ayudó a caminar desde el otro lado. Era joven, casi de mi edad, y, al igual que la otra mujer, su voz era extrañamente tranquilizadora.

Me llevaron a una de las edificaciones de madera, pero en lugar de ser como la biblioteca donde me tenían cautiva, este era un comedor que contaba con mesas largas y banquillos vacíos. También había una tarima con un podio frente a una pared blanca con un extraño símbolo.

Al verlo actué reticente.

–Quiero irme –pedí–. Por favor, escúchenme, quiero irme a casa.

A todas les pareció una broma, pues sonrieron y siguieron escuchando sin escuchar. Por un momento creí que en realidad seguía inmersa en un sueño, que seguía en el auto de Raven camino a la libertad que tanto deseaba.

Pero mis sueños infantiles estaban lejos de cumplirse.

Me llevaron a la cocina y me sirvieron una pequeña taza de té.

–Bébalo –me dijeron–, calmará sus nervios.

Giré la cabeza cuando me acercaron la cuchara.

–Por favor, Madre –insistieron.

Solo pude retener que me habían llamado «Madre». Para ellos era una eminencia, la chica que

encarnaba a Madelyne. Quise vomitar. Las náuseas me atacaron junto con un dolor en el estómago. Era una punzada insoportable. No tardé en sentir que entre mis piernas escurría algo caliente.

Era sangre.

Las mujeres se asustaron. Miraron horrorizadas las gotas de sangre estampándose en la madera. Me sostuvieron justo antes de que mis piernas se debilitaran y cayera al suelo. No tardé en rendirme a los dolores.



Desperté otro día.

Me encontraba en la misma habitación de antes. El mismo vestido de antes. El mismo dolor de cabeza. Mi cuerpo estaba demasiado débil para ponerme de pie, por lo que tuve que esforzarme. Entre las luces tenues examiné mi cuerpo; tenía las piernas marcadas y los brazos amoratados. También pude ver algunas cicatrices en la piel que antes no tenía.

Me habían estado usando.

La impotencia que me invadió provocó que soltara un grito que necesité ahogar en las almohadas.

No podía entenderlo. ¿Por qué? ¿Por qué, si todo este tiempo había tratado de caminar por el sendero de la luz, Dios me abandonaba? ¿Qué había hecho mal para recibir un castigo así?

Quería romper todo. Quería gritar mientras lloraba. Quería matar a cada una de las personas que me quisieran enfrentar.

Quería, quería, quería.

Deseaba tantas cosas, pero la realidad era que estaba atrapada.

Me dirigí a comprobar si la puerta estaba abierta, pero esta vez la habían asegurado.

La desesperanza frustró cualquiera de las posibilidades que se me presentaban. No quise seguir luchando. ¿De qué iba a servirme? De nada. Ya estaba acabada, destinada a ser la mártir de unos enfermos.

Me hice un ovillo y lloré en el suelo durante lo que me parecieron horas.

Pero ahí, tendida sin nada más que perder, una idea nació.

Actuaría como si estuviera drogada, les seguiría el juego y hallaría la mejor forma de escapar.

Volví a la cama, me tapé con las sábanas y esperé a que vinieran a abrirme por la mañana. Dos mujeres entraron con mi vestuario: una túnica blanca. A juzgar por cómo me habían tratado la noche que intenté escapar, sabía que no me tratarían mal. Y así fue, fueron gentiles al despertarme y también al vestirme. Agnes tenía razón, para ellos éramos una eminencia, y todos los que habitaban dicha comunidad me trataban así.

Después de vestirme me llevaron hacia el comedor. Tuvimos que atravesar el prado verde y estuve feliz de poder ver la luz de nuevo. Afuera el clima era fresco, las nubes grises se alzaban en el cielo, por lo que deduje que todavía era invierno. Y, en el fondo, los árboles se mecían con una libertad envidiable.

En el comedor un grupo de personas estaba de pie esperando por mí. Estuvieron así hasta que me sentaron en el centro de la mesa. Un hombre vestido de blanco se subió al podio y dijo una oración. Ellos se trataban de hermanos y a mí me llamaban «madre».

Durante la comida hablaban con normalidad. Ni siquiera actuaban como sectarios. Era tan extraño ser el centro de su adoración... Decían que amaban, pero al mismo tiempo me mantenían ahí, atrapada. Era un amor tan retorcido y cruel que ni siquiera debería usarse aquella palabra.

Después del desayuno me llevaron a una especie de templo. Me subieron a una tarima y me sentaron en una especie de trono de terciopelo. Desde la puerta, el hombre de antes avanzó para dar otro discurso.

Estaba tan asustada que ni siquiera recuerdo sus palabras, lo único que mi mente grabó fue cuando uno de los hombres que estaba en el banquillo se levantó para postrarse ante mí.

De pronto, dos hombres me agarraron y me llevaron hacia una habitación. Era oscura, llena de velos blancos que formaban una especie de cúpula sobre una cama redonda. Sentí pavor al darme cuenta de que en cada lado de la cama había esposas para atarme.

Mi cuerpo entero fue recorrido por una ráfaga eléctrica que tensó mis músculos. El corazón me latía con rapidez. Los oídos me bombeaban. Quería reaccionar, pero me había quedado inmóvil, atónita por el horror que pasaría en esa habitación.

«Dios... Dios, por favor, ayúdame».

Pero era demasiado tarde. Dios me había abandonado.

O tal vez no todavía.

Vi un halo de esperanza antes de que la puerta se cerrara y no dudé un segundo en huir. Si había una oportunidad, esa era.

Me solté de las garras de los sujetos y corrí hacia la que sería mi libertad.

Todos me miraban con conmoción en el templo.

Las personas iban detrás de mí.

Alcancé a llegar a la salida y seguí corriendo por el prado.

Entonces, los vi.

Cientos de patrullas de policía avanzaban hacia nosotros.

El mundo se paró en ese instante. Vi la situación en cámara lenta. No sabía si estaban de mi lado o eran parte de la secta; mi reacción fue caer de rodillas al suelo y poner las manos en alto.

A mi alrededor escuchaba gritos, órdenes y más gritos. Había una revuelta que no acabaría pronto.

Supe que se trataba de una redada y entendí que, después de todo, se estaba haciendo justicia.

Un hombre vestido con uniforme policial se acercó a mí. Ni siquiera presté atención a lo que dijo, solo me aferré a su pierna y le supliqué que me sacara de ahí.

Lloré hasta que me dolió la cabeza.



Como era una víctima, me metieron a un programa de protección de testigos mientras la investigación del llamado caso Wightown se llevaba a cabo. Gracias a mis testimonios pudieron recopilar la información suficiente para dar con las familias fundadoras, incluyendo la de Dhaxton y Seth.

Supe de buena fuente que los habían «silenciado» cuando se enteraron de la redada.

Admito que sentí algo de satisfacción al pensar que Denniro recibiría su merecido por mi causa, pero luego me enteré de que su forma de guardar silencio fue un disparo en la cabeza.

¿Sobre Dhaxton? Su paradero era desconocido.

A veces temía verlo entrar por la ventana, dispuesto a ponerle fin a mi vida; otras, soñaba que me torturaba en su habitación de pánico, culpándome de la muerte de Seth.

Lo cierto es que jamás se supo de él.

Ni de mamá.

No importa cuántas veces les haya pedido a los del programa que me ayudaran con mamá, su respuesta siempre era vaga. Conservaba la esperanza de que siguiera con vida, de lo contrario, su respuesta hubiera sido mucho más certera.

Tras unos meses de compartir información y de seguir un tratamiento clínico, el programa me asignó una nueva identidad. Emilia Burton, me llamaron. Oriunda de California y nueva residente de Nebraska. También me asignaron un trabajo en el museo de la ciudad. Una casa bastante cómoda y los recursos necesarios para que pudiera vivir tranquila.

Al principio me costó adaptarme, había pasado demasiado tiempo encerrada y las marcas del maltrato ya habían dejado cicatrices sobre mi piel.

Pero, dentro de todo lo negativo, estaba bien.

Trabajaba de miércoles a domingo, solía visitar la iglesia a menudo, en mis tiempos libres iba a comedores comunitarios y por las noches buscaba reparar mi corazón roto con coqueteos que no pasaban a más.

¿Qué más puedo pedir?

Pues mucho más.

Mi vida es muy solitaria ahora y todavía tengo pesadillas.

Creí que un trabajo en el museo me subiría los ánimos, después de todo, el arte siempre fue mi pasión. Pero, cuando paso por enfrente de las obras de Danti Vannan ya no veo trazos y paletas de colores atractivos. Ahora ver sus obras me produce asco.

Por suerte hago trabajos independientes de pinturas, murales y algunos retratos. Me pagan bien, a veces.

La verdad, la rutina es bastante aburrida.

La vida me parece tan insípida. Al final del día estoy sola, con la única compañía de mis pensamientos, una dosis de calmantes y los recuerdos felices desapareciendo poco a poco.

Capítulo 23
Una nueva vida (R)

Elección: Raziel

AUDREY

A partir de ese momento mi vida cambiaría por completo. Tener que elegir algo tan difícil significaba abandonar una parte de mí. Con Raziel podría estar segura, pues conocía de estrategia y había sabido mantenerse oculto. Con mamá, Raven y Seth disponíamos del auto, podríamos escapar si nos perseguían y estaba segura de que tenían sus ases bajo la manga. Además, los tres habían demostrado ser leales y no me habían abandonado.

–Lo siento –dije, cerrando la puerta del auto. Mamá y Raven me miraron impresionadas.

–Drey, no –alegó mamá sin salir de lo que para ella parecía una pesadilla–. Drey, ven con nosotras.

–No puedo –me negué–. Es que...

Sabía que tenía que buscar un argumento de peso para justificar mi decisión, pero tenía la mente en blanco. Sabía que de alguna forma todos terminaríamos lastimados y tal vez mi destino no acabaría como lo planeaba. Por eso, quise hacer las cosas más simples.

–Es que no confío en ustedes –mentí y la garganta se me anudó–. Me dejaste abandonada en el internado, te esmeraste por buscar a Agnes, pero me dejaste de lado a mí. Y, aun sabiendo que Agnes posiblemente estaba muerta, decidiste casarte con Devon.

–Drey, eso no es así...

–Y tú, Seth –lo miré con franqueza–. Has jugado conmigo todo este tiempo, no puedo tragarme el cuento de que cambiaste. No lo hiciste antes, ¿por qué razón habrías de hacerlo ahora? Eres un mentiroso, como tu abuela.

Herirlos era una forma cruda de despedirme, pero pensé que así tal vez su dolor menguaría.

–Este es el adiós –finalicé.

Busqué la mirada de Raziel. Él tardó en reaccionar, esperaba que mis palabras fueran un juego y en algún momento lo dijera; pero me mantuve callada, con los puños apretados para que mi temblor no se notara. Y, tras meditarlo, nos cogió de la mano a Agnes y a mí y cruzamos la calle hacia un callejón angosto por el que no podrían seguirnos.

–¿Qué ha sido eso? –espetó Raziel en un punto seguro–. Hay mejores formas de despedirse. Les has roto el corazón a personas que te aman.

–Si llega a pasarme algo, créeme que ya no les dolerá tanto.

Raziel negó con la cabeza, sin comprender, y nos guio entre los pasadizos de la ciudad. Estábamos en un sector peligroso, pero corríamos la suerte –o quizá mala suerte– de que la lluvia había despejado las calles.

–¿A dónde iremos ahora? –preguntó Agnes, tímida. La chica era tan callada que por poco olvidaba que estaba con nosotros.

–Vamos a mi departamento.

Tuvimos que pasar por dos cuadras para llegar al edificio de Raziel. Sin embargo, era demasiado arriesgado ir por nuestra cuenta, pues cabía la posibilidad de que hubieran mandado a hombres.

Raziel nos dijo que nos escondiéramos junto a un bote de basura que estaba detrás de una tienda de bebidas alcohólicas mientras él iba a buscar sus pertenencias.

Al ver que se marchaba me invadió el temor, pero debía mantenerme fuerte para Agnes. La chica era tan dócil, tan obediente, que se escondió en el punto exacto donde su hermano le había señalado. Se hizo un ovillo, se cobijó del frío y permaneció unos minutos así.

Me tomé el atrevimiento de observar su piel desnuda. Era blanca como la leche, por lo que las cicatrices y marcas del maltrato recibido por los de la secta quedaban en evidencia bajo las mangas de su vestidura. También pude ver que tenía moretones en algunas zonas de su cara y una cicatriz roja que rodeaba su cuello. Supuse que tal vez había intentado suicidarse o ellos la habían tratado de ahorcar.

Agnes era un cachorrito abandonado.

No tardó en impacientarse. Raziel se estaba tardando y Agnes se puso de pie dispuesta a salir de nuestro escondite.

–Espera –la detuve–, puede ser peligroso.

Me miró como si le hubiera faltado el respeto y continuó caminando.

–Agnes, por favor –la tomé del brazo, sintiendo en mis dedos el grosor de sus heridas–. Aguarda aquí.

Ni siquiera quiso hablar; hacía sonidos con la boca igual que un infante que está aprendiendo a hablar. Se removió intentando zafarse, pero yo conservaba algo de fuerza y tiré de ella.

–¡Déjame! ¡Raziel no me abandonará! ¡Él no se irá! ¡No me va a dejar! –gritaba.

La acorralé contra una pared y le cubrí la boca.

–Agnes, por favor –le rogué, ahogando los deseos de llorar.

Quiso contradecir mis palabras, forcejear hasta que la soltara. Era terca, como su hermano, pero yo también lo era. Y como ya había tratado con adultos mayores que entraban en colapsos nerviosos, intenté usar esa experiencia para calmarla.

Suavicé mi agarre y quité mi mano de encima.

–Escucha: Viktor no te va a abandonar, no pienses eso –la consolé usando mi mejor tono de voz, uno que la calmara–. Ha movido el cielo y la tierra buscándote. No se ha ido, no le ha pasado nada, está preparando todo para que estemos seguras. ¿Entiendes?

No lució demasiado convencida, así que seguí:

–¿Recuerdas cómo se puso en el hotel? Está dispuesto a iniciar una tercera guerra mundial con tal de estar de nuevo junto a ti. Tranquila, ya regresará.

Suspiró hondo y asintió con lentitud. Estaba calmada, pero regresó al trance. Estuvo así hasta que Raziel volvió. Al verlo saltó sobre él para abrazarlo.

–¿Qué te hizo tardar? –cuestioné.

–Traje algunas cosas para que pasen desapercibidas –se descolgó la mochila y de ella sacó dos capuchas que nos sacaban unas cuantas tallas de más–. No he querido llevarlas dentro del edificio en caso de que alguien nos descubra o abra la boca, así que tendrán que cambiarse aquí.

Audrey –me entregó una playera negra–, tendrás que quitarte ese vestido, atraes demasiado la atención. Y te traje unas pantuflas para que vayas más cómoda.

Recibí ambas cosas. Era una verdadera lástima tener que dejar tirado el vestido de mi hermana, pero Raziel tenía razón, llamaba demasiado la atención.

Me cambié de ropa detrás del bote de basura y me coloqué la capucha para resguardarme de la lluvia. El frío del invierno se pegó a mis piernas desnudas y las pantuflas no tardaron en mojarse por las pozas.

Agnes tenía el mismo problema.

–Necesitamos ropa –me quejé–. Ropa que nos quede. No podemos andar por ahí así.

–Tampoco es que podamos visitar un centro comercial.

Hice una mueca de disgusto que cambié cuando una idea se formó en mi cabeza.

–¿Confías en mí? –le pregunté.

Raziel miró cada parte de mi rostro antes de asentir.

–Sé de un lugar que nos puede dar refugio.

No lucía muy convencido, así que seguí:

–Es un comedor comunitario. Melissa es muy buena, te aseguro que hará todo lo posible para ayudarnos. Ha ayudado a cientos de personas en situación de calle, no nos dará la espalda.

Aplanó los labios en una línea recta, gesto que hacía cuando estaba tomando una decisión.

–No está lejos de aquí –añadí–. Podemos intentarlo. Te aseguro que valdrá la pena.

–Bien –dijo corto y rápido.

Le entregué las pertenencias de Agnes a Raziel –su identificación y pasaporte– y también mi celular.

Siempre tuve la creencia de que en la vida todo se devuelve, sea bueno o malo, y esperaba que en los momentos de dificultad que estábamos atravesando esos favores regresaran a mí como bendiciones. Lo deseé con todas mis fuerzas.

Al llegar al comedor comunitario un rayo de esperanza nos iluminó. Las puertas estaban abiertas para las personas en situación de calle y Melissa en persona estaba ocupándose de entregarles a todos comida y cobijo.

Quise llorar al verla, sin embargo, al plantarme frente a ella no logró reconocerme. Era tan extraño verla desde el otro lado del mostrador.

–¿Audrey? –preguntó, sorprendida–. ¿Qué te pasó?

Le hice una señal para que guardara silencio.

–Necesito tu ayuda –dije en voz baja, solo para que ella me escuchara.

Observó mi rostro maltratado y las heridas, que por la lluvia habían quedado expuestas.

Me hizo una seña y se metió dentro de la cocina con dirección a la bodega. Yo la seguí con paso lento.

–¿Qué te pasó? –quiso saber estando a solas–. Desapareces por tanto tiempo y luego vuelves así.

–Es difícil de explicar –hablé con dificultad, pues mis ganas de llorar estaban atoradas en la garganta y pecho–. Han pasado tantas cosas que ni siquiera yo puedo procesarlas.

–Estás herida... Mira tu frente, iré por el botiquín...

–Espera, Melissa –la detuve–. Nosotros podemos ocuparnos de eso.

–¿Nosotros?

–No estoy sola. Hay dos personas más que necesitan ayuda, pero no pueden entrar hasta que me des tu palabra de que no dirás nada.

Melissa, que siempre sonreía y tenía las mejillas rojas de felicidad, me mostró una nueva faceta. Jamás la había visto asustada, pero mi aspecto y seriedad demostraban que iba en serio.

–Lo prometo –dijo, colocando su mano en el pecho.

Antes de salir, añadí:

–Y nada de preguntas, son muy desconfiados.

Eso la hizo fruncir el ceño, pero accedió a mi petición.

Cuando Melissa vio a Agnes la reconoció enseguida de los panfletos de desaparecida, aun así, omitió las preguntas y se dedicó a ayudarnos en lo que podía. Me cambió el vendaje de la cabeza y nos dio comida. También buscó ropa para que Agnes y yo pudiéramos cambiarnos. Su corazón era tan puro que cada vez que nos sonreía era como si la vida nos estuviera sonriendo. Trató a Agnes con cuidado, sabía qué preguntas hacer y qué temas no tocar.

Una vez que estuvimos listos, nos preparamos para ir con los padres de Raziel.

–¡Esperen! –nos gritó Melissa antes de que saliéramos del comedor. Guardaba tres sándwiches y tres cajas de jugo de naranja–. Esto es para el camino –nos dijo mientras Agnes recibía todo.

Mi pecho se llenó de una especie de regocijo y la abracé con todas las fuerzas que me quedaban. Ella nos dio la bendición y plantó un beso en mi mejilla que siento hasta el día de hoy.

Era lindo saber que podía contar con personas así de buenas en una situación tan arriesgada...



Raziel había tenido mucho tiempo para planear la huida con Agnes. Con lo que no contaba era con la rapidez. Si no deseábamos ser atrapadas, debíamos ser rápidos. Sin embargo, yo estaba herida, Agnes desvariaba y la lluvia no nos acompañaba, pese a que ahora llevábamos paraguas (cortesía de Melissa).

Lo bueno era que, después de todo, nuestra apariencia era diferente y podíamos pasar desapercibidos. La ropa era cómoda y nos refugiaba del viento invernal.

Llegamos a un paradero solitario. La lluvia había dejado de caer y los charcos reflejaban la luz amarilla y tenue de la calle. Raziel sacó un celular diferente al que solía usar y marcó un número.

–¿Qué haces? –le pregunté al ver que no tenía agendado el número.

–Llamaré a la persona que nos llevará con mis padres.

–¿Dónde están ellos? –preguntó esta vez Agnes, más consciente de lo que ocurría a su alrededor. La comida le había sentado de maravilla y ahora, que estaba abrigada, sus mejillas se veían mucho más hinchadas y sonrojadas–. Quiero verlos. ¿Están bien?

–Están bien. Mientras dormías los llamé desde el celular de Camille. Nos están esperando en un motel en las afueras de la ciudad. Están seguros.

Eso la tranquilizó. Apoyó su cabeza en el hombro de su hermano y permaneció callada hasta que Raziel realizó la llamada.

–Estamos en el paradero –les informó–. Sí... Ella está conmigo. Sí. Le preguntaré –apartó el celular y se dirigió a Agnes–. Quieren hablar contigo.

La sonrisa de Agnes fue de incredulidad al comienzo, luego, insegura, recibió el celular y lo colocó en su oreja.

–¿Aló?

No pude escuchar lo que sus padres decían, pero, a juzgar por el llanto de Agnes, estaban felices de escuchar su voz después de tanto tiempo. Raziel también lo estaba; pero había cierta inseguridad en su expresión. Él no iba a descansar hasta que estuviéramos en un lugar seguro.

Pronto llegó una furgoneta roja a recogernos, manejada por un viejo arrugado que andaba de mal humor. Apenas intercambió un par de palabras con Raziel. Se bajó del auto, corrió la puerta y nos hizo subir.

Yo fui la primera, luego subió Raziel y finalmente Agnes, quien no tardó en quedarse dormida en la mitad del viaje.

–¿Cómo es que planificaste todo esto? Debió llevarte mucho tiempo.

–Hubo muchas noches en las que no dormí –aseguró Raziel cuando íbamos de camino al motel–. Y con muchos trabajos. Me he esforzado en arreglar la cagada que cometí al involucrar a Agnes. Solo espero que valga la pena.

Busqué su mano y la apreté como forma de apoyo.

–La valdrá. Hasta el momento las cosas no han sido tan malas, ¿verdad?

Raziel me miró y formó una sonrisa esperanzada, muy pequeña. Luego apegó sus labios a mi frente y depositó un beso que me endulzó el corazón.

–Gracias por estar conmigo –soltó bajito–. Sé que no la has pasado bien y que has tomado una decisión difícil. Lamento haberte hecho decidir.

–No lo hagas –lo frené–. Si me tienes lástima harás que duela, y no quiero llorar. Quiero estar tranquila, saber que tomé la opción correcta.

–Dejar atrás a quien eres va a ser muy difícil, Angelito. Para ambos.

–Oye, no me hagas cambiar de opinión –lo codeé.

Me gustó que mi humor lo hiciera sonreír, aunque fuera por un momento. Necesitaba eso para mantenerme despierta y no pensar en que había dejado de lado a mamá, Raven y Seth.

–Me pregunto cómo estarán... –comenté sin pensar.

–Tu madre se las supo arreglar cuando eras niña y Seth cuenta con el apoyo de su abuela; estarán bien.

Suspiré sintiendo un hueco en el pecho.

Fe.

Necesitaba tener fe, pero hace mucho que la había perdido. Había pasado tanto tiempo desde que había dicho una oración. Aun así, decidí cerrar los ojos y suplicar por la vida de mamá, Raven, Seth, Agnes y Raziel.

Recé hasta quedarme dormida.

–Angelito... Eh, despierta.

Abrí los ojos, sobresaltada. Raziel me sostenía del hombro; la mitad del cuerpo estaba en la furgoneta, la otra mitad fuera.

–Hemos llegado –informó–. Abrígate, afuera está helado.

Podía notarlo.

Me coloqué la capucha y salí del auto descubriendo que nos encontrábamos frente al motel. La estructura era simple: dos plantas y unas veinte puertas.

Raziel habló con el de la furgoneta y luego se dirigió a la recepción. Minutos más tarde nos pidió que lo siguiéramos a la habitación 18. Agnes iba detrás, nerviosa, acariciando sus manos repetidas veces y murmurando cosas que no logré distinguir. Al llegar a la puerta, bastó con un par de golpes para que abrieran. La mujer que me recibió la vez que investigaba a Raziel se asomó y miró cada uno de nuestros rostros hasta percatarse de Agnes.

–Oh, por Dios –balbuceó tras un grito ahogado. Abrió la puerta y se lanzó sobre Agnes para abrazarla–. Dios mío. Dios mío. Realmente eres tú.

Agnes tardó en reaccionar. Contuvo la respiración en lo que duró el abrazo y luego expulsó el aire en el llanto.

El padre de Raziel no tardó en asomarse y unirse al abrazo.

Raziel fue el último en abrazarlos a todos.

Llantos, temblores y mucho, pero mucho amor. Una familia rota se había reunido a cambio de romper otra.

No pude evitar pensar en mamá y preguntarme cómo estaba.

Viendo a los Holland reunidos me sentí sola.

Sin embargo, Raziel no tardó en voltear hacia mí y hacerme una seña para que también me uniera.

Esa fue una calurosa bienvenida.

Capítulo 24
Navidad (R)

RAZIEL

Era nuestro primer invierno en Alaska y la nieve ya era un problema. No importaba cuantas veces la quitara, cada mañana cubría las entradas. Hace una semana había decidido rendirme, pero desde que nos mudamos a la nueva casa había despertado una especie de trastorno compulsivo que no me lo permitía. Era esa clase de afán de hacer durar algo nuevo.

Así que ahí estaba yo la mañana de Nochebuena, haciendo a un lado la nieve con la pala del vecino.

–Es un desperdicio de tiempo –dijo cuando fui a regresársela–, en la noche nevará de nuevo.

Yo quise decirle que esperaba que lo hiciera cuando los tipos de los villancicos que siempre me topaba en el centro de la ciudad fueran a cantar enfrente de la casa, así no tenía que escucharlos, pero preferí reservármelo para mí.

Detestaba la Navidad.

Sin embargo, a mi familia le encantaba. Habían armado un árbol frente a la ventana y, para seguir las viejas costumbres, todos tuvimos que decorarlo. Yo aporté colocando las luces, nada más.

Agnes era la más entusiasmada. Le gustaba todo lo relacionado con la Navidad y se había ofrecido a preparar la cena con ayuda de mis viejos. Quería que todo saliera perfecto porque Tamara, la chica con la que estaba saliendo, iría a cenar. Me gustaba verla corriendo de un lado a otro, animada, y lejos de los terrores nocturnos que solían atacarla cada vez que cerraba los ojos.

Su proceso de recuperación continuaba, pero había mejorado bastante, sobre todo ahora que contaba con la compañía de su novia.

Tamara era una buena chica, aunque su repertorio de chistes eran un desastre.

–¿Limpiaste la entrada? –preguntó mi viejo al verme entrar en la cocina.

Respondí con un ademán.

–¿Algo más que pueda hacer?

–Cambiar esa cara de amargado es una buena opción –bromeó mamá.

–Ese es un buen deseo de Navidad –comentó Agnes–. Lo voy a anotar.

Iba en serio, porque se limpió las manos en un mantel y fue a la mesa para anotarlo en un post-it que enrolló y colocó entre las ramas del árbol.

–Vaya extremista –dije sonriendo.

–Pero ¡qué buen servicio! –exclamó y sacó el papelito del árbol–. Deseo cumplido.

Negué con la cabeza y ella me sonrió con malicia.

Me alegraba que después de estar en una situación tan jodida siguiera conservando su humor.

–Si ya no me necesitan volveré atrás.

–Ve, ve –apremió mamá.

Salí al patio y fui en dirección a la pequeña casa de atrás. Había sido una especie de cabaña que los antiguos propietarios de la vivienda habían usado para arrendar. Ahora nosotros la usábamos de hogar. Era un espacio pequeño; una sala combinada con la cocina y el comedor, un baño y una habitación.

Entré y cerré la puerta rápido, para que el interior de la casa no se congelara. Me quité el abrigo y las botas y fui directo a la habitación.

–Angelito, ¿estás despierta?

–¿Hmmm?

Eso era un «no».

Rodeé la cama hacia su lado y me agaché. Aparté algunos mechones de cabello –el cual ahora era negro– que cubrían su rostro y moví a un lado la sábana. Estaba igual de pálida que siempre, con las mejillas sonrojadas y algunas pecas visibles en el tabique. Tenía la cara hinchada de tanto dormir, pero aun así no quería levantarse.

–Son las once de la mañana, ¿es que piensas dormir todo el día?

–¿Es una opción? –formuló media dormida.

–Sí, pero solo si lo haces conmigo.

Formó una sonrisa.

–Entonces no quiero –dijo, dándome la espalda.

Seguía siendo una mocosa insolente, después de todo.

Me subí encima y terminé en mi lado de la cama, frente a ella.

Así, recogida, parecía un bollo de pan. No pude resistirme a pellizcarle la mejilla. Ella se removió por los escalofríos.

–Tienes las manos frías –dijo, por fin abriendo los ojos–. Déjame adivinar... Estuviste quitando la nieve.

–Qué comes que adivinas.

–¿Será que alguna vez dejarás de estar trabajando por nada? No puedes estar ni un rato quieto.

–Lo dice la persona que se desveló creando manualidades para sus alumnos –ataqué.

–Ajá, sí –admitió con rapidez. Pero tienes que admitir que me quedaron geniales.

–No esperaría menos de una profesora de Artes Visuales.

Sacó una mano fuera del edredón y me pellizcó la nariz. Su mano estaba caliente, lo que fue satisfactorio para mi piel fría por el exterior.

–Hablando de artes... Tienes que ayudarme a envolver los regalos.

–Mételos a una bolsa y ya.

–Es Navidad, los regalos deben tratarse con amor. Grinch.

–La Navidad va más allá de los regalos, Angelito. Hay que explorar sentimientos como el amor, la paz...

–Lo sé, pero a través de los regalos puedes demostrar tu amor. ¡He dicho! –saltó de la cama–. A hacer los paquetes.

Me gustaba lo fácil que era animarla.

Últimamente no había pasado las mejores noches, las pesadillas habían vuelto después de meses. La culpable había sido una noticia en la televisión que sacó a la luz el caso Wightown.

Todo se fue al carajo tras marcharnos de la ciudad.

La red de tráfico fue expuesta gracias al video. Algunos testimonios más salieron a la luz culpando a las familias más poderosas de la ciudad. La pasta que les sobraba no les sirvió de

nada. Las personas se rebelaron contra la corrupción. El caso Wightown fue tan llamativo que incluso fue noticia internacional.

Esos malditos empezaron a caer uno por uno.

Se suponía que esto era una buena noticia; luego llegó la mala.

Luchar contra el pasado era complicado, sobre todo para ella, que dejó atrás a su única familia. Desde la llegada a Alaska se mantuvo al tanto de todas las noticias que pasaban por la televisión con el fin de saber algo sobre su madre. Le fue difícil asumir que, con la exposición de los sectarios, a los Crusoe y los Bellish los silenciaron. Todos con disparos en la cabeza.

Esta noticia incluía a su madre.

El impacto fue tal que sufrió un aborto espontáneo. Ni siquiera sabíamos que estaba embarazada.

Lloró durante dos meses y encontró refugio enseñando arte a niños en un colegio que quedaba a cuarenta minutos de casa.

No obstante, la Navidad la había puesto nostálgica. Hablaba menos, comía menos y sonreía menos.

Sabía que en el fondo se preguntaba «¿qué hubiera pasado si los elegía a ellos?». Y no la culpo, yo me preguntaba lo mismo; pero siempre llegaba a la misma conclusión: sin ella no lo hubiera logrado.

–¡Levántate, Grinch! –me llamó desde la sala.

–Ya voy –le respondí.

Pensé en lo afortunado que era de tener a mi familia junta, en lo diferente que sería esta Navidad. Pero también pensé que, por algún lado del país... o incluso de esta ciudad, todavía esos bastardos se ocultaban como ratas. Y quería darle caza a toda esa plaga sin una clase de misericordia.

Lo había prometido y no descansaría hasta que lo cumpliera.

Epílogo

DHAXTON

Seth:

Han pasado meses desde que te fuiste y me dejaste vacío. La falta de tu buen humor, las ocurrencias que me hacían blanquear los ojos y tu presencia carismática son una pérdida de la que jamás me podré recuperar.

Tras nuestra despedida descargué mi odio y corté mi rostro para no tener que verlo. Quería cambiar mi identidad y convertirme en alguien nuevo.

Me encontraron en el baño de mi habitación, bañado en sangre y con heridas que formaron nuevas cicatrices. Como consecuencia de tal acto, me llevaron lejos de la ciudad, a otro estado, para iniciar una nueva vida.

Padre me desheredó antes de que pudiera irse al carajo. Me abandonó en otra ciudad con una identificación falsa, una suma de dinero en efectivo y con la esperanza de que me inscribiera en una clínica psiquiátrica. ¿Puedes creerlo? Tratarme como un loco, mi propio padre.

La buena noticia es que en el viaje pude traerme a Francis, el gato que abandonó esa mujer infame.

Irte con ella ha sido el peor de tus errores.

A todos termina abandonando.

Pero no hablemos de ella, hablemos de cosas mucho más favorecedoras.

Rehacer mi vida ha sido un reto inesperado. Creo que todo se vuelve tan monótono cuando no tienes a nadie a quien admirar. Y, sin ti en mi vida, tuve la idea de que tal vez nunca podría recomponerme.

Necesitaba encontrar algo o alguien a quien aferrarme otra vez.

Esa persona llegó a mi vida de manera caótica.

Aquella noche había decidido acabar con mi vida lanzándome desde la azotea del edificio donde residía. La suerte me había abandonado hacía mucho y no tenía nada por lo que luchar, ni siquiera mi arte.

Hasta que sentí el cálido tacto de un abrazo por la espalda. Fue inesperado. El contacto humano lo había perdido durante tanto tiempo que apenas lo recordaba. El corazón me palpitó con fuerza.

–Amor, ya estoy aquí –dijo una vocecita a mi espalda.

Miré por encima del hombro y me encontré a una chica bajita mirándome con ojos suplicantes.

Atrás, dos hombres caminaban de manera sospechosa.

–Por favor, sígueme el juego –pidió al borde del llanto.

Pasé el brazo por detrás de su espalda y la guie por el camino, aceptando su ruego. No podía negarme a la súplica de alguien que lucía tan... desamparado. Ella era tan pequeña, delgada. Lucía rompible. Tenía la cara redonda, manchas en el rostro, los ojos grandes y redondos, y el cabello largo y rojo. Sin duda la clase de chica que Danti Vannan hubiera retratado.

Tomó aire conteniendo el llanto, pero no lo consiguió por mucho.

–Gracias, gracias, gracias –repitió sollozando. Sus dedos finos y largos aún se clavaban en mi piel–. Esos hombres me venían siguiendo desde que salí del trabajo. ¿Este es tu recorrido frecuente?

Con eso me bastó para saber que le gustaba hablar.

Negué con la cabeza, pese a que era mentira.

–¿En serio? Porque juraría que te he visto antes...

Era habladora y observadora, sabía que estaba mintiendo y aun así prefirió hacerse la ingenua.

–Paso ocasionalmente.

–Ah, ¿sí? Entonces no debemos vivir tan lejos –sonrió acariciándose un lado del cabello, exponiendo el hematoma que tenía en el brazo y que con tanto esfuerzo trató de cubrir.

–Esto es de... la torpeza que me cargo –se justificó–. Soy muy buena para meterme en problemas. Lo siento.

No dije nada.

Esa noche la fui a dejar al edificio donde vivía.

–Nos vemos –se despidió, agitando su mano con vehemencia. Dentro de ella había una chispa infantil que me recordaba a ti.

Regresé a mi departamento pensando en lo que había dicho.

«Nos vemos», pensé.

Si verla de nuevo significaba tener el privilegio de sentir su calidez otra vez, encantado la esperaría.

No pasó demasiado tiempo hasta entonces.

¿El problema? Ella discutía con su novio.

El sujeto primitivo no dudó en ponerle las manos encima, sujetarla por el brazo, justo en la zona donde ella tenía la marca. La chica chilló de dolor hasta que consiguió liberarse.

El sujeto la maltrataba, de eso no había dudas.

Ese día entendí que todo ocurre por una razón, y que esa chica había aparecido en mi vida para detener mis pensamientos suicidas. Ella estaba ahí para ayudarme y, por lo tanto, yo la ayudaría a ella.

Seth, lo he decidido: voy a matar a su novio.

Agradecimientos

Aaaaah, no puedo creer que esté escribiendo esto a las 4:00 de la madrugada, pero... ¡Este es el fin! ¿O tal vez no? Ya lo veremos en un futuro, aunque este sea incierto y deba un montón de historias, je.

No divago más, que seguro el libro ha salido muy largo y algunos de los finales les dejaron la boca con mal sabor (de ser así, *sorry not sorry* *inserte cara malvada*). En mi mundo de fantasía todos los personajes son actores y en realidad viven una vida feliz.

Como siempre, quiero agradecerles a mis lectores por la increíble paciencia que me han tenido. En el primer libro hablé sobre cómo surgió *La opción correcta*, pues bien, en este libro quiero contarles que en realidad era un libro que por diferentes circunstancias dividí en dos. Y, Diooos, cómo amé escribir este libro, aunque más amé leer sus teorías locas. En serio, leer sus comentarios fue la dosis de motivación que necesitaba. Bueno, eso y una buena dosis de música. Denni, Gabriela, Nat, Perla, Bri, Elid, Isa, Ali, Andre y Andrea, Mag, Lari, Lu, Danna, Alín, Karly y las chicas del grupo de Jamones, quiero abrazarlas a todas. Me encantaba esperar 24 horas para leer sus comentarios sobre el capítulo. Gracias por ser parte de esta aventura e incluirme en ella.

A mis amores de Instagram, que creaban *edits* hermosos de la historia, y a las personitas que me escribían (y escriben) para expresar lo mucho que les gustó la novela. Que sepan que tienen un lugar en mi corazón.

Mis primores: Hugo, Natacha y Valeria. Gracias por leerme cuando más lo necesitaba, por solucionar mis enojos pidiendo que demande a todo el mundo, por hacerme reír con sus comentarios y dar sus opiniones hirientes y cómicas, pero siempre honestas. Los adoro, feos. Vamos por esos veinte añitos de amistad.

Valentina y Diego, un beso para ustedes desde Coquimbo.

Naiara y Giannella, gracias por ayudarme con la edición del libro, por despejarme las dudas, por entender mis frustraciones de escritora y por aconsejarme cuando estaba en la cúspide de la desesperación. Gracias por impedir que me tire de las mechas, jaja. ¡Vamos por esos libros!

Al equipo de Planeta, por esta grandiosa oportunidad. Gracias por confiar en mí nuevamente, por abrirme las puertas a este mundillo de letras y pasión.

A mis padres, Gary y Nancy, por seguirme soportando y dejar que les robe internet. A mis hermanos, por hacerme reír y ser los flojos más insoportables del mundo (con amor). Y a mi Sashimi, por acompañarme en mis desveladas.

Los quiero a todos.

Encuéntranos en...



Otros títulos de la colección

